

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ

FENICIOS, GRIEGOS Y CARTAGINESES EN OCCIDENTE



cátedra

José María Blázquez

*Fenicios, griegos y cartagineses
en Occidente*

CATEDRA

HISTORIA/SERIE MENOR



© José María Blázquez
Ediciones Cátedra, S. A., 1992
Telémaco, 43. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 31.171-1992
I.S.B.N.: 84-376-1117-2

Printed in Spain

Impreso en Gráficas Rógar, S. A.
C/ León, 44. Fuenlabrada (Madrid)

Índice

PRÓLOGO	9
---------------	---

I. LA COLONIZACIÓN FENICIA

Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España	13
Panorama general del desarrollo histórico de la cultura tartésica desde finales de la Edad del Bronce, siglo VIII a.C., hasta los orígenes de las culturas turdetana e ibérica. Los influjos fenicios	66
El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo (Jaén) .	88
El influjo Egeo en el alto Guadalquivir	110
Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce y su origen fenicio	137
La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz), y el origen fenicio de los escudos y de los carros representados en las losas de finales de la Edad del Bronce en la Península Ibérica	151
Los escudos con escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica	161
La colonización fenicia en la alta Andalucía (Oretania), siglos XIII-VI a.C.	183
Las fuentes semitas y clásicas referentes a navegaciones fenicia y griegas a Occidente	220
Las cerámicas del Cabezo de San Pedro	240
La factoría púnica de Aljaraque en (Huelva)	261
Espada siria en un guerrero de Obulco (Jaén)	280
Bronces de la Mérida prerromana de influjo fenicio	286
Marfiles fenicios de Cancho Roano (Badajoz) con el árbol de la vida y sus prototipos	301

II. LA COLONIZACIÓN GRIEGA

Los griegos en la Península Ibérica. Siglos VII-V a.C. Analogías con la civilización griega en el mar Negro. Cólquida	309
Gerión y otros mitos griegos en Occidente	323
Las raíces clásicas de la cultura ibérica. Estado de la cuestión. Últimas aportaciones	349
Arte griego en España. Las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén) ..	387
Influjo griego en Cástulo (Linares, Jaén). La necrópolis de El Estacar de Robarinas	422
Consideraciones en torno a los mosaicos de cantos rodados de Cástulo (Jaén)	431
La presencia de artesanos etruscos en Tartesos	446
Arte ibérico con influencia griega. El monumento funerario de Jumilla (Murcia)	452

III. LA COLONIZACIÓN CARTAGINESA

El influjo de la cultura semita (fenicios y cartagineses) en la formación de la cultura ibérica	461
Los Bárquidas en la Península Ibérica	491
Las explotaciones mineras de la Península Ibérica en época bárquida	524
Procedencia de los artículos	545

Prólogo

Se recogen en el presente volumen una serie de trabajos ya publicados, actualizados en su bibliografía fundamental y completados en su contenido, recopilados con posterioridad a la fecha de aparición de su publicación.

Todos tratan sobre las tres grandes colonizaciones, fenicia, griega y cartaginesa, anteriores a la llegada de los romanos a la Península Ibérica, en el año 218 a.C., con ocasión de la Segunda Guerra Púnica.

Estos trabajos se han publicado en diferentes revistas nacionales y extranjeras, por lo que su consulta es a veces difícil de hacer.

La colonización fenicia y griega y la conquista cartaginesa dejaron una huella profunda en las poblaciones de la Hispania antigua, ya que las culturas ibérica y turdetana no son más que la asimilación por las poblaciones hispanas de una serie de elementos, artísticos, religiosos, etc., traídos a Occidente por los pueblos colonizadores, desde el Mediterráneo oriental y el norte de África. Una serie importante de estos aspectos culturales, como la escritura, el uso del torno del alfarero, el hierro, la moneda y otros varios, han llegado hasta nuestros días.

Con el presente volumen creemos prestar alguna ayuda a los alumnos, colegas y público culto interesado en las culturas hispanas antiguas, que nos han animado a reunirlos, actualizarlos y publicarlos. La sociedad que los colonos crearon es la base sobre la que se levantó la cultura de la que aún en gran parte vivimos.

Agradecemos muy cordialmente al Grupo Anaya, con el que estamos muy vinculados desde hace años y que muy amablemente ha publicado varios libros nuestros, y más concretamente a los señores G. Domínguez, A. Jiménez y Marisa Barreiro, la publicación de este volumen, y a la señorita Encarna Martín la corrección de las pruebas.

J. M. BLÁZQUEZ
Departamento de Historia Antigua
Universidad Complutense de Madrid

I. La colonización fenicia

Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España

Desde el Coloquio Internacional de Estudios Fenicios celebrado en Roma en el año 1970¹, se ha dado un gigantesco avance en el conocimiento de la colonización fenicia en la Península Ibérica², en el estudio de determinados objetos o de monumen-

¹ F. Barreca y otros, *L'espansione fenicia nel Mediterraneo*, Roma, 1971. Agradezco a los profesores Diego Mata y J. Valiente, de las universidades gaditana y Complutense de Madrid, su participación en este trabajo, concretamente en las páginas dedicadas a Huelva y Cástulo, excavaciones en las que han participado. Con ellos hemos discutido todos los problemas, y sus sugerencias y estudio han quedado íntegramente añadidos al texto.

² H. G. Niemeyer, «Los comienzos de Cartago y la expansión fenicia en el área mediterránea», *Gerión*, 7, 1989, págs. 11 y ss.; M. Almagro, *Resistencia y asimilación de elementos culturales del Mediterráneo oriental en la Iberia prerromana: Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le Monde Ancien*, Bucarest-París, 1976, págs. 117 y ss.; J. Arce, «La epístola 37 de San Jerónimo y el problema de Tartessos igual a Tarshish bíblica», *Latomus*, 35 (1974), págs. 943 y ss.; *Id.*, «Tarsis-India-Aethiopia; a propósito de Hieronm. Ep. 35», *RSE*, 5 (1977), págs. 127 y ss.; O. Arteaga, «Vorbericht über die Grabungs Kampagne 1976 auf dem Cerro del Mar», *MM* (1977), págs. 101 y ss.; A. Arribas - O. Arteaga, «El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalupe (Málaga)»: *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2 (1975); *Id.*, «Guadalhorce, Eine phöniko-punische Niederlassung bei Málaga», *MM*, 17 (1976), páginas 180 y ss.; M. E. Aubert, «Excavaciones en Las Chorreras (Mezquitilla), Málaga», *Pyrenae*, 10 (1974), págs. 79 y ss.; M. E. Aubert - G. Maas-Lindemann - H. Schubart, «Chorreras. Eine phönizische Niederlassung östlich der Algarrobo-Mündung», *MM*, 16 (1975), págs. 137 y ss.; J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975; *Id.*, «Aspectos económicos y demográficos en la colonización fenicia», *XIV Intern. Congress. of His-*

torical Sciences, San Francisco, 1975; *Íd.*, «Las colonizaciones semitas en Huelva, Cádiz y la Baja Andalucía: L Aniversario de la Fundación del Laboratorio de Arqueología», *PLAV*, 11 (1975), págs. 207 y ss.; *Íd.*, *Arte de la Edad de los metales. Arte orientalizante, fenicio y cartaginés*, Madrid, 1978; G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondée sur une analyse des traditions littéraires*, Bruselas, 1979; M. Fernández Miranda - L. Caballero, *Abdera. Excavaciones en el Cerro de Montecristo (Adra)*, Almería, Madrid, 1975; J. G. Garrido, «Precisiones en torno a la colonización fenicia en el área atlántica de la Península Ibérica y las excavaciones arqueológicas de Huelva», *CAN*, 13 (1975), págs. 773 y ss.; J. P. Garrido - E. M. Orta, *La necrópolis y el hábitat orientalizante de Huelva*, Huelva, 1980; G. Maas-Lindemann - H. Schubart, «Vorbericht über die Grabung 1974 in der Nekropole des 6/5. Jhs. v. Chr.», *MM*, 16 (1975), págs. 179 y ss.; H. G. Niemeyer, «Toscanos, Vorbericht über die Grabungskampagnen 1973 und 1976», *MM*, 18 (1977), págs. 74 y ss.; P. Rouillard, «Brève note sur le Cerro del Prado, site phénicien de l'Ouest, à l'embouchure du Río Gudarranque (San Roque, Cádiz)», *MM*, 19 (1978), páginas 152 y ss.; H. Schubart, «Morro de Mezquitilla, Vorbericht über die Grabungskampagne 1976 auf dem Siedlungshügel an der Algarrobo-Mündung», *MM*, 18 (1977), págs. 33 y ss.; *Íd.*, «Vorbericht über die Grabungskampagne 1976 in der Nekropole des 6/5 Jhs. v. Chr.», *MM*, 18 (1977), págs. 93 y ss.; M. Tarradell, «El impacto greco-fenicio en el extremo Occidente: resistencia y asimilación», *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le Monde Ancien*, cit., págs. 343 y ss.; B. W. Treumann, «West-Phoenician Presence on the Iberian Peninsula», *TAIW*, 1 (1948), pág. 15; C. R. Whittaker, «The Western Phoenicians: colonization and assimilation», *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 200 (NS 20) (1974), págs. 58 y ss. En general, G. López Montea-gudo, «Panorama actual de la colonización semita en la Península Ibérica», *RSF*, 5 (1977), págs. 195 y ss.; H. Schubart, *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*, Berlín, 1975; S. Moscati, *Il mondo dei Fenici*, Milán, 1979, con toda la bibliografía menuda sobre Occidente; H. Schubart - H. G. Niemeyer, *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo*, Madrid, 1976; J. Fernández Jurado, «Die Phönizier in Huelva», *MM*, 26, 1985, págs. 61 y ss.; D. Ruiz Mata, *Historia General de España y América. De la Protohistoria a la conquista romana*, 1-2, Madrid, 1987, págs. 31 y ss.; F. Fernández Nieto, *Historia de España antigua, I Protohistoria*, Madrid, 1986, págs. 527 y ss.; M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Bellaterra, 1987; E. M. García Alfonso, «Fenicios en la costa de Málaga», *Revista de Arqueología*, X, 103, 1989, págs. 32 y ss.; M. Gras-R. Rouillard-J. Teixidor, *L'Univers phénicien*, París, 1989. Es de una gran novedad la tesis de la colonización agrícola en Turdetania, que explica muchos fenómenos de Turdetania: C. G. Wagner - J. Alvar, «Fenicios en Occidente. La colonización agrícola», *RSF*, 17, 1, 1989, págs. 61 y ss.; S. Suárez y otros, «Abdera: una colonia fenicia en el sureste de la Península Ibérica», *MM*, 30, 1989, págs. 135 y ss.; R. Corzo, «Los fenicios, señores del mar», *Historia* 16, 8, *Historias del Viejo Mundo*, 1988; C. G. Wagner, «Oriente. Los fenicios», *Historial del Mundo Antiguo*, 9, Torrejón de Ardoz, 1989; G. del Olmo - M. E. Aubet y otros, *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell, 1986. En general: S. Moscati y otros, *I Fenici*, Milán, 1988. Últimamente ha aparecido cerámica micénica en el sur de la Península Ibérica: J. C. Martín

tos importantes para establecer la cronología y las relaciones con el exterior³, así como en los poblados y necrópolis que se encuentran bajo el directo influjo semita⁴. Hoy día se conoce re-

de la Cruz, «Mykenische Keramik aus bronzezeitlichen Siedlungsgeschichten von Montoro am Guadalquivir», *MM*, 29, 1988, págs. 77 y ss. Recientemente han aparecido varios libros fundamentales: F. Fernández Jurado, «Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica», *HA*, IX, 1987; *Íd.* y otros, «Tartessos y Huelva», *HA*, X-XI, 3, 1988-1989; varios, *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1989; M. C. Fernández Castro, *Arqueología protohistórica de la Península Ibérica (Siglos X a VIII a.C.)*, Madrid, 1988; varios, «Tartessos», extra núm. 1, *Revista de Arqueología*, Madrid, 1986; A. Recio, *La cerámica fenicio-púnica, griega y etrusca del sondeo se San Agustín (Málaga)*, Madrid, 1990; S. Werner Ellering, *La cerámica pintada geométrica del Bronce final y de la primera Edad de Hierro*, Madrid, 1990; H. Schubart, «Endbronzezeitliche und phönizische Siedlungsfunde von der Guadiaro-Mündung, Prov. Cádiz. Probegrabung 1986», *MM*, 29, 1988, págs. 132 y ss.; G. Hoffmann, «Geologische Untersuchungen im Tal des Río Guadiaro, Prov. Cádiz», *MM*, 29, págs. 126 y ss. Estas investigaciones geológicas son de gran importancia en las colonias fenicias: D. Molas y otros, «Orientalisierende Funde von der Grabung 1984 in der Nekropole des Coll del Moro de Gadesa (Prov. Tarragona)», *MM*, 28, 1987, págs. 51 y ss.; R. Rufete, «Die phönizische Rote Ware aus Huelva», *MM*, 30, 1989, págs. 76 y ss.; I. Keesmann - B. Hellermann, «Mineralogische und chemische Untersuchungen an Schlacken vom Morro de Mezquitilla», *MM*, 30, 1989, págs. 92 y ss.; A. Suárez y otros, «Abdera: una colonia fenicia en el suroeste de la Península Ibérica», *MM*, 30, 1989, págs. 135 y ss.; varios, «La escultura tartésica y Extremadura», *CE*, 2, 1990. J. M. Blázquez, *Prehistoria y Edad Antigua*, Madrid, 1991, págs. 69 y ss., 89 y ss. Sobre la colonización fenicia, 103 y ss. Sobre la colonización griega, 113 y ss.

³ J. M. Blázquez, *Neueste Ausgrabungsfunde in Spanien aus orientalisierender Zeit mit neuen Gusstechniken: Proceeding of the Xth Internat. Congress of Classical Archaeology*, Ankara, 1978, págs. 369 y ss.; I. Gámez-Wallert, «La inscripción del vaso de alabastro de la tumba número 1 de Almuñécar (Granada)», *CAN*, 12 (1973), págs. 401 y ss.; *Íd.*, «Der Skarabäus vom Jardin bei Torre del Mar», *MM*, 18 (1977), págs. 98 y ss.; G. Grau-Zimmermann, «Phönikische Metallkannen in den orientalisierenden Horizonten des Mittelmeerraumes», *MM*, 19 (1978), págs. 161 y ss.; G. Lindemann, «Phoenikische Grabformen des 7/6 Jahrhunderts v. Chr. im Westlichen Mittelmeerraum», *MM*, 15 (1974), páginas 122 y ss.; H. G. Niemeyer, «Ein tartessisches Goldkollier am Tharsis (Prov. Huelva)», *MM*, 18 (1977), págs. 116 y ss.; J. Padró, «Precisiones sobre la identificación del cartucho de un rey Sheshong en Almuñécar», *CAN*, 13 (1975), págs. 751 y ss.; M. Vidal, «El grifo de La Joya: Análisis tipológico y comparativo», *CAN*, 13 (1975), págs. 707 y ss.

⁴ O. Arteaga - M. R. Serna, «Die Ausgrabungen von Los Saladores. Prov. Alicante. Zum Ursprung der iberischen Kultur an der südlichen Levanteküste», *MM*, 15 (1974), págs. 108 y ss.; O. Arteaga - M. R. Serna, «Influjos fenicios en la región del Bajo Segura», *CAN*, 13 (1975), págs. 737 y ss.; M. E. Au-

lativamente bien, a partir de la segunda mitad del siglo VIII a.C., una serie de factorías fenicias asentadas en la costa meridional hispana, como Adra, que no ha dado material antiguo, aunque en superficie se han recogido fragmentos de vasos protocorintios, fechados en torno a 700 a.C., contemporáneos, por lo tanto, de las *kotylai* de Almuñécar, Mezquitilla, Las Chorreras, Aljaraque, Toscanos, Alarcón, Guadalhorce, San Roque, Puerto de Santa María, que es, posiblemente, el *portus gaditanus*, y las necrópolis de Almuñécar, Frigiliana, Jardín y Trayamar; igualmente se han excavado varios poblados y necrópolis indígenas profundamente influidos por los fenicios asentados en la costa, como el poblado minero, con casas iguales que las del Sinaí, del Cerro Salomón (Río Tinto); Cabezo de San Pedro, Cabezo de la Esperanza y La Joya, los tres en la ría de Huelva; Ourique en el Algarve portugués; El Carambolo, que posiblemente es el lugar de salida de todo el mineral procedente de la serranía de Huelva para ser embarcado aquí, Guadalquivir abajo, hasta Cádiz y desde esta ciudad ser reexpedido a Cartago o al Oriente; Tejada la Vieja, que era la capital del distrito minero del norte de Huelva, desde donde se transportaba el mineral a El Carambolo, por un camino que después sigue la calzada romana; Osuna, Setefilla y Carmona, todas en Sevilla; Colina de los Quemados en Córdoba, y Cástulo en Jaén, que era la capital del distrito minero de Oretania, donde llegan los influjos fenicios hacia 700 a.C.

La llegada de elementos fenicios, que vinieron al sur de la Península Ibérica, hacia 1100 a.C. de ser cierta la fecha que unánimemente dan todas las fuentes antiguas (Mela 3, 46; Plin.,

bert, *La cerámica púnica de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, Barcelona, 1975; *Id.*, *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla (Túmulo B)*, Barcelona, 1978; *Id.*, «Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir I. Cruz del Negro», *ABSA*, 44 (1978), págs. 15 y ss.; M. Belén - M. Fernández Miranda - J. P. Garrido, *Los orígenes de Huelva. Excavaciones en Los Cabezos de San Pedro y La Esperanza* (= *Huelva Arqueológica*, 3), Huelva, 1977; J. de M. Carriazo, *Tartessos y El Carambolo*, Madrid, 1973; J. P. Garrido - E. M. Orta, *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya»*, *Huelva II*, Madrid, 1978; J. M. Gran Aymerich, «Sondeos arqueológicos en «Cerca Niebla», sobre el valle del río Vélez, provincia de Málaga», *CAN*, 12 (1973), págs. 409 y ss.; N. Mesado, *Vinarragell (Burriana, Castellón)*, Valencia, 1974; N. Mesado - O. Arteaga, *Vinarragell (Burriana, Castellón)*, Valencia, 1979; J. M. Muñoz, «El Tell púnico de Aljornó, Herrera (Sevilla)», *CAN*, 13 (1975), págs. 809 y ss.; V. Pingel, «Zur Vorgeschichte von Niebla (Prov. Huelva)», *MM*, 16 (1975), pág. 111.

NH 16, 216; Str. 1, 3, 6; Vell. 1, 2, 3), sobre la fundación de Cádiz, sería el resultado de la expansión de los pueblos del Egeo y del este, que siguió a la derrota de los Pueblos del Mar en Egipto⁵. No hay constancia arqueológica de la presencia fenicia en Occidente en fecha tan temprana, a no ser que procedan del Oriente las cerámicas bruñidas que aparecen en la desembocadura de los ríos Tajo y Guadalquivir. Su distribución indicaría una llegada por vía marítima⁶. Su cronología va del siglo x al vi. Esta cerámica bruñida aparece en poblados y necrópolis, que después acusan influencias orientalizantes, como son el Cabezo de San Pedro, La Joya, Asta Regia, El Carambolo, Ategua y la Colina de los Quemados, etc. Dado el tipo de forma de vender las mercancías que tenían los fenicios, descrito por Heródoto (1, 1), es difícil que en una primera etapa dejara muchas huellas: «Los negociantes fenicios, desembarcando sus mercancías, las expusieron con orden a pública venta.» Desde mediados del siglo ix a.C., pueblos indoeuropeos han llegado a la ría de Huelva, atraídos, como los fenicios, por la fabulosa riqueza en metales de Sierra Morena. En Cástulo hacia 700 la presencia de estos indoeuropeos está confirmada arqueológicamente según se dirá más adelante⁷ y en el levante ibérico desde mediados del siglo viii a.C.

La presencia de los fenicios asentados en las factorías de la costa, a través del intenso comercio de intercambios, produjeron un periodo orientalizante en toda la mitad sur de la Península, desde la sierra de Gredos hasta el Mediterráneo, etapa coe-

⁵ N. K. Sandars, *The Sea Peoples. Warriors of the Ancient Mediterranean*, Londres, 1978; R. D. Barnett, «The Sea Peoples», *CAH*, 11/2, Cambridge, 1975, págs. 359 y ss.

⁶ C. López, «La cerámica con decoración bruñida en el suroeste peninsular», *TP*, 34 (1977), págs. 343 y ss. Sobre las cerámicas decoradas a la almagra del Bronce final: M. S. Bueno, «Las cerámicas decoradas del Bronce final», *Habis*, 18-19, 1987-1988, págs. 485 y ss.; M. Pellicer, «Las cerámicas a mano del Bronce reciente y del orientalizante en Andalucía occidental», páginas s. 461 y ss.

⁷ Desde 1200 al siglo viii a.C. hay por todo el Atlántico unas intensas relaciones; cfr. M. Almagro, «De orfebrería céltica: El depósito de Berzocana y un brazalet del Museo Arqueológico Nacional», *TP*, 26 (1969), págs. 275 y ss.; M. Almagro Gorbea, «Casos del Bronce Final en la Península Ibérica», *TP*, 30 (1973), págs. 349 y ss.; *Id.*, *El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura*, Madrid, 1977, págs. 17 y ss.

tánea y similar a la de Grecia, Etruria y Cartago, donde las poblaciones indígenas del sur y del levante copiaron los modelos de todo tipo, recibidos de Oriente a través de los fenicios, y sufrieron una profunda semitización en todos los aspectos, incluso en la religión, que es más difícil de evolucionar o de cambiar:

- a) Diosas: Astartés de Galera, obra importada seguramente del norte de Siria; de Cástulo, que sigue modelo de Hama; de El Carabolo, con la inscripción más antigua de Occidente; del Cerro del Berrueco (tres ejemplares), que obedecen a modelos en marfil del fuerte de Salmanasar III en Nimrud, y de Sevilla⁸; diosas aladas de Illici, una de ellas entre caballos rampantes, de comienzo del Helenismo.
- b) Dioses masculinos, como los Reshef de Medina de las Torres, de Sevilla, etc., después imitados en los exvotos ibéricos⁹.
- c) Introducción de la incineración (Almuñécar, Trayamar).
- d) Generalización de los rituales funerarios traídos de Oriente: Ría de Huelva, Carmona, etc., en los que se utilizan vasos piriformes y braseros.
- e) Uso de objetos litúrgicos, como los *thymiateria* del Cerro del Peñón, importado, de Cástulo, de Huelva, del Museo de Belem en Lisboa, del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, etc. Los exvotos en bronce del santuario de Despeñaperros serían una derivación de bronce fenicios, como el Reshef de Medina de las Torres; después fueron imitados en los santuarios ibéricos del sureste.

Los fenicios trajeron a Occidente:

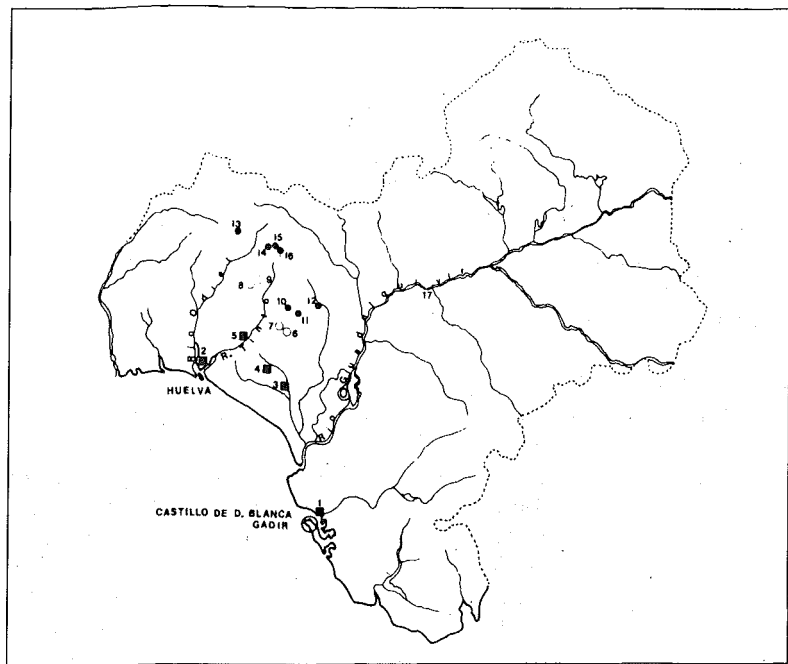
- a) El hierro (Almuñécar). Aparece también en el tesoro de Villena, tesoro que no acusa influencia mediterránea¹⁰.
- b) El torno del alfarero (Almuñécar).
- c) El uso de la pintura vascular¹¹, barniz rojo, a bandas y con motivos humanos, vegetales o geométricos.

⁸ J. M. Blázquez, *Tartessos*, cit., págs. 93 y ss.

⁹ M. Almagro, *Eine orientalisierende Bronzeskulptur aus der Gegend von Sevilla: Festschrift zum 50-jährigen Bestehen des Vorgeschichtlichen Seminars Marburg*, Marburgo, págs. 51 y ss.

¹⁰ W. Schüle, «Der bronzezeitliche Schatzfund von Villena (Prov. Alicante)», *MM*, 17 (1976), págs. 142 y ss.

¹¹ J. Remesal, «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *AEA*, 48 (1975), págs. 3 y ss.; E. Cuadrado, *Origen y desarrollo de la cerámica de «barniz rojo» en el Mundo Tartésico: Tartessos y sus problemas*, Barcelona, 1970, págs. 257 y ss. Tuvo gran aceptación entre los turdetanos e iberos y llegó hasta la época helenística.



Tartessos.

d) La escritura. Hacia 700 ya se documentan grafitos en escritura tartésica en la Ría de Huelva¹².

e) Técnicas nuevas para extraer minerales (Cerro Salomón) y para tratar el bronce en hueco (cierva del British Museum).

f) La técnica del granulado (La Aliseda).

g) Técnica de construcción de viviendas (Toscanos), después copiadas por los indígenas (Cástulo y Cerro Salomón).

h) El uso del marfil (Carmona, etc.), decorado con temas orientalizantes.

ca. S. Werner, *La cerámica pintada geométrica del Bronce final y de la primera Edad del Hierro*, Madrid, 1990.

¹² M. Almagro Gorbea, «La epigrafía orientalizante en Extremadura: Homenaje a García Bellido», I, *RUM*, 25 (1976), págs. 45 y ss.; J. de Hoz, «La epigrafía prelatina meridional en Hispania», *Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1976, págs. 337 y ss.

i) El aceite. Antes se conocía el acebuche u olivo silvestre.

j) La gallina (Toscanos).

k) Probablemente la utilización de la púrpura (Toscanos?).

l) El empleo del ariete (Cádiz), de las torres de asalto y de las minas, empleadas en la destrucción de los poblados ibéricos de finales del siglo IV o de la primera mitad del siguiente. Habían sido empleadas por los cartagineses en las guerras greco-púnicas de Sicilia.

m) Probablemente el uso del carro de guerra representado en las estelas grabadas extremeñas (Solana de Cabañas, Cabeza de Buey, Torrejón el Rubio I, Carmona, Fuente de Cantos, Zarza de Montánchez, Ategua); de los escudos con escotadura en V (Solana de Cabañas, Arroyo de Bodonal, Alburquerque, Santa Ana de Trujillo, Cabeza de Buey, Figueira, Brozas, Magacela, Robledo de Trujillo, Torrejón el Rubio, Ibahernando, Granja de Céspedes, Zarza de Montánchez, Aldea del Rey); del espejo con carácter funerario (Solana de Cabañas, San Martinho II, Brozas, Torrejón el Rubio I, Fuente de Cantos, Zarza de Montánchez); de las fíbulas de codo (Brozas, Cabeza de Buey, Huelva, Torrejón el Rubio I y II, Santa Ana de Trujillo), de procedencia chipriota¹³.

El carro de guerra, aunque es del tipo de los representados en la cerámica griega arcaica, también se halla sobre los relieves de Saktohageuzu, 730-700 a.C., de Sendjirli, 832-810, y de Karkemish, de la segunda mitad del siglo VIII¹⁴. El espejo con carácter funerario se halla en la estela de Marash, de finales del siglo VIII o de comienzos del VII a.C.¹⁵.

n) Introducción de una serie de animales fantásticos y de

¹³ M. Almagro, *Las estelas decoradas del sureste peninsular*, Madrid, 1966, *passim*; *Íd.*, «Nuevas estelas decoradas de la Península Ibérica», *Miscelánea Arqueológica*, I, Barcelona, 1974, págs. 41 y ss.; M. Bendala, «Notas sobre las estelas decoradas del suroeste y los orígenes de Tartessos», *Habis*, 8 (1977), págs. 177 y ss.; J. Valiente, «Estelas decoradas de Aldea del Rey, Ciudad Real», *AEA*, 50-51 (1977-78), págs. 375 y ss.; M. Almagro Gorbea - J. J. Sánchez, «La estela decorada de Zarza de Montánchez (Cáceres)», *TP*, 35 (1978), páginas 417 y ss.

¹⁴ E. Akurgal, *Orient et Occident*, París, 1966.

¹⁵ *Ibid.*, lám. 28.

representaciones, que después gozaron de una gran aceptación entre los iberos, como grifos (Huelva, Carmona, Sanchorreja, Sines), esfinges (Galera, Los Villares de Andújar, Cástulo); árbol de la vida (Niebla, Medellín, Azaila).

o) La llegada de mitos de gran tradición oriental, como el de Gilgamés (La Aliseda, Pozo Moro)¹⁶.

p) Varios temas decorativos, como palmetas de cuenco (La Aliseda, Galera, Crevillente), palmetas (La Aliseda), flores de loto (La Aliseda, pendiente de Andalucía).

q) Los primeros objetos griegos fueron, muy seguramente, mercancía fenicia, como los cascos griegos de Huelva y de Jerez, la cerámica griega de Huelva (fragmento geométrico de mediados del siglo VIII a.C., las *kytilai* de Almuñécar y Adra, etc.). Samos, sin embargo, desempeñó un papel importante en las relaciones con Occidente, como portadora de los influjos samios y orientales, como lo indican los marfiles de Carmona hallados en la isla del Egeo, la estatuilla de Jerez de los Caballeros, siglo VI a.C., muy relacionada con una procedente de Samos, hoy en Estocolmo, tipo que fue muy imitado en bronce ibéricos. Otro bronce, como uno guardado en una colección de Granada, de la mitad del siglo VI, responde a modelos jonios. La actitud de muchas damas ibéricas en bronce (Granada, Jaén) sigue modelos de Samos que remontan a Asia Menor, y que a través de Siria y de Fenicia se repartieron por todo el Mediterráneo. Un pequeño grupo de figuritas ibéricas presenta grandes analogías con el arte griego de finales del siglo VI a.C. Una de ellas, de estilo arcaico, del último cuarto del siglo VI a.C., ofrece analogías con figuras de Samos y de Mileto. El bronce de *koré* con gorro cónico conservado en el Instituto de Valencia de Don Juan en Madrid, con parentesco con un bronce etrusco del Museo del Louvre, acusa las mismas relaciones entre Jonia y Etruria respecto a Iberia. Todas estas piezas son confirmación del viaje de Colaio de Samos¹⁷ (Her. 4, 152), es decir, de una relación entre

¹⁶ M. Almagro Gorbea, «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», *TP*, 35 (1978), págs. 251 y ss. El relieve de Gilgamés con el árbol, el pájaro de la tempestad, los polluelos y los habitantes de Uruk ofrece un paralelismo importante con un episodio del poema de Gilgamés; cfr. H. Schmökel, *El país de los Sumerios*, Buenos Aires, 1972, pág. 197.

¹⁷ E. Kukahn, «Unas relaciones especiales entre el arte oriental y el Occidente», *Símpoio de Colonizaciones*, Barcelona, 1974, págs. 109 y ss.

Iberia y la isla del Egeo. El *kernos* de Mérida en cerámica, al parecer, sigue modelos samios igualmente.

Chipre desempeñó en la colonización fenicia, posiblemente, un papel importante (fíbula de codo de la ría de Huelva y de las citadas estelas extremeñas; collar de El Carambolo, después imitado en el de Elviña, La Coruña; *thymiateria* de Sevilla y del Museo Arqueológico Nacional de Madrid¹⁸; y muralla de Vinarragell, gemela a la del dromos de la tumba 3 de Salamina de Chipre, fechada en torno a 600 a.C. La caja del carro de Mérida, siglo VII a.C., ofrece un impresionante paralelo con la de los carros de bronce de Enkomi-Alasia. Los jarros piriformes con cabeza de animales de Mérida y Huelva siguen modelos chipriota, isla en que estos jarros de cerámica de Illici, de comienzos del Helenismo, derivan de prototipos chipriotas más antiguos.

Lor orígenes de la escultura ibérica y turdetana no son fenicios. Los relieves de Pozo Moro (Albacete), aunque creemos, siguiendo a M. Almagro Gorbea, que acusan una fuerte influencia del norte de Siria por sus representaciones y técnica de la figura plana, son, hasta el momento presente, un *hapax*. En las factorías y en los poblados indígenas, fuertemente semitizados, no aparece escultura, que es de origen griego¹⁹. Algunas costumbres bárbaras, como la crucifixión, empleado por Magón con el cuestor y los sufetes de Cádiz (Liv. 28, 37), al igual que la de arrancar los ojos a los prisioneros, como hizo Amílcar poco después de 237 a.C., con Indortes, a quien sacó los ojos y crucificó (Diod. 25, 10), fue traída por los fenicios a Occidente. La costumbre de sacar los ojos a los enemigos está atestiguado en la leyenda de Sansón (Juec. 16, 21).

En un primer momento, la cerámica y restantes géneros debieron llegar de fuera, pero pronto se fabricarían en las factorías siguiendo los modelos de Oriente. Vendrían, al comienzo, artistas de Oriente, que debieron ser los que trabajaron ya aquí los marfiles más antiguos y la joyería, y enseñarían las técnicas y los modelos en la Península Ibérica a otros aprendices, que los

¹⁸ M. Almagro Gorbea, «Dos thymiateria chipriotas procedentes de la Península Ibérica», *Miscelánea*, págs. 41 y ss.

¹⁹ M. Almagro, «Las raíces del arte ibérico», *L. Aniversario*, cit. págs. 151 y ss.; M. Almagro Gorbea, «Pozo Moro y la formación de la cultura ibérica», *Saguntum*, 13 (1978), págs. 227 y ss.

generalizaron. Los talleres estarían en la propia Cádiz, o en sus cercanías, en el bajo Guadalquivir, pero pronto habría muchos, ya en manos de los nativos. El *thymiaterion* de Huelva, por ejemplo, aunque imita muy de cerca modelos de Fenicia, hoy en el Museo de Estambul, es obra bastante tosca comparada con los ejemplares de Oriente, lo que indica su fabricación local. El granulado de las joyas de La Aliseda, fechadas en torno a 600 a.C., comparado con el etrusco, el rodio o el fenicio, es deficiente, y denota que las piezas fueron labradas en un taller del sur, muy posiblemente en manos de los fenicios y no de griegos. Se caracterizan estas joyas por un barroquismo impropio de los artistas griegos.

Junto a las factorías fenicias, ya en barrios ya en poblados vecinos, pronto se asentaron grupos numerosos de indígenas, señalados por la presencia de la cerámica indígena en gran escala, que se semitizaron enseguida, como sucedería en Toscanos. En Villaricos, en época posterior, a partir del siglo vi a.C., hubo un barrio de indígenas con su propio cementerio, que acusa bien a las claras el influjo semita, y es posible conocer bien la compenetración étnica y cultural del elemento púnico y del elemento ibérico, en estrecho contacto con el norte de África, como lo indica la decoración de los huevos de avestruz, emparentados con los de Guraya, de donde procederían. De este modo queda bien patente la pluralidad de componentes rituales y culturales, que caracteriza la colonización fenicia. Las colonias griegas también, como Ampurias, tenían barrios de indígenas (Liv. 34, 9). La semitización de los indígenas fue rápida y profunda, como lo prueba las necrópolis de La Joya, Carmona, Setefilla, Medellín, etc.

La asimilación de los modelos recibidos a través de los fenicios motivó un periodo orientalizante, como se indicó, que se dataría entre mediados del siglo vii hasta finales del siglo vi a.C. A partir de esta última fecha hace su aparición la cultura turdetana, que hereda numerosos elementos de todo género de la etapa anterior.

En el levante ibérico, donde se ha descubierto en los últimos años poblados indígenas fuertemente semitizados (Vinarragell, Los Saladares, Crevillente), desde el siglo v a.C. se origina la cultura ibérica, y en Extremadura la llamada cultura de los castros.

Algunos autores modernos, como Cintas²⁰ y Jordá²¹, identifican a Tartesos con la cultura del Argar, región típicamente minera, que comienza hacia 1800 a.C. Con la colonización fenicia, el eje político-económico se desplazó del sureste al área suroeste peninsular, con lo que se originaría la decadencia de Tartesos.

El mediodía peninsular mantuvo siempre una vinculación con Oriente y con los modelos recibidos, y constituye lo que se ha llamado el Círculo del Estrecho, con Cádiz como ciudad más importante, que controlaba todas las salidas de las explotaciones mineras de Sierra Morena, Guadalquivir abajo, norte de Huelva, la ría de Huelva, y todos los minerales de la costa atlántica, cuyo monopolio hasta la llegada de los romanos estuvo en manos de los fenicios de Cádiz (Str. 3, 5, 11). Tres caminos conducían los minerales del estaño galaico y lusitano a lo largo de la costa atlántica hasta Cádiz, puerto de embarque hacia Cartago y el Mediterráneo central y oriental: uno marítimo, bien patente en la toponimia costera; un segundo bordeaba la costa; el tercero era aproximadamente la Vía de la Plata. De estos dos últimos hay confirmación arqueológica en una serie de joyas, jarrros y broches de cinturón, que siguen modelos fenicios. Estos topónimos son una serie de accidentes geográficos, que debían ser bien conocidos de los marinos fenicios, como el *promontorium Saturni* en el cabo de San Vicente (Str. 3, 1, 4). El cabo Roca se llama en Ptolomeo (2, 5, 3) monte o cabo de la luna, equivalente de *Noctiluca* de la costa malagueña (*Ora Mar.* 366-369). Más arriba cita el poeta (*Ora Mar.* 164) una *Insula Saturno sacra*, y finalmente el *Veneris iugum* (*Ora Mar.* 158), que recuerda la isla gaditana de San Sebastián, también dedicada a la *Venus Marina* (*Ora Mar.* 315-317), identificada con la Punta de Muller Mariña, nombres todos que prueban la presencia en estas costas de marineros fenicios. El citado collar de Elviña demuestra estos contactos con los pueblos del sur, al igual que la estatuilla del castro de Lanhoso, que se deriva de las diosas entronizadas inspiradas en el repertorio iconográfico de Astarté. El amuleto áureo de Asturias está inspirado en sus congéneres de Oretania.

²⁰ *Manuel d'archéologie punique*, I, París, 1970, págs. 269 y ss.

²¹ «Tartessos y la cultura del Argar», *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1979, págs. 381 y ss.

La orfebrería castreña del Noroeste da muestras de una poderosa influencia meridional siguiendo una ruta terrestre perceptible en la orfebrería portuguesa: arrancadas de Golega y de Monsanto de Beira en el centro de Portugal, y la de Madrigalejo, y otra ruta que bordea el litoral atlántico, que debió ser la seguida por Décimo Iunio Bruto Galaico en su viaje al noroeste en el año 138-136 a.C. (App., *Iber.* 73-75; Str. 3, 152), como lo indican los pendientes, aros para el pelo y collares articulados de Irixe (Orense), Carballo (La Coruña), Vilar de Santos (Orense), San Martinho de Antas, Briteiros, los ejemplares del tesoro Bedoya, Berducedo, etc., todos posteriores al siglo IV a.C., inspirados en modelos fenicios o griegos.

Los fenicios gaditanos controlaban también la exportación del *garum*, que reexpedían a Cartago y al resto del Mediterráneo (Ps. Arist., *De mirab. Aus.* 126). Todo esto confirma la afirmación de Estrabón (1, 1, 4) de que los fenicios crearon en la Península un gran imperio.

A título de ejemplos de la asimilación de los elementos recibidos de fenicios por las poblaciones indígenas, presentaremos los resultados de las excavaciones en curso de estudio y publicación en el Cabezo de San Pedro, Huelva, que es el poblado de la necrópolis de La Joya, excavada por el doctor J. P. Garrido. Se trata de metalúrgicos, que traían la minería de la plata de unos 100 kilómetros. El segundo ejemplo es el poblado, fechado en torno a 700 a.C., de Cástulo, importante zona minera. Hacia esta fecha se reciben y asimilan en Oretania los primeros impactos de los fenicios asentados en la costa, posiblemente Guadalquivir arriba, pues la cordillera que bordea la costa meridional granadina y malagueña impedía las cómodas relaciones con el interior. El impacto fenicio en el interior, en zonas ricas en minerales, queda bien patente en las excavaciones de Medellín (Cáceres). Un mundo totalmente diferente es el de Setefilla (Sevilla). En este caso son los ganaderos quienes reciben el impacto de los fenicios. Un mundo semitizado, pero diferente, es el de ciertos poblados indígenas de la costa levantina. Examinaremos, como última novedad, el de Peña Negra, Crevillente (Alicante).

CONCLUSIONES GENERALES ACERCA DE LAS EXCAVACIONES EN EL CABEZO DE SAN PEDRO. CAMPAÑAS DE 1977-1978

La excavación en el Cabezo de San Pedro, y en concreto en su cima, tuvo la finalidad de analizar con más precisión la secuencia estratigráfica que, a grandes rasgos, había mostrado la limpieza de su ladera occidental (Blázquez, Luzón, Gómez y Clauss, *Huelva arqueológica*, 1970). En el verano de 1977 tuvimos oportunidad de realizar excavaciones metódicas que continuaron durante el verano siguiente.

Los trabajos comenzaron con la apertura y excavación de dos zanjas —2.1 y 2.2— de exploración que permitiesen un conocimiento de las posibilidades estratigráficas y la elección de una zona donde concentrar nuestras actividades.

La zanja 1 proporcionó, en toda su extensión, estratos revueltos medievales y modernos y la cimentación de un muro medieval en su extremo oriental. No mostró posibilidades de ampliación en ninguna zona.

La zanja 2 presentó características diferentes que, al parecer, no guardan relación directa con el rellano anterior. En su pared norte se observan dos grupos de estratos, correspondiendo los numerados de I a IV —los más profundos— a niveles *in situ* y de relleno los restantes más superficiales. Los estratos I y II corresponden a niveles del Bronce final, anterior a las colonizaciones, y los estratos III y IV contienen ya materiales indígenas más evolucionados y material a torno oriental. La excavación de esta zanja reveló posibilidades de una estratigrafía en su pared suroeste, de modo que la única opción favorable fue la ampliación en este sector. Se trazó un pequeño rectángulo que denominamos A.2.1.

El corte A.2.1. proporcionó dos momentos de sumo interés. Los estratos inferiores (I.a, I.b y I.c), que suman algo más de dos metros de potencia, corresponden a niveles del Bronce final en su fase inicial. Cerrando este complejo se excavó una capa de margas amarillentas, asociadas a lo que en principio creímos la cimentación de un muro, y sobre ellas un conjunto de estratos (II, III y IV) que corresponden a una fase más avanzada y en plena época orientalizante.

La aparición del basamento de un muro en la pared norte de la zanja A.2 originó una nueva ampliación, que denomina-

YACIMIENTOS	CRONOLOGÍA												
	A. C.								D. C.				
	VIII	VII	VI	V	IV	III	II	I	I	II	III	IV	
LA TIÑOSA													
ALJARAQUE													
HUELVA	1977												
	1979												
ALHONÓZ													
NIEBLA													
TEJADA													
SEVILLA													
CARAMBOLO	A.												
	B.												
MACARENO	76												
	F.												
	H.												
CARMONA													
ITALICA	Pa.												
	Cv.												
	L.P.												
RIOTINTO	S.												
	Q.												
SETEFILLA													
MONTEMOLIN													
ATEGUA	I												
	II												
CORDOBA													

Cronología de los poblados tartésicos.

mos A.2.2. Los niveles I a IV de este cuadro corresponden a niveles cronológicamente posteriores a los de los estratos II a IV del corte A.2.1. Los niveles V a VII son de relleno medievales y modernos.

La excavación de 1978 tuvo lugar en la zona occidental de las excavaciones del año anterior. Se han excavado cuatro cortes de diferentes dimensiones que denominamos A.2.3, A.2.4, A.2.5 y A.2.6, que han dado como resultado la excavación de un muro construido mediante un pilar central de sillares de grandes dimensiones y paramentos laterales de mampostería de pizarras. Este muro, según se deduce del análisis estratigráfico y del material, pertenece a un momento tardío del Bronce final I o inicial, en la segunda mitad del siglo VIII a.C. La excavación de estos cuadros ha proporcionado fundamentalmente niveles

del Bronce final I y se ajustan a las conclusiones a que se llegó en el corte A.2.1.

Las conclusiones culturales y cronológicas son las siguientes:

— En el transcurso de las excavaciones hemos podido definir tres fases bien distinguidas:

a) La fase I corresponde a un momento del Bronce final, que podríamos denominar Bronce final I o inicial, significando con ello una etapa anterior a la llegada de los primeros colonos orientales. Se ha delimitado con claridad en los cortes A.2.1., zanja A.2, A.2.3, A.2.4, A.2.5, y A.2.6. El material ha sido abundante y permite definir sus elementos cerámicos formales y decorativos. Este horizonte es formalmente similar, y también cronológico, al fondo de cabaña de El Carambolo, fondos de cabañas de Valenciana, niveles más profundos de Setefilla, etc. Todos estos yacimientos se enclavan en un horizonte preferencial.

b) La fase II se observa con más claridad en los niveles II a IV del corte A.2.1. Esta fase la hemos subdividido en tres sub-fases, por razones estratigráficas, pero muestran muy pocas diferencias materiales. Es el momento en que empiezan a aparecer con relativa abundancia las primeras cerámicas a torno de engobe rojo o policromas. Respecto a la cerámica indígena, las formas muestran una clara evolución, como se ha observado en el análisis del material. Desaparecen casi por completo los materiales característicos de la fase I. Se usa con profusión la cazuela o plato a mano, pero adquieren dimensiones más reducidas y bordes menos carenados y vueltos, que parecen una burda imitación de los platos a torno. Un elemento nuevo en esta fase es la olla de superficies toscas decorada mediante impresiones digitales en el hombro, cuyo origen es difícil actualmente de determinar. El material a torno más frecuente corresponde a platos recubiertos de engobe rojo y platos o páteras grises, ánforas de saco de hombros muy señalados mediante carena, ánforas policromas, etc.

c) La fase III se ha excavado solamente en el corte A.2.2 (estratos I a IV). Supone la aparición más numerosa de la cerámica a torno de origen semita. La cerámica indígena también sufre un cambio, especialmente en sus platos, utilizándose con

exclusividad el cuenco de pequeño diámetro y tosco sin borde señalado, característico de la necrópolis cercana de La Joya.

Las bases para el establecimiento de la cronología son las siguientes:

— Fase III (650/625-575/550 a.C.). Debe relacionarse con los materiales de la necrópolis de La Joya, cuya tumba 9 se ha fijado en el primer cuarto del siglo VI a.C. por la aparición del escarabeo de época de Psamético II. Estas relaciones se basan fundamentalmente en los cuencos a mano —del tipo C. III. c, según nuestra clasificación—, los platos de engobe rojo, cuyos diámetros oscilan entre 21 y 23 centímetros, y también las ánforas de saco de carenas en el hombro muy poco marcadas. A finales del siglo VII apuntan también las ánforas policromas de asas geminadas que apoyan en el borde y el vaso de cuello cilíndrico y baquetón central que, en Frigiliana y en Rachgoun, deben situarse a comienzos del siglo VI.

— Fase II (700/650-625 a.C.). Hacia esta cronología apuntan los fragmentos de fuentes de ondulaciones exteriores bajo el borde y un pebetero. Las cazuelas indígenas también sufren modificaciones en la elaboración de sus bordes, exvasados, y sus diámetros.

— Fase I. Es la más antigua y debe situarse entre el siglo IX, o quizá antes, y 700 a.C. Se corresponde con los niveles más antiguos de El Carambolo y Setefilla.

Respecto a la cerámica a torno, nos hallamos dentro de un complejo que requiere más excavaciones y mayor número de material. Sus relaciones más inmediatas parecen las del bajo Guadalquivir y en menor medida con la zona malagueña. Como hipótesis, sugerimos una dependencia más estrecha de una colonia occidental, probablemente Cádiz —como parece deducirse de las excavaciones recientes del castillo de Doña Blanca en el Puerto de Santa María—, que parece haber tenido un papel muy importante en el proceso económico y cultural del mediodía peninsular.

El Cabezo de San Pedro no fue una factoría fenicia, sino esencialmente un poblado indígena relacionado estrechamente con el comercio fenicio, quizá del bajo Guadalquivir o Cádiz. Los elementos a torno más característicos y abundantes de las

fases II y II son los platos recubiertos de engobe rojo por el interior, de pasta gris y los que no poseen ningún tipo de engobe. Respecto a los platos de engobe rojo, parece que no guardan correlación sus tipos con los observados por Schubart en las factorías fenicias malagueñas, aconteciendo lo mismo en el valle del Guadalquivir. La ánforas aparecen, pero no con la frecuencia esperada, y pertenecen al tipo común de «saco», de hombros carenados y galbos piriformes. La cerámica polícroma, presente en 77 fragmentos, constituye un porcentaje relativamente alto si tenemos en cuenta el área restringida de nuestros trabajos y los numerosos fragmentos decorados de engobe rojo.

Consideraciones acerca del Cabezo de San Pedro

El Cabezo de San Pedro se ocupa por vez primera en una época anterior a las primeras colonizaciones semitas, en pleno Bronce final, que cronológicamente debemos situar entre los siglos x-ix a.C. Es evidente que, desde su comienzo, ocupa un lugar de privilegio y principal, en la confluencia de los ríos Tinto y Odiel, como proyección a un comercio costero y mediterráneo, basado en la plata extraída de río Tinto o yacimientos metalíferos aledaños. El mapa arqueológico onubense muestra una concentración en la Edad del Cobre y Bronce final, como la propia Huelva sugiere, y también el yacimiento de San Bartolomé —término de Almonte—, cerca de la marisma del Rocío, donde las excavaciones realizadas han puesto de manifiesto un poblado del Bronce final y también posterior relacionado con la metalurgia y la plata. La potencia estratigráfica, cantidad y calidad de los materiales de San Pedro, y su excelente posición estratégica, sugiere un centro neurálgico para el comercio del metal. Las escorias recogidas en el transcurso de las excavaciones refuerzan la hipótesis. Este aliciente debió ser el motivo principal de la presencia fenicia en esa área y, en consecuencia, los inicios de un comercio activo, como se desprende de los trabajos de excavación. La existencia de los poblados de San Bartolomé, en Almonte, y Tejada la Vieja, en Paterna del Campo, sugieren una ruta hacia el bajo Guadalquivir y Cádiz del mineral, quizá en lingotes para ser trabajados. La extracción del metal debió suceder en pleno Bronce final, es decir, en una época en la que no se detecta con claridad la presencia fenicia.

La fase II de San Pedro señala ya una presencia activa de los colonos semitas, como se deduce de la abundancia del material a torno. A su vez, estos contactos no debieron limitarse sólo al comercio, pues en el material indígena se observan cambios muy susceptibles, derivados de un proceso gradual de aculturación. Los diámetros de los platos a mano se reducen, coincidiendo con los de engobe rojo, e igualmente imitan sus formas. Son frecuentes los vasos cerrados o abiertos recubiertos de almagra, que imitan sin duda las cerámicas de engobe rojo. El porcentaje de la cerámica a torno en esta fase puede alcanzar el 15 o el 20 por 100 del material.

La fase III, hacia finales del siglo VII y primera mitad del siglo VI a.C., pone de manifiesto todavía una población indígena que usa su propia vajilla, aunque el aumento del material a torno es notable, alcanzando el 40 o 50 por 100 del material. Se observa también en la necrópolis de La Joya. Esta observación es de suma importancia para el análisis de la cultura ibérica o turdetana en esta zona. La fase III de San Pedro y necrópolis de La Joya, que alcanzan hasta mediados del siglo VI a.C., no manifiestan, ni siquiera en germen, lo que materialmente podríamos calificar de turdetano. Esto ha debido ser un fenómeno posterior, al menos para Huelva, lo que demuestra a la vez que el proceso de cambio y aculturación fue lento y que la población indígena fue el elemento predominante en el medio onubense. La Joya muestra, del mismo modo, una cultura esencialmente indígena que ha alcanzado un alto grado tecnológico, como se infiere de sus elementos metálicos, pero que mantiene gran parte de sus costumbres ancestrales.

Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María)

Es el yacimiento más importante para el conocimiento de un puerto fenicio, que tenía gran población indígena. Está asentado en un estuario, enfrente de Cádiz. El poblado es una colina artificial de unos 300 x 200 metros y consta de siete u ocho poblados superpuestos. La vida de la ciudad discurre desde comienzos del siglo VIII al siglo IV a.C.

Las viviendas más antiguas están levantadas sobre las rocas, con cimientos de mampostería y paredes de adobes o tapial, re-

vocadas de arcillas y encaladas, con pavimentos de arcillas rojas. Las cerámicas fenicias son de engobe rojo, platos, páteras, ánforas, *oinochoes* y cerámicas indígenas a mano.

A finales del siglo VIII a.C. y comienzos del siguiente, la ciudad se amplió, debido a su prosperidad. Los materiales fenicios son semejantes a los más antiguos de Toscanos.

Se superpone un estrato de la mitad del siglo VII a.C. con materiales semejantes a los de Trayamar. La cerámica indígena es sustituida por la fenicia.

Fue este siglo VII a.C. un siglo de gran prosperidad material y desarrollo comercial. Es una época de intensas relaciones comerciales con los poblados de El Carambolo, Cerro Macareno, Setefilla, Medellín, Peña Negra, etc. Se crea ahora una estructura social fuerte, bien patente en los túmulos de Los Alcores y Setefilla.

A comienzos del siglo VI a.C. se documentan cambios. Aparecen la primera cerámica griega, ánforas SOS de transporte de aceite, áticas, samias, corintias y copas jonias y áticas.

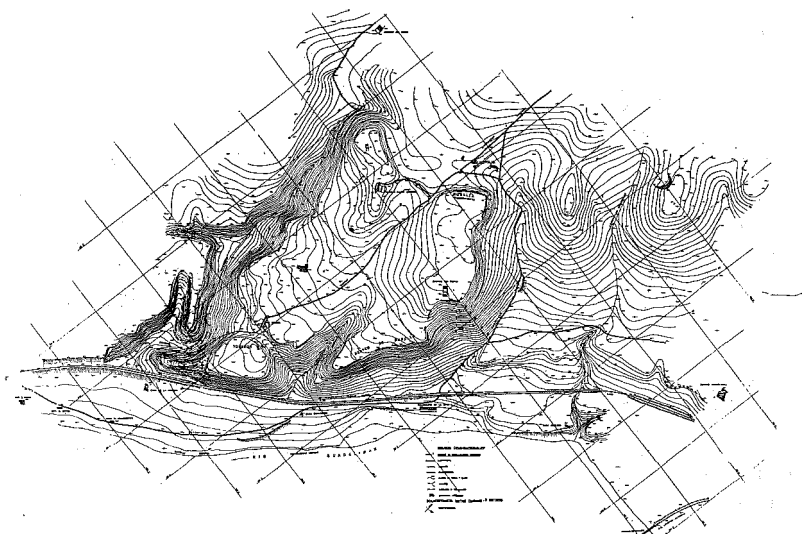
Durante el siglo V a.C. la ciudad se remodela, con una calle y viviendas rectangulares de varias habitaciones, con zócalos de mampostería, paredes de tapial, cubiertas con techos de madera y vegetales. Los pavimentos son de arcilla roja o de pequeñas piedras. A veces tienen almacenes. Se han descubierto un horno de pan y un molino de aceite. Al lado hay una zona de almacenes de carácter público, junto al puerto, lo que indica el carácter comercial del poblado. A los comienzos del siglo V a.C. se atestigua la industria de salazones. A partir de este momento las ánforas hispanas aparecen en Corinto. Otras factorías de salazón se hallan en la costa, desde Guadalete al Salado.

En la segunda mitad del siglo IV se abandonó el poblado, que mantenía relaciones fuertes con el norte de África.

Este poblado no llega más allá del siglo VIII, pero la doctora Bikay, del Instituto Arqueológico Norteamericano de Amman, me comunica que en Málaga hay cerámicas de Tiro del siglo X a.C.

Durante las campañas arqueológicas de los años 1978 y 1979 se excavó en el paraje denominado La Muela, al pie del cerro del mismo nombre que forma parte del solar de la antigua ciudad de Cástulo, un conjunto de construcciones que parecen enmarcar un recinto cuyas características, como expondremos, nos hacen pensar que se trata de un santuario al aire libre. No vamos a detallar ahora la metodología de la excavación, que nos llevaría demasiado tiempo, ya que estas construcciones se presentan muy complicadas a causa de haber sufrido varias destrucciones y posteriores reconstrucciones, todo ello en un lapso relativamente breve. Podemos asegurar que algunas de estas destrucciones fueron debidas a causas naturales y concretamente a varias inundaciones, una de ellas especialmente catastrófica, que han dejado huellas claras en la estratigrafía. El conjunto que presentamos se halla situado hoy a unos 25 metros de la orilla derecha del río Guadalimar y a unos 7 metros por encima del nivel de sus aguas. Sin embargo, en la época en que fueron alzados los muros, éstos debían de hallarse al borde mismo del río, como indican claramente las acumulaciones del limo y guijarros que se advierten en los estratos y que responden a crecidas estacionales en unos casos y a desbordamiento catastróficos en otros. Estas acumulaciones, por otra parte, nos han servido para delimitar sectores exteriores e interiores de las construcciones y para establecer diversas fases en la historia de la edificación.

Las etapas y fases constructivas en que se desarrolló la edificación primitiva y sus posteriores reconstrucciones es la siguiente: El estrato inferior del yacimiento es una gruesa capa de arena de río «asperón» en la que se instalaría un taller de fundidores de plata; de su actividad han quedado huellas patentes: una gran tinaja empotrada en la arena, que por ello ha aparecido prácticamente intacta, en cuyo interior se hallaron dos morteros de metalúrgico: dos grandes bolas de piedra arenisca con sus correspondientes cazoletas excavadas. Sobre la capa de asperón aparecen los restos de un largo muro hecho de grandes cantos rodados colocados en la base en dos hiladas paralelas y con alzado de cantos menores del mismo tipo que ahora aparecen desplomados en un tramo y han desaparecido en el resto. Este



Plano de Cástulo (Linares, Jaén).

muro apareció embutido en un grueso estrato de arcilla muy fina y compacta, que parece haber sido depositada por una inundación; contenía escasos fragmentos de cerámica sueltos y sin indicios de ocupación. En principio puede pensarse que este muro sirvió de zócalo a una construcción, pero más parece una obra hidráulica, dique o represa para desviar las aguas del río.

Directamente sobre la capa de limo endurecido y en sentido transversal al muro descrito se levantó otro lecho también de cantos rodados que presenta la particularidad de haberse utilizado losas delgadas de arenisca cada tres hiladas para igualar y consolidar la obra; las piedras están cementadas con un mortero muy duro y consistente de arcilla muy fina —seguramente limo del río— mezclada con una pequeña cantidad de cal. Este sistema de construcción es idéntico al utilizado en un edificio de la factoría paleopúnica de Toscanos²².

Este muro se interrumpe hacia poniente para dejar libre paso a un camino enlosado con dos hileras paralelas de bloques planos de arenisca que penetra en el interior del recinto y, junto

²² H. Schubart - H. G. Niemeyer - M. Pellicer, *Toscanos*, Madrid, 1969, págs. 41 y ss.

al muro descrito, avanza hacia levante. Al otro lado del acceso hay un muro tosco, de bloques sin desbastar, que parece una reconstrucción. La parte superior del primer muro y el segundo sirvieron de cerramiento único al recinto en una determinada época, ya que contuvieron la inundación catastrófica a que antes hemos hecho referencia.

El muro tosco que hemos descrito en último lugar forma ángulo agudo, pero sin piedras pasaderas entre ambos, con otro muro que corre hacia el sur y que también sufrió la acometida de la inundación; en efecto, a un nivel de la cara superior de la gruesa capa de guijarros y limo que depositó la inundación, aparece reconstruido, pero de forma que el nuevo alzado apoya en parte sobre el muro anterior y en parte sobre la capa de guijarros. En otros puntos de la excavación se advierten otras cimentaciones —tres al menos— sobre la capa de guijarros.

El muro de cantos rodados enlaza hacia levante con un conjunto de construcciones que, desgraciadamente, no hemos podido exhumar en su totalidad, por limitar con el camino vecinal que debíamos respetar. El espacio de que disponíamos para excavar, sin embargo, nos permitió exhumar en su totalidad una construcción rectangular que nos parece el ámbito más interesante de todo este complejo. Esta construcción mide aproximadamente 2,50 por 5 metros y aparece cerrada únicamente en su base, ya que fue reconstruida al menos en tres ocasiones, ampliándose progresivamente por dos de sus lados, el que mira al interior del recinto y el lado sur, que actualmente coincide con el borde del talud en que se ha llevado a cabo la excavación.

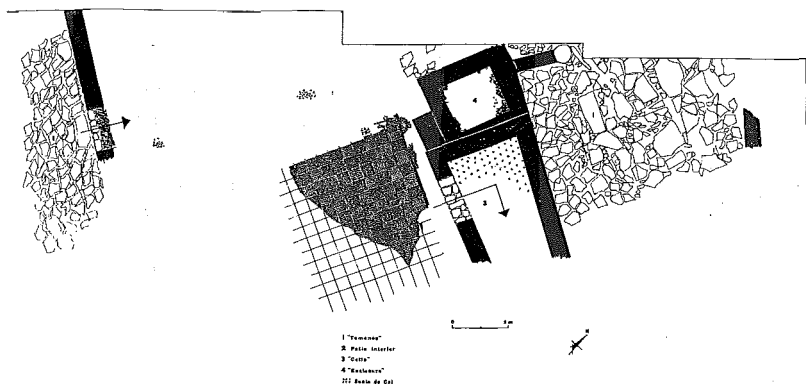
El alzado de este edificio presenta cuatro etapas constructivas. Las dos inferiores están hechas de cantos rodados y enlazan, al parecer, con el muro de iguales características ya descrito. En el interior del edificio hay indicios de que las sucesivas reconstrucciones se hicieron de modo que quedara un acceso escalonado, las dos últimas fases están hechas con técnica y materiales distintos de las anteriores. El alzado es de bloques irregulares y sin labrar, dispuestos a dos hojas y con relleno de cantos menores, todo ello cementado con el mismo mortero de arcilla fina al utilizado en las fases anteriores. En la última reconstrucción hemos hallado fragmentos de adobes hechos del mismo material, que poseen la dureza del ladrillo cocido. Ado-

bes semicocidos de este mismo tipo han aparecido en Toscanos, sobre todo en sus estratos antiguos²³.

Las hiladas superiores corresponden a la última fase constructiva del edificio, en que el recinto en su conjunto presenta interesantes novedades con respecto a las fases anteriores. En el exterior del edificio que acabamos de describir, los sucesivos estratos consistían en capas de color oscuro y manchas de ceniza alternadas con estratos de arcilla limpia que sirvió para sentar un gran pavimento de guijarros blancos y negros dispuestos en forma de ajedrezado, bastante bien conservado en el centro del recinto y muy deteriorado en sus bordes, que ya fueron objeto de varias reparaciones en época antigua. A juzgar por lo restos que hemos logrado documentar, el pavimento original mediría más de 50 metros cuadrados. Los bordes fueron rehechos con menor cuidado que la obra original; los cuadros de ésta miden entre 42 y 44 centímetros de lado y están hechos exclusivamente de guijarros blancos y negros de tamaños muy regulares. En los bordes, por el contrario, se emplearon guijarros desiguales y mezclando los de río con piedras irregulares de color cárdeno. Otra diferencia consiste en el tema decorativo, que en los bordes es de «postas», frecuente en la cerámica griega e ibérica levantina o en la cistas de piedra de Galera, en contraste con la severidad de la obra original.

En el interior del edificio rectangular, y también a un nivel de la hilada inferior de la última reconstrucción, apareció un paquete de tres suelos de tierra batida con enlucidos de cal. Este paquete de suelos apoyaba sobre una capa de cantos rodados, que probablemente corresponden a un desmoronamiento de la obra antigua, ya que aparece a un nivel de la penúltima reconstrucción. Bajo esta capa de piedras aparece el relleno primitivo del edificio, interrumpido en algunos puntos por otros desmoronamientos de cantos rodados. Consiste este relleno en un grueso paquete de finos estratos formados exclusivamente por cenizas, huesos de animales y gran cantidad de cerámica rota, al parecer, intencionadamente *in situ*. En principio pensamos que podría tratarse de un vertedero, pero al descubrir las sucesivas reconstrucciones y teniendo en cuenta además el magnífico pavimento de guijarros ya descrito, creemos que más bien se trata

²³ H. Schubart - H. G. Niemeyer - M. Pellicer, cit., págs. 142 y ss.



Santuario de Cástulo (Linares, Jaén).

de un depósito ritual y que todo el conjunto de edificaciones es en realidad un santuario al aire libre al que iba aneja esta fosa ritual y el resto de las construcciones.

Este tipo de construcciones rituales no es realmente nuevo en la Península Ibérica. Ciñéndonos a un ámbito geográfico próximo y cronológicamente paralelo, en los Alcores de Carmona halló G. Bonsor dos recintos muy semejantes a éste. El primero es el que el citado autor llamó «roca de los sacrificios de El Acebuchal»²⁴, en cuyas cercanías había además un conjunto de edificios en torno a un gran patio pavimentado de guijarros²⁵. La gran roca a que se refiere Bonsor llevaba adosada una construcción de planta rectangular rellena de cenizas, piedras quemadas, hachas de piedra pulimentada y numerosos fragmentos de «cerámica indígena», es decir, cerámica a mano en que abundan los cordones en relieve y las decoraciones incisas²⁶. Los estratos superiores del conjunto de edificios y del recinto rectangular contenían cerámica a torno de tipo orientalizante: ánforas globulares, soportes trípodas, lucernas bicornes,

²⁴ G. Bonsor, *Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis*, París, 1899, págs. 96 y ss.

²⁵ *Ibid.*, págs. 95 y ss.

²⁶ *Ibid.*, figs. 52-70.

restos de un jarro de boca trilobulada, además de cuencos a mano pintados, decoraciones de retícula bruñida y soportes en forma de carretes²⁷. Bonsor interpretó esta construcción como una fosa ritual en que se depositaban los restos de banquetes sagrados y los recipientes utilizados en los mismos.

Otro de los hallazgos al que Bonsor atribuyó esta misma función ritual es el gran túmulo de Entremado²⁸, montículo artificial de 7 metros de altura en cuya cima se superponían hasta tres fosas rectangulares con el suelo pavimentado de guijarros. Los contenidos de estas fosas eran los mismos que en el caso anterior: cerámicas a mano toscas o decoradas con retícula bruñida, huesos de animales y restos de ánforas globulares²⁹. Entre estos materiales destacan algunos fragmentos excepcionales con decoración orientalizante³⁰.

Todavía señala Bonsor la existencia de varios túmulos formados del mismo modo y posiblemente con la misma funcionalidad ritual en Alcaudete, Vientos y Parias, con alturas, respectivamente, de 30, 20 y 14 metros.

No parece, en cambio, que haya semejanzas entre el recinto de Cástulo y los templos y santuarios conocidos en el ámbito propiamente ibérico³¹. Algunos de éstos se hallan situados en las inmediaciones de un manantial; casi directamente bajo la fosa de La Muela brota actualmente un manantial, pero dadas las transformaciones que ha sufrido el terreno, no es posible asegurar que tenga alguna relación con las edificaciones superiores. Las fosas de consagración que aparecen en los santuarios ibéricos están destinadas a depositar exvotos, pero no contienen restos de sacrificios. En los estratos sellados por el pavimento de guijarros hemos hallado, sin embargo, algunos objetos que podrían tener un significado religioso. Se trata, en primer lugar, de unos objetos de cerámica tosca, de forma oblonga con incisiones en los bordes por ambos lados, de los que dos han aparecido completos, y fragmentos de al menos otros dos,

²⁷ *Ibid.*, figs. 71, 74, 81-84, 86-87, 89-95, 97, 99 y ss.

²⁸ *Ibid.*, págs. 100 y ss.

²⁹ *Ibid.*, figs. 92-95, 97.

³⁰ J. Remesal Rodríguez, «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *AEA*, 48 (1975), págs. 3 y ss, especialmente fragmentos 10-13.

³¹ J. M. Blázquez, *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid, 1975, s.v. «santuario, templo».

que podrían representar ídolos, a juzgar por su semejanza con otros, de piedra, hallados en el poblado hallstático de Cortes de Navarra³². Cabría pensar, en este caso, en una posible función de exvotos, igual que a propósito de un pequeño ídolo o amuleto de piedra, fragmentado, que hemos hallado en el mismo lugar. El otro tipo de objetos a que nos referimos son unas cazoleas cuyo perfil presenta cierta semejanza con el de algunas lucernas púnicas, aunque no tenemos indicio alguno de picos; están hechas a mano y presentan la superficie interior muy cuidada, con un baño de grafito que les confiere brillo metálico o de pintura roja «a la almagra». Hemos hallado fragmentos de por lo menos una docena de estos recipientes, también en la explanada que daba frente al recinto rectangular; tienen la particularidad de presentar la superficie exterior rugosa, sin trabajar, y con indicios de que iban adosados a una base de cerámica.

Tampoco parece que pueda establecerse una relación entre el recinto de La Muela y los templos griegos arcaicos, en que el témenos está en relación con un altar y una *cella* destinada a albergar simbólicamente o en imagen la presencia de la divinidad; las fosas existentes en algunos de ellos se destinan a recoger los exvotos acumulados en número excesivo en los tesoros³³. Mayor parecido vemos con los santuarios chipriotas del periodo arcaico, como el de Ayia Irini, en los que se perpetúa un culto viejísimo certeramente ilustrado en la terracota de Vounos que representa un témenos en el que se desarrolla un rito que incluye el sacrificio de toros³⁴. En el recinto de La Muela hay también una cocina; en efecto, el ángulo agudo que forman los muros situados a poniente tenía esa función, como lo acredita un grueso estrato de cenizas claras, de unos 40 centímetros de espesor, que lo ocupaba totalmente y donde aparecieron cerámicas propias de cocina. Una buena ilustración de estos cultos serían las escenas que se narran en Samuel 1, 1-9 y 2, 11-17, en que aparecen las familias israelitas cocinando en el santuario de Silo las carnes que van a ser ofrecidas luego en sacrificio y consumidas por los sacerdotes y los oferentes.

³² J. Maluquer de Motes, *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico*, I, Pamplona, 1954, pág. 131.

³³ E. O. James, *El templo*, Madrid, 1966, págs. 215 y ss.

³⁴ V. Karageorghis, *Chypre*, Ginebra, 1968, págs. 199 y ss.

En cuanto a otros materiales hallados en nuestra excavación, hemos de destacar la extraordinaria cantidad y riqueza en formas y decoraciones de la cerámica a mano, de tradición indígena, frente a una pequeña proporción de cerámicas a torno; éstas, al final de la segunda campaña, vienen a ser únicamente un 2 por 100 de los fragmentos recogidos. Los fragmentos a torno corresponden a formas bien conocidas en los establecimientos tartésicos de la baja Andalucía: platos, cuencos y cazuelas de cerámica gris, a veces espatulatos a torno, con superficies tersas y brillantes; platos y tazones de barniz rojo; dos fragmentos mínimos de cuello y borde de un jarro de barniz rojo de boca trilobulada; bordes de platos de barniz rojo con incisiones circulares hechas a punzón después de la cocción. Pero lo que más abundan son los fragmentos de ánforas de tipología púnica: ánforas globulares de tipo «Cruz del Negro» con decoración de bandas y series de círculos concéntricos o de simples bandas; una boca de ánfora con asas de tres tendones; fragmentos de grandes ánforas decoradas con bandas.

Hay indicios de que estas cerámicas a torno eran un producto raro y muy estimado; en efecto, es frecuente el hallazgo de fragmentos que, después de rotos, eran limados y retocados; así, tenemos varias peanas de cerámica gris retocadas que quizá se utilizaban, a juzgar por la curva del retoque, como pulidores para la cerámica a mano. Tenemos además imitaciones a mano de piezas a torno.

Como hemos indicado, estas cerámicas a torno parecen importadas en Cástulo. Hemos podido comparar nuestros fragmentos con otros procedentes del Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla) y apreciar que son idénticas las pastas, así como el tratamiento de las superficies y las decoraciones. Para algunos fragmentos de barniz rojo tenemos paralelos exactos en El Carambolo³⁵. Las ánforas globulares, aparte de los conocidos paralelos de los Alcores, y en especial de la Cruz del Negro³⁶, tienen también paralelos en los hallazgos de la necrópolis de Medellín³⁷, aunque el tipo de decoración, con banda central adorna-

³⁵ J. de M. Carriazo, cit., con incisiones hechas después de la cocción; barniz del tipo I, de la clasificación de Tarradell.

³⁶ G. Bonsor, cit., fig. 193.

³⁷ M. Almagro Gorbea, *El Bronce final y el periodo orientalizante en Extremadu-*

da de series de círculos concéntricos, que parece ser el preferido de Cástulo, tiene paralelos más acusados en los estratos bajos de la Colina de los Quemados (Córdoba)³⁸ y en Frigiliana³⁹.

Entre las aportaciones más interesantes de nuestra excavación hay dos fragmentos a torno y uno a mano decorados con una imprimación de pintura roja sobre la que se han trazado con pintura blanca trazos sinuosos enmarcados por series de líneas paralelas. Este hallazgo nos indujo a revisar algunos materiales ya publicados⁴⁰ y otros inéditos que se hallan depositados en el Museo de Linares (Jaén). Este segundo lote, que damos a conocer ahora por su indudable interés, consta de cerámicas hechas a mano y a torno. El rasgo común de todo este conjunto es la decoración de pintura blanca, casi siempre sobre una imprimación en rojo.

Los fragmentos a mano corresponden a grandes tinajas de pastas groseras, al parecer tres en total, que describimos a continuación:

1. Seis fragmentos, dos de ellos concertados; superficie rugosa y cubierta de una imprimación de pintura roja «a la almagra», de color vivo y bien adherida. Se aprecia una decoración de retículas enmarcando cuadros con temas florales, trazos sinuosos entre líneas paralelas.

2. Seis fragmentos, concertados dos y dos; superficie de color gris oliváceo cuidadosamente espatulada. No hay indicios de imprimación en rojo. La decoración consiste en una banda con el tema de cable o *guilloche*, reticulados y series de líneas paralelas.

ra, cit., págs. 287 y ss., para la tipología de este tipo de ánforas en Extremadura.

³⁸ J. M. Luzón - D. Ruiz Mata, *Las raíces de Córdoba*, Córdoba, 1973.

³⁹ M. Pellicer, «Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas», *SPP*, 5, Barcelona, 1969, págs. 291 y ss.; A. Arribas - J. Wilkins, «La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras, Frigiliana, Málaga», *Pyrenae*, 5 (1969), págs. 185 y ss. Sobre candelabros con flores de loto, H. M. Mathaus, «Bronzene Kandelabren mit Blattuberfall», *Acta Cypria*, Jonsered, 1992, págs. 214 y ss.

⁴⁰ A. Blanco, «El ajuar de una tumba de Cástulo», *Oretana*, 19 (1965), páginas 7 y ss., con la revisión de estos materiales en J. M. Blázquez - J. Valiente, «El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo», *Coloquio Internacional sobre las colonizaciones fenicias*, Colonia, 1979.

3. Siete fragmentos de tinaja; superficie finamente alisada y con una imprimación de pintura «a la almagra». La decoración consiste en reticulados entre líneas paralelas que parecen formar cuadrados.

Los fragmentos a torno corresponden a ánforas. Las pastas están bastante depuradas, con finas inclusiones de cuarzo y cerámica molida, de color ladrillo claro. Todos llevan una imprimación de pintura de color carmín fuerte, sobre la que va, trazada en blanco, la decoración:

4. Dos fragmentos con decoración de líneas que enmarcarían otros temas ahora irreconocibles.

5. Dos fragmentos con decoración de líneas paralelas que enmarcarían otros temas ahora irreconocibles.

6. Cuatro fragmentos, dos de ellos concertados, de cuello y pared de un ánfora. Los temas decorativos son un reticulado en el cuello, series de trazos sinuosos, líneas paralelas y un ajedrezado obtenido mediante el recurso de dejar en reserva el fondo de la imprimación de la pintura roja.

El interés de estas cerámicas radica en el hecho de que nos documentan el impacto de los productos del comercio fenicio en las poblaciones del interior. Los temas de reticulado son característicos de las cerámicas a mano pintada que aparecen en nuestra excavación. El tema de cable o *guilloche* se documenta en grandes tinajas a mano. El tema floral del fragmentos núm. 1 recuerda unas piezas de filigrana del tesoro de La Aliseda⁴¹ que probablemente servía de aplique sobre tela; ello hace pensar que el modelo de estas decoraciones pudieron ser las telas preciosas procedentes del comercio fenicio; los finos reticulados que decoran nuestras cerámicas quizá traten de imitar la trama de los tejidos. En cuanto al tema de *guilloche* o cable, aparece en los marfiles orientalizantes, de los que han aparecido en Cástulo escasos fragmentos, pero significativos⁴².

Las decoraciones de pintura blanca de Cástulo tienen un pa-

⁴¹ M. Almagro Gorbea, cit., pág. 210.

⁴² Fragmento de marfil de las necrópolis del Estacar de Robarinas y Molino de Caldoná; cfr., respectivamente, J. M. Blázquez - J. Remesal, «Hallazgos en la necrópolis oretana de Cástulo», *CAN*, 13 (1975); A. Arribas - F. Molina, «La necrópolis ibérica del Molino de Caldoná, Finca Torrubia», *Oretania*, 28-33 (1968-69), págs. 160 y ss., especialmente págs. 173 y ss.

ralelo estricto en cuanto a la técnica en las cerámicas llamadas «de estilo Medellín»⁴³, pertenecientes al estrato de base de esta necrópolis, con temas que presentan la misma mezcla de lo indígena y lo orientalizante. También se documenta esta técnica en piezas procedentes de La Guardia (Jaén)⁴⁴. En ámbitos más lejanos, pero quizá conectados con Cástulo, aparece la técnica de pintura blanca sobre imprimación en rojo en relación con las invasiones de los campos de urnas⁴⁵. El tema de trazos sinuosos en pintura blanca sobre fondo rojo es conocido en cerámicas pintadas de la Meseta⁴⁶. En Cástulo, este tema se explicaría como una simplificación del cable o *guilloche*.

En nuestra excavación hemos hallado escasos fragmentos metálicos: una punta de lanza, una fibula de doble resorte con plaquita ornamental y un cuchillito de hierro, aparte de algunos lingotes pequeños de plomo de nula significación; estas piezas están actualmente en curso de restauración. Podemos adelantar que la fibula y el cuchillito son semejantes a los hallados en una tumba del túmulo A de Setefilla⁴⁷.

En cuanto a la cronología de los estratos subyacentes al gran pavimento de guijarros y a los correspondientes suelos de tierra del interior del edificio rectangular, a los que pertenecen los materiales de nuestra excavación antes reseñados, nos remitimos a nuestro estudio sobre la fase orientalizante en Cástulo⁴⁸,

⁴³ M. Almagro Gorbea, cit., pág. 348.

⁴⁴ A. Blanco, cit., pág. 27; cfr. J. J. Jully, «Koiné commerciale et culturelle phénico-punique et ibero-languedocienne en Méditerranée Occidentale à l'Age du Fer», *AEA*, 48 (1975), pág. 33.

⁴⁵ T. Ortego, «Celtas en tierras de Soria y Teruel», *CAN*, 2 (1951), páginas 285 y ss. En cuanto a una posible relación entre Cástulo y la Meseta, hemos de señalar que en nuestra excavación de La Muela ha aparecido un notable conjunto de cerámicas grafitadas; cfr. J. M. Blázquez - J. Valiente Malla, *Cerámicas grafitadas del poblado de La Muela de Cástulo*.

⁴⁶ M. Almagro Gorbea, «La necrópolis de "Las Madrigueras", Carrascosa del Campo, Cuenca», *BPH*, 10 (1969), págs. 74, 110 y ss.

⁴⁷ M. E. Aubet, *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, cit., fig. 23, 5 y 7.

⁴⁸ J. M. Blázquez - J. Valiente, *El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo*, cit., conclusiones; sobre Cástulo, J. M. Blázquez y otros, *Cástulo*, I-IV, Madrid, 1975-85; M. P. García-Gelabert - J. M. Blázquez, «Cástulo, Jaén, España. I. Excavaciones en la necrópolis ibérica del Estacar de Robarinas siglo IV a.C.», *BAR International Series* 425; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert,

en que le asignamos una datación entre comienzos del siglo VII y las primeras décadas del VI a.C.⁴⁹

En comparación con otros ámbitos sincrónicos del bajo Guadalquivir, Cástulo se caracteriza por una fuerte pervivencia del elemento indígena, que parece proyectarse en dos sentidos: asimilación de novedades dentro de su propio mundo (cerámicas indígenas con temas decorativos orientalizantes), adquisición de productos de lujo (bronces orientalizantes, marfiles, tejidos preciosos) y cierta lentitud al mismo tiempo para cambiar a las formas y los procedimientos industriales nuevos (bruñido de las cerámicas grises a torno; vuelta a los temas decorativos indígenas en las cerámicas claras con decoración de pintura blanca; estilización acusada de los temas florales orientalizantes y preferencia por los geométricos), hasta el punto de que se tiene la impresión de una cierta resistencia por parte del elemento indígena, que se mantiene fuerte en sus propias tradiciones.

Por otra parte, la penetración de los aportes orientalizantes en Cástulo parece haberse producido a partir no de los establecimientos fenicios de la costa, sino por mediación de algún centro tartésico, es decir básicamente indígena, que ya habría asimilado la cultura, al menos material, aportada por las colonias semíticas. Este centro estaría localizado no en el Estrecho (Cádiz o sus dependencias), sino más en el interior: Asta Regia, Cerro Macareno o El Carambolo, por ejemplo. De estos centros dependerían para todo lo relacionado con el intercambio de productos orientalizantes por metales los centros mineros del interior, como Cerro Muriano, Colina de los Quemados o Cástulo.

Cástulo, ciudad ibero-romana, Madrid, 1992. Una síntesis de las excavaciones de Cástulo: J. M. Blázquez, «Cástulo, capital of the mining district of Oretania», Papers in Iberian Archaeology, BAR International Series 193 (II), 1984, págs. 396 y ss.

⁴⁹ Sobre yacimientos paralelos de esta época en el valle del Guadalquivir y comarcas adyacentes, cfr. una buena panorámica en M. E. Aubet, cit., págs. 153 y ss. Es fundamental para el sur hispánico: M. E. Aubet y otros, *Tartessos, Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1989.

El poblado y la necrópolis de Medellín han sido excavados y dados a conocer en los últimos años por M. Almagro Gorbea⁵⁰, e indican muy bien la penetración de los influjos fenicios muy en el interior, en tierras ricas en estaño superficial (Plin., *NH*, 34, 156). Su inicio debe fecharse antes del año 800 a.C. y cae dentro del Bronce final, pero con seguros elementos de origen meridional relacionados con los primeros influjos orientalizantes en Occidente. Se caracteriza este periodo por la presencia de cerámica de retícula bruñida, por la cerámica llamada tipo Carambolo, por la ausencia de cerámica fabricada a torno, y quizá por las primeras importaciones de cerámica hecha a torno. A continuación siguen las primeras producciones locales a torno y la cerámica llamada tipo Medellín, que también aparece en Cástulo.

Este primer periodo en Extremadura se puede denominar de la ría de Huelva, por ser esta ría uno de los principales centros típicos de esta etapa y por estar los broncees del famoso depósito (espadas, lanzas, hachas de talón y anilla) muy extendidos por toda Extremadura. Los yacimientos típicos, además de Medellín, son el de Valcorchero, fácilmente identificable con el de Boquique. Se caracteriza este periodo por la sustitución de la irradiación cultural procedente del oeste peninsular por la llegada del mediodía. La sustitución debió ser paulatina. La orfebrería debió ser una continuación de la anterior, como lo indica el hecho de que los torques de Berzocana⁵¹ están asociados a una pátera de bronce de tipo chipriota. La minería de oro y estaño, así como la orfebrería, estimularon la llegada de estos influjos orientalizantes, que creemos que también quedan reflejados (escudos con escotaduras en V, fíbulas de codo, espejos, carros) en las citadas estelas extremeñas, que se fecha ya alguna en este periodo. Incluso la llegada de las cerámicas tipo Carambolo y de retícula bruñida confirman estas influencias meridionales, que proceden en origen del Mediterráneo oriental, que fueron

⁵⁰ M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final*, cit., págs. 287 y ss.

⁵¹ *Ibid.*, cit., págs. 22 y ss.; *Id.*, «Orfebrería del Bronce Final de la Península Ibérica», *TP*, 29 (1972), págs. 55 y ss. La tendencia más moderna es a levantar la cronología de estos objetos.

traídas por los fenicios, y que señalan su presencia en la costa. Hubo, pues, un comercio de objetos suntuarios, y posiblemente de telas ricas citadas por el profeta Ezequiel (27, 7, 16, 24) como objeto típico del comercio de Tiro: «Traficaban contigo en vestidos de lujo, mantos de púrpura violeta y bordados abigarrados, tapices multicolores, cuerdas sólidamente trenzadas», que utilizaba una élite aristocrática guerrera, que era la que se enterraba debajo de las estelas grabadas, que vivía sobre el campo y que debía controlar el comercio y los caminos. Se da ahora un desarrollo preurbano, que demuestra un cambio social y económico, con desarrollo del ganado mayor, tipo bovino, como en el sur (El Carambolo, Cabezo de San Pedro y Mesa de Asta). Se caracteriza este periodo por una mezcla de elementos atlánticos, como las espadas de carpa, los cascos de cresta o de cuernos, con otros procedentes del Mediterráneo oriental, como los carros, los escudos con escotadura en V y las fíbulas de codo, y otros llegados de Centroeuropa (cascos de bronce con cresta de Huelva, representados en las estelas grabadas extremeñas), que prueban la llegada hasta Occidente de gentes de los campos de urnas de Centroeuropa, cuya importancia étnica fue escasa, pero no su influjo social y cultural; trajeron seguramente el rito de la incineración y el uso del enterramiento en una. De su presencia en estas regiones quedan huellas en la onomástica, en la religión y en la toponimia. La presencia de los fenicios asentados en la costa se puede deducir indirectamente de la cronología que da M. Almagro Gorbea a una serie de objetos traídos por ellos a Occidente, como son las fíbulas de codo, los escudos con escotadura en V y los carros, que los fecha en torno al siglo IX o incluso en el siglo X a.C.

El segundo periodo en Medellín, llamado orientalizante reciente, se fecha a partir de final del siglo VIII a.C. y termina antes de 600 a.C. Se caracteriza por la aparición de la vida urbana y por una penetración masiva de elementos orientalizantes, que desplazan progresivamente los característicos del Bronce final, lo que indica un intenso comercio con el sur y una fuerte asimilación. Se generaliza el uso del torno de alfarero y del hierro, que quizá llegó en el periodo anterior. Termina la cerámica de retícula bruñida y aumenta la de tipo Medellín.

El tercer periodo de Medellín, llamado orientalizante tardío, abarca de 600 a.C. hasta mediados del siglo V a.C., fecha en

que se detectan elementos de origen posiblemente meridional, de la cultura turdetana. Se caracteriza esta tercera fase de la vida del yacimiento por la generalización del uso del torno, el afianzamiento de la cerámica gris, las importaciones de barniz rojo y el predominio de las urnas decoradas a bandas.

En la etapa orientalizante antigua el comercio de objetos de lujo en Extremadura se organiza mejor. Se intercambian por materias primas, oro y estaño, mencionados por el profeta Ezequiel (27,12), en compañía del hierro y del plomo, como objetos traídos de Tarsis, y tal vez, como sugiere M. Almagro Gorbea, por pieles, carnes y esclavos, citados como mercancía fenicia de intercambio (Ez. 27, 13). Somos de la opinión que el comercio de estos últimos fue de capital importancia. A estos objetos pertenecen los jarros de bronce, como el de Coca, que hablan de una penetración muy al interior de estos objetos y de los ritos funerarios con ellos relacionados, y también, en opinión de M. Almagro Gorbea, los carros, escudos circulares, espejos y peines de las estelas decoradas extremeñas de la variante II C-D, al igual que las fibulas de pivote y aguja libre de Sanchorreja (Ávila). Continúan los mismos ritos funerarios, lo que prueba una continuidad social y religiosa con el periodo anterior. Hace su aparición las imitaciones locales de cerámicas a torno, lo que señala la existencia de un artesanado y los primeros grafitos, que son simples signos, que demuestran una vez más unas relaciones intensas con el Sur.

Estas relaciones comerciales modifican, en la fase orientalizante reciente, los ritos funerarios, la religión y la organización social. La maciza orfebrería de oro del periodo anterior es sustituida por otra, que se supone procedente de las factorías asentadas en la costa y muy particularmente de Cádiz, fabricadas con técnicas traídas por los fenicios, como el granulado, el repujado y la filigrana. Algunas joyas son importadas (La Aliseda) de fuera de la Península, las piedras preciosas de este tesoro proceden seguramente del Sinaí, pues Tiro comerciaba con ellas (Ez. 27, 16, 22), al igual que la botella de vidrio tallada de La Aliseda, obra de norte de Siria. Otras joyas proceden de talleres del sur (Cádiz).

Las ánforas indican un nuevo comercio de líquidos, aceite o vino. Ahora se debió introducir el cultivo de la vid. Enseguida fueron copiadas por alfareros locales. La existencia del aceite

queda demostrada por la presencia de lámparas de aceite, aunque este sistema de iluminación no se generalizó, pues su número es escaso. Aceite y vino eran líquidos con los que comerciaba Tiro, según Ezequiel (27, 17-18) y fueron traídos aquí por los fenicios.

La ganadería mayor continuó teniendo una importancia mayor que la menor (cabras y ovejas), en número doble con respecto al ganado porcino. El caballo es escaso, aunque Hispania abundaba en ellos (Str. 3, 4, 15), lo que indica que no se comía o que era animal de lujo. El ciervo es muy abundante.

En Medellín, en este periodo, hacen su aparición los crisoles y escorias de bronce en el poblado, así como el hierro y los grafitos, que son marcas sobre cacharros, y que demuestran que, al menos algunos, conocían el uso de la escritura, al parecer los grafitos son fenicios, todo lo cual confirma las intensas relaciones con los pueblos del mediodía, mediante caminos bien trazados, la presencia de artesanos, metalúrgicos y de comerciantes, junto a una élite aristocrática, fuertemente semitizada, que se enterraba en túmulos, siguiendo el ritual fenicio, y usaba en él jarros y braserillos, como en Carmona y en Setefilla.

Se ha pensado que estas gentes extremeñas se desplazan hacia el sur, llegando hasta Cádiz, como mercenarios primero y después como jefes. El rito de enterramiento en túmulos es coetáneo en la necrópolis de Medellín al de las urnas y sería un indicio, al igual que en Carmona, de una diferencia de clases, de gentes acomodadas, pero de inferior riqueza, que las que se enterraban en los túmulos. M. Almagro Gorbea piensa que pertenecen a artesanos y comerciantes de centros urbanos.

Se asimilan en este periodo, según se aludió ya, los ritos traídos por los fenicios. El brasero y jarro de La Aliseda se utilizó en el mismo ritual que los empleados en Huelva, en Niebla y en Carmona, ritual muy extendido por Extremadura y regiones situadas al norte, según lo da a entender la presencia de los jarros y braseros de Mérida, Siruela, Villanueva de la Vera, Coca y Sanchorreja (cinturón con grifo y palmeta de cuenco). El mismo rito se practicó en Cartago, Etruria, Chipre y Fenicia en el periodo orientalizante. Estos ritos son pruebas en Extramadura de una profunda semitización en estas gentes, ya que la religión evoluciona y cambia mucho más lentamente que otros aspectos

culturales. Es ahora cuando estas poblaciones veneran dioses típicamente fenicios, como Reshef (Medina de las Torres) y las diosas aladas del Berrueco, que representan a Astart-Anat. Una *Pothnia Theron*, Astarté entre aves, como en Illici, está representada quizá en una placa decorada con granulado del tesoro de Serradilla⁵², que es un paralelo para un bocado de caballo de Sevilla. Ahora penetran temas religiosos traídos por los fenicios, como el mito de Gilgamés (La Aliseda), el grifo (La Aliseda, Sanchorreja), el árbol de la vida (Medellín). Los *thymiateria*, como los de La Codosera y Sefara, son pruebas de la introducción de ritos fenicios en los que los aromas desempeñaban un importante papel⁵³. Tiro traficaba con ellos, según Ezequiel (27, 17, 19). La presencia de unos crótalos en la necrópolis de Medellín aluden a cantos fúnebres de origen fenicio, introducidos desde Oriente.

El rito funerario de esta necrópolis acusa influjo fenicio igualmente. Era muy complejo, como el de La Joya. Se elegía el lugar de cremación, se recogían los huesos, posiblemente envueltos en gasas, se les lavaba y se les introducía en una urna, y se colocaban recipientes, que contenían aceite o miel. Este ritual está documentado en Chipre y es descrito por Homero con ocasión de los funerales de Patroclo⁵⁴. Se cubría con un túmulo el lugar de la incineración, se depositaba la urna en un hoyo aparte y se colocaban las ofrendas sobre el lugar de la cremación. Se organizaban pequeños *silicernia*, lo que es un indicio claro de un culto a los muertos. Este ritual lo practicaban todas las poblaciones del mediodía y suroeste, según se ha visto ya, influidas por las factorías fenicias asentadas en la costa.

En Medellín y Cruz del Negro se enterraban en urnas depositadas en hoyos. Este rito parece típico de los artesanos y comerciantes, que vivían en los centros urbanos y eran dueños del lujo, como cerámicas importadas, marfiles, etc. Este tipo de sepultura se documenta en Setefilla y probablemente en La Aliseda, junto a los túmulos. Poco a poco se formó la llamada etapa orientalizante tardía, una cultura orientalizante que impregnó

⁵² M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final*, cit., págs. 223 y ss.

⁵³ *Ibid.*, cit., págs. 245 y ss.

⁵⁴ V. Karageorghis, *Salamis in Cyprus Homeric, Hellenistic and Roman*, Londres, 1969, págs. 8 y ss., 26 y ss., 71.

de tal manera todos los aspectos de la vida de estas poblaciones, que es imposible distinguirlas de los peculiares de la cultura indígena. Ahora es cuando se atestigua bien claramente al existencia de artesanos; se generaliza la escritura y se extienden los elementos típicos del periodo orientalizante. La producción artesanal local sustituye a la importada, como lo prueban los citados *thymiateria* de La Codosera y de Safara, las joyas de Medellín y de Almendralejo⁵⁵. Los talleres estarían localizados en los centros urbanos. La población urbana predominaría sobre la rural, lo que originaría un cambio en la estructura económica y social, que llevaría consigo la desaparición de las élites rurales de final de la Edad del Bronce, como lo indica la ausencia de túmulos y de las estelas. Ahora hay fundidores de metal, a juzgar por las escorias y por los trozos de crisol. La metalurgia de hierro se pone de moda.

Sin embargo, llegan todavía algunos elementos importados del Sur, como los jarros de Mérida y de Villanueva de la Vera, de la primera mitad del siglo VI a.C. y el de Valdegamas, que sigue modelos de un taller campano, los braserillos hallados en Sanchorreja, los broches calados de Sanchorreja y Medellín, quizá fabricados estos últimos sobre el lugar, como sugiere M. Almagro Gorbea, y ello es muy posible. De fabricación local creemos que son el carro de Mérida y el guerrero de Medina de las Torres, al igual que los citados *thymiateria*, que siguen modelos fenicios. Se importa en este momento del Sur cerámica ática, traída a Occidente en barcos fenicios, como el *kylix* ático de Eucheiros, hallado en Medellín.

La Peña Negra. Crevillente

La *Ora Maritima* de Avieno, que para nosotros remonta a una fuente púnica y no griega, según afirma el mismo autor (414-415); «*Haec nos ab imis puni-
corum annalibus / probata longo tem-
pore edidimus tibi*», y por eso no menciona a Ampurias, por describir una etapa anterior a la fundación de la colonia griega, menciona a los fenicios (459-460): «*ista phoenices prius / loca incole-
bant*», habitando la costa del Levante. Probablemente estaban

⁵⁵ M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final*, cit., págs. 230 y ss.

interesados en la plata de los Pirineos, que gravó Catón en el año 195 a.C. con un gran tributo, según Livio (34, 21) y Gelio (NA 2, 22, 28).

Como prototipo de la simulación por las poblaciones indígenas, en este caso hallstätticas, de los elementos culturales traídos por los fenicios, puede citarse el poblado de La Peña, en Crevillente, recientemente dado a conocer⁵⁶. El poblado tuvo dos grandes etapas. La primera comprende desde 725 a.C. aproximadamente hasta el año 650 a.C. Se caracteriza este periodo por un *habitat* con fondos de cabañas. La economía es de tipo pastoril (ovejas y cabras); la cerámica está fabricada a mano, es pintada y tiene incrustaciones. Se documenta en este periodo una actividad textil de tipo familiar. En el segundo periodo, que abarca hasta el año 500 a.C., perviven las formas cerámicas hallstätticas; hacen ahora su aparición las cerámicas fenicias a torno; se fabrican cerámicas indígenas a torno y las casas son de forma rectangular. La economía es mixta, agrícola comercial. Estas gentes conocen el hierro, el bronce y la orfebrería de oro y plata. La presencia de los fenicios significó un cambio profundo en este poblado, aunque los habitantes seguían siendo los mismos. Los numerosos fragmentos de ánforas odriformes prueban bien claramente la existencia de un activo comercio de líquidos, aceite y vino, en manos de los fenicios. Las tinajas anforoides estaban dedicadas al almacenamiento de cereales. Los cuencos grises son unas cerámicas muy típicas de la fase arcaica de la colonización fenicia. Las formas están traídas de Oriente, no así las pastas. Todas estas cerámicas, como sucedió en todos los yacimientos indígenas del mediodía, fueron imitadas por las poblaciones nativas y se generalizó en este momento el uso del torno del alfarero. Pervivieron formas típicamente indígenas. El sistema de construcción de las casas rectangulares, a base de muros con zócalos hechos con piedras con barro, que sirven de basamento de las paredes de adobe y tapial, fue una técnica de

⁵⁶ A. González, *Excavaciones en el yacimiento protohistórico de la Peña Negra, Crevillente (Alicante) (1.ª y 2.ª Campaña)*, Madrid, 1979; J. Maluquer, *Catalunya: Baix Ebre*, Barcelona, 1987, Necrópolis del bajo Ebro con influjo fenicio, griego y etrusco; M. T. Mascot - J. San Martí - J. Santacana, «Novedades sobre el comercio fenicio a Catalunya», *Prehistoria I, Arqueologia de la Conca del Segre*, Puigcerdá, 1988, págs. 185 y ss.

construcción introducida, sin duda, por los fenicios en Occidente. Aparecen molinos barquiformes, indicios de una mayor importancia económica de la agricultura. Las gentes de esta segunda etapa conocen el uso del hierro. Los fenicios también llevaron al Levante la iluminación mediante lucernas de tipo griego arcaico. Hay productos importados, como un amuleto en forma de halcón, de procedencia egipcia, y seis en forma de escarabeos con decoración en la base y fabricados de pasta vítrea. Tienen la forma frecuente de los escarabeos egipcios de época tardía, o sea, del primer milenio a.C.; sin embargo, no pertenecen a un tipo demasiado corriente, pues no se les conocen paralelos exactos en la Península para las bases de estos escarabeos, que por su forma y material se emparentan con ejemplares de Cartago, de los siglos VII-VI a.C. y principalmente de Naucratis. También se relacionan con ejemplares hallados en el Santuario de Perachora, que se han supuesto ser de manufactura rodia. Fueron traídos probablemente por los fenicios e intercambiados a los indígenas por materias primas.

Una diadema de oro encontrada en el poblado está decorada con temas típicamente orientalizantes y fenicios, como la palmeta de cuenco y las rosetas cruciformes.

La necrópolis de Setefilla

En esta necrópolis se ha excavado recientemente dos túmulos del más alto interés para conocer la asimilación por los pueblos del interior de los rituales e ideas traídas por los fenicios sobre la ultratumba. El túmulo A, que es el único que examinaremos, consta de una cámara funeraria y de túmulo propiamente dicho. Las paredes de la cámara descansaban sobre un suelo artificial, que forma una gran plataforma. El monumento funerario consta de dos grandes estratos bien diferenciados: el túmulo artificial y el estrato anterior al monumento superpuesto a la roca, que contiene una necrópolis de incineración en urnas. El levantamiento del túmulo arrasó varias sepulturas de incineración semejantes a las de la base. Otras cuatro sepulturas estaban sobre la necrópolis de la base y son contemporáneas a la continuación de la cámara, y anteriores a la edificación del túmulo. Ocho grandes losas hincadas en el suelo delimitaban el área del

túmulo, formando un círculo perfecto. Otras varias se encontraban en otros cuadrantes. Estas estelas tenían probablemente una finalidad ritual funeraria. El campo de urnas tenía una gran densidad, y estaban en el interior de una fosa circular excavada en la roca. Otras concavidades circulares y oblongas entre los huecos excavados igualmente en la roca sólo contenían cenizas, que han sido interpretadas por M. E. Aubet como depósitos funerarios destinados a conservar los restos de la cremación, previo lavado o tamizado de los huesos depositados en las urnas. La cámara está formada por un recinto funerario de forma rectangular.

Su alzado es de forma de pirámide truncada; la construcción es de mampostería con piedras dispuestas a seco.

El túmulo presenta cuatro fases en su construcción, siendo la más antigua el estrato inferior superpuesto a la roca virgen con la extensa necrópolis de incineración con 40 urnas, que se emparentan con las halladas en la necrópolis de Los Alcores. Sobre este estrato se echó un piso artificial de arcilla, que es la base de la cimentación sobre la que se levantó la cámara funeraria. Esta cámara debió ser una sepultura de inhumación, individual o familiar en el suelo excavado en la roca. La segunda fase es la construcción del cuerpo central de la cámara. La tercera corresponde al segundo cuerpo rectangular de la cámara, que forma un falso corredor. La última fase es el túmulo propiamente dicho.

El espacio de tiempo transcurrido entre la necrópolis de urnas y el túmulo parece ser el de una generación; lo que indica una gran densidad de población en la región Setefilla.

Toda la cerámica es de una gran homogeneidad y uniformidad en las pastas, en la técnica y en la tipología de los vasos, que son de origen local.

Un primer grupo, atendiendo a las pastas, técnicas de fabricación y tipo de cocción, está integrado por las urnas cinerarias ovoides y de cuello acampanado, y los cuencos carenados con o sin decoración bruñida, cerámicas todas ellas bien conocidas en el bajo Guadalquivir.

El segundo grupo está formado por urnas bicónicas y cuencos pequeños de doble asa.

En el tercer grupo entran las cerámicas fabricadas a torno rápido, y con arcillas muy depuradas, de barniz rojo, o de pintura bicroma.

Las urnas de Setefilla siguen una tradición local, con una técnica documentada en El Carambolo Alto y en el Cabezo de San Pedro, que remonta por lo menos al siglo IX-VIII a.C.

Algunos ejemplares de Setefilla de cuerpo ovoide rugoso y alto cuello bruñido son idénticos a los hallados en el Poblado Bajo de El Carambolo, Cabezo de San Pedro y Colina de los Quemados. Fuera del área tartésica y como procedente de ella, se documenta esta cerámica en Cataluña, Languedoc y Rosellón, pero ya en los siglos VI-IV a.C.

Los cuencos carenados con retícula bruñida son muy abundantes en este túmulo. Están hechos a mano. La decoración es de rombos, distribuidos en cuadrantes, decoración típica del bajo Guadalquivir, pero diferente de los ejemplares portugueses y de Huelva. La cerámica con retícula bruñida de Setefilla se relaciona con ejemplares de la provincia de Sevilla, Poblado de El Carambolo Bajo, Carmona, Entremalo, Cruz de Negro, fechados todos entre los siglos VII-VI a.C. y con los cuencos bruñidos de la tumba 9 de La Joya y con los de Medellín.

El uso de estos cuencos bruñidos era variado; unas veces se utilizaban como vajilla, otras eran platos de ofrendas, tapaderas de urnas, o eran reaprovechados como recipientes cinerarios, al igual que en una tumba de La Joya, y en la necrópolis arcaica de Castellones de Ceal (Jaén).

De particular interés son las cerámicas a torno pintadas de barniz rojo. Se caracterizan por una gran uniformidad de pastas, de barniz, de pintura y de cocción. Las formas no siguen la tipología bien conocida de las factorías fenicias de Málaga y Granada, por lo que M. E. Aubet supone que proceden de un taller situado al occidente del Estrecho, localizado probablemente en Cádiz. Los platos de Setefilla se emparentan con los ejemplares de El Carambolo Bajo, del Cerro Salomón, del Cabezo de San Pedro, del Cabezo de la Esperanza y de La Joya. Las dos urnas pintadas siguen modelos típicos de la cerámica fenicio-púnica de Occidente, frecuente en la Península, documentados en el santuario de Salambó en Cartago, y en los siglos VII-VI a.C. en las necrópolis fenicias del norte de África.

El vaso caliciforme es gemelo al hallado en La Joya; ambos

son el eslabón necesario entre los ejemplares arcaicos de Cartago y los ibéricos del siglo v en Tugia.

Las cerámicas pintadas de origen púnico hacen su aparición en el valle del Guadalquivir entre los siglos VII y VI desde los talleres del Estrecho, y son los prototipos de las cerámicas ibéricas pintadas, de fecha posterior.

El alabastrón de barniz rojo de Setefilla aparece en las factorías fenicias del norte de África y de la Península, y en los poblados tartésicos de los siglos VII-VI a.C. El soporte hallado en Setefilla, de forma de carrete de barniz rojo decorado a bandas negras y rojas, sigue el mismo modelo que los ejemplares de El Carambolo Bajo, Cabezo de San Pedro y La Joya; es una forma indígena copiada en los talleres fenicios.

Los cuchillos afalcatados son muy frecuentes en las necrópolis chipriotas, de Tánger, del Bajo Alentejo, de La Joya, etc.

Las urnas de incineración de Setefilla se fechan en los comienzos del siglo VI a.C., y todo el túmulo no antes de mediados del siglo VI a.C.

La cremación de los cadáveres es el ritual funerario más extendido en Setefilla. La urna se depositaba en un pequeño hoyo excavado en la roca. Los huesos calcinados eran tamizados, lavados y separados de las cenizas, antes de ser colocados en las urnas. Los vasos cinerarios no contenían restos de cenizas, fenómeno atestiguado también en la necrópolis de La Joya, Frigiliana, Medellín y Rachgoun. Como ya se indicó, hay huellas de depósitos funerarios de cenizas y de restos humanos que demuestran que los huesos se depositaban aparte de las cenizas. Igualmente, estos depósitos aparecen en Medellín, Rachgoun, Frigiliana y Castellones de Ceal.

Las urnas funerarias contenían no sólo los huesos quemados, sino el ajuar de bronce e hierro y algún plato de tamaño pequeño; una o más vasijas colocadas alrededor tenían alimentos o líquidos. Las urnas bicónicas bruñidas aparecen generalmente aisladas, colocadas en el hueco de la roca, vacías o con escasos huesos y no asociadas con alguna sepultura. Este ritual, como señala M. E. Aubet, está asociado al mismo tipo cerámico.

Algunas urnas estaban vacías, pero tenían ajuar.

En la necrópolis de Setefilla existen juntos los dos ritos de inhumación e incineración, sin diferencias grandes en los ajuar-

res. Las inhumaciones están en fosas excavadas en el terreno y contenía inhumaciones individuales y colectivas o incineraciones e inhumaciones juntas, tanto en las tumbas como en el exterior. La coexistencia de ambos ritos se observa en otras necrópolis tartésicas contemporáneas, como en La Joya, en Los Alcores de Carmona y en Villaricos. El mismo fenómeno se observa en la Etruria arcaica.

Otras veces predomina un determinado rito; así la incineración bajo túmulo, en la necrópolis del Acebuchal; y túmulos y fosas de incineración e inhumación indistintamente en las necrópolis de Carmona, Bencarrón y Entremalo. Los cementerios de Alcaudete, Alcantarilla y Cañada de Ruiz Sánchez tienen túmulos de incineración y en Cruz del Negro, incineraciones en fosa.

Los paralelos más próximos para los túmulos con cámara de Setefilla se encuentran en el norte de Marruecos⁵⁷, pero su cronología es muy insegura; al parecer, son de fecha más reciente.

El ritual funerario de Setefilla se asemeja bastante al de Medellín, donde M. Almagro Gorbea ha distinguido tres tipos: a) *busta* o *loculi* o lugares de cremación no documentados en Setefilla; b) *silicernia* u hogueras rituales o de ofrendas; c) hoyos con las urnas conteniendo los huesos de los cadáveres. Los depósitos de ofrendas están bien atestiguados en el área fenicia, como el Trayamar y en Salamina de Chipre, en la Grecia del periodo geométrico y arcaico, en la Roma arcaica y en otros muchos cementerios, como en Aleria, en Córcega y en Enserune. El ritual de fuego asociado a ofrendas se repite en Medellín, necrópolis que se emparenta, en cuanto al ritual funerario, principalmente con las de la Cruz del Negro, y en menor grado con las del Acebuchal y del Alentejo portugués (Mealha - Nova y Herdade do Pego), en Pozo Moro, en Aleria y Motia. Este ritual funerario fue traído por los fenicios a Occidente, donde arraigó y pasó a

⁵⁷ M. Ponsich, *Recherches archéologiques à Tanger et dans sa région*, París, 1970, *passim*; *Id.*, «Pérennité des relations dans le circuit du Détroit de Gibraltar», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, 3 (1975), págs. 655 y ss.; C. J. Pérez-D. Ruiz Mata, «Necrópolis tumular de Las Cumbres. El túmulo 1. Puerto de Santa María, Cádiz», *Revista de Arqueología*, 9, 1988, págs. 36 y ss.

los iberos (Necrópolis del Cabecico del Tesoro, Murcia)⁵⁸. Los ajuares de todas estas necrópolis recuerdan a los de Tell el-Faria, Khalde y Atlit. En las dos últimas se documentan, igualmente, la inhumación y la incineración. En la necrópolis de Motia son bien conocidas las incineraciones en hoyos. Las necrópolis de Medellín y de Cruz del Negro, indígenas, como las de Setefilla y de Frigiliana, siguen idéntico rito funerario y se caracterizan por la existencia de *busta*. La asimilación de este ritual, de origen fenicio, por las poblaciones indígenas, muy probablemente, como propone M. Almagro Gorbea, fue gradual, como parecen indicarlo las necrópolis de Rachgoun, Frigiliana, Setefilla y Huelva. Las de Rachgoun y Frigiliana ocuparían un puesto intermedio.

La población de Setefilla se dedicaba fundamentalmente a la ganadería. La economía ganadera era la dominante en estas poblaciones tartésicas de Guadalquivir, como ha quedado bien reflejado en los mitos⁵⁹. En las proximidades de Setefilla había minas de cobre y de galena, que también pudieron desempeñar un papel importante en la economía y atraer a las poblaciones de Extremadura y de la Meseta.

En las grandes cámaras se enterrarían los régulos locales, que constituían una verdadera aristocracia ganadera y que concentraría las riquezas e importaciones en sus manos, del tipo de los citados en las fuentes literarias, que narran episodios de la segunda guerra púnica, como Kolichas, que, según Livio (28, 13, 3), en el año 209 a.C. reinaba sobre 28 ciudades y en 197 sólo sobre 17 (Liv. 33, 21, 6) y Luxino, que gobernaba sobre las poderosas ciudades de Carmona y de Bardo.

⁵⁸ G. Nieto, «La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)», *ABSA*, 9 (1943), págs. 192 y ss.; 10 (1944), págs. 165 y ss.; 6 (1939-40), págs. 137 y ss.

⁵⁹ J. Remesal, «Gerion, Habis et Arganthonios. Le peuplement protohistorique d'Andalousie», *Caesarodunum*, 13 (1978), págs. 184 y ss.

Las raíces de estas culturas se hunden en el periodo anterior, de fuerte influjo fenicio. Continúan ahora los elementos culturales de origen semita, en los más variados aspectos:

A) *Religión*. 1) Diosa sentada de Baza, de la primera mitad del siglo IV a.C., que, aunque sigue modelos griegos de terracotas suritálicas, muy probablemente representa a Tanit, como lo indica su atributo, la paloma. Sería la misma diosa de un pendiente de Santiago de la Espada (Jaén), también con su atributo, posiblemente, de la Dama de Elche, de la misma fecha, de las diosas aladas de Illici, de época helenística, y de la Dama entronizada de la Serreta de Alcoy, acompañada de aulistas, sosteniendo niños⁶⁰. Un ritual de Tanit consistía en danzas sagradas representadas en una pintura de Illici y en la terracota de la Serreta de Alcoy⁶¹; 2) Amuletos de origen fenicio, que adornan el pecho de las Damas de Elche y de Baza, y de Bes, del Cortijo de Evora; 3) Santuario de Alcoy, cuyos exvotos de terracotas siguen modelos semitas; 4) Santuario dedicado a Tanit, hallado en el *caput aquae* del acueducto de Itálica⁶², que sería gemelo al de El-Hofra, en África. El culto a Tanit estuvo muy arraigado en la Península, aunque su nombre no se lee sobre los objetos o los monumentos, como se deduce de la extensión del culto a *Dea Caelestis*, versión romana de la Tanit cartaginesa, en época romana⁶³. La concentración de los lugares de culto está en el sur y en la costa del sureste ibérico, la región que más directamente estuvo bajo el influjo semita.

B) *Escultura*. Una serie de esculturas turdetanas e ibéricas acusan influencias orientales traídas por los fenicios; así el toro tumbado de Porcuna, la antigua Obulco, que debió ser objeto de culto, responde a cánones orientales, bien patentes en los capiteles persas. El toro tumbado de Osuna es parte de una puerta, concepción arquitectónica típicamente oriental, igualmente.

⁶⁰ J. M. Blázquez, *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, cit., págs. 30 y ss.

⁶¹ *Íd.*, *Imagen y mito. Estudio sobre religiones mediterráneas*, cit., págs. 332 y ss.

⁶² A. Canto, «El acueducto romano de Itálica», *MM*, 20 (1979), páginas 329 y ss.

⁶³ A. García y Bellido, *Les religions orientales dans l'Espagne Romaine*, Leiden, 1967, págs. 140 y ss.

En la llamada Bicha de Balazote (Albacete), que formó parte, también, de una puerta, siempre han señalado los investigadores que de ella se han ocupado (J. Camón, A. García Bellido, J. M. Blázquez) su influjo oriental⁶⁴. En el arte neohitita (leones de Karkemish, Sakigozü, Gölludag, Tell Halaf, etc.)⁶⁵ se ha buscado recientemente los prototipos de los leones ibéricos y turdetanos, guardianes de tumbas y tumbados (Cástulo, Baena, Pozo Moro, Manga, Castro del Río, La Guardia, etc.), de comienzos del Helenismo y posteriores. Ya la idea del león guardián de tumbas es semita (sarcófago de Ahiram de Biblos).

Chipre debió seguir influyendo en la Península Ibérica, como lo demuestran los citados símbolos de la Gran Madre representados sobre la cerámica de Illici y las damas oferentes del Cerro de los Santos, cuyo hieratismo recuerda muy de cerca las esculturas chipriotas. Las diademas con los extremos triangulares son de origen fenicio; aparecen por primera vez en el Tesoro de La Aliseda.

C) *Arquitectura*. A partir del siglo V, o tal vez antes, se desarrollan unas fortificaciones con muros ciclópeos, del tipo de las de Tarragona, levantadas con grandes bloques de piedra, algunas veces recalzados y almohadillados. Frecuentemente son rectangulares. Las fuentes antiguas las conocen con el nombre de «Torres de Aníbal», sin duda porque este general cartaginés las empleó en sus campañas (Plin., *NH* 2, 181; 35, 169, Liv. 22, 19); entre ellas podemos citar las de El Higuerón, El Castillarejo, El Cambronero, San Cristóbal, La Oreja de la Mula, Doña Esteban, El Minguillar, El Caserón del Portillo, Ibros, etc., todas en Turdetania. Es un tipo de construcción que emplearon los cartagineses en construcciones semejantes a Túnez, Argelia, Sicilia y Cerdeña y con las cuales formaron un *limes* o frontera, como en Kebilia, en Ras el Fortas, en Ras ed-Drek (para ceñir Cabo Bon y dominar el canal de Sicilia), en la fortaleza de Ras Zebid, y en el *limes* de Cartago a lo largo del curso del Seybouse, para controlar las vías de penetración a los cotos mineros de Sierra Morena. De este modo se construyó una compleja línea

⁶⁴ J. M. Blázquez, *Arte de la Edad de los Metales*, cit., págs. 296 y ss., con toda la bibliografía menuda.

⁶⁵ *Ibid.*, págs. 296 y ss.; J. M. Blázquez, «El arte neohitita y los orígenes de la cultura ibérica y turdetana», *Goya*, 120 (1974), págs. 345 y ss.

defensiva, como en Sulcis (Cerdeña). La fortificación de El Higuierón se asemeja mucho a la fortaleza de Kelibia en su sistema de construcción y a la de Monte Sirai (Cerdeña).

Este tipo de aparejo se utilizó también en la construcción de murallas, como en Cástulo.

Se conservan diferentes elementos arquitectónicos, procedentes principalmente de Osuna y de varias localidades de Jaén y Granada, donde se han descubierto numerosas tumbas de uno o más recintos, fechadas, a juzgar por la cerámica ática, en la segunda mitad del siglo V y en la primera mitad del siguiente. En algunas aparece por primera vez el aparejo de sillería y una decoración plástica muy desarrollada. Estas tumbas se asemejan mucho a las *built tombs* de Chipre, que sin duda derivan de prototipos orientales, sin intermedio de Cartago. Los elementos decorativos de la arquitectura meridional son vegetales más o menos estilizados y motivos de cestería. También se adornaban con ovas. Motivos de cestería y orlas de ovas se esculpieron en un capitel cuadrado de Castellar de Santisteban, hoy en el Museo Arqueológico de Barcelona, con cuatro máscaras humanas en los extremos; motivos de cestería y caras se repiten en un capitel inédito de Cástulo. En esta ciudad ha aparecido últimamente un capitel rectangular adornado sólo con orlas de ovas.

En un sillar de Osuna se esculpió en relieve una columna jónica, de fuste estriado y volutas de extremos enrollados. Entre las volutas crece una flor y en los angulos superiores una hoja lanceolada pequeña. Del pie del fuste parten dos tallos doblados en espiral.

Esta composición representa el Árbol de la Vida.

La adaptación de una columna jónica a una superficie plana nunca se documenta en el arte griego, pero sí en Chipre (Tammassos, siglo VI a.C.) y en Cartago, donde esta columna se interpreta como árbol de la vida. Osuna ha proporcionado otros sillares con la misma decoración, como un árbol de palmetas con un cordón como orla decorada, ignorándose la finalidad del edificio al que pertenecían. Es muy bello un fragmento de friso o jamba de puerta, procedente de Cástulo, guardado en el Museo Arqueológico Nacional. En él las palmetas se encierran en grandes espirales en forma de lira, ligadas por su extremo superior, como es frecuente en los árboles de palmetas fenicios. Se ha buscado los prototipos dentro del arte fenicio de los marfi-

les, como en un marfil de Megiddo, que recuerda la composición de las placas de cinturón.

Una decoración de lirás contrapuestas se encuentra en una pieza arquitectónica de Osuna y lirás simples (quizá también contrapuestas, pero el trozo decorativo está partido de arriba abajo) se halla en otro fragmento de Cástulo, lugar donde, en otro capitel cuadrado, se esculpieron una red de tallos y rosetones, que rodean toda la piedra y que recuerdan a un marfil de Megiddo.

En Montilla (Córdoba) se halló un fragmento decorado con espirales en la parte superior, con una orla de ovas en la central y con espirales en las partes laterales inferiores; la parte central lleva un dibujo de trenza con las puntas dobladas hacia fuera. En la tumba 75 de la necrópolis de Tugugi (Galera) se encontró una zapata con espirales en los laterales y en el centro un rosario de perlas en relieve. Todas estas piezas prueban que existió en el Sur una arquitectura de gran vistosidad por los elementos decorativos, de origen fenicio y oriental, que se nos ha perdido y de la que sólo quedan algunos testimonios de muestra, aislados; todo lo cual confirma un esquema que parece válido, el de la preponderancia griega en la costa ibera mediterránea y la preponderancia fenicio-púnica en el Sur.

Algunos elementos decorativos de edificios siguen modelos semitas, como las palmetas de cuenco que decoran una tumba de Galera⁶⁶.

La Península Ibérica fue a partir de la batalla de Himera, 480 a.C., una cantera de mercenarios para Cartago⁶⁷, como lo indica su presencia en todas las guerras greco-púnicas: batallas de Himera (Her. 7, 165), en los asaltos y toma en Selinunte, 409 a.C. (Diod. 13, 44, 6), en la toma y destrucción de Himera, 409-408 a.C. (Diod. 13, 82, 172), en la toma de Agrigento, 406 a.C. (Diod. 13, 80, 2), en la caída de Gela y de Camarina, 405 a.C. (Diod. 13, 110, 6) y en el segundo sitio de Siracusa, 396 a.C. (Diod. 14, 54, 5-6). Durante la segunda guerra púnica, lusitanos y celtíberos son la columna vertebral del ejército de Aníbal (Liv. 21, 43, 8); estos pueblos tenían un gravísimo problema

⁶⁶ J. M. Blázquez, *Arte de la Edad de los Metales*, cit., págs. 306 y ss.

⁶⁷ A. García y Bellido, *Historia de España. España protohistórica*, Madrid, 1975, págs. 647 y ss.

económico y social, que les obligaba a enrolarse como tropas mercenarias en los ejércitos de cartagineses y romanos para encontrar una válvula de escape a su mala situación económica⁶⁸.

Todavía en el año 203 a.C. los cartagineses buscaban mercenarios en Hispania (Liv. 30, 21, 3).

Aunque no se puede hablar de una conquista de parte del territorio hispánico hasta la llegada de los Bárquidas, sin embargo, algunos datos indican bien claramente que ejercían los púnicos cierto control en el sur y en el levante ibérico. El segundo tratado entre Roma y Cartago, 348 a.C., así como el tercero, 306 a.C. y el cuarto, 279 a.C. (Pol. 3, 24-25), dejaba las manos libres a los cartagineses para comerciar libremente en el sudeste ibérico, donde se encontraban las ricas minas de Cartagena, y de Almería, en toda la costa meridional, por donde salían, Guadalquivir abajo, o desde Oretania a la colonia púnica de Baria, todos los minerales de Sierra Morena. Estas minas se explotaban antes de la segunda guerra púnica por los indígenas (Diod. 5, 35-38).

Las minas hispanas explotadas por los romanos lo fueron antes por los cartagineses en época bárquida y antes por los iberos, según la afirmación de Diodoro (5, 35-38). Los sistemas de explotación de los bárquidas pasaron a los romanos. Las minas eran propiedad de los bárquidas y en las minas de sal, como subproducto, se explotaban las pesquerías⁶⁹. Igualmente los bárquidas introdujeron las técnicas de trabajo, a base de tornillos de Arquímedes, bombas de Ctesibio, norias, etc., ingenios descubiertos en época helenística. Incluso se sospecha que las tablas de Vipasca, que son el código minero más importante de época romana, tienen un origen cartaginés⁷⁰. La moneda de Ampurias indica que la colonia griega estaba dentro del área del comercio cartaginés. Hacia los años 300-290 a.C. se acuñan las primeras dracmas, con el caballo parado, tema genuinamente cartaginés. Hacia el año 264 hace su aparición la cabeza de Arethusa con más o menos influencia púnica, en algunos casos

⁶⁸ J. M. Blázquez, *La romanización*, I, Madrid, 1974, págs. 191 y ss.

⁶⁹ R. Etienne, «A propos du "garum sociorum"», *Latomus*, 29 (1970), págs. 297 y ss. Sobre las minas hispánicas en general, cfr. J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania romana*, Bilbao, 1978, págs. 283 y ss.; *Íd.*, *Historia económica de la Hispania Romana*, Madrid, 1978, *passim*.

⁷⁰ A. D'Ors, *Epigrafía Jurídica de la España Romana*, Madrid, 1953, *passim*.

muy evidente. Los dos tipos, sículo-púnico y griego, llegan a Iberia a través de una traducción púnica. En ciertos tipos se sustituye la cabeza de caballo por una figura grotesca, que se ha identificado con un cabiro, adaptado también del panteón fenicio. Con el desembarco de los Escipiones en Ampurias, 218 a.C., cambian las influencias comerciales y desaparece el influjo fenicio; las monedas de Ullastret son también de influjo púnico. Fueron los cartagineses, al pagar a las tropas mercenarias ibéricas, durante la segunda guerra púnica, los que generalizaron la economía monetar en amplias zonas de la Península Ibérica.

Se ha supuesto que, hacia mediados del siglo IV a.C., y como resultado del segundo tratado romano-cartaginés, los púnicos destruyeron una serie de poblados ibéricos de Contestania: La Bastida, El Puig, Covalta, Cabezo Lucero, Loma de Galbin, Píxiocol, Ladera de San Antonio, Mola de Torró y Mola de Agres, que para ser arrasados necesitaban necesariamente ser atacados con los ingenios bélicos utilizados por los púnicos en Sicilia contra Selinunte e Himera: arietes, torres de asalto y minas (Diod. 13, 54, 1, 6), usados también en el cerco de Sagunto por Aníbal en 218 (Liv. 21, 7-8), pues la mayoría de ellos estaban defendidos por excelentes murallas, como La Bastida, Covalta y El Puig. Hoy día estas destrucciones se la supone en la primera mitad del siglo III a.C. o muy a finales del siglo anterior⁷¹. El Cigarralejo fue destruido a finales del siglo V a.C. una primera vez y el material de derribo fue reutilizado en tumbas del siglo siguiente. El Cabecico de Tesoro se ha supuesto que lo fue en las campañas de 238, en plena época bárquida. El Corral de Saus⁷² tiene en las tumbas también material reutilizado, pero se ignora si las destrucciones de la primera mitad del siglo IV a.C. o de época bárquida. Recientemente se cree que son debidas a las luchas de unas tribus con otras (Str. 3, 4, 5). Estas destrucciones indicarían un interés púnico en la costa levantina con anterioridad a la llegada de los Bárquidas. El material púnico en Contestania es bajo en número y poblados, como los de

⁷¹ E. A. Llobregat, *Contestania Ibérica*, Alicante, 1972, págs. 39, 175 y siguientes.

⁷² D. Fletcher - E. Plá, «Restos escultóricos de la necrópolis Ibérica del Corral de Saus (Mogente, Valencia)», *Homenaje a García y Bellido*, III (1977), págs. 55 y ss.

Albufereta, tenidos por ibero-púnicos, hoy se sabe que sólo son iberos⁷³. Las raíces del arte ibero en escultura son clásicas⁷⁴. La escultura de Elche, como la inédita de Porcuna o las damas sedentes de Cabecico del Tesoro, no deben nada al arte púnico. Posiblemente Focea desempeñó un papel importante en su gestación. La influencia púnica en Edetania⁷⁵, según los últimos estudios, se presentaría fundamentalmente en forma de importaciones de carácter griego, que procedían en buena parte de un comercio con el emporio púnico de Ibiza. El límite nororiental de la influencia fenicia sería el río Segura.

Los púnicos desempeñaron un papel importante, como transmisores de la cultura griega, vendiendo vasos griegos. Los numerosos vasos áticos de la primera mitad del siglo IV a.C., que se recogen en la necrópolis del sureste de Oretania y en menos número en el bajo Guadalquivir y en Huelva, fueron traídos, seguramente, por los cartagineses⁷⁶. Aunque no hay que descartar que barcos atenienses llegaron al mediodía. Quizá, a esta época pertenezcan el oráculo de Puerto de Menesteo de las

⁷³ E. A. Llobregat, cit., págs. 73 y ss.

⁷⁴ A. Blanco, «Die Klassischen Wurzeln der iberischen Kunst», *MM*, 1 (1960), págs. 101 y ss.

⁷⁵ E. A. Llobregat, «El papel de los cartagineses en la Historia antigua del País valenciano, a la luz de los estudios recientes», *Cuadernos de Historia*, 5 (1975), págs. 1 y ss.; *Id.*, *Las relaciones con Ibiza en la Protohistoria Valenciana: Prehistoria y Arqueología de las Islas Baleares*, Barcelona, 1974, págs. 291 y ss.; ánforas púnicas, *askoi* zoomorfos, placas-sello de cerámica, terracotas, huevos de avestruz, amuletos de pasta vítrea, objetos, de hueso, que demuestran una corriente continua de contactos con Ibiza, desde finales del siglo V y que duró hasta el cambio de era. Las ánforas demuestran un contacto temprano, pero se ignora el producto que contenían, probablemente salazón. Las relaciones son de carácter fundamentalmente suntuario. Los productos campanienses pudieron penetrar por esta vía. El componente semítico de la cultura valenciana procede de Turdetania y es arcaico: *Id.*, *Iniciación a la Arqueología alicantina*, Alicante, 1976, pág. 85. El autor escribe: «importaciones estrictas de tipo fenicio-púnico son escasísimas, cuando no inexistentes. Hay unos fragmentos de cerámica de barniz rojo de tipo fenicio en un nivel antiguo de La Alcudia y en cuanto a cerámicas púnicas no se puede afirmar con precisión la existencia de piezas importadas».

⁷⁶ P. Rouillard, «Coupes attiques à figures du IV^e s. en Andalousie», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 11 (1975), págs. 21 y ss.; E. Cuadrado, «Penetración de la influencias greco-fenicias en el interior peninsular», *Simpósio de Colonizaciones*, cit., págs. 93 y ss.; G. López Monteagudo, «Panorama actual de colonización griega en la Península Ibérica», *AEA*, 50-51 (1977-78), págs. 3 y ss.

proximidades de Cádiz (Str. 3, 1, 9) y la estatua de Temístocles (Philostr., *VA* 5, 4) de la gran metrópolis fenicia. Atenas podía estar interesada en buscar nuevos centros productores de cereales⁷⁷, pero la zona donde aparece generalmente estos vasos áticos, o donde su densidad es mayor, es la zona minera. El viaje de Piteas⁷⁸ al Atlántico Norte, hecho con permiso de los púnicos, no se explica, si no es una época de excelentes relaciones entre Cartago y Atenas, como es la que siguió a la guerra del Peloponeso; tampoco hay que descartar que barcos áticos llegaran al sureste.

En el sur hubo asentamientos de colonos púnicos, en la zona entre Gades y Sexi. Son los Blastofenicios de Apiano (*Ib.* 56), atacados por Púnico, caudillo lusitano, entre 155 y 153 a.C. Se les llama también libiofenicios en el poema de Avieno (*Ora Mar.* 421). Eforo (Scimn. 197) los conoce también. Ptolomeo (2, 4, 6) los denomina *bastuli poeni*. Igualmente los nombra Hecateo del Mileto (*fr.* 310, 314). Aníbal hizo asentamientos de colonos africanos, según puntualiza Apiano. Plinio (*NH* 3, 8) es más explícito: «M. Agripa juzgó que toda la costa dicha, en general, fue en origen de los púnicos.» Todos estos datos⁷⁹, reunidos en este trabajo, indican que la influencia semita fue una componente esencial de las culturas ibéricas y turdetanas y que en algún tipo de religión, como en el culto del Hércules gaditano⁸⁰, que pervivió hasta el Bajo Imperio, hubo siempre un fuerte componente semita.

⁷⁷ R. J. Hopper, *Trade and Industry in Classical Greece*, Londres, 1979, págs. 71 y ss.

⁷⁸ C. F. C. Hawkes, *Pytheas: Europe and the Greek Explorers*, Oxford, 1977; P. Fabre, «Étude sur Pytheas le Massaliote et l'époque de ses travaux», *EC*, 43 (1975), págs. 25 y ss.

⁷⁹ M. Koch, «Observaciones sobre la permanencia del sustrato púnico en la Península Ibérica», *Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, cit., págs. 191 y ss.

⁸⁰ J. M. Blázquez, *Imagen y mito*, cit., págs. 17 y ss.

Panorama general del desarrollo histórico de la cultura tartésica desde finales de la Edad del Bronce, siglo VIII a.C., hasta los orígenes de las culturas turdetana e ibérica.

Los influjos fenicios

Nos proponemos estudiar las líneas generales del desarrollo de la cultura tartésica hasta la aparición de las culturas turdetana e ibérica. Centramos nuestro trabajo en los pueblos ibéricos y turdetanos; o sea, en los pueblos que habitaban la costa mediterránea de la Península Ibérica, y en los que se asentaron en los ríos Guadalquivir, Guadiana, Tinto y Odiel, aproximadamente desde Sierra Morena hasta el mar Mediterráneo. No nos referiremos, ni a los lusitanos, ni a otros pueblos, como los conios y los cempsios, pobladores de la costa atlántica, ni a los pueblos del interior de Hispania: carpetanos, vetones o celtíberos, etc., ni a los pueblos del norte de Hispania: galaicos, astures, cántabros, vascos, turmódigos, autrigones, ni a los asentados en la cordillera Pirenaica; en todos los cuales es más difícil seguir su transformación histórica a lo largo del primer milenio a.C.

Al final de la Edad de Bronce¹, aproximadamente desde el siglo VIII a.C., había tenido lugar en Occidente fenómenos de una gran importancia. En primer lugar, a finales del segundo milenio a.C., los fenicios habían llegado al extremo occidental del Mediterráneo, fundando la ciudad de Cádiz². Venían en

¹ Sobre el final de la Edad de Bronce en la Península Ibérica, son fundamentales: M. Almagro Gorbea, *El Bronce final y el periodo orientalizante en Extremadura*, Madrid, 1977; M. C. Fernández Castro, *Arqueología protohistórica de la Península Ibérica (siglos X a VIII a.C.)*, Madrid, 1988.

² Sobre la colonización fenicia en Hispania: J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975; *Id.*, «Los fenicios en la Península Ibérica (1100 - final del siglo IV)», *Historia de España Antigua. I. Protohistoria*, Madrid, 1980, págs. 277 y ss.; *Id.*, «Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1983, págs. 311 y ss.; J. M. Blázquez y otros, «La cerámica del Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica*, I; O. Arteaga - H. Schubart, «El mundo de las colonias fenicias occidentales», *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 1986, págs. 499 y ss.; J. Fernández Jurado, *Fenicios y griegos en Huelva*, págs. 562 y ss.; *Id.*, «Avance al análisis de la cultura tartésica a través de Huelva, Tejada la Vieja (Escacena, Huelva) y San Bartolomé de Almonte (Huelva)», *Arqueología Hoge I, Etno-Arqueología*, págs. 68 y ss.; *Id.*, «Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica, I-II», *HA*, 9 (1987); R. Corzo, «Los fenicios, señores del mar», *Historia del Viejo Mundo*, 8 (1988): es una visión de la colonización fenicia tomando a Cádiz como punto central; D. Ruiz Mata, «La colonización fenicia en la Península Ibérica», *Historia general de España y América, de la Protohistoria a la conquista romana*, Madrid, 1987, págs. 31 y ss.; *Id.*, «La colonización fenicia», *Historia de España, colonización y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a.C.)*, Madrid, 1989, págs. 79 y ss.; *Id.*, «Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía suboccidental, según las excavaciones del Cabezo de S. Pedro (Huelva), S. Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz), y El Carambolo (Camas, Sevilla)», *Homenaje a Luis Siret*, págs. 537 y ss.; *Id.*, «El Castillo de Doña Blanca. Yacimiento clave de la protohistoria peninsular», *Revista de Arqueología*, 9 (1988); págs. 36 y ss.: este yacimiento fenicio en las proximidades de Cádiz da el material que debía proporcionar Cádiz a partir del siglo VIII a.C.; *Id.*, «Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Prov. Cádiz), *Stratigraphische Untersuchung einer orientalisierenden Ansiedlung*», *MM*, 27 (1986), págs. 87 y ss.; D. Ruiz Mata - J. Fernández Jurado, «El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)», *HA*, 8 (1986); D. Ruiz Mata - J. M. Blázquez - J. C. Martín, «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978», *HA*, 5 (1981); AA.VV., «Primeras jornadas arqueológicas sobre colonizaciones orientales», *HA*, 6 (1982); A Suárez y otros, «Abdera: una colonia fenicia en el sureste de la Península Ibérica», *MM*, 30 (1989),

busca de metales, hierro, plata y estaño, minerales que en el sur de la Península Ibérica eran abundantísimos, principalmente en la provincia de Huelva y en toda Sierra Morena, donde, según el geógrafo griego contemporáneo de Augusto, Estrabón (3, 2, 8), «ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativos se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes». Los fenicios establecieron en la costa una serie de factorías: Abdera, Sexi, Malaka y otras muchas conocidas por la arqueología, como Toscanos, etc., pero no hubo una verdadera conquista del territorio del interior. Las minas hasta la llegada de los Bárquidas, en torno a 238 a.C., estuvieron en manos de los indígenas, probablemente de los reyes turdetanos, que las explotaban directamente y que intercambiaban los metales por las «preciosidades» mencionadas por Homero, que serían joyas, telas, aceite, vino, marfiles, etc. Algunos autores, como J. Alvar y C. González Wagner³, defienden la existencia de una colonización agrícola en la costa y en el interior, a las orillas del Betis, de gentes que llegaron de Fenicia o de Siria, huyendo de la presión asiria sobre estas regiones. El gigantesco comercio de intercambio de los fenicios, asentados en Cádiz, Abdera, Sexi, Malaka y desembocadura de la ría de Huelva, etc., provocó un periodo orientalizador en todo el sur de la Península Ibérica, desde el Tajo hasta el mar, que hoy se hace extensivo también a la costa ibérica, similar al que se desarrolló en Grecia, Etruria o Cartago. Este periodo orientalizador coincide cronológicamente con el reino de Tartesos, que conocieron los griegos. Últimamente hay una tendencia entre algunos historiadores (M. E. Aubet, F. Jordá) a aceptar una vieja teoría, que defendía M. Gómez en España y Cintas en Francia, de que el reino o la cultura tartésica comenzó en los principios de la Edad del Bronce y a ella se deberían los gigantes dólmenes de Soto, Matarrubilla,

págs. 135 y ss.; E. M. García Alfonso, «Fenicios en la costa de Málaga», *Revista de Arqueología*, 1989, págs. 32 y ss.; J. P. Garrido Ruiz - E. M. Orta, *La necrópolis y el hábitat orientalizador de Huelva*, Huelva, 1989; C. G. Wagner - J. Alvar, «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola», *RSEF*, 17 (1989), págs. 61 y ss.; M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona, 1987; M. E. Aubet y otros, *Tartessos, Arqueología, Protohistoria del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1989; J. M. Blázquez, *Prehistoria y Edad Antigua*, Madrid, 1988, págs. 89 y ss.

³ C. G. Wagner - J. Alvar, «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola», *RSEF*, 17 (1989), págs. 61 y ss.

La Pastora, Antequera, etc., que son el testimonio más fehaciente de la presencia de unos poderosos reyezuelos con gran autoridad y riqueza, que debía ser agrícola, ganadera y principalmente minera. Lo que los griegos conocieron e identificaron con Tartesos es el final de esta famosa etapa de gran riqueza, que comenzaría con las culturas de Los Millares y seguiría con la de El Argar. La gigantesca muralla de Los Millares es un gran exponente de una gran riqueza, que no podrá ser otra que minera y de un poder grande centralizado.

A la presencia fenicia en las costas hispanas se debe una serie de elementos culturales del más alto interés para el futuro de los pueblos turdetanos e iberos, como son:

A) La introducción del torno del alfarero.

B) La introducción de la pintura vascular. En la cerámica de Cástulo, alto Guadalquivir, Jaén, se aprecia que se pintan motivos decorativos copiados de telas pintadas o bordadas.

C) El uso de vestidos nuevos, como lo indica la aparición de fíbulas de codo en la ría de Huelva o de doble resorte.

D) El aprendizaje de la escritura. En la ría de Huelva hay grafitos en cerámicas fechadas en torno a 700 a.C. Esta escritura es la tartésica, documentada principalmente en el Algarve portugués y que es la más antigua de Hispania, anterior a la ibérica del levante. Esta escritura se ha hallado sobre losas, que se suponen son funerarias. Se pueden leer las inscripciones de las losas, pero no entender su contenido. Es muy probable que las inscripciones redactadas en estas escrituras pertenezcan a una lengua indoeuropea, quizá la de los conios, que las fuentes literarias sitúan en Occidente.

E) La llegada de armas nuevas, como, por ejemplo, escudos, lanzas, carros, etc., representadas en las estelas llamadas extremeñas, por haber aparecido primero en esta región, pero que se encuentran también en el centro, en la actual provincia de Ciudad Real y hasta en Aragón. Los carros⁴, los escudos⁵, las li-

⁴ J. M. Blázquez, «La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz) y el origen fenicio de los escudos y de los carros representados en las losas de finales de la Edad del Bronce, en la Península Ibérica», *AEspA*, 59 (1986), págs. 91 y ss.

⁵ J. M. Blázquez, «Los escudos con escotadura en V y la primitiva presencia de los fenicios en Occidente»: *Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*, Vitoria, 6-10 mayo 1985, *Studia Paleohispánica*, Veleia, 2-3 (1987),

ras⁶ y los cascos de cuernos presuponen la introducción en Occidente de un armamento de combate del tipo de los de Oriente. Probablemente los fenicios regalaban estas armas a los jefecillos indígenas de las zonas productoras de estaño superficial, como era toda la Extremadura portuguesa y española, o sea la región que en siglos posteriores, durante la conquista romana, se llamó Lusitania.

F) La generalización entre los nativos, como resultado de los contactos comerciales fenicios, del consumo del aceite, y probablemente del vino. Grandes ánforas de aceite se depositaron en las tumbas de las necrópolis indígenas, de fuerte influjo fenicio, en Occidente sólo existía el acebuche; es decir, el olivo silvestre. Precisamente Cádiz era una isla, en realidad península, toda ella cubierta de acebuches. El vino fue otro producto traído a Occidente por los fenicios y menos probablemente por los focenses, que comerciaban con Tartesos y más concretamente con la desembocadura de la ría de Huelva.

En Toscanos, Chorreras y Mezquitilla se producían ánforas desde el siglo VIII a.C. para el envasado del aceite y del vino. Después se introdujo en las poblaciones indígenas de los valles del Guadalquivir y del Genil el cultivo del aceite y del vino.

G) La propagación de la religión fenicia generalizó en las necrópolis un ritual, bien documentado en la necrópolis de La Joya, muy parecido al seguido en la necrópolis fenicias de Chipre, del periodo arcaico, que remonta al ritual descrito por Homero. Este ritual se extendió a los pueblos turdetanos e ibéricos y se mantuvo en uso durante muchos siglos.

Los fenicios enseñaron danzas fúnebres, en las que los danzantes bailan cogidos de las manos, representadas en la estela de Ategua.

H) Los fenicios propagaron entre las poblaciones del sur de la Península Ibérica el culto de numerosos dioses fenicios, tales como Astarté (Astartés de El Carambolo, Sevilla; de Cástulo; de Cádiz y del Berrueco, Salamanca; de Galera, Granada y de la boca del jarro de Valgamas, Badajoz, y de Pozo Moro, Albacete, etc.; la misma Astarté alada, con flores de loto en las

págs. 469 y ss.; *Id.*, «Las liras de las estelas hispánicas de finales de la Edad del Bronce», *AEspA*, 56 (1983), págs. 213 y ss.

⁶ *Ibid.*

manos y disco solar sobre el pecho, como en los marfiles de Nimrud y en los bronce del Berrueco, se representó en un marfil de Medellín; Bes (estuches del tesoro de Évora); Isis, citada en el cartucho de la botella tallada en cristal de roca de La Aliseda (Cáceres); y Reshef, Sevilla, Cádiz, Huelva, Medina de las Torres (Badajoz), que es el *Smiting God*. Otros dioses, como Baal Samen, o El, representados en los anillos de La Aliseda, no parece que obtuvieran aceptación entre las poblaciones indígenas. También se extendieron los cultos de Baal Hammón, al que los navegantes fenicios, que costeaban la Península Ibérica, consagraron tres cabos, que eran los de Palos (*Ora Mar.* 452), de Segres (*Ora Mar.* 215-216), de San Vicente (Str. 2, 3, 1, 4; Mel. 3, 7; Plin. *NH* 2, 242; Ptol. 2.52) y una isla (*Ora Mar.* 164-165); de Baal Safón (*Ora Mar.* 259-261), y el de Melqart, cuyo culto introdujeron en Occidente los primeros navegantes tirios (Str. 3, 5, 5)⁷. En Cástulo se ha excavado un santuario del tipo de los fenicios de Chipre y de Siria con los más antiguos mosaicos confeccionados con cantos de guijarros, de todo Occidente, semejantes a los de Tell-Barsib, Arslan-Tash, Gordion y Tirinto. Este santuario, que tiene parentesco con otros del sur de Hispania, Carmona (Sevilla), es importante por contener en el recinto sagrado muchas tortas de fundición e instrumentos mineros, que parecen indicar una vinculación de las explotaciones mineras con los santuarios, como se ha supuesto para los templos chipriotas⁸.

Los fenicios trajeron a Híspalis los rituales de Adonis, conocidos por las *Actas de Justa y de Rufina*, martirizadas a comienzos del gobierno de la Tetrarquía. F. Cumont era de la opinión de que la antigüedad del ritual indicaba que lo trajeron los fenicios muy a los comienzos de la colonización en Occidente.

Los fenicios propagaron en la Península Ibérica mitos

⁷ J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas. II, Religiones prerromanas*, Madrid, 1983.

⁸ J. M. Blázquez - J. Valiente, *Cástulo III*, Madrid, 1981; J. M. Blázquez - M. García Gelabert - F. López Pardo, *Cástulo V*, Madrid, 1985; J. M. Blázquez - M. P. García Gelabert, «The sanctuary of "La Muela" (Cástulo, Jaén). One of the units of the oldest pebble-mosaics in Spain», *Archiv für Orientforschung*, 34 (1987), págs. 343 y ss.; J. M. Blázquez - M. P. García Gelabert - J. Arenas, «La Edad de Bronce en Cástulo, Linares. Resultado de una prospección», *Trabajos de Prehistoria*, 44 (1987), págs. 289 y ss.

orientales, como el de Gilgamés, representado probablemente en los relieves de Pozo Moro (Albacete)⁹. También trajeron, en opinión de A. Blanco, a este mismo monumento funerario, los modelos de las figuras con cabezas de animales, tan típicas de la religión egipcia y que en la Península Ibérica se atestiguan por vez primera en el cilindro sello de Vélez-Málaga, fechado en el siglo XIII a.C.

I) A los fenicios se deben en Occidente técnicas nuevas de trabajar la joyería, como el repujado y el granulado. El granulado tartésico es de menor calidad que el etrusco, que el griego o que el fenicio¹⁰.

J) A los fenicios se debió el uso del trabajo del marfil, Carmona (Sevilla), etc. Los primeros artesanos debieron llegar de Fenicia, después se formaron en escuelas locales¹¹.

K) Nuevas técnicas traídas de Oriente para la extracción de metales se emplearon en todas las minas de Sierra Morena y de Huelva (Cerro Salomón).

L) Con la colonización fenicia llegaron el asno y la gallina, así como la púrpura.

LL) Los fenicios enseñaron a los indígenas la metalurgia del hierro, que aparece por vez primera en torno a 700 a.C. en Sexi. Las factorías de fenicios de la costa malagueña podrán estar asentadas precisamente en función de la explotación de las cercanas minas de hierro, trabajadas intensamente, como lo indican las escorias recogidas, a partir del 800, en el Morro de Mezquitilla, en Cerro del Mar, etc. Los indígenas tardaron en generalizar esta metalurgia.

M) También generalizaron el alumbrado. Las lucernas más antiguas se datan en torno a 700 a.C., y han aparecido en Sexi.

⁹ M. Almagro Gorbea, «Los relieves mitológicos orientalizantes del Pozo Moro», *Trabajos de Prehistoria*, 35 (1978), págs. 251 y ss.; *Íd.*, «Pozo Moro y el influjo fenicio en el periodo orientalizante de la Península Ibérica», *RSF*, 10 (1982), págs. 231 y ss.

¹⁰ J. M. Blázquez, «Arte de la Edad de los metales. Arte orientalizante. Fenicio y cartaginés», *Historia del Arte Hispánico. I. La Antigüedad*, I, Madrid, 1988, págs. 219 y ss.

¹¹ A. Blanco, «Orientalia. Estudios de objetos fenicios y orientalizantes en la Península Ibérica», *AEspA*, 39 (1966), págs. 3 y ss.

Al mismo tiempo que los fenicios comerciaban intensamente con los pueblos del sur de la Península Ibérica, originando una gran *koiné* cultural orientalizante, los indoeuropeos llegaban también al valle del Betis. Las cerámicas de la Meseta se detectan ya en el siglo VIII a.C. en la alta Andalucía¹². Plinio (NH 3, 13-14) afirma precisamente que los turdulos, habitantes de Turdetania, la Bética de los romanos, procedían de unos antiguos *turduli veteres* originarios del valle del Duero. Las cerámicas grafitadas de Turdetania prueban estas intensas relaciones. Precisamente el armamento de los pueblos del alto valle del Betis, o sea, de Oretania, es el mismo que el de los celtíberos¹³, lo que sería una prueba más de estas relaciones continuas. A los comienos de la conquista, los celtíberos eran las tropas mercenarias de los turdetanos (Diod. 25, 10; Liv. 34, 19). La toponimia y la onomástica confirman esta presencia indoeuropea y más concretamente celta en Turdetania¹⁴.

Pueblos indoeuropeos llegan a la ría de Huelva por lo menos ya en el siglo IX a.C. Las espadas de la ría de Huelva y las representadas en las losas extremeñas son de tipo atlántico. A finales del segundo milenio y a comienzos del primero hubo un gigantesco comercio de metales en toda la costa atlántica desde Cornualles hasta Cádiz, ciudad que debía ser el puerto de embarque de todos los minerales hacia Oriente. Cádiz comerciaba con los indígenas de Turdetania y con los asentados en la región atlántica, donde existían importantes centros mineros, y con Marruecos.

¹² J. M. Blázquez - J. Valiente, *op. cit.*, *passim*.

¹³ J. M. Blázquez - J. González Navarrete, «The Phokaian sculpture of Obulco in Southern Spain», *AJA*, 89 (1985), págs. 62 y ss.; *Id.*, «Arte griego en España. Las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén)», *Goya*, 205-206 (1988), págs. 2 y ss.; A. Blanco, «Las esculturas de Porcuna, I. Estatuas de guerreros», *BRAH*, 184 (1987), págs. 405 y ss.; M. P. García Gelabert - J. M. Blázquez, «Cástulo, Jaén. España I. Excavaciones en la necrópolis ibérica del Estacar de Robarinas (s. IV a.C.)», *BAR International Series*, 425 (1988), *passim*.

¹⁴ J. M. Blázquez, «La proyección de los pueblos de la Meseta y el Levante ibérico en el primer milenio», *Actas del II Congreso sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1979, págs. 421 y ss.; A. Tovar, *Íberische Landeskunde, II. 1. Baetica*, Baden-Baden (1974), *passim*.

La cultura orientalizante abarcó el sur de Hispania y gran parte del levante ibérico, que mantenía relaciones intensas con el sur de la Península Ibérica¹⁵.

Es difícil admitir que toda Turdetania y parte del levante ibérico se encontrara bajo el mismo poder político. La monarquía era la forma política de gobierno¹⁶. El monarca tartésico más famoso fue Argantonio, que lleva un hombre típicamente celta, alusivo a la riqueza de su reino en plata (Str. 3, 2, 14).

A comienzos de la conquista romana de Hispania, el sur estaba gobernado por reyes, que controlaban diferentes ciudades, como Culcas. Según Livio (28, 13, 3), era dueño de más de 28 ciudades, en tiempos de Escipión, en el año 209 a.C., pero en el año 197, sólo conservaba 17 (Liv. 33, 21, 6). Livio en el último párrafo menciona a otro rey, de nombre Luxinio, que dominaba Carmona y Bardo, esta última ciudad de localización dudosa, a las que el historiador califica de *validas urbes*. Otro monarca famoso de finales de la Edad del Bronce es Habis, con el que se relaciona un mito de los pueblos de la Hispania antigua transmitido por Justino (44, 4), autor que resume a Trogo Pompeyo, historiador de la época de Augusto¹⁷. En esta relación se recoge el nombre del rey más antiguo conocido, de nombre Gárgoris, al que se atribuye el arte de aprovechar la miel. El hijo de su hija, tenido antes de contraer matrimonio, fue Habis, que fue un rey civilizador. Dictó las primeras leyes civilizadoras. Enseñó a su pueblo a cultivar la tierra con bueyes y con arado. Prohibió el trabajo a los nobles, y repartió a la plebe en siete ciudades o quizá en siete clases. En Tartesos la monarquía era heredi-

¹⁵ A. González Prats, *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente*, Alicante, 1983; J. J. Eiroa, *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*, Murcia, 1989.

¹⁶ J. Caro Baroja, «La realeza y los reyes de la España antigua. Estudios sobre la España Antigua», *Cuadernos de la Fundación Pastor*, 17 (1971), págs. 51 y ss.

¹⁷ J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas, II. Religiones prerromanas*, págs. 20 y ss.; L. García Moreno, «Justino 44,4 y la historia interna de Tartesos», *AEspA*, 52 (1979), págs. 111 y ss.; L. García Iglesias, *La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico*, págs. 131 y ss.; J. Remesal, «Gerión, Habis y Argantonio. Le peuplement protohistorique d'Andalousie», *Caesarodunum*, 13 (1978), págs. 194 y ss.

taria, como puntualiza Justino. Este relato mítico recuerda a los de Rómulo y Remo, de Ciro el Grande, de Moisés y de Sargón de Acad. El nombre de Gárgoris se relaciona con el de la palabra vasca «cebadá».

No se tienen noticias de la organización social de los pueblos del sur de la Península Ibérica a la llegada de los fenicios, pero del mito parece desprenderse que Habis separó al pueblo como clase superior de la plebe. El pueblo estaría formado, en opinión de J. Caro Baroja, por los dominadores llegados de fuera, que someterían a los indígenas. Las ciudades estaban habitadas por diversos elementos étnicos. Del mito tartésico se deduce claramente:

- 1) La diversidad étnica de Tartesos, pues estaba compuesto el sur de Hispania de diferentes pueblos o gentes, agrupadas en diversas ciudades o pueblos.
- 2) La existencia de una administración real centralizada.
- 3) La monarquía como forma política de gobierno.
- 4) Una gran variedad de formas de economía.

En la *Ora Maritima* del poeta S. Rufo Avieno, que vivió en el Bajo Imperio y que probablemente utilizó en su poema una fuente fenicia anterior a la fundación de Ampurias por los focenses desde Marsella, se mencionan siete ciudades: Tartesos, que hoy se sitúa en Cádiz (*Ora Mar.* 85, 269), Malaka (*Ora Mar.* 181, 426), Maenace (*Ora Mar.* 427, 431), Masia (*Ora Mar.* 452), y Herna (*OM* 462-463). Los nombres de otras ciudades están recogidos por Hecateo de Mileto. Éstas eran: Kalasce, ciudad próxima a las columnas de Hércules; Elibirge, ciudad de Tartesos; Mainobora, entre los Mastienos; Sisos y Molibdana entre los mismos. Avieno (*Ora Mar.* 440-443, 445-448) alude a la existencia de ciudades florecientes antaño y después arruinadas.

Hubo en este periodo un desarrollo grande de las ciudades con fuertes murallas, como lo indican los ejemplares de Huelva, Ategua, Tejada la Vieja (Huelva) y sobre todo de Puente Tablas (Jaén). A los fenicios se debe la introducción de las casas de planta rectangular (Morro de Mezquitilla y Toscanos) imitadas después en los poblados indígenas del Gualdalquivir.

A la ciudad de Tartesos Avieno (*Ora Mar.* 290) la denomina *civitas*; Estrabón (3, 2, 11) y Pausanias (6, 19, 3) *polis*. La ciudad de Tartesos es Cádiz según la reciente tesis de J. Alvar. Su exce-

lencia y su fama van vinculadas al río (Eustacio, Dionisio 337), o a las marismas (Sch. Arist., *Ran* 475). Tenía un *Arx Gerontis* (*Ora Mar.* 263, 304), murallas (*Ora Mar.* 297) y templos (*Ora Mar.* 261). Para Heródoto (4, 152) su característica fue la de ser un emporio, un mercado de productos, inexplorado para los griegos antes de la llegada de Colaio de Samos, en torno a 625 a.C. En este emporio el samio hizo sus transacciones, calculadas en 150.000 libras, pues el diezmo entregado por los samios al Heraion ascendía a seis talentos. Se trata de una ciudad mediterránea típica, fundada por razones económicas. En el sur se tiene noticias de varios grupos étnicos, que no se mencionan a varios de ellos después: los hiberos (*Ora Mar.* 248-255); los tartesios (*Ora Mar.* 113, 179), los cilbicenos (*Ora Mar.* 255, 303, 422Z), los cinetas (*Ora Mar.* 201, 205, 223), las mastienos (*Ora Mar.* 422, 450, 452), los bástulos (Str. 3, 1, 7; 4, 1; 4, 12; 4, 14), los gimnetas (*Ora Mar.* 464), los ileatas (*Ora Mar.* 302), y los cempsios (*Ora Mar.* 195, 200, 257, 302). Avieno (*Ora Mar.* 421) alude a la ferocidad de los libiofenicios y su adscripción, y la de los massienos, cilbicenos y tartesios, a otros tantos grupos gentilicios (*Ora Mar.* 420, 424), y a la riqueza de los campos de estos últimos (*Ora Mar.* 423). La organización estatal, que refleja el mito tartésico, se asemeja a la de algunos estados mediterráneos, como el de Creta en tiempos del rey Minos, que también dio leyes, fundó varias ciudades y dominó el mar. Sin embargo, los fenicios no desarrollan en el sur una alta cultura. Estrabón (3, 1, 6) escribió de los turdetanos que tenían fama de ser los más cultos de los iberos, que poseían una gramática, y que tenían escritos muy antiguos y poemas y leyes en verso, que eran el patrimonio de las viejas culturas andaluzas del segundo milenio.

El influjo de los fenicios en Occidente y la cultura que originaron fueron el resultado de un gigantesco comercio de intercambio de productos de todo género, principalmente de metales, que beneficiaba principalmente a los reyezuelos y a la gente más directamente relacionada con ellos. Muchos productos traídos por los fenicios en origen debieron ser objetos de regalos, como telas estampadas, bordadas y pintadas, muy estimadas en todo el Mediterráneo (*Il.* 6, 291-297; *Od.* 15, 418). Paris regaló a Helena una tela adquirida en Sidón (*Il.* 6, 289). El profeta judío Ezequiel consideró los tejidos como el principal producto de Tiro. Las fibulas de tipo oriental, documentadas en las

estelas (Bronzas, y Torrejón el Rubio), indican la introducción de un nuevo tipo de vestido de procedencia oriental. También se intercambiarían perfumes, marfiles, armas, etc.

No se les escapó a algunos antiguos, como a Solón (*Plut. Sol.* 2), la importancia del comercio, que establecía comunicaciones entre pueblos extraños, y producían alianzas entre los reyes. Varios sabios griegos no tuvieron dificultad en dedicarse al comercio, como Tales e Hipócrates, obteniendo buenos beneficios. Heródoto (4, 152), con ocasión de narrar el viaje de Colaios, puntualiza que Sóstratos de Egina obtuvo de sus relaciones con Tartesos mayores beneficios que Colaios. Pausanias (6, 19, 2-4) recoge la noticia de que el tirano de Sición, Mirón, vencedor en la Olimpiada XXXIII, ofreció un tesoro, que según los eleos era de bronce tartésico, y que pesaba 500 talentos, o sea, unas 13 toneladas¹⁸.

Desde finales del siglo VII a.C. funcionó un entendimiento comercial con los etruscos y con los cartagineses.

Un problema es el de conocer si estos reyes estaban divinizados. J. Caro Baroja es de la opinión que sí lo estaban. Otros investigadores dudan de ello. A favor de la primera tesis está el hecho de que diferentes héroes fueron divinos, dos en época histórica en Hispania; así Aletes, el descubridor de las minas de plata de Cartago Nova (Pol. 10, 10, 3-4). Honores divinos de los indígenas recibió (Plut., *Sert.* 22; Sal., *Hist.* 2, 70; Val. Max, 9, 15) Q. Cecilio Metelo. Los reyezuelos enterrados en los grandes dólmenes de Soto, La Pastora, Matarrubilla y Antequera debían estar divinizados. El mausoleo de Pozo Moro era la tumba, muy probablemente, de un reyezuelo divinizado, representado en un relieve. Una de las características de estos reyes y de la aristocracia era el lujo en que vivían, como lo indican los tesoros de La Aliseda, de El Carambolo y del Cortijo de Évora¹⁹.

¹⁸ A. García y Bellido, *El Tartésico Chalcos y las relaciones del SE con el NO de la Península en la época tartésica. La minería hispana e iberoamericana, contribución a su investigación histórica*, I, León, 1970, págs. 31 y ss.

¹⁹ J. M. Blázquez, *Arte de la Edad de los metales. Arte orientalizante. Fenicio y cartaginés*, págs. 219 y ss.

Las excavaciones que se están realizando en los últimos años permiten hacerse una idea aproximada de algunos aspectos económicos y sociales de la sociedad tartésica del periodo orientalizante.

La generalización del rito de incineración no significa un cambio étnico en las poblaciones del sur de la Península Ibérica, sino ideológico y religioso. En la necrópolis del Acebuchal (Sevilla) predomina el rito de la incineración bajo túmulo, y en la necrópolis de Entremalo, Carmona y Bencarrón, también situadas en Sevilla, se documentan indistintamente túmulos y fosas de incineración e inhumación. En las necrópolis de Alcantarilla, Cañada de Ruiz Sánchez (ambas en Sevilla) y en Alcaudete aparecen túmulos de incineración, y en la de Cruz del Negro (Sevilla) también se empleó la incineración. En la necrópolis de Setefilla (Sevilla) coexisten ambos ritos funerarios, con la presencia de grandes cámaras construidas bajo túmulos, en número reducido. Se aprecia en estos últimos enterramientos un mayor grado de riqueza en los ajuares, con mayor número de importaciones, lo que indica una diferencia social. Las personas enterradas en estas cámaras, al parecer, adoptaron el rito de la inhumación, lo que probaría, quizá, que estas gentes se relacionaban con los pueblos guerreros y pastores del final de la Edad del Bronce²⁰.

Estos túmulos de Setefilla, de Carmona, de Cástulo, y de Villaricos (Almería) se han puesto en relación con los túmulos de Siria, que aparecen igualmente en Chipre²¹. Estos túmulos también se documentan en el norte de Marruecos²², que en la Antigüedad era una prolongación de la Turdetania.

²⁰ M. E. Aubet, *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Sevilla) (Túmulo A)*, *Andalucía y Extramadura*, Barcelona, 1981, págs. 53 y ss.

²¹ J. M. Blázquez, «Los túmulos de Villaricos (Almería), Setefilla y Carmona (Sevilla), Cástulo (Jaén), Torre de Doña Blanca (Cádiz) y de Marruecos y sus prototipos orientales», *Homenaje a Luis Siret*, págs. 557 y ss.; *Íd.*, *Religiones en la España Antigua*, Madrid, 1991, págs. 227 y ss.

²² M. Ponsich, *Recherches archeologiques à Tanger et dans sa region*, París, 1970, págs. 40 y ss.

Las excavaciones de Setefilla, y lo mismo cabe afirmar de todos los poblados de esta zona, indican que estas poblaciones tenían una economía básicamente ganadera, como lo señala la preponderancia, casi exclusiva, del ganado bovino. La población de esta región estaba compuesta de pastores y de ganaderos, y como economía subsidiaria de la economía ganadera se cultivaba la agricultura, sin olvidar la importancia que podía tener la minera de Sierra Morena. El predominio de la ganadería sobre la agricultura en todo este territorio, como también en el poblado de El Carambolo (Sevilla), queda reflejado en los mitos, como el de Gerión²³. Estrabón (3, 2, 4), refiriéndose a los tiempos de finales de la República romana, alude a las grandes vacadas que se criaban en el país. Esta región era rica en minas de plata, así como en otros minerales: grafito, galena, cobre, siderita y oro²⁴. Algunos de estos poblados, como el de Setefilla, por su posición geográfica, estaban situados en una vía de penetración hacia el interior de la sierra, en una vía de acceso a Sierra Morena, y a sus minas de cobre y de plata, lo que atrajo el comercio fenicio procedente del Estrecho, lo que benefició a sus habitantes. Se documentan unas relaciones de estos poblados con los del interior de la Meseta, como se desprende de la presencia de algún tipo de cerámica. Piensa M. E. Aubet²⁵ que la trashumancia propia de los pueblos ganaderos de la Meseta occidental obligó a una serie de migraciones semestrales en busca de pastos de invierno en el valle de Guadalquivir y de Extremadura, y de pastos de verano en la Meseta. Esta trashumancia originaría un intenso comercio de intercambio, de manufacturas y de cerámicas; lo que explicaría satisfactoriamente la presencia de cerámicas de la Meseta en Setefilla y la presencia de objetos tartésicos, en el siglo VI a.C., en la Meseta occidental, tales como los jarros de bronce hallados en Coca (Segovia), y Vi-

²³ J. M. Blázquez, «Gerión y otros mitos griegos en Occidente», *Gerión*, 1 (1983), págs. 21 y ss.

²⁴ Sobre la riqueza minera de Hispania véase: J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao, 1977, págs. 253 y ss.; *Id.*, «Fuentes literarias griegas y romanas referentes a las explotaciones mineras de la Hispania Romana», *La minería hispana e iberoamericana*, págs. 117 y ss.

²⁵ *Op. cit.*, págs. 158 y ss.

llanueva (Cáceres); los broches de Sanchorreja (Ávila), y los broncees del Berrueco (Ávila). No hay que descartar, como sugiere J. Alvar, que mercaderes ambulantes llevaran estos objetos al interior.

La transhumancia es difícil de admitir, pues Estrabón (3, 4, 5) da como característica de los pueblos de la Hispania primitiva las continuas luchas de unos contra otros, lo que dificultaría las idas y venidas del ganado.

Esta economía ganadera responde a una organización social de tipo patriarcal y a un sistema de poder autoritario. En la necrópolis de Setefilla, como observó M. E. Aubet, se señala claramente una diferenciación social más marcada y más jerarquizada que en otras necrópolis, La Joya o Los Alcores. En los grandes túmulos de Setefilla se debieron enterrar régulos locales, independizados de la producción directa, que concentraban en sus manos la riqueza, y que constituían una auténtica aristocracia de linaje en clara oposición al resto de la población, que incineraba, en lugar de inhumar. Esta población, a juzgar por los ajuares, se beneficiaba poco o nada del comercio con los marfiles, depositados en las cámaras de los túmulos, donde sólo se enterraba la aristocracia, que acumulaba la riqueza en pocas manos, y concentraba el poder económico y político. La existencia de estos régulos locales debían datar en el sur de Hispania de muchos siglos antes. Esta aristocracia controlaba los excedentes de la producción. El comercio fenicio estimuló la desigualdad económica y favoreció la aparición de esta clase dominante, que controlaba la riqueza ganadera, las vías de penetración hacia la Meseta y la explotación de los metales. Esta aristocracia gozaba de una serie de privilegios y mantenía una serie de tradiciones, como indica el uso de la inhumación, que arranca de la Edad del Bronce, mientras el resto de la población se incineraba, rito este último introducido en la Península Ibérica por los fenicios, documentado en torno a 700 a.C. en Sexi por vez primera.

M. E. Aubet relaciona esta aristocracia, que inhuma, con los guerreros enterrados debajo de las losas extremeñas, que también debían tener una organización jerárquica y aristocrática con una economía ganadera, como la prueba la presencia de los carros. Estos guerreros podía estar en la base social de esta élite tartésica.

Sin embargo, la cultura material de estos poblados no es uniforme. La de Setefilla no está en relación directa con la de otros poblados próximos, como los de El Macareno, Los Alcores o El Carambolo, y menos con el de Huelva, que es un asentamiento indígena, que ha sufrido un fuerte proceso de aculturación fenicia. Las importaciones fenicias varían de unos centros a otros según las necesidades y características.

Del estudio de los enterramientos del túmulo B de Setefilla, excavado de modo modélico por M. E. Aubet²⁶, cabe deducir algunas otras conclusiones sobre la estructura económica y social de estas poblaciones. La presencia de áreas cerradas y dispuestas en círculos, diferenciadas unas de otras, delimitadas por un túmulo, presupone el funcionamiento de un sistema social basado en grupos familiares, bajo la autoridad de una aristocracia local, salida de uno o de varios grupos gentilicios. En el túmulo B se destinó un área muy concreta de terreno y enterramiento de un grupo compuesto por niños, por mujeres y por varones, posiblemente unidos por relaciones de parentesco. En estos círculos funerarios bajo túmulos la cultura material señala una cierta diferenciación social, o sea el reflejo de una organización social basada en una estructura de tipo gentilicio.

Tanto en el túmulo A como en el B, los hallazgos indican una estructura social con una fuerte idea de autoridad, que controlaba los excedentes de la producción, lo que indicará una fase muy avanzada en el proceso de transición hacia una cultura urbana, que se dio, creemos, en este periodo orientalizante en el Occidente peninsular.

Cabe aún recoger algunos datos más, apuntados por M. E. Aubet, de la distribución y de los componentes de las 30 sepulturas que rodeaban el túmulo B. Así, las sepulturas más ricas se encuentran depositadas en un área determinada, en torno al núcleo central del túmulo, que sería la tumba del jefe o régulo. Las sepulturas más pobres se encuentran un tanto alejadas.

El ritual funerario de esta necrópolis de Setefilla es muy parecido al seguido en otras necrópolis: Cruz del Negro, Castellones de Ceal (Jaén), Rachgoun o Frigiliana (Málaga), que presentan la misma estructura económica y social.

²⁶ *Op. cit.*, págs. 161 y ss.

Recientemente C. G. Wagner y J. Alvar han publicado un trabajo de gran novedad, en el que intentan probar la existencia en la costa meridional hispana y en ciertas localidades del valle del Guadalquivir de una colonización agrícola llegada de Siria o de Fenicia. Estas gentes orientales, agricultores y artesanos, se asentarían en la costa y en su *hinterland* inmediato; como en Frigiliana, y en el asentamiento ya existente de Toscanos. Esta colonización agrícola penetraría también hacia el interior en las ricas zonas agrícolas del bajo Guadalquivir, y posiblemente en ciertas regiones de Extremadura. Piensan estos autores, concretamente, pero no exclusivamente, en Setefilla y en Cruz del Negro. Las gentes enterradas en los túmulos serían la vieja aristocracia ganadera, probablemente de carácter guerrero, que continuó con viejas tradiciones heredadas de la Edad del Bronce, como el uso de la inhumación a cuyo alrededor se agruparían los que se enterrarían en las incineraciones alrededor del rey-zuelo o jefe local. La presencia de estos agricultores orientales sería la determinante de la fuerte aculturación que se detecta en toda Turdetania. Piensan estos autores que el poblado de Cruz del Negro fue uno de los focos de irradiación desde el que se produjo el proceso de aculturación, que caracteriza a esta región. En la necrópolis de Puig de Molins se encuentra un ritual análogo a los del Cruz del Negro o Frigiliana, y no se puede aceptar un influjo de los yacimientos tartésicos sobre el de las Baleares, sino la llegada de gentes de la misma procedencia con el mismo ritual funerario a dos puntos distintos. Ciertos materiales, como el ritual funerario, las urnas, las lucernas y los marfiles de algunos yacimientos, como los de Cruz del Negro, de Medellín o de Frigiliana, son en general diferentes de los hallados en los enclaves fenicios del siglo VIII, situados en la costa meridional, lo que parece indicar la llegada de gentes orientales, diferentes de los primeros colonos orientales de estos enclaves costeros. Lo mismo sucede con la necrópolis de La Joya o de Setefilla. Nosotros somos partidarios de aceptar una colonización agrícola, pero somos de la opinión de que el lugar más fácil de detectarla son los asentamientos de Frigiliana, por su parentesco con Khaldé y de Carmona, más que Setefilla.

En el periodo orientalizante hispano el influjo del comercio traído por los griegos y más concretamente por los focenses fue

escaso, a pesar de que comerciaban directamente con la ría de Huelva²⁷.

A partir de 600 a.C., o poco después, se originó la cultura turdetana en el sur e ibérica en levante, ya con algunas características especiales, como la generalización de la escultura, que no conoce Tartesos, muchas veces de origen focense y de gran calidad artística, como en Obulco y en Illici²⁸; el uso de una escritura de origen jonio, etc., pero las culturas turdetana e ibera hunden sus raíces en este periodo orientalizante y conservan muchos elementos de él, como los rituales funerarios y varios aspectos de la religión.

El impacto cartaginés empezó a sentirse a partir de 550 a.C. La caída de Tiro, 585-573 a.C., apenas influyó en Occidente. La cultura ibérica está vinculada en gran parte con la explotación del hierro por los nativos.

²⁷ J. Fernández Jurado, «Fenicios y griegos en Huelva», *Homenaje a Luis Siret*, págs. 562 y ss.; P. Carrera, *Los griegos en Huelva: Los materiales griegos*, páginas 575 y ss.; R. Olmos, *Los griegos en Tartesos. Replanteamiento arqueológico-histórico del problema*, págs. 58 y ss.; P. Cabrera - R. Olmos, «Die Griechen in Huelva. Zum Stand der Diskussion», *MM*, 26, págs. 61 y ss.; J. M. Juan Gran-Aymerich, «Cerámicas griegas y etruscas de Málaga. Excavaciones de 1980 a 1986», *AEspA*, 61 (1988), págs. 201 y ss.; B. B. Shefton, *Greek and Greek imports in the South of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence: Phönizier im Westen* (= *Madrider Beiträge*, 8), págs. 357 y ss. No se cortaron nunca las relaciones con Tiro, como lo muestran los sarcófagos antropoides de Cádiz (A. Blanco - R. Corzo, «Der neue anthropoide Sarkophag von Cádiz», *MM*, 22, 1991, págs. 236 y ss.; G. Chiera, «Su un nuovo sarcofago antropoide scoperto a Cadice», *RSF*, IX 2, (1981), págs. 211 y ss.; J. Alvar, «La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo», *V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, págs. 19 y ss. Trabajo fundamental contra la tesis tradicional.

²⁸ A. Blanco, «Die klassischen Wurzeln der iberischen Kunst», *MM* (1960), págs. 101 y ss.; A. García y Bellido, «Arte ibérico», *Historia de España. España prerromana*, Madrid, 1954, I, III, págs. 373 y ss.; AA.VV., «Escultura ibérica», *Revista de Arqueología*, extra, 1987; AA.VV., *Simposi internacional. Els orígens del món ibèric*, Barcelona, I-II (1976-1978); AA.VV., «Iberos», *Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico/Jaén*, 1985, Jaén, 1987; AA.VV., «Arqueología del País Valenciano», *Panorama y perspectivas*, Alicante, 1985; E. A. Llobregat, *Contestania ibérica*, Barcelona, 1972; J. M. Uroz, *Economía y sociedad en la Contestania ibérica*, Alicante, 1981; *Id.*, *La regio edetania en la época ibérica*, Alicante, 1981; L. Abad, «La cultura ibérica», *Historia general de España y América*, I-II, págs. 171 y ss.; F. Pla, «Los iberos», *Historia de Valencia*, Valencia (1981), páginas 197 y ss.; D. Fletcher, *Lengua y Alfabeto*, págs. 273 y ss.

En estos dos lugares, recientemente excavados y publicados, es posible seguir perfectamente el impacto fenicio desde el siglo VIII a.C. en las poblaciones del suroeste, ricas en minerales de todo tipo.

San Bartolomé de Almonte es un poblado metalúrgico, que comienza a finales del siglo IX a.C. (etapa prefenicia) y llega en explotación hasta principios del siglo VI a.C. En este poblado metalúrgico no se percibe un importante influjo fenicio. Se mantuvo siempre la misma estructura del poblado. Las viviendas son fondos de cabañas, y no quedan huellas de urbanismo con viviendas rectangulares de tipo oriental. Los materiales fenicios denotan más bien unas relaciones esporádicas. El poblado sufrió pocos cambios perceptibles en sus tipos cerámicos, que pueden explicarse fácilmente por factores internos.

Este yacimiento se encuentra en la ruta que, partiendo del área de Aznalcázar, pasa a la desembocadura del Guadalquivir, región de actividades minero-metalúrgicas y comerciante. Esta zona es rica en pirita, oro, plata, cobre, cinc, plomo, etc. San Bartolomé de Almonte y otros poblados dedicados a actividades metalúrgicas se encuentran alejados de los centros mineros. La técnica metalúrgica, empleada para la obtención de plata, fue la copelación, lo que justifica la existencia del poblado en tierras ricas en cal. También usaron los habitantes del poblado otras técnicas de fundición para obtener plata, a partir de los minerales polimetálicos de la zona. En esta área existía una importante tradición metalúrgica desde el Calcolítico. Sin embargo, parece lógico, que los fenicios introdujeron en Huelva estas técnicas perfeccionadas, pues en todos estos yacimientos metalúrgicos, San Bartolomé, Huelva y Tejada la Vieja, el uso de estas técnicas coincide con la presencia de los fenicios. La explotación minera y el beneficio de la plata no estaban en manos de los fenicios²⁹. Una serie de cerámicas perforadas, además de otras con escorias, posiblemente, se usaban para copelar. Los hornos son un simple hueco de tendencia circular, practicado

²⁹ A. Blanco - B. Rothenberg, «Exploración arqueometalúrgica de Huelva» (= EAH), Barcelona, 1981; AA.VV., *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, I, Madrid, 1987, págs. 57 y ss.

en las marcas terciarias. Otras veces se han descubierto gran cantidad de adobes, que debían pertenecer a la cúpula del horno y de muretes de adobes para proteger a los trabajadores del horno. Se quemó mucha madera, lo que produjo una intensa desforestación. Las escorias presentan un alto contenido de oro y plata, restos de cuarzo, lo que indica métodos de fusión no perfectos, al no alcanzarse la temperatura necesaria, lo que obligaba a fundir nuevamente las escorias. El mineral de Almonte procede de Aznalcóllar a través de Tejada la Vieja, y es diferente del de Huelva, que procede de Riotinto, del Andévalo occidental, vía río Odiel, lo que prueba que había varias rutas de llegada del mineral hasta los poblados metalúrgicos a partir del siglo VII a.C. La explotación de todos estos lugares presupone una gran demanda de metales por parte de los fenicios. A partir del siglo VI a.C., se observa un cambio radical, que origina una profunda transformación comercial en Tartesos. El monopolio fenicio oriental cedió ante el empuje de los fenicios occidentales y los griegos, y originaría una concentración urbana en Huelva y Tejada la Vieja y la desaparición de poblados metalúrgicos, tipo San Bartolomé de Almonte. Durante los siglos VIII y VII a.C. no existió un centro único de control y producción metalúrgica y comercial. El destino de los metales era Cádiz, desde donde se repartirían por todo el Mediterráneo oriental.

Tejada la Vieja es un núcleo urbano amurallado desde el siglo VIII a.C., del 6.5 ha, coetáneo de otros poblados no amurallados, como San Bartolomé de Almonte. El comercio de la plata entre los tartesios y los fenicios ocasionó desarrollos urbanísticos diferentes y organizaciones socioeconómicas diversas. La muralla probablemente se debe a la necesidad de controlar un área minera y a la explotación de los minerales, y en segundo lugar a la necesidad de contar con un centro acumulador y distribuidor del mineral, lo que indicaría una economía de carácter colonial, no un mercado abierto, como lo era Huelva. Tejada la Vieja no era una colonia fenicia. La muralla no era primordialmente defensiva. Daba prestigio a la ciudad; era una manifestación de su riqueza, y delimitaba el espacio urbano. La actividad de Tejada la Vieja comenzó a finales del siglo VIII a.C. El enriquecimiento de la ciudad como resultado del comercio de metales con los fenicios motivó un aumento del urbanismo, de lo que es buena prueba la muralla. A partir de la crisis del si-

glo vi a.C., Tejada la Vieja se estancó. No desapareció la actividad minera, pero no fue el elemento básico, como lo indica el elevado número de ánforas, prueba de una diversificación económica y comercial. Tejada se recuperó ya en el siglo v. Sólo subsistieron a partir de la crisis del siglo vi a.C. los poblados que a sus bases económicas sumaban las actividades pesqueras o comerciales. En cambio, los que sólo tenían una economía agropecuaria se hundieron. A esta segunda fase de la vida de la ciudad se debe el reforzamiento de la muralla con contrafuertes, como en la muralla de Puente Tablas (Jaén), y el último urbanismo de la meseta alta del yacimiento. A partir del siglo iv a.C., Tejada se abandonó, posiblemente como resultado de la nueva situación impuesta por Cartago.

Ha sido M. E. Aubet, en diferentes trabajos citados en este libro, la autora que mejor ha estudiado el impacto fenicio en las poblaciones indígenas. Los comerciantes fenicios comerciaban en los puntos donde existía una sociedad jerarquizada. El mismo comercio colonial precisaba de unas estructuras sociales que garantizaran la producción del excedente y regularan la estabilidad y continuidad de los intercambios. Una sociedad con esclavos y con una autoridad política. La fórmula de este comercio se traducía en pactos o alianzas con los régulos o príncipes locales, a los que se proporcionaba productos exóticos y bienes de prestigio, lo que repercutió en mayor poder de estos jefes indígenas. Los pactos mediante fórmulas religiosas se dieron, muy probablemente, en la colonización fenicia en Occidente a través de los templos de Cádiz o de Cástulo. En segundo lugar, mediante una integración ideológica de los sectores privilegiados de la sociedad indígena en el ámbito de las estructuras sociales y políticas del mundo oriental, como se manifiesta en las tumbas principescas de La Joya, Setefilla y Carmona. Los centros de intercambio de productos estaban colocados, en general, en lugares estratégicos, dominando las vías de comunicación y los territorios agrícolas, como Carmona, El Carambolo y Montemolín; o el acceso a las minas, como en el Cabezo de San Pedro, San Bartolomé de Almonte o Cástulo; el comercio marítimo atlántico (Huelva) o las cañadas del ganado (Setefilla). Las cerámicas y circulación de cerámicas de lujo, pintadas o bruñidas, prueban la existencia de artesanos y profesionales y de un comercio a larga distancia y unas estructuras centralizadas, que

mantenían contactos comerciales regulares con la Meseta, Extremadura y Granada. Piensa M. E. Aubet que las técnicas de copelación y beneficio de la plata no se deben al comercio fenicio, sino que en Huelva se documentan en el segundo milenio a.C. El depósito de la ría de Huelva, fechado a mediados del siglo IX a.C., denota un temprano comercio marítimo por parte del puerto tartésico de Huelva, y un fenómeno de acumulación de excedentes metalúrgicos de sociedades jerarquizadas. Admite esta autora que las estelas prueban la existencia de una sociedad jerarquizada, al igual que los vestigios de fortificaciones del Bronce final de Carmona y Setefilla, la presencia de élites, que controlaban pequeños territorios. Valora M. E. Aubet la importancia comercial del templo de Cádiz, en lo que coincide con J. Alvar y con nosotros. En los mercados y puestos de intercambio se afincó una población mixta, integrada por fenicios y comerciantes tartésicos, como debió haber en el Castillo de Doña Blanca, y después hubo en Villaricos y Ampurias (Str. 3, 4, 8).

Los príncipes y régulos indígenas alcanzaron poder y ostentación de riqueza, como lo indican las tumbas de La Joya y los túmulos A y H de Setefilla. Estos príncipes acumularon bienes de ostentación, como en Etruria.

Los poblados se organizaron alrededor de los grandes centros, como Cástulo, El Carambolo, Huelva y Setefilla, especializados en actividades económicas diferentes, y se convertirían en residencia de príncipes, probablemente asociados a una estructura social de señoríos, centralizados en territorios de control político.

Las comunidades del bajo Guadalquivir fueron los principales consumidores de los productos del Mediterráneo y productores de materias primas. La distribución de objetos orientalizantes en Portugal y en el interior de la Península prueban unas intensas interacciones entre Tartesos y su periferia, que lentamente produjeron cambios socioculturales.

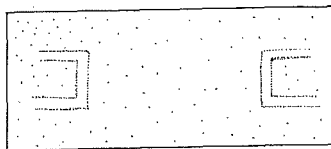
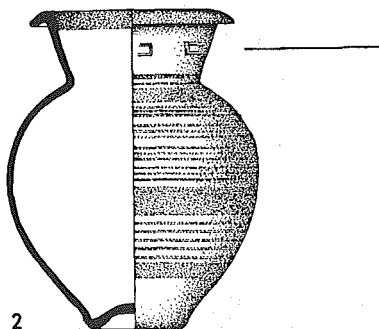
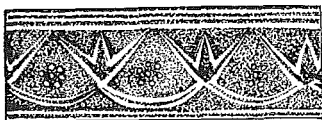
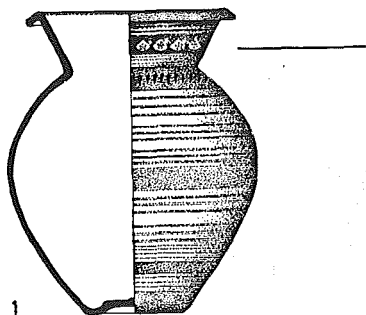
M. E. Aubet y J. Alvar no dan importancia a la caída de Tiro. La decadencia de Huelva y de Setefilla es evidente entre los años 550 y 500 a.C. M. E. Aubet busca las causas de la crisis, que se dio al mismo tiempo en Cerceña y Sicilia, en factores internos de índole social.

El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo (Jaén)

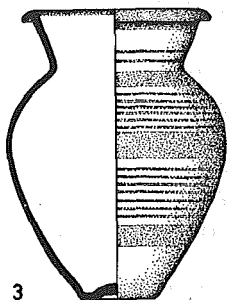
Los alrededores de la ciudad de Cástulo, especialmente las terrazas fluviales situadas entre los cerros que ocupa la ciudad antigua y el río Guadalimar, han aportado hasta la fecha un rico conjunto de materiales arqueológicos relacionados con la penetración de los influjos de la colonización semítica hacia las tierras del interior¹. Desde el año 1968 se vienen practicando ininterrumpidamente excavaciones sistemáticas en estos parajes². En una de estas campañas, la dedicada a la necrópolis de Los Patos, apareció, bajo los niveles correspondientes a los enterramientos ibéricos, un estrato de base con abundantes cerámicas a mano susceptibles de ser asignadas a una fase indígena

¹ Cfr. W. Schüle, «Tartessos y el Hinterland», *Tartessos, V Symp Preh Jerez de la Frontera 1968* (1969), págs. 15-32, sobre la importancia de la penetración de los influjos coloniales en las tierras del interior para la gestación de la cultura ibérica. En el mismo sentido, cfr. O. Arteaga - M. R. Serna, «Los Saladares», 71, *NAHis (Arqueología)*, 3, 1975, págs. 7-140, especialmente 67-74; C. González Wagner, «La historia antigua y la Antropología: el caso de Tartessos», *Kokalios*, 1, 1992, págs. 1-37.

² Los resultados de estas campañas fueron publicados ya en parte. Cfr. A. Arribas - F. Molina, «La necrópolis ibérica del Molino de Caldonga (Finca Torrubia)», *Oretania*, 28-33, 1968/69, págs. 160-221; G. Trías, «Estudio de las cerámicas áticas decoradas de la necrópolis del Molino de Caldonga (Cástulo)», *Oretania*, 28-33, 1968/69, págs. 222-229; J. M. Blázquez, *Cástulo I*. Periódicamente han aparecido avances de las sucesivas campañas en los volúmenes de actas de los Congresos Arqueológicos Nacionales y en diversas publicaciones.

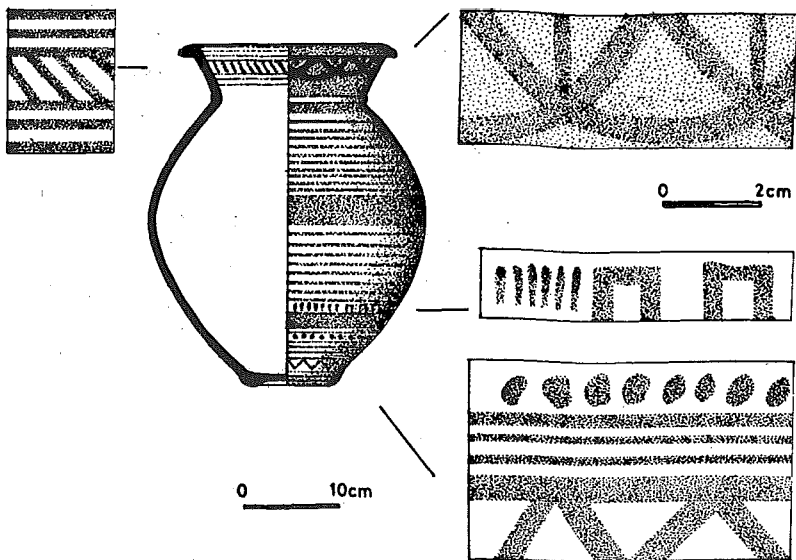


0 2cm



0 10cm

Cerámica orientalizante de Cástulo (Linares, Jaén). Museo Monográfico de Linares.



Cerámica orientalizante de Cástulo (Linares, Jaén). Museo Monográfico de Linares.

anterior, al menos tipológicamente, al impacto de la colonización semítica. Este tipo de hallazgos se dio en otros parajes de Cástulo, como la necrópolis de los Baños de La Muela³ o la del Estacar de Robarinas⁴.

La presencia de estas dos series de hallazgos —material orientalizante y testimonios de una fase anterior— nos indujo a explorar los alrededores de Cástulo en busca de un lugar en que aparecieran con mayor nitidez los testimonios de un horizonte indígena receptor de los impactos de la colonización. Tuvimos la fortuna de localizar un poblado del Bronce final a orillas del río Guadalimar⁵.

³ Cfr. «La necrópolis de Baños de La Muela», *Cástulo I*, págs. 123 y ss., especialmente fig. 87, 27; 99, 67, 68; 104, 47-49; 106, 15-17; 107, 22.

⁴ A. Blanco Freijeiro, «El ajuar de una tumba de Cástulo», *Oretania*, 19, 1965, págs. 7 y ss.; J. M. Blázquez - J. Remesal, «Hallazgos en la necrópolis oretana de Cástulo», *XIII Congreso Nacional de Arquitectura Huelva 1973* (1975), págs. 639 y ss. J. M. Blázquez y otros, «La necrópolis oretana de Cástulo. Campaña 1976», *VIII Symp. Preh. Córdoba*, 1976.

⁵ J. M. Blázquez - J. Valiente, «Cerámicas grafitadas del poblado de La

Durante el verano de 1978 se emprendió la excavación de este poblado. Nos proponemos ofrecer en esta comunicación una noticia de estos trabajos junto con una síntesis de los hallazgos anteriores asignables a la fase orientalizante, con la esperanza de aportar alguna luz a la problemática de la recepción de los elementos coloniales por las poblaciones indígenas del interior.

NECRÓPOLIS DE LOS PATOS

De los resultados obtenidos en su excavación nos interesa ahora un conjunto de tumbas (nivel III) que se superponían a un estrato de base con cerámicas indígenas a mano (nivel IV). Según se advierte en la correspondiente memoria⁶, las cerámicas a mano del estrato inferior no corresponden propiamente a enterramientos, sino que más bien representarían los restos de una zona de habitación, fondos de cabaña o vertederos. Los enterramientos citados aparecieron en los cortes 1 y 2, y se identifican como tumbas X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII y XVIII; se caracterizan por las siguientes peculiaridades:

- Restos de incineración depositados en urnas a torno.
- En las tumbas XI, XII y XIV se usaron cuencos de cerámica gris con peana sencilla como tapadera de las urnas.
- A excepción de la tumba XII, todas las demás contenían armas de hierro como parte del ajuar.
- Ausencia total de cerámica griega, abundante en las demás tumbas de esta necrópolis.

Con los anteriores enterramientos se relacionan también las tumbas I (dos cuchillos de hierro semejantes a los de las tumbas X y XIII) y II (un cuchillo como los anteriores, un fragmento de hierro en forma de medio estribo como otro de la tumba XIII); dentro de la urna cineraria de este enterramiento se halló una placa de cinturón semejante por la forma y la decoración a

Muela de Cástulo (Linares, Jaén)», *Trab. Preh.*, 37, 1980, págs. 355 y ss.; *Id.*, «Prospección de un poblado del Bronce Final en Cástulo», *XV Congreso Nacional de Arquitectura Lugo 1977* (1979), págs. 309 y ss.

⁶ «La necrópolis ibérica de Los Patos», *Cástulo I*, págs. 41-121.

otra aparecida en un túmulo de Los Higuerones, a que más adelante se hará referencia. Esta placa, de tipo «Alcores», se fecha en Cástulo a mediados del siglo VII a. C.⁷

En cuanto a las cerámicas a mano del estrato inferior, junto a las formas de tradición indígena aparecen otras que cabe interpretar como imitación de formas coloniales: cuencos de pie indicado⁸ que reproducen exactamente la forma de la pátera fenicia de Berzocana⁹, fechada en el siglo VII a. C., aunque las piezas de Cástulo enlazarían con cerámicas de barniz rojo de Huelva¹⁰. También imitaría prototipos de barniz rojo una cazuela, al parecer, de solero puntiagudo¹¹. Una olla con asas que arrancan del solero parece copiar, al menos en este detalle, piezas del estrato IVa de Toscanos, fechado en torno al año 700 a.C.¹². Las piezas de Huelva a que hemos aludido pertenecen al estrato 4 del Cabezo de San Pedro, que los autores de la correspondiente memoria fechan a partir del año 700 A.C.

ESTACAR DE ROBARINAS

Se halla este paraje al sur de la necrópolis de Los Patos, de la que no lo separa ningún accidente notable. A. Blanco Freijeiro estudió algunos ajuares aparecidos casualmente el año 1962; su trabajo, ya citado, es todavía fundamental para el conocimiento de la penetración de lo orientalizante en las zonas del interior. Posteriormente, una cuidadosa limpieza de algunas urnas ha

⁷ *Ibid.*, 234 y n. 162, con referencias bibliográficas pertinentes a este tipo de placas de cinturón.

⁸ *Ibid.*, fig. 49, 6.

⁹ Cfr. C. Callejo - A. Blanco, «Los torques de oro de Berzocana, Cáceres», *Zephyrus*, 11, 1960, págs. 250-255; M. Almagro Gorbea, «Los tesoros de Sagras y Berzocana y los torques de oro macizo del Occidente peninsular», *III Congreso Nacional de Arqueología de Oporto 1973* (1974), págs. 259-282. El cuenco de Berzocana evidenciaría una fecha temprana (siglo VIII a.C.) para la penetración de elementos coloniales en Extremadura; cfr. M. Almagro Gorbea, *El Bronce final y el periodo orientalizante en Extremadura* (1977), pág. 61.

¹⁰ Cfr. J. M. Blázquez - J. M. Luzón - F. Gómez, «Las cerámicas del Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica*, I (1970), láms. 12f. g: 13a.

¹¹ *Cástulo I*, fig. 27, 2; cfr. Blázquez - Luzón - Gómez, *op. cit.*, lám. 13b.

¹² *Cástulo I*; cfr. H. Schubart - H. G. Niemeyer - M. Pellicer, «Toscanos», *Exc. Arq. Esp. LXVI* (1969), 146, lám. 17.808.

permitido apreciar interesantes pormenores de la decoración. Además de una selección de los materiales publicados en su día por el citado autor, presentamos otras dos urnas pertenecientes al mismo conjunto. El rasgo común de estas urnas es la decoración ejecutada con pintura blanca sobre un fondo uniforme de color rojo¹³. Los temas de las decoraciones, como indicó A. Blanco Freijeiro, se relacionan con estilos de la Meseta y con los que ostentan los huevos de avestruz de Villaricos, que aparecen también en cerámicas de Carmona, indígenas o coloniales¹⁴.

Una urna, a torno, decorada en el cuello con un tema de flores de loto o palmetas muy simplificadas, con rosetas de cinco o seis puntos alrededor de otro punto central en los espacios libres, llevaba como tapadera un cuenco hecho a mano, de barro negruzco y superficies espatuladas, con el borde diferenciado mediante un fuerte quiebro del perfil.

Otra urna, a torno, decorada con un tema de rectángulos blancos sobre fondo rojo, llevaba como tapadera un cuenco de plata, de solero rehundido y borde carenado, que reproduce un perfil muy frecuente en las cerámicas cuidadas del Bronce final de la alta Andalucía. Esta pieza singular sería una muestra interesantísima de la toréutica indígena. No es extraño que en Cástulo, importante centro productor de plata, hubiera talleres en que se trabajara este metal para la confección de piezas suntuarias.

En el mismo conjunto apareció una urna, perdida hoy, hecha a mano; en su interior contenía, junto con los restos de la incineración, una ollita de pasta grosera, también hecha a mano de la especie que nosotros llamamos «cerámica negra», a la que más adelante haremos referencia.

Otra urna, a torno, del mismo conjunto, presenta decoración de pintura blanca sobre fondo rojo, casi perdida. El tema es aquí una franja de palmetas muy simplificadas; en el tercio

¹³ Esta decoración de pintura blanca se ha perdido en gran parte, pero puede seguirse gracias a que el color rojo que le servía de base se ha preservado mejor que en las zonas donde no estaba cubierto por los trazos de la decoración, que de este modo ha dejado una «sombra».

¹⁴ G. Bonsor, «Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Bétis», *RA*, 35, 1899, págs. 321 y ss., figs. 161-174. 193; cfr. J. Remesal, «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *AEsp*, 48, 1975, págs. 3-21.

inferior del cuerpo hay una decoración de franjas rellenas de trazos geométricos; también el interior del cuello presenta una decoración del mismo estilo.

Otra urna, también a torno, aparece decorada, con la misma técnica de pintura blanca sobre fondo rojo, con palmetas simplificadas en el cuello y diversos motivos, hoy casi ilegibles, en el resto de la superficie; es posible que la penúltima franja contenga un tema de meandros simplificados como los que aparecen fragmentos que mencionaremos más adelante.

Finalmente presentamos otra urna del mismo conjunto en que se advierte una decoración de franjas y filetes de color rojo exclusivamente.

El ajuar que acompañaba a las incineraciones comprendía restos, muy deteriorados, de armas de hierro y recipientes rituales de bronce. Entre las primeras hay una empuñadura de espada con arranque de la hoja y parte de ésta cuyo paralelo más cercano es la espada de bronce de Dalías. Entre sus características cabe señalar, empuñadura rematada, a modo de pomo, en un adorno consistente en un botón y con dos escotaduras semicirculares en el arranque de la hoja. Estos detalles aparecen también en los puñales de Paredes de Navas y en la espada de Carvahal de Obidos (Extremadura, Portugal) que M. Almagro clasifica entre los ejemplares intermedios o tardíos de la Edad del Bronce¹⁵. Cerca de Cástulo, en el Vado de Mengíbar, fue hallada una espada del tipo ría de Huelva¹⁶. La espada de hierro del Estacar de Robarinas representaría, como indica A. Blanco Freijeiro, la realización en hierro de un prototipo indígena. Para las espadas de la ría de Huelva se admite actualmente una fecha dentro del siglo IX a.C.¹⁷. La introducción del hierro en el ámbito colonial está documentada ya en el primer cuarto del siglo VII a.C.¹⁸, fecha de la que no debe de distar mucho la espada

¹⁵ M. Almagro Basch, «El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa», *Ampurias*, 2, 1940, págs. 101-103, figs. 18,7; 19,7.

¹⁶ J. de Carriazo, «La Edad del Bronce», en R. Menéndez Pidal (ed.), *Historia de España I*, 1 (1947), pág. 807, fig. 626.

¹⁷ Almagro Gorbea, *op. cit.* (nota 9), págs. 524 y ss.

¹⁸ Fragmento de hierro hallado en el nicho B de la tumba 19, con dos *kyotylai* protocorintias, de la necrópolis de Almuñécar; cfr. M. Pellicer, «Exca-



Representación de Astarté en un caldero de Cástulo (Jaén).

del Estacar de Robarinas, un tipo que para entonces resulta ya anticuado. Es de notar que el adorno de botón de esta pieza aparece también en los topes de vainas hallados en las sepulturas de Los Patos, a la que ya nos hemos referido¹⁹.

Dentro del siglo VII a.C. se fechan las figurillas de Hathor halladas en el mismo conjunto²⁰, al que también pertenecen los restos de un trípode o del soporte de un *thymiaterion*, con tres molduras y una figurilla de caballitos con resaltes en el plano inferior, que servirían para fijarlo al borde de la taza o al tope de la tapadera, como se observa en el *thymiaterion* de Los Higueros, a que más adelante haremos referencia.

En la misma zona del Estacar de Robarinas se exhumaron durante la campaña de 1976 los restos de una tumba monumental probablemente escalonada, construida de grandes sillares y adornada con esculturas animalísticas en su frente²¹. En la campaña anterior había sido descubierta una plataforma con zócalo de sillares aneja a esta tumba, destinada, según parece, a la celebración de un culto funerario²². Todo el conjunto fue destruido en época antigua. Como hemos señalado en anteriores publicaciones es evidente la relación de estos monumentos funerarios con otros de Chipre, tesis en que seguimos a A. Blanco Freijeiro.

Entre los materiales recogidos en las mencionadas excavaciones, relacionados con el impacto colonial y con su asimilación por los pueblos indígenas, podemos señalar los restos de un ánfora globular de cuello cilíndrico reforzado por una arista y por pequeñas asas circulares, que está decorada con líneas y franjas de color negro y pardo, y con una serie de puntos y estrellas a ambos lados de las asas. El perfil y la decoración nos remiten sin ninguna dificultad a piezas de la Cruz del Negro²³ y

vaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de San Cristóbal, Almuñécar, Granada», *Exc. Arq. Esp. XVII*, (1962), págs. 63-65.

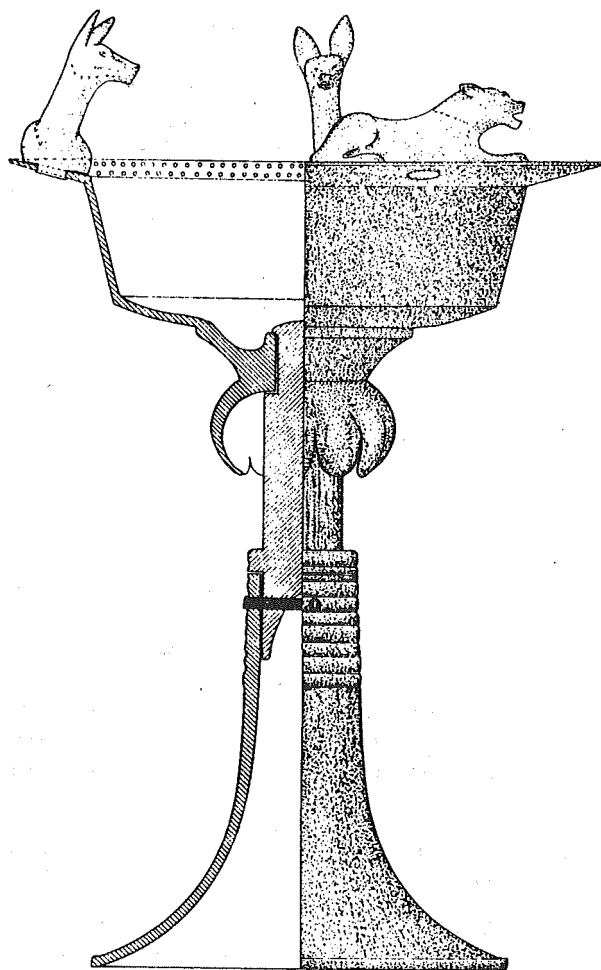
¹⁹ *Cástulo I*, figs. 31, 1.2; 40, 7-9.

²⁰ Cfr. A. García y Bellido, «Los bronce tartésicos», *V Symp. Preh. Jerez de la Frontera 1968* (1969), págs. 168; J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente* (1975), págs. 112 y ss.

²¹ Blázquez y otros, «La necrópolis oretana de Cástulo», *op. cit.* (nota 4).

²² Blázquez - Remesal, «Hallazgos en la necrópolis oretana de Cástulo», *op. cit.* (nota 4).

²³ Bonsor, *op. cit.* (nota 14), pág. 325, fig. 193. Este tipo de ánforas tiene derivaciones en la alta Andalucía y ámbitos adyacentes; cfr. A. M. Bisi, *La ce-*



4943



5 cm.

Quemapermufe de Cástulo.

también a ciertos tipos de urnas antiguas cartaginesas o de Frigiliana²⁴.

Tenemos también una cama de bocado de caballo, fragmentada e incompleta, fundida en bronce de baja calidad. Nuestra reconstrucción ha sido confirmada por una pieza gemela, completa, aparecida en las excavaciones del profesor Maluquer de Motes en Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), que amablemente nos ha comunicado esta noticia. Estas piezas se relacionan con un tipo de placa aparecida en la necrópolis de La Joya, de Huelva²⁵, dentro de un riquísimo conjunto de elementos orientalizantes fechados en los siglos VII-VI a.C.²⁶. Nuestra placa apareció junto con los restos de un bocado de hierro forjado semejante al que acompañaba a las placas de La Joya.

TÚMULO A DE LOS HIGUERONES

Durante la campaña de 1972 se excavó un conjunto de túmulos en el paraje denominado Los Higuerones, del cortijo de Casablanca, finca situada a orillas del Guadalimar y al este y sudeste de la ciudad de Cástulo.

El túmulo A recubría una tumba de pozo revestido de muros de piedra, saqueada de antiguo. Fuera de la tumba propiamente dicha, pero dentro del túmulo, se halló un conjunto de

rámica púnica (1970), pág. 116, nota 105. Cfr. también un ejemplar de Hoya de Santa Ana en J. Sánchez Jiménez, «Memoria de los trabajos realizados por la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas en Albacete en 1941», *Informes y Memorias III* (1943), lám. 22B. Con este tipo parece relacionada asimismo el ánfora hallada en superficie en la necrópolis de Los Patos de Cástulo; cfr. *Cástulo I*, fig. 6.

²⁴ D. B. Harden, «Pottery from the Precinct of Tanit at Salambo, Carthage», *Iraq*, 4, 1937, págs. 59 y ss., fig. 3; «Punic urns from the Precinct of Tanit at Carthage», *AJA*, 31, 1927, págs. 297 y ss., fig. 4 B; A. Arribas - J. Wilkins, «La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras, Frigiliana, Málaga», *Pyrenae*, 5, 1969, págs. 185-244, figs. 3, 1.3; 14, 2; 16.

²⁵ J. P. Garrido Roiz - E. M. Orta García, «Excavaciones en la necrópolis "La Joya", Huelva II», *Exc. Arq. Esp. XCVI* (1978), págs. 63 y ss., figs. 52s.

²⁶ Garrido Roiz - Orta García, *op. cit.*, págs. 170-175; cronología de los jarrros de bronce hallados en la misma tumba.

piezas de bronce muy deterioradas que constituían, al parecer, una ofrenda funeraria²⁷.

De este conjunto fue posible recuperar un *thymiaterion* con figuras de animales fijas al borde de la taza y con el vástago adornado con una flor de loto invertida y una serie de anillos superpuestos. Esta pieza habría sido fabricada en la Península conforme a modelos semíticos. Sus paralelos más cercanos para la técnica de ensamblaje se fechan a finales del siglo VIII a.C.²⁸. El ejemplar de Cástulo se dataría ya dentro del siglo VII a.C. Hay también restos de la tapa del *thymiaterion*, con una decoración de triángulos calados que se relaciona con la que ostentan la placa de cinturón de Los Patos, ya mencionada, y la de una segunda placa aparecida en este mismo conjunto de Los Higueros. Con las piezas reseñadas se hallaron además una figurilla de esfinge y otra de león o toro, fundidas en hueco y con remaches en el plano inferior para sujetarlas al borde o a la tapadera de un recipiente, como en el *thymiaterion*²⁹. Esta técnica de fundición en hueco con núcleo de arcilla es ajena a los bronce ibéricos y aparece, en cambio, en el ámbito tartésico; con la misma técnica están fabricadas las cabecitas de pantera halladas en la tumba 17 de La Joya³⁰.

Al mismo hallazgo pertenecen unas asas de bronce cuyos paralelos más cercanos, por la forma y los detalles técnicos, son un caldero de Gordion, fechado hacia el año 700 a.C.³¹, y otra pieza semejante de Kurion³².

²⁷ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente* (1975), págs. 263 y ss., figs. 10, 11, láms. 94, 95A, 96-99A.

²⁸ *Thymiaterion* de marfil de la tumba 79 de Salamina; cfr. V. Karageorghis, *Salamis in Cyprus* (1969), fig. 43.

²⁹ Sobre estas tapaderas de *thymiaterion* con decoración de triángulos calados y rematados en figuras animalísticas, cfr. Almagro Gorbea, *op. cit.* (nota 9), págs. 245 y ss., figs. 87, 88.

³⁰ Garrido Roiz - Orta García, *op. cit.* (nota 25), págs. 67-72, figs. 35-38.

³¹ E. Akurgal, *The birth of Greek Art* (1966), págs. 203 y ss., fig. 148, con paralelos estrictos en Amathus (tumba 13); cfr. SCE II, 81, lám. 19, 8.

³² L. Palma di Cesnola, *Cyprus* (1879), lám. 66,2. Para otras piezas semejantes de Chipre, cfr. V. Karageorghis, «Chronique des fouilles... en 1970», *BCH*, 95, 1971, págs. 345 y ss, fig. 24.

Durante la campaña de 1977 se practicó una prospección de unos niveles preibéricos visibles en la cara frontal de los taludes que bordean la margen derecha del río Guadalimar, al pie del cerro de La Muela, uno de los que sirven de asiento a la ciudad de Cástulo. En la cercana necrópolis de Los Baños de La Muela habían aparecido restos de construcciones cuya relación con los enterramientos no fue posible establecer entonces. Este era uno de los puntos que deseábamos aclarar cuando se iniciaron nuestras prospecciones en esta zona³³, como avance de las excavaciones que finalmente se iniciaron durante la campaña de 1978.

Estos trabajos aún no han terminado. Serán precisas nuevas campañas en el paraje elegido y en otros adyacentes. De momento sólo podemos dar un avance de los datos obtenidos, que juzgamos de interés para el esclarecimiento de la fase cultural correspondiente a la recepción de los aportes coloniales semíticos por las poblaciones indígenas del interior.

Hasta el momento hemos abierto tres sondeos contiguos entre sí, de 4 metros de frente y de longitud variable en los lados, ya que se hallan situados en el borde mismo del talud que desciende bruscamente hasta la orilla del río; los sondeos I y II están separados por un testigo de 0,50 metros de anchura.

Distribuido entre los tres sondeos ha aparecido un complejo de construcciones que pertenecen a varias fases, aunque en la última parecen englobarse en un conjunto único en el que los muros más antiguos han sido reutilizados para cimentar los más recientes. El dato más interesante es que en los sondeos I y III, los estratos más antiguos aparecen sellados por un pavimento hecho de guijarros dispuestos en un ajedrezado de cuadros blancos y negros. En el sondeo II tenemos el interior de la construcción a que corresponde este pavimento; sus dimensiones, apenas de 2,50 metros de fondo por más de 5 metros de lado, parecen desproporcionadas con la extensa superficie pavimentada con guijarros, con la que enlazan. Los estratos inferiores aparecen también sellados por un paquete de suelos de tierra apisonada con dos enlucidos sucesivos de cal, el primero muy des-

³³ Cfr. nota 5.

truido y prácticamente intacto el inferior. Bajo este pavimento, formado por una gruesa capa de tierra apisonada y piedras esparcidas por la mayor parte de la superficie, apareció un delgado estrato que, hacia la mitad de la superficie, se hundía, formando un vertedero de planta rectangular, que proporcionó un rico conjunto de cerámica, en su mejor parte hechas a mano.

Por encima de los pavimentos de los tres sondeos hay un grueso relleno formado por tres capas de tierras echadizas, de un metro de grosor por término medio en total, que difieren únicamente por la coloración de la tierra, con materiales heterogéneos y escasos, nada significativos.

Por los datos hasta ahora obtenidos y lógicamente a reservas de un estudio más pormenorizado de los resultados finales de la excavación, podemos adelantar la siguiente estratigrafía:

I. Nivel de tierra vegetal.

II. Niveles de relleno, de un metro de espesor, con materiales escasos de arrastre.

III. Nivel de destrucción de un edificio, formado por una masa de tierra arcillosa y piedras sueltas procedentes del derribo de los muros, que han dañado en varios puntos los pavimentos, especialmente en el sondeo II; por esta razón consideramos que pertenece a este nivel el estrato superior del paquete de suelos de este sondeo, ya que el desplome de los muros, al romper el pavimento superior de cal, arrastró materiales más recientes que aparecen ahora mezclados con los pertenecientes de origen al estrato inferior.

IV. Nivel correspondiente a la construcción de un edificio y sus pavimentos. En el sondeo I aparecen un muro, casi oculto por el testigo, y parte del pavimento de guijarros antes mencionado; éste cubre por completo el sondeo III, situado al oeste del sondeo I y contiguos al mismo. En el sondeo II aparece otro muro, paralelo al anterior y distante del mismo 2,50 metros; ambos muros están unidos, cerrando el interior de la habitación, por un tercer muro contiguo al perfil norte del sondeo II. La construcción es de bloques de arenisca sin desbatar, careados y a dos hojas, con relleno de cantos menudos, todo ello cogido con barro. En el sondeo II, el paquete de suelos está formado por materiales antiguos, removidos al cimentar los mu-

ros y posteriormente terraplenados para igualar el suelo. Los fragmentos a mano aparecen en proporción 40:1 sobre los fabricados a torno.

V. Nivel en que apoyan directamente los mencionados elementos de la construcción (muros y pavimentos). En el sondeo II se reducen por el momento a un fino estrato de tierra mezclada con ceniza, muy compacto, con un vertedero de 0,35 metros de profundidad. En el sondeo I, donde se ha conservado *in situ* el pavimento de guijarros, la excavación no ha alcanzado este nivel. En el sondeo III, este nivel alcanza ya la profundidad media de 1,65 metros por debajo del pavimento de guijarros; consiste en varios estratos alternantes de tierra cenicienta y de arcilla rojiza y otros, resultado, al parecer, de un superposición de pavimentos. En este mismo sondeo apareció otro muro, más profundo que los de las construcciones de los sondeos I y II, y de características distintas. Mide 0,60 metros de ancho por término medio, pero está ataludado en la cara norte, de forma que en algunos puntos de la base alcanza 0,80 metros de anchura. Está construido de grandes cantos rodados cogidos con barro, de mayor tamaño en la hilada de cimentación. Una característica notable es la colocación, cada tres hiladas de cantos, de otra hilada de finas lajas de piedra arenisca para enrasar. Este mismo sistema de construcción, así como el ataludado de una de las caras, se documenta en un muro de la factoría paleopúnica de Toscanos³⁴, fechado hacia el año 700 a.C.³⁵. La proporción de cerámicas a mano aumenta con respecto a la que hallábamos en el nivel superior.

VI. Sigue, de momento sólo en el sondeo III, una nueva acumulación de capas de tierra rojiza y cenicienta, caracterizada por la abundancia de bolsas de cenizas que interrumpen la continuidad de los estratos. En este nivel se realizó la obra de cimentación del muro antes mencionado. Se mantiene la proporción entre las cerámicas a torno y a mano.

VII. Sólo en el sondeo III. De momento es únicamente un estrato de unos 15 centímetros de espesor por debajo de la hilada de cimentación del muro. Su característica más notable

³⁴ Schubart - Niemeyer - Pellicer, *op. cit.* (nota 12), pág. 415, fig. 6, láminas 38-42.

³⁵ *Ibid.*, pág. 146.

es la presencia de una gran bolsa de galena argentífera (se recogieron 7 kg aproximadamente) que se extiende a ambos lados y por debajo del muro. Hay algunos fragmentos de cerámica a torno, pero la proporción con respecto a los hechos a mano no es significativa, ya que la excavación de este estrato no ha sido completada por el momento.

En cuanto a los materiales cerámicos que de algún modo se relacionan con la colonización semítica, presentaremos los aparecidos en el nivel III e inferiores, añadiendo algunos fragmentos de los estratos superiores, relacionados a nuestro juicio con los anteriores y procedentes de arrastres de las zonas altas del poblado, ya que éste, según hemos comprobado, se extiende la-dera arriba por el cerro de La Muela.

1. *Cerámica gris.* Pastas depuradas, con finas y escasas inclusiones de arena de cuarzo y escoria negra molida. Las superficies han sido cuidadosamente espatuladas a torno; en las piezas más finamente acabadas hay bordes moldurados y reforzados, junto con soleros planos levemente indicados. Aparecen, en la misma calidad, bordes de platos. Los bordes de los cuencos tienden a simplificarse y los soleros a convertirse en peanas sencillas.

2. *Cerámica de barniz rojo.* Tenemos un plato con las superficies cubiertas de un barniz de color bermellón oscuro, con huellas de espatulado a torno. Hay varios fragmentos de un cuenco de pasta muy depurada y barniz de tono más claro. Un fragmento de borde presenta líneas incisas después de la cocción.

3. *Cerámica a torno pintada.* Pastas bien trabadas, de color que va del rojo ladrillo al gris, pasando por el ocre y el pardo. Inclusiones de granos de escoria molida negra y arena de cuarzo, a veces también con cerámica. Las superficies son rugosas y suelen estar cubiertas de un engobe de color crema o rojo claro alisado sólo en la exterior. Decoraciones de bandas, filetes o círculos concéntricos. Aparece la policromía en bandas finas o filetes. Hay un fragmento de pequeño recipiente decorado con filetes de pintura espesa de color rojo parduzco; podría corresponder a un ungüentario, copa superior de un pebetero o pomo moldeado de una tapadera de ánfora.

4. *Cerámica a torno de pintura blanca.* Han aparecido dos fragmentos, uno de ellos en los estratos de relleno; corresponden

respectivamente a la pared de un ánfora y al borde de un plato. Ambos muestran una decoración de meandros simplificados y enmarcados por líneas blancas sobre fondo de color bermellón, con la misma técnica que las ánforas del Estacar de Robarinas.

5. *Cerámica a mano de pintura blanca*. Tenemos dos fragmentos concertados de cerámica cuidada a mano con el tema decorativo de los meandros enmarcados por líneas blancas sobre un fondo de almagra aplicado, así como la pintura, después de la cocción.

6. *Cerámica tosca a mano*. Es la producción típica de los estratos inferiores. El fragmento que presentamos corresponde a una gran tinaja de pasta grosera con inclusiones de cuarzo muy abundantes. Los recipientes de esta clase aparecen frecuentemente fabricados en dos tiempos: un núcleo negro posteriormente recubierto de una gruesa capa de barro algo más depurado. Hemos podido comprobar esta técnica en numerosos fragmentos en que se ha desprendido parte de la capa exterior, bajo la que aparece la superficie alisada del núcleo. Decoración de guiloches enmarcados por líneas incisas.

7. *Cerámica negra*. Designamos así una especie muy abundante entre las cerámicas fabricadas a mano. Pasta medianamente depurada, con inclusiones finas de cuarzo. Las superficies han sido cubiertas con una capa espesa de engobe posteriormente alisado o ligeramente espatulado de manera que en las aristas y bordes aparecen fuertes rebabas; en los ejemplares más característicos, las superficies presentan un color negro mate. En este tipo predominan las decoraciones incisas con sencillos temas lineales, así como los adornos de pellizcos, resaltes, picos y botones de barro aplicados. El impacto de la colonización se acusa de dos modos en estas cerámicas:

a) Decoración: un fragmento lleva un tema de guiloches realizado por incisión.

b) Aparecen bordes de recipientes hechos a torno con perfiles propios de esta fabricación, pero conservando las características de pasta y acabado de superficies propias de la cerámica negra.

Estas cerámicas negras de Cástulo muestran una relación directa con las de la Hoya de Santa Ana³⁶.

8. *Cerámica común a torno*. Muy escasa. Tenemos un borde de lucerna, sin tratamiento especial, y dos bordes de ollitas de pasta grosera, con inclusiones abundantes de cuarzo y escoria molida, de color gris y superficies cubiertas de engobe del mismo color.

9. *Imitaciones indígenas*. Varios perfiles de las cerámicas a mano parecen responder a intentos de imitar, con técnicas o recursos indígenas; las formas o los tratamientos propios de las cerámicas coloniales.

Tenemos unos fragmentos de un cuenco de borde moldurado, a torno, con las superficies cubiertas de un baño de almagra posteriormente espatulado que imitaría el barniz rojo; el resultado es una adherencia perfecta, pero el color rojo resulta muy oscuro. Un fragmento de cuenco a torno presenta un perfil característico de la cerámica indígena.

Otro cuenco, también a torno, presenta superficies cuidadosamente alisadas y cubiertas de una tintura de almagra en franjas alternantes con otras de color gris. Unos fragmentos de borde toscamente alisados y cubiertos de almagra, parecen imitar un plato de barniz rojo.

De todo este conjunto de materiales, sólo muy escasos fragmentos podrían relacionarse con un horizonte antiguo de las colonizaciones: uno decorado con pintura polícroma y el cuenco de pie indicado de que se hizo mención. El resto de los mate-

³⁶ Sánchez Jiménez, *op. cit.* (nota 23); *idem*, «Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete, de 1942 a 1946», *Informes y Memorias XV* (1947). Es posible señalar múltiples e interesantes conexiones entre Cástulo y Hoya de Santa Ana; por ejemplo, las decoraciones de pintura blanca sobre fondo rojo de Cástulo se relacionan con los temas (meandros, esvásticas, flores de loto) que aparecen sobre placas de hueso en Hoya de Santa Ana; cfr. Sánchez Jiménez, *op. cit.*, (arriba) lám. 29. Ambas zonas habrían estado relacionadas ya desde el Bronce final, al menos, a través del poblado de El Macalón (Nerpio, Albacete); cfr. E. Cuadrado Díaz, «Poblado ibérico de El Macalón», *Las Ciencias*, 10, 1945, págs. 551-565; Sánchez Jiménez, «Excavaciones y trabajos», *op. cit.*, págs. 123 y ss.; M. A. García Guinea, «Excavaciones y estratigrafías en el poblado ibérico de El Macalón, Nerpio, Albacete», *R. Arch. Bibl. Mus.*, 68 (2), 1960, págs. 709-755; M. A. García Guinea - J. A. San Miguel Ruiz, «Poblado ibérico de El Macalón, Albacete», *Exc. Arq. Esp XXV* (1964).

riales a torno nos remite más bien a centros indígenas del valle del Guadalquivir o del Suroeste en que ya han sido asimiladas las técnicas y las decoraciones introducidas por las colonizaciones semíticas. Las decoraciones de círculos concéntricos aparecen en la Colina de los Quemados de Córdoba³⁷, un centro relacionado con la minería de Sierra Morena y que muy bien pudo servir de enlace entre Cástulo y el bajo Guadalquivir. Las pastas rugosas con inclusiones de cuarzo, cerámica, molida y granos de una materia calcinada negra que, a falta de los resultados de los correspondientes análisis, estimamos que es escoria molida, con superficies cubiertas de una capa de engobe alisada sólo en la superficie exterior, imitan las pastas esquistosas de las factorías paleopúnicas del sur³⁸. Hemos podido comprobar que estos fragmentos son idénticos a las cerámicas procedentes de Cerro Macareno, yacimiento de la provincia de Sevilla³⁹. Uno de nuestros fragmentos, de buen barniz rojo y con incisiones practicadas después de la cocción, nos remite a perfiles y calidades de El Carambolo⁴⁰.

En contraste con estas muestras de cerámica a torno, tene-

³⁷ J. M. Luzón - D. Ruiz Mata, *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados* (1973), pág. 35: series de círculos concéntricos, tangentes entre sí y atravesados por líneas horizontales, láms. 16b, d, e; 17a, b, correspondientes al estrato 12, fechado en el siglo VII a.C. Estos círculos se multiplican en el estrato 11, fechado en el siglo V a.C. Las decoraciones de Cástulo se hallan más cerca de las del estrato 12.

³⁸ El origen de estas decoraciones estaría en cerámicas paleopúnicas policromas con los mismos temas, que aparecen como importaciones exóticas en ambientes indígenas; cfr. Arteaga - Serna, *op. cit.* (nota 1), págs. 69-71, fig. 8; Bonsor, *op. cit.* (nota 14), págs. 322, fig. 171. Nuestro fragmento de la fig. 14 parece corresponder a un momento antiguo, con pintura de color carmín claro, de peor adherencia que los restantes fragmentos; cfr. Arteaga - Serna, *op. cit.*, pág. 71.

³⁹ Sobre este importante yacimiento, cfr. C. Martín de la Cruz, «El corte F del Cerro Macareno. La Rinconada, Sevilla», *Cuad. Pr. Hist. A.*, 3, 1976, páginas 9 y ss. Debemos a la amabilidad del profesor Ruiz Mata el cotejo de nuestros materiales con fragmentos procedentes del Cerro Macareno.

⁴⁰ Borde de un plato de barniz rojo con incisiones hechas después de la cocción, procedentes del poblado bajo de El Carambolo; cfr. J. de M. Carriazo, *Tartessos y El Carambolo* (1973), págs. 607 y ss., fig. 456. El autor recoge un amplio abanico de opiniones y cita trabajos anteriores sobre esta cerámica, que comenzaría a fabricarse en el bajo Guadalquivir en el siglo VII a.C. Por la calidad de su barniz, nuestro fragmento correspondería a un momento antiguo de esta fabricación.

mos un conjunto de aporximadamente ochocientos fragmentos a mano en que parecen diferenciarse dos tradiciones. Están, por una parte, las cerámicas lisas, de superficies finamente espatuladas en los ejemplares de mejor calidad, con perfiles acodados o carenados, con decoraciones pintadas en monocromía (rojo o blanco sobre fondo gris de la superficie), policromía (un fragmento decorado con líneas amarillas y negras) y pintura blanca sobre baño de almagra (un fragmento que, comparado con los dos a torno decorados con el mismo tema y pintura blanca sobre fondo rojo, nos plantea el interesante problema del origen de estas decoraciones). Estas cerámicas representan la tradición antigua del Bronce final altoandaluz⁴¹. Los recipientes medianos y mayores de esta especie están hechos con la técnica que hemos denominado «en dos veces».

Tenemos, por otra parte, la variedad que hemos llamado «negra», con pastas algo más depuradas (la arena de cuarzo aparece en menor proporción y en algunos fragmentos se advierte que ha sido previamente molida), con las superficies cubiertas de un engobe espeso, posteriormente alisado, de intenso color negro mate en los mejores ejemplares. En estas cerámicas negras aparecen las decoraciones incisas y los adornos en relieve. Ya A. Blanco Freijeiro señaló la posibilidad de que estas cerámicas, que aparecen abundantemente en los establecimientos mineros del interior, representaran una aportación de la Meseta⁴². Nosotros creemos que esta posibilidad se confirma hasta la certeza en Cástulo⁴³. No es de extrañar la presencia de elementos culturales de la Meseta en la alta Andalucía. En realidad, el Bronce final se inicia en este ámbito con una inmigración de las

⁴¹ J. Valiente Malla, *Las cerámicas del Bronce final de la Alta Andalucía* (tesis doctoral; Universidad Complutense, 1977). Sobre el final de la Edad del Bronce: M. L. Ruiz-Gálvez, *La Península ibérica y sus relaciones con el círculo atlántico, I-II*, Madrid, 1984; *Íd.*, «Bronce Atlántico y "cultura" del Bronce tartésico en la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 44, 1987, págs. 251 y ss.

⁴² A. Blanco Freijeiro - J. M. Luzón - D. Ruiz Mata, «Panorama tartésico en Andalucía Occidental», *V Symp. Preh. Jerez de la Frontera 1968* (1969), págs. 161 y ss.

⁴³ En el poblado de La Muela aparecen decoraciones de acanaladuras profundas, relacionadas con los Campos de Urnas, que ya eran conocidas en la alta Andalucía; cfr. M. Pellicer - W. Schüle, «El Cerro del Real, Galera (Granada)», *Exc. Arq. Esp. LII* (1966), pág. 27, fig. 15, 24; cfr. Schüle, *op. cit.* (nota 1), pág. 28.

gentes portadoras de las cerámicas incisas de la Meseta⁴⁴. Esta llegada de gentes del norte a través de los pasos de Sierra Morena, Sierra del Segura y Corredor de Levante debió de ser frecuente. Por otra parte, las dos vertientes de la Cordillera Mariánica estuvieron ocupadas desde muy antiguo por un mismo pueblo, el que en época histórica se conoce con el nombre de oretanos.

CONCLUSIONES

El impacto de la colonización llega a Cástulo tardíamente y como de segunda mano, a partir de algún centro importante del bajo Guadalquivir o del suroeste. Las cerámicas a mano y pintadas son idénticas a las de Huelva en su fase tardía; el hecho mismo de que en Cástulo sean muy escasas parece indicar que se trata de una importación. Lo mismo podemos afirmar acerca de las cerámicas a torno, que resultan muy escasas en comparación con las fabricadas a mano: la proporción global es de 40:1 a partir del nivel IV.

Con esta situación contrastan los ricos ajuares de las necrópolis. Los bronceos aparecidos en éstas parecen fabricados en la Península y procederían, por tanto, de talleres situados en el bajo Guadalquivir, zona que exportaría sus productos a los ámbitos más atrasados del interior. Indicio de ello sería la placa de bocado gemela a la de Cástulo aparecida recientemente en Badajoz. Asimismo, las construcciones y el pavimento de guijarros exhumados en nuestra última excavación, con una fecha muy próxima a los finales del siglo VII / comienzos del siglo VI a.C., indican la presencia de una clase —jefes o sacerdotes indígenas— que tiene a su servicio especialistas que ya conocen las nuevas técnicas de la construcción y los refinamientos suntuarios propios de las zonas más avanzadas. Los detalles del muro más antiguo (sondeo III), que indican un fuerte paralelismo con un muro de Toscanos, fechado en torno al año 700 a.C., como ya se indicó, confirman esta impresión.

⁴⁴ Cfr. F. Molina González - E. Pareja López, «Excavaciones en la Cuesta del Negro, Purullena (Granada)», *Exc. Arq. Esp.* LXXXVI (1975), páginas 54-56.

El impacto de la colonización semítica en el interior, por consiguiente, se acusa en forma de un comercio de objetos suntuarios para las clases elevadas, en una estratificación social cada vez más acusada y en una contratación de expertos para las construcciones suntuarias: mausoleos, santuarios y posiblemente viviendas de prestigio. Por otra parte, los escasos restos de ánforas a torno parecen atestiguar un comercio de productos —aceite o vino— destinados también a una clase privilegiada.

Finalmente, los hallazgos de esta excavación nos permiten precisar el significado de los muros y construcciones aparecidos en la necrópolis de los Baños de La Muela⁴⁵. Creemos que, en este caso, una zona antigua de construcciones, aproximadamente de la misma época que el muro de nuestro sondeo III o de fecha algo más avanzada, fue reutilizada cuando aquéllas estaban ya colmatadas por tierras de arrastre como necrópolis. A juzgar por la presencia de armas, broches de cinturón trapezoidales de tres garfios, cerámicas ibéricas pintadas con temas de cabelleras y semicírculos, y finalmente cerámicas griegas, esta necrópolis tendría una cronología entre las dos fases de la necrópolis de Los Patos (el estrato II, estéril, de ésta).

⁴⁵ Cfr. *Cástulo I*, págs. 123-226, especialmente figs. 68, 69, láms. 15-17.

El influjo Egeo en el alto Guadalquivir

Las relaciones del Egeo y más concretamente de los fenicios y pueblos orientales inmediatos, espacial y cronológicamente, con la Península Ibérica durante la protohistoria se refieren principalmente a contactos de tipo económico, en los que se realizaba un trueque de mercancías en determinados fondeaderos o calas adecuadas, en principio al aire libre, más tarde en lugares próximos a la costa, amparados por un santuario o templo, considerado como emplazamiento neutral que garantizaba la rectitud de las transacciones¹ y, aún más adelante, en una segunda etapa, cuando ya el comercio se regularizó, a través de las factorías construidas por los mercaderes, quizá en aquellos mismos parajes costeros ya sancionados como idóneos por el uso.

A pesar del interés que la Península representaba para los pueblos del Mediterráneo oriental, éstos nunca conquistaron sus tierras, limitándose, al parecer, exclusivamente a la construcción de establecimientos comerciales. Ello ocurriría más tarde, ya en el siglo III a.C., durante el imperio bárquida que compensará la pérdida de Sicilia y Cerdeña en la Primera Guerra Púnica. No obstante, y a pesar de que la conquista territorial

¹ G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée*, Bruselas, 1979, página 283. Asimismo cfr. D. Van Berchen, «Santuares d'Hércules Melkart. Contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée», *Syria*, XLIV, 1967, pág. 66; C. Bonnet, «Melqart, Cultes, et mythes de l'Héraclès tyrien en Méditerranée», *Studia Phoenica*, VIII, 1988.

no se llevó a efecto, los pueblos autóctonos peninsulares, más específicamente los meridionales, recibieron un enorme bagaje de influencias. Con el comercio se filtraron las ideas religiosas de todo tipo y la simbología religiosa; nuevos sistemas de ordenación social y económica y, en fin, formas artísticas, más o menos asimiladas según el grado de contacto y civilización de las diferentes etnias, lo cual determinó para siglos posteriores una cultura muy peculiar y diferenciada por lo que respecta al poblamiento meseteño, aislado geográficamente por los macizos del reborde montañoso, con relación al de las franjas costeras.

Dichas influencias son sobre todo notables en la introducción de determinados modos de vida social y económica, adopción de nuevas técnicas constructivas, metalúrgicas, alfareras, etc., dispersión y uso, sobre todo entre los elementos de la sociedad con un mayor estatus político-social, de los productos traídos para el trueque: jarros, calderos, pebeteros, marfiles, vidrios, perfumes, aceites, amuletos, en fin los artículos que Homero (*Il.* 6, 291-297; *Od.* 15, 418) denominada «preciosidades» que probablemente eran las telas estampadas, bordadas o pintadas, tan estimadas en el área mediterránea y cuya confección era realizada por las mujeres de Sidón, consumadas artistas en la materia. Estos tejidos eran considerados por Ezequiel (27, 24), como uno de los principales productos de comercio fenicio. Hubo en fin una simbiosis cultural hasta el punto de que aún en estos momentos en ocasiones es difícil distinguir las importaciones de los productos comerciales fabricados en la Península, ni las producciones fenicias de Cádiz y de las restantes colonias, de las fabricaciones propiamente tartésicas.

Si bien el final de la Edad del Bronce coincide con las numerosas singladuras hechas por los fenicios en las costas mediterráneas², lo que explica la notable influencia que a partir de

² Las factorías de Toscanos, Chorreras y Mezquitilla, en la provincia de Málaga, parecen ser los establecimientos más antiguos fundados por los fenicios en esta zona mediterránea, excepción hecha de Cádiz. Para Toscanos: H. G. Niemeyer - H. Schubart, «Untersuchungen zur alt punischen Archäologie von Torre del Mar, 1967», *AA*, 1968, págs. 344-358; *Id.*, «Toscanos und Trayamar. Vorbericht über die Grabungskampagne, 1967», *MM*, IX, 1968, páginas 76-105; *Id.*, «La factoría paleopúnica de Toscanos», *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1968, págs. 203-215; *Id.*, «Toscanos (Spa-

estos momentos se deja sentir entre las poblaciones nativas de la costa e incluso del *hinterland*, en tiempos más pretéricos ya habían aparecido en las playas hispanas barcos procedentes del Egeo, mas sin duda con carácter no periódico.

Ciertamente ya desde la cultura megalítica estos contactos se pueden documentar, mas como quiera que en este trabajo no pretendemos relacionar todas y cada una de las culturas que tocaron nuestras costas con fines comerciales, y menos las que se remontan a cronologías tan altas, quede ahí la idea y un único ejemplo significativo, cual se trata de los ídolos de la Pijotilla en Badajoz³, una de las numerosas muestras de estos contactos, a través de los cuales percibimos cómo el concepto religioso del que estas figurillas son la plasmación física, es sustancialmente el que desde época calcolítica se repite en todo el Mediterráneo⁴. Asimismo un no documentado, mas no descartado arribo a la Península es el micénico⁵, aunque hay que esperar que futu-

nien). Arbeiten zur westphönizischen Archäologie in der zon von Torre del Mar seit 1971», *RSE*, I, 1973, págs. 224-227. Sobre Chorreras: M. E. Aubet, «Excavaciones en las Chorreras (Mezquitilla, Málaga)», *Pyrenae*, 10, 1974, págs. 79-108; M. E. Aubet - G. Mass-Lindemann - H. Schubart, «Chorreras. Eine phönizische Niederlassung östlich der Algarrobo Mündung», *MM*, 16, 1975, págs. 137-178. Para Morro de Mezquitilla: H. Schubart, «Morro de Mezquitilla, informe preliminar sobre la campaña de excavaciones, 1976», *NAH*, 6, 1979, págs. 175-218.

³ V. Hurtado, «Los ídolos calcolíticos de la Pijotilla (Badajoz)», *Zephyrus*, XXX-XXXI, 1980, págs. 165-203; *Íd.*, «Los ídolos del calcolítico en el Occidente peninsular», *Habis*, 9, 1978, págs. 357-364; *Íd.*, «El hallazgo de nuevos ídolos en la Pijotilla (Badajoz)», *V Congreso Nacional Arqueología Faro (Portugal)*, 1980; *Íd.*, «Las figuras humanas del yacimiento de la Pijotilla (Badajoz)», *MM*, 22, 1981, págs. 78-88.

⁴ Con ciertas semejanzas a las de la Pijotilla cabe mencionar las figurillas cicládicas (III milenio y principios II milenio a.C.); cfr. C. Renfrew, «The development and chronologie of the Early Cycladic figurines», *AJA*, 73, 1969. Véase asimismo figurillas semejantes en la cultura de Gassul-Beersheba (J. Perrot, «Statuette en ivoire et autres objets en ivoire et os provenant des gisements préhistoriques de la région de Beersheba», *Syria*, 36, 1959). Las de Beersheba son más naturalistas; en cambio unas halladas en Cerdeña, que presentan la misma idea, son más esquemáticas (E. Atzeni, *La Dea Madre nelle culture prenuragiche*, 1968).

⁵ Sobre navegaciones micénicas, véase W. Taylor, *Mycenean pottery in Italy and adjacent areas*, Cambridge, 1958; G. Pugliese Carratelli, «Prima fase della colonizzazione greca in Italia», *ACSMG*, Tarento, 1961, págs. 137 y ss.; *Íd.*, «Per la storia delle relazioni micenee con l'Italia», *PP*, 13, 1958, págs. 205 y ss.;

ras investigaciones arqueológicas consigan presentar indicios aquí de este gran pueblo de navegantes, precursores inmediatos a los fenicios y de los que éstos, por medio de los establecimientos que aquéllos instalaron en sus territorios, debieron adoptar tanto métodos de navegación como de comercio.

El principal incentivo, por cierto en sumo grado atrayente, que motivaba a las gentes orientales hacia la Península era la obtención de metales, fundamentalmente plata, hierro, plomo y cobre, que proporcionaban los poblados indígenas asentados en las cercanías de la costa y en el interior, explotadores de las minas onubenses, de las de Sierra Morena, Extremadura española y portuguesa y del sureste ibérico, gigantesco coto de minerales. De los primeros momentos de la colonización fenicia escribe Diodoro (5, 35, 3) «... los fenicios, comerciantes como eran y sabiendo lo que había pasado, cambiaban la plata por una pequeña cantidad de cualquier otra mercadería. Y, por esto, los fenicios reunían grandes riquezas, a base de transportarlas a la Hélade, a Asia Menor y a todos los demás pueblos». Semejante idea expone el Pseudo Aristóteles (*De mirab.*, 135).

El metal también fue buscado en España por los griegos (Her. 1, 163; 4, 152), para quienes el cobre tartésico (Paus. 19, 2-4) tenía gran importancia, aunque no comerciaban con Iberia con anterioridad al viaje de Colaíos de Samos, que se sitúa hacia los años 640-630 a.C., como afirma Heródoto (4, 152). A partir de esta fecha la cerámica griega, hasta poco antes de 520 a.C., es muy abundante en Huelva, lo que probaría un comercio directo con Grecia en manos de los focenses (Her. 1, 163). Hacia el *hinterland* los elementos culturales aportados por ellas se dejan sentir, aunque en menor proporción que los fenicios, como más adelante veremos⁶.

En esta comunicación nos vamos a ceñir al análisis de los contactos culturales y resultados que se reflejan en uno de los territorios del interior más ricos en yacimientos metalíferos,

C. E. Osternberg, *Luni sul mignone e problemi della preistoria d'Italia*, 1967, páginas 128 y ss.

⁶ Sobre la colonización griega, con numerosa bibliografía, véase J. P. Morel, «Greek Colonization in Italy and in the West», *Cross roads of the Mediterranean*, T. Hackens, N. D. Holloway y R. R. Holloway (ed.), Lovaina, 1984; A. J. Domínguez Monedero, *La polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI*, Madrid, 1991.

nos referimos a la alta Andalucía y en especial al área de Sierra Morena. La riqueza en plata y otros metales de la región explica satisfactoriamente algunos hechos indicados por la arqueología y por las fuentes literarias, como la importancia de las relaciones comerciales con fenicios, centros importantes del bajo Guadalquivir y del Sureste, a través de los cuales llegaban probablemente los productos de aquéllos y de los focenses.

Uno de los más interesantes descubrimientos de los últimos años ha consistido en señalar algunos puntos de contacto en los yacimientos de la Andalucía oriental y occidental. Los hallazgos de la Vega de Granada prueban que estas conexiones fueron más intensas de lo que se suponía. Está planteado el problema de la vía de penetración de estos contactos con el mundo fenicio en el sentido de que si se seguía la ruta del Senil a lo largo del curso alto del Guadalhorce y desde la corta, o remontando el río Vélez desde Toscanos y a través del paso natural de Zafarraya hasta llegar a Alhama y el Genir, para alcanzar las ricas tierras granadinas. Otro problema no solucionado aún es si desde Granada los semitas penetraban en el alto Guadalquivir en busca de las fabulosas explotaciones metalíferas. Esta última ruta parece que no existió. Cástulo se relaciona en su cerámica con la zona de Huelva, de ello nos ocuparemos más adelante, y con el bajo Guadalquivir, mediante las vías naturales del valle del Guadalquivir (contacto con las zonas de Huelva, Cádiz, Córdoba) y los valles de las serranías subbéticas, orientados de norte a sur, que enlazarían con el sur (Granada, Almería) por Baza⁷.

Lo más inmediato que llama la atención en la zona arqueológica de Cástulo, cercana a la ciudad de Linares (Jaén), es la enorme importancia que adquirió el fenómeno orientalizante, si nos atenemos a la alfarería y objetos suntuarios de metal, que a lo largo de los años se han ido recuperando bien en excavacio-

⁷ Toda la comarca tiene una salida natural hacia el Guadalquivir y cuenta además con numerosos pasos o puertos siguiendo el curso de los ríos. En época cartaginesa la salida del mineral de plata de Cástulo e inmediaciones se efectuaba hacia Villaricos, donde se embarcaba a Cartago o Sicilia, o desde Córdoba por Málaga, puerto de embarque. Asimismo la plata oretana se enviaba a los puertos del sureste. Un camino natural unía Cástulo con Cartago Nova por Mentesa Bastia, Acci, Bastia, Vélez Blanco y Lorca. Estos pasos naturales debieron ser utilizados desde épocas más antiguas.

nes arqueológicas sistemáticas, bien en hallazgos casuales, y no sólo podemos referirnos a objetos aislados, sino a una serie de rasgos culturales e ideas religiosas que se han plasmado en la construcción de un pequeño templo, relacionado en algún modo con la metalurgia.

El templo se halla al pie del cerro de La Muela, uno de los que sirven de asiento a la ciudad de Cástulo, en la margen derecha del río Guadalimar. Su descubrimiento se realizó a partir de la campaña de excavaciones arqueológicas de 1978 y se ha venido excavando ininterrumpidamente en las temporadas de verano hasta 1982. Se localiza en un frente de extensión aproximada a los 300 metros y está integrado en un poblado presumiblemente de la tardía Edad del Bronce⁸.

Los materiales proporcionados en excavación y atribuidos a las diferentes fases del santuario parecen indicar un horizonte cultural en contacto con un no precisado foco tartésico de la baja Andalucía, sobre todo los referidos a recipientes contenedores de productos objeto de comercio (salazones, vino, aceite), que aquéllos intercambiarían por el mineral de la región.

El comienzo del hábitat del solar del santuario podría situarse dentro del siglo VIII a.C., datación que se encuadra en una facies típica de la cultura existente en el Bronce final, en la que ya se observan, aunque tenues, los primeros impactos colo-

⁸ Los estudios relativos al poblado de La Muela y su santuario se hallan en J. M. Blázquez - J. Valiente, «Prospección de un poblado del Bronce Final en Cástulo», *CNA*, CNAXV, 1977; *Íd.*, «Materiales procedentes de un poblado del Bronce Final en Cástulo», *Zephyrus*, XXVIII-XXIX, 1977; *Íd.*, «Un santuario preibérico en La Muela de Cástulo», *Coloquio sobre colonizaciones semíticas*, Roma, 1979; *Íd.*, «Cástulo III», *EAE*, 117, 1981; *Íd.*, «Asimilación de estímulos coloniales en la cerámica del poblado de La Muela de Cástulo», *Huelva Arqueológica*, VI, 1982; *Íd.*, «El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo (Jaén)», *Phönizier im Westen*, 1982; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert, «Cástulo, ciudad oretano-romana», *Rev. Arqueología*, 31, 1983; *Íd.*, «Nueva campaña de excavación en La Muela, Cástulo (Linares)», *CNA*, XVI, 1983; *Íd.*, «Análisis de los pavimentos de cantos rodados de Cástulo», *Rev. Arqueología*, 51, 1985; *Íd.*, «Cástulo (Jaén): ensayo de análisis ambiental», *Homenaje al profesor Beltrán*, 1986; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert - F. López Pardo, «Evolución del patrón de asentamiento en Cástulo. Fases iniciales», *Arqueología Espacial, Coloquio sobre distribución y relaciones entre asentamientos*, Teruel, 1984. Una amplia documentación sobre el santuario de La Muela puede encontrarse en J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert - F. López Pardo, «Cástulo V», *EAE*, 140, 1985.

niales, con paralelos en la zona de Huelva⁹. Posteriormente a este primer poblamiento relacionado con un pequeño taller de fundidores al aire libre, se halla un muro de grandes cantos rodados que recorre prácticamente toda la zona excavada en las campañas de 1978 y 1979, en sentido este-oeste. En el tramo correspondiente al sector III, este muro presenta la particularidad de incorporar losas delgadas colocadas cada tres hiladas para igualar y consolidar la obra. Tal sistema es muy semejante al de un edificio paleopúnico de Toscanos fechado en torno a 700 a.C.¹⁰.

El santuario al que nos hemos referido se edificó sobre otro más pequeño de indudable corte indígena, y consta de una primera área pavimentada por losas irregulares delimitada al este por un muro que la separa del patio interior. Esta área debía ser probablemente el pórtico de entrada o patio exterior. La misma da acceso a un patio interior por una puerta practicada en el muro que conserva todavía restos de un mosaico de guijarros, probablemente fragmento de aquel que cubre la parte delantera del patio y que en su momento pudo extenderse por todo él en la última fase constructiva del edificio.

Adosado al muro que separa estos espacios y de un momento anterior al mosaico de guijarros a que aludimos más abajo, aparece una estructura de losas y piedras más pequeñas en una sola hilada, a manera de banco, que corre paralela al muro y que se prolonga perpendicularmente hacia el centro del patio. Por encima de esta estructura construyeron un mosaico de guijarros, que en el supuesto de que ambos sean testigos del mismo tendrían una extensión de unos 100 metros cuadrados. El patio de acceso a una habitación alargada y algo trapezoidal, por uno de los lados largos, por tanto próxima al ángulo noroeste, presenta un acceso tipo *ben axis* o de «eje acodado». La habitación fue pavimentada sucesivamente con suelos de arcilla apisonada enlucidos con finas capas de cal. Adosada a esta habitación en su lado izquierdo, al norte, aparece una pequeña habitación de 2 x 2 metros que visiblemente fue añadido al ambiente ante-

⁹ H. Schubart - Niemeyer - Pellicer, «Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez», *EAE*, 66, 1968, pág. 415, fig. 5, láminas XXXVIII-XLII.

¹⁰ Véase nota 8.

rior, pero no paralela a ella, por lo que hubo de sumársele al muro de contacto un encachado de piedras rodadas para hacer cuadrar el espacio interior. Esta habitación no presenta ningún tipo de entrada. A esta estancia se le ha denominado con el término genérico de *enclosure*, vocablo que se aplica a habitaciones sin puertas, a las que se les reconoce como función la de almacén o receptáculo para el «árbol sagrado». Detrás de ambas habitaciones, hacia el este, hay un amplio espacio enlosado de unos siete metros de largo, limitado al exterior por un muro de guijarros grandes que cierra por este lado el complejo constructivo.

En el umbral de acceso al patio, el mosaico de guijarros presenta una decoración de triángulos formados por guijarros negros alargados separados por otros blancos. En cuanto al mosaico que cubre el patio, se dispusieron los guijarros de color blanco y negro, formando un ajedrezado.

Mosaicos similares a los de La Muela los encontramos en los palacios de Til-Barsib y Arslan-Tash¹¹, en el norte de Siria, donde se presentan los mosaicos de mayores concomitancias con los de Cástulo. Son probablemente de la primera mitad del siglo VIII a.C.

El mosaico de Arslan-Tash está decorado en ajedrezado, como el nuestro y se encuentra en el patio de lo que se denominó Edificio de los Marfiles, la mayoría de ellas productos fenicios y sirios¹².

En Til-Barsib, ciudad conquistada por Salmanasar III a los arameos y rebautizada con el nombre de Kar-Shalmanashared, «Puerto Salmanasar»¹³, los mosaicos se encuentran en un corredor y un patio del palacio. El corredor es de 42 metros de largo y comunica al patio A, con el patio del mosaico de guijarros. Tanto en el patio como en el pasillo, el mosaico forma cuadrados de 0,35 metros de lado, alternativamente negros con un círculo blanco y blancos con círculos negros¹⁴. La posibilidad

¹¹ F. Thureau-Dangin - M. Dunand, *Til-Barsib*, París, 1936; F. Thureau-Dangin, *Arslan-Tash*, París, 1931.

¹² A. Parrot, *Asur*, Madrid, 1969, pág. 144.

¹³ P. Garelli - V. Nikiprowetzky, *El Próximo Oriente asiático. Los imperios mesopotámicos. Israel*, Barcelona, 1977, pág. 39.

¹⁴ F. Thureau-Dangin - M. Dunand, *Til-Barsib*, *op. cit.*, pág. 25.

de que los fenicios pudieran haber fabricado o conocido los pavimentos de Til-Barsib y Arslan-Tash nos la sugiere su evidente inserción en el mundo asirio en el plano comercial y artesanal. Así, Salmanasar III hizo traer trabajadores fenicios, carpinteros, albañiles, talladores de marfil, etc., a su nueva capital en Kalhu (Nimrud)¹⁵. Los marfiles fenicios o sirios hallados en Arslan-Tash apuntan hacia lo mismo¹⁶. Por ello no sería descaminado pensar que la idea de los mosaicos de guijarros, así como la forma de componerlos, y los motivos decorativos, llegara a la Península portada por los fenicios o en última instancia por los griegos, ya que no debemos olvidar los mosaicos de guijarros de la Grecia arcaica, tal como los del área sagrada del santuario de Artemis Orthia, el del templo de Poseidón en Isthmia, el de la plaza del altar del templo de Kalapodi, el de la calle del Heraion de Delos, y el del templo de Apolo en Delfos, ni los del palacio de Gordion, en Anatolia¹⁷.

Por lo que respecta al conjunto general de habitaciones, destaca su semejanza con los templos orientales. Ya en el tercer milenio se halla configurada la estructura semejante a la de La Muela. La *cella* alargada con entrada no exial en uno de sus brazos largos, donde el visitante tenía que girar 90 grados para contemplar a la divinidad. Esto es lo que H. Frankfort denominó *ben axis*¹⁸. El patio interior, consustancial a la estructura, así como el témenos en su sentido de recinto sagrado, lo vemos en el «templo oval» y sobre todo en el de Sin, en Kafadye¹⁹.

En épocas más tardías, ya en el primer milenio, en el Próxi-

¹⁵ R. H. Dyson, «Problems of Protohistoric Iran as Seen from Hasanlu», *Journal of Near Eastern Studies*, 24, 1965, pág. 199.

¹⁶ A. Parrot, *op. cit.*, pág. 144.

¹⁷ D. Salzmann, *Untersuchungen zu den antiken Kieselmosaiken*, Berlín, 1982, pág. 6. Sobre los pavimentos de cantos rodados, cfr. D. Fernández-Galiano - J. Valiente, «Origen de los pavimentos hispanos de guijarros», *Homenaje a Martín Almagro Basch*, Madrid, 1984; D. Fernández-Galiano, «New Light on the origins of floor mosaics», *The Antiquaries Journal*, 62, 1982; *Íd.*, «Influencias orientales en la musivaria hispánica», *III Colloquio Internazionale sul mosaico antico*, 1984. En «Consideraciones en torno a los mosaicos de cantos rodados de Cástulo (Jaén)», *Mosaicos romanos. In memoriam Manuel Fernández Galiano*, Guadalajara, 1989, págs. 113-130.

¹⁸ H. Frankfort, *Art and Architecture of the Ancient Orient*, Londres, 1954, págs. 54 y ss. [Trad. esp.: *Arte y arquitectura del Oriente Antiguo*, Madrid, Cátedra.]

¹⁹ Ch. Burney, *From village to Empire*, 1977, págs. 67 y ss.

mo Oriente y Mediterráneo oriental, los diferentes elementos que caracterizan al santuario de La Muela los detectamos especialmente en Fenicia y Chipre, y aunque en menos grado en el área de influencia asiria. Veamos el de Sarepta (Líbano), con una capilla alargada de 2 x 2,10 metros²⁰; el templo de Los Obeliscos en Biblos, que consta de un patio abierto que da acceso a una cámara. Planta similar a la del templo de Afrodita de la misma ciudad. Ya B. Strell notó la semejanza de éste con el templo de Ninni-Zaza de Mari, muy anterior²¹.

En la isla de Chipre, donde la influencia fenicia es muy intensa, sobre todo a partir del siglo IX a.C., es donde encontramos mayores paralelos con el templo de La Muela, también debido a que se han realizado en la misma numerosas excavaciones, que han sacado a la luz y estudiado una enorme cantidad de santuarios.

Es de hacer notar que precisamente aquellos que presentan mayores similitudes con el de La Muela parecen tener una estrecha relación con la minería y la metalurgia²², fenómeno que asimismo se da en nuestro templo. Los santuarios más semejantes a éste serían el de Vouni²³, al sur de Kythera. Originalmente tenía una *cella* probablemente con un área de témenos alrededor y pórticos en el lado este. El de Politiko (Tamassos)²⁴, que se halla precedido por un vestíbulo que da paso a un patio interior y a una *cella*. Este santuario del chipro-arcaico II, fue dedicado a Astarté. El santuario de Maniko-Litharkes²⁵, al oeste de Nicosia, del chipro-arcaico II, es un doble edificio con una parte dedicada a Baal-Hammón y otra a Tanit. La primera comprende

²⁰ J. P. Pritchard, «The 1972 excavations at Sarepta (Líbano)», *Riv. Stud. Fenici*, 1, 1, 1973, págs. 921 y ss.

²¹ B. Strell, «Prehellenic sanctuaries on the greco-roman coins of Anatolia», *The Proceeding of the Xth International Congress of Classical Archaeology*, Ankara, 1973, vol. I, 11.

²² J. Karageorghis, *La Grande Déese de Chypre et son culte*, Lyon, 1977, pág. 115; G. F. A. Schaeffer, «Les peuples de la mer et leurs sanctuaires a Enkomi Alasia aux XII^e-XI^e s. av. N. E.», *Alasia*, I, Paris, 1971, págs. 509-510.

²³ E. Gjerstad, *The swedish Cyprus expedition*, III, Estocolmo, 1937, pág. 94; S. Al-Radi, «Phlamoudi Vounari: a sanctuary site in Cyprus», *Studies in Mediterranean Archaeology*, LXV, Göttenborg, 1983, pág. 84.

²⁴ V. Karageorghis, *Cyprus, from the stone age to the romans*, Londres, 1982, pág. 191; S. Al-Rai, «Phlamoudi Vounari...», pág. 83.

²⁵ V. Karageorghis, *Chipre*, París, 1968, pág. 201.

un patio exterior que da acceso a otro interior con altar y a una *cella* al final; una pequeña habitación sin acceso, rectangular, se halla a la derecha de la entrada a la *cella*, que pudo contener el árbol sagrado. El de Tanit es semejante al anterior. Según V. Karageorghis, este santuario adopta esta configuración a partir del siglo VI a.C., a consecuencia de la introducción del culto a los dioses fenicios²⁶. En Ayia Irini el santuario se halla en culto desde el Bronce final hasta 500 a.C.²⁷. En su primera fase (chipro-tardío III) presenta una estructura rectangular dividida en dos habitaciones por una pared en ángulo. En la segunda fase se cubre todo lo anterior y se levanta una estructura oval de 12 x 8 metros, con un altar de ripio. En la tercera se construye una habitación en el este. En la IV fase (chipro-arcaico I-II) se amplía el témenos y se levantan habitaciones cerradas destinadas a los árboles sagrados. En Kition los edificios sagrados son muy numerosos²⁸. Citemos los templos II y III, que funcionan ya en el siglo XIII a.C., contruidos cerca de la muralla de la ciudad, asociados con el laboreo de la metalurgia, como los arriba relacionados. En el siglo XI, cuando la presencia fenicia está atestigüada, éstos construyeron un santuario precedente del de Herakles-Melqart del arcaico-chipriota, con un patio que da acceso al *sancta sanctorum*²⁹. En el siglo IX se reconstruyó el patio destruido por un fuego.

Podemos afirmar sin temor a error que el notable parecido entre los santuarios de Chipre y el de La Muela se debe a la presencia en ambos lugares de los colonos fenicios y no a una especial relación entre la isla del Mediterráneo oriental y la Península.

Este carácter marcadamente oriental del santuario de Cástulo hay que relacionarlo directamente con la paulatina llegada de fenicios o tartesios muy inmersos en su cultura a este lugar tan rico en metales.

G. Bunnens, basándose en el análisis de Rebuffat y en la estructura comercial próximo-oriental, llega a una conclusión

²⁶ V. Karageorghis, *Cyprus, from the stone age...*, pág. 146.

²⁷ V. Karageorghis, *Cyprus*, págs. 199-200.

²⁸ E. Gjerstad, *The swedish Cyprus expedition*, IV, parte 2, Estocolmo, 1945, págs. 11 y 19.

²⁹ V. Karageorghis, *Cyprus, from de stone age...*, págs. 98 y 125.

muy sugerente para explicar el sentido del santuario de La Muela, indica que «cuando los fenicios abordaban cualquier lugar, hallaban hombres cuya lengua, costumbres y leyes eran diferentes a las suyas. Esta situación provocaba desconfianza. Un buen medio de remediar estos inconvenientes, cuando un lugar debía ser frecuentado, era colocar las transacciones que se cumplimentaban bajo la protección de una divinidad instalada en un templo. La presencia divina debía garantizar la honestidad de las operaciones»³⁰. En Cástulo, donde el elemento autóctono era mayoritario, esta función del santuario pudo ser efectivamente la prioritaria.

El santuario de La Muela estará en funcionamiento durante el siglo VI a.C., al menos, y responde, por lo expuesto, a estímulos de carácter oriental, llevados, como dijimos, o por fenicios muy arraigados en la Península —la secuencia en esta zona comienza cuando ya se ha producido el impacto de la colonización fenicia—, o por elementos muy orientalizados que asumen plenamente los planteamientos de sus colonizadores.

Por lo que se refiere a la cerámica que acompaña a las estructuras descritas, predomina la fabricada a torno, en su mayoría de importación. Destaca un ánfora con hombro marcado y asas circulares con acanaladura central, cuya decoración tiene un carácter metopal en tonos anaranjados. Apareció empotrada en el suelo, bajo el pavimento enlosado.

En fases anteriores a la construcción de este templo se puede observar tanto en el yacimiento de La Muela, como en el resto del área de Cástulo, concretamente en los estratos bajos de las necrópolis oretanas de El Estacar de Robarinas y Los Patos³¹, extramuros de la ciudad, que por lo menos a partir del siglo VIII a.C. la cerámica señala una relación directa con los núcleos de

³⁰ G. Bunnes, *L'Expansion phénicienne en Méditerranée...*, pág. 284.

³¹ Las necrópolis de «El Estacar de Robarinas» y «Los Patos», asignadas cronológicamente a fines del siglo V y principios del siglo IV a.C. se encuentran al oeste de la ciudad. Durante la campaña de excavación de 1983 en «El Estacar de Robarinas» se halló en el lugar denominado Cerrillo I, nivel III, un lote cerámico ajeno al ambiente general de la necrópolis, que hemos podido poner en paralelo con la fase II del Cabezo de San Pedro. Y similar a las cerámicas halladas en las denominadas «tumbas VI, VII y XIX» de la necrópolis de «Los Patos», véase J. M. Blázquez, «Cástulo I», *Acta Arq. Hisp.*, 8, 1975, «tumba VI», pág. 71, «tumba VII», pág. 82, «tumba XIX», pág. 100.

Huelva principalmente y también, aunque en menor grado, del sureste. Son ollitas, cuencos de paredes curvas y cazuelas con línea de carena marcada alta, muy abiertas, a veces con asas o mamelones adosados a la línea de carena o sobre ella. Las pastas son generalmente depuradas, cocidas a una temperatura de alrededor de 850°C. Las superficies fueron tratadas a base de un apurado espatulado y en ocasiones decoradas poscocción con motivos geométricos lineales sencillos, con pintura roja y amarilla, o solamente roja, con paralelos en los inicios de la fase II del Cabezo de San Pedro de Huelva³².

En Huelva ya se documentan los primeros contactos con comerciantes orientales antes del siglo VII a.C., momento en que el comercio es intensivo. Un documento arqueológico importante, indicativo de este extremo, es el muro hallado en los cortes A.2.5., A.2.3, A.2.4, A.2.5, del Cabezo de San Pedro³³. El sistema de construcción (alzado en primer lugar de un pilar de sillares con hiladas alternadas a soga y tizón, labrados y redondeados por la cara visible, unidos a hueso. Adosados al pilar se hallan dos paramentos de mampuestos de pizarras, con ripios rellenando los intersticios), se documenta en Megiddo, Tiro, Hazor y Aroer entre el año 1000 y el siglo VII, aproximadamente³⁴, la misma asignada a la construcción de Huelva (fines siglo VIII a.C.).

Retomando el tema de las cerámicas con influencia foránea, concretamente oriental, se ha de señalar que en la ya citada necrópolis de El Estacar de Robarinas el ajuar de una tumba, hallada casualmente por un jornalero y posteriormente estudiada por el profesor Blanco Freijeiro³⁵, ha proporcionado un valioso lote de cerámicas, fabricadas a torno, cuya particularidad se refiere a que sus paredes se hallan decoradas con temas geométri-

³² D. Ruiz Mata - J. M. Blázquez - J. C. Martín de la Cruz, «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña 1978», *Huelva Arqueológica*, V, 1981, págs. 255-259.

³³ D. Ruiz Mata - J. M. Blázquez - J. C. Martín de la Cruz, «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro...», págs. 179-185, figs. 22-23.

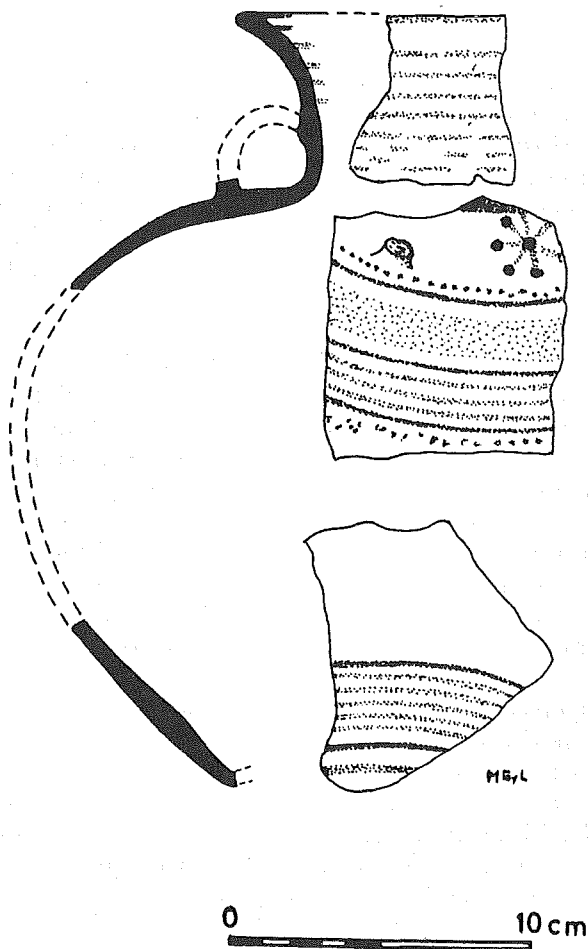
³⁴ J. Elayi, «Remarques sur un type de mur phénicien», *RSF*, VIII, 2, 1980, págs. 165 y ss.

³⁵ A. Blanco Freijeiro, «El ajuar de una tumba de Cástulo», *AEArq*, XXXVI, 1963, págs. 40 y ss.; *Íd.*, «El ajuar de una tumba de Cástulo», *Oretania*, 19, 1865, págs. 7 y ss.

cos o figurativos esquematizados en color blanco sobre fondo rojo; semejante decoración se ha hallado asimismo en una serie de fragmentos recogidos en las cercanías del torreón árabe, edificado en la misma ciudad de Cástulo, y actualmente depositados en el Museo de Linares. Los temas son flores de loto o palmetas, con rosetas de cinco o seis puntos alrededor de otro central en los espacios libres, series continuas de S, finos reticulados, cuadrados rellenos de trazos geométricos, etc., los cuales, como indicó el profesor Blanco, se relacionan con estilos de la Meseta y con los de los huevos de avestruz de Villaricos y con los de las cerámicas de Carmona³⁶. Este tipo de decoración nos recuerda asimismo de manera inmediata la de los tejidos, que también mediante la importación llegaron a la Península. En la Grecia homérica eran ya apreciados los tejidos fenicios procedentes de Sidón, y en Jonia se imita el lujo de Lidia, lo que implica en primera instancia la importación de tejidos suntuosos y más adelante la creación de talleres propios para satisfacer la demanda, y la especialización estensiva desde el momento que deja de ser una manufactura puramente doméstica para convertirse en una actividad a escala industrial con vistas a la exportación. Aunque no tenemos paralelos exactos para las vasijas aquí tratadas, existen indicios de que efectivamente los alfareros, bien indígenas, bien semitas, copiaban los diseños de las telas para plasmarlos en las paredes de los vasos. En un relieve del rey Warpalaway de Ivris, del siglo VIII a.C., aparece éste con vestiduras en que los temas son idénticos a los de las ánforas de Galera. K. Bittel insiste en la importancia de los tejidos como elemento transmisor de temas iconográficos que se reflejan en el arte neohitita del Tahal, Frigia, etc.³⁷.

³⁶ G. Bonsor, *Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis*, París, 1899, págs. 321 y ss., figs. 161-174; cfr. J. Remesal, «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *AEArq*, 48, 1975, págs. 3 y ss.

³⁷ K. Bittel, *Los hititas*, págs. 289 y ss., figs. 327, 328, 330, 331. Para las decoraciones de los textiles fenicios y sus relaciones con piezas metálicas y cerámicas decoradas, ver R. D. Barnett, *A catalogue of the Nimrud ivories in the British Museum*, Londres, 1957; *Íd.*, «The Nimrud ivories and the art of the phoenicians», *Iraq* II, 1935; *Íd.*, en *RSF*, II, 1974; E. Stern, «New types of phoenician style decorated pottery vases from Palestine», *PEQ*, 1978. Según M. E. Aubert, *Los marfiles fenicios*, págs. 78-79, el arte de la decoración pintada sobre tejidos estaría relacionado con grupos de artesanos ambulantes, con una especia-



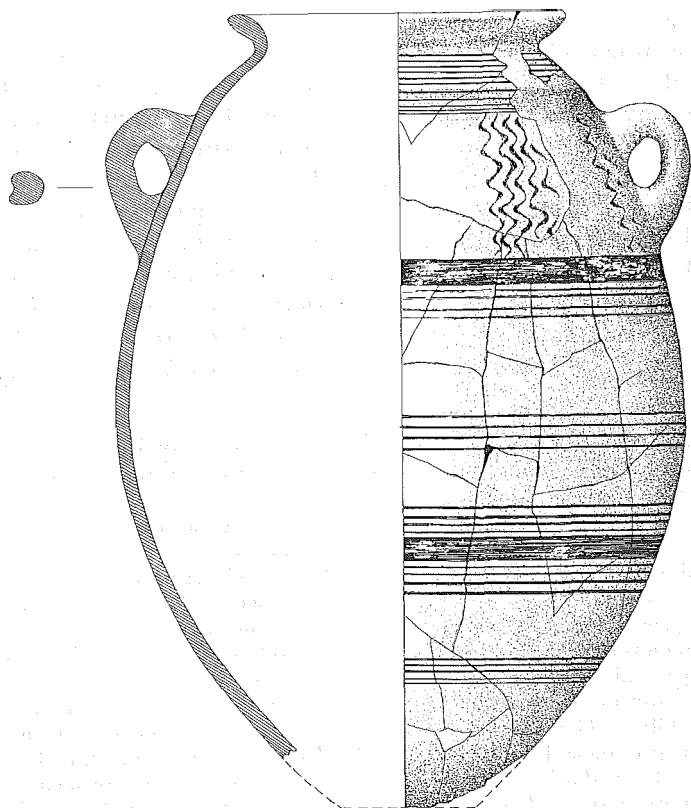
Cerámica de Cástulo (Linares, Jaén). Museo Monográfico de Linares.

No es solamente la cerámica semita o de influencia la que define unas relaciones económico-culturales con el Egeo; en Cástulo se ha recuperado en las sucesivas excavaciones realizadas en el área un número considerable de vasos griegos, especialmente como componente de ajuares funerarios, factor que denota la estima en que era tenido.

En el periodo orientalizante, la cerámica griega llegaba desde el último cuarto del siglo VII a.C. en grandes cantidades a la ría de Huelva, no sólo de Atenas, sino de las islas y de Esparta. Se tiene noticia de algunos mercaderes griegos que llegaron en este periodo a Occidente, como Colaio de Samos hacia 640 a.C.³⁸ y Sostratos de Egina (Her. 4, 152). Blanco Freije-

lización artesanal no demasiado estricta, que lo mismo podían, sin necesidad de cambiar de mano de obra, decorar pequeñas placas de marfil, que tornear un vaso o pintar un tejido.

³⁸ Brafeyer-Schauenburg, «Kalaio und die westphönizischen Elfenbeine», *MM* 7, 1966, págs. 89 y ss.; J. Alvar, «Los medios de navegación de los colonizadores griegos», *AEArq*, 52, 1979, págs. 67 y ss.; M. Bendala, «Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos», *Habis*, 8, 1977, págs. 177 y ss.; M. Bendala y otros, «Tres nuevas estelas de guerreros de la provincia de Córdoba», *Habis*, 10, 1979-1980, págs. 391 y ss. Últimamente han aparecido varias de estas estelas, M. Almagro, «Nuevas estelas decoradas de la Península Ibérica», *Miscelánea Arqueológica*, I, Barcelona, 1974, págs. 5 y ss.; D. Oliva - D. Chasco, «Una estela funeraria con escudo de escotadura en U en la provincia de Sevilla», *Trabajos de Prehistoria*, 33, 1970, págs. 387 y ss.; M. Varela - J. Pintio, «Las estelas decoradas de Pomar (Baja-Portugal), Estudio comparado», *Trabajos de Prehistoria*, 34, págs. 165 y ss.; J. Valiente - S. Prado, «Nueva estela decorada de Aldea del Rey, Ciudad Real», *AEArq*, 52, páginas 27 y ss. La tesis de M. Bendala es la misma de Henckel («Herzsprung Shields and Greek Trade», *AJA*, 54, 1950, págs. 295 y ss.), levantando la cronología, pero no la creemos viable hasta después del viaje de Colaio de Samos, pues Heródoto (1, 152) afirma tajantemente que los griegos no comerciaron con Occidente hasta después del viaje de Colaio. La lira de la estela de Cinco Villas (G. Fatas, «Una estela de guerrero con escudo escotado en V aparecida en las Cinco Villas de Aragón», *Pyrenae*, 11, págs. 177 y ss.) es gemela a la del arpista de Ashdod del siglo VIII a.C. (A. K. Kempinski - M. Yonah, *Siria-Palestina*, II, Ginebra, 1977, lám. 43) y la de Zarza-Capilla (J. J. Enríquez, «Dos nuevas estelas de guerreros en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz», *Museos*, 1, 1982, págs. 65 y ss.). En la página 88 se reproduce una estela grabada inédita de Las Herencias (Toledo), que es la misma del arpista de Monte Sirai (S. Moscati, *I fenici e cartagine*, Turín, 1972, págs. 56 y ss.) de comienzos del siglo VI a.C., un tipo de lira oriental que tuvo mucha aceptación entre los griegos del periodo geométrico (P. Demarque, *Nacimiento del arte griego*, Madrid, 1964, págs. 294 y ss., fig. 385, 388. Cántaro beocio de 750-725 a.C.); M.



Cerámica de Cástulo (Linares, Jaén). Museo Monográfico de Linares.

ro³⁹ piensa que las monedas de Egina se acuñaban con plata tartésica, lo que es probable si se piensa en la abundancia de este metal existente en la mitad sur peninsular, y en los numerosos contactos de los navegantes griegos con el mismo, a juzgar por los ejemplos que nos han llegado, supuestamente una mínima proporción de los realmente realizados. En esta misma época debió llegar a la costa atlántica Eutídemes de Marsella en busca de estaño⁴⁰. De la presencia focense en Hispania se ha discutido mucho⁴¹; hoy día no se puede dudar, y ellos son los que probable-

Bendala, «En torno al instrumento musical de la estela de Luna (Zaragoza)», *Homenaje al profesor M. Almagro*, Madrid, 1984; M. E. Aubet, «Algunas cuestiones en torno al periodo orientalizante tartésico», *Pyrenae*, 13-14, 1977-1978, págs. 81 y ss.; J. M. Blázquez, «Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce», *AEArq*, 56, 1983, págs. 213 y ss.

³⁹ A. Blanco, *Historia del Arte Hispánico I La Antigüedad*, 2, Madrid, 1978, pág. 6.

⁴⁰ J. Desanges, *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma, 1978, págs. 17 y ss.; A. García y Bellido, *Historia de España. España Prehistórica*, Madrid, 1975, págs. 507 y ss.

⁴¹ J. P. Morel, «L'expansion phocéenne en Occident, dix années de recherches (1966-1975)», *BCH*, 99, 1975, págs. 853 y ss.; *Íd.*, «Les Phocéens en Occident: Certitudes et hypothèses», *PP*, 21, 1966, págs. 378 y ss.; niega la existencia de colonias focenses, basado en datos arqueológicos, a excepción de Ampurias. La aparición de numerosa cerámica griega en Huelva de finales del siglo VII a.C., y del VI a.C. invalida la tesis de Morel. Sobre la colonización griega y fenicia, véase: Varios, *Símpoio de Colonizaciones*, Barcelona, 1974; G. López Monteagudo, «Panorama actual de la colonización griega en la Península Ibérica», *AEArq*, 50-51, 1977, págs. 3 y ss.; *Íd.*, «Panorama actual de la colonización semita en la Península Ibérica», *RSF*, 5, 1977, págs. 195 y ss. Sobre la supuesta colonia griega de Mainake, véase H. G. Niemeyer, «A la búsqueda de Mainake. El conflicto entre los testimonios arqueológicos y escritos», *Habis*, 10-11, 1979-1980, págs. 279 y ss., y el apéndice de B. W. Treumann, *Mainake - originally a phoenician place-name?*, págs. 303 y ss. Sobre el material griego más antiguo hallado en Occidente, véanse R. Olmos, M. Picazo, «Zum Handel mit griechischen Vasen uns Bronzen auf der iberischen Halbinsel», *MM*, 20, 1979, págs. 184 y ss.; B. B. Shefton, «Greeks and greek imports in the South of Iberian Peninsula. The Archeological Evidences», *Phönizier im Western*, páginas 337 y ss.; P. Rouillard, *Les céramiques peintes de la Grèce de l'Est et leur imitations dans la Péninsule Iberique: recherches préliminaires. Les céramiques de la Grèce de l'Est et leur diffusion en Occident*, París, 1978, págs. 274 y ss. Hoy día somos de la opinión de que Mainake nunca existió como colonia griega y de que los primeros productos griegos los trajeron a Occidente los comerciantes fenicios, J. M. Blázquez, «La colonización fenicia en la Alta Andalucía (Oretania)», *RSF* 14, 1986, págs. 53 y ss.; *Íd.*, *Tartessos y los orígenes de la colonización semita en Occidente*, Salamanca, 1975; *Íd.*, *Los fenicios en la Península Ibérica*, Madrid, 1980, págs. 227

mente trajeron la cerámica aparecida en la ría de Huelva. De su llegada a Occidente habla Heródoto (1, 163). La abundancia de cerámica ática está en función de las explotaciones de las minas por los régulos indígenas los cuales proporcionaban el metal a los cartagineses (Diod. 5, 35), que a su vez lo venderían a Grecia y Asia (Diod. 5, 35, 3). Probablemente los vasos griegos funcionarían como moneda para pagar el mineral, transportados por los mercaderes púnicos, como se afirma en el periplo del Pseudo Scylax (95 F, 112 M)⁴², aunque no hay que destacar que los mismos atenienses navegaron hasta Occidente en busca de salazones, alrededor de la segunda mitad del siglo v a.C. Las salazones de Gadir las cita el autor de comedias ático Eupolis junto a las de Frigia. Aristófanes alude en su comedia *Las Ranas*, 474-5, a la murena tartésica. Hacia el año 400 a.C. otro autor, Antífanos, citó las conservas saladas del esturión de Cádiz, en unión del atún de Bizancio (FCA I, 186). El hijo de Aristófanes, Nikóstratos, hacia el año 380 a.C., recuerda las salazones gaditanas al mismo tiempo que las de Bizancio (FCA II, 43), y otros muchos ejemplos cabría citar acerca de la popularidad de este género gaditano. La existencia de un puerto y oráculo de Menesteo en las proximidades de Cádiz, de los que habla Estrabón (2, 1, 9) y el culto al héroe ateniense Temístocles, recordado por Filóstrato (VA V, 4), al igual que el templo de Atenea al que alude asimismo Estrabón (3, 1, 13; 4,3), posiblemente es una prueba de la llegada de comerciantes atenienses a Occidente, aunque según Timeo (8, 315 d) eran «los cartagineses los que exportaban los atunes en conserva a Cartago».

Ya cuando las relaciones comerciales se regularizan, y fueran más frecuentes, elementos griegos generalmente se afinca-

y ss.; C. González Wagner, *Fenicios y cartagineses en el análisis de los factores internos*, Madrid, 1983; G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée*; J. Remesal, «Imagen y función de Iberia en el Mediterráneo antiguo», *I Congreso Int. Studi Fenici e Punici*, Roma, 1983, págs. 837 y ss.; J. Alvar, *La navegación prerromana en la Península Ibérica: Colonizadores e indígenas*, Madrid, 1981; *Íd.*, «Aportaciones al estudio del Tarshis bíblico», *RSE*, 10, 1982, págs. 211 y ss.; F. Frankenstein, «The Proenicians in the Far West: A function of Neo-Assyrian Imperialism», *Mesopotamia, 7. Power and Propaganda. A Symposium on Ancient Empires*, págs. 263 y ss.; C. R. Wittaker, «The Western phoenician: Colonization and Assimilation», *PCPh*, 5, 1974, págs. 58 y ss., 200; J. P. Garrido, «Mundo indígena y orientalizador en la región del Tinto-Odiel», *AEArg*, 52, págs. 39 y ss.

⁴² Desanges (Anm. 40), págs. 116 y ss., 412 y ss.

ron o permanecieron contratados temporalmente por las clases altas indígenas para la ejecución de esculturas que conforme a sus ritos habrían de servir de protección en las sepulturas. También trabajaron probablemente en la confección de las tallas de lo que parece ser un *heroon*, en Porcuna, la antigua Obulco, en la provincia de Jaén. Según la tesis de A. Blanco, estas obras, probablemente de la segunda mitad de siglo v a.C., fueron realizadas por artistas focenses⁴³. Hay entre las tallas escenas de lucha, de cacerías, lucha de hombres contra grifos, guerreros con armamento propio de los mercenarios celtíberos o lusitanos, etc.

Un estudio del conjunto escultórico de Obulco nos da muestra de la indudable calidad y valor estético de la obra en la cual la coherencia estilística es la nota predominante. El soporte de las esculturas es una arenisca de grano fino sobre la que el artífice realizó una magnífica labor de talla que demuestra una mano experta y, aunque el modelado es sencillo, la sensibilidad es patente. Destaca en el conjunto una marcada fuerza expresiva, resaltándose en determinadas esculturas, cual es la lucha del hombre con el grifo, una actitud de violencia, resuelta con una gran juego de líneas curvas en actividad, cambios de planos y diferencia de volúmenes equilibrados.

En la ya citada necrópolis de El Estacar de Robarinas, de Cástulo, durante la campaña de excavación de 1983 y reutilizado como sillar en una tumba de amplias dimensiones, se halló el cuello de un caballo realizado sobre arenisca de grano grueso muy blanda. El fragmento de cuello se corta en la parte inferior, aproximadamente a la mitad del mismo y en la superior por el arranque de las orejas y quijada. La disposición de ésta hace pensar en una leve inclinación hacia la derecha, y como la pieza es un mínimo fragmento del total no es posible aventurar su esquema general compositivo, aunque a pesar de ello aporta técnicas y resultados estilísticos que reflejan la influencia cultural y artística focense. Los problemas de volumen, expresión y composición han sido resueltos obteniendo resultados semejantes a los alcanzados en los talleres jonios durante la madurez del arcaísmo. Es, pues, un buen exponente de la adaptación de la escultura griega, particularmente la focense a la sensi-

⁴³ A. Blanco Freijeiro, *Historia del Arte Hispánico*, págs. 43 y ss.; J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, t. II, Madrid, 1983, págs. 103 y ss.

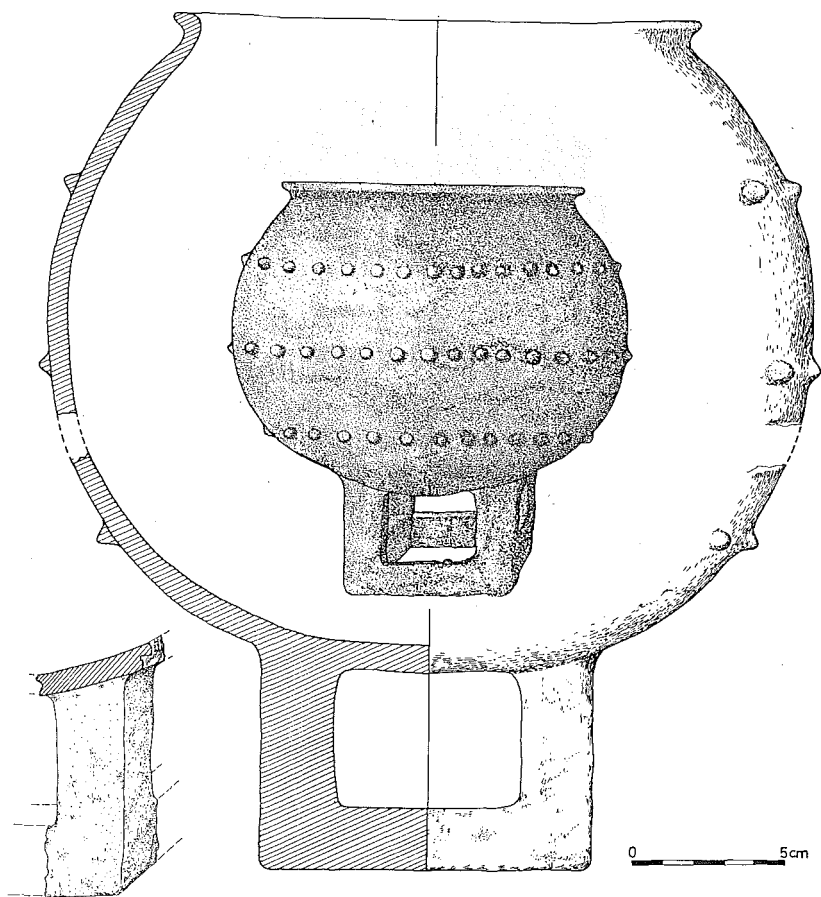
bilidad indígena. Se presente, por tanto, un caso tipo de asimilación de elementos decorativos coloniales por los talleres locales al servicio de la clase dominante autóctona.

En la estatuaria las influencias del arte griego alternan con las orientales, es el caso del toro de Obulco que responde a la corriente orientalizante que desde la costa remontaba el Betis río arriba. Se encuentra tumbado sin apoyar el cuerpo en el suelo, la cabeza erguida y los ojos contorneados por varias curvas incisas. Entre los ojos hay una flor de tres pétalos y el cabello del cuello está indicado por una serie de líneas paralelas que ascienden hasta la nuca, de la cruz descienden dos tallos que se doblan sobre las paletillas terminando en un largo capullo de loto. El toro recuerda muy de cerca los toros orientales. La cabeza parece un eco, por su actitud, de los protomos dobles de los capiteles persas que llegaron hasta Fenicia. A. Blanco⁴⁴ ve en esta escultura un fruto de la corriente griega que impregna el Sureste y que aquí en la alta Andalucía confluye con el gusto orientalizante del Sur, al que probablemente se debe el tipo de animal y los adornos que lo distinguen. Un ejemplar paralelizable con el toro de Porcuna es un fragmento aparecido, también como reutilizado como sillar de una cámara funeraria en la necrópolis castulonense de El Estacar de Robarinas, aunque en éste la labor de talla no es tan fina y sensitiva como en aquél, más parecido al ejemplar de Arjona, también en la provincia de Jaén⁴⁵.

Las fuentes nos hablan de la excelente aptitud como fundidores de los fenicios. Así, Homero escribe que Aquiles ofrece como premio un cráter de plata, fabricada en Sidón y proporcionada por los fenicios (*Il.* 23, 741). Menelao regaló a Telémaco otra cráter de plata que le había proporcionado el rey de los sidonios (*Od.* 6, 615). Posiblemente el escudo de Aquiles (*Il.* 18, 472 ss.), pudo ser obra de artesanos fenicios, pues sus escenarios coinciden con las representaciones en sus páteras. Obra de artesanos fenicios son todos los bronce con figuras del Monte Ido en Creta.

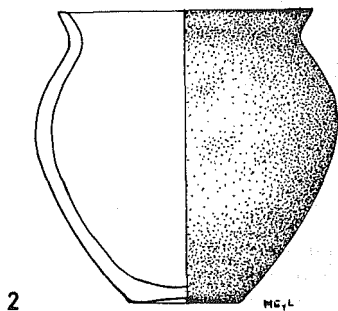
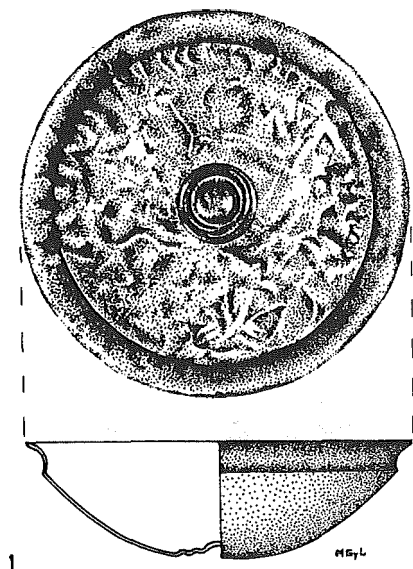
⁴⁴ A. Blanco Feijeiro, *Historia del Arte Hispánico*, págs. 39 y ss.

⁴⁵ A. García Bellido, *El arte ibérico en España*, Madrid, 1980, pág. 70, figuras 82, 83; T. Chapa Brunet, *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, Madrid, 1980; págs. 409-412, figs. 4 y 71, láms. LVIII-LVIX, 1.



Imitación en cerámica de un caldero en bronce, Cástulo (Linares; Jaén).
Museo Monográfico de Linares.

Son numerosas las piezas metálicas labradas, cinceladas, repujadas, de procedencia egea halladas en la alta Andalucía, que aluden elocuentemente a unos amplios contactos comerciales entre ambos mundos y, aunque debida también a la infiltración de ideas, sin duda, entre las clases más altas de la sociedad que ejercían el control de los cotos mineros y receptoras lógicamente de estas piezas —el elemento popular además de no poseer poder adquisitivo vive tradicionalmente más apegado a sus creencias ancestrales—, y que pudieron adoptar determinadas



0 10cm

Cerámica y pátera orientalizante de Cástulo (Linares, Jaén).
Museo Monográfico de Linares..

facetas de los conceptos religiosos-culturales de los portadores.

Entre el ajuar de la tumba ya aludida, descubierta en Cástulo y estudiada por A. Blanco; hay una pátera de plata con carena alta y *omphalós* en el centro rodeado de dos molduras circulares⁴⁶, cuyo perfil recuerda al de los vasos de cerámica gris, también de procedencia oriental, y al de la numerosa vajilla argéntea existente en Chipre⁴⁷.

En la misma tumba, fechada en el siglo VI a.C., se hallaron asimismo diferentes bronceos entre los que destacan tres figuras de Astarté. La mejor conservada mide 13 centímetros y estaba fijada a una lámina al parecer. Sobre la cabeza lleva un lirio egipcio en cuya base hay dos aros en relieve. La vestimenta se refiere a una túnica de manga corta ajustada al cuerpo con la falda adornada con cenefas verticales de finas aspas entrecruzadas, vestiduras que aparecen en los vasos griegos arcaicos. Peina el cabello como la diosa egipcia Hathor. Los brazos se doblan sobre el pecho y sostiene sobre él una flor. Los diferentes nombres que se dieron a esta diosa los indicó ya Plinio (5, 120). Según él, Eforo y Filistides la llamaron Eritea; Timeo y Sileno, Afrodísias; los indígenas, Iuno. El poeta latino Avieno (*Ora Mar.* 315-317) la llama Venus marina, nombre que indica que era una diosa protectora de la navegación, como en Fenicia.

Las Astarté de Cástulo guardan semejanza en cuanto al rostro con las cabecillas de Hathor de un braserillo de La Joya (Huelva), y reflejan el arte de Hama en Siria, región de donde llegaron una serie de influjos, como la fibula de doble resorte, la estatuilla en alabastro de Galera (Granada), los sepulcros turri-formes, etc.

El culto a Astarté parece que se propagó entre las poblaciones tartésicas, como lo indican otras varias representaciones de la diosa. Las piezas más antiguas conocidas son sin duda de importación y corresponden a la segunda mitad del siglo VIII a.C., en relación con el arte asirio-fenicio, como es un marfil de Nimrud. Probablemente la escultura recibiera culto en la zona superior del cerro de El Carambolo, donde se ubicaría un santuario que podría ser similar a los del Egeo del periodo geo-

⁴⁶ A. Blanco, «El ajuar de una tumba de Cástulo», *AEArq.*, figs. 6 y 18.

⁴⁷ E. Gjerstad en *Swedish Cyprus Expedition*, IV, 2, pág. 160, fig. 33, 4-9; *Id.*, *Swedish Cyprus Expedition*, III, pág. 238, láms. XC, 5 y XCII, b.

métrico y orientalizante⁴⁸ como el de Deros en Creta⁴⁹. También en Sevilla ha aparecido otra imagen de Astarté sobre un bocado de caballo, fechada en el siglo VI a.C., con similitudes a la representada en tres marfiles del fuerte de Salmanasar en Nimrud⁵⁰, y también a la de una pátera de la colección Cesnola, hallada en Chipre y fechada a comienzos del siglo VII a.C., y a la de otra pátera recogida en la tumba Bernardini, fechada hacia 725 a.C. En Etruria en el periodo orientalizante se representan sobre joyas diosas con el peinado hathórico. Diosas de la fecundidad unidas a aves acuáticas están bien documentadas en el arte griego arcaico (en un ánfora beocia de 700 a.C., en un plato rodio del siglo VI a.C., sobre los marfiles del santuario de Artemis Orthia en Esparta o la diosa de Arcades en Creta)⁵¹.

La imagen de Astarté de mayor calidad artística apareció en una tumba de la necrópolis de Galera, la antigua Tutugi, Granada, conservada actualmente en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Es de alabastro, y se ha fechado en la segunda mitad del siglo VII a.C. Probablemente procede el norte de Siria, por su estructura formal. Representa una dama con larga túnica, entronizada entre dos esfinges tumbadas que cubren su cabeza con la doble tiara egipcia. Un velo con borlas descende por la espalda. La dama sostiene un recipiente cilíndrico. Su cara se asemeja a las grabadas en tridacnas, como una hallada en Delfos y otra en Nimrud. El prototipo de las dos cabezas se encuentra en Siria en los marfiles de Nimrud del siglo IX-VIII a.C., pertenecientes al estilo sirio. La diosa de Galera formaba parte de un ajuar compuesto además por cuatro vasijas iguales, cubiertas de pintura roja, sus respectivos platos-tapadera, un *Kylix*, dos pequeñas ánforas de pasta vítrea policromada y una palmeta de bronce.

No sólo se introdujeron entre las poblaciones autóctonas dioses fenicios, sino diversos objetos de culto, como los *thymia-*

⁴⁸ H. Drerup, *Griechische Baukunst in geometrischer Zeit*, Gotinga, 1969.

⁴⁹ S. Marinatos, «Le temple géométrique de Dréros», *BCH*, 60, 1936, págs. 21 y ss., y 257 y ss., con paralelos de todo tipo. V. Karageorghis, *The sacred area of Kition. Temples and high places in biblical times*, Jerusalén, 1981, páginas 82 y ss.

⁵⁰ M. E. Mallowan, *Nimrud and its remains*, Londres, 1966, ils. 392-394.

⁵¹ E. L. Marangou, *Lakonische Elfenbein – und Beinschnitzereien*, Tubinga, 1969, págs. 99 y ss., ils. 1-2, 6, 14-18.

teria, lo que puede estar indicando la propagación de rituales semitas, en los que se empleaban sustancias aromáticas. En Cástulo se recogió un pebetero de bronce, formado por una taza circular, donde se quemaba el incienso, con el borde doblado hacia el exterior y tres animales sobre él, dos ciervos y una leona, los tres tumbados y sujetos al borde mediante clavos. El pebetero consta de varias piezas ensambladas, huecas y sujetas mediante pasador. El pie es acampanado. El cuerpo va decorado con nueve anillos en el centro y una flor de loto en la parte superior. Obedece este bronce a un conocido tipo de pebeteros fenicios de los que se pueden mencionar varios ejemplares, como el de Megiddo de comienzos del primer milenio, con gran recipiente y pie decorado con flores de loto, o el pebetero de la colección Le Clerq, procedente de Siria o Fenicia, con anillos debajo de la flor de loto y taza de diferente forma. Las dos piezas más próximas a la de Cástulo son el pebetero de la Walters Art Gallery, de Baltimore, de principios del siglo VII a.C., y uno existente en el Museo de Israel, en Jerusalén, fechado entre los siglos X y IX a.C., ambos con similar forma, con flores de loto en el pie y el primero también con anillos. En el Museo Arqueológico de Estambul se exhibe otro, un pie de pebetero, similar al de Cástulo, procedente de la costa fenicia⁵².

Junto con el pebetero se hallaron unas asas de caldero de

⁵² Los *thymiateria* aparecidos en la Península son los del Cerro del Peñón, de fines del siglo VII a.C. o comienzos del siglo VII a.C.; Sur de Portugal, fines del siglo VII a.C.; Bajo Guadalquivir, siglo VII-VI a.C.; Despeñaperros (Jaén), siglo VI-V a.C.; La Joya (Huelva), siglo VI a.C.; Puig des Molins (Ibiza), fines del siglo VII a.C. Importados serían los de Cástulo, Despeñaperros y bajo Guadalquivir (Sevilla), aunque también podrían ser obra de talleres gaditanos. A este centro se han asignado las piezas de Huelva y tal vez las de Ibiza. A un taller de bronceístas indígenas pertenecen los *thymiateria* de Safara y sus paralelos de la colección Calzadilla y el bronce de La Codosera. Pebeteros de tipo orientalizante, ver M. Almagro, *Los thymiateria llamados candelabros de Lebrija (Sevilla)*, Madrid, 1969; M. J. Almagro, «Un quemaperfumes en bronce del Museo Arqueológico de Ibiza», *Trabajos de Prehistoria*, 27, 1970, págs. 191 y ss.; M. Almagro Gorbea, «El *thymiateria* de Safara y los *thymiateria* de bronce orientalizantes de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 33, 1976, págs. 325 y ss. Sobre la fíbula de doble resorte: M. M. Ruiz Delgado, «La fíbula de resorte en Andalucía. II Aspectos mecánicos, origen y difusión», *Habis* 18-19, 1987-1988, págs. 515 y ss.; J. J. Storch, «Las fíbulas tartésicas», *Homenaje al profesor Antonio Blanco Freijeiro*, Madrid, 1989, págs. 27 y ss. Defiende el origen no oriental de las fíbulas de codo.

bronce, rectangular, decoradas con flores de loto, detadas a mediados del siglo VII a.C., con los bordes apoyados sobre doble plancha. Los calderos a los que tales asas pertenecían se refieren a un bien documentado tipo aparecido en gran parte del Mediterráneo, copia de prototipos orientales, aunque en Oriente no se conocen en metal. Se ha supuesto que la mayoría proceden de Chipre. El tipo chipriota se imitó en Etruria como se desprende de los ejemplares de Populonia y de Praeneste, ambos de mediados del siglo VII a.C., y de las imitaciones en cerámica, como las de Veyo. En Chipre han aparecido recientemente estos calderos, con asas coronadas con flores de loto y con grandes refuerzos circulares en la parte inferior, como en Cástulo, pero aquí son curvas. Calderos con asas rectangulares han aparecido también en Chipre en una tumba de Marión, pero se fechan a finales del siglo V a.C. Las asas de Cástulo son dobles, con un refuerzo en la parte inferior como las de Gordion, fechadas hacia 700 a.C. Asas rectangulares de caldero se documentan también en Olimpia.

Completa el conjunto aparecido en Cástulo y posiblemente componente de una tumba violada, ya que se halló fuera de una tumba propiamente dicha, mas dentro de un conjunto tumular, una esfinge recortada sobre una placa hueca y con la doble tiara egipcia. Las plumas de las alas están trabajadas con esmero y parece proceder del mismo taller que el pebetero, pues sobre el cuerpo de la esfinge se halla idéntica decoración de diminutos puntos en hiladas que sobre los animales del pebetero. La esfinge, en su postura, es muy semejante a las representadas en el trono de la diosa de Galera y a la esfinge del relieve de Arad conservada en el Museo del Louvre, datada entre los siglos VIII-VII a.C.

Las liras* de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce y su origen fenicio

Recientemente M. Bendala¹ ha publicado un trabajo sobre el instrumento musical de la estela de Luna (Zaragoza), que tiene representado también un escudo redondo con escotadura en V. M. Bendala se plantea en esta publicación nuevos interrogantes sobre puntos concretos de estas estelas, como la lira, estelas, que se han solido relacionar con la llegada de gentes indoeuropeas a la Península Ibérica. Cree este autor que el instrumento musical es una *phormyx* griega, de época geométrica y que sería un nuevo argumento, a los expuestos por él, de una anti-

* Sobre las gemas del *Lyre Player*, véase E. Porada, «A Lyre Player from Tarsus and his Relations», *The Aegean and the Near East, Studies Presented to Hetty Goldman*, Nueva York, 1956, págs. 185 y ss. Todas las liras son del mismo tipo.

¹ «En torno al instrumento musical de la Estela de Luna (Zaragoza)», *Homenaje al profesor Martín Almagro Bach*, Madrid, 1983, II, págs. 141 y ss., con la bibliografía menuda sobre instrumentos musicales, por lo que no la citamos ya; *Íd.*, «Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos», *AEspA*, 52, 1979, págs. 33 y ss.; G. Fatás, «Una estela de guerrero con escudo escotado en "V" aparecida en las Cinco Villas de Aragón», *Pyrenae*, 19, 1975, págs. 166 y ss.; J. Alvar, «Los medios de la navegación de los colonizadores griegos», *AEspA*, 52, págs. 67 y ss.; *Íd.*, *La navegación prerromana en la Península Ibérica: Colonizadores e indígenas*, Madrid, 1981. Unos documentos de las relaciones con Oriente son unos ídolos aparecidos, dos en Jaén y en Valencia de la Concepción, uno en Malecón (Granada) y en Vilanova de S. Pedro (Portugal), y en la Pijotilla (Córdoba) nueve piezas más, tres femeninas (V. Hurtado, «Los ídolos del Calcolítico en el Occidente Peninsular», *Habis*, 9, 1978, págs. 357 y ss.).

gua llegada de gentes de raigambre griega, interpretadas en sentido amplio, y restando protagonismo a los fenicios.

M. Bendala indica que el paralelo más próximo para la pieza hispana es una lira pintada en un vaso geométrico laconio de Amiclea, fechado en la segunda mitad del siglo VIII a.C. El elevado número de cuerdas puede interpretarse como signo de pervivencia de tradiciones más antiguas, propias del mundo creto-micénico, donde, en el famoso sarcófago de Hagia Triada, se representó un instrumento musical de siete cuerdas, y en un pequeño exvoto metálico de época micénica tardía de Amiclea un segundo con siete u ocho cuerdas. Recuerda este autor también las tres liras del último cuarto del siglo VIII de los relieves de Karatepe, con ejemplares de seis y de siete cuerdas, y los sellos de serpentina de Kameiros y de Lindos, con liras muy similares a la *phormyx* griega.

De todos estos documentos, deduce M. Bendala la posible vinculación de este documento hispano al mundo griego del Asia Menor en el marco de la herencia cultural creto-micénica, y en medio de ellos el papel de Rodas como centro de atención, tantas veces observado en los estudios de la protohistoria hispana.

Diferimos de la tesis de nuestro buen amigo el profesor M. Bendala, excelente investigador de periodo tan apasionante como es el final de la Edad de Bronce en el Occidente europeo, con el que venimos discutiendo de estos temas de la Protohistoria peninsular desde hace años, y nuestras posturas, antes tan distantes, se han acercado bastante. Hoy día defendemos los siguientes puntos.

En el tercero y segundo milenio a.C., las llamadas culturas de Los Millares, de Almería, y del Argar están relacionadas con Oriente². Creemos que el estaño del mundo micénico pudo proceder en todo o en parte de Occidente, pero hasta el momento presente no ha aparecido en Occidente material micénico importante, al revés de lo que sucede en Sicilia y en la Magna Grecia, donde es abundante. El número de cuerdas de la lira de Luna, por lo tanto, no se puede aducir como una pervivencia de influjos orientales llegados en el segundo milenio traídos en

² J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, *passim*.

barcos griegos. La lira de época micénica es de cinco o siete cuerdas, y la *phormyx* homérica de cuatro, y no existe relación directa entre ellas. La cítara arcaica tenía también siete cuerdas. En sellos cretenses aparecen instrumentos musicales de ocho cuerdas (Knossos), fechados entre los años 1850-1700 a.C. La *phormyx* con cuatro cuerdas se documenta en el Ática, en Esparta y en Creta. La más antigua representación de *phormyx* se data en el segundo cuarto del siglo VIII a.C. y se encuentra en vasos áticos y laconios. Hacia el año 700 a.C., Terpandro aumentó el número de cuerdas de cuatro a siete. Hasta el tercer cuarto del siglo VII a.C. no aparece una lira con siete cuerdas. En Esmirna, sobre una crátera perteneciente al final del periodo subgeométrico, hacia el año 670 a.C., está representada la lira más antigua.

Rodas no desempeñó papel alguno en la colonización de Occidente. En el sur de la Galia, la cerámica rodia en la segunda mitad del siglo VII a.C. es abundantísima. En Hispania la cerámica rodia es muy escasa, como me ha confirmado en este punto el director del Museo Arqueológico de Ampurias, doctor Sanmartín, quien de palabra me comunicó, con ocasión de la conmemoración del décimo aniversario de la Asociación española de Amigos de la Arqueología, celebrado en 1979, no creer en la llegada de los rodios a la Península Ibérica por este motivo. J. P. Garrido, excavador de Huelva y el equipo que trabaja bajo la dirección del doctor R. Olmos, conservador del MAN de Madrid, me indican amablemente que en Huelva la cerámica griega de finales del siglo VII y de todo el siglo VI a.C., es numerosísima, pero que la cerámica rodia está muy escasamente representada, por lo que no parece que haya que aceptar la tesis de que los rodios negociaran directamente con Occidente.

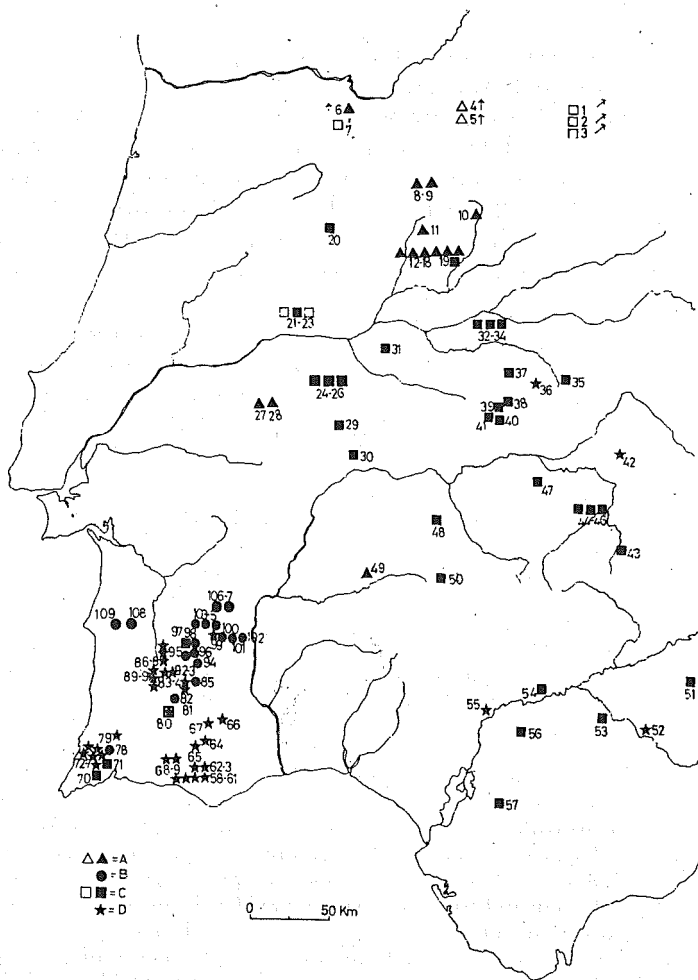
B. B. Shefton³, con motivo de estudiar recientemente los hallazgos griegos en la Península Ibérica, presenta unos mapas de distribución de objetos griegos de una importancia excepcional para el contenido de nuestro trabajo. Los testimonios de cerámicas griegas datados a finales del siglo VIII y a comienzos del siguiente siglo son escasísimos en la Península Ibérica y en Marruecos, mientras Sicilia y la Magna Grecia están plagadas de

³ «Greeks and Greek imports in the South of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence», *Phönizier im Westen*, Maguncia, 1982, págs. 337 y ss.

ellos⁴. Estos hallazgos son costeros. Concretamente no señala ningún aribalo rodio en Occidente. Sólo dos puntos anota con documentos de estas fechas, mientras en Italia y en Sicilia son numerosos. Hay que recordar que la cerámica griega más antigua aparece en asentamientos fenicios o muy directamente relacionados con ellos, como en la ría de Huelva⁵. Venía esta cerámica griega en los barcos fenicios, era muy escasa y no llegaba

⁴ B. B. Shefton, *op. cit.*, págs. 339 y ss, fig. 1.

⁵ P. Rouillard, «Les céramiques peintes de la Grèce de l'Est et leur imitations dans la Péninsule Ibérique, recherches préliminaires», *Les céramiques de la Grèce de l'Est et leur diffusion en Occident*, París-Nápoles, 1978, págs. 274 y ss.; R. Olmos - P. Cabrera, «Un nuevo fragmento de Clitias, en Huelva», *AEspA*, 53 1980, págs. 5 y ss.; R. Olmos - M. Picazo, «Zum Handel mit griechischen Vasen und Bronzen auf der Iberischen Halbinsel», *MM*, 20, 1979, págs. 184 y ss.; R. Olmos, «El Sileno Simposiasta de Capilla (Badajoz)», *Trabajos de Prehistoria*, 34, 1977, págs. 371 y ss. En la nota 42 hay referencias a los bronce griegos hallados en Hispania, pero hay que tener en cuenta las sugerencias de Riis (*Phönizier im Westen*, págs. 368) de que el centauro de Rollos es de influjo etrusco-campano, se fecharía a mediados del siglo vi; el asa de Málaga sería de Vulci. Algunas figuras de Despeñaperros acusan influencia de la Etruria del noreste, Volterra y de otros lugares; *Íd.*, «El centauro de Rollos y el Centauro en el Mundo Ibérico», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, II, págs. 252 y ss. En el Mediterráneo central es conocida esta cerámica griega y en la Península Ibérica sólo se documenta en Toscanos. Las cerámicas griegas en el bajo Guadalquivir en época orientalizante antigua son escasísimas. M. Pellicer, «Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir, evolución y cronología según el Cerro Macareno (Sevilla)», *Phönizier im Westen*, págs. 383 y ss., a partir del 480-450. En la bahía de Cádiz aparecen cerámicas griegas, contemporáneas de las de Huelva. M. Pellicer y otros, *El Cerro Macareno*, Madrid, 1983, págs. 96 y ss. Tampoco hay cerámicas griegas arcaicas en otros yacimientos andaluces, como en la Mesa de Setefilla (M. Aubet y otros, *La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, Madrid, 1983; *Íd.*, *Andalucía y Extremadura*, Barcelona, 1981, 53 y ss.), ni en Cástulo (J. M. Blázquez - F. Molina, *Cástulo*, Madrid, 1975, págs. 42 y ss.; J. M. Blázquez - J. Remesal - R. Olmos, *Cástulo II*, Madrid, 1979, págs. 349 y ss., 398 y ss., 429 y ss.), ni en la Colina de los Quemados, donde la cerámica griega no es anterior al siglo iv (J. M. Luzón - D. Ruiz Mata, *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*, Córdoba, 1973, págs. 35), ni en los de Granada (A. Mendoza y otros, «Cerro de los Infantes, Pinos Puente, provincia de Granada». Ein Beitrag zur Bronze - und Eisenzeit in Iberandalusia», *MM*, 22, págs. 171 y ss.; J. Carrasco y otros, «Cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada, Excavaciones de 1979)», *NAH*, 13, 1982, págs. 9 y ss.). De la ausencia de esta cerámica griega se deduce que, incluso en el periodo orientalizante más antiguo, la penetración del influjo griego en el interior era prácticamente nula. En A. M. Bisi, «Importazioni e imitazioni greco-geometriche nella più antica ceramica



Dispersión de los guijarros-estela (A); las losas alentejadas (B); las estelas decoradas (C) y las estelas con inscripción tartésica (D) en el Suroeste de la Península Ibérica. Según M. Almagro Gorbea.

al interior. No existe la cerámica griega en las excavaciones efectuadas por nosotros, en compañía de otros colegas, en el Cabezo de San Pedro en Huelva capital, a pesar de que se removieron muchos metros cuadrados de tierra y el yacimiento cae de plano dentro de los siglos VIII y VII a.C.⁶ Tampoco la tienen yacimientos como el de Almonte (Huelva), que trabajaba la plata para venderla a los fenicios⁷. De todo lo cual se deduce que el comercio directo de los griegos y del sur de la Península Ibérica es posterior al viaje de Colaio de Samos, hacia 640 a.C., fecha en la que ya aparece en abundancia la cerámica griega en Huelva, confirmando arqueológicamente la afirmación de Heródoto (4, 152) de que antes de este viaje los griegos no comerciaban con Iberia. B. B. Shefton⁸ sólo conoce dos *oinochoai* rodios de bronce hallados en Hispania, mientras los hallazgos de estos objetos en la Magna Grecia son numerosos, y dos Bird-bowl⁹

fenicia d'Occidente», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1983, págs. 693 y ss., la documentación hispana es escasísima.

⁶ J. M. Blázquez y otros, «Las cerámicas del Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica*, I, 1970; *Id.*, *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva)*, Madrid, 1979; *Id.*, «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva), campaña de 1978», *Huelva Arqueológica*, V, 1981, págs. 149 y ss.; M. del Amo - M. Belén, «Estudio de un corte estratigráfico en el Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica*, V, págs. 57 y ss. Según me comunicó amablemente la doctora Treumann, del Instituto de Chicago, en el Cabezo de San Pedro apareció un fragmento de vaso de Megiddo IV y otro de Toro. Esta investigadora creía que las formas de la cerámica gris son muy orientales. Esta cerámica procede, según creemos, de Asia Menor y la cerámica bruñida de Oriente. Cerámicas parecidas de estas últimas hemos visto en yacimientos de Urartu en las proximidades de Erevan en Armenia en el siglo VIII a.C.; J. M. Blázquez, «La colonización griega en España en el cuadro de la colonización griega en Occidente», *Simposio de Colonizaciones*, Barcelona, 1974, págs. 65 y ss.; E. Kukahn, «Unas relaciones especiales entre el arte oriental griego y el Occidente», págs. 109 y ss.; J. Maluquer, «En torno a las fuentes griegas sobre el origen de Rhode», páginas 125 y ss. Este autor es el que más ha insistido en la presencia rodia; G. López Monteagudo, «Panorama actual de la colonización griega en la Península Ibérica», *AEspA*, 50-51, 1977-1978, págs. 3 y ss.; M. Fernández Miranda, «Horizonte cultural tartésico y hallazgos griegos en el sur de la Península», *AEspA*, 52, 1979, págs. 56 y ss.

⁷ D. Ruiz Mata, «El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé (Almonte, Huelva)», *MM*, 22, 1981, págs. 150 y ss.; J. L. Fernández Jurado, «San Bartolomé de Almonte: yacimiento metalúrgico de época tartésica (Huelva)», *Revista de Arqueología*, 26, págs. 40 y ss.

⁸ *Op. cit.*, págs. 347 y ss., figs. 2-3.

⁹ *Op. cit.*, págs. 351 y ss., fig. 5, lám. 30f.

que, por cierto, se han hallado en Toscanos y en Guadalhorce, en asentamientos fenicios. En cambio, la cerámica griega de diferente procedencia en el siglo VI, además de en la ría de Huelva, está relativamente repartida en el sur y sureste ibérico¹⁰.

En cuanto al lugar de origen de los sellos de serpentina, las opiniones de los científicos están divididas¹¹. E. Porada los fecha a finales del siglo VIII, pero hay ejemplares que han aparecido en contextos posteriores, como el Emporio de Chios, antes de 660 a.C., Fortetsa en Creta y Esparta, no después de mitad del siglo VII; Agia Irini, después de 700, y Vetulonia a finales del siglo VII o a comienzos del siguiente. Los análisis efectuados por J. Boardman-G. Buchner sugieren, por el contrario, que los sellos pertenecen al medio del arte neohitita con paralelos en Zinzirli, Tell Halaf y Karatepe, etc., principalmente en esta última localidad. Detalles concretos de los sellos llevan al área sirio-fenicia, lo que se confirma por la distribución de los sellos en el Próximo Oriente, en lugares cercanos al norte de Siria o de Cilicia. Los griegos, según estos autores, podían haber obtenido estos sellos a través de Tarso o de Al Mina. Esta tesis de J. Boardman-G. Buchner es contraria a la tesis de E. Porada, que piensa, como lugar de origen, en Rodas y su estilo se copiaría de Zinzirli y de Chipre. De la crítica que ambos autores hacen a la teoría de esta investigación norteamericana de la Universidad de Columbia se deduce que difícilmente pudo ser Rodas el lugar de fabricación de estos sellos, que ellos se inclinan a poner en el norte de Siria y que serían los eubeos los que los llevaron a otros lugares. De los varios sellos con representaciones de liras no creemos que ninguno se pueda aducir como paralelo próximo para la lira hispana, pues los brazos no se abren hacia fuera.

El paralelo más próximo para la lira de Luna lo ha suministrado una terracota fechada en el siglo VIII a.C. procedente de Ashdod¹² en Palestina, lira que está mucho más cercana que todos los instrumentos musicales del periodo geométrico griego y arcaico, como sobre un cántaro beocio, de 750-725, con bra-

¹⁰ B. B. Shefton, *op. cit.*, págs. 354 y ss., fig. 4.

¹¹ J. Boardman - G. Buchner, «Seals from Ischia and the Lyra-player group», *Jdl*, 81, 1966, págs. 1 y ss.

¹² A. Kempinski - M. Avi-Yonah, *Siria-Palestina*, II, Ginebra, 1977, páginas 209, lám. 40.

zos abiertos, pero muy estrecho de forma¹³; sobre una placa ática de cerámica¹⁴ con Apolo y la lira; sobre la *kylix* laconia del pintor de Arcesilao¹⁵, hacia 560 a.C.; sobre una placa corinta de madera, con escena de ofrenda, datada en torno a 540 a.C.¹⁶, o sobre una ánfora de la isla de Melo con Apolo tocando la lira sobre un carro¹⁷, acompañado de dos vírgenes hiperbóreas, en frente de Artemis, de 640; o en el arte etrusco, sobre una pintura de 490-480 a.C.¹⁸; sobre la esfera de Gala Consilina, de finales del siglo VI, con escena funeraria¹⁹; sobre una pintura de la Tumba del Triclinium de Tarquinia, datada en torno a 470 a.C.²⁰; y en el arte chipriota sobre un anillo hallado en la tumba 73 de Salamina, del siglo V, con un Eros alado sosteniendo una lira²¹; sobre el ánfora Hubbard, perteneciente a la clase Bichrome III²²; sobre una segunda ánfora del mismo grupo procedente de Nicosia²³, o sobre una terracota, que representa a un tocador de lira, fechada en el periodo chipriota arcaico I (475-400 a.C.)²⁴.

¹³ P. Demargne, *Nacimiento del arte griego*, Madrid, 1964, figs. 385-388. Tampoco son de la misma forma la *phormyx* sobre la cerámica ática-geométrica, ni en un bronce del Heracleion (M. Wegner, *Musik und Tanz*, Gotinga, 1968).

¹⁴ W. Kraikes, *Die Malerei der Griechen*, Stuttgart, 1958, lám. 10; K. Kübler, *Attatis. Die Malerei*, Tubinga, 1950, lám. 81.

¹⁵ P. E. Arias, «Storia della ceramica di età arcaica, classica, ellenistica e della pittura di età arcaica e classica», *EC*, III, v. XI, Turín, 1963, lám. XXVI.

¹⁶ K. Schefold y otros, *Die Griechen und ihre Nachbarn*, Berlín, 1967, págs. 220, fig. 190.

¹⁷ B. Petracos, *Museo Nazionale, Sculture, Bronzi, Vasi*, Atenas, 1981, págs. 157 y ss.; M. Wegner, *Meisterwerke der Griechen*, Basilea, 1955, pág. 77, fig. 59; P. E. Arias, *op. cit.*, pág. 105, lám. XXXII.

¹⁸ K. Schefold, *op. cit.*, lám. XXXI.

¹⁹ R. Bianchi - Bandinelli - A. Giuliano, *Los etruscos y la historia anterior a Roma*, Madrid, 1974, pág. 118, fig. 137.

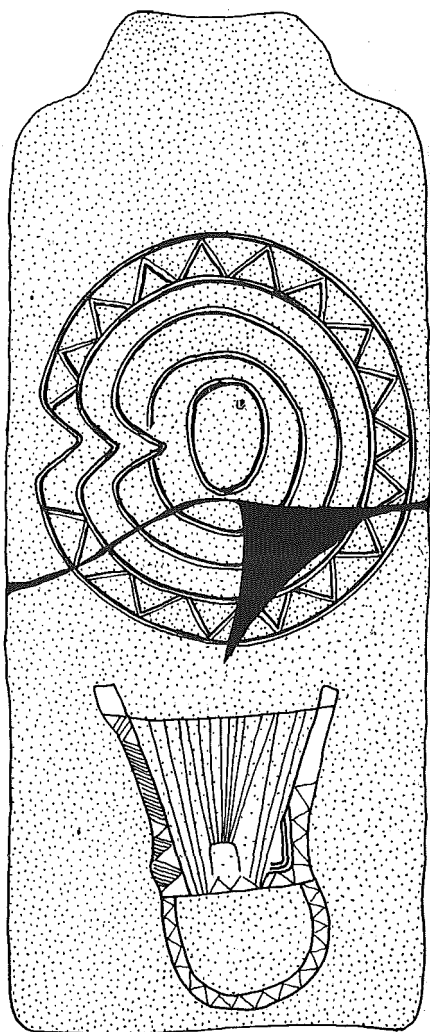
²⁰ M. Pallottino, *La peinture étrusque*, Ginebra, 1952, pág. 73; M. Moretti, *Pittura etrusca in Tarquinia*, Colonia, 197, pág. 99.

²¹ V. Karageorghis, *Salamis in Cyprus. Homeric, Hellenistic and Roman*, Londres, 1969, fig. 80.

²² V. Karageorghis - J. des Gagniers, *La céramique chypriote de styles figurés, Age du Fer (1050-500) a.J.C.*, Roma, 1974, págs. 7 y ss.

²³ V. Karageorghis - J. des Gagniers, *op. cit.*, págs. 97 y ss.

²⁴ T. Spiteris, *The Art of Cyprus*, Londres, 1970, pág. 183.



Estela de Cinco Villas. Según G. Fatás.

Para la lira de la estela de Zarza Capilla²⁵, que es estrecha y alargada, el paralelo más próximo se encuentra en un bronce de Monte Sirai, datado a comienzos del siglo VI²⁶. Este mismo tipo de lira se halla representado en objetos hallstáticos, como en un bronce hallado en Bolonia, de finales del siglo VII²⁷. Recuerda también a la lira citada de Gala Consilina.

Estas dos liras hispanas siguen, por lo tanto, modelos de liras fenicias. Con ellas se tocaba música en ceremonias fúnebres, ritual introducido muy probablemente por los fenicios en Oriente.

Hasta el momento presente se ha valorado el papel de Chipre en la colonización fenicia en Occidente²⁸. Contraria es la opinión de V. Karageorghis, que cree que Chipre no desempeña papel alguno en la colonización fenicia de Occidente. Hoy nos inclinamos a creer que el norte de Siria²⁹ (botella de cristal

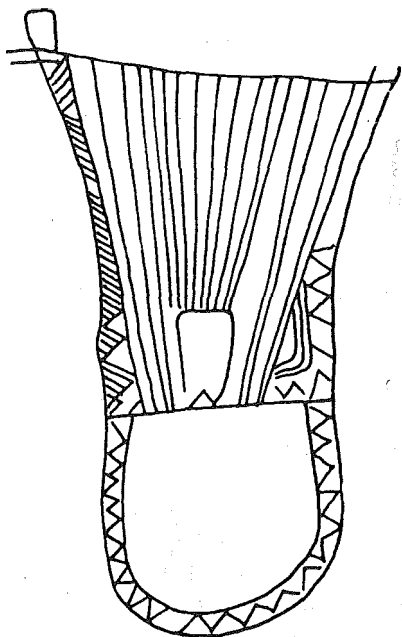
²⁵ I. J. Enríquez, «Dos nuevas estelas de guerreros en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz», *Museos*, 1, 1982, págs. 66 y ss, fig. 2.

²⁶ S. Moscati, *I fenici e Cartaginesi*, Turín, 1972, pág. 56; G. Garbini, *Documenti artistici a Monte Sirai: Monte Sirai III*, Roma, 1966, págs. 113 y ss.; A. Parrot - M. H. Chehab - S. Moscati, *Les Phéniciens*, París, 1975, fig. 246. Según me comunica amablemente la doctora G. López Monteagudo, en las estelas daunias aparecen con cierta frecuencia liras, algunas de las cuales están próximas o son exactas a las piezas hispanas; son de muchas cuerdas, pero los brazos no son abiertos (M. L. Nava, *Stele Daunie*, I, Florencia, 1980, págs. 135 y ss., 591, lám. CLXXV, paralelo muy próximo para la lira de Zarza Capilla, pág. 141 y ss., 620 B, lám. CXCVI; pág. 188 y ss., 949, lám. CCCXV, pág. 208 y ss. 1114 B, lám. CCCLXIII; pág. 211 y ss., 1112, lám. CCCLXX, paralelo exacto para la pieza de Zarza Capilla).

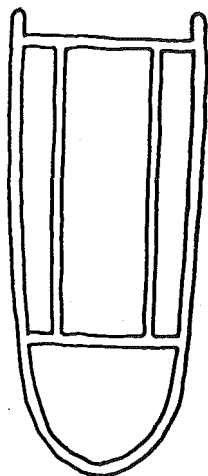
²⁷ E. Lessing, *Hallstatt, Bilder aus die Frühzeit Europas*, Viena, 1980, fig. 5. Agradezco este paralelo a la doctora G. López Monteagudo del Instituto Español de Arqueología del C.S.I.C.

²⁸ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, *passim*; *Id.*, «Los fenicios en la Península Ibérica (1100 - final del siglo IV a.C.)», *Historia de España Antigua*, I, *Protobistoria*, Madrid, 1983, págs. 277 y ss.; *Id.*, «Arte de la Edad de los Metales, Arte orientalizante, fenicio y cartaginés», *Historia del Arte Hispánico*, I, *La Antigüedad*, I, Madrid, 1978, págs. 201 y ss.

²⁹ J. M. Blázquez, «Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España», *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, págs. 311 y ss. Una buena panorámica de la colonización fenicia en Occidente en A. M. Bisi, «L'espansione fenicia in Spagna», *Fenicia e arabi nel Mediterraneo*, ANL, 1983, páginas 97 y ss.; E. C. González Wagner, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: Ensayos de interpretación fundamentados en un análisis de los factores internos*, Madrid, 1983;



Lira de Luna (Zaragoza).
Según G. Fatás.



Estela de Zarza Capilla
(Badajoz). Sobre dibujo de
J. J. Enríquez.

de roca de La Aliseda, Astartés de Cástulo y de Galera, relieves de Pozo Moro, fibula de doble resorte, alfabeto tartésico, incluso el número elevado de cuerdas de la lira de Luna, que recuerda al de los instrumentos musicales de Karatepe, etc.) desempeña un papel importante, en lo que coincidimos con M. Almagro Gorbea. Un argumento de peso son los *pebble mosaics* de Cástulo³⁰, de finales del siglo VIII y el de la segunda del VII a.C., con

M. E. Aubet, «Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el siglo VIII a.C.», *Atti del I Congresso Internazionale*, págs. 815 y ss.; J. Remesal, «Imagen y función de Iberia en el Mediterráneo antiguo», págs. 837 y ss.; M. Fernández Miranda, «Ambiente tartésico y colonización fenicia en el suroeste peninsular», págs. 847 y ss.; J. P. Garrido, «Presencia fenicia en el área atlántica andaluza: la necrópolis orientalizante de Huelva (La Joya)», págs. 857 y ss.; G. López Monteagudo, «Panorama actual de la colonización semita en la Península Ibérica», *RSF*, 5, 1977, págs. 195 y ss.

³⁰ J. M. Blázquez - J. Valiente, «El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo (Jaén)», *Phönizier im Westen*, págs. 420 y ss., fig. 12, lám. 35; *Id.*, *Cástulo III*, Madrid, 1981, págs. 20 y ss.; D. Fernández Galiano, «New

paralelos exactos en Arslan Tash, Altintepe, Tell Barsil, Tirinto y los más antiguos de Gordion³¹. El número de cuerdas en la lira de Luna puede proceder de esta región.

Del análisis de estos documentos se deduce que creemos en un comercio griego directo con el sur de la Península Ibérica a partir del tercer tercio del siglo VII a.C., y que incluso el influjo griego en el interior es escaso en el periodo arcaico, salvo en algunos bronce, como se deduce de la ausencia de cerámica griega en Cástulo, Carmona Setefilla, etc., ni siquiera en el siglo VI a.C. Como la tendencia hoy en la investigación moderna, representada por el propio M. Bendala, por M. Almagro Gorbea, etcétera, es a subir la cronología de las estelas, en esos siglos el impacto griego en las poblaciones indígenas era prácticamente nulo. Las liras siguen probablemente modelos fenicios y no griegos.

De haber penetrado el influjo griego en el interior de la Península Ibérica, en las numerosas estelas de finales de la Edad de Bronce, que representan guerreros, es muy difícil admitir que no se generalizase el uso, salvo en un caso, en la estela de Ategua, de la coraza, que era parte del armamento, excelente para el combatiente. Hoy día somos de la opinión de que las estelas pertenecen a indoeuropeos, que llegan por el centro y estamos totalmente de acuerdo con lo escrito recientemente por F. Cháves y M. L. de la Bandera³²: «No encontramos por el mo-

light on the origins of floor Mosaics», *The Antiquarian Journal*, 62, 1982, págs. 235 y ss.

³¹ D. Salzmann, *Untersuchungen zu den antiken Kieselmosaiken*, Berlín, 1982, págs. 4 y ss., 128, láms. 1-6. Todas estas láminas son paralelos exactos para los mosaicos de Cástulo.

³² «Estela decorada de Montemolín (Marchena, Sevilla)», *AEspA*, 55, 1982, pág. 143. En el levante ibérico la situación es parecida a la del sur. En primer lugar hay influjo semita del sur: A. González Prats, *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*, Alicante, 1983; M. Gil - Mascarell - A. González Prats, «El Bronce tardío y el Bronce final», *Arqueología del País Valenciano y su entorno geográfico: Panorama y perspectivas*, Elche, 1983, *passim*; C. Aranegui, «El Hierro antiguo valenciano. Las transformaciones del medio indígena entre los siglos VIII y V a.C.», *passim*; E. Pla, «La iberización en tierras valencianas», *passim*. El autor, excelente conocedor del tema, escribe: «En todo el país valenciano no hay una sola cerámica griega anterior a los años 530-525 (las copas jónicas B-2), y en ningún poblado ibérico, ni en ninguna necrópolis, cerámicas griegas anteriores a los años 500-480.» Este material griego, como indican Shefton y Aranegui, lo llevaron muy probablen-

mento en Montemolín pruebas materiales de ese contacto directo con el mundo griego. Ni siquiera en épocas tardías hay elementos materiales, de importación griega, y hasta ahora, todo refleja un poblado indígena...», y con el resto de ideas que indican ambos autores.

En el siglo v, el impacto griego fue importantísimo en la escultura, Obulco y Elche, como sugiere A. Blanco³³, probablemente por obra de los focenses, que serían los que trajeron la cerámica griega a Huelva a finales del siglo VII y en el VI.

te los focenses. En lo que no estamos de acuerdo es en la tesis de estos dos investigadores de que el alto grado de helenización de los iberos se debe a no haber estado sometidos al control fenicio, ni «orientalizados» en profundidad, lo cual les permitió asimilar la iconografía griega y la escultura desde época temprana, pues la escultura de Obulco, en Turdetania, responde a cánones griegos, y es tan buena o mejor que la alicantina, y en Cástulo hay fragmentos de escultura, tan excelentes como los de Obulco. La semitización del levante ibérico también fue profunda.

³³ *Historia del Arte Hispánico, I. La Antigüedad*, 2, Madrid, 1978, págs. 90 y ss.; J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas, II. Religiones prerromanas*, Madrid, 1983, págs. 103 y ss, figs. 60-64. Recientemente han aparecido otras estelas: D. Vaquerizo, «Estelas de guerreros en la protohistoria peninsular. La estela de Quinterías», *Revista de Arqueología*, X, 99, 1989, págs. 29 y ss.; J. A. Morena. J. F. Muñoz, «Nueva estela de guerrero del Bronce final hallada en Córdoba», *Revista de Arqueología*, XI, 115, 1990, págs. 14 y ss.; M. Bendala, «Reflexiones sobre los escudos de las estelas tartésicas», *Boletín Asociación Española de amigos de la Arqueología*, 23, 1987, págs. 12 y ss.; R. Casteló, «La música en la antigüedad hispana. II: Instrumentos de cuerda», *Boletín Asociación Española de amigos de la Arqueología*, 28, 1990, págs. 35 y ss. Los últimos trabajos sobre estas estelas además de los ya citados: S. Celestino Pérez, «Las estelas decoradas del suroeste peninsular. La cultura tartésica y Extremadura», *Cuadernos emeritenses* 2, Mérida, 1990, págs. 45-62. Señala el autor su distribución en Extremadura, en las cuencas de los ríos; J. A. Barceló, «Introducción al razonamiento estadístico aplicado a la Arqueología: Un análisis de las estelas antropomorfas de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 45, 1988, págs. 51-85; *Id.*, «Las estelas decoradas del suroeste de la Península Ibérica», en Aubet y otros, *Tartessos*, págs. 189-205. Reflejan la existencia de élites sociales, quizá caudillos guerreros, y una sociedad estratificada; M. Almagro Gorbea, «Las estelas antropomorfas de la Península Ibérica: tipología, dispersión cronológica e interpretación», *Congreso Internazionale la statuaria antropomorfa in Europa dal Neolitico alla Romanizzazione*, La Spezia-Pontremoli, 1988; *Id.*, «Estelas antropomorfas de la Península Ibérica», 115 *Congrès des Sociétés Savantes*, Havignon, 1990 (en prensa).

Addenda.—Sobre los focenses en Occidente han aparecido varios trabajos recientemente: M. Almagro-Gorbea, «La “colonización” focense en la Península Ibérica. Estado de la cuestión», *La parola del passato*, 204-207, 1982, 432 y ss.; T. Chapa, *Influences de la colonization phocéenne sur la sculpture iberique*, 374 y ss.; J. P. Garrido y E. M. Orta, *Las cerámicas griegas de Huelva. Un informe preliminar*, 407 y ss.; J.-P. Morel, *Les Phocéens d'Occident: nouvelles données, nouvelles approches*, 479 y ss.; R. Olmos, *La cerámica griega en el sur de la Península Ibérica. La aportación de Huelva*, 393 y ss.; R. Olmos y J. P. Garrido, «Cerámica griega en Huelva. Un informe preliminar», *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Badajoz, 1982, 242 y ss. Estamos totalmente de acuerdo con A. Blanco en que la escultura de Obulco se debe a artistas focenses; véase. J. M. Blázquez y J. González Navarrete, «The Phocian Sculpture of Obulco in Southern Spain», *AJA*, 1985. Sobre representaciones de liras en Grecia, véase el reciente trabajo de D. Paquette, *L'instrument de musique dans la céramique de la Grèce Antique*, París, 1984.

La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz), y el origen fenicio de los escudos y de los carros representados en las losas de finales de la Edad del Bronce en la Península Ibérica

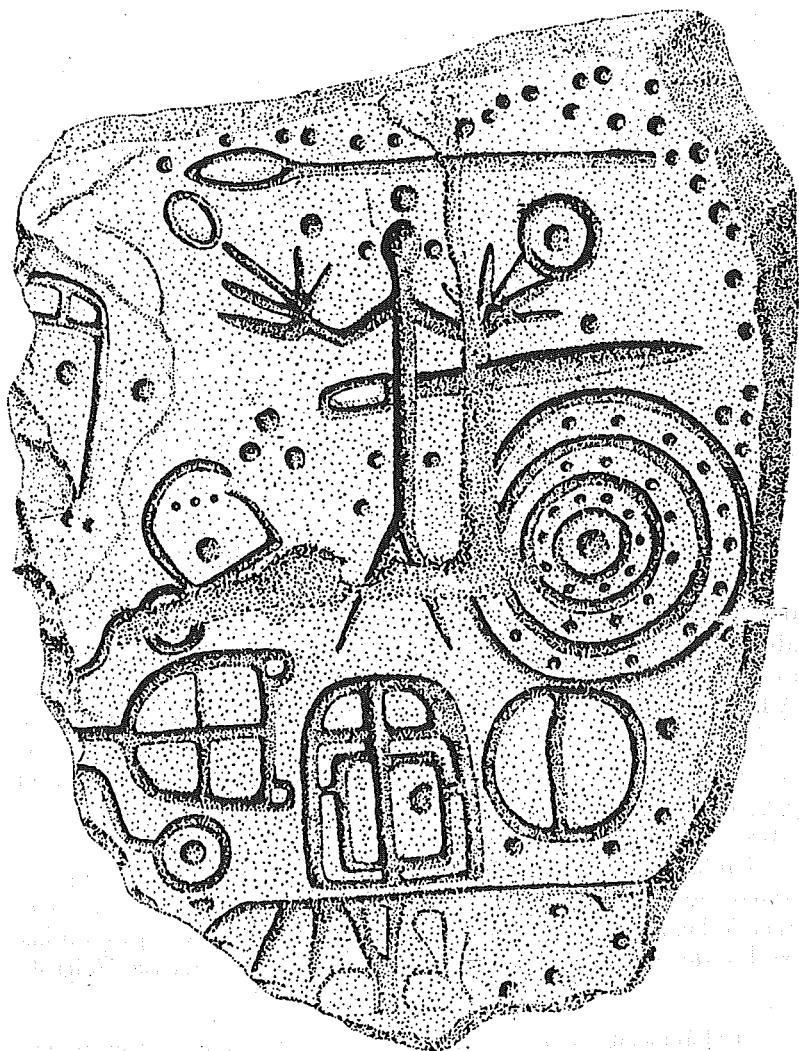
P. Bueno y F. Piñón¹ han publicado muy decorosamente una estela aparecida en Monte Blanco, que creemos es del más alto interés. En el mismo libro, *Homenaje a Cánovas Pesini*, Badajoz, 1985, S. Celestino ha estudiado los carros de estas estelas. Además de hacer más conocido este importante documento de finales de la Edad del Bronce hispano, pretendemos profundizar más de lo que se ha hecho hasta el momento presente en el origen de los escudos y de los carros representados en estas estelas.

En la estela de Monte Blanco, un guerrero es el que ocupa el centro de la composición. Con los brazos extendidos y las palmas de las manos abiertas tiene una actitud que se repite en las estelas de Abóbada, Almodóvar (Portugal)², dos de Écija I³

¹ La bibliografía sobre estas estelas es numerosa y continuamente se añaden nuevos ejemplares. Puede verse: S. Celestino, «Los carros de las estelas decoradas del suroeste», *Homenaje a Cánovas Pesini*, Badajoz, 1985, pág. 45, nota 3. A esta bibliografía hay que añadir G. Fatás, «Una estela de guerrero con escudo escotado en "V", aparecido en las Cinco Villas de Aragón», *Pirenae*, 11, 1975, págs. 165 y ss., y la citada en la nota 4.

² M. M. A. Díaz - L. Coelho, «Notável Lápide proto-histórica de Herdade da Abóbada, Almodóvar», *AP*, 35, 1975, págs. 80 y ss.

³ M. Almagro, «Nuevas estelas decoradas de la Península Ibérica», *Misce-*



Estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz), según P. Bueno y F. Piñón.

y II⁴, etc. Encima de la cabeza del guerrero, el lapicida ha colocado una lanza, que también aparece en otras estelas. La mano derecha casi toca un objeto oval, que es un espejo, también frecuentemente, del tipo del representado con mango en las estelas de Écija. Representaciones de espejos son numerosas en estas estelas (Brozas V, Alcántara I y III, Torrejón el Rubio I, Tresaarroyos, Fuente de Cantos, Solana de Cabañas, Magacela, Écija, Cabeza de Buey, Ervidel II, Gambarillas, S. Martinho II, etc.). El espejo tiene carácter funerario y se depositó en sepulturas de esta época, como en la tumba de La Aliseda, hacia 600 a.C., y en una de La Joya (Huelva)⁵ del siglo VI a.C., que creemos es de origen oriental, ya que está presente en tres estelas de Marash⁶, dos de ellas de finales del siglo VIII a.C. y la tercera de comienzos del siglo VII a.C. Junto a la mano izquierda se colocó un pequeño escudo oval con umbo en el centro, exactamente como un escudo pequeño oval que sujeta en su mano izquierda el guerrero de Abóbada. En la cintura el guerrero lleva la espada.

Debajo se encuentra un segundo escudo visto por el lado exterior, con umbo en el centro, al igual que los de otras estelas. Escudos con círculos, con bolas o con ambas cosas se documentan en las estelas de Solana de Cabañas, Arroyo de Bonoval, Santa Ana de Trujillo, Cabeza de Buey, Figueira, Brozas, Magacela, Robledillo de Trujillo, Ibahernando, Meimão, Cuatro Casas, etc. Tres filas de bolas separadas por cinco círculos en resalte deben representar las diversas placas con las que se confeccionó el escudo, o son simples motivos decorativos, lo que parece ser más probable.

Debajo de la pieza anterior se encuentra un círculo de borde

lánea Arqueológica, I, Barcelona, 1974, págs. 5 y ss. También en la de Torres Alocaz (D. Oliva - R. Chasco, «Una estela funeraria con escudo de escotadura en “V” en la provincia de Sevilla», *TP*, 33, 1976, págs. 387 y ss.) y Ervidel II (M. Varela - J. Pinho, «Las estelas decoradas do Pomar [Beja-Portugal]. Estudio comparado», *TP*, 34, 1977, págs. 174 y ss.).

⁴ I. Rodríguez - E. Núñez, «Una segunda estela del Bronce final hallada en Écija», *Pyrenae*, 19-20, 1983-1984, págs. 290 y ss.

⁵ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Madrid, 1986, *passim*.

⁶ J. B. Pritchard, *The Ancient Near East in Pictures, relating to the Old Testament*, Princeton, 1969, pág. 325, núms. 630-631; E. Akurgal, *Orient et Occident. La naissance de l'art grec*, París, 1966, pág. 132, lám. 26, fig. 133, lám. 28.

ancho atravesado por un arco que es seguramente una manera infantil y mal lograda de representar la abrazadera central.

Muy frecuentemente se coloca en estas estelas el escudo visto por el interior, con la abrazadera en el centro, sin sujetador en el borde, como es el escudo griego de los hoplitas. Escudos con abrazadera en el centro son los de Solana de Cabañas, Arroyo de Bonoval, Santa Ana de Trujillo, Cabeza de Buey, Brozas, Robledillo de Trujillo, Ibahernando, etc.

Esta diferente modalidad de sostener el escudo indica bien claramente que se trata de un escudo oriental y no griego el representado en estas estelas. El lapicida hispano, que sí cincelaba la abrazadera central, hubiera colocado igualmente el agarrador sobre el borde, como parte importante del escudo, y esto no parece ni una sola vez.

En la citada estela de Abóbada el escudo es pequeño y se sujeta por el centro, lo que es típicamente oriental, como lo indican un marfil de Megiddo⁷; relieves de Nimrud con el sitio de Gayru⁸, de Khorsabad, con el saqueo del templo de Musasir por los asirios⁹, con el asalto también de los asirios a Laschish¹⁰; un bajorrelieve de Medinet Habu, con carretas transportando a los Pueblos del Mar¹¹; y la representación de un dios de la guerra sirio fabricado en bronce, que empuña también por el centro un escudo rectangular¹². En un relieve de Zincirli el guerrero sujeta el escudo por el centro, aunque en este último caso la

⁷ J. B. Pritchard, *op. cit.* (n. 6), pág. 228, núm. 332.

⁸ *Ibid.*, pág. 293, núm. 369.

⁹ *Ibid.*, págs. 293, núm. 370.

¹⁰ *Ibid.*, págs. 293 y ss., núm. 372. Otros ejemplos: R. D. Barnett, *Assyrischen Skulpturen im British Museum*, lám. 55, cerco de una ciudad siria o fenicia de época de Tiglatpileser III (745-727 a.C.); 177, de tiempos de Asurbanipal (661-631 a.C.).

¹¹ J. B. Pritchard, *op. cit.* (n. 6), pág. 377, núm. 813. Véanse otros relieves de esta época donde magníficamente se percibe la manera de abrazar, exclusivamente por el centro, el escudo, los Pueblos del Mar (N. K. Sandars, *The Sea Peoples. Warrior's of the Ancient Mediterranean 1250-1150 B. C.*, Londres, 1978, figs. 67, 82 y 84.

¹² J. B. Pritchard, *op. cit.*, (n. 6), pág. 305, núm. 496. Igualmente el dios sobre lingote fechado en el siglo XII de Enkomi (N. K. Sandars, *op. cit.* [n. 11], lám. VIII, fig. 129; V. Karageorghis, *Cyprus from the Stone Age to the Romans*, Londres, 1982, fig. 77; *Id.*, *Kition. Mycenaean and Phoenician Discoveries in Cyprus*, Londres, 1976, fig. 55; *Id.*, *Chypre*, Ginebra, 1968, fig. 65). Otro ejemplo con rueda de rayos en T. Spiteris, *The Art of Cyprus*, Londres, 1970, págs. 134 y ss.

forma del escudo es diferente¹³. Esta última pieza se fecha en el siglo VIII a.C.

El escudo de los hoplitas se sostiene por el centro en el brazo y se agarra por el borde con la mano mediante un sujetador, como lo prueban multitud de testimonios en los que se representan escudos vistos por el interior. Baste recordar unos cuantos documentos: crátera corintio datada hacia el año 600 a.C.¹⁴; *oinochoe* Chigi corintio de finales del siglo VII¹⁵; plato rodio de finales del siglo VII o de comienzos del siglo VI a.C. con la lucha entre Menelao y Héctor por el cuerpo de Euforbo¹⁶; vaso de Vix (Francia)¹⁷, de finales del siglo VI a.C., fabricado en el sur de Italia o en Sicilia; ánfora orientalizante del siglo VII a.C.¹⁸, etc. Tan sólo se conoce un caso en el que el escudo pequeño se sujete por el centro y se presente al enemigo en un escudo de arcilla hallado en Tirinto y datado hacia el año 700 a.C.¹⁹, que lleva pintada en el lado exterior la lucha de Aquiles y Penthesilea.

Los escudos de las losas hispanas llevan varios círculos y bolas que, como se indicó ya, muy probablemente son prueba de que han sido fabricados en varias piezas, que después se empalmaban quizá mediante remaches, al igual que los calderos, Cabárcenos, etc., y sus representaciones en arcilla, en Cástulo²⁰, o las bolas son simplemente decorativas, como las líneas, al igual que en los escudos de la Gruta Ida de Creta, del siglo VIII. Esta modalidad de fabricar el escudo, que indica cierta carencia de técnica metalúrgica si se admite que el escudo se hizo a tro-

¹³ H. Frankfort, *Arte e architettura dell'antico Oriente*, Turín, 1970, pág. 221, fig. 272.

¹⁴ P. Ducrey, *Guerre et guerriers dans la Grèce antique*, París, 1985, pág. 51, fig. 25.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 65, fig. 44; R. Hampe - E. Simon, *Un millénaire d'art grec 1600-600*, Friburgo, 1980, pág. 66, fig. 102.

¹⁶ P. Ducrey, *op. cit.* (n. 14), pág. 64, fig. 43; R. Hampe - E. Simon, *op. cit.* (n. 15), pág. 66, fig. 103.

¹⁷ P. Ducrey, *op. cit.* (n. 14), pág. 99, fig. 67.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 127, fig. 88.

¹⁹ R. Hampe - E. Simon, *op. cit.* (n. 15), pág. 66, fig. 94. Los guerreros sardos también empuñan los escudos por el centro (G. Lilliu, *La civiltà dei Sardi dal neolitico all'età dei nuraghi*, Turín, 1967, lám. XL.b; N. K. Sandars, *op. cit.* [n. 11], fig. 130).

²⁰ J. M. Blázquez - J. Valiente, *Cástulo III*, Madrid, 1981, pág. 218, lám. 24.

zos, no se aprecia en el escudo de los hoplitas, donde no aparecen varios círculos, ni bolas como lo prueban las representaciones de escudos sobre el *pitbos* en relieve con el caballo de Troya, hacia 670 a.C.²¹; en la citada crátera corintia de 600 a.C.; en el plato rodio de finales del siglo VII; en el *oinochoe* Chigi; en el *oinochoe* ático del pintor de Atenea²²; en la ánfora ática de 540²³ o en el marfil encontrado en el santuario de Artemis Orthia en Esparta²⁴, etc. El escudo griego sólo lleva señalado el borde con bolas y no diferentes círculos concéntricos, sobre el cuerpo. De importancia para los escudos hispanos es un escudo cóncavo con umbo y con decoraciones de semicírculos en relieve sobre el cuerpo, representado en un jarro de finales de la Edad del Bronce, procedente de una tumba de Dromalaxia-Trypes, Chipre, que antes se creía que era importado de la costa sirio-palestina y ahora se piensa que procede de Chipre. Este tipo de escudo es idéntico al de las losas hispanas²⁵. En la pátera de Amathus, sobre la muralla de una ciudad siria, bien reconocible por las casas, se encuentra un defensor con escudo cóncavo, y con un umbo decorado con filas de bolitas, que es un segundo paralelo próximo para los escudos hispanos²⁶.

²¹ P. Ducrey, *op. cit.* (n. 14), pág. 40, fig. 22. En la crátera firmada por Aristonotos, con escena de batalla naval, de la primera mitad del siglo VII a.C., los escudos llevan bolas sobre el borde (P. Demargne, *El nacimiento del arte griego*, Madrid, 1964, fig. 534) al igual que en una segunda crátera del siglo VI a.C. (K. Papaioinou, *Griechische Kunst*, Friburgo, 1972, fig. 49).

²² P. Ducrey, *op. cit.* (n. 14), pág. 70, fig. 47.

²³ *Ibid.*, pág. 70, fig. 48.

²⁴ R. Hampe - E. Simon, *op. cit.* (n. 15), pág. 225, fig. 358. En los escudos con relieves de la Gruta del Monte Ida, fechados hacia 700 a.C., que hoy se admite comúnmente por los investigadores que se deben a artistas orientales, T. J. Dunbabin los creía ya en 1957 fenicios, tesis que creemos acertada, hay círculos concéntricos y filas de bolas en relieve que son decorativos (R. Hampe - E. Simon, *op. cit.* [n. 15], fig. 168). De este tipo serían los escudos hispanos. En el segundo escudo del Monte Ida, con cabeza de león en el centro y escenas de lucha con animales, se representan escudos con umbo decorados con bolas, que son igualmente paralelos próximos para los escudos hispanos (A. Blanco, «El escudo de Aquiles», *Historia* 16, 121, 1986, pág. 157; *Íd.*, *Arte griego*, Madrid, 1982, pág. 46 y ss., fig. 23).

²⁵ V. Karageorghis, *Ancient Cyprus. 7000 years of Art and Archaeology*, Londres, 1981, fig. 40.

²⁶ J. L. Myres, «The Amathus Bowl. A longlost Masterpiece of Oriental Engraving», *JHS*, 53, 1933, pág. 38, lám. III; A. Blanco, *op. cit.* (n. 24),

En la estela de Olivenza se representan un carro con sus ruedas y las cajas de otros tres, estos últimos sin ruedas. S. Pig-gott²⁷ es de la opinión de que en algunas de estas estelas se re-presentan trampas para coger animales, pero el hecho de que todas tengan la misma forma y de que la parte delantera de dos de ellas con travesaños y sin ruedas recuerden al carro de Cabeza de Buey I, 3, sugiere la idea de tener en las cuatro figuras de las estelas de Olivenza la misma representación de los carros. Es importante señalar que las varas en la estela de Olivenza terminan formando una vuelta y enganchándose en el eje de las ruedas, exactamente igual que en varios carros orientales: Hasanlu, siglos XIII-XII a.C.²⁸; en la pátera con escenas de caza de Ugarit, siglos XIV-XIII²⁹ y en dos sítulas, la Arnoaldi y la Vace³⁰.

En el carro de Olivenza, al igual que en sus congéneres de Valencia de Alcántara II, de Solana de Cabañas, El Viso, Zarza Capilla, Las Herencias, Ategua, Cuatro Casas, Torrejón el Rubio y El Viso I, no se indican los radios; no así en los de Ategua, Cabeza de Buey I, El Viso III y Valencia de Alcántara II, lo que parece sugerir que existían dos tipos de ruedas en las estelas hispanas, unas sin radios, como los carros de guerra chipriotas³¹ y otras radiadas, como las de Illescas³² en la Península Ibérica.

pág. 158; E. Gjerstad, «Decorated Metal Bowls from Cyprus», *O.A.*, 4, 1946, pág. 10, fechada hacia 800-750 a.C.

²⁷ *The Earliest Wheeled Transport from Atlantic Coast to the Caspian Sea*, Londres, 1983, pág. 132.

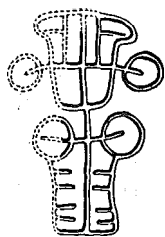
²⁸ P. Amiet, *Art of Ancient Near East*, Nueva York, 1977, pág. 225, fig. 97.

²⁹ *Ibid.* También en una caja de marfil de Enkomi (H. Frankfort, *op. cit.* [n. 13], fig. 70).

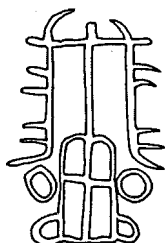
³⁰ S. Piggot, *op. cit.* (n. 27), págs. 80 y ss., figs. 111-112. La lanza en los carros griegos engancha de manera diferente, sin formar dos curvas, a las ruedas (R. Hampe - E. Simon, *op. cit.* [n. 15], figs. 193-194, del segundo cuarto del siglo VII a.C.).

³¹ V. Karageorghis, *Chypre, op. cit.* (n. 12), pág. 261, fig. 107 del periodo arcaico. Este tipo de carros a veces lleva la rueda con rayos; V. Karageorghis, *op. cit.* (n. 25), fig. 119. La vía de procedencia oriental para los carros hispanos queda confirmada por la caja del carro de Mérida, que ofrece un impresionante paralelo con la del carro de Enkomi (cfr. J. M. Blázquez, «Bronces de la Mérida prerromana», en *Emerita Augusta. Actas del Simposio Internacional Conmemorativo del Bimilenario de Mérida*, Madrid, 1976, págs. 12 y ss., láms. VI-VIII; M. Fernández-Miranda - R. Olmos, *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*, Madrid, 1986, págs. 122 y ss.).

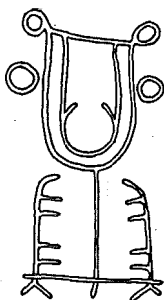
³² S. Valiente - L. Balmaseda, «El yacimiento celtibérico de Illescas», *Re-*



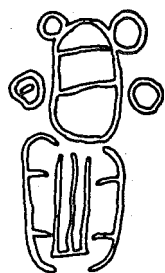
1



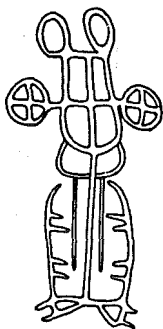
2



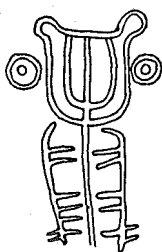
3



4



5



6

Carros. 1. Solana de Cabañas. 2. Cortijo de «Cuatro Casas». 3. Torrejón del Rubio I. 4. Zarza de Montánchez. 5. Cabeza de Buey. 6. Fuente de Cantos.

Las estelas de Monte Blanco, Fuente de Cantos y Zarza Capilla, llevan señaladas las mazas: estas últimas estelas no llevan los radios indicados, lo que parece señalar que son ruedas sin radios con mazas muy saliente, como eran las de los carros de guerra chipriotas.

Como escribe, creemos que exactamente S. Piggott³³, M. Almagro buscó los prototipos de los elementos de estas estelas

vista de Arqueología, 21, págs. 46 y ss., y 52 y ss., aunque de fecha más reciente que las de las estelas, somos de la opinión de que éste es el carro representado en las estelas, ya que tiene la lanza dividida en dos.

³³ *Op. cit.* (n. 27), pág. 132.

en el Mediterráneo oriental y en Chipre. Escudos con escotadura en V aparecen primero en el sureste del Egeo y en el área chipriota. No son un fenómeno específicamente griego, pero no necesariamente fenicio. Parece obvio que la difusión de este tipo de escudos está en relación con las actividades fenicias en el Mediterráneo como afirman Gräslund y Stary, opinión que nosotros compartimos plenamente³⁴. Con Powell y Piggott hay que buscar los prototipos de los carros en el Mediterráneo oriental, y concretamente en el arte neohitita, según nosotros, como los de Zincirli, de 832-810 a.C.³⁵, de Karkemis³⁶, de la segunda mitad del siglo VIII, o el carro fenicio con el dios de la guerra y un auriga divino, fabricado y fechado en el siglo VI-V a.C.³⁷, o los citados de Chipre. Como muy bien indica S. Piggott, el uso del carro es múltiple: servía para la guerra, para ceremonias, de parada y de recreo. Si creemos que era una señal de elevado estatus social y económico y que quizá fueran regalos de los fenicios a los jefecillos locales, en origen.

Los escudos micénicos³⁸ o del periodo geométrico³⁹ son totalmente diferentes a los hispanos por la forma. Todavía en la Guerra Lelántica, entre Calcis y Eubea, a finales del siglo VIII a.C. o en la primera mitad del siguiente, se combatió a la manera homérica; es imposible que para esa fecha el escudo hoplítico hubiera llegado a Occidente, porque no se usaba en Grecia. Además de que el escudo de las estelas hispanas no se sujeta como el de los hoplitas, sino por el centro, como el guerrero de marfil de Megiddo, de la primera mitad del siglo XIII a.C.⁴⁰.

Una estela con escotadura en U se encuentra sobre un escudo de los Pueblos del Mar de tiempos de Ramsés II (R. Gore, «Ramses the Great», *National Geographic*, 179, 4, 1991, 17). El es-

³⁴ J. M. Blázquez, «Los escudos con escotadura en V y la primitiva presencia de los fenicios en Occidente», *IV Simposio de lenguas y culturas paleoibéricas*, Victoria, 1985.

³⁵ E. Akurgal, *op. cit.* (n. 6), págs. 101 y ss., fig. 66.

³⁶ *Ibid.*, págs. 109 y ss., fig. 86.

³⁷ P. Amiet, *op. cit.* (n. 28), fig. 727.

³⁸ P. Demargne, *op. cit.* (n. 21), fig. 311, fechado entre 1400 y 1200, fig. 365, de 1300-1100; R. Hampe - E. Simon, *op. cit.* (n. 15), fig. 175, siglo XVI; fig. 224, siglo XII.

³⁹ R. Hampe - E. Simon, *op. cit.* (n. 15), fig. 236, de los años 750-735.

⁴⁰ Aharon Kempinski - M. Avi-Yonah, *Siria-Palestina II*, Ginebra, 1977, lám. 20.

cudo con escotadura en V del Monte Ida es obra de artesanos fenicios asentados en Creta, y no de artistas griegos, como defendió Kunze. Tampoco son obras importadas, según J. J. Dunbabin (*The Greeks and their Eastern Neighbours. Studies in the relations between Greece and the countries of the Near East in the eighth and seventh centuries BC*, Londres, 1957. También G. Markoe, *Phoenician Bronze and Silver Bowls from Cyprus and the Mediterranean*, Berkeley, 1984). Son los mismos escudos sin escotadura de las páteras fenicias (A. Unai, *Some aspects of «phoenician bowls» with especial reference to the prothochypriote class and 1-3*, Michigan, 1977) y de los guerreros sardos (G. Lilliu, *La civiltà dei sardi dal neolitico all'età dei vragni*, Turín, 1967, láms. XL, XLV), con cuernos de lira también a veces. Los guerreros del vaso micénico del siglo XII a.C. proceden de la costa de Asia no son griegos, a juzgar por los cascos, llevan escudos con escotadura (R. Hampe, E. Simon, *Un millénaire d'art grec 1600-600*, Friburgo, 1980, 144 y ss., 153, figs. 223-224). Para los escudos de la época griega arcaica: P. Ducrey, *Guerre et guerriers dans la Grèce antique*, París, 1985.

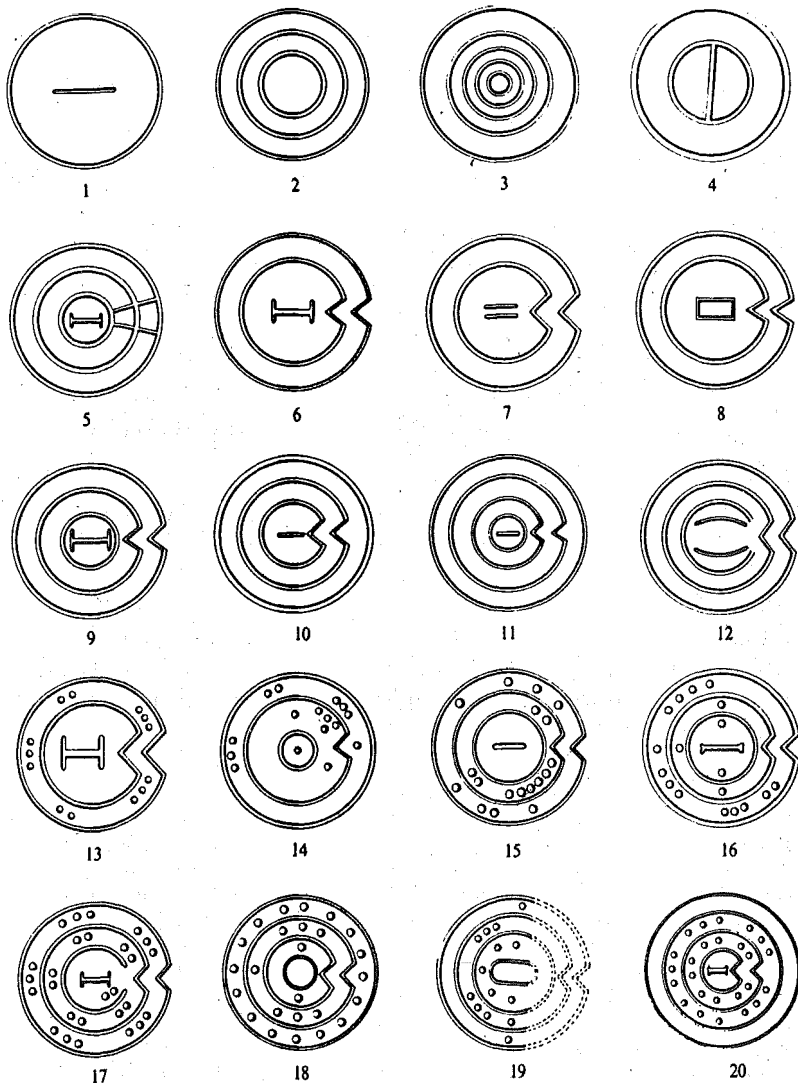
Los escudos con escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica

Los escudos con escotadura en V, desde hace treinta y cinco años, vienen motivando importantes y continuos trabajos. Se discute su procedencia, su llegada a Occidente por el Mediterráneo, en barcos griegos o fenicios; por el interior, desde el centro de Europa, o por el Atlántico. Son contemporáneos de la colonización fenicia¹ y griega² en Occidente. Su fecha de origen hoy se tiende a remontar hasta el siglo VIII e incluso el siglo IX a.C.³, y duran hasta mediados del siglo VII a.C.

¹ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975; *Íd.*, «Los fenicios en la Península Ibérica (1100 - final del siglo IV a.C.)», *Historia de España Antigua. I. Protobistoria*, Madrid, 1983; *Íd.*, «Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España, I», *Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici II*, Roma, 1983, págs. 311-373; A. M. Bisi, «L'espansione fenicia in Spagna», *Fenici e arabi nel Mediterraneo*, ANL, 1983, págs. 97-151; E. C. González Wagner, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid, 1983; varios, *Phönizier im Westen*, Maguncia, 1982; J. Alvar, *La navegación prerromana en la Península Ibérica: Colonizadores e indígenas*, Madrid, 1981; *Íd.*, «Los medios de navegación de los colonizadores griegos», *AEA*, 52, 1979, págs. 67-86. La situación del mundo griego no permitía una navegación en el siglo IX a.C. a Occidente, fecha del origen de los escudos. Sobre Grecia en el siglo VIII a.C., véase: varios, *The Greek Renaissance of the Eighth Century B.C.: Tradition and Innovation*, Estocolmo, 1983.

² A. García y Bellido, *Historia de España, España Protobistórica*, Madrid, 1952, págs. 495-509.

³ M. Almagro Gorbea, *El Bronce final y el periodo orientalizante en Extremadu-*



Escudos. 1. Esparragosa de Lares. 2. Valdetorres. 3. Fuente de Cantos. 4. Écija núm. 2. 5. Robledillo de Trujillo. 6. Ibahernando. 7. Arroyo de Bonoval. 8. Torrejón del Rubio I. 9. Granja de Céspedes. 10. Zarza de Montánchez. 11. Torres de Alocaz. 12. Alburquerque. 13. Solana de Cabañas. 14. Figueira. 15. Cabeza de Buey. 16. Sta. Ana de Trujillo. 17. Brozas. 18. Ervidel II. 19. Valencia de Alcántara I. 20. Magacela.

Desde la publicación del libro de M. Almagro, en 1966, sobre estos escudos⁴, están apareciendo continuamente nuevas piezas, que aumentan considerablemente el catálogo de los ejemplares conocidos, cuya lista publicamos en este trabajo.

En 1950 H. Hencken⁵ puso en relación estos escudos con la temprana llegada de los griegos a Occidente; como estos escudos no se documentan ni en Sicilia ni en la Magna Grecia, dedujo el sabio norteamericano que los trajeron los griegos en una etapa anterior a la gran colonización griega en el Mediterráneo central⁶.

Recientemente, un buen conocedor de los problemas de la Península Ibérica, M. Bendala⁷, ha vuelto a resucitar la tesis del profesor de Harvard, que había quedado descartada hacía años, apoyado también en la lira representada en uno de estos escu-

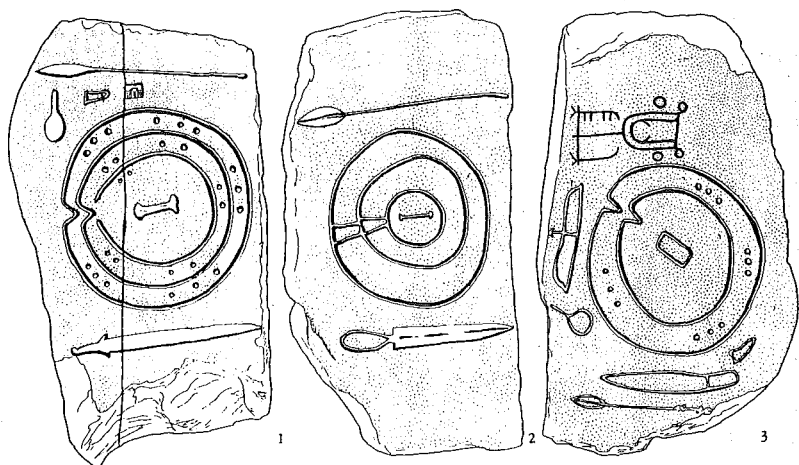
ra, Madrid, 1977, págs. 159-194; V. Pingel, «Bemerkungen zu den ritzverzierten Stelen und zur beginnenden Eisenzeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel», *Hamburger Beiträge zur Archäologie*, 4, 1974, págs. 1-19. Sobre las escotaduras, me escribe el profesor Melena lo siguiente: «Independientemente de las diferencias en formato y configuración, la presencia de escotaduras en los escudos corporales del II milenio a.C. en Tera (cfr. Sp. Marinatos, «From the miniature Fresco of Thera: a Detail of the Bodyshield», *AAA*, 6, 1973, págs. 494-497), me hace pensar en un origen funcional de las escotaduras en los escudos. Como puede verse en el escudo representado en Tera y quizá en la continuación gráfica del mismo en un signo del silabario micénico, la escotadura corresponde al cuello del guerrero que lo porta. Puede suponerse que las escotaduras de los broquetes extremeños son funcionales, esto es, se adaptan al cuello del combatiente e impiden golpes en la garganta bajo el yelmo con el canto del mismo y supondrían la existencia de una táctica bélica similar a la hoplítica.»

⁴ M. Almagro, *Las estelas decoradas del suroeste peninsular*, Madrid, 1966; M. Varela Gomes - J. Pinho Monleiro, «Las estelas decoradas de Pomar (Beja - Portugal). Estudio comparado», *Trabajos de Prehistoria (TP)*, 34, 1977, páginas 194-197. La presencia de las fibulas de codo y no la de las de doble resorte en las losas sepulcrales extremeñas y en un caso, en la estela de Santa Ana de Trujillo, de la de un arco, indica que estas estelas comenzaron a usarse muy a los comienzos del primer milenio, en la etapa precolonial, donde ya aparecen elementos del Mediterráneo oriental traídos por los fenicios.

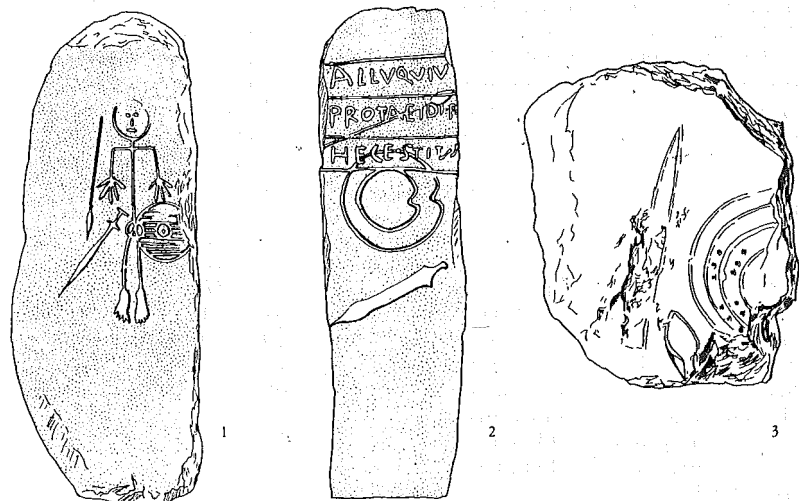
⁵ «Herzsprung Shields and Greek Trade», *AJA*, 54, 1950, págs. 295-309.

⁶ D. Asheri, «La colonizzazione greca», *La Sicilia Antica*, 1, Nápoles, 1980, págs. 89-142.

⁷ «Notas sobre las estelas decoradas del suroeste y los orígenes de Tartessos», *Habis*, 8, 1977, págs. 177-205; *Id.*, «En torno al instrumento musical de la estela de Luna (Zaragoza)», *Homenaje al profesor M. Almagro Basch*, II, Madrid, 1983, págs. 141-146.



1. Estela funeraria de Brozas (Cáceres), según M. Almagro. 2. Estela de Robledillo de Trujillo (Cáceres), según M. Almagro. 3. Estela funeraria de Torrejón del Rubio I, según M. Almagro.



1. Estela de Torrejón del Rubio III, según M. Almagro. 2. Estela de Ibahernando (Cáceres), según M. Almagro. 3. Estela de Meimão (Castelo Branco), según M. Almagro.

dos, en el hallado en las Cinco Villas de Aragón, que él cree de procedencia griega.

Las diferentes interpretaciones propuestas sobre estos escudos brevemente resumidas son las siguientes:

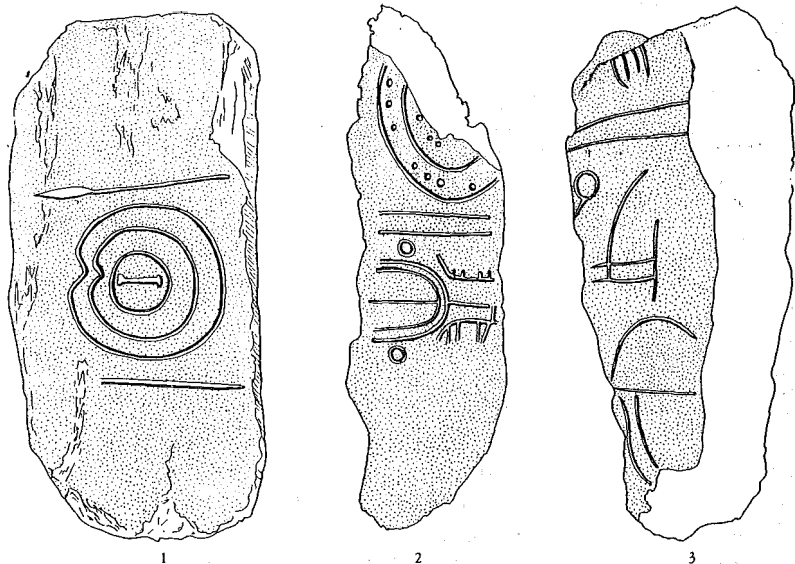
1950. Tesis de H. Hencken ya indicada. Inmediatamente cambió este autor su opinión, que abandonó antes de 1954. Propone en su trabajo un origen mediterráneo para estos escudos. Su difusión posterior sería a través de dos rutas diferentes: La ruta central del ámbar, que se dirige al norte de Europa. Esta ruta originaría los escudos en U, que se documentan en Escandinavia y en Irlanda. La segunda vía es la ruta atlántica, que seguirían los escudos con escotadura en V de la Península Ibérica y de Irlanda.

1954. E. Sprockhoff⁸ sugiere que estos escudos no pueden proceder de Grecia, donde nunca están representados en los monumentos, o donde son excepcionales. Demuestra este investigador que los motivos simbólicos son típicos de la Europa central, de donde deduce que esta zona es el origen de los escudos. Son los campos de urnas los que han originado estos escudos. Son una muestra del influjo ejercido por los pueblos de la Europa central, el noroeste de los Balcanes y el valle medio del Danubio. H. Hencken se unió a esta tesis, según carta que publicó E. Sprockhoff.

1962. A. Soutou⁹ acepta la tesis de E. Sprockhoff, pero, como en el Centro de Europa, valle del Danubio, no se encuentran estos escudos, indica que, ya que la civilización del centro de Europa ha influido poderosamente en la región del Báltico occidental, de modo que Déchelette incluyó ambas regiones en una misma provincia arqueológica, son los países Escandinavos el lugar de origen de los escudos con escotadura. Descarta también que sean de procedencia griega. De siete ejemplares de escudos con escotadura en U, seis han aparecido en esta región: Näckhålle, Copenhague I y II, Taarup, Herzsprung I y II. Los símbolos solares, que se encuentran tan numerosos en las rocas de Bohuslän, confirmarían, según este autor, esta tesis. Se expli-

⁸ «Nordische Bronzezeit und frühes Griechentum», *JRGZM*, 1955, págs. 28-110.

⁹ «La stèle au bouclier à échancrures en V de Substantion (Castelluanle-Lez, Hérault)», *Ogam*, 84, 1962, págs. 521-546.



1. Estela de Granja de Céspedes (Badajoz), según M. Almagro. 2. Estela de Valencia de Alcántara II (Cáceres), según M. Almagro. 3. Estela de Valencia de Alcántara III (Cáceres), según M. Almagro.

ca la difusión de los escudos con escotadura en V por las relaciones marítimas, que a lo largo de la Edad del Bronce se establecieron entre todos los países productores de estaño. Irlanda sería el centro de este tráfico, que se dirige por una parte hacia el Báltico y la Europa central, y por otra hacia la Península Ibérica y Grecia. Como en Irlanda están atestiguados los dos tipos de escotaduras en V y en U, piensa A. Soutou que en esta isla se originó este tipo de escudo por estilización del tipo de U.

En la Península Ibérica estos escudos los traerían los comerciantes, que, en opinión de Avieno (113-114), comerciaban con las Islas Británicas.

A través del Estrecho de Gibraltar los escudos con escotadura en V, desconocidos en Europa central, habían llegado a Grecia.

La ornamentación del escudo de Idalión, Chipre, con discos solares, y la estela de Substantion, en la Galia, con ruedas y cisnes, decoración desconocida de los ejemplares hispanos, probarían, quizá, que los marinos del Mediterráneo occidental, sin

duda los fenicios, recorrerían directamente la misma vía hasta la Cassitérides. Creemos que este viaje está probado por el barco votivo de Caergwrle, Gales¹⁰, que es un navío fenicio. La estela de Substantion sería otra vía directa desde Irlanda hasta Grecia a través del istmo galo.

1967. Bo Gräslund¹¹, de Uppsala, propone la teoría de que la difusión de estos escudos por el Mediterráneo se relaciona con las actividades comerciales de los fenicios y de los orientales durante los siglos VIII-VII a.C. Según el sabio sueco, es discutible que estos escudos sean típicamente griegos. Las áreas donde han aparecido en el Egeo, Samos, Rodas, Creta y Chipre, son periféricas al mundo griego. Estas islas, al final del siglo IX a.C., se encontraban en estrecho contacto con el Próximo Oriente; mantenían intensas relaciones con el área sirio-palestina durante los siglos siguientes, lo que se confirma por los exvotos del Heraion de Samos¹². En estos intercambios fue Grecia la que recibió la parte más importante. Chipre y Rodas pueden ser consideradas como los principales centros de la cultura fenicia en este tiempo. La Cueva del Ida en Creta y el Heraion de Samos, donde se han hallado los escudos, contienen gran número de elementos fenicios. D. J. Dunbabin¹³ propuso que estos escudos eran obra o de artesanos fenicios o de sus discípulos. La distribución en el Egeo de los escudos, tipo Herzsprung, prueba que estos escudos no son específicamente griegos. Lo mismo parece desprenderse de su difusión en la Península Ibérica.

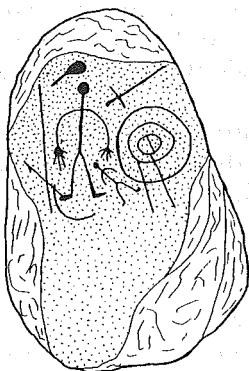
En Cerdeña la última cultura Nurágica tiene relaciones ligeras con los griegos y muy intensas con los fenicios. Durante el siglo VIII a.C. la zona suroeste de la isla puede ser considerada parcialmente como una regular colonia fenicia. Según este autor, durante el siglo VIII a.C. las figuras de bronce con escudos,

¹⁰ S. Green, «The Caergurle Bowl - not Oak but Shale», *Antiquity*, 59, 1985, págs. 116-117, láms. XXII-XXIII.

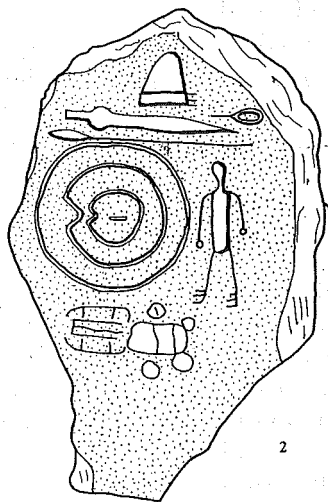
¹¹ «The Herzsprung Shield Type and its Origin», *Acta Archaeologica*, 38, 1967, págs. 59-71.

¹² M. Almagro, «Un tipo de exvoto de bronce ibérico de origen orientalizante», *TP*, 37, 1980, pág. 257; R. Hampe - E. Simon, *The Birth of Greek Art. From the Mycenaean to the Archaic Period*, Londres, 1981, *passim*; J. Jantzen, *Ägyptische und orientalische Bronzen aus dem Heraion von Samos*, Bonn, 1973, *passim*.

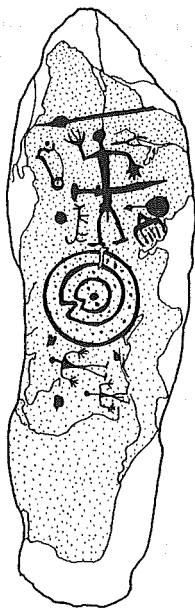
¹³ *The Greeks and their Eastern Neighbours*, Londres, 1957, págs. 40-41.



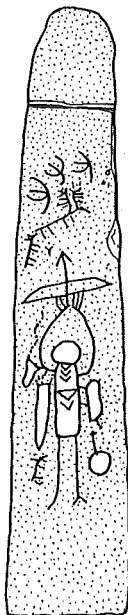
1



2

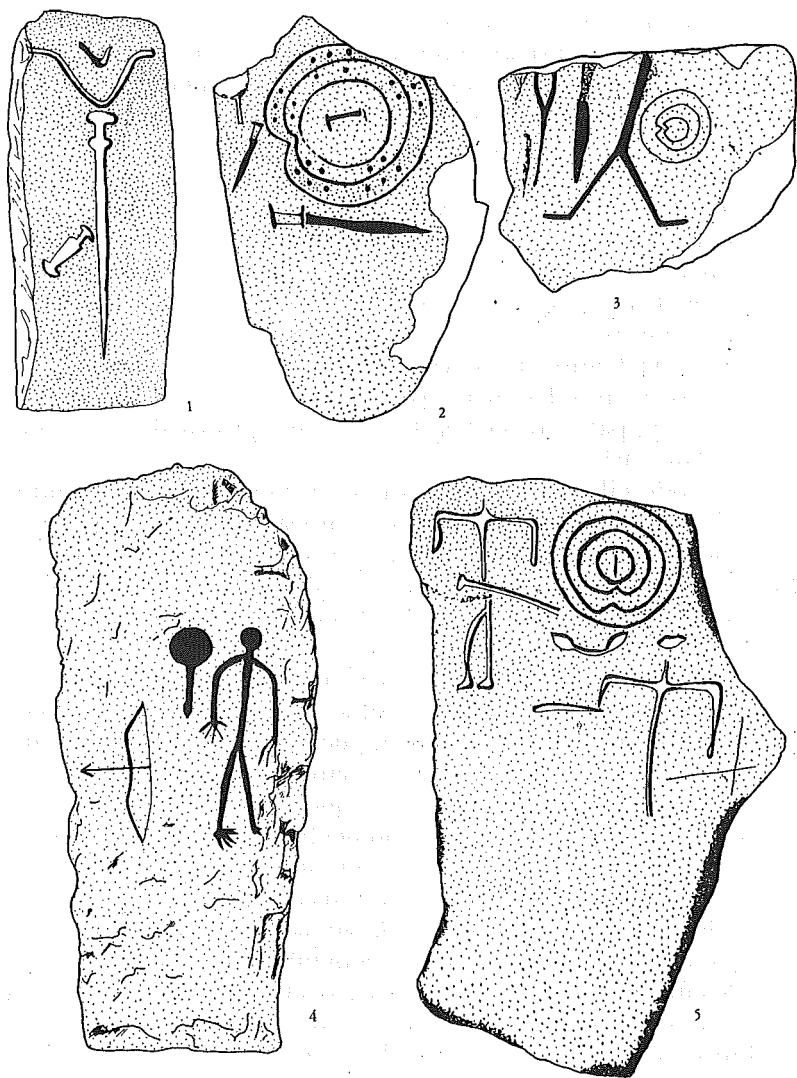


3



4

1. Estela decorada de Burguillos (Sevilla), según J. M. Rodríguez Hidalgo. 2. Estela decorada de Zarza de Montánchez (Cáceres), según M. Almagro y J. L. Sánchez Abal. 3. Estela de Ervidel II, según M. Varela y J. Pinho. 4. Estela de S. Martinho II, según M. Varela y J. Pinho.



1. Estela de Filitosa V, según N. K. Sandars. 2. Estela de Aldea del Rey I (Ciudad Real), según J. Valiente y S. Prado. 3. Estela de Aldea del Rey II (Ciudad Real), según J. Valiente y S. Prado. 4. Estela de Montemolín (Marchena, Sevilla), según F. Chaves y María L. de la Bandera. 5. Estela de Torres Alocaz (Sevilla), según D. Oliva y R. Chasco.

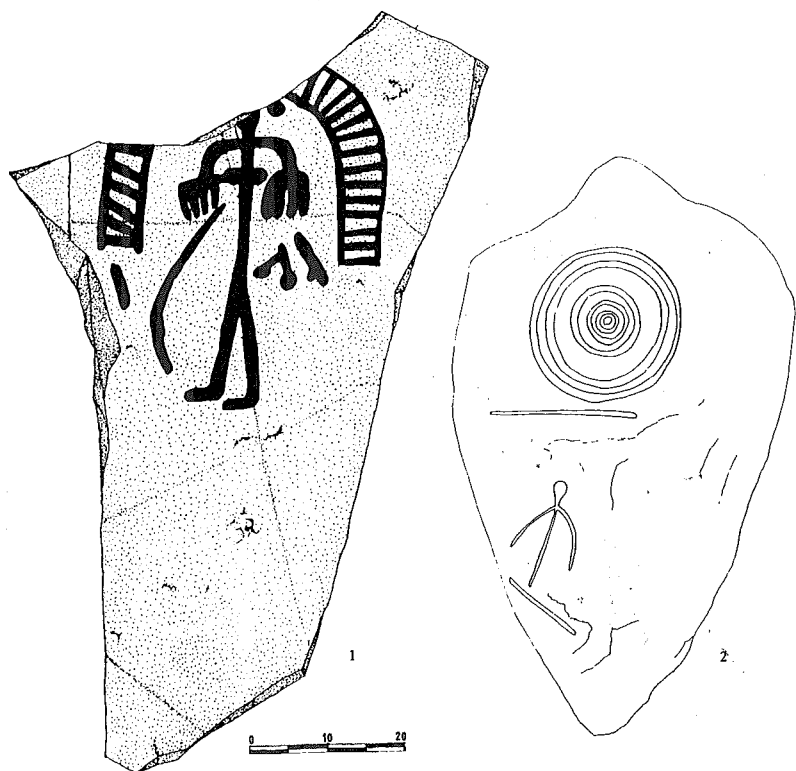
que pueden ser una variante sarda de los escudos Herzsprung, muchos elementos sirio-fenicios y la mayoría de estos bronce, al parecer, se han hallado en un contexto de actividades fenicias en la isla durante los siglos VIII-VI a.C. Bo Gräslund recuerda que, salvo el escudo de Substantion y la representación más reciente en la síntula de Certosa, los principales grupos de los escudos tipo Herzsprung en el Mediterráneo se han encontrado en áreas más bien de influjo fenicio que griego. La difusión coincide con otros elementos del sur del Egeo/Próximo Oriente, como las fíbulas tipo Megiddo o de Kurion, o las fíbulas de Huelva, que se representa junto con los escudos tipo Herzsprung en la Península Ibérica. Los únicos escudos orientales que se pueden relacionar, probablemente, con los de tipo Herzsprung, parecen ser los de Karkemis y el oval del palacio de Arslan-Tash.

De todo ello deduce el autor sueco que, quizá, los escudos tipo Herzsprung se originaron en el sureste del Egeo y en el área chipriota, que no son un fenómeno específicamente griego y necesariamente no fenicio; *but it seems obvious that the diffusion of the type in the Mediterraneans is connected with Phoenicians and Oriental activities during the 8th and 7th centuries B.C.*

1980. P. Schauer¹⁴ escribe que el lugar de origen de los escudos hispanos pertenece a la *koiné* final, los campos de urnas, teoría que encontramos desacertada, pues, salvo el escudo de Cinco Villas, los restantes escudos se han hallado en la Península Ibérica, en regiones que no tienen que ver nada con la cultura de los campos de urnas, excepción hecha de algún elemento aislado. Se encuentran muy apartado de su área. No han aparecido en la zona típica de los campos de urnas. De los escudos de Creta, siglo VIII a.C., afirma que cada vez se generaliza más la idea de que obedecen a prototipos orientales, tesis que se refuerza por los últimos hallazgos en la isla. Esta tesis es la nuestra. Ya en época de Homero los fenicios tenían fama de excelentes fundidores¹⁵. Así Aquiles (*Il.* 23, 741) ofrece como premio una crá-

¹⁴ «Der Rundschild der Bronze- und frühen Eisenzeit», *RGZM*, 27, 2580, págs. 196-248.

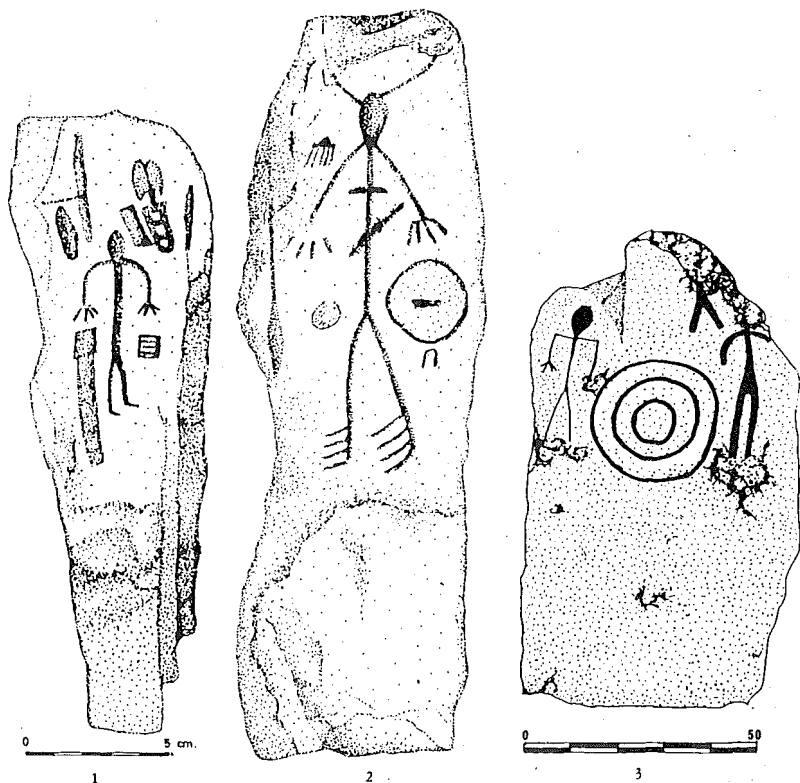
¹⁵ A. Blanco, *Arte griego*, Madrid, 1982, págs. 43-47. Un buen ejemplo de las tempranas páteras fenicias, datado a los finales del siglo IX a.C., es la aparecida en el Cerámico de Atenas (E. Akurgal, *Orient et Occident. La naissance de*



1. Estela de Belalcázar, según J. J. E. Navascués-S. C. Pérez. 2. Estela de Orellana la Vieja, según J. J. Enríquez.

tera de plata, fabricada en Sidón y proporcionada por los fenicios. Menelao en la *Odisea* (4, 615) regaló a Telémaco otra cratera de plata, que le había dado el rey de los sidonios. El escudo de Aquiles (*Il.* 28, 478 ss.) debía ser obra de artesanos fenicios, pues sus escenas coinciden con las representadas en las páteras

l'art grec, París, 1966, pág. 154, láms. 39b, 40, fig. 103). Otras páteras en: M. E. Aubet, «Cuencos fenicios de Praeneste», *CTEER*, 13, 1969, páginas 19-52; R. D. Barnett, «The Nimrud Bowls in the British Museum», *RSF*, 2, 1974; págs. 11-33; W. Culican, «Cesnola Bowl 4555 and other Phoenician Bowls», *RSF*, 10, 1980, págs. 13-32; E. Gjerstad, «Decorated Metal Bowls from Cyprus», *O.A.*, 4, 1946, págs. 1-18; C. Hopkins, «Two Phoenician Bowls from Etruscan Tombs», *Studi in onore di Luisa Banti*, Roma, 1965, págs.



1. Estela de Capilla III. 2. Estela de Esparragosa de Lares. 3. Estela de Valdetorres, según J. J. E. Navascués-S. C. Pérez.

fenicias. Las fíbulas de codo indican la presencia de nuevas modas de vestir; traídas por los fenicios. En la *Iliada* (6, 289), Hécula elige un vestido confeccionado por mujeres sidonias, traído de la ciudad de Fenicia por Paris para vestir la estatua de Atenea. En Cástulo, las cerámicas pintadas más antiguas imitan los motivos fenicios de los vestidos.

1980. L. Lerat¹⁶ defiende que, como los escudos de Delfos y

191-203; A. Maggiani, «Coppa fenicia da una tomba villanoviana di Vetulonia», *SE*, 41, 1973, págs. 73-95. Sobre el escudo de Aquiles, véase: K. Fittschen, «Bildkunst, 1. Der Schild des Achilleus», *Archaeologia Homerica*, 1973.

¹⁶ «Trois boucliers archaïques de Delphes», *BCH*, 104, 1980, págs. 93-114.

del Heraion de Samos, son votivos, el problema estriba en conocer quiénes depositaron, como exvotos, estos escudos, que eran tomados a los enemigos, o en el caso del Heraion de Samos simbólicos. Es de la opinión que fueron los chipriotas. Las figuras de los escudos cretenses son fenicias y no chipriotas. Estas últimas son típicas de las páteras de Dali, del Louvre, de la tercera estudiada por E. Gjerstad, y de la de Teherán. Son menos finas que las de las restantes páteras fenicias.

1981. A. W. Johnston¹⁷ publica un fragmento de un escudo con escotadura en V. Su origen podía ser etrusco, aunque hay dudas de ello. Recientemente han aparecido otros escudos.

1988. M. C. Fernández Castro ha estudiado las llamadas estelas extremeñas y todos los elementos que en ella aparecen representados. No los relaciona con la llegada de los fenicios.

Veinticuatro estelas llevan grabados espejos, con claro carácter funerario, traído por los fenicios, como lo indica su aparición en la Tumba de La Aliseda (Cáceres), fechada en torno a 600 a.C.¹⁸, donde el ajuar es típicamente fenicio, y el de La Joya, en una necrópolis indígena, pero en el que el impacto fenicio es muy intenso¹⁹. En estelas funerarias neohititas, fechadas a finales del siglo VIII o a comienzos del siguiente con escenas de una pareja o de familiares, como en dos de Marash, se representan personas con espejos. En esta necrópolis de Huelva se ha hallado un escudo que su excavador relacionaba con los escudos de las losas extremeñas²⁰, y las cabecitas leoninas de un carro, que necesariamente tiene que seguir un prototipo de Chipre o de la costa sirio-fenicia²¹. La caja del carro de Mérida ofrece un impresionante paralelo con la caja de un carro de Enkomí²². Re-

¹⁷ «Fragmenta Britannica I. Two Bronzes 2. A. Herzprung Shield», *Institute of Classical Studies*, 28, 1981, págs. 145-146, lám. 3.

¹⁸ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, *passim*.

¹⁹ J. P. Garrido - E. Orta, *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya»*, Huelva, Madrid, 1978, pág. 182.

²⁰ J. P. Garrido - E. Orta, *op. cit.*, págs. 178-179.

²¹ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, págs. 391-392; J. P. Garrido - E. Orta, *op. cit.*, págs. 169-170, láminas LIV-LVI.

²² J. M. Blázquez, «Bronces de la Mérida prerromana», *Augusta Emerita, Actas del Bimilenario de Mérida*, Madrid, 1976, págs. 11-14, láms. I-II, VI-VIIIa.

cientemente se ha descubierto un relieve en Illescas, datado en el siglo V a.C., con dos carros conducidos por aurigas, un grifo y un hombre levantando la mano entre los carros. Sin negar los paralelos que han buscado los autores, que han dado a conocer esta excepcional pieza de la arqueología hispana, creemos que los carros pueden pertenecer al mismo tiempo que el carro citado de Chipre, sobre un vaso de la clase Bichrome IV, con lanza hacia la cabeza de los animales y muchos radios, siete, y en Illescas seis. La escena recuerda muy de cerca a la del relieve de la «Estela Zannoni», datada en el siglo VI a.C. con un varón delante del carro en idéntica actitud con la mano levantada y con un carro muy parecido, a juzgar por la lanza dirigida, como en el carro de Chipre, a la nuca de los caballos²³. G. E. Powell²⁴ propugna un origen del Mediterráneo oriental para los carros representados en las estelas hispanas, teoría que acepta, igual que la citada de Bo Gräslund, últimamente defendida por S. Piggott²⁵ y por P. F. Stary²⁶. Según S. Piggott, estarían estas estelas levantadas en memoria de los guerreros difuntos. Los carros representados en las estelas serían los carros usados en los rituales funerarios, que se quemarían y se depositarían en las tumbas, como en una tumba de la necrópolis de La Joya, pero hasta el momento presente no se han encontrado carros del periodo orientalizante debajo de estas estelas.

No tiene fuerza alegar contra la tesis de la procedencia del Mediterráneo oriental de los escudos, que éstos no aparecen en la costa ibérica, ya que el último escudo real aparecido procede de la necrópolis de La Joya.

Las fíbula de codo de las estelas hispanas también serían de origen chipriota: San Martinho II; Castello Blanco; Santa Ana de Trujillo; Cabeza del Buey, Badajoz; Brozas, Cáceres; Torrejón el Rubio I y II, Cáceres, según M. Almagro.

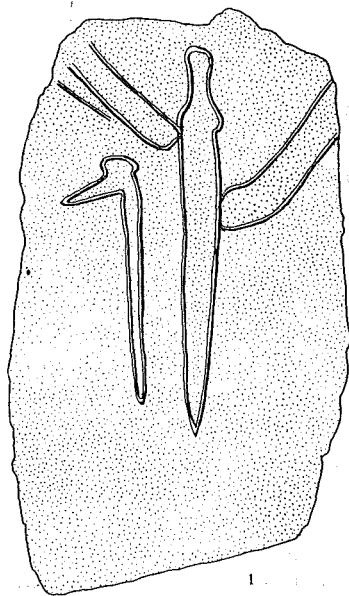
Las dos liras representadas en estas estelas (Cinco Villas de

²³ S. Valiente - L. Balmaseda, «El yacimiento celtibérico de Illescas», *Revista de Arqueología*, 21, págs. 51-53.

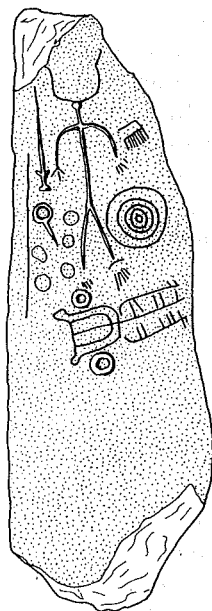
²⁴ J. V. S. Megaw, *To Illustrate the Monuments*, Londres-Nueva York, 1976, págs. 164-166.

²⁵ *The Earliest Wheeled Transport from the Atlantic Coast to the Caspian Sea*, Londres, 1983, págs. 131-133.

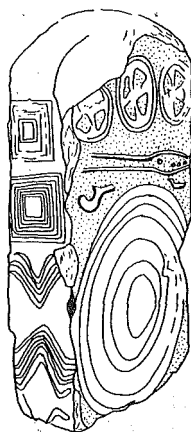
²⁶ «Foreign Elements in Etruscan Arms and Armour, 8th to 3rd Centuries BC», *Proc. Prehist. Soc.*, 45, 1979, pág. 189.



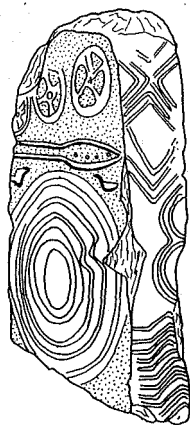
1



2



3



1. Estela de San Juan de Negrilhos, según M. Almagro. 2. Estela de Fuente de Cantos (Badajoz), según M. Almagro. 3. Estela de Substantion (Montpellier), según M. Almagro.

Aragón, y Zarza Capilla), igualmente son de origen fenicio²⁷. Las dos de la estela de Capote, Badajoz, sin escudos son hermanas de las liras de las estelas daunias²⁸. En cuanto al origen de las estelas hispanas, es mediterráneo también, como lo indican las estelas de Filetto, del siglo VII-VI a.C., que representa a un guerrero armado con dardos y un hacha²⁹, o la de Pontevecchio con puñal, de la misma fecha³⁰, aunque estas estelas son contemporáneas o posteriores a las hispanas. Estelas con armas son bien conocidas en Liguria y en Córcega³¹, con espada larga. De todo lo cual se puede deducir la llegada de los escudos con escotadura del Mediterráneo oriental, traídos en naves fenicias, pues los griegos no comerciaban con Iberia con anterioridad al viaje de Colaio de Samos, que se sitúa hacia los años 640-630 a.C., como afirma tajantemente Heródoto (4, 152). A partir de esta fecha la cerámica griega, hasta poco antes de 520 a.C., es abundantísima en Huelva, lo que probaría un comercio directo con Grecia, en manos quizá de los focenses (Her. 1, 163)³². Como la fecha que dan los investigadores para los comienzos del uso de estas estelas es anterior a la fecha del viaje de Colaio de Samos, se deduce que, tanto los escudos como los carros, las fibulas y los espejos, los tuvieron que traer necesariamente los fenicios a Occidente desde el Egeo. Probablemente, lo que más estimaban los jefes militares enterrados debajo de las estelas era el nuevo armamento de cascos, posibles escudo y carros, traídos

²⁷ J. M. Blázquez, «Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce», *AEA*, 56, 1983, págs. 213-228.

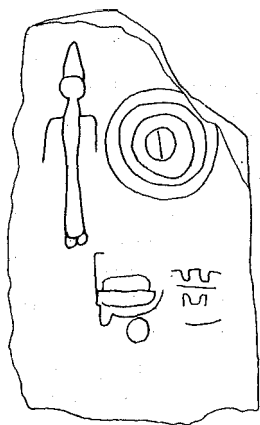
²⁸ M. L. Nava, *Stele Daunie*, I, Florencia, 1980, págs. 135-137, 591, lám. CLXXV; págs. 141-143, 620 B, lám. CXXVI; págs. 188-190, 949, lám. CCCXV; págs. 208-210, 1114 B, lám. CCCLXIII; págs. 211-213, 1122, lám. CCCLXX.

²⁹ R. Bianchi Bandinelli, *Los etruscos y la Italia anterior a Roma*, Madrid, 1973, pág. 55, fig. 58.

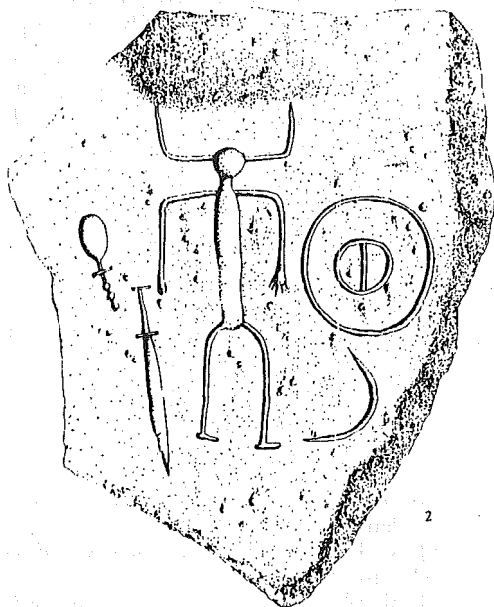
³⁰ R. Bianchi Bandinelli, *op. cit.*, págs. 55-56, figs. 60-61.

³¹ S. Moscati, *La civiltà mediterranea dalle origini della storia all'avvento dell'ellenismo*, Milán, 1980, pág. 159, fig. 43.

³² Varios, *La parola del passato*, 204-207, 1982, con varios trabajos dedicados a la colonización focense; J. Fernández Jurado, «La presencia griega arcaica en Huelva», *Monografías arqueológicas. Colección excavaciones en Huelva*, 1, 1984; J. M. Blázquez - J. González Navarrete, «The Phokaian Sculpture of Obulco in Southern Spain», *AJA*, 89, 1985, págs. 61-69 Véase Simposio: *AEA*, 52, 1979.



1



2

1. Estela de las Herencias. Toledo. 2. Estela de Écija núm. 2, según I. Rodríguez, E. Núñez.

por los fenicios. Muy posible los cascós de Guadalete y de Huelva son mercancía fenicia³³. No es de extrañar una penetración tan profunda de los elementos de origen fenicio tan al interior de la Península Ibérica, ya que en la zona de las estelas se documentan abundantes objetos de procedencia fenicia, como el cuenco de Berzocana (Cáceres), que sigue modelos chipriotas³⁴; el citado tesoro de La Aliseda; el jarro piriforme de Coca (Segovia)³⁵; el broche de cinturón de Sanchorreja (Ávila) con grifo sobre palmeta de cuenco³⁶; los broncees del Berrueco (Salamanca)³⁷; el jarro piriforme de Mérida, con cabeza de ciervo³⁸, etc. El escudo con escotadura en V de Cinco Villas de Aragón, acompañado de una lira, difícilmente se debe a influjo griego, a juzgar por la fecha que se asigna, 800-750 a.C., pues en el levante valenciano no hay ningún vaso griego anterior a 530-525 a.C., ni en ninguna necrópolis, ni en poblado ibérico, con anterioridad a los años 500-480 a.C.³⁹.

En Cataluña los fragmentos de vasos griegos y etruscos, de finales del siglo VII o de comienzos del siglo siguiente, son escasísimos⁴⁰, al igual que en Aragón⁴¹, todo lo cual refuerza la tesis de que no tiene que ver nada la estela de Cinco Villas con los griegos.

Algunos otros datos se pueden obtener de las representaciones de las estelas que arrojan alguna vez el origen de algunos elementos, como los cascós con cuernos (San Martinho, Magacela, y Fuentes de Cantos). Se les ha solido comparar con el cas-

³³ A. García y Bellido, *Historia de España. España protohistórica*, pág. 517.

³⁴ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, págs. 105-106, fig. 34.

³⁵ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, pág. 64, láms. 12 B - 13 A, figs. 6-7.

³⁶ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, pág. 89, lám. 23 D, fig. 32.

³⁷ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, págs. 13-15, láminas 25 B.

³⁸ J. M. Blázquez, «Bronces de la Mérida prerromana», págs. 16-17, láms. III-IV, cd.

³⁹ E. Pla, «La iberización», *Arqueología del país valenciano y su entorno geográfico: panorama y perspectivas*, Elche, 1983, pág. 25.

⁴⁰ G. Trías, *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*, Valencia, 1968, págs. 25-274.

⁴¹ G. Trías, *op. cit.*, págs. 275-284.

co de cuernos de lira de Visko, pero como demostró muy bien hace años H. Norling Christen⁴², este casco por su técnica no procede de Dinamarca, sino de Etruria, muy seguramente; lo probable es que estos cascos hispanos con cuernos sean de origen mediterráneo, donde se les encuentra algo parecidos en los guerreros sardos⁴³. Precisamente con Cerdeña mantenía la Península Ibérica relaciones comprobadas por la arqueología. Estos cascos, seguramente, proceden de Oriente, donde se les documenta en Chipre sobre dos imágenes de dioses de finales del siglo XIII o de comienzos del siglo XII a.C., precedentes ambas de Enkomi⁴⁴, y en un vaso micénico, datado hacia el año 1200 a.C.⁴⁵. Cascos con cuernos son frecuentes en relieves de la costa levantina; baste recordar la estela de Balua, con imágenes de un dios y una diosa⁴⁶ del siglo XII o XI a.C.; el Baal combatiendo, hallado en el santuario al oeste del gran templo de Ras Shamra fechado entre los años 1900-1750⁴⁷; el dios El, vestido a la moda siria, de Ras Shamra del siglo XIII a.C.⁴⁸; y el dios de la tempestad de Til-Barsib⁴⁹. Para el casco empenachado de Cabeza de Buey (Badajoz), un paralelo muy próximo son los dos guerreros de un relieve de Karkemish, con lanzas y escudos

⁴² «The Vikso Helms. A Bronze-Age Votive Find from Zealand», *Acta Archaeologica*, 17, 1946, págs. 99-115. El posible bronce danés con cuernos de lira, pág. 108, fig. 10.

⁴³ G. Lilliu, *La civiltà dei sardi dal neolitico all'età dei nuraghi*, Turín, 1967, láms. XL b, XLVII.

⁴⁴ V. Karageorghis, *Cyprus from the Stone Age to the Romans*, Londres, 1982, pág. 103; *Id.*, *Ancient Cyprus*, Londres, 1983, págs. 70-71; *Id.*, *Chipre*, Ginebra, 1968, págs. 258, fig. 65; pág. 260, fig. 95.

⁴⁵ P. Demergne, *Nacimiento del arte griego*, Madrid, 1964, fig. 331.

⁴⁶ A. Jirku, *El mundo de la Biblia. Cinco milenios en Palestina-Siria*, Madrid, 1967, pág. 236, lám. 51; J. B. Pritchard, *The Ancient Near East in Pictures relating to the Old Testament*, Princeton, 1969, pág. 300, fig. 488.

⁴⁷ A. Jirku, *op. cit.*, pág. 236, lám. 50; J. B. Pritchard, *op. cit.*, pág. 307, fig. 490.

⁴⁸ A. Jirku, *op. cit.*, pág. 236. Otro ejemplo es un bronce de Ugarit con Baal con casco de cuernos, págs. 234-235, lám. 22; J. B. Pritchard, *op. cit.*, pág. 307, fig. 493.

⁴⁹ J. B. Pritchard, *op. cit.*, pág. 313, núms. 531-532. Los dioses sirios llevan muy frecuentemente cuernos en la cabeza; J. B. Pritchard, *op. cit.*, págs. 307-308, fig. 498, al igual que las diosas, págs. 378-379, fig. 829, etc.; K. Bittel, *Las hititas*, Madrid, 1976, figs. 174-175, fechados respectivamente entre los siglos XIV-XIII y durante el II milenio.

ovales⁵⁰, pero cascos empenachados son también europeos.

Sin embargo, todos estos cascos no son paralelos exactos para los cascos de cuernos de lira de las losas hispanas. Estos paralelos iguales se encuentran sobre un broche del Museo de Copenhague, probablemente hallado en esta nación, y en un bronce neohitita de la Cólquida, que creemos puede datarse en el siglo IX-VIII a.C. todo lo más reciente, conservado en el Museo de Arte de Tiflis en Georgia, traído sin duda del norte de Siria. La diosa de estilo egipcio, obra fenicia, fechada en los siglos VI-V a.C. del Louvre, lleva también cuernos de lira, todo lo cual indica el Oriente como lugar de este tipo de cuernos⁵¹.

Otros casos son típicamente de Europa, como los de Santa Ana de Trujillo y Valencia de Alcántara III (Cáceres), con paralelos en Bélgica, como ya vio H. Hencken⁵². Las espadas de las losas hispanas son características del Bronce Atlántico, como se ha afirmado tantas veces⁵³. Estas espadas muy extendidas por toda la Península Ibérica, ya que se las encuentran en Jaén, espadas con empuñadura de lengüeta y punta de lengua de carpa, con empalme del tipo V, de Baeza, de Marmolejo, de Mengíbar, al igual que las hachas de aletas mediales de Arroyomolinos, cerca de Castellones de Ceal, una tercera de talón y anilla lateral y un hacha de apéndices laterales de origen desconocido⁵⁴; espada del Bierzo (León)⁵⁵, etc.

Probablemente las relaciones con el norte de Europa iban de Sur a Norte, tal como C. Hawkes insinúa, y no de Norte a Sur. Es ahora cuando llegaría a la Península Ibérica el dios irlandés Lug, que gozó en ambas regiones de un culto importante⁵⁶.

⁵⁰ Bo Gräslund, *op. cit.*, pág. 71; J. B. Pritchard, *op. cit.*, pág. 254.

⁵¹ P. Amiet, *Art of the Ancient Near East*, Nueva York, 1977, fig. 156.

⁵² *The Earliest European Helmets*, Cambridge, 1971, págs. 76-80.

⁵³ D. Coombs, «Bronze Age Weapon Hoard in Britain», *Archaeologia Atlantica*, I, 1975, págs. 49-81.

⁵⁴ J. Pachón - J. Carrasco - M. Malpesa, *El proceso protohistórico en Andalucía Oriental: Jaén*, Jaén, 1981.

⁵⁵ G. Delibes - J. Fernández Manzano, «Una espada de lengua de carpa excepcional procedente del Bierzo», *TP*, 36, 1979, págs. 439-444. Estas espadas se fechan en Cerdeña en el siglo IX. Cfr. F. lo Schiavo, *Occasional Paper*, 1985.

⁵⁶ J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas II*, Madrid, 1983, páginas 224, 283-284.

Sobre los pueblos hispanos, que habitaban las zonas donde aparecen las estelas, de momento no se puede decir más que lo que escribió M. Almagro Gorbea⁵⁷. Vincular las estelas con nombres concretos de pueblos no llevaría a nada, pues aparecen en Lusitania, en Aragón, en Carpetania, o en el Valle de Guadalquivir, incluso en el Sureste. Es muy incierto que los jefes muertos de las estelas estuvieran heroizados, como se ha dicho frecuentemente. La heroización en Hispania es un fenómeno posterior⁵⁸. Los personajes de menor tamaño representados junto a los guerreros son los enemigos matados por el difunto, según una moda de representarlos típica de griegos o de fenicios. El mundo de las estelas es muy variado, junto a elementos culturales, traídos por los fenicios, otros son de procedencia atlántica. Estos guerreros formarían la aristocracia local, que era la más interesada en recibir productos de los fenicios asentados en la costa, los regalos, las armas serían los más codiciados, que sería el mejor exponente del estatus social elevado. Ellos proporcionarían a los fenicios los metales. Lusitania era región productora de estaño superficial y de oro nativo⁵⁹. Esta zona ha proporcionado otro tipo de imagen del difunto, con escudo y dos lanzas, sin casco y sin espada, como sucede en la lápida de Herdade da Abóbada, Almodóvar⁶⁰.

⁵⁷ *Op. cit.*, *passim*.

⁵⁸ J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, págs. 155-156, 200-201.

⁵⁹ J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao, 1978, págs. 201-262; *Id.*, *Historia de España. España Romana*, Madrid, 1982, págs. 304-305.

⁶⁰ M. M. Alves Dias - L. Coelho, «Notável lápide proto-histórica da Herdade da Abóbada - Almodóvar (Primeira notícia)», *AP*, 3, 5, 1971, págs. 181-190. Esta estela ha sido interpretada como un guerrero heroizado, un «Smiting God», posiblemente, por M. Varela, «El «Smiting God» de Azougada (Monsa)», *TP*, 40, 1983, págs. 204-205, lám. I. La misma interpretación propone M. Almagro («Pozo Moro, un monumento funerario ibérico, orientalizante», *MM*, 24, 1983, págs. 196-197, lám. 23 b; *Id.*, «Pozo Moro y el influjo fenicio en el periodo orientalizante en la Península Ibérica», *RSF*, 10, 1982, págs. 253-254, lám. LIV 2), para el guerrero de Pozo Moro datado hacia el año 500 a.C.; pero creemos que se trata de un guerrero, aquí probablemente heroizado y no de un dios. Según los colegas portugueses, las estelas con inscripciones tartésicas son típicas de Lusitania y las que estudiamos en este trabajo del resto de la Península Ibérica. Sobre el final de la Edad de Bronce en Portugal, véase: A. Coffyn, «La fin de l'Âge du Bronze dans la centre-Portugal», *AP*, 6, 1983, págs. 169-196; *Id.*, *Le Bronze final atlantique dans la Péninsule Ibérique*, París, 1985.

No se pueden aducir, como la ha hecho J. M. Luzón, los sellos de Cancho Roano (Badajoz)⁶¹, como prueba de una colonización griega en una etapa muy temprana, ya que el estilo de estos sellos no es griego, sino semita, según me sugieren amablemente J. Boardman del Ashmolean Museum de Oxford, E. Porada de la Columbia University de Nueva York, J. Pini de la Redaktion des Corpus der minoischen und mykenischen Siegel, con sede en Maguncia, C. Fernández Castro de la Universidad de Harvard y P. Sannicolás del CSIC. Podían fecharse en los siglos VIII-VII a.C. y están fabricados en Hispania.

⁶¹ J. Maluquer - M. E. Aubert, *Andalucía y Extremadura*, Barcelona, 1981, págs. 347-349, figs. 52-53.

La colonización fenicia en la alta Andalucía (Oretania), siglos XIII-VI a.C.

El tema de la asimilación de la cultura fenicia¹ en la alta Andalucía se examinará primero en Cástulo (Jaén) por ser el yacimiento de la Oretania del que se conoce más material.

En el yacimiento de Cástulo son fundamentales para el tema del presente trabajo las excavaciones que se vienen efectuando desde hace años en el poblado de finales de la Edad del Bronce, llamado La Muela², situado entre el río Guadalimar y

¹ Sobre los fenicios en Occidente, véase: J. Alvar, *La navegación prerromana en la Península Ibérica: Colonizadores e indígenas*, Madrid, 1980; J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975; *Íd.*, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica*, *Protobistoria*, I, Madrid, 1983, págs. 277 y ss.; G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée*, Roma, 1979; S. Frankenstein, *The Phoenicians in the Far West: A Function of Neo-Assyrian Imperialism: Power and Propaganda. A Symposium on Ancient Empires (= Mesopotamia 7)*, 1979, págs. 263 y ss.; G. López Monteagudo, «Panorama actual de la colonización semita en la Península Ibérica», *RSF*, 5 (1977), págs. 195 y ss.; E. C. González, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica, Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid, 1983; H. G. Niemeyer y otros, *Phönizier im Westen*, Maguncia, 1982; C. R. Whittaker, «The Western Phoenician: Colonization and Assimilation», *PCPhS*, 200 (1974), págs. 58 y ss.

² J. M. Blázquez - J. Valiente, *Cástulo III*, Madrid, 1981, con toda la bibliografía menuda sobre los paralelos; *Íd.*, «Materiales procedentes de un poblado del Bronce final en Cástulo», *Zephyrus*, 32-33 (1981), págs. 195 y ss.; *Íd.*, «El poblado de la Muela y la fase orientalizante en Cástulo (Jaén)», *Phönizier im Westen*, págs. 405 y ss.; J. M. Blázquez - M. P. Gelabert, «Nueva campaña de excavación en La Muela, Cástulo, Linares», *CAN*, 16 (1983), págs. 597 y ss.; M. P. García-Gelabert, «Los enterramientos en la alta Andalucía (España):

la vía del ferrocarril Madrid-Cádiz y, más concretamente, entre el camino estrecho que bordea la línea del ferrocarril y el río. En esta zona, el terreno está cortado en talud sobre el río y los diferentes estratos arqueológicos quedan al descubierto en bancales sobre el río, que corre mucho más profundo que en la Antigüedad. Las excavaciones han descubierto una serie de construcciones y piezas de cerámica del más alto interés científico, donde se encuentra la primera presencia de la colonización fenicia y su asimilación progresiva por los indígenas.

SANTUARIO DE LA MUELA

El más primitivo testimonio de arquitectura de finales de la Edad del Bronce se halla en el nivel inferior de la excavación. Se trata de un largo muro fabricado de cantos rodados en la parte inferior y de cantos más pequeños en las hiladas superiores, con bloques prismáticos en las esquinas. Este muro pasa por debajo de otro muro edificado a nivel superior. No queda clara la finalidad de este lienzo. Podría pensarse en una represa para captación de agua o que cerrase un espacio de habitación. El lugar fue inundado y se llenó de limo. Sobre él se instaló un taller de fundidores. Sobre un suelo de arcilla compacta están depositados numerosos restos óseos y cerámicos mezclados con escorias y bloques de galena argentífera. Un almacén de mineral se halla a ambos lados y por debajo de un segundo muro. Se trata de un taller al aire libre con un pequeño hogar rodeado de piedras en semicírculo. A este taller pertenece una gran tinaja empotrada en el suelo. En ella se almacenaría agua para enfriar los instrumentos de fundición. Esta tinaja tiene un paralelo en la vivienda número 8 de Cerro Salomón, en Huelva, que es también un poblado de metalúrgicos. Dentro de la tinaja se recogieron dos grandes morteros de piedra con sus cazoletas correspondientes. Los mangos eran guijarros, que se han hallado en otros lugares de la excavación. Estos morteros y mangos son gemelos a los encontrados en el Cerro Salomón y en los centros mineros de la provincia de Córdoba.

sus relaciones con el Mediterráneo oriental», *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* II, Roma, 1991, págs. 889 y ss.

A continuación cambia radicalmente el panorama. Puso al descubierto la excavación un complejo de muros, que debió sufrir sucesivas destrucciones y reconstrucciones, que formaban una unidad. Un muro recorre toda la excavación en sentido este-oeste y se inserta en otras edificaciones al este. Presenta la novedad de incorporar losas delgadas de arenisca cada tres hiladas para igualar y consolidar la obra. Las piedras están cogidas con un cemento muy duro, de arcilla depurada; seguramente se trata de limo del río, mezclado con una pequeña cantidad de cal. Para cimentar el terreno se utilizó igualmente una capa compacta de arcilla. Este sistema de construcción se repite exacto en un edificio paleopúnico de Toscanos (Málaga), fechado hacia el año 700 a.C. En el lado norte un hueco servía probablemente para sostener el poste del tejado, que sería de ramaje cogido con barro.

Todo el conjunto de edificaciones forman cinco habitaciones. La primera, de oeste a este, es de forma triangular. Siguen dos dependencias rectangulares, con muro inferior en la parte oriental y en la inferior en el lateral superior y en el occidental. El centro del complejo lo ocupa una ancha habitación de forma irregular, que lleva una segunda alargada adosada en la parte superior.

El conjunto formaba una unidad y estaba cerrado por varios tramos de un camino enlosado, que penetra por la abertura que dejan abierta los muros contiguos en el lado norte. El camino va a la altura de la hilada inferior de los muros y al atravesar el portillo forma una rampa, que asciende suavemente hasta la altura de las hiladas superiores del muro. Una inundación anegó todo el exterior, incluido el camino enlosado, por lo que el muro tuvo que ser rehecho. En las últimas fases de construcción del conjunto, a juzgar por el derribo, se utilizaron adobes, cuya existencia coincide con las técnicas constructivas de Toscanos. A la cuarta y última fase de edificación pertenece un pavimento de guijarros, que es uno de los elementos sacados a la luz del más alto interés científico. En Cástulo ya se habían encontrado antes pavimentos de guijarros, en la próxima necrópolis de Los Baños de la Muela, formando bandas empedradas, que, por la cerámica griega recogida junto a ellos, se fechan a finales del siglo v o a comienzos del siglo iv a.C. La necrópolis de Los Baños de la Muela se utilizó cuando las edificaciones entre

las que aparecen tumbas estaban ya abandonados y, por lo tanto, las bandas o cenefas del empedrado no pertenecen a las tumbas, sino a edificios ya abandonados.

En la necrópolis del Estacar de Robarinas, las tumbas están rodeadas de bandas o de cenefas, confeccionadas con guijarros sencillos o combinando los de menor tamaño con otros mayores colocados de plano, con un tipo de técnica bien documentado en los yacimientos de finales de la Edad del Bronce o periodo orientalizante del sur de la Península Ibérica, como en la Colina de los Quemados en Córdoba, en una cabaña circular fechada poco antes de la primera presencia de la colonización fenicia, siglo VIII a.C. Esta técnica se mantiene en estratos posteriores de los siglos VII-VI a.C. En las mismas fechas aparecen estos pavimentos en Carmona, donde G. Bonsor describió un complejo de varias estancias muy parecido al de Cástulo con un patio empedrado de guijarros.

Esta técnica se repite en Pozo Moro (Albacete), donde el monumento funerario, cuyos relieves, según su excavador, M. Almagro Gorbea, a juzgar por el estilo, se fechan hacia los siglos VIII-VII a.C., estaba rodeado de un mosaico, más bien un fino empedrado. En la necrópolis de Castellones de Ceal, también en la provincia de Jaén, en las proximidades de la cámara funeraria, que llegó intacta, se encontraban dos de estos pavimentos superpuestos.

Fuera de la Península Ibérica estos pavimentos son bien conocidos. Se encuentran desde Gordion, del siglo VIII a.C. hasta los de Atenas, Olinto, Sición y Pella, etc. En Grecia se generalizó esta técnica a partir del siglo V a.C. y se emplearon ya en ellos las figuras humanas, animalísticas y de seres fabulosos. En Morgantina se usaron estos pavimentos en el siglo III a.C. En el ambiente púnico se encuentran en Motya, pero éstos no parece que sean el nexo entre los pavimentos de guijarros orientales y los de la Península Ibérica, pues existe, según se ha indicado, una tradición anterior de su uso, bien atestiguada en la Península Ibérica. Sin embargo, somos de la opinión que esta técnica de pavimentos la trajeron a Occidente los fenicios y que aquí se generalizó.

El empedrado de Cástulo, con paralelo exacto en Arslan Tash, por los datos de la excavación, se fecha, todo lo más tarde, en el paso del siglo VII al VI a.C. para su fase final, o sea para

la separación de los bordes con la cenefa, siendo la colocación del pavimento de guijarros de finales del siglo VII a.C.

En la campaña de excavaciones del año 1983 se descubrió un segundo mosaico de guijarros más antiguo, pues se fecha en el siglo VIII, con paralelos exactos en Tirinto, en Til Barsib, en Arslan Tash y en Altintepe. Pertenecía a la parte más antigua del santuario; también se ha sacado a la luz la entrada y un témenos. La presencia de estos dos mosaicos y de este santuario parece indicar la existencia de una comunidad siria del norte, más que chipriota, en Cástulo en función de las minas ya en el siglo VIII a.C.³

Sobre la utilización de este conjunto, los datos de la excavación descartan que se trate de una tumba. Las sucesivas reconstrucciones de una de las estancias, los deshechos de huesos, las cerámicas rotas *in situ* y las cenizas abundantes, sugieren la idea de que se trate de un recinto ritual. Se trataría de un santuario integrado por varias dependencias, de las que han quedado al descubierto un patio, una fosa ritual, una rampa y la estancia, a la que ésta daba acceso, aislada, por razones rituales, del resto del conjunto. En un ángulo había una cocina al aire libre. Todo ello recuerda muy de cerca al santuario de Silo, descrito en la Biblia (1 Sam. 1, 1-9). Aquí, las familias israelitas cocinaban en el recinto sagrado las carnes, que a continuación eran ofrecidas a la divinidad y comidas a continuación entre sacerdotes y oferentes. No hay prueba alguna de que sea un palacio.

Los hallazgos cerámicos corroboran esta interpretación, pues se trata de grandes tinajas decoradas con incisiones, de recipientes con peanas cuadrangulares, de cazoletas halladas en gran número en el patio, de piezas con bordes estriados y de restos de un torito en terracota.

El santuario de Cástulo no se emparenta con los santuarios turdetanos de Sierra Morena, con multitud de exvotos de bronce, que G. Nicolini⁴ cree que se deben al influjo semita en ori-

³ D. Fernández Galiano, «New Light on the Origins of Floor Mosaics», *The Antiquaries Journal*, 62 (1982), págs. 235 y ss.; D. Salzmann, *Die ältesten Kieselmosaiken, Untersuchungen zu den antiken Kieselmosaiken*, Berlín, 1982, páginas 4 y ss.

⁴ G. Nicolini, *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*, París, 1969, pág. 65, n. 2, págs. 144, 1, págs. 153 y ss.

gen. Se encuentran éstos, como el de Cástulo, junto a una fuente, pero en Cástulo, al parecer, no se relaciona ella, situada debajo de la fosa ritual, con el santuario.

Este tipo de santuario de Cástulo, distinto de los santuarios ibéricos, está bien documentado en la Península Ibérica. Se ha comparado a uno descrito por G. Bonsor⁵, excavador de Carmona. El mismo autor menciona varios recintos similares, cuyo carácter ritual parece seguro y que se relacionan con el de Cástulo. El primero se encuentra en El Acebuchal y fue llamado por su descubridor «roca de los sacrificios». En sus proximidades se hallaba el ya citado conjunto de edificios en torno a un patio pavimentado de guijarros. Adosado a la roca se levantó una construcción rectangular rellena de cenizas, de piedras quemadas, hachas de piedra pulimentada y cerámica indígena. Los estratos superiores del conjunto contenían cerámica a torno de tipo orientalizante, ánforas globulares, trípodes, lucernas bicornes, fragmentos de un jarro de boca trilobulada, cuencos pintados a mano, decoraciones de retícula bruñida y soportes en forma de carrete. Según G. Bonsor, se trataría de una fosa ritual en la que se depositaban los restos de los banquetes sagrados y los recipientes usados en ellos.

Otra fosa ritual es el túmulo de Entremalo, según G. Bonsor, con tres fosas rectangulares superpuestas, con el suelo pavimentado de guijarros y con idénticas ofrendas. Otros túmulos con idéntico carácter ritual, según G. Bonsor, estarían en Alcaudete, Vientos y Parias. Un santuario de este tipo es el hallado en lo alto de El Carambolo (Sevilla), donde probablemente se encontraba la Astarté de bronce y las joyas, que serían dos conjuntos de ornamentos sacerdotales. Las cerámicas, que son de mejor calidad que las halladas en el poblado, estaban en la fosa ritual, donde también se han hallado huesos de ganado menor.

Este tipo de santuarios son bien conocidos fuera de la Península Ibérica. Son los llamados santuarios rurales, que se dife-

⁵ G. Bonsor, *Les colonies agricoles préromaines de la Vallée du Bétis*, París, 1899, págs. 95 y ss.; J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, II, *Religiones prerromanas*, Madrid, 1983, págs. 76 y ss.

rencian de los de la población o poblaciones. Según P. Faure⁶ doce de estos santuarios estarían al servicio de pequeñas comunidades rurales. Se trata en todos ellos de un culto hecho por campesinos, operarios y gentes pobres. Están documentadas desde el final del Bronce hasta la época helenística. Algunos de estos santuarios guardaban grandes *pitthoi*, lo que parece indicar entregas regulares de diezmos u ofrendas. Los santuarios cretenses, que ofrecen mayor proximidad con el de Cástulo, son los de Athpolithou, con recinto relacionado con la metalurgia y con figurita de toro en terracota, como en Cástulo; de Patela, con ofrendas de cerámica utilizada en el culto; de Plaï tou Kastrou, con fosa de depósito de cenizas mezcladas con tierra y con toritos de arcilla; de Rousses, con cerámicas fragmentadas y huesos mezclados con ceniza y almacenes con grandes *pitthoi*; de Sta. Lenika, con toro de bronce; de Dreros en el que se fundía la tradición minoica de los santuarios y la posterior. A la primera pertenecen la ordenación general del santuario con mesas de ofrendas, un depósito de cuernos de cabras, una banqueta y tres estatuillas dedálicas, que representan la tríada capitolina. En la segunda etapa aparece ya el hogar, que era el altar de los indoeuropeos.

⁶ P. Faure, «Nouvelles recherches sur trois sortes de sanctuaires crétois», *BCH*, 91 (1967), págs. 114 y ss. Sobre santuarios en general, véase: C. Riefow, «The Mycenaean Sanctuary at Phylakopi», *Antiquity*, 52 (1978), págs. 7 y ss. Sobre los santuarios de Chipre y de Oriente, como punto de comparación, véase J. J. Riis, *The North East Sanctuary and the First Settling of Greeks in Syria and Palestine*, Kobenavhn, 1970; Selma M. S. Al-Radi, *Phlmondhi Vounari: A Sanctuary Site in Cyprus*, Gotemburgo, 1983. Es totalmente fundamental; R. Hägg - N. Marinatos y otros, *Sanctuaries and Cults in the Aegean Bronze Age*, Estocolmo, 1981. En cambio, el templo de Cástulo esta mucho más alejado de los santuarios griegos del siglo VIII a.C. Cl. Rolley, *Les grands sanctuaires panhelléniques*; R. H. Hägg, *The Greek Renaissance of the Eighth Century B.C.: Tradition and Innovation*, Estocolmo, 1983, págs. 109 y ss.; M. Ottonon, «Studies in Ancien Mediterranean and Near Eastern Civilisation», *Boreas*, 12 (1980); V. Karageorghis, «Contribution to the Religion of Cyprus in the 13th and 12th Centuries, B.C.», *Acts of the International Archaeological Symposium «The Mycenaean in the Eastern Mediterranean*, 1973, págs. 105 y ss.; *Id.*, *The Sacred Area of Kition: Temples and High Places in Biblical Times*, Jerusalén, 1981; *Id.*, *Material from a Sanctuary at Potania: Report of the Department of Antiquities of Cyprus*, 1979. Un templo está representado en un vaso chipriota del siglo VIII a.C. V. Karageorghis, «A Representation of a Temple on an 8th Century B.C. Cypriote Vase», *RSF*, 1 (1973), págs. 9 y ss.

El final del santuario de Dreros, ya del periodo geométrico, tiene paralelos con los santuarios del Heraion de Argos, de Perachora, con los templos A y B de Prinias y de Asine, ya en el siglo VIII. En el santuario de Dreros se han descubierto grandes *pitthoi*, equivalentes a la gran tinaja de Cástulo, con un torito de terracota también.

De particular interés son los santuarios chipriotas de Ayia Irini, cuyo culto está ilustrado en la terracota de Vounoi⁷, que representa un témenos circular en el que se sacrifican toros. V. Karageorghis describe esta singular pieza en los siguientes términos: «modelo en terracota de un santuario al aire libre con figuras humanas y animales dispuestos alrededor. Enfrente de la puerta, contra el muro, están colocadas tres figuras humanas en relieve, junto a dos culebras sobre la pared; llevan máscaras de toro. Hay varios grupos de figuras humanas; una de ellas está arrodillada enfrente de las figuras en relieve. Bueyes se encuentran a ambos lados de la puerta. Otra persona escala el muro junto a la puerta de ingreso para contemplar lo que sucede en el interior. Quizá el ritual tiene carácter místico. Se trata de un importante documento religioso fechado al final del Bronce Antiguo».

En una tumba de Kotchati se halló un modelo en terracota de un santuario que consiste en un panel rectangular con tres postes coronados por cabezas de toros y dos cuernos entre los postes. Sobre el suelo rectangular, plano, se encuentra, de pie, otra dama, haciendo una libación en una tinaja. Este modelo, en opinión de V. Karageorghis, puede ser una versión abreviada del prototipo del santuario de Vounous. Se fecha esta segunda pieza también a final del Bronce Antiguo.

En el santuario rural de Meniko, que consta de una *cella* y de varias estancias anejas a ella y de un espacio abierto rodeado de un muro, se hallaron una terracota, que representa al dios Baal Hammón, con barba y con cuernos, entronizado, un toro escoltado por dos hombres, figurillas de toros, otros animales y recipientes de formas raras. Santuarios pareados se conocen en Kalakhorio, Pomos y Limasol. De todos los santuarios citados el

⁷ *Id.*, «Two religious Documents of the Early Cypriote Bronze Age», *Report of the Department of Antiquities of Cyprus*, 1970, págs. 10 y ss.

más importante y mejor conocido es el de Ayia Irini⁸, como se indicó. Se utilizó como lugar de culto desde los últimos siglos del final del Bronce hasta la época arcaica avanzada. A la primera época pertenece una explanada; en tres lados hay construcciones hechas con zócalos de grandes cantos rodados y alzado de adobe, todo como en Cástulo. Todo este conjunto aparece aislado, sin relación con el palacio, la necrópolis o la zona urbana. Los techos serían planos, con ramaje entretejido y cogido con barro, apoyados en vigas, como en Cástulo. El santuario se halla situado en el lado oriental de la explanada, separado por un corredor. El interior se divide en dos cámaras. En la segunda fase del santuario hubo un cambio completo. Se cubrieron todas las construcciones anteriores, excepto un altar con una capa de tierra, quedando el santuario al cielo ahora. A la tercera fase, fechada en época arcaica antigua, corresponde una nueva explanación mediante una segunda capa de tierra.

En el primitivo santuario, las ofrendas eran vegetales, como en época minoica. El santuario tenía dos estancias, con un hogar, una mesa de piedra, fragmentos de tinajas y cerámicas a mano del Chipriota Tardío II. Hay también restos de vasijas en el banco de un ángulo. Igualmente se recogió una terracota de toro. La renovación de época geométrica es una reparación debida al desplome de los adobes. A esta segunda fase del santuario pertenecen un altar de fuego, recubierto de cenizas, carbones y huesos de animales, una fosa redonda de ofrendas, unas pequeñas cazoletas excavadas en la superficie y un *bothros* con cenizas mezcladas con cerámica y varias figurillas de toro. En este momento se introduce un cambio en el rito. Se mantuvieron las ofrendas de vegetales, pero se añadieron los sacrificios.

En época arcaica se renovó el santuario, pero permaneció invariable el culto. El *bothros* estaba, en el momento de su descubrimiento, lleno de cenizas, huesos de animales y de cerámica. Además de figurillas de toro hacen ahora presencia figuras humanas, centauros, sellos, escarabeos, etc.

La época arcaica fue el momento de mayor esplendor del culto relacionado con la vegetación. A esta etapa se adscribe un

⁸ E. Gjerstad, *Ajia Irini, The Swedish Cyprus Expedition*, II, Estocolmo, 1935, págs. 642 y ss.

conjunto de figurillas humanas, que rodeaban en semicírculo el altar. Entre las ofrendas se recogió una terracota de varón con máscara de toro. Se han interpretado estas figurillas «como oficiantes de una ceremonia religiosa»; se trataría probablemente de sacerdotes. J. Valiente ha señalado que las fases más semejantes entre los santuarios de Ayia Irini y Cástulo son los periodos geométricos y arcaicos. En Cástulo está atestiguado también el patio, la *cella* y la fosa ritual. En Cástulo se han descubierto igualmente restos de una mesa, que debió sufrir la acción del fuego. La fosa contiene cerámicas rituales y un toro de terracota. Se trataría, pues, probablemente, como en el caso de sus congéneres los santuarios chipriotas, de exvotos, pero con el significado de la representación de la potencia divina venerada en estos santuarios, que no tendrían imagen de culto, que es un rasgo típicamente semita (Éx. 20, 4; Lev. 26, 1; Dt. 4, 16; Sal. 14, 15). En estos santuarios del sur de la Península Ibérica del periodo orientalizador salvo quizá en el de El Carambolo, si la imagen de Astarté⁹, recogida abajo del Cerro, pertenecía a él, al igual que en los santuarios ibéricos de Despeñaperros, del Cerro de los Santos (Albacete) y del Sureste, no existían imágenes de la divinidad, o por lo menos no se generalizaron, si se acepta la hipótesis de G. Nicolini¹⁰ de que algunos exvotos pudieran representar a deidades. La ausencia o no generalización de imágenes en los santuarios sería otro rasgo de influjo fenicio en la religión de los tartesos, turdetanos e iberos.

Probablemente el culto en Oriente sería al dios sirio Hadad, dios de las tormentas de la atmósfera y de las cosechas, cuyo culto trajeron los fenicios a Occidente y que está representado en el citado Guerrero de Medina de las Torres, que G. Nicolini cree que es el bronce más importante de este periodo orientalizador.

En los santuarios de Enkomi se sacrificaban animales de cuernos y sus bucráneos servían de máscaras en el ritual. Había también libaciones. No existían imágenes de culto. El dios ve-

⁹ J. M. Blázquez, *Tartessos...*, págs. 110 y ss.; *Id.*, *Arte de la Edad de los Metales. Arte orientalizador, fenicio y cartaginés. Historia del Arte hispánico*, 1, Madrid, 1978, págs. 204 y ss.; *Id.*, *Primitivas religiones ibéricas...*, págs. 40 y ss.

¹⁰ G. Nicolini, *Les bronzes...*, *passim*; J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas...*, pág. 113.

nerado con cuernos y barbas fue identificado por los griegos con Apolo Keralatas de Arcadia, dios de los pastores y del ganado. Otros autores le han asimilado al Reshef¹¹ de Alasia. Es de importancia grande la estatuilla, que representa a un dios barbudo, con casco de cuernos, lanza, escudo, de pie sobre un lingote, de comienzo del siglo XII a.C., lingotes que son considerados como unidad de moneda y que, además de la escoria, probaría la vinculación de estos santuarios con los metalúrgicos. Se les ha interpretado como el dios que protege las minas de cobre de Chipre. Como escribe V. Karageorghis¹², la conexión de la metalurgia con la religión está también atestiguada en Chipre por el descubrimiento en Enkomi de pequeños lingotes votivos, resellados con alfabeto chipro-minoico. En el santuario de Cástulo se han recogido tortas de fundición e instrumentos mineros. Una diosa de las mismas características se conoce también en Enkomi. Recuerda V. Karageorghis a este respecto la existencia en Chipre en el siglo XII a.C. de dos divinidades conectadas con la metalurgia.

Debido a la importancia de la producción y de la exportación del cobre para la economía de la isla, la industria del cobre estaba bajo la protección de la religión y de ahí su control por parte de las autoridades religiosas. Un fenómeno parecido está documentado al final de la Edad del Bronce en otros lugares como Timna¹³, en Palestina, y en Kea, en el Egeo. Recuerda el investigador chipriota que la conexiones de la metalurgia con la religión es también evidente en el santuario de Myrthou-Pigadhes, en el Templo de Afrodita en Palaepaphos, donde

¹¹ M. Almagro, «Eine orientalisierende Bronzeskulptur aus der Gegend von Sevilla: Festschrift zum 50-jährigen Bestehen des Vorgeschichtlichen Seminars», *Marburg* 1, págs. 51 y ss.; *Id.*, «Über einen Typus iberischer Bronze-Exvotos orientalischen Ursprungs», *MM*, 20 (1979), págs. 175 y ss., *Id.*, «Un tipo de exvoto de bronce ibérico de origen orientalizante», *Trabajos de Prehistoria*, 37 (1980), págs. 248 y ss.; A. M. Bisi, «La diffusion du "Smiting God" syro-palestinien dans le milieu phénicien d'Occident», *Karthago*, 19 (1977-78), págs. 5 y ss.; J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas...*, págs. 85 y ss.; I. Gärner-Wallert, «Zwei Statuetten syro-ägyptische Gottheiten von der "Barra de Huelva"», *MM*, 23 (1982), págs. 46 y ss.

¹² V. Karageorghis, *Kition. Mycenaean Phoenician Discoveries in Cyprus*, Londres, 1976, págs. 74 y ss., figs. 55-56.

¹³ B. Rothenberg, *Timna, Valley of the Biblical Copper Mines*, Londres, 1972, págs. 125 y ss.

han aparecido escorias de cobre, y en el santuario de Golgoi.

De particular interés, como punto de comparación con el santuario de Cástulo, es el de Kition¹⁴, consagrado a Afrodita, que ofrece cuatro periodos consecutivos, por los *bothoroi* repletos de cerámica, por su patio abierto, por el altar, por el cuhillo, por los bancos, que aparecen en otros santuario ibéricos, como en el del Cerro de los Santos. Estos bancos, como puntualiza V. Karageorghis, son un elemento común a toda la arquitectura sagrada del Próximo Oriente. Han sido hallados en las recientes excavaciones del templo de Arab en Palestina. Una habitación próxima al témenos se usó como taller para fundir cobre. Escorias de cobre se han hallado sobre el suelo del taller, mezcladas con cenizas. También se han encontrado sobre el suelo del taller pequeños hornos. La idea de un taller de fundición dentro del área sagrada, o sea una habitación del témenos que comunica con un altar, remonta a disposiciones de la Edad del Bronce.

Según V. Karageorghis los siglos VII y VI a.C. en Chipre marcan el auge de los santuario rurales coincidiendo con el santuario de Cástulo y de Carmona. La religión está profundamente vinculada con la divinidad prehistórica de la fertilidad, a menudo simbolizada por el toro. El dios o los dioses frecuentemente combinan varias cualidades: son dioses de la salud, de la tormenta, de la guerra y de la fertilidad. Se les hace ofrendas de toros, como los toros en plata y oro del altar arcaico del santuario de Apolo en Kurion, con una técnica que denota influjos de Anatolia en el altar había también terracotas de toro. En el santuario de Cástulo y en los restantes santuarios parecidos citados no hay huellas de sacrificios de toros, ni de que se utilizaron en las ceremonias de culto máscaras de bóvidos, pero probablemente las había.

Una pintura, que representa muy probablemente un hombre con máscara de toro, se halla en Los Organos (Despeñaperros). En Chipre estas figuras son frecuentes. Tales figuras se han hallado en santuarios del siglo VI a.C., como en el santuario de Apolo en Kurion y representan a sacerdotes o adorantes. Este ritual procede de la Edad del Bronce. La idea pretendía adquirir las cualidades de fertilidad y virilidad del toro.

¹⁴ V. Karageorghis, *Kition...*, págs. 62 y ss., 96 y ss.

En el santuario de Cástulo se diferencian claramente dos fases. Primero habría una fosa de consagración a la que corresponden las dos primeras fases constructivas. Después se reconstruyó este ámbito, se ensanchó y se convirtió en una estancia con puerta al patio. En este momento se prolongaron los muros para formar una estancia cerrada a la que se subía por una rampa. Se selló ahora el contenido de la fosa.

Sobre el ritual cabe confirmar que consistía en la cocción y consumo en el lugar de animales sacrificados. Las ofrendas serían de vegetales o de líquidos o de ambas cosas a la vez. El ritual consistiría en romper contra el suelo vasos cerámicos con la libación, de mejor calidad que los corrientes usados en el poblado. No cabe duda de que este ritual procede de Oriente y que tuvo que ser traído a Cástulo por los fenicios, imitado de zonas, como Carmona, directamente bajo el influjo fenicio.

Ya se ha indicado que G. Nicolini cree que algunos broncees, como el Guerrero de Medina de las Torres, posible imagen del dios sirio Hadad, están en la base de los exvotos de bronce de los santuarios turdetanos de Despeñaperros más antiguos, tesis que A. Blanco¹⁵ no halla aceptable. Según el sabio galo, el cambio grande en la religiosidad indígena, patente en la ofrenda de exvotos de bronce, con respecto a la Edad del Bronce se debería a los fenicios, que incluyeron un ritual en que el exvoto desempeñaba un papel fundamental, opinión que nosotros creemos muy aceptable, lo cual no es negar que algunos exvotos de los más antiguos, como señalaron Kukahn¹⁶ y otros investigadores puedan ser de influjo griego. Precisamente en el citado santuario de Apolo en Kurion, junto al altar, se hallaron figuras en terracota de toros, de caballos y de jinetes y un gran *bothros*

¹⁵ A. Blanco, *Historia del arte hispánico, I. La antigüedad*, 2, Madrid, 1978, págs. 53 y ss.

¹⁶ E. Kukahn, *Unas relaciones especiales entre el arte oriental griego y el Occidente. Simposio de colonizaciones*, Barcelona, 1974, págs. 109 y ss. Sobre el influjo semita y griego en los broncees ibéricos, véase: J. M. Blázquez, «Las raíces clásicas de la cultura ibérica. Estado de la cuestión. Últimas aportaciones», *AEA*, 52 (1979), págs. 141 y ss.; G. Nicolini, «Quelques aspects du problème des origines de la toreutique ibérique», *Simposi Internacional. Els orígens del món ibèric: Ampurias*, 38-40 (1976-78), págs. 463 y ss., analiza una serie de broncees ibéricos, donde esta influencia es bien clara, otros son de claro influjo griego. Este influjo fenicio en los broncees de Despeñaperros es uno de los descubrimientos más recientes e importantes.

lleno de figuras en las proximidades del altar. En el mencionado santuario de Ayia Irini, que fue visitado durante los siglos VII y VI a.C., las ofrendas eran modelos en terracota de carros de guerra y de soldados, lo que parece indicar que el dios poseía un carácter guerrero. Los exvotos de los santuarios de Despeñaperros son de bronce, fabricados con el procedimiento de cera perdida, lo que es una gran diferencia con los exvotos de los santuarios chipriotas. En las proximidades de los santuarios se enterraban los exvotos. En el santuario de Meniko, del siglo IV a.C., se ofrecían también terracotas de toros, de caballos y de jinetes. Sin embargo, este tipo de religiosidad en la que el exvoto desempeñaba un papel importante, no es privativo de los semitas, pues el Partenón construido por los Pisistrátidas en el siglo VI a.C. o el templo de Zeus en Olimpia, por no citar más que dos ejemplos, recibían exvotos de *kouroi*, *korai* y todo tipo de armas y objetos. Nosotros somos de la opinión de que este tipo de religiosidad llegó a la alta Andalucía traída por los fenicios.

G. Nicolini¹⁷ ha visto en los exvotos, que representan personas con la cabeza tonsurada y vestidos con bandas, siguiendo las sugerencias de J. Cabré y de Lantier, a sacerdotes¹⁸, seguramente, del Heracleion gaditano, que se sabe por Silo Itálico (3, 26-27) que se rapaban la cabeza y que vestían unas túnicas con bandas, lo cual es muy posible. Estos exvotos son de los más antiguos y desaparecen después del siglo VI a.C.

Entre los fenicios había el rito de ofrenda de los cabellos¹⁹, que quizá está documentado en estos exvotos con el cabello cortado, de los santuarios de Despeñaperros, bien atestiguado por una inscripción de Kition de comienzos del siglo VIII a.C. y por otros testimonios: barberos sagrados del templo de Astarté de Kition, de hacia 400 a.C.; ley de los nazarenos (Núm. 6, 18); prácticas rituales de los santuarios sirios de Atargatis, en Hierápolis (Luc., *De Dea Syria*, 55, 60) y de Adonis en Biblos (Luc., *De Dea Syria*, 6). Este rito parece ser de origen cananeo.

¹⁷ G. Nicolini, *Les bronzes...*, págs. 64 y ss.

¹⁸ J. M. Blázquez, *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid, 1977, págs. 17 y ss.

¹⁹ É. Puech, «Le rite d'offrande de cheveux d'après une inscription phénicienne de Kition vers 800 avant notre ère», *RSF*, 4 (1976), págs. 11 y ss.

De origen fenicio es probablemente el cinturón²⁰ con carácter mágico, que aparece en el *Testamento de Job*, obra de 100 años antes o después de Cristo, que se remonta probablemente a tradiciones iránias, que los fenicios extendieron por todo el Mediterráneo. Su carácter es idéntico al cordón sagrado iranio llamado *kusti*. Este mismo carácter de talismán tiene el cinturón en la *Iliada* (15, 197-221). Con este carácter llevan los exvotos de Despeñaperros el cinturón, con grandes placas rectangulares; precisamente estos exvotos pertenecen a la etapa más antigua. Generalmente son varones, pero también lo llevan a veces las mujeres. Otros ejemplos notables son: un exvoto que es un mango de puñal votivo, con el sacrificio de un cordero, procedente de Oretania, el guerrero de Pozo Moro y los guerreros de Obulco (Jaén). Un gran cinturón articulado se halló en Maquiz (Jaén). El gran cinturón de La Aliseda, con grifos, palmetas de cuenco y el Gilgamés pertenece igualmente a este tipo. El carácter apotropaico de estas placas de cinturón²¹ es claro en los ejemplares de Sanchorreja (Ávila), con grifo sobre una palmeta de cuenco, de Medellín (Cáceres) y de Niebla (Huelva), ambos con el árbol de la vida. Las placas con idéntico carácter de Oretania pasaron a los pueblos de la Meseta en fecha posterior. Precisamente el vestido de los sacerdotes del Heracleion gaditano llevaba una faja ancha (Sil. It., 3, 27). Los sacerdotes de Jerusalén ceñían su cintura con la faja del *efod* (Éx. 28, 27; Lev. 8, 7). Se ha pensado que el *efod* fuera en su origen el vestido de la diosa Anat y que se interpretaba a veces como una imagen sagrada de culto (Jue. 8, 27), que recibiría este nombre del vestido que llevaba.

En Cástulo se halló próximo relativamente al templo un *thymiaterion*²² de un tipo documentado en el Museo de Israel en

²⁰ J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas...*, págs. 109 y ss.

²¹ J. M. Blázquez, *Tartessos...*, págs. 88 y ss.; *Id.*, *Arte orientalizante...*, págs. 209 y ss.; M. L. Cerdeño, «Los broches de cinturón tartésicos», *Huelva Arqueológica*, 5 (1981), págs. 31 y ss.

²² J. M. Blázquez, *Tartessos...*, págs. 263 y ss., con el catálogo de todas las piezas halladas en la Península Ibérica; *Id.*, *Arte orientalizante...*, págs. 217 y ss.; *Id.*, *Primitivas religiones ibéricas...*, págs. 66 y ss.; W. Culican, «Phoenician Incense Stands», *Oriental Studies presented to B. S. J. Isserlin*, Leiden, 1980, págs. 85 y ss.; V. Karageorghis, *Two Cypriot Sanctuaries of the End of Cypro-Archaic Period*, Roma, 1971, págs. 39 y ss., pág. 62 para Chipre.

Jerusalén y en la Walters Art Gallery de Baltimore. Quizá este *thymiaterion* pertenecía al citado santuario de Cástulo, ya que otro que sigue modelos chipriotas se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid y procede de los santuarios de Despeñaperros. Ellos demostraron la existencia de quemaperfumes en los templos, introducidos por los fenicios. Precisamente en el santuario de Meniko en el siglo VI a.C. se han hallado dos incensarios de cerámica, hallados en la *cella* del santuario de Baal Hammón. El nombre del dios significa «el dios del altar perfumado», o «del quemador de incienso». Varios *thymiateria* pequeños se hallaron en el santuario chipriota, además del par citado, lo que indica que la cremación de perfumes era parte esencial del culto a este dios. El incienso se quemaba también en el culto a Jahvé (Éx. 30, 7-8; Lev. 2, 2.16; Par. 26, 18; Lc. 1, 9). Baal Hammón fue muy venerado en la Península Ibérica, donde contaba con tres cabos a él consagrados, citados en la *Ora Maritima*, obra debida al poeta Avieno, escrita hacia 400, que eran el de Palos (*Ora Mar.* 452), que Plinio (3, 8) afirma estar consagrado a Saturno; el de Segres (*Ora Mar.* 215-216) y el de San Vicente (Str. 2, 3, 1, 4; Mel. 3, 7; Plin. 2, 242; Ptol. 2, 5, 2); a los que hay que añadir la isla dedicada a Saturno, que es la de Berlanga (*Ora Mar.* 164-165). El Hieron Akroterion estaba también consagrado a este dios y era también un santuario (Str. 3, 1, 4).

Hasta el momento presente no se dispone de datos para conocer a qué dios o diosa se rendía culto en el santuario. Como en Cástulo se han hallado varias imágenes de Astarté²³ y el culto de esta diosa iba unido a santuarios vinculados con la metalurgia, ya citados, es probable que la diosa venerada en Cástulo fuera ella, cuyo culto trajeron a Occidente los fenicios, donde gozó de gran aceptación (imágenes de El Carambolo y de la provincia de Sevilla, de Galera, del Berrueco y de Huelva) en el periodo orientalizante.

²³ J. M. Blázquez, *Tartessos...*, págs. 110 y ss.; *Id.*, *Arte orientalizante...*, págs. 204 y ss.; *Id.*, *Primitivas religiones ibéricas...*, págs. 37 y ss.

Es en las cerámicas recogidas en el santuario donde mejor se observan los fenómenos de aculturación y la paulatina desaparición de las cerámicas indígenas y su sustitución por otras de influjo fenicio.

Cerámicas a mano

Son las más numerosas y ello demuestra que se trata de un yacimiento indígena. Pueden estar alisadas a mano, someramente espatuladas o espatuladas con cuidado. Hay también cerámicas negras. Las piezas mejor acabadas pertenecen a los estratos más profundos. Las formas varían bastante. Hay tinajas y lebrillos, orzas y cazuelas. Algunos fragmentos, por comparación con piezas de Galera (Granada), se datan en los primeros siglos del último milenio. Los cuencos carenados, por comparación con las cerámicas del nivel inferior de Los Patos (Cástulo), se datan en torno a 700 a.C. También se encuentran ollas y cuencos, soportes y cazoletas. Algunos perfiles con acodaduras y los tratamientos en general llevan al bajo Guadalquivir y a Huelva, que es la región de donde llegaban seguramente los productos, por estar más avanzada culturalmente y por sacarse los minerales a Cádiz vía Guadalquivir abajo. En Cástulo se datarían estas cerámicas en el siglo VIII a.C., ya que aparecen con materiales orientalizantes a torno.

Las cerámicas negras pertenecen a una tradición cerámica distinta. Tienen un intenso color negro en pastas y superficie. En los niveles superiores estas cerámicas están fabricadas a torno, que con seguridad absoluta fue introducida en Occidente por los fenicios. La pieza más importante de este tipo de cerámica es un caldero con peana, que es una imitación de calderos de bronce, con sus chapas y clavos, que sin duda se fabricaría en Cástulo y que son imitaciones indígenas de calderos de bronce regalados por los fenicios a los reyezuelos o intercambiados por plata. En principio serían objeto de gran valor, seguramente utilizados en los rituales. La decoración es muy variada. Los paralelos de estas cerámicas llevan a la Colina de los Quemados (Córdoba), en estratos fechados en los siglos X-VIII a.C., al Ce-

rro Salomón y a Vinarragel (Castellón). Las cerámicas negras a torno se emparentan con las de Hoya de Santa Ana (Albacete), donde hay decoraciones orientalizantes sobre hueso con paralelos en Cástulo, con las de Almohaja (Teruel) por el uso de los engobes y con las relaciona con ambientes rituales, lo que probaría que el lugar donde han aparecido era sagrado. Ello explicaría su producción a torno. En Cástulo perviven cerámicas negras de origen hallstático, como una pieza hallada a la otra orilla del Guadalimar.

Un grupo aparte son las cerámicas a mano grafitadas, puestas en relación con otras de zonas continentales o indoeuropeas de la Península y con el mundo de más allá de los Pirineos. Se documentan estas cerámicas en áreas de cultura céltica y más concretamente en las regiones de los campos de urnas. Las llamadas cazoletas parecen ser también objetos rituales, quizá destinados a ofrendas y libaciones.

Las cerámicas a la almagra presentan una gran variedad de formas. Esta decoración es característica de los ambientes indígenas, desde el Neolítico. En Andalucía son abundantes (Cerro del Real, Galera). Duraron hasta que se generalizaron las importaciones fenicias y comenzaron las cerámicas ibéricas decoradas. En Cástulo estas cerámicas son abundantísimas y se deberían a una revitalización de esta técnica en virtud de influjos procedentes de los mismos ámbitos en que se sitúan las cerámicas grafitadas.

Las cerámicas grafitadas y a la almagra son grandes recipientes. Una pieza excepcional parece ser un revestimiento de una mesa o altar de libaciones, semejante a los que aparecen en los santuarios chipriotas mencionados. Esta combinación de grafito y almagra es desconocida en la Península Ibérica fuera de Cástulo. Sí hay paralelos de ello en los campos de urnas del grupo renano-alpino.

Las cerámicas hechas a mano no van frecuentemente pintadas²⁴. La pintura es posterior en ellas a la cocción. La decora-

²⁴ P. Cabrera, «La cerámica pintada de Huelva», *Huelva Arqueológica*, 5 (1981), págs. 317 y ss.; M. Pellicer, «Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas», *Symposium Internacional de Prehistoria peninsular*, Barcelona, 1969, págs. 290 y ss.; J. Remesal, «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *AEA*, 48 (1975), págs. 3 y ss.

ción es generalmente a base de simples líneas o bandas. Las líneas transversales son frecuentes en Huelva, donde acompañan a las cerámicas bruñidas, fechadas en los siglos VIII-IX y probablemente en el siglo X a.C. El tema de los rombos aparece en el mismo conjunto del Cabezo de San Pedro, en el Cerro de la Encina, en la misma fecha y en Vinarragell, en un estrato caracterizado por la aparición de las primeras influencias fenicias. Las cerámicas pintadas de El Carambolo (Sevilla) recuerdan remotamente a las de Cástulo. La policromía en amarillo y rojo tiene paralelos en Los Patos, en Almohaja, en Sanchorreja, en Las Madrigueras (Cuenca), en Riosalido, en Manzanares y en Galera.

La decoración de pintura blanca sobre fondo rojo es interesante por documentar un aspecto del influjo de los productos coloniales en las poblaciones del interior, que es casi seguro que sean imitaciones de telas preciosas y de los marfiles introducidos por el comercio fenicio hasta las tierras de la alta Andalucía. Precisamente el profeta Ezequiel (27, 24) expresamente nombra los tejidos como el principal producto sirio de comercio: «traficarán contigo en vestidos de lujo, mantos de púrpura violeta y bordados abigarrados, tapices multicolores, cuerdas sólidamente trenzadas». Se trataba de telas estampadas, muy estimadas en el Mediterráneo (*II*. 6, 291-297; *Od*. 15, 418). La decoración de flores de loto, de palmetas y de cables confirman estas hipótesis de trabajo. Estas técnicas se documentan también en Medellín en las llamadas cerámicas de «estilo Medellín», en La Guardia (Jaén) y en Las Madrigueras, donde hay también decoraciones de pintura amarilla sobre roja. Estas técnicas de blanco sobre rojo están en relación con la penetración de los campos de urnas; no así los temas que son de procedencia fenicia. E. Kukahn, por el contrario, ha propuesto un origen eólico para estas pinturas en que se combinan el blanco y el rojo.

Cerámicas a torno

El torno fue introducido en Occidente por los fenicios. Aparece por vez primera en las cerámicas de Almuñécar (Granada), en torno a 670 a.C., al igual que el hierro. La cerámica

ibérica a torno es la más abundante. Generalmente se trata de orzas y de tinajas. Todos los fragmentos proceden de los niveles superficiales de destrucción y del nivel mixto. Tienen paralelos en la necrópolis de Los Patos, en niveles que se sitúan a partir de mediados del siglo VII a.C.

Otros fragmentos, como cuellos con fuertes molduraciones se asemejan a los de Los Saladares, en un nivel de la primera mitad del siglo V a.C. La decoración está hecha a bandas o filetes, a cabelleras o semicírculos, realizados con pinturas, que creemos que son de origen fenicio, así como una decoración en palma o en espiga, tema conocido en urnas cartaginesas del recinto de Tanit en Salambo, Cartago. Un fragmento de cuello alto, recto y en arista, con paralelo en el Cabezo de San Pedro y Toya, recuerda a urnas cartaginesas de la misma procedencia. El empleo del barniz para bandas y filetes es también de origen fenicio, al igual que las bandas de barniz rojo brillante.

La cerámica gris es la más abundante y la creemos procedente en origen de Asia Menor. El tratamiento de las superficies con espatulado minucioso a torno está atestiguado en cerámicas de Guadalhorce, a partir de mediados del siglo VII a.C.; creen los investigadores que este último yacimiento es un enlace entre los establecimientos de la costa y Cástulo. J. Valiente interpreta este tratamiento como una respuesta a los gustos del mundo indígena, acostumbrado a las cerámicas finamente espatuladas a mano.

Las cerámicas de barniz rojo son de origen fenicio y tuvieron una gran pervivencia en el mundo ibérico, donde llegaron hasta la conquista romana. Escasean en los niveles inferiores en Cástulo. Algunos ejemplares están reutilizados, lo que indica que eran productos muy apreciados. En los niveles bajos de Cástulo se han hallado jarros de tipología fenicia con barniz de buena calidad. Se trata probablemente de piezas importadas. Hay algún fragmento de rojo coral, relativamente abundante en El Carambolo y que son importados de Oriente. Varias piezas indican un intento de fusión de técnicas indígenas y de procedimiento fenicio. Son piezas en las que se imita el barniz rojo mediante la aplicación de un baño a la almagra, posteriormente espatulado. Esta técnica está bien documentada en los niveles más profundos en piezas hechas a mano.

La cerámicas de barniz rojo en La Muela son escasas dentro

de los materiales aparecidos. En las llamadas cerámicas tartésicas se sigue bien la evolución que dará origen a las cerámicas oretanas. Son ánforas púnicas, ánforas de cuello alto, con paralelos en las primeras importaciones fenicias de la Peña Negra (Alicante) y de Vinarragell. Es un tipo ampliamente difundido en ambientes relacionados con la colonización fenicia. Seguramente estas ánforas contendrían aceite, producto traído a Occidente por los fenicios y que intercambiaban con plata a los indígenas, ya que, según testimonio de Fenestella, autor contemporáneo de Augusto, en el siglo VI a.C. ni Italia ni Hispania lo tenían (Plin. 15, 1). El uso del aceite y del vino lo introdujeron en Occidente los fenicios. La gran cantidad de ánforas, que han aparecido en el recinto sagrado de Cástulo, parece indicar que su contenido, aceite o vino, se empleaba en la cocción de las carnes o en los rituales y que servían de simple almacenaje de líquidos o de cereales. En la religión judaica el vino se empleaba en las libaciones de los sacrificios (Éx. 29, 40; Núm. 15-5-7).

Astarté era diosa protectora de las vides, como lo indica la joya dada a conocer por Barnett²⁵. También hay ánforas de perfil ovoide y ánforas globulares, con paralelos en Carmona, Cruz del Negro; algunos otros tipos remiten a paralelos cartagineses antiguos, anteriores a los principios del siglo VII a.C. hallados en Salambó, Cartago. Las decoraciones son generalmente bandas, filetes de pintura roja y círculos concéntricos. Esta última decoración es muy abundante, al igual que en la Colina de los Quemados, a partir de los primeros influjos de los fenicios. Las decoraciones policromas, que combinan las bandas de barniz rojo con una línea de pintura negra, se documentan en ambientes orientalizantes antiguos del siglo VIII a.C.

De los estudios de estas cerámicas se deduce que sobre un fondo de cerámicas fabricadas a mano de tradición indoeuropea, se asientan los influjos fenicios (técnica del torno, pintura, engobe rojo, formas nuevas, etc.) Se observa la progresiva desaparición de las cerámicas a mano, de tradición indígena y su sustitución por cerámica de influjo fenicio.

La presencia de este elemento indoeuropeo queda confir-

²⁵ R. Barnett, «A Winged Goddess of Wine on an electrum Plaque», *Anatolian Studies*, 30 (1980), págs. 169 y ss.

mada por otros datos en la alta Andalucía, como la espada²⁶ con empuñadura de lengüeta y lengua de carpa con empuñadura del tipo V, de Baeza. Una espada similar se halló en Marmolejo. En el vado de Menjibar se halló otra espada similar, diferenciada por su hoja más pistiliforme y por su empalme del tipo V, espadas todas emparentadas con las halladas en la ría de Huelva, que son de origen atlántico. Las cerámicas de impresión digital se han considerado por la mayoría de los investigadores como procedentes de la Meseta. Su aparición se generalizó en toda la región andaluza (Purullena y Monachil, en Granada). Es uno de los elementos comunes de finales de la Edad del Bronce, que alcanzó ahora su punto culminante y que incluso aparece en los niveles bajos de Toscanos. Esta cerámica digitada coincide con las importaciones fenicias del siglo VII a.C. Faltan en Cástulo y, en general, en Oretania, las cerámicas bruñidas²⁷ tan frecuentes en el bajo Guadalquivir, en la desembocadura del Tajo y en la ría de Huelva. En Granada ha aparecido esta cerámica de retícula bruñida en Monachil, en Galera y Pinos Puente y llegaría, al igual que la cerámica pintada granadina (Galera, Monachil y Cerro de los Infantes), desde el bajo Guadalquivir a través de la vía de comunicación que era el río Genil.

Por los hallazgos de otros puntos de Oretania (Cerro de Cabezuelos en Úbeda, Castillo de Santa Catalina en Jaén, Úbeda la Vieja, Peal del Becerro. Alcores de Porcuna, Sevilleja, Torre de Benzalá y Cerro Alcalá, etc.), el panorama era el mismo en todas partes.

²⁶ J. Pachón - J. Carrasco - M. Malpesa, «El proceso protohistórico en Andalucía Oriental: Jaén», *Publicaciones del Museo de Jaén*, 7 (1980), págs. 13 y ss. Trabajo fundamental para el influjo fenicio en Oretania. Sobre este tipo de espadas, que prueba que desde el siglo VIII a.C., si no antes, el mundo tartésico tuvo contactos estrechos con los centros productores del Bronce atlántico: cfr. R. J. Harrison, «Nota acerca de algunas espadas del Bronce final en la Península Ibérica», *Ampurias*, 36-37 (1974-75), págs. 225 y ss.; J. M. Blázquez - J. Valiente, «Cerámicas grafitadas del poblado de La Muela de Cástulo (Linares, Jaén)», *Trabajos de Prehistoria*, 37 (1980), págs. 399 y ss.; F. Chaves - M. L. de la Bandera, «La cerámica aparecida en el yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)», *Habis*, 12 (1981), págs. 375 y ss.; G. López Monteagudo, «Consideraciones sobre la cerámica de Boquique», *AEA*, 52 (1979), págs. 21 y ss.

²⁷ C. López Roa, «Las cerámicas con decoración bruñida en el Suroeste Peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 34 (1977), págs. 311 y ss.; *Id.*, «Las cerámicas alisadas con decoración bruñida», *Huelva Arqueológica*, 4 (1978), págs. 146 y ss.

Unos tubos, semejantes a los de Los Saladares y de Peña Negra, se han clasificado como soportes de cerámica. En Enkomi hay piezas parecidas en relación con la metalurgia, por lo que más probablemente son toberas o fuelles. Las placas de revestimiento de La Muela recuerdan a los altares revestidos de un revoco del santuario de Ayia Irini.

METAL

En el santuario de La Muela ha aparecido una fíbula de doble resorte²⁸, que también se han hallado en el Cortijo de las Sombras (Málaga) y que en el sur se han encontrado en Villaricos, Castellones de Ceal, Trayamar, Colina de los Quemados, Carmona y Setefilla; su uso pasaría del sur a la Meseta castellana. Este tipo de fíbula se documenta en Hama. Su presencia indica la introducción por los fenicios de una nueva forma de vestido y su generalización entre los indígenas de un tipo de vestido que necesitaba de un imperdible.

El cuchillito de hierro de La Muela prueba la introducción del hierro en el alto Guadalquivir en fechas tan tempranas. Según se indicó ya, su introducción en Occidente se debe a los fenicios.

Traídos por los fenicios han aparecido en una tumba un gran caldero decorado con imágenes de Astartés, colocadas sobre el borde, que sigue modelos de Hama, en compañía de una pátera de plata, de tipo fenicio, que probablemente se usaba para las libaciones funerarias. Un gran caldero hallado en otra tumba²⁹, del que se conservan las asas rectangulares decoradas con flores de loto, que después se imitaron en cerámica, en la misma Cástulo (se ha supuesto que estos calderos, que imitan modelos orientales, eran fabricados en Chipre), apareció en compañía de una esfinge³⁰ hueca, gemela a la del relieve de

²⁸ J. M. Blázquez, *Tartessos...*, págs. 341 y ss, figs. 46, 51, 84; W. Schüle, *Die Mesetakulturen*, Berlín, 1969, mapas 2 y 16.

²⁹ J. M. Blázquez, *Tartessos...*, págs. 268 y ss.; *Íd.*, *Arte orientalizante...*, pág. 216.

³⁰ J. M. Blázquez, *Tartessos...*, pág. 267.

Arad, fechado en los siglos VIII-VII a.C. Una esfinge se había encontrado años antes en Los Villares de Andújar (Jaén)³¹, a pocos kilómetros de Cástulo, en una sortija, que pertenece a un tipo documentado en Siria hacia el año 600 a.C. Todo este material y el ya citado indica un influjo fuerte de Siria y no de Chipre. V. Karageorghis repetidas veces me ha indicado que en su opinión Chipre no desempeña un papel importante en el periodo orientalizante en Occidente.

No han aparecido en las tumbas de Cástulo, ni de Oretania, los jarros de bronce ni los llamados «braserillos», tan numerosos en el sureste³². Estos últimos se documentan en fecha más reciente en tumbas de Baza³³, Granada, cerca de Cástulo. Todos estos objetos se regalaban probablemente a los régulos.

Cerro de los Infantes (Granada)

La importancia del yacimiento del Cerro de los Infantes³⁴ en la actual provincia de Granada estriba en su relativa proximidad a Cástulo. Sus excavadores han distinguido varios perio-

³¹ J. M. Blázquez, *Tartessos...*, págs. 262 y ss.; *Id.*, *Primitivas religiones ibéricas*, págs. 68 y ss.

³² J. M. Blázquez, *Tartessos...*, págs. 259 y ss.; *Id.*, *Arte orientalizante...*, págs. 210 y ss. Sobre los rituales tartésicos, véase J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas...*, págs. 116 y ss.; B. Grau - Zimmermann, «Phönikische Metallkannen in den orientalisierenden Horizonten des Mittelmeerraumes», *MM*, 19 (1978), págs. 161 y ss.

³³ F. Presedo, *La necrópolis de Baza*, Madrid, 1982, págs. 307 y ss.

³⁴ A. Mendoza - F. Molina - O. Artega - P. Aguayo, «Cerro de los Infantes (Pinos Puentes, Prov. Granada). Ein Beitrag zur Bronze-und Eisenzeit in Ober-andalusien», *MM*, 22 (1981), págs. 171 y ss. Otro poblado interesante de este tipo es el Cerro de la Mora, en Moraleda de Zafayona, también en Granada (J. Carrasco - M. Pastor - J. A. Pachón, «Cerro de la Mora, I, Moraleda de Zafayona, Granada. Excavaciones de 1979», *NAH*, 13 [1982], págs. 11 y ss.), con cinco fases. La primera pertenece al Bronce final; va desde el siglo X a mediados del siglo VIII a.C. con cerámicas de retícula bruñida. La segunda comprende de 750 hasta los finales del siglo VII a.C. con las primeras pruebas del impacto colonial fenicio. La tercera abarca desde la primera mitad del siglo VII hasta los finales del siglo, con cerámica a torno. La cuarta fase ocupa el cambio del siglo VII-VI a.C. hasta 550 a.C., o sea el ibérico antiguo, y que posiblemente corresponde al momento máximo de la cultura turdetana, anterior a la dominación púnica en la Península Ibérica. El paso de la cultura ibérica a

dos, en las etapas primitivas de la colonización fenicia. El final de la Edad del Bronce se caracteriza por unas cerámicas indígenas e importadas de Huelva, más algunas, que recuerdan las del bajo Tajo. Huelva en este primer momento era de mucha más importancia metalúrgica que Cástulo.

El periodo llamado preibérico se relaciona con el Morro de la Mezquitilla, a juzgar por los recipientes fenicios y los platos de barniz rojo de borde estrecho. La fecha de estas relaciones caería en la mitad del siglo VIII a.C. o seguramente antes. Los fragmentos de ánforas confirman estas relaciones con la costa hacia 750 a.C. Los cuencos también señalan relaciones con ciertas cerámicas del Morro de Mezquitilla. Los paralelos entre la costa y el país de interior confirman las sospechas de unas relaciones e intercambios que se comprueban en otros lugares, como en el Cerro del Real (Galera) en los cuencos finos.

Esta fase en el Cerro de los Infantes es muy corta. Las grandes fuentes fabricadas a mano de finales de la Edad del Bronce son del tipo de las halladas en Castellones de Ceal, lo que indicaría ciertas relaciones e intercambios con Oretania. Se halló una fíbula de doble resorte en un nivel del siglo VIII, lo que obliga a levantar la cronología inicial de este tipo de fíbulas. Aparece, además de en los lugares ya citados, en el Cabezo de San Pedro, en la tumba A de Setefilla, en Mesa de la Hermita y en el Peñón de la Real (Almería). Este tipo de fíbula pasó después a la Meseta, como tantos otros elementos de origen fenicio, según se dijo.

la turdetana se daría en la alta Andalucía en torno a 600 a.C. (L. Abad., «Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica», *AEA*, 52 [1979], pág. 189). En la primera fase se vive en cabañas de planta circular u oval, fabricadas con adobes. El contacto con los fenicios introdujo lentamente cambios profundos con construcciones en piedra, ya rectangulares, que indica un mejor momento económico con cerámica copiada o importada de los fenicios, a torno, y con la metalurgia del hierro. Esta zona suroccidental en Granada llevó al sureste el conocimiento y uso del torno del alfarero y de la metalurgia. La provincia de Granada se relacionaba mediante dos vías con los asentamientos fenicios de la costa malagueña por Zafayona y por Frigiliana. Almuñécar, en cuya necrópolis fenicia aparecen los primeros documentos del torno y del hierro en Occidente, se fecha hoy entre finales del siglo VIII y los últimos años del tercer cuarto del siglo VII. (I. Negueruela, «Zur Datierung der westphönizischen Nekropole von Almuñécar», *MM*, 22 [1981], págs. 211 y ss.; F. Molina y otros, *Almuñécar. Arqueología y Historia*, Granada, 1983).

El periodo protoibérico abarca desde finales del siglo VIII hasta el año 600 aproximadamente. Hacen su aparición ahora las construcciones rectangulares y cuadradas que encajan unas dentro de otras, que son pruebas de una manera distinta de vivir y de ordenar la sociedad. La cerámica no está hecha a mano, sino a torno, a este nivel. Abunda la cerámica gris. Se imitan los cuencos finos. Se ignora si la cerámica pintada es importada o de fabricación local.

Algunas cerámicas, como los platos de barniz rojo, son de origen fenicio. Un jarro recuerda muy de cerca a cerámicas chipriotas. Las ánforas típicamente de la alta Andalucía prueban un comercio del vino y del aceite, que suministraban los fenicios de la costa. La cultura de este momento, que es una simbiosis de la fenicia y de la tartésica orientalizante, está en la base de la posterior cultura turdetana, a partir de finales del siglo VI a.C.

J. Pachón, J. Carrasco y M. Malpesa³⁵ han señalado las vías de penetración de la influencia fenicia en esta región tan al interior. El problema planteado estriba en saber si los influjos fenicios siguieron la ruta del Genil a través del curso del Guadalhorce y desde la costa; o si más fácilmente remontando el río Vélez, desde Toscanos, y penetrando por el paso natural de Raffaraya hasta las tierras de Alhama, llegaban al Genil para alcanzar la depresión granadina.

Poblado metalúrgico de Almonte (Huelva)

Como puntos de comparación con los materiales de Cástulo en el momento en que hacen su presencia los primeros impactos de la colonización fenicia y su asimilación por las poblaciones nativas, se analizan brevemente dos poblados mineros de Andalucía occidental, Almonte y el Cabezo de San Pedro, ambos situados en Huelva, coetáneos y dedicados también a la metalurgia de la plata, en curso de excavación y el Cerro de los Infantes, Pinos Puente en Granada, por su proximidad a Cástulo, del que ya se ha hablado, prescindiendo de poblados contempo-

³⁵ J. Pachón - J. Carrasco - M. Malpesa, *El proceso...*, cit., págs. 10, 15; J. A. Pachón - J. Carrasco, «Influencia fenicia en la Vega de Granada», *CAN*, 16 (1983), págs. 479 y ss., con material fenicio antiguo.

ráneos de carácter ganadero y agricultor, como los de Carmona y de Setefilla³⁶, ambos en la provincia de Sevilla.

El yacimiento de Almonte³⁷ ocupa una extensión de 40 hectáreas. Está compuesto de cabañas fabricadas con vegetales. Unas son de planta rectangular, otras de planta circular. Se extendía por cuatro altozanos. La fecha de este poblado, a juzgar por los materiales analizados, ya desde los siglos IX a finales del siglo VII a.C.; por lo tanto, su actividad comienza antes que en Cástulo. La población se dedicaba al beneficio de la plata, como Cástulo. Las minas³⁸ más cercanas se encuentran a 40 kilómetros; las de Cástulo en las proximidades, pero los hallazgos abundantísimos de escorias y la presencias de hornos de fundición, prueban esta metalurgia. Almonte está en una ruta que, partiendo de Riotinto o Aznalcóllar, llega a Tejada la Vieja, continúa hasta Almonte y finaliza en el Rocío. En Almonte se comerciaba el metal probablemente con Cádiz, que era el gran centro que controlaba el comercio suroccidental. Toda Sierra Morena, que era un fabuloso coto minero, se puso en explotación en el periodo orientalizante y los fenicios eran los que exportaban la plata a Grecia, Asia y a todos los pueblos, según Diodoro (5, 35, 3). La plata de Cástulo probablemente descendía también Guadalquivir abajo hasta Cádiz, lo que explicaría satisfactoriamente las relaciones de las cerámicas de Cástulo con las del bajo Guadalquivir y Huelva, más bien que con las de Toscanos y de las factorías fenicias de la costa de Málaga, lo que presupone una excelente organización de transportes, de seguridad en los caminos y de un poder político fuerte, todo en manos de los indígenas, igual que la explotación de la plata y su co-

³⁶ M. E. Aubet, *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, Barcelona, 1975, 1978; *Íd.*, «La cerámica de Setefilla», *BSAA*, 42 (1976), págs. 19 y ss.; M. E. Aubet y otros, *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña 1979*, Barcelona, 1983.

³⁷ D. Ruiz Mata, «El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé (Almonte, Huelva)», *MM*, 22 (1981), págs. 150 y ss.; J. L. Fernández, «San Bartolomé de Almonte. Yacimiento metalúrgico de época tartésica», *Revista de Arqueología*, 26 (1983), págs. 40 y ss.

³⁸ A. Blanco - B. Rothenberg, *Exploración arqueológica de Huelva*, Barcelona, 1981, págs. 170 y ss. Los autores creen que la llegada de los fenicios a las minas de Occidente no introdujo técnicas nuevas en la explotación minera, contraria es la opinión de J. M. Luzón.

mercantilización, de la que se beneficiarían los rémulos, como Argantonio, cuyo nombre significa «el hombre de la plata». El poblado de Almonte explica la existencia de varias rutas comerciales desde los centros mineros hacia la costa. El proceso metalúrgico se efectuaba en el propio Almonte, por ser los terrenos ricos en cal, que se necesitaba para la fundición. Además el lugar era abundante en madera, indispensable para los hornos. Las viviendas y los núcleos de fundición parecen responder a pequeños grupos familiares dedicados al trabajo, como sucedería entre todos los metalúrgicos del sur. Las cabañas presentan un estrato único, lo que señala quizá que los periodos de ocupación de viviendas debieron ser cortos. Las cerámicas son las mismas de toda esta región, principalmente las de Cabezo de San Pedro, comenzando por las bruñidas y toscas de origen indígena, para pasar a las de torno de origen fenicio. La primera fase del poblado es anterior a las primeras aportaciones fenicias. Su fecha sería la primera mitad del siglo VIII a.C. Las cerámicas en esta primera fase son bruñidas y hay algunas cerámicas pintadas. Los aros de cerámica y los vasos con perforaciones son posiblemente utensilios metalúrgicos. En la segunda fase, 750-700 a.C., hacen su presencia las primeras aportaciones fenicias (ampollas, ánforas y páteras de engobe rojo). En la tercera fase, hasta finales del siglo VII a.C., las cerámicas a torno abundan, lo que probaría una intensificación del contacto comercial y la aculturación por parte de los indígenas. Las escorias indican, al igual que en Cástulo, un bajo contenido en cobre y alto en oro, plata y plomo. El mineral procede seguramente de Aznalcóllar y no de Riotinto. Aproximadamente cada 25 fondos de cabañas proporcionan 3.000 kilogramos de escorias. Los minerales se beneficiaban por copelación seguramente, al igual que las minas de plata de Laurión, en el Ática.

La cal era imprescindible para las copelas. El plomo se empleaba como captador de la plata y no como materia o subproducto, lo que probaría una metalurgia altamente desarrollada, que debió ser introducida por los fenicios y distinta de la seguida por los indígenas durante el segundo milenio a.C. La de Cástulo, a juzgar por algún dato, debía ser la misma. Se ha excavado un horno de beneficiar metales, que es un simple hueco en el suelo de 3 metros de diámetro y 0,50 metros de profundidad con restos de adobes, que protegían seguramente a los metalúr-

gicos. El horno trabajaba a una temperatura entre 1.000 y 1.200 grados.

La ruta comercial de Almonte lleva a la desembocadura del Guadalquivir, ello explicaría la ausencia de factorías fenicias en el bajo Guadalquivir y en Huelva, de donde se deduce que la explotación y comercio del mineral no tuvo un control único. Almonte, como Cástulo, no fueron poblados amurallados; sí lo fue Tejada la Vieja, el segundo con el que se relaciona. Del que se diferencia también en que Tejada y Cerro Salomón, como Cástulo, tienen casas rectangulares construidas de mampostería. La planta de las casas de Riotinto, al parecer, son de origen oriental.

Cabezo de San Pedro

Este cabezo enclavado en una de las colinas de Huelva³⁹ capital ha proporcionado cerámicas del más alto interés científico para conocer el proceso de aculturación de estas poblaciones indígenas dedicadas a la metalurgia de la plata. Ocupó un lugar privilegiado en las confluencias de los ríos Tinto y Odiel. En las épocas del Cobre y Bronce Medio las poblaciones se asentaban más bien en la sierra del interior y al final de la Edad del Bronce la tendencia fue a afincarse en la costa. La causa de este cambio fue la extracción y el comercio de la plata. El punto de extracción localizado más al septentrión es Riotinto. Niebla se encuentra en un lugar intermedio y Huelva fue un centro minero de primer orden. El río Tinto desempeña un papel importante en la extracción y comercio de la plata con el exterior, o

³⁹ J. M. Blázquez y otros, «Las cerámicas del Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica*, 1 (1970); *Id.*, *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro*, Madrid, 1979; M. del Amo - M. Belén, «Estudio de un corte estratigráfico en el Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica*, 5 (1981), págs. 57 y ss.; M. Belén y otros, «Los orígenes de Huelva», *Huelva Arqueológica*, 3 (1977); D. Ruiz Mata - J. M. Blázquez - J. C. Martín, «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva), Campaña de 1978», *Huelva Arqueológica*, 5 (1981), págs. 149 y ss.; D. Ruiz Mata, «El Bronce final — fase inicial — en Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas», *AEA*, 52 (1979), págs. 3 y ss.; J. P. Garrido, «Mundo indígena y orientalizador en la región del Tinto-Odiel», *AEA*, 52 (1979), págs. 39 y ss.

sea con los fenicios de Cádiz y con los griegos. La potencia estratigráfica del Cabezo de San Pedro confirma su importancia en el comercio de la plata, lo que se prueba por la cantidad grande de escorias. El Cabezo tiene tres fases bien diferenciadas. Las decoraciones y técnicas de la fase I son las siguientes: a) motivos bruñidos; b) pintados de rojo; c) motivos incisos; d) motivos incisos rellenos de pintura roja; e) decoración pseudoexcisa; f) decoración realizada por peine; g) decoración a la almagra; h) decoración con acanaladuras; i) decoración de baquetones; j) impresiones digitales. Este horizonte cultural es contemporáneo del fondo de las cabañas de El Carambolo, de Valenciana de la Concepción (Sevilla) y de los niveles XI-IX de Setefilla, todas localidades de la provincia de Sevilla.

La fase II se caracteriza, en lo referente a la cerámica indígena, por la evolución de algunas formas anteriores y por la aparición de otras nuevas. Las decoraciones bruñidas son más escasas y menos cuidadas. En la fase II perviven los tipos de la fase anterior, con aumento de la cerámica a torno de origen oriental. Los materiales se relacionan con las tumbas de la necrópolis de La Joya y se fechan en el primer cuarto del siglo VI a.C. El conjunto del material de las tumbas y de la fase III se deben datar entre los años 650/625 y 575/550 a.C.

La cronología de la fase II se extendería entre 700 y 650/625 a.C., fechándose la fase I entre los siglos X-IX y 700 a.C.

En Cástulo y en el alto Guadalquivir no aparece cerámica griega (ática) con anterioridad a los finales del siglo V a.C., siendo muy abundante la procedente de talleres áticos de la primera mitad del siglo IV a.C. En cambio, en Huelva las cerámicas áticas⁴⁰ de este último siglo son escasas y de inferior calidad, lo que parece indicar que en el siglo IV las minas de Cástulo tenían más importancia que las de Huelva y en el periodo orientalizante al

⁴⁰ R. Olmos, «La cerámica ática del Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica*, 3 (1977), págs. 377 y ss.; *Id.*, «Un nuevo fragmento de Clitias en Huelva», *AEA*, 53 (1980), págs. 5 y ss.; R. Olmos - M. Picazo, «Zum Handel mit griechischen Vasen und Bronzen auf der Iberischen Halbinsel», *MM*, 20 (1979), pág. 184; P. Rouillard, «Les céramiques de la Grèce de l'est et leur diffusion en Occident», *Colloque internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique*, París, 1978, págs. 274 y ss.

revés. La cerámica griega ática del siglo iv a.C. fue traída probablemente por los fenicios, según testimonio del Pseudo Scylax (95 F 112 M), quien afirma que los mercaderes fenicios surtían de cerámica ática a las poblaciones africanas de la costa atlántica. La cerámica ática debía funcionar probablemente como moneda, es decir, era un objeto de valor. En Huelva ha aparecido un fragmento de origen ático⁴¹ fechado entre 760 y 730 a.C. y un segundo de estilo corintio medio datado entre los años 600 y 575 a.C. Las cerámicas griegas del Cabezo de San Pedro descienden a fechas del 400 o posteriores. En otros lugares de Huelva capital la cerámica ática del siglo vi a.C. es muy abundante y pertenece a los mejores talleres, estando presente también cerámicas peloponesas, de Samos, etc. Como en este siglo vi a.C. el mundo fenicio está, al parecer, algo en baja forma en Occidente, la presencia de esta cerámica griega indica la existencia de mercaderes griegos, que comerciaban directamente con los indígenas, que eran los únicos que extraían la plata. Este mercado es con absoluta seguridad posterior al viaje de Colaios de Samos, según indicación de Heródoto (4, 152, 3) y, por lo tanto, a la llegada de los griegos se podría deber los influjos griegos⁴², que se encuentran en algunos bronce de Despeñaperros y, si se fechan en el siglo vi a.C., algunos elementos que aparecen en las estelas grabadas⁴³, como la panoplia de los gue-

⁴¹ P. Rouillard, «Fragmentos griegos de estilo geométrico y de estilo corintio en Huelva», *Huelva Arqueológica*, 3 (1977), págs. 395 y ss.

⁴² R. Olmos, «El Sileno simposiasta de Capilla (Badajoz)», *Trabajos de Prehistoria*, 34 (1977), págs. 389 y ss., con observaciones sobre otros bronce griegos hallados en Hispania; V. M. Guerrero, «Las ánforas Cintas -282/283 y el comercio de vino fenicio en Occidente», *Saguntum*, 22, 1989, págs. 147 y ss.

⁴³ M. Bendala, «Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos», *Habis*, 8 (1977), págs. 177 y ss.; M. Bendala y otros, «Tres nuevas estelas de guerreros de la provincia de Córdoba», *Habis*, 10 (1979-1980), págs. 391 y ss. Últimamente han aparecido varias de estas estelas: M. Almagro, «Nuevas estelas decoradas de la Península Ibérica», *Miscelánea Arqueológica*, 1, Barcelona, 1974, págs. 5 y ss.; D. Oliva - R. Chasco, «Una estela funeraria con escudo de escotadura en U en la provincia de Sevilla», *Trabajos de Prehistoria*, 33 (1970), págs. 387 y ss.; M. Varela - J. Pinho, «Las estelas decoradas do Pomar (Beja, Portugal). Estudio comparado», *Trabajos de Prehistoria*, 34 (1977), págs. 165 y ss.; J. Valiente - S. Prada, «Nueva estela decorada de Aldea del Rey (Ciudad Real)», *AEA*, 52 (1972), págs. 27 y ss.; G. Fatás, «Una estela de guerrero con escudo escotado en «V» aparecido en las Cinco Villas de Aragón», *Pyrenae*, 11 (1975), págs. 165 y ss. El arpa es exacta a la de una te-

rreros, aunque somos de la opinión que estos elementos los pudieron traer también los fenicios, ya que todos ellos se documentan también en Siria. Quizá fueron también mercancía griega los cascos griegos de Guadalete y el corintio de Huelva⁴⁴. En Rota, en las proximidades de Cádiz, se descubre recientemente gran cantidad de cerámica griega. Posiblemente es el puerto de Menesteio citado por Estrabón (3, 1, 9). Seguramente

rocota de arpista de Ashdod del siglo VIII (A. Kempinski - M. Avi-Yonah, *Siria-Palestina, II*, Ginebra, 1977, fig. 43); J. T. Enríquez, «Dos nuevas estelas de guerreros en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz», *Museos*, 1, 1982, págs. 65 y ss. La lira es exacta a la de un bronce del siglo VI a.C. hallado en Monte Sirai (A. Parrot - M. Chéhab - S. Moscati, *Les phéniciens. L'expansion phénicienne, Carthage*, París, 1975, fig. 246). Pertenece al mismo tipo, nada más que un poco más alargado que el ejemplar del relieve de Karatepe con músicos, de estilo arameizante, fechado en 700 (E. Akurgal, *Orient et Occident. La naissance de l'arc grec*, París, 1966, lám. 32), que también se encuentra pintada sobre un vaso del Dipylon, de la segunda mitad del siglo VIII a.C. (E. Akurgal, *cit.*, lám. 62) y en un vaso chipriota del Bichrome III (V. Karageorghis - J. des Gagniers, *La céramique chypriote de style figuré. Age du fer [1050-500 av. J.C.]*, Roma, 1974, págs. 7 y ss.). En un *cantharos* beocio, datado hacia 750-725 a.C. se representó una arpa estrecha y larga, pero con brazos curvos (P. Demargne, *Nacimiento del Arte Griego*, Madrid, 1960, figs. 385 y 389). La presencia de la lira, como la del espejo, dan un carácter funerario a las estelas. Sobre la navegabilidad en el Mediterráneo entre los siglos X-VIII a.C. es fundamental: O.-H. Frey, «Zur Seefahrt im Mittelmeer während der Früheisenzeit (10. bis 8. Jahrhundert v. Chr.)», *Kolloquien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, Band 2*, Munich, 1982, págs. 21 y ss.

⁴⁴ A. García y Bellido, *La colonización griega. Historia de España protohistórica*, I. Madrid, 1975, pág. 517, fig. 454. Sobre la colonización griega en Occidente, véase AA.VV., *Símpoio de colonizaciones*, Barcelona, 1974; M. Bendala, «Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos», *AEA*, 52 (1979), págs. 33 y ss.; M. Fernández-Miranda, «Horizonte cultural tartésico y los hallazgos griegos en el sur de la Península», págs. 49 y ss.; J. Alvar, «Los medios de navegación de los colonizadores griegos», págs. 67 y ss.; R. Olmos, «Perspectivas y nuevos enfoques en el estudio de los elementos de cultura material (Cerámica y bronce) griegos o de estímulo griego hallados en España», págs. 87 y ss.; L. García Iglesias, *La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico*, págs. 131 y ss.; G. López Monteagudo, «Panorama actual de la colonización griega en la Península Ibérica», *AEA*, 50-51 (1977-78), págs. 3 y ss. Los hallazgos de cerámicas griegas en Huelva invalidan la tesis de J. M. Morel («L'expansion phocéenne en Occident: dix années de recherches [1966-1975]», *BCH*, 99 [1975], págs. 853 y ss.) de negar la existencia de colonias griegas, salvo Ampurias, pues los griegos, particularmente los focenses, probablemente, comerciaron directamente con Huelva. J. Remesal Rodríguez, «Imagen y función de Iberia en el Mediterráneo antiguo», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1979, págs. 837 y ss.

estos griegos exportaron el bronce tartésico, unas 13 toneladas, con el que se forraron las cámaras del tesauros, que el tirano Mirón de Sición levantó en Olimpia para celebrar su triunfo en los juegos, hacia el año 600 a.C., del que habla Pausanias (6, 19, 2-4).

En el Cabezo de San Pedro aparecen sobre la cerámica indígena grafitos en escritura tartésica, fechados en torno a 700 a.C. En Cástulo no hay grafitos en el periodo orientalizante. Estos signos recuerdan al alfabeto de Hama, lo que sería un dato más a los ya apuntados (Pozo Moro, fíbula de doble resorte, estatui-lla de Galera, Astartés y esfinge de Cástulo, etc.), que llevan al norte de Siria, de donde probablemente procedió una verdadera colonización de arameos, también presente en otros lugares del Mediterráneo (copas fenicias con frases en arameo).

Un elemento importante del Cabezo de San Pedro, que no se documenta en Cástulo en la etapa orientalizante, es la mura-lla, levantada con pilares, técnica bien documentada en Tiro, Hazor, Aroer y Megiddo, en fechas que oscilan entre los años 1000 y el VII a.C., lo que probaría, al parecer, unos primeros contactos con comerciantes orientales, anteriores al siglo VII a.C., siglos de la colonización intensiva fenicia en la región de Huelva. El muro está enclavado en un ambiente totalmente indígena, lo que indica la asimilación por los nativos de formas defensivas y técnicas típicamente fenicias.

En cambio, las torres rectangulares de las proximidades de Cástulo (Ibros)⁴⁵ y del alto valle del Betis, que deben fecharse a partir del siglo V a.C., siguen la técnica de fortificaciones cartaginesas y a su concepción defensiva. Su finalidad era controlar las minas de Sierra Morena y las salidas naturales del mineral hasta Cádiz, en manos de los régulos (Diod. 5, 35). Como indicó ya P. Bartoloni⁴⁶ hace años, responden a la línea de fortalezas costeras de Túnez y Argelia. En particular al campo atrincherado de Kebilia, de Ras el Fortas, a la fortaleza de Ras ed Drek, que rodeaban al Cabo Bon y que controlaban el canal de Sicilia, a la fortaleza de Ras Zebib, en las proximidades de Biserta y al

⁴⁵ J. Fortea - J. Bernier, *Recintos y fortificaciones ibéricos en la Bética*, Salamanca 1970; G. Nicolini, «Les Ibères», *Art et civilisation*, París, 1973, pág. 60.

⁴⁶ P. Bartoloni, Reseña al libro J. Fortea - J. Bernier, *RSF*, 1 (1973), págs. 108 y ss.

limes de Cartago a lo largo del río Seybouse. El investigador italiano piensa, acertadamente en nuestra opinión, en un plan estratégico de clara marca cartaginesa para controlar las vías de penetración de las minas de Sierra Morena, que no se podían defender si no es con una estrategia unitaria y rígidamente coordinada. La defensa del valle del Guadalquivir imita la articulada línea defensiva erigida por Cartago en las alturas de Sulcis, en Cerdeña, para defender los emporios costeros. P. Bartoloni indica que los recintos fortificados de la Bética recuerdan a los contemporáneos de Túnez, Argelia, Sicilia y Cerdeña. Concretamente El Higuerón es similar a la fortaleza de Kebilia. Fortalezas parecidas son las de Monte Sirai. F. Barreca⁴⁷, con ocasión de estudiar las fortalezas fenicio-púnicas de Cerdeña, señala algunas carecterísticas de estas fortalezas, como son: preferencia por la planta cuadrada y su ubicación en puntos estratégicos, poco elevados por lo general, que obedecen al principio de la defensa activa mediante rápidas y eficaces salidas. Son una especie de nidos de águila. Responden a un concepto de guerra de movimiento, diverso del concepto romano del *limes*.

Estas torres se las llamaba con posterioridad *turres Hannibalis* (Plin. 2, 181; 35, 169). Según Livio (22, 19), se utilizaban contra los ladrones y en tiempos del historiador latino se creía que remontaban a los cartagineses (Liv. 29, 23, 1).

En Obulco, la actual Porcuna, localidad enclavada a pocos kilómetros de Cástulo, ha aparecido un Heroon⁴⁸ fechado a finales del siglo v a.C., con esculturas de guerreros debidas a artistas focenses probablemente, armados con todas las armas de la meseta; quizá serían celtíberos, que se sabe que en fecha posterior, a los comienzos de la conquista romana, eran las tropas mercenarias de los turdetanos (Diod. 25, 10; Liv. 34, 19); quizá los enemigos contra los que luchaban en Oretania eran ya en fecha tan temprana los lusitanos, que se mencionan haciendo expediciones de saqueos en el sur, durante la conquista en el año

⁴⁷ F. Barreca, «Le fortificazioni fenicio-puniche in Sardegna», *Atti del 1.º Convegno italiano sul Vicino Oriente antico*, Roma, 1978, págs. 115 y ss.; F. Barreca - M. H. Fantar, *Prospezione archeologica al Capo Bon-II*, Roma, 1983; M. Gharbi, «Les fortifications préromaines de Tunisie: le cas de Kélbra», *L'Africa Romana*, Sassari, 1990, pág. 186.

⁴⁸ A. Blanco, *Historia del Arte hispánico*, págs. 43 y ss.

194 (Liv. 35, 1: *lusitanos pervastata ulteriore provincia cum ingenti praeda domum redeuntis in ipso itinere adgressus...*). Otras razzas de lusitanos en la provincia ulterior datan de 190 (Liv. 37, 46, 7), del 189 (Liv. 37, 37), de 188 (Liv. 40, 21), etc.

Entre los grupos de Obulco, uno es del más alto interés. Representa la lucha de un varón con un grifo, tema bien conocido en los vasos de Kersch y en Hispania (vasos áticos de Ceal del Becerro) y en Orleyl (Castellón)⁴⁹. El grifo fue introducido en Occidente por los fenicios (anillo de Huelva y peine de Carmoña). También pudieron traer los mismos fenicios, o quizá los griegos, el mito de los grifos que defendían contra los arimaspos, pueblo del norte de Escitia, en el sur de Rusia, el oro de la tierra. Es probable que un mito parecido, como insinúa A. Blanco, existiera en Oretania, traído por los pueblos colonizadores. Aristeas de Proconeso (650-600 a.C.) fue el primer autor griego que cantó esta lucha, que después fue celebrada por Esquilo, Píndaro, Hecateo, Heródoto, Helánico y otros, pero en los vasos de Kersch este tema, al parecer, es ya simplemente decorativo⁵⁰.

Ni en la alta Andalucía ni en Huelva o el bajo Guadalquivir en el periodo orientalizante se han encontrado esculturas. La escultura ibérica (Elche, Verdolay, etc.) y turdetana o bastetana (Obulco, Dama de Baza) es de influjo griego⁵¹, pero es posterior ya a la segunda mitad del siglo v a.C. Tampoco en Oretania han aparecido marfiles⁵².

⁴⁹ A. Lázaro y otros, *Materiales de la necrópolis ibérica de Orleyl (Valt d'Uxó, Castellón)*, Valencia, 1981, págs. 59 y ss., figs. 16-17, láms. X, XII.

⁵⁰ K. Schauenburg, «Arimaspen in Unteritalien», *Revue Archéologique*, 2 (1982), págs. 249 y ss.; M. Montserrat, «La iconografía del grifo en la Península Ibérica», *Pyrenae*, 9 (1973), págs. 7 y ss.

⁵¹ A. Blanco, *cit.*, págs. 40 y ss., págs. 47 y ss.; J. M. Blázquez, *Las raíces clásicas*, *cit.*, págs. 157 y ss.; *Íd.*, «El arte neohitita y los orígenes de la escultura animalística ibérica y turdetana», *Goya*, 120 (1974), págs. 345 y ss.; *Íd.*, *Arte orientalizante...*, págs. 201 y ss. Sobre el influjo semita y griego en la escultura animalística, véase T. Chapa, *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, Madrid, 1980, págs. 1005 (de origen orientalizante, 12 piezas), 1012, 1014 (de origen griego, 52 piezas). G. Nicolini, «À propos de l'archaïsme ibérique. Trois têtes du Llano de La Consolación au Musée du Louvre», *Homenaje a A. García y Bellido*, III, 1977, págs. 25 y ss.

⁵² M. E. Aubet, «Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir, I. Cruz del Negro», *BSAA*, 44 (1978), págs. 15 y ss.; *Íd.*, *Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir*, Valladolid, 1979-80.

La presencia fenicia a través del comercio o de colonias de comerciantes en función de las minas (Cástulo), en todo el sur de la Península Ibérica, y más concretamente en Oretania y Bastetania (Granada), ocasionó importantes transformaciones económicas y sociales. De los cambios políticos no se puede afirmar nada, sino que la monarquía era la forma de gobierno⁵³. El comercio benefició principalmente a las capas superiores de la sociedad. Sin embargo, no se puede afirmar que Tartesos fuera una alta cultura, ni una gran cultura orientalizante, como las de Oriente. El periodo orientalizante, siglo VIII-VI a.C., echó las bases de una sociedad urbana, que se daría ya plenamente a partir del siglo VI a.C. y que está en los cimientos de la gran cultura turdetana y bastetana, ya con un desarrollo grande de la escultura (Obulco, Baza y Cástulo), y de la decoración arquitectónica (Cástulo)⁵⁴. En el siglo VI a.C. al parecer, hubo una regresión de lo fenicio, que aprovecharon los griegos en Huelva para comerciar directamente. Este comercio no llegó a la alta Andalucía. El influjo fenicio favoreció, sin duda, las diferencias sociales, pero se asimilaron una serie de técnicas nuevas (el uso del torno, de la pintura vascular, del engobe rojo, de formas nuevas en cerámica), se introdujeron el vino y el aceite y el uso del hierro. Se asimilaron dioses (Astarté) y seres fantásticos (grifos, esfinges) y formas de religiosidad nuevas (exvotos, *thymiateria*, santuarios).

La alta Andalucía estuvo menos semitizada en profundidad y extensión que Huelva⁵⁵.

Últimamente, C. Gonzalez Wagner⁵⁶ defiende la teoría de

⁵³ J. Caro Baroja, *La «realiza» y los reyes en la España antigua. Estudio sobre la España Antigua*, Madrid, 1971, págs. 53 y ss.

⁵⁴ J. M. Blázquez - R. Contreras, *Cástulo IV*, Madrid, 1984; J. M. Blázquez, *Arte orientalizante...*, págs. 296 y ss.; *Id.*, *Primitivas religiones ibéricas...*, págs. 150 y ss., 196 y ss.; A. Blanco, *cit.*, págs. 13 y ss.; AA.VV., *Simposi Internacional. Els orígens del món ibèric*. En la Dama de Baza, aunque sigue prototipos griegos, probablemente se tenga una imagen de Astarté, como lo indica su atributo, la paloma, que aparece en la dama de Santiago de la Espada (Jaén), que es otra imagen de la misma diosa fenicia. En la escultura de Obulco, el varón con muflón representa muy probablemente a un dios identificado con Astarté por los indígenas, por un fenómeno de sincretismo.

⁵⁵ M. E. Aubet, «Algunas cuestiones en torno al periodo orientalizante tartésico», *Pyrenae*, 13-14 (1977-78), págs. 81 y ss.

⁵⁶ C. González Wagner, «Aproximación al proceso histórico de Tartessos», *AAE*, 56 (1983), págs. 3 y ss.

que Tartesos es el resultado de la colonización fenicia, mediante una transformación de la estructura económica de los autóctonos, que pasan de ganaderos a metalúrgicos; una diversificación y estratificación social que tiende más acusadamente al individualismo social y al fenómeno urbano; así como una transformación de las estructuras políticas internas, que refuerza el caudillaje y las instituciones de poder colocándolas en el umbral del Estado; y regionales, que crea, ante la necesidad de un control de los distritos mineros y de las vías de comunicación, una confederación tartésica de la que Huelva será el centro hegemónico. El «orientalizante» tartésico sería fundamentalmente la consecuencia de un proceso de difusión cultural que solo afecta en profundidad a las élites socio-económicas indígenas; mientras que la presencia de niveles de aculturación en el ritual funerario se explica en Carmona, Medellín, etc., por la existencia de una colonización agrícola fenicia del interior, que toma cuerpo a partir de comienzos del siglo VII a.C., pero a la alta Andalucía no parece que llegase esta colonización semita.

Las fuentes semitas y clásicas referentes a navegaciones fenicias y griegas a Occidente

Tartesos, o mejor, la cultura tartésica, es un tema que viene apasionando a la investigación mundial, desde que el hispanista A. Schulten, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Erlangen (Alemania), publicó su célebre libro *Tartesos*, traducido después al castellano, y del que ya se han vendido cuatro ediciones; siendo la última la aparecida en el año 1984.

Los arqueólogos modernos vinculan con la llamada cultura tartésica una serie numerosa de objetos y monumentos hallados principalmente, pero no exclusivamente, en el sur de la Península Ibérica, en una amplia zona que abarca desde el río Tajo hasta el Mediterráneo. Elementos de esta cultura, como cerámicas, aparecen también en toda la costa levantina, relacionados con el sur de la Península Ibérica.

El estudio del problema de Tartesos está vinculado, ante todo, con las posibles menciones de esta región en fuentes orientales, como la Biblia, y en autores griegos y latinos, algunos de los primeros contemporáneos de Tartesos y con los más antiguos viajes de fenicios y griegos a Occidente. Ya hace años, estas fuentes fueron catalogadas y examinadas por A. Schulten¹ y por A. García y Bellido². Recientemente, algunos investiga-

¹ A. Schulten, *Tartessos*, Madrid, 1984.

² A. García y Bellido, *Historia de España. España Protohistórica*, Madrid, 1975.

dores, como Bunnens³ y Bergen, las han vuelto a analizar, llegando a conclusiones novedosas.

FUENTES ORIENTALES

Varios investigadores han creído reconocer a Tartesos en las citas bíblicas, que mencionan Tarsis. Estas fuentes por orden cronológico son las siguientes.

Varios libros de la Biblia, escritos en épocas diversas, hablan de las «naves de Tarsis» que traían a Fenicia diversos productos, principalmente minerales; así en 1 Reyes 10, 21, libro escrito probablemente hacia el año 600 a.C., se lee: «No había nada de plata, no se hacía caso de ésta en tiempos de Salomón, porque el rey tenía en el mar naves de Tarsis, y cada tres años, llegaban las naves de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales.» El autor se refiere a viajes realizados a comienzos del primer milenio a.C. por los fenicios.

Difícilmente estos textos pueden referirse al sur de la Península Ibérica, que es donde se sitúa Tartesos por los autores griegos y latinos, por la mención de «marfil, monos y pavos reales». Se ha supuesto que los productos que se traían, según esta fuente bíblica, podían venir de Tartesos, puesto que, a decir de varios investigadores, el marfil se recogería en el norte de África, con el que la Península mantenía relaciones, ya que los semitas comerciaban a ambas orillas del Mediterráneo (Estrabón, 1, 3, 2; Plinio *NH*, 19, 63; Diodoro 5, 20), y los monos se atraparían en Gibraltar, donde todavía existen en la actualidad. Más dificultad hay en llevar de España pavos reales, animales que no se crían en estas tierras.

Cary y Warmington, hace ya muchos años, señalaron que la palabra que en el texto hebreo se utilizó para «pavo real» es con seguridad de origen indio, lo que parece señalar que estas aves proceden de la Península del Indostán.

Últimamente, un buen especialista en marfiles semitas como Barnett, siguiendo a otros varios autores, vuelve a insistir, para localizar el lugar al que se dirigían las «naves de Tarsis», en que

³ G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essay d'interprétation fondé sur une analyse des traditions littéraires*, Bruselas-Roma, 1976.

una serie de palabras del citado texto 1 Reyes 10, 21, se derivan de voces indias. Así, la palabra hebrea usada para marfil, *sén hab-bim*, es probablemente una transcripción de la palabra sánscrita *ib-ha-dantā*, diente de elefante. La palabra hebrea *qôf*, mono, es la sánscrita *kapi*.

Los análisis de marfiles fenicios efectuados últimamente han dado como resultado que en la casi totalidad de los casos se trate de marfiles de elefantes indios y, en casos esporádicos, de marfil procedente de Senegal; ya en 1938 Dollman señaló que algunos marfiles de Nimrud eran de elefante indio. La misma procedencia tienen varios marfiles encontrados en Bahreim, en el Golfo Pérsico, fechados en los siglos VI y V a.C. En el obelisco de Salmanasar III, datado en el año 31 de su reinado, 829 a.C., se representa a un sirio conduciendo, como tributo, un elefante indio y unos monos, lo que indica un comercio activo de los fenicios con la India. Este último argumento es de gran fuerza para rechazar que la Tarsis de la que se trae marfil a Salomón sea Tartesos. Barnett, del British Museum de Londres, y Hus admiten que los fenicios se aprovisionaban de marfil en la India; el primer autor menciona las expediciones que los reyes de Tiro y Judea organizaban a la India con este fin. Barnett ha publicado varias veces una pintura egipcia de la tumba de Rekhmara, importante personaje del tiempo de Thutmés II (siglo XV a.C.), en la que aparece un sirio conduciendo un joven elefante indio y llevando al hombro los dientes de un animal adulto. Dientes de elefantes completos se han recogido en el palacio de Alalakh en Atchana, al norte de Siria, en un estrato datado hacia 1500 a.C. En las fuentes egipcias abunda la documentación sobre cacerías de elefantes organizadas por los egipcios en Siria, animales que extinguieron aquí los monarcas asirios en el siglo VIII a.C. Sin embargo, en el Génesis 10, 4: «Hijos de Yawan, Elisah y Tarsis, Quitin (Chipriotas) y Rodanim (Rodios)», Julio Africano coloca Tarsis próximo a Rodas y Chipre. El excelente análisis de Mazzarino tal vez obligue a admitir con cierta posibilidad que Tarsis es Tartesos, aunque se pudiera también aceptar perfectamente que alude el escritor sagrado a la antigua colonia fenicia mencionada en otros pasajes bíblicos, que se cita en el Génesis, al igual que sus hermanas Cartago y Chipre.

La confirmación de que la Tarsis bíblica con la que comer-

ciaban los mercaderes fenicios y griegos podría localizarse en la India es un párrafo de la carta XXXVII 1-2 escrita por Jerónimo a Marcela, en la que afirma: «Acaso pregunte si Tharsis es el crisotilo o el jacinto, como lo quieren diversos intérpretes, a cuya semejanza se describe el rostro de Dios, porque Jonás quiere irse a Tharsis y que Salomón y Josafat tenían naves que solían hacer el comercio de exportación e importación desde Tharsis. La respuesta es sencilla. Tharsis es vocablo homónimo con el que se llama región de la India, y también el mar, por ser éste azul y herido por los rayos del sol reproduciendo el color de las piedras sobredichas. Recibió, pues, el nombre por el color; si bien Josefo, cambiada la letra 'tau', piensa que los griegos llamaron Tarso a Tharsis», teoría esta última seguida por algunos autores modernos y antiguos, como Reticio, obispo de Autum, citado por Jerónimo al comienzo de su carta.

Así pues, los textos del Antiguo Testamento, que aluden a sucesos más antiguos, antes mencionados, se explican más fácilmente si se admite que la Tarsis bíblica se sitúa en la India, como quiere Barnett, quien piensa que es la ciudad india de Suppara, en las proximidades de Bombay, y Emerson Tement en Ceilán. Suida, lexicógrafo bizantino, que vivió quizá en el siglo x, tajantemente afirma que la Tarsis de donde vino el oro a Salomón se encontraba en el Índico: «Tarsis, país de la India, de donde llegó a Salomón el oro»⁴.

El conocimiento, cada día más perfecto, del sur del Mar Rojo y de las zonas limítrofes obligan a dar mayor importancia que la concedida hasta ahora a las visitas que a estas aguas efectuaron los fenicios desde muy antiguo, como se deduce de un poema de Ras Shamra del siglo xiv a.C. Años más adelante (693 a.C.), naves fenicias a las órdenes de Senequerib saquearon las costas del Golfo Pérsico, que debían de ser bien conocidas por ellos desde fechas muy antiguas.

El libro de los Reyes señala probablemente la duración, tres años, de un viaje a Tarsis; esta duración no se puede aplicar a un viaje a Tartesos, ya que se invertiría el mismo tiempo empleado por los fenicios en circunnavegar África (Heródoto 4, 42) en la

⁴ J. M. Blázquez, *Tartesos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Madrid, 1976, con toda la bibliografía; *Id.*, *Religiones primitivas Ibéricas II*, Madrid, 1983.

época de Neco (590 a.C.). La duración del viaje, tres años, es casi la misma, dos años y medio, empleado por el cario Escilax (510 a.C.), en tiempos de Darío, en su viaje desde el Hindú hasta la ciudad de Arsinoe, cerca del actual Suez (Jerónimo 4.44). La fuente utilizada en la *Ora Maritima*, poema de Avieno, autor que vivió a finales del siglo IV y que recoge muchos datos sobre la España antigua, en los versos 562-565, y que es seguramente semita y no griega, siguiendo en esto a Villard, da la duración de un viaje marítimo en siete días, bordeando la costa mediterránea desde las Columnas de Hércules hasta la ciudad de Pirene, en la costa pirenaica, y distante unos 6.000 estadios, según Eratóstenes, Posidonio y Estrabón (2, 4, 4; 5, 2, 7; 3, 1, 3) y 8.000 estadios según Polibio (3, 39-5; Estrabón 2, 4, 4). Si en costear todo el litoral mediterráneo hispánico al final de la primera mitad del primer milenio a.C. se tardaba siete días, no se podría invertir en ir y volver tres años desde Siria al sur de la Península, aunque fuera un par de siglos antes. El texto sagrado no es suficientemente claro y podía también entenderse que cada tres años venían «naves de Tharsis», sin aludir a la duración del viaje. Parece, no obstante, más aceptable pensar que el viaje durara tres años, según veremos luego, por las fechas del año en que se podía viajar.

En el mismo libro 1 Reyes 22, 49, se escribe: «Josafat (875-851) construyó naves de Tarsis para ir a Ofir en busca de oro; pero no fueron, porque las naves se destrozaron en Asiongaber.»

En 2 Crónicas 20, 35-36, fechado en época helenística, hacia el 400 a.C., se relata el mismo suceso: «Josafat de Judá se alió con Ocozías de Israel, aunque éste era un malvado. Lo hizo para construir una flota con destino a Tarsis; construyeron las naves en Asiongaber», localidad situada al sur de Israel, por lo que difícilmente estas naves navegaban hacia el occidente del Mediterráneo.

En el Salmo 72, 10, datado hacia 650 a.C., se habla nuevamente de Tarsis: «Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecerán sus dones y los reyes de Sabá y Arabia le pagarán tributos.» En este texto sagrado parece asociarse a Tarsis con localidades al sur de Israel, como Sabá y Arabia. También aparece en el Salmo 48, 8: «... como el viento del desierto que destroza las naves de Tarsis», en el cual, al parecer, se vincula a las naves de Tarsis

con regiones donde sopla el viento del desierto, como podrían ser Sabá y Arabia, citadas en la anterior fuente sagrada.

En el profeta Isaías, hacia 730 a.C., se citan varias veces las «naves de Tarsis» (2, 12-16): «Sólo el Señor será ensalzado aquel día, que es el día del Señor de los ejércitos; contra todo lo orgulloso y lo arrogante, contra todo lo empinado y lo engreído, contra todos los cedros del Líbano, contra todas las encinas de Basán, contra todos los montes elevados, contra todas las colinas encumbradas, contra todas las murallas inexpugnables, contra todas las naves de Tarsis.» En los capítulos 60, 9 y 69, 19, pertenecientes a Isaías III (hacia el año 475) se citan nuevamente: «...son navíos que acuden a mí, en primera línea las naves de Tarsis para traer a tus hijos de lejos, y con ellos su oro y su plata.» En 66, 19: «...les daré una señal y de entre ellos despacharé supervivientes a las naciones: a Tarsis, Etiopía, Libia, a Masac y a Grecia.» Es interesante señalar que el profeta une las dos regiones de Tarsis y Etiopía, y pasa a recordar Libia para terminar en Grecia, haciendo una enumeración de la parte más oriental a la más occidental. También Isaías 23, 1: «Gemid, naves de Tarsis, porque está destruido vuestro puerto.» Y en el capítulo 23, 6: «Volved a Tarsis, ululad, habitantes de la costa.» Otro tanto ocurre en Isaías 23, 10: «Vuelve a tu tierra, gente de Tarsis, el puerto no existe ya.» Y en el 23, 14: «Ululad, naves de Tarsis, porque está destruido vuestro puerto.»

El profeta Jeremías, que nació hacia 650, escribe en la lamentación 10, 9: «De Tarsis importan plata laminada, oro de Ofir», localidad que hay que situar en el Mar Rojo.

El profeta Ezequiel, en el primer tercio del siglo VI a.C., afirma en el oráculo 27, 12-13: «Tarsis comerciaba contigo, por tu opulento comercio: plata, hierro, estaño y plomo te daba a cambio», todos los minerales que Tartesos producía en abundancia. En 27, 25: «...naves de Tarsis transportaban tus mercancías». En 38, 13; «Sabá y Dedán, los mercaderes de Tarsis y todos sus traficantes...».

El profeta Jonás (siglo IV a.C.) menciona varias veces la palabra. En el capítulo 1, 3, se lee: «Se levantó Jonás para huir a Tarsis, lejos del Señor; bajó a Jafa y encontró un barco que zarpaba para Tarsis, pagó el precio y embarcó para navegar con ellos a Tarsis»; y en el capítulo 4, 2: «Por algo me adelanté a huir a Tarsis». En este texto, Tarsis se halla necesariamente en

el Mar Mediterráneo, puesto que el profeta embarcó en Jafa.

Muchos investigadores, empezando por A. Schulten, admiten que es bastante probable que la Tarsis bíblica fuera Tartesos y, por lo tanto, «las naves de Tarsis» venían a Iberia, teoría que propuso por vez primera el jesuita P. Pineda a finales del reinado de Felipe II.

Los comentarios modernos a los libros bíblicos identifican generalmente a la Tarsis bíblica con Tartesos; así la *Sagrada Biblia* de F. Cantero y M. Iglesias, Madrid, 1975, pág. 319; la de E. Nacar y A. Colunga, Madrid, 1949, pág. 436. Para los primeros autores, la flota de Tarsis es un término fenicio para las naves de gran tonelaje, opinión que siguen, igualmente, E. Nacar y M. Iglesias, que las interpretan como naves de alta borda, los trasatlánticos de la época, hipótesis seguida por la *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, 1967, pág. 354, y por M. Bendala⁵. Nosotros no somos partidarios de identificar Tarsis con Tartesos, porque, a parte de las dificultades fonéticas (de Tarsis no se puede derivar Tartesos), la cosmografía judía se centraba en el Mar Rojo, sur de Arabia, Anatolia, Chipre y la cuenca del Éufrates. El Occidente se escapa totalmente a su interés. Es posible que hubiera varios Tarsis, y que se identificara alguno de ellos en época más posterior con Tartesos. Los minerales que buscaban se hallan también en Cerdeña, Anatolia y concretamente en la región del sureste, Cilicia, con la que los judíos en época de Salomón mantenían relaciones y de la que importaban caballos (1 Reyes 10, 28), e igualmente Chipre. Precisamente el historiador judío Josefo (*Ant.* 1, 6, 9-10) es de la opinión que Tarsis es Tarso, como el citado obispo Reticio.

Todos los textos bíblicos enumerados dan claramente la impresión de que se alude a un país concreto, al que llaman Tarsis. Proponen algunos autores (García y Bellido, Bosch-Gimpera, Contenau) que bajo la denominación «naves de Tarsis» hay que entender una expresión genérica, equivalente a la moderna de trasatlánticos, que navegan por todos los mares y no necesariamente por el Atlántico, teoría quizá no muy probable, como se verá. No es tampoco muy aceptable la idea de Contenau que Tarsis tiene un significado vago, refiriéndose a «tierras extra-

⁵ M. Bendala, *La civilización tartésica. Historia General de España y América*, vol. I, 1, Madrid, 1985, con la bibliografía fundamental.

ñas», a donde llegaba el comercio fenicio. Otros, en cambio, (Albright, Cintas e Hitti) opinan que significaba «mina», o «fundición», aplicándose posiblemente a distintos países ricos en metales, hipótesis quizá muy posible. Para los autores de los libros sagrados, Tarsis es un país concreto, como Ofir, Sabá o Dedán, según sostiene recientemente Barnett.

La Biblia (1 Reyes 22, 49; Salmo 72, 10; Isaías 66, 19; Jeremías 10, 9; Ezequiel 38, 13) asocia Tarsis con regiones localizadas, como observa Lorimer, en la ruta del Mar Rojo, lo que parece indicar que Tarsis se encontraba en la misma dirección. En este aspecto, son muy significativos los textos de 1 Reyes 22, 49 y 2 Crónicas 20, 35-36, que narran el mismo hecho; el primer autor dice que las «naves de Tarsis» contruidas irían a Ofir; el segundo habla sólo de «naves de Tarsis», lo que parece señalar que ambos países se encuentran muy próximos o son el mismo. Como muy acertadamente anota Lorimer, estas naves construidas, según ambos textos bíblicos, en Asiongaber, paraje situado en el Golfo Elanítico, no podían navegar por otro mar que por el Índico, pues en la fecha a que se refiere el sagrado texto no se encontraba abierto el canal desde el Nilo al Mar Rojo, construido en tiempo de Necao, segundo faraón de la dinastía saíta, que gobernó entre los años 609 y 594 a.C., según indicación del historiador Heródoto de Halicarnaso (2, 158), que escribió su historia en el siglo v a.C.

Estos dos textos sirven para esclarecer las referencias sobre los viajes a Tarsis en época de Salomón. El rey judío construye naves en Asiongaber, que en compañía de navíos y marineros de Jirán iban a Ofir (1 Reyes 9, 27; 2 Crónicas 8, 17-18; 9, 10). Otros textos (1 Reyes 10, 23; 2 Crónicas 9, 21) dicen tan sólo que iban las naves a Tarsis con las de Jirán. Se observa, pues, la misma vinculación de Tarsis y Ofir y se señala que estas naves se construían en el mismo puerto del Índico que en tiempos de Josafat. Las naves de Jirán aparecen en otros parajes bíblicos (1 Reyes 10, 11) navegando a Ofir. Todos los textos referentes a intereses comerciales de los judíos del tiempo de Salomón a través del mar, salvo cuando traen maderas del Líbano, aluden a navegaciones por el Mar Rojo o por el Índico.

El investigador alemán M. Koch⁶ después de un detenido

⁶ M. Koch, *Tärschisch und Hispanien. Historisch-Geographische und Namenkund-*

examen de las fuentes del Antiguo Testamento, deduce que son ciertos los viajes a Tarsis. En la época de Jirán I de Tiro, y en el segundo milenio, son normales y frecuentes estos viajes de los fenicios a Occidente. Es seguro, según este autor, que los israelitas intervinieron en ellos en el marco de un tratado económico muy amplio. No sabemos nada sobre esta amplitud, modalidad y frecuencia del comercio en el Mediterráneo en época de Salomón. No tiene paralelos en la antigüedad el contrato económico entre Salomón y Jirán I, contrato que responde a los modelos de contratos cananeos, contratos que, en lo referente a los viajes a Tarsis, están limitados sólo a los años del gobierno de esos reyes. No se sabe nada, ni son probables, repeticiones posteriores.

La época del profeta Isaías es un término *ante quem* para la ampliación de las relaciones Tarsis-fenicios. Antes no había un imperio colonial fenicio, como se afirma frecuentemente.

A partir del siglo VIII a.C. en Tarsis existían asentamientos fenicios no fijos para el comercio. Había grandes necrópolis en contacto con las factorías, que demuestran una continuidad de asentamientos antiguos. En los profetas Isaías y Ezequiel se afirma que Tarsis ya es importante en la red internacional del comercio con Tiro. En el libro de los Reyes y en Ezequiel aparece Tarsis como exportador de metales. En Isaías, Tarsis es también un país agrícola. Las fuentes sobre Tarsis son en su mayoría de segunda mano. Todas las indicaciones del Antiguo Testamento sobre Tarsis son de gran importancia, pues apenas poseemos datos relacionados con los fenicios. Las noticias sobre Tarsis en Isaías, Ezequiel y Asarhaddón se refieren al período más importante de Tarsis con relación al Próximo Oriente. Después de la primera mitad del primer milenio, el nombre e importancia histórica de Tarsis se perdió entre los judíos.

En el libro de los Jubileos, siglo II-I a.C., se menciona la ciudad de Gades. Josefo, que no sabe qué hacer con Tarsis y no conoce Tartesos, habla sobre la Península Ibérica como un nombre del mundo helenístico. Los judíos de esa época habían perdido ya la información geográfica que tuvieron en tiempos anteriores. La mención de los «barcos de Tarsis» tiene tres fases en

licher Untersuchungen zum phönizischen Kolonisation der iberischen Halbinsel, Berlín, 1984.

su significación: 1) el tipo de barco que utilizaron los fenicios en el que llegaron hasta Occidente a través del Mediterráneo y que posibilitó a sus usuarios la apertura de una ruta mediterránea. Esta ruta se llamó después con el nombre del punto de destino; 2) término técnico. No se puede excluir que el tipo de barco con el tiempo cambiara. Decisivo es que el viaje a Tarsis significa el punto culminante para la navegación fenicia; y 3) su descripción es más imprecisa, pues el Antiguo Testamento, después del destierro no está informado sobre el comercio fenicio y su desarrollo. La escuela de Ezequiel marca el momento del cambio. En Isaías 60, no se sabe si el antiguo término técnico Tarsis es ya sólo, posiblemente, un tópico.

Los barcos de Tarsis desaparecen del Antiguo Testamento al mismo tiempo que el país de Tarsis. Se ignora cuándo dejaron de viajar esos barcos por el Mediterráneo. Koch es de la opinión de que la ruta del oeste era menos frecuentada y ello se relaciona con una autonomía de los asentamientos fenicios en el oeste. El nombre desapareció ante otras denominaciones más actuales. La concurrencia griega, que significaba rivalidad, desempeñaba un papel importante. En el libro de Jonás se habla no del barco de Tarsis, sino del barco que va a Tarsis. Ello podía significar que los barcos de Tarsis no se conocían en los siglos v-iv a.C. con este nombre⁷.

J. Alvar es partidario de localizar la Tarsis bíblica en el Mediterráneo, apoyándose en los textos del Antiguo Testamento, principalmente en los textos de Isaías 2, 12-16 y 23, 1-4, fechados a finales del siglo VIII. De estas fuentes, deduce este autor que el marco de navegación de las naves de Tarsis era el Mediterráneo. Esclarecedor sería el Salmo 72, fechado hacia el año 650. A finales del siglo VII pertenecería el texto ya citado de Génesis 10, que probaría una localización al oeste del Mediterráneo. J. Alvar concede especial importancia a los datos sobre Tarsis del libro de los Reyes, de comienzos del siglo VI a.C. Piensa este autor que las citadas flotas de Asiongaber, de Jirán y de Salomón, son la misma cosa. Las naves de Tarsis recorrerían el Mar Rojo según estos textos. Otros textos son de redacción posterior: Jer. 10, 7-9; Ez. 27, 1-25; 38, 13, etc. Los textos de las

⁷H. G. Niemeyer, «Die Phönizier und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers», *Jahrbuch des römischen-germanischen Zentralmuseums*, 1984.

Crónicas o Paralipómenos son de época helenística: 1 Cr. 8, 17-18; 9, 10; 20, 35-37.

Del análisis, bien logrado, deduce J. Alvar que los textos más antiguos se refieren a los reinados de Salomón y Jirán, al siglo x a.C. y el Salmo 72. 10.

A información del siglo ix, corresponde 1 Reyes 22, 49; 2 Cr. 20, 35-37. De estos textos, no determinaría la localización de Tarsis.

En el siglo viii, las naves de Tarsis realizan itinerarios en el Mediterráneo: Chipre-Tiro (Isaías 23.1), Tiro-Egipto (Isaías 23, 5), Tiro-Tarsis (Isaías 23, 6) y Jafa-Tarsis (Jonás 1, 1; 4, 2):

En el siglo vii se menciona la plata laminada de Tarsis e Israel (Jeremías 10, 9).

Al siglo vi a.C. pertenece una serie de itinerarios comerciales que empleaban las naves de Tarsis (Ezequiel 27, 25): Tiro-Chipre (Ezequiel 27, 6-7), Tiro-Egipto (Ezequiel 27, 7), Tiro-Tarsis (Ezequiel 27, 12), Tiro-Grecia (Ezequiel 27, 13 y 19), Tiro-Rodas? (Ezequiel 27, 15 y 20), Tiro-Asia Menor (Ezequiel 27, 13), Tiro-Judá e Israel (Ezequiel 27, 13), Tiro-Arabia (Ezequiel 27, 22).

Para J. Alvar⁸, Tarsis hay que situarla en el Mediterráneo. Se llamarían «naves de Tarsis» porque primeramente navegaban por este mar a Tarsis, aunque después lo hicieran por otros. Según este autor, Tarsis no es un lugar geográfico determinado, sino un concepto abstracto, que alude a una realidad geográfica ambigua, al extremo Occidente de donde se extraen materias primas con las que comercian los fenicios⁹. Las naves de Tarsis fueron los barcos empleados por los fenicios para llegar al occidente del Mediterráneo.

El espacio geográfico, político y cultural de Tarsis bajo el nombre antiguo fenicio hasta el final de la segunda Guerra Púnica, desempeña un papel como zona punicizada de la Península Ibérica y forma parte de la *Commonwealth* Cartago-Fenicio Oc-

⁸ J. Alvar, J., «Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico», *RSF*, 10, 1982, págs. 211 y ss.

⁹ *Id.*, «La precolonización y el tráfico marítimo fenicio por el Estrecho», *Congreso internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta - Noviembre 1987, Actas 1, Madrid, 1988.

cidental. También podemos asegurar que en el siglo VIII a.C. comerciantes griegos conocieron el mercado de metales bien frecuentado por los fenicios.

El nombre de Tarsis quizá sobrevivió en círculos púnicos en la Península Ibérica, mientras que el de Tartesos perduró en círculos intelectuales romanos de época helenística, que conocían exactamente su significado.

Hasta aquí se resume la opinión de Koch, que conserva muchos aspectos de la tesis defendida por A. Schulten, sin los puntos más chocantes. Koch es de la opinión de que la abundancia de plata, de la que habla Reyes 10, 21 [«No había nada de plata, no se hacía caso alguno de ésta en tiempos de Salomón»] y 10, 27 [«El rey hizo que en Jerusalén abundara la plata como las piedras»] no podía llegar de ninguna parte, sino de las minas de la Península Ibérica.

Últimamente han aparecido otras tesis sobre el significado de la palabra Tarsis. Así, G. Bunnes, después de un minucioso análisis de las fuentes literarias sobre la colonización fenicia, deduce que la sola hipótesis que se desprende del conjunto de fuentes es la que hace de Tarsis no una región occidental, sino el Occidente en su conjunto, y los barcos de Tarsis son navíos que comerciaban en esta dirección.

P. P. Berger, después de un análisis profundo de las fuentes bíblicas y de otras, concluye que Tarsis era Cartago, donde se fundían los metales de muy distinta procedencia. Existían dos rutas desde Oriente. La ruta norte seguía por Asia Menor a Chipre y Grecia. La del suroeste recorría Chipre, Creta y Cartago. Esta última ciudad era el final del viaje. Los barcos de Tarsis significaban para Cartago los barcos típicos de alta mar. Este autor descarta totalmente que Tarsis fuese idéntico a Tartesos.

La tesis de este sabio germano creemos que no se puede aplicar para las citas más antiguas sobre Tarsis, las de los viajes de Salomón. Sería la situación parecida a la descrita por Timeo (Pseudo-Aristóteles, *De mirab. Ausc.* 136), cuando afirma que los fenicios exportaban, vía Cartago, los salazones. Tampoco en el periodo orientalizante ha aparecido en el sur de la Península Ibérica material púnico abundante. Algo se ha señalado en los alrededores de Carmona. La tesis de P. P. Berger es la de los autores árabes.

M. Bendala, después de comentar las fuentes bíblicas y las diversas interpretaciones propuestas, concluye que «...son seguramente la mejor prueba de la casi imposibilidad de extraer de los textos bíblicos datos de valor histórico incuestionable».

Según M. E. Aubert, la órbita geográfica del comercio de Tiro en Isaías se limitó al Mediterráneo oriental: Egipto, Kitim y Tarsis. En Ezequiel las potencias lejanas, que comerciaban con Tiro, actuaban como agentes bajo la tutela directa de Tiro y trabajaban para ella en sus países de origen. No se refiere al profeta hebreo a naciones como tales.

En el siglo ix a.C. el comercio de Tiro buscó nuevas materias primas y se encaminó a Israel, Siria y Chipre, con anterioridad, durante los siglos xii-x a.C., la organización del comercio fenicio estuvo supeditada al poder político, como lo indica el relato de Unamón, pero debió existir desde el principio un comercio privado, como el que tenía Urkatel, que poseía 30 naves. En el siglo xi a.C. el comercio fenicio estuvo controlado por poderosos príncipes, que eran una élite mercantil, mencionada por Isaías (23, 8). En el siglo x a.C., el comercio fenicio era estatal, como lo indican las empresas de Jirán y de Salomón. En los siglos ix-viii a.C. comercian los privados. Las escalas comerciales en los siglos viii-vii a.C. se convirtieron en colonias. En el siglo ix a.C., los mercaderes tirios operaban a grandes distancias, llegando a Uruk, Ur y Babilonia. A la etapa precolonial pertenecerían las cerámicas de Tiro halladas en Málaga, fechadas por la Dra. Bikay en el siglo x, y en la Cabeza de San Pedro. M. E. Aubert entiende por precolonización un movimiento de expansión naval y comercial con vistas a la búsqueda de materias primas, y un asentamiento permanente. Conllevaría la instalación de pequeños grupos de artesanos, ceramistas y metalúrgicos. Se caracteriza la precolonización por la circulación de objetos de lujo, dones y regalos de prestigio, y un comercio de trueque muy simple. En la etapa precolonial llegaría a Occidente la técnica de los márfiles de Carmona, desaparecida ya en Oriente, en la fecha asignada a estos marfiles.

Piensa M. E. Aubert que el término Tarsis indica, quizá, en principio un puerto de destino, y en tiempos de Josafat, una clase de navío que viaja a Ofir. La meta es Ofir y no Occidente. En el libro de los Reyes estos viajes no significan viajes a Occidente. En Isaías las «naves de Tarsis» son sinónimo de riqueza, lujo

y soberbia, y en otras referencias bíblicas (Ex. 28, 20 y Ez. 1, 16; 10, 9) piedra preciosa. En opinión de esta autora, sólo a partir de los siglos VI-V a.C. sería un nombre de un lugar mediterráneo (Ge. 10,4). El término Tarsis evolucionó con el tiempo.

J. Alvar ha criticado acertadamente a nuestro juicio esta tesis. Cuando Salomón encargó a Jirán que fabricara naves de Tarsis, éstas existían ya antes, navegaban por donde andaban los fenicios, es decir, por el Mediterráneo. La única vez que se mencionan, desde el siglo X a.C., Tarsis como lugar de destino, es en 2 Crónicas, que es una mala copia de Reyes, donde el destino es Ofir. Si se elimina esta cita, ninguna mención del Antiguo Testamento une el Mar Rojo con un lugar llamado Tarsis. A lo único que se alude es a naves de Tarsis navegando por el Mar Rojo.

FUENTES GRIEGAS SOBRE TARTESOS

Las fuentes antiguas griegas referentes a Tartesos, muy bien analizadas por Schulten y García y Bellido, no son muy abundantes, pero sí señalan los aspectos básicos del tema¹⁰.

Son fundamentales para el historiador los textos contemporáneos de Tartesos, que indican las premisas claras del problema. Así, el poeta Estesícoro, que vivió hacia el año 600 en Himera, la colonia griega más occidental de Sicilia, en un fragmento de su poema *Gerioneis*, transmitido por Estrabón (3, 12, 11), cita el río Tartesos, del que asegura: «Parece ser que en tiempos anteriores llamaron al Betis Tartesos, y a Cádiz y sus islas vecinas Eriteia. Así se explica que Estesícoros, hablando del pastor Gerión, dijese que había nacido enfrente de la ilustre Eriteia, junto a las fuentes inmensas de Tartesos, de raíces argénteas es un escondrijo de la peña.» El geógrafo griego Estrabón, contemporáneo del emperador Augusto, comenta este paraje en los siguientes términos: «Y como el río tiene dos desembocaduras, dícese también que la ciudad de Tartesos, homónima del río, estuvo edificada antiguamente en la tierra colocada

¹⁰ Varios, *Tartessos*, Barcelona, 1969; F. Presedo, *Historia de España Antigua. I. Protohistoria*, Madrid, 1980.

entre ambas, siendo llamada esta región Tartesis, habitada ahora por los túrdulos. Eratóstenes acostumbra a llamar Tartesis a la región cercana a Calpe, y a Eriteia 'Isla afortunada'. Mas Artemidoro, opinando en contra, afirma que ello es falso». Artemidoro, a comienzos del siglo I a.C. visitó el sur de la Península Ibérica (Estrabón 3, 1, 4). Al poeta Estesícoro se debe la localización del mito de Gerión en Cádiz, a quien Hércules robó los rebaños de bueyes. En la *Biblioteca* de Apolodoro, se lee un extracto del poema *Gerioneis*, que influyó mucho en las pinturas de los vasos griegos de figuras negras.

Señala este autor dos datos importantes, la existencia de un río con el nombre de Tartesos y la presencia en él de plata. Ambos datos aparecen confirmados por otras fuentes, que completan las noticias; estos textos, aunque transmitidos por autores muy posteriores, deben de haberse tomado de escritores coetáneos de Tartesos, ya que producen en el lector la impresión de ser citas textuales. En Esteban de Bizancio se lee: «Tartesos, ciudad de Iberia nombrada por el río que fluye de la montaña de la plata, río que arrastra también estaño, en Tartesos.»

El comentarista bizantino da los mismos datos que Estesícoro, y añade, por su parte, que existe una ciudad con el nombre del río y que éste arrastra también estaño. Escimo 164 (Eforo), que extracta textos del siglo VI a.C., y que a su vez habla de la ciudad y del río con estaño, completa la noticia indicando que el río nace en la Céltica, y que lleva también oro y cobre: «La famosa Tartesos, ciudad ilustre, que trae el estaño arrastrado por el río desde la Céltica, así como oro y cobre en mayor abundancia.»

Eustatio a Dionisio 337, confirma los datos ya apuntados: la existencia de una ciudad con el nombre de un río que arrastra estaño: «Dicen que el Betis es un río de Iberia que tiene dos desembocaduras y en medio de ellas, como en una isla, está la citada Tartesos, así denominada porque también el Betis se llamó Tartesos entre los antiguos... y se cuenta que el río Tartesos lleva el estaño a los de allí.»

Otros textos ofrecen indicaciones sobre la localización de la ciudad: así, en el escolio de Aristófanes, *Ranas*, se explica: «Tartesos, ciudad de Iberia, cerca del lago Aorno.»

En un escolio a Licofrón 643 se afirma que «Tartesos está cerca de las Columnas de Hércules» (Estrecho de Gibraltar).

La descripción más completa sobre Tartesos se encuentra en los versos de la *Ora Maritima* de Avieno, en los que se transcriben una serie de datos tomados también de un autor, púnico seguramente, del siglo VI a.C., coetáneo, por tanto, de los hechos que describe y que presenció personalmente. Los datos del poema, que parecen del siglo VI a.C., son los siguientes: Tartesos está en una isla del golfo de su mismo nombre, en el cual desemboca el río Tartesos, que baña sus murallas, después de pasar por el lago Ligustino. El río forma en su desembocadura varias bocas, de las que tres corren al oriente y cuatro al mediodía, las cuales bañan la ciudad. Arrastra en sus aguas partículas de pesado estaño, y lleva rico metal a la ciudad de Tartesos. Cerca se hallan el Monte de los Tartesos, lleno de bosques y el monte Argentario, sito sobre la laguna Ligustina, en cuyas laderas brilla el estaño. La ciudad de Tartesos está unida por un camino de cuatro días con la región del Tajo, o el Sado y, por otro de cinco, con Mainake, donde los ricos Tartesios poseen una isla consagrada por sus habitantes a *Noctiluca*. El límite oriental del dominio de los tartesios estuvo, en tiempos, en la región de Murcia y el occidental en la de Huelva (*Ora Mar.* 54, 100, 179, 223, 225, 265, 284, 291, 296, 308, 428, 436).

El poema de Avieno coincide plenamente en su descripción con los datos que aportan los autores contemporáneos de Tartesos; ambos grupos de fuentes se fijan en los mismos puntos: la existencia de una ciudad y de un río llamado Tartesos, su localización cerca de un lago, la existencia de estaño y plata en el río. Avieno añade algunas pinceladas accesorias, como delimitar la extensión del dominio de los tartesios.

De toda estas fuentes, se deduce claramente que con Tartesos se vincula íntimamente la riqueza en estaño y plata, en primer lugar y, de manera secundaria, con otros minerales, como oro y cobre. Para todas las fuentes coetáneas de Tartesos, esta ciudad se une de forma inseparable a la obtención de metales, particularmente del estaño. Las fuentes señalan escuetamente que Tartesos ciudad es un emporio minero, cuya importancia estriba en la riqueza en estaño y plata de su río.

La vida de Tartesos coincide con el periodo durante el cual el estaño es una materia prima codiciada en grado sumo. Los textos citados, y otros aducibles, que hablan concretamente de una ciudad, incluso mencionan sus murallas (Josefo, *Apión*, 1,

12; Heródoto 4, 152; Estrabón 3, 2, 11 y Pausanias 6, 19, 3), obligan a desechar la tesis expuestas por Rhys Carpenter, y antes por Bosch-Gimpera, de que no existen testimonios que prueben que Tartesos era una ciudad.

RELACIONES DE TARTESOS CON LOS GRIEGOS

La riqueza en metales de Tartesos queda confirmada por un autor muy posterior, Pausanias, que escribió una guía de Grecia, hacia el año 180, «*Periégesis tes Hellados*», en la que escribió: «En Olimpia hay un tesoro de los de Sición, ofrenda de Mirón, tirano de Sición. La ofreció cuando en la Olimpiada XXXIII venció en las carreras de carros. En el tesoro hay dos cámaras, una de orden jónico y otra dórico. Yo mismo vi que están hechas de bronce y no sé si precisamente tartésico, como afirman los eleos.» Este texto ha sido valorado por A. García y Bellido. Según este autor, se trataba de dos cámaras forradas de planchas de bronce para defender los tesoros allí depositados. Según Pausanias, pesaban 500 talentos de bronce, es decir, más de 13 toneladas. La duda del escritor griego de si el bronce utilizado es tartésico o no, tiene poca importancia. Lo fundamental es que los eleos admitieran la posibilidad de que podía ser tartésico, lo que probaría la exportación a Grecia de los metales de Tartesos hacia el año 600 a.C. en el que se sitúa la tiranía de Mirón.

En fecha algo anterior, hacia el año 630 a.C., los griegos ya se habían puesto en contacto directo con Tartesos y traían de allí metales. El suceso ha sido narrado por el historiador Heródoto (4, 152), que cuenta el hecho en los siguientes términos: «Los samios partieron de la isla y se hicieron a la mar, ansiosos por llegar a Egipto, pero se vieron desviados de su ruta por causa del viento de levante. Y como el aire no amainó, atravesaron las Columnas de Hércules y bajo el amparo divino llegaron a Tartesos. Por aquel entonces, ese emporio comercial estaba sin explorar, de manera que a su regreso a la patria, los samios, con el producto de su flete, obtuvieron, que nosotros sepamos positivamente, más beneficios que cualquier otro griego, después, eso sí, del egineta Sótrato, hijo del Laodamente, pues con este último no puede rivalizar nadie. Los samnios apartaron el diezmo de sus ganancias, seis talentos (unos 155,5 kg. de plata),

mandaron hacer una vasija de bronce, del tipo de las cráteras de Argos, alrededor de la cual hay unas cabezas de grifos en relieve. Esta vasija la consagraron en el Hereo (el templo de Hera) sobre un pedestal compuesto por tres colosos de bronce de siete codos, hincados de hinojos» (traducción de C. Schroder). Este texto es importante por varios motivos. Se afirma en él que los griegos no comerciaban directamente con Tartesos antes de este viaje, en el que el patrón se llamaba Colaio; en segundo lugar, se confirma la riqueza fabulosa en metales de Tartesos. Se recuerda, en tercer lugar, que otros griegos, como Sóstrato, de Egina (isla enfrente de Atenas), obtuvieron grandes ganancias de comerciar con Tartesos. La confirmación de esto último podría ser, según A. Blanco, las monedas de Egina, que serían acuñadas en plata, aunque los análisis de monedas griegas parecen descartar esta última posibilidad, la cual probaría la actividad comercial de Egina, de la que hay en la época arcaica otras noticias. Heródoto debió ver en el Heraión de Samos la ofrenda cuyo pedestal tenía una altura 3,1 cm. Los peines demarfil, tipo de Colaio, confirmarían igualmente estas relaciones entre Samos y Tartesos.

El mismo autor (1, 163) narra las relaciones entre los habitantes de Focea, en la costa occidental de Asia Menor y Tartesos, «los habitantes de Focea, por cierto, fueron los primeros griegos que realizaron largos viajes por mar y son ellos quienes descubrieron el Adriático, el Tirreno, Iberia y Tartesos. No navegaban en naves mercantes, sino en penteconteras. Y al llegar a Tartesos, se hicieron muy amigos del rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio, que gobernó Tartesos durante 80 años y vivió en total 120. Pues bien, los foceos se hicieron tan grandes amigos de este hombre que primero les animó a abandonar Jonia y a establecerse en la zona de sus dominios que prefiriesen y posteriormente, al no lograr persuadir a los foceos sobre el particular, cuando se enteró por ellos de cómo progresaban los medos, les dio dinero para circundar su ciudad con un muro. Y se lo dio a discreción, pues el perímetro de la ciudad mide efectivamente no pocos estadios y todo ello es de bloques de piedra grande y bien ensamblada. De este modo, pues, fue como pudo construirse la muralla de Focea» (traducción de C. Schroder).

La confirmación arqueológica de estas relaciones entre Focea y el monarca Argantonio puede ser la abundancia de cerá-

mica griega de los mejores talleres del momento que aparece en Huelva capital, fechada entre los años 630 y 520 aproximadamente y en fecha posterior, hacia mediados del siglo v a.C. Las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén), que posiblemente fueron obra de artistas focenses o muy influenciados por ellos. Incluso E. Langlotz y A. Blanco hablan de una escuela iberofocense de escultura ibérica, que comenzaría a trabajar en los últimos 20 años del siglo vi, a la que pertenecerían la cabeza de Elche con peinado de trenzas, la cabeza de esfinge procedente de Alicante, hoy en el Museo Arqueológico de Barcelona, y la esfinge de Agost, la esfinge en relieve de El Salobral y la cabeza de grifo de Redován, etc. La fecha de todas estas obras debe ser el siglo v a.C.

La longevidad del monarca tartesio Argantonio está confirmada por otras fuentes, como el poeta griego Anacreonte, que nació en Teos (Asia Menor) hacia el año 570 a.C., a través de Estrabón (3, 2, 14): «...yo mismo no desearía ni el cuerno de Amaltea ni reinar 150 años en Tartesos».

La vida de Argantonio discurre entre los años 670 y 550 a.C. y su reinado desde el año 630 a.C. Las características de la monarquía tartésica y de su rey Argantonio han sido bien descritas por J. Caro Baroja: «Gran felicidad y longevidad extraordinarias se atribuían a los tartesios y, sobre todo, a sus reyes, según el comentario de Estrabón», confirmado por Heródoto. Las referencias que se espigan en autores posteriores están sacadas de estos dos autores. Cicerón (*De sen.* 19) sigue a Heródoto al igual que Valerio Máximo (8, 19, 3). El historiador alejandrino del siglo ii, Apiano (6, 11), depende de Anacreonte a través de Polibio. El naturalista latino Plinio, que en época de los emperadores flavios fue procurador de la provincia tarraconense, escribe (7, 154, 156) siguiendo a Anacreonte. «El poeta Anacreonte dio a Argantonio, rey de los tartesios, 150 años» y «...es poco más o menos verdad que Argantonio el gaditano reinó 80 años y se cree que comenzó a reinar hacia el cuadragésimo de su vida». El dato de 80 años de reinado lo sacó Plinio de Heródoto. El satírico del siglo ii, Luciano de Samosata (*Macr.* 10) cifra en 150 años la vida del monarca tartésico, anotando que algunos consideran la noticia fabulosa. Censorio (*De die nat.* 17) cambia los datos, pues atribuye a Heródoto la cifra que da Anacreonte. Argantonio siempre fue el símbolo de la felicidad te-

rrena. El poeta de época flavia Silio Itálico, que cantó la Segunda Guerra Púnica, le hace vivir tres siglos y le califica de monarca guerrero.

Los filósofos han interpretado el nombre del rey tartésico como «hombre de la plata», apodo que aludiría a la fabulosa riqueza en plata de su reino. Seguramente sería una prueba de la presencia celta en Tartesos a juzgar por la etimología de su reino. El influjo de los pueblos de la Meseta castellana queda bien patente en la cerámica de Cástulo (Jaén). Argantonio es el símbolo de la riqueza en metales del Occidente Mediterráneo.

A. García y Bellido es de la opinión de que esta longevidad debe entenderse como la duración de una dinastía, o la suma de dos o más reinados del mismo nombre.

J. Caro Baroja se inclina a creer que a los ojos de los griegos y romanos la existencia de reyes longevos estaba cargada de un significado más profundo o místico; para lo que aduce varios ejemplos sacados de los autores clásicos. Defiende este autor que para los antiguos la longevidad próspera del rey produce el bien incluso físico. Tartesos sería un reino casi paradisiaco a causa de la bondad de su reino feliz¹¹.

FUENTES LATINAS SOBRE TARTESOS

Los autores latinos oscilaron en la localización de la ciudad de Tartesos, lo que prueba que a finales de la República romana Tartesos se perdía en la penumbra de los siglos.

Para Plinio el Viejo (4, 120) Tartesos era Cádiz «Nosotros (los romanos) la llamamos Tartesos y los púnicos Gadir, lo que en lengua púnica significaba reducto.» Esta opinión es la seguida por Salustio (Hist. 2, 5), Cicerón (Ad. ALÉ 3, 11), por Valerio Máximo (8, 13, 4) y por Silio Itálico (1, 6, 465), por Justino (44, 4, 14) que resume a Trogo Pompeyo historiador galo de época de Augusto, por Arriano (2, 16, 9) y por Avieno (85, 269) y por el autor bizantino Lido (49 a). Más chocante es que el gaditano Pomponio Mela (2, 96) alude a la creencia de algunos de que Carteia era Tartesos: «Más adelante se abre un golfo en el cual está Carteia, ciudad habitada por fenicios, trasladados de África, que algunos creen que es la antigua Tartessos.»

¹¹ Caro Baroja, «La “realeza” y los reyes en la España Antigua», Estudios sobre la España Antigua, *Cuadernos de la Fundación Pastor*, 17, págs. 19 y ss.

Las cerámicas del Cabezo de San Pedro

La situación privilegiada de las colinas sobre las cuales se asienta actualmente la ciudad de Huelva ha llamado siempre la atención de arqueólogos e historiadores interesados, la mayoría de las veces en la posibilidad de relacionar este puerto con el legendario reino de Tartesos. Casi siempre se ha fijado la atención más en la isla de Saltés que en estas colinas ubicadas en la confluencia de los ríos Tinto y Odiel¹. Nosotros no vamos a entrar de nuevo en la debatida polémica de situar en Huelva la ciudad exportadora de los metales tartésicos, es decir, esa ciudad enriquecida por los frecuentes contactos con el exterior y las continuas navegaciones mencionadas en las fuentes, puesto que ya hemos tratado este tema en otras ocasiones². Pero vamos a dar cuenta de unos resultados positivos, consecuencia del hallazgo de unos materiales arqueológicos, que nos hacen enfocar la cuestión desde un ángulo bien distinto del comúnmente aceptado por la mayoría de los arqueólogos en la actualidad.

La ría de Huelva había llamado ya la atención en los medios arqueológicos por la importancia de algunos hallazgos casuales: El casco griego de la Real Academia de la Historia³, y, sobre

¹ A. García y Bellido, «Tartessos pudo haber estado donde ahora la isla de Saltés», *AEspA*, 1944; J. Fernández Jurado, «Tartessos y Huelva», *HA X-XI* 1, 1988-1989.

² J. M. Luzón, «Tartessos y la Ría de Huelvas». *Zephyrus*, XIII (1962); y J. M. Blázquez, *Tartessos y la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1969, pág. 226.

³ A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, II, Barcelona, 1948, pág. 84, donde se da la bibliografía completa.

todo, el famoso depósito de bronce encontrado en el fondo del río Odiel⁴. Del mismo modo los *oinochoi* de bronce hallados en Niebla⁵ y las recientes excavaciones en el Cerro Salomón de Riotinto⁶ revelan la existencia de una intensa actividad metalúrgica en el interior, durante los siglos VII y VI a.C., encaminada fundamentalmente a la búsqueda de plata. Los mineros de Riotinto, al igual que los de Tarsis y otros puntos de la provincia en los que se encuentran las mismas escorias y materiales arqueológicos, practicaban casi exclusivamente una metalurgia de plata en gran escala. Ello nos hace pensar en las fuentes que mencionan el beneficio y la riqueza de este metal en Tartesos. Pero todo lo que por el momento tenemos de evidencia arqueológica, nos hace ver esta fase de explotación minera más como una etapa de relaciones con el Mediterráneo oriental que como esa cultura occidental y de raíces antiquísimas que mencionan las fuentes.

Para aclarar la historia de los siglos inmediatamente anteriores a la llegada de los fenicios a costas onubenses, ha venido el azar a poner en nuestras manos una estratigrafía en el Cabezo de San Pedro, en la que se suceden una serie de culturas desde el Bronce I hasta nuestros días. Con la ayuda de estos materiales vamos a tratar de poner en claro la historia de un puerto que, desde fechas muy tempranas, estuvo más dedicado al comercio de metales que a las simples faenas de pesca.

Tanto el material arqueológico que aquí presentamos, como la interpretación de los estratos, proceden de un hallazgo casual. Pero hemos tenido la fortuna de estar sobre aviso desde el primer día en que se acometieron los trabajos y se nos ha permitido seguir con cierta minuciosidad la evolución de la obra. Agradecemos en este sentido a D. Joaquín Domínguez Roqueta, propietario del terreno, quien al saber que iba a cortarse la ladera occidental del mencionado cerro, tuvo la precaución de avisarnos.

Casi en el vértice de la confluencia del Tinto con el Odiel se

⁴ M. Almagro, «El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente Europeo». *Ampurias*, II (1940), pág. 85.

⁵ A. García y Bellido, «Inventario de los jarros púnicos tartésicos», *AESP*, XXXIII (1960), pág. 44 y ss.

⁶ A. Blanco - J. M. Luzón, «Pre Roman Silver at Riotinto», *Antiquity*, junio de 1969, págs. 124 y ss.

elevan unas alturas rodeadas de marisma, hasta cuyas faldas llegarían en la antigüedad las aguas de ambos ríos. El lugar es óptimo para el asentamiento de una población, puesto que se halla a resguardo del mar (10 km en el interior) y bien comunicada con su *hinterland* en la dirección de los dos ríos que, hasta hace poco tiempo, fueron aptos para la navegación con barcos de poco calado. Todas las alturas ofrecen perspectivas interesantes desde el punto de vista arqueológico. En el cerro de La Joya encontró el Sr. Martínez de Acuña en 1945 una tumba con material orientalizante⁷. En el Cabezo de La Esperanza también existen importantes restos arqueológicos estudiados por Schubart y Garrido⁸. Igualmente otros cerros, como el del Pino y el de San Pedro, hacían pensar en la posibilidad de iguales o parecidos hallazgos.

Estos cerros de Huelva son de una arcilla arenosa muy desmoronable, que provoca durante las estaciones lluviosas peligrosos desplomes para los ocupantes de las casas en la parte baja⁹. Por este motivo se decidió realizar una labor de saneamiento en la ladera occidental del Cabezo de San Pedro, a fin de hacer una terraza escalonada que ofreciera mayor seguridad. Se empezó, con tres obreros, a hacer escalones desde la parte alta hasta, aproximadamente, la mitad del cerro. Gracias a las facilidades que se nos dieron, los obreros pudieron ser debidamente informados del interés arqueológico del lugar, a fin de compaginar sus trabajos con la búsqueda de materiales arqueológicos¹⁰. Nosotros estuvimos presentes en las fases más interesantes de la excavación para, sobre todo, delimitar e interpretar los niveles arqueológicos. Con ello hemos de reconocer que no se trata de una excavación rigurosamente científica, y que la mayor parte del material recogido apareció en circunstancias que no podemos precisar. Por tal motivo hemos tenido que reagrupar las cerámicas de acuerdo con nuestra experiencia en este y

⁷ E. Orta - J. P. Garrido: «La tumba orientalizante de La Joya», *TSHPH*, XI (1963).

⁸ H. Schubart - J. P. Garrido, «Probegrabung auf dem Cerro de La Esperanza in Huelva», *MM*, 8 (1967), pág. 123 y ss.

⁹ Una catástrofe costó la vida a varias personas en 1956. Para más detalles, véase el diario *Odiel*, 13-9-56.

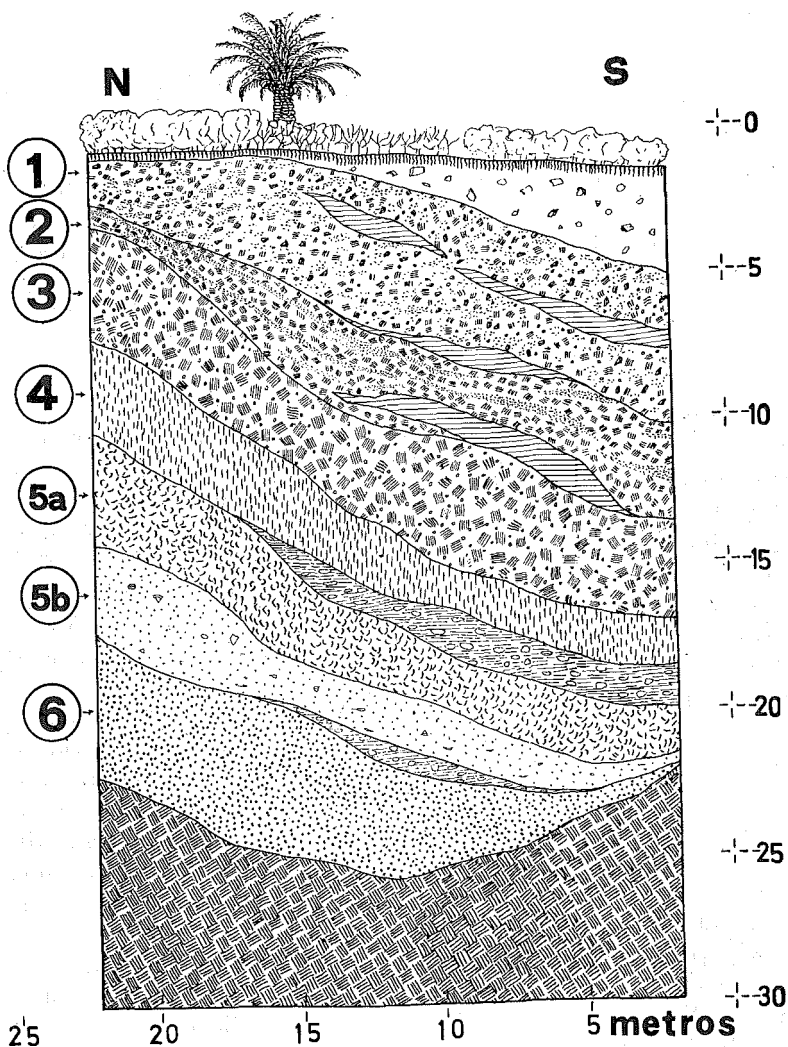
¹⁰ Debido a las lógicas razones de seguridad, era una obra que no podía demorarse.

otros yacimientos en los que encontramos materiales parecidos. En el momento de describir los diferentes estratos procuraremos precisar las dudas derivadas de las circunstancias de la excavación. Hemos de agradecer las facilidades con que hemos contado para que el arqueólogo estuviera presente, en una obra que necesariamente había de hacerse, ya que, de no haber sido así, todas estas cerámicas y la interpretación de los estratos se hubieran perdido definitivamente y sin trascendencia alguna para la arqueología.

DESCRIPCIÓN DE LOS NIVELES

Aunque el material recogido no es más que una mínima parte de las cerámicas existentes en cada estrato, hemos contado con suficientes elementos como para poder reconstruir cada uno de ellos. De esta forma algunas piezas que han aparecido revueltas entre la tierra que iban arrojando los trabajadores desde la parte alta, han sido incluidas en el lugar que les hubiera correspondido —según nuestro criterio— en el caso de haber sido más científica la excavación. Con todo, es tal la cantidad de cerámica recogida, que nos hemos visto obligados a seleccionar solamente los fragmentos más significativos o de mayor interés. Prescindimos, pues, de estadísticas o porcentajes con cifras precisas, porque no contamos con todo el material, ni tampoco podemos precisar con exactitud el área de la superficie excavada. Haremos constar, no obstante, en su lugar, la extraordinaria abundancia de determinadas clases de cerámica, como la campaniense, la de motivos bruñidos, los platos de barro gris, etcétera.

Lo primero que se aprecia, según la ilustración de la página siguiente, es la excesiva profundidad de los niveles, así como una inclinación de casi todos ellos, cuya explicación no resulta difícil. Teniendo en cuenta la naturaleza arenosa y poco consistente del promontorio se comprende fácilmente la acumulación de una gran cantidad de barro desprendido de las partes altas. Corresponde, por tanto, la inclinación de los estratos a la que en su día tuvo la ladera del cerro. De esta manera, en las estaciones lluviosas sobre todo, se fue produciendo una sedimentación de barros y cerámica que llega, como en el caso de la «re-



Estratigrafía de los niveles arqueológicos en el Cerro de San Pedro.

tícula bruñida», a casi seis metros de espesor. Esporádicamente encontramos fondos de cabañas, restos de hogar o fuego, que cierran los estratos inferiores y permiten así establecer con seguridad una cronología relativa de las distintas culturas identificadas. De este modo hemos podido comprobar la existencia de un nivel correspondiente al Bronce I en la parte inferior. Su cronología puede remontarse a finales del segundo milenio a.C., y es probablemente el momento en que se ocupan por primera vez todas las colinas de Huelva. Inmediatamente después aparece una cultura muy desarrollada, en comparación con la anterior, que aporta nuevas técnicas alfareras, decoraciones geométricas de retículas, triángulos, y en algunos casos animales muy estilizados. Habremos de discutir más adelante el origen de estas gentes llegadas a Huelva hacia el cambio de milenio, y será sin duda el capítulo más interesante en la historia del yacimiento.

Sobre el nivel muy potente de la cultura anterior, se asienta un estrato menor correspondiente a la colonización fenicia. Aparece el torno, surgen nuevas formas de platos decorados con barniz rojo, páteras grises y demás cerámicas familiares en los establecimientos costeros del mediodía peninsular a partir de las postrimerías del siglo VIII a.C. Este nivel probablemente no debe fecharse por debajo del siglo VI a.C., y sobre él, en una capa de unos cinco metros de espesor, se desarrollan las formas ibéricas más conocidas de los siglos V, IV y III a.C. Señalemos aquí una gran abundancia de cerámica ática del siglo IV y la presencia de decoraciones muy conocidas en la cerámica ibérica andaluza. En el nivel romano abundan extraordinariamente las cerámicas campanienses, y en menor proporción la *terra sigillata*. Por encima de él, una espesa acumulación de residuos medievales y cascotes modernos.

Para la descripción de los distintos niveles vamos a emplear un orden cronológico inverso a su formación; es decir, comenzaremos por el estrato romano, para ir comentando en profundidad las particularidades del material aparecido en los demás, así como las conclusiones que en cada momento creamos oportuno resumir. Prescindiremos aquí, por razones obvias, del nivel 1, correspondiente a los residuos de una fortaleza medieval.

NIVEL 2 (*romano*).—Consiste en un estrato de poco espe-

sor, cerrado en su parte meridional por el resto de los fuegos en los que encontramos gran cantidad de cerámica ennegrecida. En el más inferior de ellos recogimos abundantes fragmentos de cerámica campaniense, lo cual era para nosotros una novedad en Huelva¹¹. Esta cerámica pone de manifiesto la presencia en las colinas onubenses de comerciantes itálicos en fechas muy tempranas. Dentro de este nivel las cerámicas más recientes que hemos podido fechar son fragmentos de *terra sigillata* de época julio-claudia. Tres de ellos con marcas de alfar¹².

NIVEL 3 (*greco-púnico*).—Llena plenamente los siglos IV y III a.C. Al momento más antiguo corresponden las cerámicas áticas del siglo IV que encontramos también por vez primera en Huelva en cantidad considerable. Estas relaciones con el mundo helénico, quizá a través de intermediarios cartagineses, no deben sorprendernos. La existencia de abundante cerámica del siglo IV en el Cerro de San Pedro nos hace pensar en que no sea mera casualidad el reciente hallazgo de una moneda de Amin-tas III en Torre Arenillas, y otra de Filipo en Gibraleón, a unos 14 km en dirección noroeste. La misma fecha (siglo IV) nos da una fíbula anular hispánica y el fragmento de otra, encontradas entre los escombros caídos en la parte baja. A este nivel corresponde también una cabecita de tipo helenístico hecha con molde y las cerámicas ibéricas más recientes, que pueden sin duda fecharse en el siglo III. Dentro de este último grupo incluimos las decoraciones de bandas, líneas onduladas en vertical y semi-círculos. Es posible que algunas decoraciones de la cerámica ibérica deriven de prototipos púnicos de los niveles inferiores.

¹¹ Existen formas campanienses que llegan hasta fechas tardías. Algunas corresponden a la forma 19 de Lamboglia, que puede fecharse hasta el siglo I a.C.; véase N. Lamboglia, «Per una classificazione preliminare della cerámica campana». *I Congr. Int. di Studi Liguri*, Bordighera, 1952, pág. 160 y ss. Otras a la forma 26 de Lamboglia, página 175 y ss., que corresponde a los siglos III-II a.C. Los platos llegan hasta el siglo II y siguen el esquema de la forma 23 de Lamboglia, que, como observa este autor (pág. 173 y ss.), se imita localmente en muchos lugares, cosa que ocurre en Huelva, donde la encontramos en barro claros de la localidad.

¹² Algunos fragmentos son de forma Ritterling 5, que data de época de Augusto-Claudio, según F. Oxwald: *An Introduction to the Study of Terra Sigillata*, Londres, 1920, pág. 169. Otros de la forma Dragendorff 17, de época de Tiberio-Claudio (véase Oxwald, pág. 177). Un fragmento es de la forma Dragendorff 40.

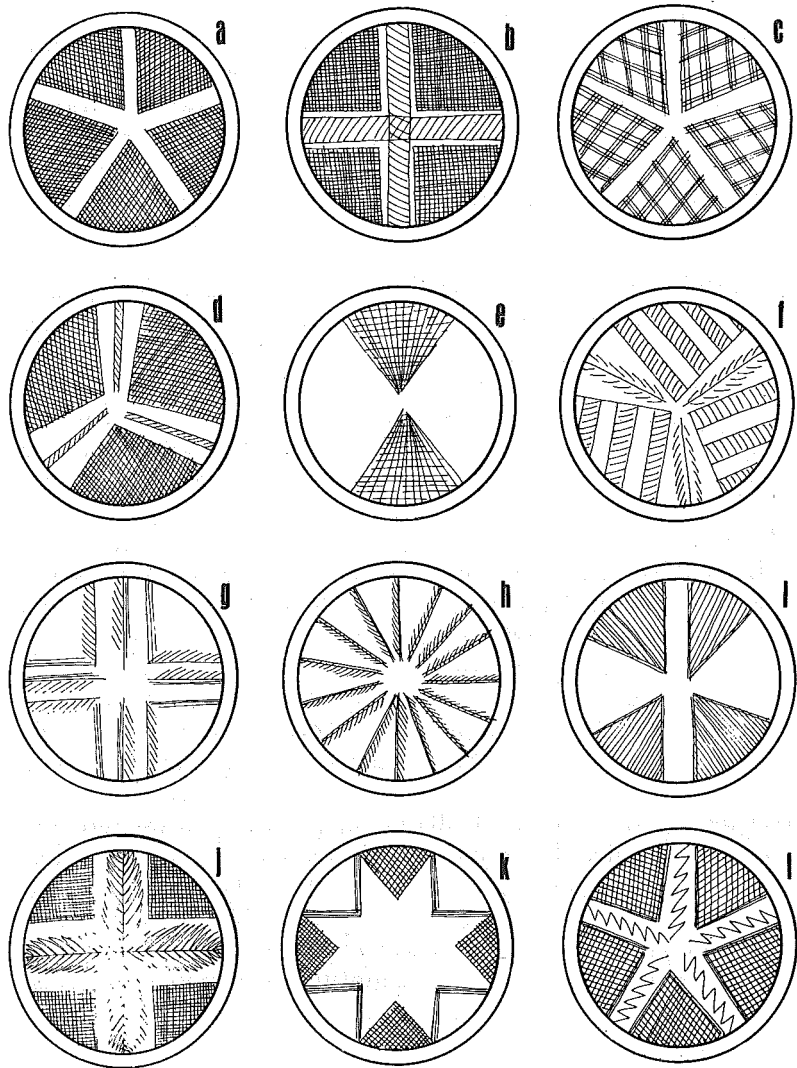
En la ilustración de la página siguiente podemos observar un motivo conocido en el siglo VI a.C.: Los círculos concéntricos completos atravesados por una línea horizontal. Nosotros lo hemos encontrado en Córdoba (Colina de los Quemados), y Bonsor los conoció ya en Carmona¹³. No sería difícil sustentar la hipótesis de que este motivo antiguo y relacionable con lo oriental, diera origen a las primeras decoraciones de semicírculos que perduran en el mundo ibérico hasta fechas muy recientes.

NIVEL 4 (*oriental*).—Este estrato está perfectamente caracterizado por la cerámica púnica. Las dos variedades cerámicas más propias de este periodo son ya conocidas en los numerosos establecimientos fenicios excavados en los últimos años. La más corriente es la que se conoce con el nombre de «cerámica de barniz rojo», que se da en Huelva con abundancia de formas. Ninguna de estas cerámicas de barniz rojo puede remontarse a fechas más tempranas que los alrededores de 700 a.C.¹⁴. Predominan los platos de borde estrecho.

La segunda variedad cerámica que abunda en este nivel es la de barro gris muy dura y bien cocida. En el Cabezo de San Pedro, así como en Aljaraque, Córdoba y Ategua, se observa una evolución de los platos o páteras de barro gris. Los más antiguos son de barro muy fino, bien cocido y superficie alisada hasta conseguir un brillo de extraordinaria calidad. El perfil ofrece generalmente un refuerzo en el borde que se dobla hacia el interior. Más adelante, la producción masiva de estos platos hace que pierdan calidad los barros, que serán menos compactos y de superficie menos brillante. El perfil pierde ese refuerzo que caracterizaba el borde de los platos más antiguos. Precisamente en un fragmento de cerámica de pasta gris correspondiente a la última época de su producción, hemos encontrado un grafito con dos letras ibéricas y trazas de una tercera que no nos atrevemos a identificar. Este grafito puede ponerse en rela-

¹³ J. Bonsor, «Les Colonies Agricoles pre-romaines de la Vellée du Betis», 1899, figura 171.

¹⁴ A. Blanco - J. M. Luzón, «Pre-Roman Silver Miners at Riotinto», *Antiquity*, junio, 1969, pág. 131; H. Schubart - H. G. Niemeyer - M. Pellicer, *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez*, Madrid, 1969, pág. 111.



Repertorio de motivos bruñidos en el Cabezo de San Pedro.

ción con las escrituras de Levante y con el recientemente encontrado en la Colina de los Quemados (Córdoba)¹⁵. No nos detenemos aquí en el posible origen de esta escritura, puesto que habremos de tratar la cuestión al hablar de grafitos más antiguos correspondientes a niveles inferiores.

En este estrato se emplea con frecuencia la combinación de líneas negras con bandas rojas más anchas. Es un rasgo que dentro de los niveles fenicios de Andalucía podemos considerar como arcaico.

Tanto en cerámica de barniz rojo como en barro gris muy fino, encontramos en Huelva abundantemente representado el soporte en forma de carrete. Los más antiguos están hechos a mano y en cerámica bruñida propia de los niveles bajos. Más adelante los alfareros que importan la técnica oriental de la cerámica a torno decorada con barniz rojo o hecha en barro gris, imitan una forma que tiene precedentes indígenas. El fragmento *d* de la ilustración de página 252, corresponde a uno de estos soportes de barniz rojo de la mejor calidad, parecido a otros que se conocen en El Carambolo. Los demás, de barro gris, ofrecen como rasgo característico un doble anillo de refuerzo en su parte más estrecha¹⁶.

En este nivel de cerámicas orientalizantes (siglos VII-VI a.C., aproximadamente) existen, como en Riotinto, unos recipientes de barro tosco decorados con impresiones digitales en el hombro. Aparentemente este mundo de cerámicas así decoradas parece estar en relación con un mundo más centroeuropeo que oriental, al que habría que buscarle paralelos en el norte de la Península¹⁷. El posible origen norteño de los portadores de esta cerámica daría lugar a una interpretación del nivel 4 de Huelva similar a la de los niveles 11 y 12 en la Colina de los Quemados¹⁸. Es decir, en los alrededores de 700 a.C. se producen simultáneamente dos oleadas culturales de origen distinto,

¹⁵ J. Bernier - F. J. Fortea, «Nuevo grafito ibérico de Córdoba», *Zephyrus*, XIX-XX, 1968-1969, pág. 165.

¹⁶ Sobre carretes de este tipo en Huelva, A. Blanco - J. M. Luzón, «Pre-Roman Silver Miners...», *Antiquity*, junio, 1969, pág. 130; E. Orta - J. P. Garrido, «La tumba orientalizante de La Joya», Madrid, 1963, figs. 14-15.

¹⁷ A. Blanco, «Antigüedades de Riotinto», *Zephyrus*, XII, 1962, pág. 38.

¹⁸ A. Blanco - J. M. Luzón - D. Ruiz, «Panorama tartésico de Andalucía Occidental», *Actas del V Symposium de Prehistoria Peninsular*, Jerez, 1968.

que acaban por suplantar totalmente la rica cultura andaluza anterior a las primeras colonizaciones. Otra posibilidad sería la de admitir que esta cerámica con decoraciones digitales fuera un producto casero de los colonizadores semitas, puesto que la encontramos igualmente en todos los yacimientos similares del norte de África y sur de España¹⁹.

Perdura en esta época una variedad degenerada de la cerámica de «retícula bruñida» que es supervivencia de prototipos anteriores. Sobre ella trataremos más adelante.

NIVELES 5 a y 5 b (*Bronce final*).—El estrato 4, correspondiente a la colonización púnica, se asienta en el Cabezo de San Pedro sobre otros dos de los que trataremos conjuntamente, por tratarse en realidad de la misma cultura. Hemos de advertir que han sido para nosotros los estratos más reveladores, puesto que nos han proporcionado un material arqueológico que por el momento es muy poco conocido.

La potencia de estratos, en relación con los más recientes, y por comparación con el crecimiento de los niveles superiores, nos induce a pensar al menos en tres siglos de ocupación. Si tomamos 700 a.C. como inicial para el estrato 4, los niveles que nos ocupan llenarían plenamente los siglos VIII-IX y posiblemente el X a.C. Contamos para ello con una constante de crecimiento en los niveles, determinada no por la intensidad de la ocupación, sino por la continua y regular erosión de las partes altas del cerro, a causa de los agentes atmosféricos.

Son propios de estos niveles los vasos grandes, de boca acampanada, hechos en barro oscuro y con la superficie bruñida. También empezamos a encontrar cuencos profundos de cerámica negruzca y bien cocida, abundantes en las últimas fases del bronce en el valle del Guadalquivir²⁰.

Pero los más numerosos restos cerámicos de estos estratos,

¹⁹ M. Tarradell, *Marruecos Púnico*, Tetuán, 1960, fig. 37; A. Lodin, «Mogador», Rabat, 1966 lám. XLVIII; H. Schubart - J. P. Garrido, «Probegrabung auf dem Cerro de La Esperanza in Huelva», *MM*, 8, 1967, lám. 12; A. Blanco - J. M. Luzón - D. Ruiz, «Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón, Riotinto, Huelva», Sevilla, 1969; H. Schubart - H. G. Niemeyer - M. Pellicer, «Toscanos, La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez», Madrid, 1969, pág. 135 y lám. XXIII.

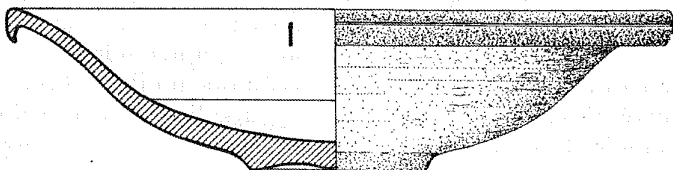
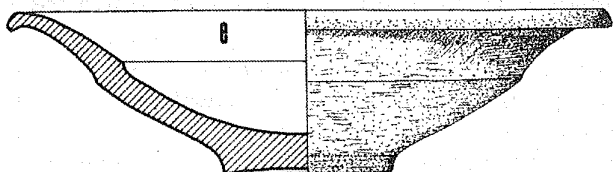
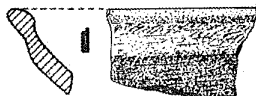
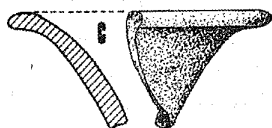
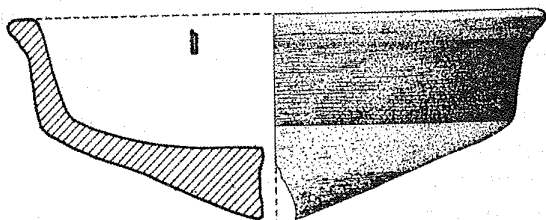
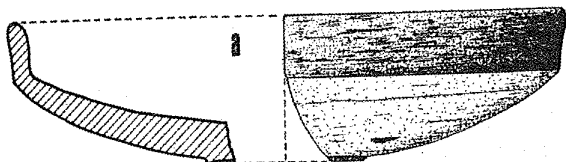
²⁰ El corte stratigráfico de la Colina de los Quemados se ha presentado especialmente rico en este tipo de cerámicas.

con gran diferencia, son unos platos de barro negro o muy oscuro decorados con la técnica ya conocida de la «retícula bruñida». La potencia de los niveles y la abundancia de fragmentos recogidos nos ha hecho posible establecer ciertas conclusiones sobre ella. En primer lugar, una simple ojeada a los fragmentos seleccionados nos permite comprobar que no siempre se emplea el motivo de la *retícula* para decorar la parte interior de los cuencos. El fragmento *c* de la ilustración de la página siguiente ofrece un motivo parecido a hojas de palmera. Del análisis detenido y minucioso de varios centenares de fragmentos con decoraciones distintas hemos podido componer los motivos de la ilustración de la página siguiente, donde reunimos por vez primera el repertorio más comúnmente empleado para decorar la cerámica que hasta ahora se viene llamando de «retícula bruñida», pero que nosotros denominaríamos de *motivos geométricos bruñidos*.

Hemos establecido más de cuarenta perfiles correspondientes a otros tantos fragmentos. Gracias a ellos ofrecemos el primer elemento de cronología relativa en los cuencos decorados con motivos geométricos bruñidos. El perfil anguloso con carena, que suele darse en barros muy bruñidos y de superficie acharolada, es cronológicamente anterior a los perfiles sin borde modelados en barro de aspecto mate por regla general. Es también frecuente entontrar en los cuencos más antiguos apéndices taladrados en vertical para colgarlos. En cuanto a los motivos empleados, también se observan algunos detalles útiles para establecer una cierta evolución cronológica. La retícula fina y muy cuidada es cronológicamente anterior a los motivos caprichosos en forma de hoja de palmera. También observamos que en los platos de fecha más reciente la línea suele estar trazada con poco esmero y apretando el punzón hasta formar, a veces, más una incisión que un ligero bruñido. Las cerámicas más recientes de este grupo llegan incluso al nivel fenicio. Por ello las encontramos en Riotinto²¹ y en Mogador²². Esta variedad cerámica no es la primera vez que la encon-

²¹ A. Blanco - J. M. Luzón - D. Ruiz, «Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón, Riotinto, Huelva», Sevilla, 1970.

²² A. Jodín, *Mogador*, lám. XLVI.



Platos de barniz rojo.

tramos en Huelva, pues ya Schubart ha dado cuenta de un hallazgo si bien en menor cantidad²³. La simple ojeada del mapa de distribución de hallazgos de esta cerámica²⁴ permite definirla como exclusivamente occidental y concentrada en los yacimientos próximos a las vías fluviales de penetración (Tajo, Guadiana, Tinto-Odiel y Guadalquivir), con la única excepción de un hallazgo en Galera.

Sobre un fragmento de «retícula bruñida» de la más antigua hemos encontrado también un curioso grafito hecho con fino punzón en la parte exterior del labio. Tipológicamente nada tiene que ver con el que hemos encontrado en el nivel 4. Es más, aún cabe dudar de que se trate realmente de letras correspondientes a una forma de escritura muy arcaica. Este grafito podría fecharse, si es contemporáneo de la cerámica sobre la cual va inciso, en el siglo VIII como mínimo. Si efectivamente se trata de letras habría que poner en relación este fragmento de cerámica con las estelas del suroeste, zona en la que se concentra también la cerámica de «retícula bruñida».

La verdadera riqueza de estos dos niveles queda de manifiesto en una cerámica aún menos conocida que la de decoración bruñida, pero de una calidad sorprendente para las altas fechas que propugnamos. Nos referimos a fragmentos de color generalmente castaño, que ofrecen decoraciones finísimas de carácter geométrico pintadas en rojo. Los motivos aquí son mucho más complicados que en la cerámica anterior, y asombra ver cómo estos artistas primitivos combinan en extraordinaria variedad de formas los triángulos, los ajedrezados y las líneas paralelas en horizontal o en vertical. La precisión del trazado, la uniformidad de grosor en las líneas, y la calidad artística de las composiciones, son algo tan sorprendente que ni las fotografías ni los dibujos (por minuciosos que sean) darán idea cabal de su verdadero aspecto. Por otra parte, ya se conocían en menor cantidad hallazgos de este tipo de cerámica, siempre asociada —como en el Cabezo de San Pedro—, con «retícula bruñida». Quizá sea El Carambolo el yacimiento que más cantidad de fragmentos de esta especie ha proporcionado²⁵. Pero en Asta

²³ H. Schubart - J. P. Garrido, art. cit., pág. 151 y fig. 18.

²⁴ H. Schubart - J. P. Carrido, art. cit., pág. 156 y fig. 18.

²⁵ Su excavador, el profesor Carriazo, la considera también de fechas cla-

Regia también describe Esteve Guerrero unos fragmentos de esta cerámica²⁶, y en Huelva se encontraron cuencos parecidos en la tumba de La Joya, quizá revueltos entre los materiales y restos del ajuar, que sin duda son de fecha mucho más reciente²⁷.

De todos los motivos empleados llama poderosamente la atención una hilera de cabras de cuerpos rectangulares y cuernos muy grandes²⁸. El experto en historia de nuestra fauna reconoce inmediatamente en esos cuernos retorcidos a un animal que ya ha desaparecido²⁹. Se trata de íbices, identificables por la forma cómo se retuerce la extremidad de sus cuernos. Parece como si no fuese una mera casualidad que Avieno, al hablar de las costas que siguen a la desembocadura del río Anas, describa este animal al que se distingue también por su pelo largo: *birtae hic capellae et multus incolis caper/dumosa semper intererrant caespitum,/ castrorum in usu sum et nauticis velamina/productiores et graves setas alunt*³⁰. Actualmente quedan tan sólo dos tipos de cabra con estos cuernos grandes —aunque no llegan a retorcerse en los extremos—, el género de la rupricapra y la capra hispánica, pero ambas son de pelo corto y no se ajustan ni a los versos del periplo ni a su representación en este fragmento de Huelva.

Si tuviéramos que buscar un paralelo artístico a estos ani-

ramente anteriores a las colonizaciones semitas, y señala en el siglo IX el momento de esplendor de la cultura.

²⁶ Los de Asta parecen del tipo representado en la lámina XXIX-j-l-k de M. Esteve Guerrero, *Excavaciones de Asta Regia*, Jerez, 1962, pág. 34.

²⁷ Esta observación la hacen Schubart, Niemeyer y Pellicer en la nota 59, pág. 152 de la memoria citada de Toscanos en los siguientes términos: «Según la descripción de las circunstancias de los hallazgos de Orta-Garrido, *op. cit.*, págs. 9 y ss. y el dibujo de los mismos, fig. 3, es muy probable que, en cuanto al lugar en cuestión, no se trate de una sepultura cerrada, sino que lo que se hubiese cortado fuese un pequeño sector de una necrópolis con varias sepulturas superpuestas y contiguas. Además, según la publicación, una parte del material procede del hallazgo casual de 1945, entre la que se encuentra el ánfora de bronce, y otra de la excavación posterior, del año 1960.»

²⁸ Su posición correcta es con la punta del triángulo hacia abajo, con lo que la hilera completa daría la sensación de un zig-zag ascendente y descendente. Parece como si el artista conociera la costumbre de estos animales de marchar en hilera por los caminos difíciles de la montaña.

²⁹ Hemos sido asesorados en este sentido por don Javier Hidalgo, naturalista en el Coto de Doñana.

³⁰ Avieno, 218-221.

males, probablemente pensaríamos de manera inconsciente en algún punto del Mediterráneo oriental. De ese modo explicaríamos la presencia de escrituras muy arcaicas en la Península asociadas con unas influencias orientales en fechas bastante antiguas. Pero en nuestra opinión el paralelo más cercano para esos cuerpos cuadrados y con incisiones en su interior, lo tenemos en la estela descubierta recientemente en Ategua (Córdoba), donde los cuerpos de las figuras humanas también son rectangulares³¹. Esta estela nos induce a plantear el problema de los niveles preferenciales de Huelva en toda su compleja dimensión. Para ello observemos la presencia de una espada del tipo de la ría de Huelva a la izquierda de la figura principal, espada que encontramos perfectamente caracterizada en casi todos los monumentos del género³². Aunque todavía se discute la cronología del depósito de la ría de Huelva, nosotros creemos oportuno relacionarlo con estos estratos preferenciales del Cabezo de San Pedro, que completan nuestra visión del Bronce Atlántico en la Península. Vemos plenamente justificado el depósito, cuyos materiales oscilan cronológicamente entre los siglos IX y VIII a.C.

En el mismo sentido apunta el que se encuentre otro fragmento con una hilera de aves, que si nos aventuramos a lo que su forma sugiere, se identificarían como grullas. El tema de las hileras de aves acuáticas es frecuente en la *Celtiberia* y *Gallaecia* de la Edad del Hierro, y sabida es toda su difusión por el mundo atlántico de entonces y de antes. Si la identificación de estas aves como grullas pudiera darse por cierta, opina A. Blanco que cabría vincularlas, en su composición de danza en rueda, con los temas del laberinto del tipo Mogor: «El intencionado dibujo del complicado laberinto estaba animado seguramente por el deseo de crear una fuerza mágica alrededor de su centro. Las mismas líneas las dibujaban en Grecia los bailarines en la llamada danza de las grullas (geranos), que se hacía con una cuerda en memoria del hilo de Ariadna, que había permitido a

³¹ J. Bernier, «Una nueva estela grabada junto a las murallas ibéricas de Ategua», *Zephyrus*, XIX-XX, 1968-69, pág. 182.

³² M. Almagro, *Las estelas decoradas del suroeste peninsular*, Madrid, 1966, págs. 143 y ss.

Teseo recorrer con éxito el laberinto minoico»³³. Desde el punto de vista de la técnica empleada, el dibujo está inciso con un punzón sobre la superficie bruñida del vaso. Posteriormente esas líneas se han pintado de rojo y aún quedan trazas perfectamente visibles de este color. Es un tipo de cerámica del que sólo conocemos un fragmento recogido por nosotros en el lugar que se conoce con el nombre de «Ruinas de Astapa», en las proximidades de Estepa. En este caso la decoración sigue un esquema común en El Carambolo que Carriazo denomina «aspas de molino».

Además de las cerámicas hemos recogido en estos niveles unas muestras de residuos metalúrgicos fundidos en crisoles, que le han dejado impresa su forma. Ante la abundancia con que aparecieron decidimos solicitar del Sr. Salkield y de la Compañía de Minas de Riotinto unos análisis para determinar su naturaleza, así como la de las escorias encontradas en el nivel fenicio. El resultado ha sido comprobar la existencia de una metalurgia de plata muy anterior a la que ya conocíamos en el momento de la colonización fenicia³⁴. En el comentario de Salkield a los análisis nos dice: «La muestra más interesante es la num. 1 —se refiere a la encontrada en el nivel que describimos—, blanca y muy pesada. Originalmente fue litargirio fundido a partir de una copelación, pero transformado por la acción del tiempo y los agentes atmosféricos en carbonato blanco de plomo, cerusita; fue obtenido la copelación del plomo para extraer la plata.»

Planteadas la cuestión en otros términos, estamos frente a una cultura atlántica, sumamente desarrollada y conocedora de la metalurgia de la plata, cuya datación cronológica oscila entre los siglos X, IX y VIII a.C., circunstancias todas ellas que se amoldan perfectamente a ciertas noticias de las fuentes sobre Tartessos que no venimos a descubrir³⁵, sino a completar con

³³ A. Blanco, «El laberinto de Mogor», *AEspA*, XXXI, 1958, página 171.

³⁴ A. Blanco - J. M. Luzón, art. cit., pág. 127.

³⁵ Ya Almagro en 1940, al estudiar el depósito de bronce de la ría de Huelva, escribe en *Ampurias*, II, pág. 142: «Representa la llegada y predominio en Huelva de los celtas o gentes precélticas de origen europeo que vemos extenderse hacia todo el Occidente. No queremos con ello decir que se trate de una total invasión de una raza que aniquiló al pueblo anterior.» Y entre

unos materiales arqueológicos a los que conviene prestar atención a la hora de tratar del mundo tartésico.

NIVEL 6.—Que la cultura anterior es reflejo de la llegada de un pueblo extranjero —posiblemente procedentes de Europa occidental y portadores de una lengua indoeuropea— se ve claramente en el nivel inferior del Cerro de San Pedro. Repentinamente encontramos una cerámica de barro muy toscos, hecha a mano y decorada con unos pezones que nos lleva al segundo milenio y encontramos en diversos puntos de la Andalucía occidental, incluso asociada con la cultura megalítica³⁶. Estos primeros habitantes de las colinas de Huelva posiblemente conocieron una metalurgia muy primitiva —fundición de cobre nativo— que se verá totalmente superada y desplazada por los nuevos colonizadores atlánticos.

DISCUSIÓN

Hemos defendido hasta aquí una hipótesis de trabajo frente a la cual pueden, sin duda, argumentarse razones de peso. Nos hemos mantenido partidarios de la llegada a Huelva, en los alrededores del año 1000 a.C., de un pueblo de origen atlántico y cultura metalúrgica. Pero caben dos posibilidades que, si en las páginas anteriores hemos dado como posibles, no hemos desarrollado en extensión. De un lado el origen autóctono de esta cultura, considerada por algunos una evolución de las formas prehistóricas derivadas de El Argar (tesis que defiende Cuadrado), y de otro, la llegada de un pueblo metalúrgico procedente de Asia Menor. Hemos mantenido correspondencia sobre el particular con destacados especialistas del mundo mediterráneo y de la prehistoria europea occidental. El resumen de tan autorizadas opiniones es el siguiente:

V. Karageorghis (Nicosia, Chipre): «I am afraid my answer is negative. These sherds are definitely not Cypriot and I cannot say what they are. Perhaps local ceramic hitherto unrecorded?».

otros también Hawkes, *Ampurias*, XIV, insiste en el reflejo que tiene esta cultura del Bronce atlántico en la *Ora Marítima*, Avieno, 113-114.

³⁶ J. Bonsor, *op. cit.*, pág. 107.

A. M. Bisi (Sicilia, Italia): «La cerámica di cui Ella ha valuto molto cortesemente inviarmi disegni, non trova *alcun parallelo* in Sicilia... Mi sembra piuttosto la cerámica di Huelva... che è stata trovata dal Prof. Garrido a Huelva e si rillaccia a modelli di el-Argar. La sintassi decorativa dei pezzi che Ella mi ha mandato in fotocopia non mi sembra riallacciarsi a modelli vicino-orientali».

M'Hamed Hassine Fantar (Túnez): «En ce qui concerne votre lettre du 20 décembre 1969, relative à la céramique q'on trouve en Espagne... je dois reconnaître humblement mon incompetence. Certains motifs decoratifs comme les triglyphes ou les crevrans me nous sont pas complètement inconnus, notamment pour la céramique locale, dite berbère. Nous trouvons ces décors géométriques sur de la céramique modelée actuellement dans certains villages de Tunisie. Quoiqu'il en soit, je crois pouvoir vous dire que dans l'ensemble il s'agit d'une céramique différente de celle que nous a livrée jusqu'à présent les sites historiques de Tunisie».

W. Kimming (Tubinga, Alemania): «Die von Ihnen beige-fügten Zeichnungen von Huelva, die mich ausser ordentlich interessiert haben, kann ich Ihnen leider nicht bestimmen, da wir eine derartige Keramik bei uns nicht kennen. Auf Grund der Glättverzierung und der Schalenform dachte ich zunächst an Spät-Hallstatt und Frühlatène, doch scheint dies, wie mich Herr Kollege Schüle aus Freiburg belehrt, offenbar nicht zu stimmen.»

J. P. Mohen (Saint-Germain-en-Laye, Francia): «Je ne puis malheureusement pas vous indiquer de céramique peinte dans le Bronze final et le premier Age du Fer des regions atlantiques. Seul un engobe rouge apparaît à la fin de cette époque (au cours du Ve siècle sans doute) sur de nombreux tessous.»

H. Savory (National Museum of Wales Cardiff): «He estudiado los dibujos de su cerámica, hallada en Huelva, con mucho interés. Está claro que entramos aquí en el gran problema de la cerámica bruñida del suroeste peninsular, que la Dra. V. Leisner cree calcolítica («Innenverzierte Schalen», *Madriider Mitteilungen*, 1961. 11-33), y que el Dr. Cunha Serrão cree Bronce Reciente o Hierro Antiguo (Lapa do Fumo, Sesimbra, I Congreso Nacional de Arqueología, Lisboa, 1959, 337-59).

Por mi parte, de veras, me parece que la mayoría de las cerá-

micas de sus dibujos debe relacionarse de una manera general con la cerámica de Lapa do Fumo y los otros sitios portugueses, pero también con la cerámica bruñida de El Carambolo, Asta Regia y Carmona. Es verdad que hay diversos grupos bruñidos con decoración interior y exterior, tal vez representando diversos centros de producción que se desarrollan durante varios siglos. La estratificación que usted me comunica, debajo de un estrato del siglo VII a.C. no me sorprende, porque nunca me pareció que esta cerámica pudiese proceder de la Edad del Hierro centroeuropea. Es verdad que hay cerámicas bruñidas de la misma manera en La Tène I en Hunsrück (Joachim, *Die Hunsrück-Eifel Kultur*, Colonia, 1968), pero Kimming dice, con razón, que tales cerámicas derivan de la cultura hallstättica (Comacina) de Italia del noroeste (BRGK, 1962-63, 33-106).

Me parece que hay una ligazón técnica entre estos grupos de cerámica, pero indirecta, debida a influjos mediterráneos comunes. La estratificación que Carriazo y Raddaz hallaron en Carmona (*Madriider Mitteilungen*, 1961, 100), con cerámica bruñida en el mismo nivel que cerámica ibero-púnica, y encima de cerámica de Boquique, podría indicar una supervivencia de la tradición Lapa do Fumo hasta el siglo VI a.C., pero me parece que las formas en Lapa do Fumo y Huelva son indígenas, diferentes de las de la cerámica centroeuropea bruñida en la Edad del Hierro y ligadas con las de la Edad del Bronce de El Argar y los otros grupos locales. Lo que me interesa especialmente en Huelva es que parece que ciertos fragmentos evocan la decoración campaniforme desarrollada, en sus motivos por lo menos, sino en su técnica —lo que sugiere que este estilo puede tener su origen en la Edad del Bronce Medio».

R. Amiran (The Israel Museum, Jerusalén): «I am sorry not to be able to help you with the pottery. Perhaps Dr. V. Karageorghis, Cyprus Museum, can help you».

Hermanfrid Schubart (Instituto Arqueológico Alemán, Madrid): «Die Glättmusterkeramik des Unteren Guadalquivir ist eine spätbronzezeitliche Erscheinung am Übergang zur frühesten Eisenzeit mit einem relativ begrenzten Verbreitungsgebiet (vgl. *Madriider Mitteilungen* 8, 1967, 152ff, Abb. 5.14.15.18). Sie unterscheidet sich von der Glättmusterkeramik Mittelportugals, die auch auf der Gefäßsaussenseite mit stärker variierenden Mustern verziert und möglicherweise z.T. etwas älter ist,

wie von den deutlich jüngeren z. T. römerzeitlichen Glättmustern der Castrokultur des Nordwestens der Iberischen Halbinsel, die auch noch auf Drehscheibengefäßen begegnen (Lám. XXXV, c). Die stratigraphischen Befunde sprechen für eine Batierung der andalusischen Glättmuster in das 9./8., wenn nicht das 10. Jahrhundert und für ein Fortleben bis in das 7.Jh.v.Chr.

Die Formen der Glättmuster-verzierten Gefäße des Unteren Guadalquivir, vor allem die Schalen mit hochsitzendem Umbruch, sind spätbronzezeitlich und liegen in der Entwicklungslinie der einheimischen andalusischen Keramik, begnen so z.B auch in der Provinz Almería. Die Technik der Glättens und die Herstellung von Glättmustern steht in mittelmeeerischer Tradition, kommt auch sonst —gleichzeitig oder wenig älter— im mediterranen Raum (Oberitalien, Sardinien) vor und ist möglicherweise eine westliche Umsetzung der östlichen «stroke burnished decoration», die an der phönizischen Küste zwischen 1000 und 850 c.Chr. häufig ist.

Die Glättmusterverzierung ist jedenfalls keine Späterscheinung der El Argar-Kultur oder der Südwest-Bronzezeit, von deren begrenzten Verbreitungsgebieten sie sich deutlich differenziert. Sie tritt vielmehr in den zum Meer hin offenen Landschaften am Unteren Guadalquivir und am Unteren Tajo auf, dort, wo gerade die typischen ältebronze zeitlichen Kulturen fehlen und wo Kupferzeitkulturen, insbesondere die Glockenbecher intensiv und in ihren Spätformen bis in die Bronzezeit fortlebend verbreitet sind. In diesem Zusammenhang ist eher an eine durchgehende Linie der Substrats und der kulturellen Überlieferung zu denken».

La factoría púnica de Aljaraque (Huelva)

La zona costera de Huelva, con sus colinas, desembocaduras de ríos y rico *binterland*, dio lugar en la antigüedad al asentamiento de poblaciones pequeñas, de economía pesquera y agrícola al mismo tiempo, que poco a poco vamos localizando y conociendo en sus líneas generales. Las cerámicas superficiales, hallazgos casuales y excavaciones más recientes, de las Universidades de Madrid y Sevilla, están ampliando nuestro conocimiento de esta región, especialmente en lo que se refiere a la época de las colonizaciones. Hemos de admitir que queda mucho por hacer y, sobre todo por explorar, en la costa de la provincia de Huelva, pues rara es la colina que, estando próxima al mar, no haya sido ocupada por los navegantes semitas durante los siglos VII y VI a.C. Los cabezos de Huelva, que tan sorprendentes se han mostrado en estos últimos años¹; el cerro de las

¹ J. M. Luzón, «Tartessos y la Ría de Huelva», *Zephyrus*, 13, 1962, págs. 97 y ss.; J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización semita en Occidente*, Salamanca, 1968, *passim*; *Íd.*, «Fuentes griegas y romanas referentes a Tartessos», *V Symposium Internacional de Prehistoria peninsular*, Barcelona, 1970, págs. 111 y ss.; J. M. Blázquez - J. M. Luzón - F. Gómez - K. Claus, «Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de S. Pedro», Instituto de Estudios Onubenses «Padre Marchena», 1970, pág. 7 y ss. Esta publicación estudia un corte estratigráfico de unos 25 metros de altura, con siete estratos superpuestos, que van desde el Bronce hasta Claudio; en ellos está escrita la historia de Huelva durante aproximadamente mil seiscientos años; A. García y Bellido, «Tartessos pudo haber estado donde ahora la isla de Saltes», *AEA*, 1944, págs. 191 y ss. *Íd.*, *Hispania Graeca*, Madrid, 1948, págs. 1, 29 y ss. II, págs. 84 y ss., *Íd.*, «Estado actual de los problemas de la colonización púnica en Occidente»,

Flores, en Ayamonte; la desembocadura del río Piedras, en El Rompido, y muchos otros puntos costeros, fueron conocidos y habitados por los navegantes orientales, quienes vinieron probablemente atraídos por las riquezas mineras que poseían los pueblos del interior.

En algunas ocasiones llegaron probablemente a penetrar muchos kilómetros tierra adentro para buscar ellos mismos las fuentes de aquella riqueza². Otras veces permanecieron en sus establecimientos comerciales de la costa, para vivir a base de una economía de intercambio. Éste es el caso de Aljaraque, la nueva población que vamos a conocer, cuya razón de ser inicial estuvo probablemente fundamentada en aquel intenso comercio de metales, que conoció la Península Ibérica durante la fase histórica de las colonizaciones. Pero posteriormente, los hijos de aquellos pioneros en la búsqueda de metales en Occidente, quedan afincados a la tierra y, al quedar imposibilitados para la exportación de metales, por debilitamiento de las vías comerciales, viven cerrados en una economía pesquera y agrícola, sin perder el carácter semita que vamos a ver en el transcurso de la excavación.

Fourth World Congress of Jewish Studies 1, 1967, págs. 49 y ss., *Íd.*, «Tartessos y la "Koine" mediterránea del periodo orientalizante». *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos*, págs. 590 y ss.; M. Almagro, «El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente Europeo», *Ampurias*, 2, 1940, págs. 85 y ss., *Íd.*, *Inventaria Archaeologica*, 1-4, Depósito de la Ría de Huelva, Madrid, 1958; E. Orta - P. Garrido, «La tumba orientalizante de La Joya», Madrid, 1963, J. P. Garrido - E. Orta, «Cerámicas prerromanas de Huelva», *Trabajos de Prehistoria*, 26, 1969, págs. 327 y ss., *Íd.*, «Nuevo hallazgo de una tumba de incineración en los cabezos de Huelva», *Ampurias*, 28, 1966, págs. 209 y ss.; H. Schubart - J. P. Garrido, «Probegrabung auf dem Cerro de La Esperanza en Huelva», *MM* 8, 1967, págs. 123 y ss. Sobre la colonización A. Blanco, «El problema de Tartessos», *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1964, págs. 551 y ss., *Íd.*, «La colonización de la Península Ibérica en el primer milenio antes de Cristo. Las raíces de España», Madrid, 1967, págs. 167 y ss.; C. F. C. Hawkes, «Las relaciones en el Bronce final, entre la Península Ibérica y las islas Británicas con respecto a Francia y la Europa Central y Mediterránea», *Ampurias*, 15, 1952, págs. 81 y ss., *Íd.*, «Las relaciones atlánticas del mundo tartésico», Tartessos, V. Symposium, págs. 181 y siguientes.

² A. Blanco, «Antigüedades de Riotinto», *Zephyrus*, 12, 1962, págs. 31 y ss.; A. Blanco - J. M. Luzón - D. Ruiz, «Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón, Riotinto, Huelva», Sevilla, 1970; *Íd.*, «Panorama tartésico en Andalucía occidental», V. Symposium, págs. 153 y ss.

La colina sobre la cual se asienta hoy la pequeña población de Aljaraque está situada en la margen derecha del Odiel, donde éste comienza a ensancharse en la ría de Huelva. Pasa por su falda un pequeño estero hasta el cual llega todavía la acción de la mareas. Es navegable por embarcaciones de poco calado, pero en la antigüedad debió constituir una verdadera ensenada, protegida por las alturas y fácilmente asequible. Prueba de ello son los restos de un muelle romano muy cercano, en el que son abundantes las ánforas y residuos propios de un embarcadero. El estero de Aljaraque es la salida natural que tiene hacia el mar la cuenca derecha del Odiel, en la que existen importantes centros mineros, entre los que destaca hoy el nombre de Tarsis.

Precisamente al hacer la moderna compañía minera un muelle para el embarque de minerales, en fecha reciente (año 1922), apareció el famoso depósito de bronce, que tanta luz arroja sobre el antiguo comercio de metales³. Por su proximidad a Aljaraque, no podemos dejar de relacionar este hallazgo con la población antigua que allí hubo, aunque de momento no hayamos encontrado vestigios de un asentamiento contemporáneo, como ha ocurrido en el Cabezo de San Pedro⁴.

Si las relaciones de Aljaraque con Tarsis son evidentes por razones naturales de tipo geográfico, otro tanto ocurre con el estrecho contacto entre estas alturas y las situadas al otro lado de la ría. Los Cerros de La Joya. La Esperanza y San Pedro ofrecen en su excavación materiales contemporáneos, pero la comparación con lo que encontramos en esta otra orilla, nos hace pensar que los habitantes de Aljaraque viven en una mayor pobreza y con menos lujo que sus vecinos de enfrente. Parece más una población pesquera, al menos en su última etapa de desarrollo, que ricos comerciantes o marineros emprendedores. Sus navegaciones se limitarían a pequeñas salidas de cabotaje que los mantienen en contacto con factorías similares de las proximidades. Todo lo más podemos llegar a suponer contactos con sus hermanos de raza en la costa norteafricana, que se ma-

³ M. Almagro, *op. cit.*; J. Maluquer, «Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos», *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, Pamplona, 1960, págs. 276 y ss.

⁴ J. M. Blázquez - J. M. Luzón - F. Gómez - K. Klaus, *op. cit.*

nifiesta en similitudes y semejanzas de su cerámica en fechas relativamente tardías⁵.

Aunque por su situación cabría suponer la existencia de una ocupación muy antigua de Aljaraque, no teníamos noticias de

⁵ Para la colonización semita en Marruecos, cfr. A. Luquet, «La céramique préromaine de Banasa», *BAM*, 5, 1964, págs. 117 y ss. El autor publica unas cerámicas, cuyos motivos decorativos recuerdan a los hallados en el Cabezo de San Pedro de Huelva; J. M. Blázquez - J. M. Luzón - F. Gómez - K. Klaus, *op. cit.*, láms. XXXII c-d, XXXIII a y XXXV; C. M. Ponsich, «Nécropoles Phéniciennes de la région de Tanger», Rabat, 1967, *Id.*, «Influences phéniciennes sur les populations rurales de la région du Tanger», *V Symposium*, págs. 173 y ss. Estas necrópolis, datadas entre los siglos VIII y V a.C., son muy importantes, como punto de comparación para el material de Aljaraque, y el autor, pág. 24, indica que las influencias sobre esta región del norte de Marruecos proceden más bien de la Bética que de Fenicia misma; A. Jodin, «Mogador. Comptoir phénicien du Maroc atlantique», Rabat, 1966, cfr. reseña con discusión muy importante de los problemas en J. Ferron, *Latomus*, 27, 1968, págs. 708 y ss. Este autor ha tenido la amabilidad de indicarme que las tumbas de Trayamar son del tipo de las de Byrsa, que todos los ajuares de estas tumbas, como el de Toscanos, son corriente en Cartago a partir de la segunda mitad del siglo VIII, que el estrato profundo de Mogador es igualmente cartaginés; G. Vuillemonet, «Reconnaisances aux échelles puniques d'Oranie», Autun, 1965; M. Tarradell, «Historia de Marruecos púnico», Tetuán, 1960. Sobre la colonización semita en el sur de Hispania, los yacimientos que son puntos de apoyo para llegar a Huelva son: Almuñécar, hacia el año 700 a.C. (M. Pellicer, «Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de San Cristóbal, Almuñécar, Granada», Madrid, 1963, *Id.*, «Ein altpunisches Gräberfeld bei Almuñécar (Granada)», *MM*, 4, 1963, págs. 9 y ss.; *Id.*, *MAH*, 6, 1964, págs. 347 y ss.; *Id.*, «Excavaciones Arqueológicas en España», Madrid, 1963, págs. 44 y ss.; H. G. Niemeyer - M. Pellicer - H. Schubart, *MM*, 5, 1964, pág. 90, nota 27), Cerro del Peñón, en la orilla occidental del río de Vélez, provincia de Málaga, siglos VIII - VII a.C. (H. G. Niemeyer - M. Pellicer - H. Schubart, «Una colonia paleopúnica en la desembocadura del río de Vélez (Málaga)», *NAH*, 7, pág. 155 y ss.; *Id.*, «La factoría paleopúnica en la desembocadura del río de Vélez (Málaga)», *CAN*, 9, 1966, págs. 250 y ss. Toscanos, siglos VIII-VI (cfr. nota 6 y los mismos autores: «Toscanos, Die altpunische Faktorei an der Mündung des Río de Vélez», Grabungskampagne, 1964, *Madridrer Forschungen*, 6, fasc. 1), Trayamar, siglo VII a.C. (H. G. Niemeyer - M. Pellicer - H. Schubart, «Alpunische Funde von der Mündung des Río Algarrobo», *MM*, 5, 1964, pág. 73 y ss.; M. Pellicer - H. G. Niemeyer - H. Schubart, «La factoría paleopúnica en la desembocadura del Río Algarrobo (Málaga)», *CAN*, 9, págs. 246 y ss.; H. G. Niemeyer - H. Schubart, «Toscanos y Trayamar, 1967», *MM*, 9, 1968; R. Fernández Canivell - H. Schubart - H. G. Niemeyer, «Las tumbas de cámara 2 y 3 de Trayamar, en Algarrobo (Málaga)», *Zephyrus*, 18, 1967, págs. 63 y ss.; H. Schubart, «Colonias fenicias en la región de Málaga», *Arbor*, 280, 1969, págs. 421 y ss.), Guadalhorce, siglo VII (A.

hallazgos casuales ni restos de cerámica superficial. Solamente al hacerse el corte de un cerro en sus inmediaciones, para el canal de traída de aguas a Huelva, fue posible y tuvimos noticias por el Sr. Claus, a quien agradecemos desde aquí su información y valiosa ayuda, el hallazgo de unos depósitos de cerámica neolítica revuelta con cenizas y conchas de moluscos. Atraídos por este descubrimiento y por unos platos de barniz rojo que encontró en el cerro de Papauvas el Delegado de Zona, Dr. Carriazo, realizamos en la primavera del año 1968 una exploración de toda aquella zona para la búsqueda de materiales de superficie, que pudieran ponernos sobre la pista de un yacimiento de interés. De todas las alturas próximas a la ría, la más tentadora resultaba ser la que ocupa el pueblo actual de Aljaraque, pero en las primeras visitas no pudimos dar con ningún indicio de interés. Solamente después de nuestro contacto con D. Manuel Zambrano, perfecto conocedor del pueblo y la comarca, supimos de la existencia de muros a mucha profundidad encontrados en una casa durante ciertas obras hechas hace años. Orientados por él en todo momento, centramos nuestra atención en una explanada de las afueras, próxima al grupo escolar recientemente construido. Allí pudimos recoger por vez primera un molino de mano y algunos fragmentos de cerámica decorada con bandas rojas. Sobre la base de estos indicios decidimos organizar una pequeña campaña de excavaciones a finales del verano.

LA CAMPAÑA ARQUEOLÓGICA DE 1968

En septiembre del año 1968, en el simposium celebrado en Jerez de la Frontera, sobre el tema de «Tartessos y sus problemas», se dio especial importancia al papel desempeñado por las

Arribas, «Nuevos hallazgos fenicios en la costa andaluza mediterránea», *Zephyrus*, 18, 1967, págs. 121 y ss.; *Íd.*, «La Andalucía oriental y el problema de Tartessos», V. Symposium, págs. 199 y ss. y Gadir; A. García y Bellido, «Hércules Gaditanus», *AEArg.*, 1983, págs. 70 y ss. Sobre la colonización fenicia en general, cfr. *BISI*, «Nuove prospettive sulla Spagna feniciopunica», *Zephyrus*. Sobre la etapa precolonial, cfr. A. García y Bellido, *Historia de España*, 1, 2, Madrid, 1954, págs. 311 y ss, pág. 495 y ss. Sobre Tartessos, además del citado libro de J. M. Blázquez, cfr. A. García y Bellido, *Historia de España*, págs. 281 y ss.; *Íd.*, «Los bronceos tartéssicos», V *Symposium*, págs. 163 y ss.; A. Schulten, «Tartessos», Barcelona, 1945.

colonizaciones semitas en el mundo tartésico, lo que nos animó a emprender inmediatamente la excavación de Aljaraque.

Nuestra intención inicial era hacer una excavación de más corta duración. Pero debido al interés que el yacimiento ofrecía, se prolongó la campaña durante los meses de octubre y noviembre. Demoró fundamentalmente nuestro trabajo el hallazgo de un poblado con sus casas. Habitaciones de la época de este poblado⁶ son muy poco conocidas hasta el presente en España, y al saber que iba a ser construida una barriada en fecha inmediata, decidimos ampliar al máximo el estudio del yacimiento.

Costearon los trabajos la Dirección General de Bellas Artes, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla y la Excm. Diputación Provincial de Huelva, entidades a las que queremos expresar nuestro sincero agradecimiento.

Fue de un inestimable valor la colaboración prestada por los alumnos del Seminario de Arqueología de la Universidad de Sevilla, la Cátedra de Historia Antigua de la Universidad de Salamanca y los colaboradores del Instituto de Estudios Onubenses «Padre Marchena».

Situación del yacimiento

Escogimos para la excavación una explanada en las afueras del pueblo localizada aproximadamente al suroeste del casco urbano.

Debido a la altura a que se encuentra sobre el nivel del mar, goza de un amplio paisaje y pueden verse, a muy corta distancia, las colinas de Huelva situadas en la orilla opuesta. Este lugar había servido de emplazamiento al cementerio de Aljaraque, pero al trasladarse aquél a un punto más alejado, fueron demolidas sus paredes y nichos sin dejar apenas ningún rastro visible sobre el terreno. Ante el temor de que las fosas modernas hubiesen destruido los posibles niveles arqueológicos, comenza-

⁶ Una factoría paleopúnica es la citada de Toscanos, en la desembocadura del río Vélez. La cronología que los excavadores asignan a esta factoría es, por lo menos en su etapa inicial, más alta que la de Aljaraque, mediados del siglo VIII a.C. También véase el grupo de viviendas del Cerro Salomón en Riotinto, cfr. A. Blanco - J. M. Luzón, *op. cit.*, pág. 126, fig. 2 y las de El Carambolo.

mos nuestras prospecciones fuera de lo que había sido el recinto de este cementerio. Aun así, desenterramos parte de los cimientos del muro y excavamos, sin haberlo podido prever, una pequeña zona en la que había fosas modernas.

Las noticias que nos dieron durante nuestra estancia allí hacen pensar que debajo del pueblo se extendía probablemente la parte de mayor interés del yacimiento arqueológico. Concretamente en las inmediaciones de la iglesia se nos informó del hallazgo de muros antiguos que no pudimos excavar por falta de tiempo.

Método de la excavación

Como desconocíamos inicialmente las características del yacimiento, comenzamos por trazar tres zanjas paralelas de 2×5 m, en las que avanzamos en profundidad. En ellas salieron restos cerámicos revueltos y algunas cenizas, pero no pudimos establecer la separación de los niveles, probablemente por ser un vertedero en el momento de hacerse el cementerio del cual hemos hablado.

Después de varios días de trabajo en este primer contacto con el terreno, y una vez finalizadas las zanjas, que arqueológicamente no ofrecían interés, observamos algo más arriba la presencia de guijarros superficiales alineados, que podían ser restos de muros. Trazamos una red de cuadrículas de 5×5 m y comenzamos su limpieza.

La dureza misma del terreno hizo muy difícil esta excavación a pesar de que los muros comenzaron a salir casi en la misma superficie. Para dar idea de ello diremos que existía la costumbre en el pueblo de hacer competiciones de apertura de zanjas, en esta tierra arcillosa que se caracteriza por su extrema dureza. De todas formas realizamos la limpieza de un área bastante extensa en la que fue puesta al descubierto la planta de algunas casas y cerámica púnica tardía, que corresponde a la última fase de ocupación. Tanto el aspecto de sus casas, sin cimientos y de factura pobre, como los escasos fragmentos de cerámica que encontramos en el transcurso de la limpieza del primer nivel, ponían de manifiesto que la población, o al menos esta parte en que hemos trabajado, vivía con sencillez y sin lujos dedicándose

probablemente al cultivo de las tierras próximas y a la pesca. Este nivel estaba perfectamente delimitado de las capas inferiores por pavimentos de conchas⁷, de los cuales habremos de hacer algún comentario más adelante. En una de las cuadrículas realizamos la excavación vertical que pudiera determinar las fases de ocupación. Gracias al hallazgo de sucesivos pavimentos de pizarra y tierra apisonada, fue posible establecer hasta cuatro niveles en una profundidad de 1,60 m.

Estratigrafía del yacimiento

La presencia de cerámica de superficie de distintas épocas hacía suponer la posibilidad de encontrar niveles precisos al excavar en profundidad. Esta cerámica estaba constituida fundamentalmente por fragmentos de asas y trozos de ánforas. Junto a ellas aparecieron también bordes de platos grises, cuya cronología hasta el siglo VII a.C., como mínimo, es evidente en Andalucía⁸.

Estrato 1.—En el primer nivel, delimitado por un pavimento de conchas puestas boca abajo a 0,45 m de profundidad, predominan las formas a torno, de pasta clara con decoración, en algunos casos de bandas rojas o de color castaño. Esta decoración aparece casi perdida a causa del mismo tono rojizo de la tierra. Aunque la mayoría de los restos aparecieron muy fragmentados, tuvimos la fortuna de encontrar un recipiente entero colocado en un hoyo en el suelo, con el borde al nivel del pavimento. Tanto estas cerámicas, en forma de ollas grandes y labio vuelto hacia fuera, con un sentido más funcional que decorati-

⁷ Pavimentos de conchas hay también en el Cerro de El Carambolo, Sevilla, cfr. J. de M. Carriazo, «El tesoro y las primeras excavaciones en “El Carambolo” (Camas Sevilla)», Madrid, 1970, págs. 78, 85.

⁸ H. Schubart - H. G. Niemeyer - M. Pellicer, «Toscanos», pág. 107, lám. VII, núm. 418; J. M. Blázquez - J. M. Luzón - F. Gómez - K. Claus, *op. cit.*, págs. 11 y ss., lám. XV; A. Blanco - J. M. Luzón - D. Ruiz, «Panorama tartésico en Andalucía Occidental», *passim*. En Ategua también han aparecido platos grises. Sobre las cerámicas andaluzas, cfr. M. Pellicer, «Las cerámicas a torno pintadas andaluzas», *V Symposium*, págs. 291 y ss. Sobre los platos de barniz rojo, cfr. E. Cuadrado, «Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico» *V Symposium*, págs. 257 y ss.

vo, como los bordes de platillos de pasta gris sin refuerzo en sus perfiles, apuntan hacia una fecha muy tardía dentro del ambiente semita. En el mismo sentido cabe señalar la presencia de unos bordes y perfiles de ánfora de tipo ovoide, con boca estrecha, terminada en la forma de un tronco de cono. Esta forma llega en el norte de África hasta el siglo I a.C y se da con mucha abundancia en casi todos los yacimientos.

Estrato 2.—Por debajo del nivel anterior, a 0,60 m de la superficie, hallamos nuevamente un pavimento, esta vez de pizarras, que delimitaba otro nivel arqueológico. Siguiendo la misma línea de relativa pobreza en las cerámicas, encontramos algunas formas y tipos que pudieran fecharse aproximadamente en el siglo III a.C., como un plato de barro amarillento, a torno, con el interior decorado a base de bandas rojas. Es un tipo de cerámica muy abundante y conocida en los estratos arqueológicos de Ategua y La Colina de los Quemados (Córdoba). Se dan también los platos de barro gris, con el borde más grueso, sin llegar a constituir un refuerzo excesivamente acusado. También hay recipientes decorados con bandas rojas y negras en una mayor abundancia y ollas a mano con decoración de soga postiza.

Estrato 3.—A 1,10 m de profundidad, una capa de tierra apisonada en color más claro hizo posible la delimitación de un tercer nivel en el que las cerámicas recogidas presentaban rasgos de una mayor antigüedad, que nos son perfectamente conocidos. Los bordes de platos vueltos hacia adentro, la alternancia de bandas rojas y negras, la mejor calidad de la cerámica a torno y la presencia de ollas de barro negruzco, a mano, con abundantes partículas de sílice en su factura hace pensar ya en una fase de la colonización que puede remontarse probablemente a fines del siglo VI a.C. y del V a.C.⁹

Estrato 4.—Asentado sobre la tierra virgen hay, por último, un nivel arqueológico, el más antiguo, donde encontramos muestras de cerámica correspondientes a la primera fase de la colonización. Barros de muy buena calidad, pastas grises muy

⁹ H. Schubart - H. G. Niemeyer - M. Pellicer, «*Toscanos*», págs. 121 y ss., lám. XIII; A. Blanco - J. M. Luzón y D. Ruiz, «Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón, Riotinto, Huelva», *passim*, *Id.*, «Panorama tartésico», *passim*.

pulidas y cerámicas de barniz rojo. La fecha de esta primera ocupación de la colina puede remontarse quizá al siglo VII a.C. sobre la base de las anteriores características de la cerámica. No fue posible determinar la existencia de cerámicas bruñidas correspondientes a épocas más antiguas y anteriores a la colonización fenicia, que muy verosímilmente debieron haber ocupado alguna de las colinas a la margen derecha del Odiel, del mismo modo que se asentaron en el Cabezo de San Pedro, en Huelva¹⁰.

Las casas

Debido a la dureza del terreno, los muros se han conservado en la parte baja lo suficiente como para seguir sin dificultad su trazado. Los restos de muros, que aparecieron en el primer estrato, carecen de cimientos¹¹ y son, para la época que nos da la cerámica, de una gran pobreza. Están trazados a cordel y tienen una anchura uniforme de 0,45 m, lo cual indica al menos la parte excavada, una planificación que poco se acomoda al carácter sencillo de las construcciones.

Por su planta parecen responder al prototipo que encontramos en Riotinto¹². Allí, aunque las plantas son igualmente cuadradas y la cobertura de materiales ligeros, su trazado es más irregular y la disposición de las habitaciones no sigue aparentemente un orden. Una semejanza de construcción mucho mayor nos la ofrecen las viviendas del siglo VI a.C. en el corte estratigráfico de Córdoba¹³.

Los muros de Aljaraque están hechos con cuidado a base de unir, con arcilla muy compacta, guijarros de tamaño uniforme. No hemos encontrado más de tres hileras superpuestas, ni tam-

¹⁰ J. M. Blázquez - J. M. Luzón - F. Gómez - K. Claus, *op. cit.*, págs. 13 y ss., láms. XXI-XXV.

¹¹ Las mismas características ofrecen los muros de El Carambolo (J. M. Carriazo, *op. cit.*, págs. 68 y ss.) y de Riotinto (A. Blanco, J. M. Luzón - D. Ruiz Mata, *Panorama tartésico*, pág. 149).

¹² A. Blanco - J. M. Luzón - D. Ruiz, *Panorama tartésico*, pág. 149, fig. 31; A. Blanco - J. M. Luzón, *op. cit.*, pág. 126, fig. 2.

¹³ A. Blanco - J. M. Luzón - D. Ruiz, *Panorama tartésico*, págs. 149 y ss., figs. 31-33, láms. VI, VII a.

poco piedras sueltas en el interior de las casas, que hagan pensar en su utilización hasta una mayor altura. Probablemente estos muros de piedra no son más que el zócalo de la parte baja, hecho con material más constante para evitar la erosión de las aguas de lluvia¹⁴. Por encima de este zócalo inferior había materiales más ligeros cubiertos de barro, que soportarían una techumbre vegetal¹⁵. Ésta es la única explicación de que no hayamos encontrado trozos de la cobertura en el poblado de Aljaraque.

Aunque por lo general los muros son de guijarros, contruidos de la manera que acabamos de describir, también se emplean piedras de caliza algo desbastadas. En un solo muro había sillares de piedra que evidentemente son de una construcción anterior y reaprovechado en esta época final de la vida del poblado. También pudimos sacar varios adobes en una de las habitaciones, que evidencian su empleo, aunque no hayamos desenterrado muros completos¹⁶.

¹⁴ Este tipo de construcción se documenta en Los Toscanos, donde los excavadores (H. Schubart - N. G. Niemeyer - M. Pellicer, «Toscanos», 41) observan que «el muro se asienta directamente sobre el suelo de la zanja. Como material de construcción se emplearon grandes cantos rodados, pequeños bloques de travertino de esquisto. Las piedras, exceptuando dos bloques mayores que forman ángulo, están sin escuadrar. Los muros en los que no se ha empleado la argamasa no pueden, sin embargo, considerarse propiamente como muros secos, ya que evidentemente se usó, como material aglutinante, una arcilla parduzca». Todo exactamente igual que en el poblado de Aljaraque. Este tipo de aparejo procede seguramente del Oriente, como indicaron A. Blanco - J. M. Luzón, *op. cit.*, pág. 126, cfr.; P. W. Lapp, «The 1968 Excavations at Tell Ta'anek», *BASOR*, 195, 1969, págs. 34 y ss., fig. 24, *Id.*, *BASOR*, 173, 1969, págs. 26 y ss., figs. 12-13, como otros muchos elementos culturales de comienzo de las colonizaciones, cfr. J. M. Blázquez, «Tartessos», *passim.*, *Id.*, «Problema en torno a las raíces de España», *Hispania*, 29, 1969, pág. 120 con toda la bibliografía, *Id.*, «Relaciones entre Hispania y los Semitas (Sirios, Fenicios, Chipriotas, Cartagineses y Judíos) en la antigüedad», *Beiträge zur Alten Geschichte und deren Nachleben*, Berlín, 1969, págs. 42 y ss., W. Culican, «Almuñécar, Assur and Phoenician Penetration of the Western Mediterranean», *Levant*, 2, 1970, págs. 28 y ss., *Id.*, «Quelques aperçus sur les ateliers phéniciens», *Syria*, 45, 1968, págs. 275 y ss., págs. 156 y ss., págs. 167 y ss.

¹⁵ Del mismo tipo debían ser las casas de El Carambolo, cfr. J. de M. Carriazo, *op. cit.*, págs. 44, 68.

¹⁶ Adobes han aparecido también en El Carambolo, cfr. J. de M. Carriazo, *op. cit.*, págs. 66, 68 y ss., págs. 72, 77. Y están apareciendo abundantemente en lo niveles más antiguos de Itálica y en Cástulo en el siglo v a.C.

El pavimento de las casas en este primer nivel ofrece la peculiaridad poco corriente, de estar hecho, en la mayoría de los casos, a base de conchas colocadas abajo con gran cuidado.

El único pavimento similar del que tenemos noticias fue encontrado, según nos informa el Prof. Carriazo, en el poblado de El Carambolo. No hemos hallado ninguna habitación con el pavimento de conchas completo. Pero a pesar de estar deteriorado en muchos casos, ha sido posible comprobar que intencionalmente se dejaron zonas circulares o semicirculares del pavimento sin cubrir. El hallazgo de un recipiente, aunque de menor tamaño, enterrado al nivel del piso, nos hace pensar en depósitos o almacenes domésticos, cuya finalidad no ha sido posible determinar en la excavación.

Por debajo del primer nivel, que excavamos en una mayor extensión debido al interés de las casas, encontramos un segundo tipo de pavimento más arcaico. Consistía en grandes losas de pizarra colocadas horizontalmente. Longitud total del pavimento de pizarra: 319 cm. Medidas de las losas: 32 × 63 cm; 35 × 62; 27 × 77; 43 × 37; 33 × 69. Separación de las losas 4 y 5: 3 cm. Es una piedra que no se da en la geología de los alrededores y debió, por tanto, traerse con esta determinada finalidad.

La técnica de las losas de pizarra empleadas en los pavimentos no es nueva en los poblados protohistóricos de Andalucía, y concretamente de la zona de Huelva. La encontramos ampliamente utilizada en el Cerro Salomón de Riotinto¹⁷ y en El Carambolo¹⁸. Lo reducido del área excavada en profundidad no permitió localizar los muros correspondientes a estos pavimentos de pizarra.

Por debajo de los dos niveles anteriores tampoco encontramos restos de muros, pero sí un pavimento de barro apisonado, que se da en Riotinto y La Colina de los Quemados (Córdoba) en fechas que probablemente son muy próximas¹⁹.

¹⁷ A. Blanco y J. M. Luzón, *op. cit.*, fig. 2; A. Blanco - J. M. Luzón - D. Ruiz Mata, *Panorama tartésico*, pág. 149, lám. VI, también casas pavimentadas con losas de pizarra hay en El Cabezo de la Esperanza, Huelva capital, pág. 151.

¹⁸ J. de M. Carriazo, *op. cit.*, págs. 70 y ss., pág. 78.

¹⁹ A. Blanco - J. M. Luzón - D. Ruiz, *Panorama tartésico*, págs. 149 y ss.

CONCLUSIONES

A lo largo de nuestro estudio sobre la excavación de Aljaraque se han ido apuntando algunas de las principales conclusiones que se desprenden del análisis del material. Por la situación geográfica de esta población podemos deducir que su base económica estaba fundamentada tanto en el mar como en la agricultura y la minería del interior.

Es indudable que el asentamiento primitivo del nivel más bajo estuvo motivado por las riquezas mineras de la región de Tarsis, durante un corto periodo fechable en el siglo VII a.C., como ocurre con el poblado del cerro Salomón de Riotinto. Tenemos que admitir, no obstante, que nuestro conocimiento es mucho mayor en lo referente a la última fase de la vida del poblado que a las etapas iniciales de la colonización, en que el comercio de los metales constituyó la primera razón de ser de estos establecimientos costeros. La excavación extensa del primer nivel, cuya cronología llega hasta el siglo II y posiblemente parte del I a.C., nos lo presenta como un establecimiento pesquero y agrícola con relaciones comerciales, muy limitadas al exterior.

DESCRIPCIÓN DE LA CERÁMICA

Fragmento de superficie

1. Labio vuelto de un plato de barro anaranjado y el interior barnizado de rojo.

2. Borde de un ánfora globular. Barro amarillento con impurezas.

3. Fondo de un plato de barro anaranjado.

4. Borde de un plato de barro amarillento muy depurado. El interior está barnizado de rojo claro.

5. Borde de un plato de barro gris.

6. Borde de un plato de barro gris poco depurado.

7. Fragmento de plato similar al anterior.

8. Pared de un vaso con decoración de bandas rojas. Barro anaranjado.

9. Pared de un vaso de barro anaranjado con decoración de bandas rojas y negras.

10. Borde de un plato de barro amarillento con el interior pintado de negro.
11. Pared de un vaso de barro negruzco.
12. Cuello cóncavo de una olla de barro negruzco.
13. Borde de un ánfora de barro anaranjado.
14. Borde de un vaso de cuello muy abierto. Barro anaranjado.
15. Fragmento de plato de barro gris poco depurado.
16. Pared de un vaso de barro negruzco con el hombro decorado mediante impresiones digitales.
17. Asa de barro anaranjado.
18. Cuello de un vaso de barro negruzco.
19. Cuello de características similares al anterior.
20. Vaso de pared recta y barro negruzco.
21. Vaso de cuello cóncavo y barro gris.
22. Borde de un vaso de barro amarillento, barnizado de rojo por ambas caras.
23. Asa y cuello de un vaso de barro amarillento.
24. Asa y pared de un vaso de barro anaranjado.

Cerámica de superficie en la limpieza de la cuadrícula 6-A

25. Cuello de ánfora de barro anaranjado.
26. Borde una olla de barro amarillento.
27. Plato de barro amarillento muy depurado con el interior barnizado de rojo.
28. Cuello de un vaso de barro gris.
29. Borde de un plato de barro gris.
30. Borde de plato de barro gris muy depurado.
31. Cuello cóncavo de un vaso de barro negruzco con el interior bruñido.
32. Pared y cuello de un vaso de barro amarillento.
33. Cuenco de barro negruzco.
34. Vaso de cuello corto y cóncavo. Barro con muchas impurezas.
35. Plato de barro gris muy depurado.
37. Pared de un barro gris, decorada con una banda roja.
38. Fondo de plato de barro gris muy poco depurado.

Cerámica de superficie en la limpieza de la cuadrícula 7-A

39. Asa de barro amarillento.
40. Asa geminada de barro anaranjado. La pared decorada mediante una banda negra y otra roja.
41. Borde vuelto de un plato barnizado de rojo.
42. Borde de plato de barro gris muy depurado.
43. Borde de plato de características similares al anterior.
44. Pared de un vaso de barro gris decorada con bandas negras bruñidas.
45. Cuello de un vaso de barro amarillento con hombro en arista.
46. Pared de un vaso de barro anaranjado decorada con una banda negra muy bruñida.
47. Asa de barro amarillento.
48. Fondo de un vaso de barro amarillento.
49. Fondo de un ánfora de barro anaranjado.

Descripción de los fragmentos del estrato 1

50. Vaso de cuello cóncavo en barro anaranjado.
51. Borde de plato de barro gris muy depurado por ambas caras.
52. Cuerpo de un vaso de barro amarillento con muchas impurezas, decorado con una serie de surcos.
53. Borde de un vaso de barro negruzco con muchas impurezas.
54. Borde de un plato de barro gris bruñido por ambas caras. La parte externa del borde está decorada mediante impresiones digitales.
55. Borde de plato de barro gris muy depurado.
56. Borde de plato de barro amarillento con el interior pintado de rojo.
57. Borde de plato de barro negruzco bruñido por ambas caras.
58. Pared de un vaso de barro amarillento decorado por una serie de bandas de color rojo.
59. Fondo de vaso de barro gris.
60. Pared de vaso de barro gris decorado con bandas negras.

61. Fondo de un vaso de barro gris decorado con bandas negras.
62. Borde de plato de barro gris bruñido por ambas caras.
63. Borde vuelto de un vaso de barro amarillento.
64. Fragmento de pared de un vaso de barro amarillento decorado con una banda negra.
65. Fondo de un vaso de barro amarillento.
66. Borde de un plato de barro gris muy depurado.
67. Fondo de un vaso de barro negruzco.
68. Asa de barro anaranjado.
69. Borde un vaso de barro amarillento.
70. Fragmento de pared de un vaso de barro amarillento decorado con una banda negra.
71. Asa de un ánfora de barro anaranjado.
72. Fondo de un vaso de barro amarillento.
73. Borde de un vaso de barro anaranjado.
74. Cuello cóncavo de un vaso de barro anaranjado.
75. Cuello corto y recto de un vaso de barro negruzco.
76. Borde de un plato de barro anaranjado.
77. Cuello de un vaso de barro amarillento con el borde decorado en su parte externa con una banda roja y otra negra.
78. Cuello de un vaso de barro anaranjado decorado en su exterior con una banda ancha roja y otra estrecha negra.
79. Pared de un vaso de barro amarillento muy depurado, con decoración de pintura roja y negra muy bruñida.
80. Fragmento de pared de un vaso de barro amarillento decorado con una banda negra.
81. Pared de un vaso de barro claro con impurezas, decorado con bandas rojas y negra.
82. Fragmento de plato de barro gris poco depurado.
83. Borde de plato de barro anaranjado.
84. Pared de un vaso de barro amarillento, decorado con una banda roja horizontal y tres verticales.
85. Pared de un vaso de barro anaranjado, decorada con rombos de color rojo.
86. Pared de un vaso de barro gris decorada con una banda negra.
87. Fondo de plato de barro gris poco depurado.

Descripción de los fragmentos del estrato 2

88. Asa de áncora de barro claro.
89. Vaso de cuello corto en barro gris.
90. Borde de ánfora de barro amarillento.
91. Fondo de un ánfora de barro claro.
92. Cuello cóncavo de un vaso de barro amarillento.
93. Pared de un vaso de barro gris decorado con bandas negras.
94. Pared de un vaso de barro amarillento decorado con bandas rojas.
95. Plato de barro gris. El exterior está poco depurado y el interior muy bruñido.
96. Plato de barro amarillento muy depurado. El interior barnizado de rojo.
97. Plato de barro gris muy depurado.
98. Plato de barro anaranjado.
99. Fondo de plato de barro gris.
100. Cuello de un vaso de barro negruzco.
101. Pared de un vaso de barro amarillento decorada con una banda negra.
102. Pared de un vaso de barro anaranjado decorada con bandas rojas.
103. Plato de barro amarillento muy depurado decorado con bandas negras muy bruñidas.
104. Plato de barro amarillento con el interior barnizado de rojo.
105. Plato de barro anaranjado barnizado de rojo.
106. Pared de un vaso de barro claro decorada con bandas rojas.
107. Pared de un vaso de barro anaranjado decorada con bandas rojas bruñidas.
108. Pared de un vaso de características similares al anterior.
109. Pared de un vaso de barro anaranjado decorada con bandas rojas oscuras.
110. Cuello de un vaso de barro gris.
111. Cuello de un vaso de barro negruzco.
112. Borde de un plato de barro gris, bruñido en su cara externa.

113. Borde de un plato de barro amarillento muy depurado.
114. Borde corto y vuelto de un plato de barro amarillento.
115. Borde de un plato de barro gris bruñado en su cara externa.
116. Borde vuelto de un plato de barro gris bruñado en su exterior.
117. Fondo de un plato de barro gris.
118. Borde de un plato de barro gris bruñado por ambas caras.
119. Borde de un plato de barro gris.
120. Borde de un plato de barro amarillento.
121. Asa de barro amarillento.
122. Cuello de un vaso de barro amarillento.
123. Fondo plano de un vaso de barro negruzco.

Descripción de los fragmentos del estrato 3

124. Borde de un plato de barro gris muy depurado. El exterior del borde está decorado mediante impresiones digitales.
125. Borde de un plato de barro castaño bruñado.
126. Borde de un vaso de barro negruzco.
127. Platito de barro castaño bruñado.
128. Borde de un plato de barro gris poco depurado.
129. Fondo plano de un vaso de barro negruzco con impurezas.
130. Pared de un vaso de barro amarillento decorada con bandas rojas.
131. Pared de un vaso decorada con bandas rojas.
132. Fragmento de pared y arranque del cuello de un vaso de barro anaranjado.
133. Fragmento de pared de un vaso decorada con dos bandas negras.
134. Fragmento de pared de un vaso de barro castaño decorada con dos bandas negras.
135. Fragmento de pared de un vaso de barro amarillento decorada con una banda roja.
136. Fragmento de pared de un vaso de características similares al anterior.

137. Fragmento de pared de un vaso de barro amarillento decorada con una banda negra.

138. Cuello y borde de un vaso de barro amarillento. El cuello está dividido en dos por un boquetón en su parte central.

139. Fragmento de cuello de un vaso de características similares al anterior.

140. Pared de un vaso de barro anaranjado decorada mediante bandas rojas bruñidas.

141. Pared de un vaso de características similares al anterior.

142. Cuello cóncavo de un vaso de barro amarillento.

143. Cuello de un vaso de características similares al anterior.

144. Borde de un plato de barro amarillento muy depurado el interior, está decorado de pintura roja muy brillante.

145. Fondo de un vaso de fondo anaranjado.

146. Pared de un vaso de barro amarillento decorada con una banda muy ancha de color rojo.

147. Pared de un vaso de barro anaranjado decorada con bandas rojas.

148. Pared de un plato de barro anaranjado. El interior está decorado mediante bandas estrechas rojas muy bruñidas.

Espada siria en un guerrero de Obulco (Jaén)

LAS ESCULTURAS DE OBULCO

Últimamente hemos realizado diversos estudios sobre el armamento prerromano peninsular, que cristalizaron en cuatro trabajos¹. Uno de los temas a analizar ha sido el del armamento reflejado en la plástica y más concretamente en la escultura. Fue obligado, a este respecto, manejar el magnífico conjunto escultórico hallado en Cerrillo Blanco, Porcuna, la antigua Obulco, ya tratado en varios aspectos por otros autores y por nosotros². Constituyen una fuente fundamental para llegar al conocimiento del armamento de los indígenas hispanos, conjuntamente

¹ J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert, «Análisis del armamento de la escultura ibérica de Porcuna (Jaén, España)», *Congreso de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, Maguncia*, (1987); *Íd.*, «Estudio del armamento prerromano en la Península Ibérica a través de las fuentes y de las representaciones plásticas», *HA*, 14 (1990), págs. 91-115; M. P. García-Gelabert, *Estudio del armamento prerromano peninsular a través de los textos clásicos: Espacio, Tiempo y Forma*, 2, II (1989), págs. 69-80; *Íd.*, *Estudio del armamento prerromano peninsular a través de la escultura y la pintura: Homenaje al profesor José María Blázquez*, Madrid, 1990.

² Cfr. entre otros, A. Blanco, «Las esculturas de Porcuna I. Estatuas de guerreros», *BRAH*, 185 (1988), págs. 1-27; *Íd.*, «Las esculturas de Porcuna II. Animalia», *ibidem*, págs. 205-34; J. M. Blázquez - J. González Navarrete, «The phokaian sculpture of Obulco in Southern Spain», *AJA*, 89 (1985), págs. 61-69; *Íd.*, *Arte griego en España. Las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén)*, Jaén, 1987.



Escultura de Obulco (Porcuna, Jaén). Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

con los demás elementos plásticos y con los datos aportados por la arqueología y por los textos clásicos.

Los guerreros de Obulco, aunque tratados individualmente, parecen formar parte de un conjunto con una no conocida unidad de acción, tal vez la conmemoración de una gesta, una lucha mítica, etc. El estado fragmentado, quizá intencionadamente, de las esculturas no permite una reconstrucción cierta de la composición.

Durante el análisis pudimos comprobar que los guerreros portan un limitado armamento ofensivo, que es reflejo cabal del empleado por los hispanos antes del dominio de la Península por Roma. Se representa la lanza, la falcata ibérica y la espada corta de la Meseta, acompañada ésta, a veces, de un pequeño puñal. A los efectos de este trabajo nos remitimos únicamente a las espadas. Son dos las representadas, dos ejemplares magníficamente modelados. Una es un claro modelo de espada de frontón en su vaina, que es llevada al cinto por un jinete. Éste se halla delante de su caballo, en actitud de acabar de desmontar³. La segunda pertenece a un guerrero herido atravesado por una lanza⁴. Esta escultura se encuentra, como todas las de Obulco, muy deteriorada. Sólo queda el torso, la cabeza, parte del brazo izquierdo y el arranque del derecho. Va vestido con un peto de piel sujeto con una ancha correa. Bajo el peto lleva el guerrero una túnica, probablemente corta, muy usual entre los iberos, con escote en V por delante y por detrás y mangas cortas. Sobre el hombro derecho pasa una correa que sujeta la vaina, que contiene una espada, que es a la que nos vamos a referir enseguida. Rodea la cintura con un cinturón cerrado por una gran hebilla. La cabeza esta ceñida por una cinta, al igual que algunos exvotos de guerreros de Despeñaperros, de ella se suelta un mechón de pelo rizado, sobre la oreja izquierda. El guerrero está herido, atravesado por una lanza, probablemente desde la parte derecha del cuello y aparece por el homoplato izquierdo. La punta es de nervio central grueso. La escultura, por sus características, perteneció a un grupo de combate, en el que intervendrían varios combatientes individuales.

³ J. González Navarrete, *Esculturas ibéricas de Cerrillo Blanco*, cit., páginas 47-52.

⁴ *Ibidem*, págs. 67-70.

De la espada esculpida sobre el guerrero herido se conserva el puño, el pomo y la mitad de la vaina. Es el puño redondeado y el pomo de forma acorazonada, muy peculiar. J. González Navarrete lo describe así: «... una espada de la que se aprecia un puño redondo y el pomo de forma arriñonada»⁵. Su catalogación nos fue difícil y no hallamos paralelos en el ámbito peninsular, ni revisando materiales arqueológicos, principalmente provenientes de necrópolis, ni revisando los textos. En nuestros escritos⁶ describíamos la pieza como lo hacemos ahora, excepto en uno⁷, en el que indicábamos la posibilidad de que el pomo, tan complicado para encasillar, pudiera ser el resultado de la esquematización de un pomo de antenas atrofiadas, por la licencia del escultor, que por otro lado es tan fiel a la realidad. Esta hipótesis se apoyaba en que gran parte del armamento defensivo y ofensivo y los adornos, reproducidos en las esculturas de Obulco, son características de las tribus de la Meseta, con lo cual entraba dentro de la norma que la espada representada pudiera ser del tipo de antenas atrofiadas, usado por los guerreros de las tribus del centro⁸. A. Blanco al tratar de esta espada escribe: «A la cintura, pendiente de un tahalí, lleva una espada grande, provista de dos anillas en la vaina. El pomo tiene forma arriñonada, que no se explica si no es interpretándola como una simplificación de los botones de unas antenas»⁹.

No es descartable absolutamente la hipótesis expuesta por A. Blanco y por nosotros. Pero a ella se ha añadido recientemente un argumento muy vigoroso en favor del exotismo del arma de Porcuna con respecto a las armas tradicionales de vettones, arévacos, pelendones, etc. Durante un viaje de estudios a

⁵ *Ibidem*, pág. 68.

⁶ Véase nota 1.

⁷ J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert, *Estudio del armamento prerromano en la Península Ibérica a través de la arqueología y de las representaciones plásticas*, nota 113.

⁸ Véase nota 1. También H. Sandars, *The weapons of the iberians*, vol. LXIV, Oxford University Press, 1913; W. Schüle, «Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinseln», *Madridrer Forschungen*, 3, (1969).

⁹ *Las esculturas de Porcuna I. Estatuas de guerreros*, cit., pág. 441.

Siria visitamos el museo de Aleppo. En uno de sus patios encontramos una estatua sedente masculina, posiblemente de un príncipe de Herfad, hallada accidentalmente en Ain-el-Tell, al norte de Aleppo, fechada en el siglo IX a.C. El príncipe llevaba, colgada de un tahalí, una espada, de puño redondeado y pomo muy similar al de la espada del guerrero de Obulco. Asimismo flanqueando la entrada al museo, se hallan dos grandes esculturas, una de las cuales lleva la misma espada, aunque menos precisa por la calidad de la talla. Las esculturas pertenecen a guerreros relevantes, a príncipes de Tell-Halaf.

Es importante constatar cómo en el ambiente de Tell-Halaf y Ain-el-Teil se aprecian claramente influencias neohititas y asirias y una estrecha relación con los círculos sirio-fenicios, sobre todo en el siglo VIII a.C.¹⁰.

Si las influencias fenicias en Siria son muy fuertes, no lo fueron menos en España¹¹. Aquí se puede confirmar fácilmente la importancia de sus actividades culturales y comerciales. La presencia fenicia se concreta a través del comercio o de colonias de comerciantes en función de las minas en todo el sur de la Península. Lógicamente los influjos orientales a través de los propios indígenas o portados por los mismos fenicios habrían de llegar a Oretania y Bastetania, regiones muy ricas en minas. Su presencia no significó sólo el impulso de un desarrollo comercial, sino la formación en el mundo indígena peninsular de una cultura orientalizante, como consecuencia de un proceso de aculturación iniciado desde los primeros momentos y que fue desarrollándose durante todo el siglo VII a.C. Esto significa la aceptación de rasgos culturales orientales en los aspectos materiales, económicos, sociales y espirituales.

El pomo de la espada del guerrero herido de Obulco a la vista de los paralelos expresados, creemos, no con seguridad absoluta, aunque hay fuertes evidencias, que es un testimonio más de la penetración fenicia o de sus influencias en el alto Guadalquivir. Testimonio como pueda serlo un *thymiaterion* de un tipo documentado en el Museo de Israel en Jerusalén y en la Walters

¹⁰ E. Akurgal, *Orient et Occident*, París, 1966, págs. 112-24. También P. Amiet, *Art of the ancient near east*, Nueva York, 1980, *passim*.

¹¹ J. M. Blázquez, «La colonización fenicia en la alta Andalucía (Oretania), siglos VIII-VI a.C.», *RSF*, 14 (1986), págs. 53-80.

Art Gallery de Baltimore, hallado en Cástulo, Jaén¹². O las varias imágenes de la diosa Astarté localizadas en la misma ciudad oretana¹³. O las cerámicas de pintura blanca sobre fondo rojo, que posiblemente son imitaciones de telas preciosas, aquellas telas que el profeta Ezequiel (27,4) nombra como principal producto del comercio sirio¹⁴.

La influencia fenicia se valora en el mismo conjunto escultórico de Porcuna. Uno de los grupos representa la lucha de un varón con un grifo, tema bien conocido en los vasos de Kersch y en Hispania¹⁵. El grifo fue introducido en Occidente por los fenicios (anillos de Huelva y peine de Carmona). También pudieron traer los fenicios mismos, o quizá los griegos, el mito de los grifos que defendían contra los arimaspos, pueblo del norte de Escitia, en el sur de Rusia, el oro de la tierra. Es probable que un mito parecido, como insinúa A. Blanco, existiera en Oretania, traído por los pueblos colonizadores. Aristeas de Proconeso (650-600 a.C.) fue el primer autor griego que cantó esta lucha, que después fue celebrada por Esquilo, Píndaro, Hecateo, Heródoto, Helánico y otros, pero en los vasos de Kersch este tema al parecer es ya simplemente decorativo¹⁶.

¹² J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1976, págs. 263 y ss., con el catálogo de todas las piezas halladas en la Península; *Id.*, *Arte de la Edad de los Metales. Arte orientalizante, fenicio y cartagines: Historia del arte hispánico I*, Madrid, 1978, págs. 217 y ss.; *Id.*, *Primitivas religiones ibéricas II. Religiones prerromanas*, Madrid, 1983, págs. 66 y ss.; W. Culican, *Phoenician Incense Stands, Oriental Studies presented to B. S. J. Isserlin*, Leiden, 1980, págs. 85 y ss.; V. Karageorghis, *Two Cypriote Sanctuaries of the End of Cypro-Archaic Period*, Roma, 1971, págs. 39 y ss.

¹³ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, págs. 110 y ss.; *Id.*, *Arte orientalizante, fenicio y cartagines*, págs. 204 y ss., *Id.*, *Primitivas religiones ibéricas II. Religiones prerromanas*, págs. 37 y ss.

¹⁴ Sobre las cerámicas pintadas, cfr. P. Cabrera, «La cerámica pintada de Huelva», *HA*, 5 (1981), págs. 317 y ss.; M. Pellicer «Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas», *Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969, págs. 290 y ss., J. Remesal, «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *AEspA*, 48 (1975), págs. 3 y ss.

¹⁵ Lucha de varón con el grifo, en J. González Navarrete, *Escultura ibérica de Cerrillo Blanco*, cit., págs. 139-46. Vasos con gripomaquia en Orleil (Castellón): A. Lázaro y otros, *Materiales de la necrópolis ibérica de Orleil (Vall d'Uxó, Castellón)*, Valencia, 1981, págs. 59 y ss., figs. 16-17, láms. X, XII.

¹⁶ K. Schauenburg, «Arimaspen in Unteritalien», *Revue Archéologique*, 2 (1982), págs. 249 y ss.; M. Montserrat, «La iconografía del grifo en la Península Ibérica», *Pyrenae*, 9, (1973), págs. 7 y ss.

Bronces de la Mérida prerromana de influjo fenicio

Mérida, cuyo bimilenario hemos celebrado recientemente, ha dado, de época prerromana, varios bronce y vasos en cerámica de gran importancia científica. Aunque examinados repetidas veces, es posible aún analizarlos nuevamente desde nuevos puntos de vista. Estos bronce son: el carro hoy conservado en el Museo francés de Saint-Germain-en-Laye y el jarro con cabeza de ciervo de la Colección Calzadilla, de Badajoz; a los que se puede añadir, para ampliar un poco más el horizonte de estas piezas, el carro votivo de Cabeza de Buey, hoy ya destruido casi totalmente, según me comunica amablemente el señor Álvarez y Sáenz de Buruaga, Director del Museo Arqueológico de Mérida y el llamado Guerrero de Medina de las Torres (Badajoz), guardado en el Museo Británico de Londres. El vaso cerámico es el Kernos que exhibe entre sus magníficas colecciones el Museo Arqueológico de Mérida. El carro de Mérida ha merecido dos largos estudios. El primero se debe al arqueólogo de Estrasburgo R. Fortet y se publicó en 1932¹. El trabajo del sabio galo es muy largo y completo; el estudio de la pieza hispana le proporcionó tema para examinar los carros prehistóricos y su supervivencia en época histórica. El segundo se debe a nosotros y apareció en 1955². El carro de Mérida consta de cuatro ruedas

¹ *Préhistoire*, 1, 1932, págs. 19 y ss.

² J. M. Blázquez, *Zephyrus*, 6, 1955, págs. 41y ss., con toda la bibliografía anterior. Sobre estos dos carros extremeños y el tipo de ruedas representadas

radiadas, de seis radios con largas mazas. Sobre la caja marcha un jinete, acompañado de su perro, en persecución de un jabalí. Una cuarta figura, colocada a la derecha del cazador, no se conserva. En el lado posterior del carro colgaban cinco cencerros, de los que sólo se conservan dos. Otro cuelga del lado inferior del caballo. La longitud del carro es de 28 cm y su peso es de 3900 kilos.

Posiblemente el elemento más significativo para determinar la cronología de la pieza y su posible origen son las ruedas. La forma de las ruedas es típica de los carros prehistóricos. Como ya señalamos en nuestro anterior estudio, el mismo número de radios aparece en un carro representado en la sítila de Watsch, fechada hacia el año 750 a.C.; en varios carros etruscos, datados entre los siglos vi-v a.C., y en uno encontrado en Larnaca (Chipre), que se fecha entre los años 1100 y 1000 a.C. Señalábamos en 1955 el parentesco entre las ruedas de Larnaca y las de Mérida por tener ambas los radios terminados en un disco por el lado interno. Hoy, debido al documentado estudio de Schaeffer³ sobre los carros culturales de Chipre, somos de la opinión de que la caja del carro de Mérida responde a prototipos venidos de la isla, traídos por los fenicios de la isla, que desempeñaron un papel importante en los orígenes de la colonización, lo que intentaremos probar en nuestro trabajo. El número de radios indica ya una cronología en torno al siglo vii o al vi a.C. No somos de la opinión que se pueda bajar esta fecha, ni posiblemente sería científico el subirla, pues en la época prehistórica tiene preponderancia la rueda de cuatro radios, representada en los petrogrifos escandinavos de Back y Tanum, en los carros pintados sobre la cerámica geométrica y en un gran número de piezas votivas, como las de Duplaj. Thundholm, Milavec, Skallerup, Peccatell, Syarrossok, etc. En España tiene

en las extremeñas, cfr. Almagro, *Las estelas decoradas del suroeste peninsular*, Madrid, 1966, págs. 189 y ss. El carro ha sido reproducido multitud de veces, cfr. J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, págs. 99 y ss.; A. Varagnac - R. Deroley, *Les Celtes et les Germains*, París, 1965, pág. 57. J. Moreau, *Die Welt der Kelten*, Stuttgart, 1958, pág. 253, figura 46. Los dos últimos autores la tienen por obra celta; J. Caro Baroja, *España primitiva y romana*, Barcelona, 1957, fig. 167. Varios, *La cultura tartésica y Extremeñadura*, CE 2, Mérida, 1990.

³ C. F. A. Schaeffer, *Syria*, 46, 1969, págs. 267 y ss.

ruedas de cuatro radios el carro votivo de Cabeza de Buey, lo que podía ser un indicio de que su fecha de fabricación es un poco más alta que la del carro de Mérida; precisamente las ruedas de este carro extremeño ofrecen un parentesco notable con las de un carro votivo de bronce procedente de Chipre, con un toro sobre él, fechado, en los últimos años, por C. F. A. Schaeffer⁴ a finales del siglo XIII o comienzos del siglo XII a.C., y con las ruedas de un segundo carro, hallado en Enkomi-Alasia⁵, cuya fecha es, según C. F. A. Schaeffer, el final del siglo XIII o comienzos del siguiente. El mismo tipo de rueda, con cuatro radios igualmente, lleva un tercer carro, encontrado en Athienu (Chipre)⁶, de la misma fecha que el carro de Enkomi. Todos estos carros, al igual que el de Cabeza de Buey, y al contrario del de Mérida, no tenían mazas salientes y la parte central de la rueda, donde va el eje del carro, se ensancha. Rueda de cuatro radios sin maza lleva el carro de Ugarit, representado sobre una pátera de oro fechada entre los años 1450 y 1350 a.C.⁷ Otro elemento común al carro de Cabeza de Buey y a estos carros chipriotas es el anillo para tirar del carro colocado en la parte delantera que llevan los carros de Enkomi, Athiemi, Athienu y el chipriota con un toro sobre él. Todos estos parentescos inducen a admitir que este tipo de rueda, e incluso que este tipo de exvoto, fue traído por los fenicios, que comerciaban con Tartessos, y copiado por las poblaciones indígenas.

En cambio, unas prolongaciones de las mazas hacia fuera, ofrecen los carros representados sobre el cuello de la hidria de Vix, datada a finales del último cuarto del siglo VI a.C., lo que confirma la fecha que se ha dado más arriba para el carro de Mérida. El uso de la gran maza es antiguo, pues aparece ya en Ugarit en un carro con rueda maciza⁸. En general, los carros de

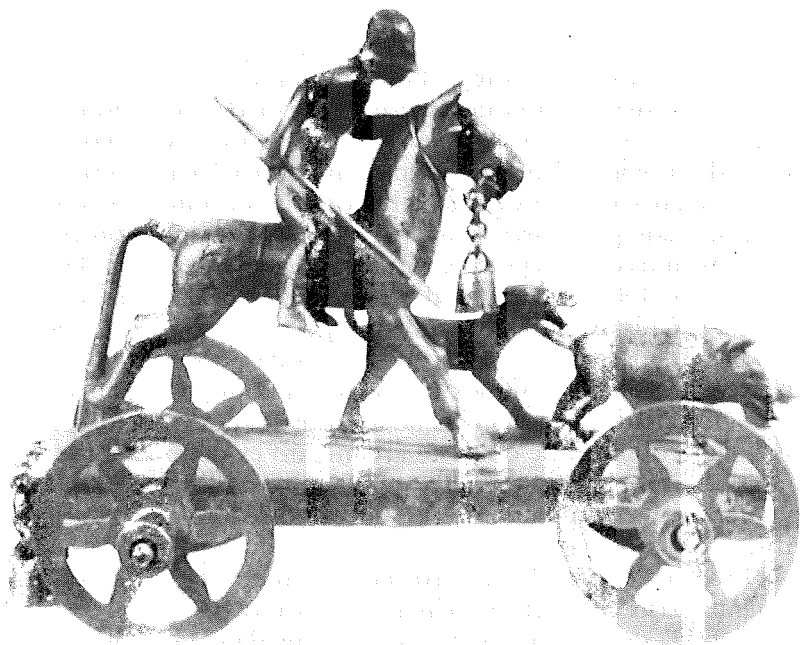
⁴ J. M. Blázquez, *op. cit.*, 42, fig. 7; C. F. A. Schaeffer, *op. cit.*, pág. 276, fig. 3.

⁵ C. F. A. Schaeffer, *op. cit.*, pág. 272, fig. 1, láms. XVIII-XX.

⁶ C. F. A. Schaeffer, *op. cit.*, pág. 276, lám. XXI.

⁷ H. Frankfort, *Arte e architettura dell' Antico Oriente*, Turín, 1956, pág. 176, fig. 235; J. Wiener, *Civilisations anciennes du bassin Méditerranéen, Les Cyclades-Chypre-Malte-La Syrie ancienne*, París, 1968, 171, 195 y ss.; E. Strommenger - M. Hirmer, *Fünf Jahrtausende Mesopotamien*, Munich, 1962, pág. 92, fig. 177.

⁸ H. Frankfort, *op. cit.*, fig. 254; A. Jirku, *Die Welt der Bibel*, Stuttgart, 1957, lám. 47. Este tipo de rueda es frecuente en los carros de guerra del



Carro de Mérida visto de perfil. Cortesía del Museo Saint-Germain.

la protohistoria y de la prehistoria tienen tendencia a mazas muy salientes, como los carros de Trundholm, Judenburg, Bourg-sur-Sprec, Cortaillod, Stade, Burg-in-Sprewald, Milavec, Strettweg, Watsch, los etruscos arcaicos, etc.

El carro de Mérida representa una escena de cacería en la que participan dos perros —uno hoy desaparecido—, un jabalí y un caballo, montado por su jinete. Este tipo de escenas en las que intervienen animales y personas es peculiar de los carros votivos de Chipre, aunque se documenta también en otros de otras regiones, como el hallado en Strettweg. Sobre la caja hay un gran número de hombres a pie y a caballo, ciervos y una gran figura que apoya sobre su cabeza un gran recipiente para implorar la lluvia. Sobre el ejemplar de Enkomi marcha un toro conducido del ramal por el boyero, acompañado de un

periodo arcaico en Chipre. Cfr. V. Karageorghis, *Chypre*, Ginebra, 1968, figura 107.

cuadrúpedo al que un perro muerde en la cola. Un perro acompaña a un descomunal toro, al que un hombre desnudo, según lo exige el ritual, se dispone a sacrificar en otro carro cultural de Chipre, de la misma fecha que los citados⁹. En el carro de Athienu dos bóvidos son seguidos por un boyero. De todo esto parece deducirse que los carros con varias figuras humanas y animalísticas son peculiares de Chipre y de esta isla pudieron venir los prototipos traídos por los semitas en los comienzos de la colonización. Otro elemento del carro de Mérida igualmente apunta a Chipre. La estructura inferior del carro extremeño, con el eje de las ruedas entre gruesas argollas, ofrece un paralelismo notable con la de los carros de Enkomi, Athienu y los otros dos citados procedentes de localidades desconocidas. Somos de la opinión de que este argumento es de mucha fuerza para localizar el posible origen, en este caso chipriota, del carro de Mérida. La estructura inferior del carro de Cabeza de Buey es muy semejante.

Escenas de cacerías son frecuentes en el arte del Próximo Oriente; baste recordar la mencionada pátera de oro de Ugarit, con cacería de toros y gamos en carro, ayudado el cazador por dos perros, tema que se encuentra sobre una caja de marfil de Enkomi¹⁰, fechada entre 1200 y 1150 a.C.; la copa de Olimpia con cacería de leones en carro o a caballo¹¹, obra de un taller fenicio; la misma escena se repite sobre una segunda copa, trabajo también fenicio de Nimrud¹². Composiciones semejantes se hallan en un relieve de Sa-Kçegözü, fechado entre los años 730 y 700 a.C.¹³. Todos estos ejemplos parecen indicar que quizá el mismo tema del carro de Mérida sea de procedencia oriental, traído por los fenicios. J. Wiemer¹⁴, con ocasión de estudiar la pátera de Olimpia, señala que «la manera de combatir con arco a caballo (en el carro de Mérida el jinete lleva una lanza) ha sido

⁹ C. F. A. Schaeffer, *op. cit.*, pág. 273, fig. 2, lám. XXI.

¹⁰ H. Frankfort, *op. cit.*, 180; J. M. Blázquez, *Acta Mycenaea*, Salamanca, 1972, II, págs. 411 y ss., figs. 3-4.

¹¹ J. Wiesner, *op. cit.*, 197, pág. 199.

¹² H. Frankfort, *op. cit.*, fig. 301.

¹³ E. Akurgal, *Orient und Okzident*, Baden-Baden, 1966, pág. 58, fig. 23 b. También en el ortostato de Malatya, entre 1050 y 850 a.C.; M. Riemschneider, *Le Monde des Hittites*, París, 1955, pág. 232, lám. 52.

¹⁴ *Op. cit.*, págs. 199 y ss.

introducido en el Próximo Oriente a finales del siglo VIII a.C. por la invasión de los primeros pueblos de jinetes, que eran los cimmericos y los escitas, invasión que llegó a Siria. Este motivo, como el de los jinetes que se encuentran sobre copas de metal, prueba que los artistas fenicios no se inspiraban solamente en figuras de tiempos pasados, sino que utilizaban escenas contemporáneas». La caza del jabalí se representa en un relieve del ortostatos de Alaka Hüyük¹⁵, en el que el cazador a pie lleva arco y lanza en su lucha contra el león, ayudado por dos perros, en un segundo relieve¹⁶. Sobre la significación de los dos carros extremeños se han propuesto diversas hipótesis¹⁷: F. Forret era de la opinión de que la composición del carro de Mérida representaba el mito de Meleagro, tesis que no encontramos aceptable, pues a Meleagro siempre se le representa a pie; tampoco juzgamos aceptable la segunda hipótesis del sabio galo: que el carro de Mérida representa al sol desecando las tierras sumergidas o combatiendo los ríos desbordados; el jinete, dios solar, persigue al jabalí, imagen de la lluvia y de la luna. Nosotros aceptábamos que ambos carros extremeños estuvieron dedicados al sol, con un carácter especialmente agrícola por la presencia de los encerros, pues diversos objetos para hacer ruido cuelgan de diferentes carros, como los de Bisencio, Campania, Strettweg, Skallerup, etc. El tema de la caza en carros votivos es desconocido. Quizá podría aludir la composición a algún mito del tipo de la leyenda de la caza, recogida por J. Caro Baroja¹⁸, leyenda que se documenta en muchos pueblos indoeuropeos. Gentes indoeuropeas habían llegado a la ría de Huelva en torno a 800 a.C., que es la fecha propuesta por Hawkes al hallazgo de bronce procedentes del dragado de la ría, fecha que M. Almagro Gorbee sube hasta la mitad del siglo IX a.C.; también podía representar una simple escena de cacería, del tipo de la pintada sobre

¹⁵ A. Blanco, *Arte antiguo del Asia Anterior*, Sevilla, 1972, pág. 315, fig. 165. M. Riemschneider, *op. cit.*, pág. 232, lámina 54; E. Akurgal - M. Hirmer, *Die Kunst der Hettiter*, Munich, 1961, fig. 105.

¹⁶ A. Blanco, *op. cit.*, pág. 315, fig. 166; E. Akurgal - M. Hirmer, *op. cit.*, fig. 95.

¹⁷ J. M. Blázquez, *Wörterbuch der Mythologie*, II, Stuttgart, 1973, pág. 824, *Id.*, *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid, 1973, *passim*.

¹⁸ *Algunos mitos españoles*, Madrid, 1974, págs. 73 y ss.

un vaso de la necrópolis de Archena¹⁹ con escena de caza de jabalí a caballo o sobre la fíbula de Cañete de las Torres (Córdoba)²⁰. El carro de Mérida se ha publicado frecuentemente como obra celta, pero el tipo de jabalí no recuerda nada a sus congéneres celtas, como las piezas de Lichtenstein, siglos III-I a.C.; la de Neuvy-Sullias, siglo I a.C., o el representado en un relieve de Narbona del siglo I^{20a} o sobre el dios jabalí, de Euffigueix, Minet El Beda, cinco de Biblos, tres de Megiddo, una de Gezer, celta.

En cuanto al jinete del carro de Cabeza de Buey, recuerda a jinetes iberos, como al bronce hallado en la Bastida de les Alcuses (Valencia), datado en los siglos VI-V a.C., aunque éste lleva falcata²¹. No somos de la opinión que represente a dios alguno, pues los dioses en actitud de golpear o empuñan en su mano derecha diversos utensilios para golpear, como las imágenes de Baal o Hadad²², procedentes de Ugarit, muy próximas en su actitud, como se dirá más adelante, a la pieza de Medina de las Torres, o el dios representado sobre una estela de la misma procedencia²³, o el dios con cuernos hallado en Enkomi, fechado en el siglo XII a.C.²⁴, van siempre a pie; a veces los dioses de

¹⁹ J. Caro Baroja, *España primitiva y romana*, fig. 152. Sobre el tema de la caza, a la que fueron tan aficionados los hispanos, cfr. A. Blanco, *Rev. de Guimarães*, 74, 1964, págs. 329 y ss. El tema de la caza del jabalí a caballo y con lanza aparece siglos después en las estelas de Lara de los Infantes (Burgos), 1974, págs. 92 y ss., lámina LIII, núms. 115-116; A. García y Bellido, *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid, 1949, págs. 370, 375, núms. 365, 374, pero no debe tener ninguna relación con la composición del carro de Mérida.

²⁰ H. Schubart, *Frühe Ranskulturen des Mittelmeerraumes*, Baden-Baden, 1967, pág. 196.

^{20a} M. J. Mellink y otros, *Frühe Stufen der Kunst*, Berlín, 1974, págs. 338 y ss., figs. 405-406; J. Moreau, *op. cit.*, pág. 255, lámina 68, 20 b.

²¹ H. Schubart, *op. cit.*, págs. 164 y ss.; E. Akurgal - M. Hirmer, *op. cit.*, fig. 105.

²² A. Jirku, *op. cit.*, láms. 42-43. También el dios de la tempestad en un bajorrelieve de Cincirli; M. Riemschneider, *op. cit.*, lám. 48, pág. 231, época sirio-hitita, o el mismo dios en un relieve de Sam'al, datado hacia el año 850; E. Akurgal - M. Hirmer, *op. cit.*, fig. 128. Todos estos dioses llevan un casco con cuernos, distinto del de bronce lusitano.

²³ A. Jirku, *op. cit.*, lám. 50.

²⁴ V. Karageorghis, *op. cit.*, fig. 95; T. Spiteris, *The Art of Cyprus*, Londres, 1970, págs. 76 y ss.; H. W. Catling, *Cypriot Bronzework in the Mycenaean World*,

la tormenta con rayos en las manos marchan sobre un toro, que es su servidor, como en la estela de Dschekke, datada hacia el año 750 a.C.²⁵. A Zeus, en el mundo griego, se le representa también siempre a pie, no sobre un caballo.

El llamado Guerrero de Medina de las Torres (Badajoz) ofrece unos rasgos faciales muy parecidos a los del jinete del carro de Mérida, por lo que bien pueden ser obras del mismo taller, localizado en Lusitania. La figura es de bronce macizo. Representa a un guerrero, que viste túnica muy ceñida, que desciende hasta las rodillas y sin cinturón; cubre su cabeza un ajustado casco liso sin huella de cimera. Las piernas se separan un poco, encontrándose la izquierda un poco adelantada sobre un soporte. Los brazos están extendidos hacia adelante y doblados por el codo. El brazo derecho se eleva hasta la altura del hombro, mientras el izquierdo se dirige hacia adelante. Ambos puños están cerrados. La mano derecha debía sostener una lanza y la izquierda la *caetra* (?) de los iberos, actitud bien documentada en los bronce iberos.

Igualmente, algunos guerreros iberos visten este mismo tipo de túnica y cubren su cabeza con casco, posiblemente de cuero, mencionado por Estrabón (3, 5, 3) como propio de los lusitanos, debajo del cual cuelga el pelo recogido en tirabuzones, todo como en el bronce de Medina de las Torres. Blanco²⁶ es el primero que estudió detenidamente el bronce, lo cree arcaico. Nosotros lo estudiamos²⁷ con posterioridad y éramos de la opinión que respondía a influjos griegos venidos de Samos, lo cual no tenía nada de particular dadas las relaciones comerciales que existían entre Tartesos y la isla, bien patentes en el viaje de Colaio de Samos, en la mitad del siglo VII a.C. y en los peines del tipo de los de Carmona, encontrados en el Heraion de Samos²⁸. En particular comparábamos el bronce lusitano en cuanto al perfil y facciones con un jinete samio fechado hacia el año 520 a.C.; con un corredor datado entre los años 520-500

Oxford, 1964, págs. 255 y ss., lám. 46. Un dios guerrero con casco de cuernos, lanza y escudo, fechado en el Bronce reciente, ha aparecido en Enkomi (V. Karageorghis, *Chypre*, figura 65) sobre un lingote.

²⁵ A. Jirku, *op. cit.*, lám. 95.

²⁶ A. E. A., 77, 1949, págs. 282 y ss.

²⁷ J. M. Blázquez, *Tartessos*, págs. 97 y ss., con toda la bibliografía.

²⁸ J. M. Blázquez, *Tartessos*, 166, figs. 41-42.

a.C.; con un Kouros marchando con idéntica disposición de las piernas, con los brazos también hacia adelante, con las manos cerradas, las facciones llenas, la boca pequeña y cerrada, los ojos almendrados, las cejas separadas y el pelo recogido en trenzas, características que se repiten en la pieza lusitana, y con un bronce procedente del Heraion de Samos, del comienzo del gobierno de Policrates. Esta moda de la túnica ceñida, que desciende hasta la rodilla, también se documenta en los broncees griegos arcaicos. Baste recordar unas figurillas de Hérmes datadas en el tercer cuarto del siglo VI a.C.

Últimamente este bronce ha merecido la atención de los estudiosos. Se trata del bronce hispano más grande y posiblemente el más arcaico, pues por lo menos se remonta a los finales del siglo VI a.C. Nicolini²⁹ le considera el prototipo que después se imitó en los broncees de los santuarios turdetanos. D. Collon³⁰ le cree una representación del dios Hadad. Pertenecería al mismo tipo que algunos estudiados por J. Vorys Canby³¹, quien examina ciertos broncees hititas hallados en el Egeo llamados Resep, Hadad, Baal, Terup o una especie de Proto-Zeus. Este tipo de imágenes es bien conocido en el Próximo Oriente y todas obedecen al mismo canon, que es el que presenta en líneas generales el bronce de Medina de las Torres. Aparecen por vez primera en el Egeo a finales de la Edad del Bronce, y, por la fecha de su aparición, hay que ponerlas en relación con unos prototipos llegados del Próximo Oriente, particularmente de la costa siria. En general, como indica J. V. Canby, las piezas del Egeo están mejor modeladas que sus congéneres del Próximo Oriente, lo que ha motivado que algunos investigadores, como Evans, creen que sólo son copias egeas de prototipos del Próximo Oriente, mientras otros los tienen como importados. Estas figuras plantean el problema de indagar el motivo por el que fueron copiadas frecuentemente por los griegos y a quién representan.

Evans, ya en el año 1901, las tenía por imágenes de culto transportables. En el Próximo Oriente se hallan estas figuras

²⁹ *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*, París, 1969, págs. 32, 108.

³⁰ *Levant*, 4, 1972, págs. 111 y ss.

³¹ *Hesperia*, 37, 1969, pág. 141.

bien documentadas: en Ugarit, Biblos y Megiddo³², J. V. Canby examina detenidamente dos piezas que considera claves: la hallada por Schliemann en Tirinto en 1876 y la encontrada en Nezero, Tesalia, en las cercanías del monte Olimpo. Junto a estas imágenes, sus congéneres de Siria son un tanto deficientes en el modelado. En cambio, se aproximan, por sus rasgos estilísticos y físicos, los ejemplares egeos, mucho más al arte hitita, tal como se caracteriza en algunas de sus creaciones mejor logradas, como las figuras de la llamada «puerta del rey» de la capital del reino hitita, Hattusas, siglo XIV a.C.³³. Las mismas características se encuentran en el arte hitita de todos los lugares y técnicas. Incluso J. V. Canby es de la opinión de que la figura en plata de Nezero es un descendiente directo de la pieza de Dövklek, que puede ser una obra hitita antigua, y ambas figuras importadas en el Egeo. Una cronología muy ajustada es imposible establecer para las dos piezas aparecidas en suelo griego al faltar el contexto arqueológico. J. V. Canby piensa que estas importaciones hititas en suelo griego no se efectuaron por el norte de Siria, pues las figuras hititas están prácticamente ausentes aquí, con excepción de una procedente de Latakijeh, Ugarit, el gran puerto sirio en contacto con los hititas y con el Egeo, y que fue durante los siglos XIV y XIII vasallo de los hititas, ha proporcionado muchos broncees, que representan a un dios golpeando, pero ninguna de ellas es una obra hitita. J. V. Canby piensa en Rodas, donde en Lindos se ha hallado una pieza semejante, como lugar de tránsito hacia el Egeo. D. Collon, con motivo de estudiar el bronce de la *Pomerance Collection*, de Nueva York, que representa al «Smiting God», ha catalogado todas las piezas conocidas de este tipo de broncees, que presentan todas las mismas características: nueve proceden de Ugarit, una de Minet El Beda, cinco de Biblos, tres de Megiddo, una de Gezer, una de Shechen, 16 de Fenicia y Siria, 10 de Anatolia, 17 de distinta procedencia (Lindos, Samos, Patmos, Delos, Egipto, Dodona, Thermon, Micenas, Tirinto, Lituania, Sicilia —el ejemplar hallado en Sciacca—, Idsia y dos piezas de la Península —una de ellas es la de Medina de las Torres—); otros siete

³² J. V. Canby, *op. cit.*, pág. 142, n. 7, con toda la bibliografía.

³³ E. Akurgal - M. Hirmer, *op. cit.*, pág. 114, figs. 64-65. M. Riemschneider, *op. cit.*, pág. 230, lám. 41.

ejemplares se conservan en diversas colecciones. Según D. Collon, el único elemento que caracteriza a todas estas figuras es su postura, pues varían en el estilo y la técnica. Los siete ejemplares bien datados oscilan entre los siglos XIV y XII a.C. Este «Smiting or Weather God» fue muy popular en Siria y cuando era conveniente parece que adquiriría los atributos guerreros. Generalmente se le llama Hadad, pero se carece de documentación que indique que éste era su verdadero nombre. Es muy posible que su postura fuese adoptada por el dios de la tempestad. Generalmente se le representa armado con una doble hacha o maza, y frecuentemente asociado al toro. A menudo lleva un casco puntigudo decorado con cuernos. Su distintivo es un largo rizo de pelo sobre su espalda, exactamente como la pieza de Medina de las Torres, aunque aquí los tirabuzones cuelgan a ambos lados del rostro. El «Smiting God» continúa siendo popular en Siria durante el primer milenio antes de Cristo. Collon cita imágenes de Mastala, Nergal y Chipre, por lo que nada tendría de particular que algunas piezas que le representan llegasen al sur de la Península con el comercio fenicio o se trabajasen acá en talleres orientales.

No hay que descartar de plano que el bronce lusitano represente al dios Hadad y que su iconografía y su culto fueran traídos también por los fenicios desde las costas sirias, al igual que llegaron hasta Pozo Moro mitos y escenas del Próximo Oriente³⁴; otros muchos dioses, elementos de culto y rituales fenicios arraigaron en la religión de la Península Ibérica³⁵. Ya hace muchos años que P. Paris³⁶ daba como representación de Baal un bronce aparecido en la Península. Su mismo tamaño —34 cm— podía ser un indicio de que se trate de una imagen de culto. El hecho de que imágenes parecidas se documenten en todo el Mediterráneo constituye otro indicio a favor de que sea una imagen de culto. La mayoría de los bronces del periodo orientalizante, como las Astartés de Cástulo, Sevilla y El Carambolo, los bronces del Berrueco y el llamado sacerdote de Cádiz, que representa al dios egipcio Ptah, son imágenes de cul-

³⁴ M. Almagro Gorbea, *CAN*, 13, 1975, págs. 671 y ss.

³⁵ J. M. Blázquez, *Tartessos, passim*.

³⁶ G. Nicolini, *op. cit.*, pág. 154.

to³⁷. Una estatuilla de Imhotep, en este tipo divinizado, ha aparecido también en las Islas Baleares³⁸.

El jarro hallado en Mérida, hoy en la Colección Calzadilla, de Badajoz, es un jarro piriforme³⁹, de bronce, cuya altura es de 29,5 cm. Un anillo divide al jarro en dos partes separadas por el centro. La parte superior del vaso termina en una cabeza de ciervo con la boca entreabierta, la lengua fuera y las orejas empinadas. Falta el asa, pero por los restos que quedan de ella estaba dividida en dos. El asa terminaba en dos palmetas situadas en los extremos. La superior es una palmeta de cuenco, que obedece a prototipos fenicios, bien documentados por todo el Mediterráneo. La inferior consta de tres surcos horizontales que la separan del asa, dos volutas con dos diminutas hojas en los extremos y doce pétalos. La Península Ibérica es rica en jarros de bronce con la boca decorada por una cabeza de animal, como el jarro del Museo Lázaro Galdiano, de Madrid, con cabeza de león, que obedece a prototipos etruscos⁴⁰, y el hallado en la ría de Huelva, con cabeza de ciervo sobre el jarro y de caballo en la extremidad superior del asa⁴¹. Culican⁴², al trazar una síntesis de los jarros y cerámicas de este tipo, cree que el origen de estos jarros con cabeza de animal hay que buscarlo probablemente en Fenicia y para ello se apoya en un jarro de engobe rojo con cabeza de toro, del Museo del Louvre, que puede proceder de Fenicia-Chipre, tesis que encontramos muy probable. Culican piensa en talleres fenicios establecidos en Etruria y en Tartesos y que los artesanos fenicios de Tartesos hicieron algunas concesiones al gusto ibérico, bien patentes en la Astarté de Cástulo. Esta moda arraigó en el Egeo, como lo indica el recipiente cicládico en cerámica con cabeza de grifo, hallado en Egina y

³⁷ J. M. Blázquez, *Tartessos, passim*.

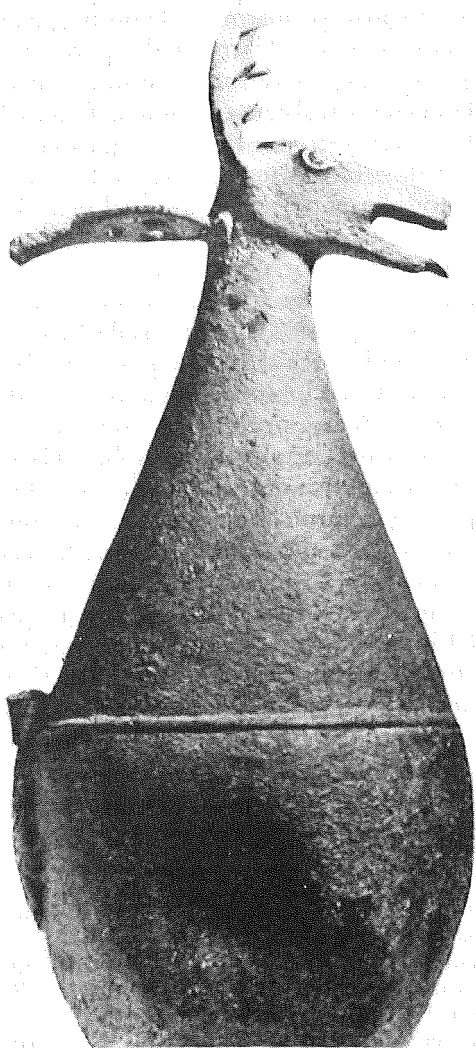
³⁸ G. Rosello - Bordoy - R. Sánchez Cuenca - P. de Montaner Alonso, *Imhotep, hijo de Ptah*, Palma de Mallorca, 1969.

³⁹ J. M. Blázquez, *Tartessos*, págs. 73 y ss.; H. Schubart, *op. cit.*, lám. 23.

⁴⁰ J. M. Blázquez, *Tartessos*, págs. 71 y ss.; E. Kukahn, *Die Griechen und ihre Nachbarn*, Berlín, 1967, pág. 306, figura. 369.

⁴¹ J. M. Blázquez, *Tartessos*, pág. 393, lám. 153; J. P. Garrido - E. M. Orta, *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*, Madrid, 1975, pág. 205, lám. 207; B. Grauzimmermann, «Phönikische Metallkannen in den orientalisierenden Horizonten des Mittelmeerraumes», *MM*, 19, 1978, págs. 161 y ss.

⁴² *Syria*, 45, 1968, págs. 277 y ss.



Jarro de la Colección Calzadilla (Badajoz).

fechado hacia el año 650 a.C. y particularmente en Chipre⁴³. De esta isla proviene probablemente el prototipo que arraigó en la Península Ibérica. Estos jarros con cabeza de ciervo se relacionan con el culto al ciervo, que en la Península a veces parece tener un matiz funerario⁴⁴.

El kernos de Mérida⁴⁵ lleva, sobre un anillo decorado a rayas perpendiculares, dos recipientes, de los que uno casi se ha perdido y una cabeza de ciervo de alto cuello, todo con el mismo motivo decorativo. Al estudiar el kernos en 1968 encontramos los paralelos más próximos en la gran cantidad de kernos hallados en el Heraion de Samos, isla en la que se documentan varios de la misma forma que el de Mérida y donde los kernos van decorados con cabezas de animales. También en Chipre hallamos estos kernos, decorados a bandas, con vasos y prótomos de animales fechados en el Bronce final III C, o sea entre los años 1100-1050 a.C.⁴⁶.

Todas estas piezas prueban la importancia que el emplazamiento de la futura Mérida tuvo ya en los siglos VII y VI a.C. Posiblemente era ya centro agrícola importante y, sobre todo, minero, pues Lusitania tenía yacimientos de estaño superficial y de oro nativo. Los indígenas de esta zona comerciaban en fecha tan temprana con los fenicios asentados en la costa, principalmente en Cádiz. Se desconocen, por el momento, los talleres que produjeron los bronceos. M. Almagro piensa⁴⁷ en Cádiz, lugar en el que ya había fijado A. Blanco en 1953⁴⁸. Posiblemente hubo varios centros productores de bronceos y joyas, de diversas calidad, pues el *thymiaterion* de Huelva⁴⁹, aunque obedece a prototipos fenicios hay conservados en el Museo de Estambul, es de modelo toscos.

⁴³ E. Akurgal, *Orient und Okzident*, págs. 182 y ss.; J. M. Myres, *Handbook of the Cesnola Collection of Antiquities from Cyprus*, Nueva York, 1914, figuras 818-819.

⁴⁴ J. M. Blázquez, *Diccionario de las religiones*, *passim*.

⁴⁵ J. M. Blázquez, *Tartessos*, págs. 75 y ss., fig. 21.

⁴⁶ T. Spiteris, *o. c.*, 82. También J. M. Myres, *o. c.* Igualmente en Megiddo, a comienzos de la Edad del Hierro. Cfr. R. Amiran, *Ancient Pottery of the Holy-land*, 1970, fig. 350.

⁴⁷ *L. Aniversario de la fundación del Laboratorio de Arqueología (1924-1974)*, 1975, 275. J. M. Blázquez, *Goya*, 127, 1975, 10.

⁴⁸ A. Blanco, *AEA*, 26, 1953, págs. 235 y ss.

⁴⁹ J. M. Blázquez, *Tartessos*, lám. 151, 1.

Uno de estos talleres de bronce es muy probable que se encontrara en Lusitania, donde los bronce tartésicos son abundantes, además de los que han sido objeto de este estudio: baste recordar la cierva de la Codosera (Badajoz)⁵⁰, el broche de cinturón de Azugada⁵¹, la cierva de Coruche⁵², la tapadera de *thymiaterion* del Museo de Belem (Lisboa), con toro en la parte superior⁵³; el jarro de Torres Vedras (Portugal)⁵⁴; los bronce que representan cabras del Museo Arqueológico de Cáceres⁵⁵, y de la Colección Calzadilla, de Badajoz⁵⁶, y las joyas de Baião⁵⁷. Lusitania era una zona productora de estaño y oro nativo y nada tiene de particular que hubiera en la región talleres, pues había fundiciones locales, como las aparecidas en Medellín⁵⁸.

⁵⁰ J. M. Blázquez, *Tartessos, passim*. También el oinochoe de Valdegamas, cfr. A. Blanco, *El vaso de Valdegantes (Don Benito, Badajoz) y otros vasos de bronce del mediodía español*, AEA, 26, 1953, págs. 235 y ss.

⁵¹ J. M. Blázquez, *Tartessos*, 91.

⁵² A. García y Bellido, AEA, 31, págs. 153 y ss., fig. 1.

⁵³ A. García y Bellido, AEA, 155, fig. 2.

⁵⁴ J. M. Blázquez, *Tartessos*, 259, fig. 9.

⁵⁵ J. M. Blázquez, AEA, 35, 1962, págs. 128 y ss.

⁵⁶ A. Blanco, MM, 1, 1960, 21, lám. 32.

⁵⁷ J. M. Blázquez, *Tartessos*, págs. 282 y ss. *Íd.*, Goya, págs. 4 y ss., figuras 2 y 4.

⁵⁸ J. M. Blázquez, *Tartessos*, 415.

Marfiles fenicios de Cancho Roano (Badajoz) con el árbol de la vida y sus prototipos

La publicación de la excavación de Cancho Roano (Badajoz), por su excavador, J. Maluquer de Motes¹ dio a conocer unas cantoneras de marfil, que pertenecieron a una arqueta con representaciones incisas del árbol de la vida, formado por hiladas de palmetas de cuenco, o mejor de cepillo, fechadas a final del siglo v o a los comienzos del siguiente. Con el estudio de este tema queremos rendir justo homenaje al P. Pareja, que tanto hizo por propagar los estudios del Oriente en España.

Palmetas de cuenco, o mejor, de cepillo, han aparecido en la Hispania prerromana en varias piezas: en el broche de cinturón de Sanchorreja (Ávila), fechadas en el siglo vi a.C., decorado con doble grifo al lado de una palmeta de cuenco, posible alusión al árbol de la vida², reducido a una simple palmeta. Un suelo adornado con hileras de palmetas de cepillo decoraba una tumba de Galera³. Las palmetas de cuenco se representan por vez primera en Occidente en el cinturón de La Aliseda, formando hileras de palmetas contrapuestas, obra fabricada hacia el año 600 a.C.⁴, probablemente en Cádiz.

¹ J. Maluquer de Motes - M. Aubet, *Andalucía y Extremadura*, Barcelona, 1981, págs. 353, fig. 50.

² J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, págs. 89 y ss., lám. 230, fig. 32.

³ A. García y Bellido, *Ars Hispaniae* I, Madrid, 1947, fig. 219.

⁴ J. M. Blázquez, *op. cit.*, pág. 117, lám. 36; *Íd.*, *Arte de la Edad de los Metales. Arte orientalizante, fenicio y cartaginés, Historia del Arte Hispánico, I. La Antigüedad*,

El tema de las palmetas de cuenco formando el árbol de la vida, cuando se utilizó en Cancho Roano, tenía ya una larga tradición en todo el Mediterráneo y en Mesopotamia, como lo indican las decoraciones, en relieve, en el mango de una cuchara para cosméticos, fabricada en marfil, procedente del área A del estrato VI de Hazor, que fue destruido en torno a 760 a.C.⁵. Otro paralelo, muy próximo también, se repite en las esquinas de un sarcófago hallado en Amathus (Chipre), que perteneció a la antigua Colección Cesnola y que hoy se exhibe en el Metropolitan Museum de Nueva York, fechado entre los años 660-600 a.C.⁶, con la diferencia, con respecto a las piezas de Cancho Roano, de que tallos ovales se intercalan entre las palmetas de cuenco. Chipre ha dado un segundo paralelo de palmetas de cuenco superpuestas en la pintura de un ánfora encontrada en la misma ciudad y fechada entre los años 600-475 a.C.⁷.

Un tercer ejemplo del árbol de la vida, formado por palmetas de cuenco superpuestas, lo ha proporcionado un marfil de Chipre, recogido en la tumba 79 de Salamina, datado en los finales del siglo VII a.C. La palmeta superior es de cepillo, al igual que las de Cancho Roano, la de Sanchorreja y las chipriotas citadas. La segunda de este marfil tiene en el centro unos tallos, que doblan sus puntas hacia el interior⁸. Esta misma decoración se repite varias veces, en una copa de bronce de Curium, Chipre, una vez, y otras tres veces el árbol de la vida hecho con dos palmetas de cepillo superpuestas⁹. Esta última composición decora igualmente un brazalete de oro de Chipre. Con motivo

Madrid, 1978, pág. 222. Palmetas de cuenco superpuestas decoran un marfil grabado de Cruz del Negro (Carmona) (A. García y Bellido, *La Colonización púnica. Historia de España. España protohistórica*, Madrid, 1975, fig. 418). Palmetas de cepillo se hallan en otro marfil del Acebuchal, Carmona (A. García y Bellido, *op. cit.*, fig. 424). Coronan el árbol de la vida en un sello de La Aliseda (J. M. Blázquez, *Tartessos*, págs. 160 y ss., fig. 40) y la parte baja del árbol en una terracota de Ibiza (J. M. Blázquez, «Pinax fenicio con esfinge y árbol sagrado», *Zephyrus*, 7, 1956, págs. 217 y ss.). Se puede, por lo tanto, asegurar que la palmeta de cuenco o cepillo fue usada frecuentemente por los fenicios en la Península Ibérica.

⁵ Y. Yadin, *Hazor*, Londres, 1972, págs. 179 y ss., lám. XXXI b.

⁶ T. Spiteris, *The Art of Cyprus*, Londres, 1970, pág. 166.

⁷ T. Spiteris, *op. cit.*, págs. 164 y ss.

⁸ V. Karageorghis, *Chypre*, Ginebra, 1968, pág. 172, fig. 128.

⁹ H. Frankfort, *Arte e architettura dell' Antico Oriente*, Turín, 1970, pág. 236, fig. 98.

de la publicación de este brazalete observaba H. Frankfort¹⁰: «il braccialetto d'oro può essere assunto a paradigma dei rapporti tra l'arte di Cipro e della Fenicia, perché il motivo della cosiddetta "palmetta cipriota", ripetuto quattro volte è certamente molto commun nell'isole dove figura anche nei capitelli delle colonne di pietra, è tipico degli avori fenici. Esso incornicia infatti i grifoni nel magnifico frammento di Nimrud¹¹ e la figura del dio Horus bambino su un avorio di Samaria; costituisce parte dell'albero sacro in molti altri, per esempio in quello reproducido nella tavola 293¹², e non è meno comune sulle coppe fenicie». (Alude H. Frankfort a la copa ya citada de Curium.)

Efectivamente, las palmetas de cepillo apiladas formando el árbol de la vida es tema muy frecuente en los marfiles de Nimrud, procedentes del Fuerte de Salmanasar. Baste recordar: un panel de marfil, cabecera de una cama, con árboles de la vida en los extremos, logrados con palmetas de cuenco superpuestas y con guerreros y árboles mágicos en el interior¹³; una placa de marfil con esfinges de cabeza de carnero junto al árbol sagrado con palmetas de cuenco¹⁴; una placa con dos faraones junto al árbol de la vida. Una palmeta de cepillo corona el árbol de la vida¹⁵, al igual que en otras varias placas con esfinges criocéfalas¹⁶ y esfinges normales¹⁷.

La misma palmeta de cepillo remata los árboles de la vida

¹⁰ *Op. cit.*, pág. 231, fig. 94.

¹¹ H. Frankfort, *op. cit.*, pág. 231, lám. 296; M. E. L. Mallowan, *Nimrud and its remains*, Londres, 1966, pág. 573, figs. 526-527. El primero formó parte probablemente del tesoro de Sargón, capturado por este rey en el norte de Siria. Se puede fechar en la segunda mitad del siglo VIII. Pero algunas piezas de éstas ya eran antigüedades en tiempos de Sargón (R. D. Barnett, *A catalogue of the Nimrud ivories with other examples of Ancient near Eastern Ivories in the British Museum*, Londres, 1975, págs. 73 y ss., lám. IX.)

¹² H. Frankfort, *op. cit.*, pág. 231, fig. 293. Marfil de Arslan Tash con grifos flanqueando el árbol de la vida.

¹³ M. E. L. Mallowan, *op. cit.*, págs. 485 y ss., fig. 38. Un segundo caso inédito en pág. 494, fig. 390.

¹⁴ M. E. L. Mallowan, *op. cit.*, pág. 542, fig. 467.

¹⁵ M. E. L. Mallowan, *op. cit.*, pág. 548, fig. 481.

¹⁶ M. E. L. Mallowan, *op. cit.*, pág. 548, figs. 483-484.

¹⁷ M. E. L. Mallowan, *op. cit.*, pág. 564, fig. 506. Acusa una fuerte influencia de los estilos sirios y fenicios, pág. 572, fig. 525; pág. 584 y ss., fig. 556.

en la cerámica pintada chipriota: jarro encontrado en Nicosia¹⁸ de la clase Bichrome V; gran crátera de la clase Bichrome IV¹⁹; gran ánfora de la clase Bichrome IV, con toros; al igual que la pieza anterior²⁰; copa de la clase Bichrome IV con ánades y flor de loto en el interior²¹, y ánfora de estilo de Amathunde, 3, con árbol de la vida hecho con palmetas de cuenco superpuestas²².

De particular importancia para el suelo de Galera, decorado con hileras de palmetas de cepillo, es la banda de marfil del Fuerte de Salmanasar de Nimrud, igualmente adornada con hileras superpuestas de palmetas de cepillo²³. Idéntica decoración ocupa toda la parte superior del relieve de alabastro de Arado, fechado en el siglo VIII-VII a.C. con esfinge tumbada en la parte inferior²⁴.

En el resto del Mediterráneo, sometido al influjo fenicio, las palmetas de cepillo están bien atestiguadas, como en la placa de oro hallada en Malta, fechada en el siglo VII a.C. con grifos flanqueando una múltiple palmeta de cepillo²⁵, o en el brazalete de oro de Tharros, en Cerdeña, datado en los siglos VII-VI a.C. con cuatro palmetas de cepillo²⁶; o en una segunda pieza sólo con dos²⁷. El árbol de la vida en un escarabeo de diáspiro verde de la misma procedencia, está coronado por una palmeta de cepillo²⁸. Círculos de palmetas de cepillo²⁹, otras veces compuestas³⁰, cubren varias terracotas de Cartago, que es el mismo tema que se repite en la parte central del cinturón de La Aliseda.

El tema del árbol de la vida en los marfiles de Cancho Roa-

¹⁸ V. Karageorghis - J. des Garniers, *La céramique chypriote de style figuré. Age du Fer (1050-500 av. a.C.)*, Roma, 1974, págs. 134 y ss. Un segundo ejemplar con variante, pág. 199, con flor de loto entre la palmeta y cabras rampantes junto al árbol de la vida. Igualmente, 152 con toros.

¹⁹ V. Karageorghis - J. des Gagnier, *op. cit.*, págs. 155 y ss.

²⁰ V. Karageorghis - J. des Gagnier, *op. cit.*, págs. 157 y ss.

²¹ V. Karageorghis - J. des Gagnier, *op. cit.*, págs. 376.

²² V. Karageorghis - J. des Gagnier, *op. cit.*, págs. 506.

²³ M. E. L. Mallowan, *op. cit.*, fig. 300.

²⁴ F. Barreca, *La civiltà di Cartagine*, Cagliari, 1969, lám. 18.

²⁵ D. Harden, *The Phoenicians*, Londres, 1972, pág. 288, fig. 92.

²⁶ D. Harden, *op. cit.*, pág. 290, fig. 105.

²⁷ S. Moscati, *Cartaginesi*, Milán, 1982, pág. 199.

²⁸ S. Moscati, *op. cit.*, pág. 209.

²⁹ S. Moscati, *op. cit.*, pág. 218.

³⁰ S. Moscati, *op. cit.*, pág. 219.

no, es bien conocido, pues, en el arte semita, tanto del Próximo Oriente, como de las regiones del Mediterráneo, que se encontraban sometidas al impacto semita. Denota la penetración, dentro del interior de la Península Ibérica, de temas religiosos, que los fenicios diseminaron por todo el Mediterráneo. La vía de penetración de esta composición hasta Cancho Roano sería la Vía de la Plata. Este camino está bien documentado por multitud de hallazgos arqueológicos que pertenecen al mismo mundo cultural³¹.

Palmetas de cuenco también se documentan en el arte etrusco, como en el gran pectoral de la Tomba Regolini Galassi³² del siglo VII a.C.; en la lámina de oro y plata de la tumba Barberini fechada en la mitad del siglo VII a.C.³³ y en alguna otra pieza etrusca, como en la sítula de marfil de Sordo, en Caere, datada en el siglo VI a.C.³⁴. Una diadema de oro adornada con palmetas de cuenco ha aparecido también en Peña Negra, en Crevillente (Alicante), en el Levante español.

³¹ J. M. Blázquez, *Tartessos, passim*; *Íd.*, *Los fenicios en la Península Ibérica (1100-final del siglo IV a.C.)*, *historia de España Antigua I. Protohistoria*, Madrid, 1983, págs. 277 y ss.; *Íd.*, *Arte de la Edad de los Metales. Arte orientalizante, fenicio y cartaginés*, págs. 201 y ss.

³² L. Paretti, *La tomba Regolini-Galassi del Museo Gregoriano etrusco, e la Civiltà dell'Italia Centrale nel sec. VII a.C.*, Ciudad de Vaticano, 1947, lám. IX.

³³ G. Q. Giglioli, *L'Arte etrusca*, Milán, 1935, lám. XXVIII 7.

³⁴ L. Banti, *Il mondo degli Etruschi*, Roma, 1960, lám. 27.

³⁵ J. M. Blázquez, *Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España*, *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma 1983, II, Fig. 35.

II. La colonización griega

Los griegos en la Península Ibérica. Siglos VII-V a.C. Analogías con la colonización griega en el mar Negro. Cólquida

La colonización griega en el extremo occidental del Mediterráneo presenta algunas analogías importantes con la del mar Negro y más concretamente con la de la Cólquida, durante los siglos VII-V a.C.

Se ha trabajado mucho en los últimos años en España en excavaciones de necrópolis y de poblaciones de la costa mediterránea y atlántica, que permiten por vez primera hacerse una idea científica de la presencia griega en Occidente y de su impacto en las poblaciones indígenas, con las que los griegos se relacionaron. Hoy día la colonización griega se plantea desde ángulos de vista totalmente diferentes a como se hacía hace veinte años.

El primer problema que tiene planteado el investigador de la colonización griega en Occidente es el de la fecha¹ de sus orí-

¹ A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, Barcelona, 1948. *Historia de España. España Protohistórica*, Madrid, 1952, págs. 495 y ss.; J. P Morel, «Greek Colonisation in Italy and in the West (Problems of Evidence and Interpretation)», *Crossroads of the Mediterranean*, Lovaina, 1984, págs. 123 y ss.; J. Pérez Ballester, *Historia general de España y América. De la protohistórica a la conquista romana*, Madrid, 1987, págs. 93 y ss.; J. M. García Cano, *Historia de España, 2. Colonización y formación de los pueblos prerromanos (1200-218) a.C.*, Madrid, 1989, 168 y ss.; P. Cabrera - R. Olmos, «Die Griechen in Huelva. Zum Stand der Diskussion», *MM* 26, 1985, págs. 61 y ss. Sobre los etruscos en la Península Ibérica: J. Remesal - O. Musso, *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona,

genes. Desde Beloch se viene defendiendo que los fenicios llegaron a Occidente no antes de que lo hicieron los griegos.

Las excavaciones modernas de los últimos veinte años en la costa del sur de la Península Ibérica han demostrado claramente que la colonización fenicia es anterior en varios siglos a la colonización griega. Todavía no se puede demostrar, apoyado en el material arqueológico hallado, que los fenicios llegaron a Occidente hacia el año 1100, fecha de la fundación de Cádiz².

Hoy día se cree que el material fenicio más antiguo encontrado en la Península Ibérica puede remontarse a los finales del siglo IX.

Las cerámicas griegas más arcaicas son fragmentos de vasos

1991; F. Fernández Jurado, «Fenicios y griegos de Huelva», *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, 1986, pág. 562; P. Cabrera Bonet, «Los griegos en Huelva. Los materiales griegos», págs. 575 y ss.; R. Olmos, «Los griegos en Tartessos. Replanteamiento arqueológico-histórico del problema», págs. 584 y ss. A. J. Domínguez Monedero, «Reinterpretación de los testimonios acerca de la presencia griega en el sudeste peninsular y levante en época arcaica», págs. 601 y ss. *Íd.*, «Foceá y sus colonias: a propósito de un reciente coloquio», *Gerión* 3, 1985, págs. 357 y ss.; T. Chapa, *Iberia Graeca 2. Influjo griego en la escultura zoomorfa ibérica*, Madrid, 1986; A. Blanco, «La escultura ibérica. Una interpretación». *Escultura Ibérica. Extra. Revista de Arqueología*, Madrid, 1988, págs. 32 y ss. Insiste el autor en los influjos griegos. Varios, *Grecs et ibères au IV^e siècle avant Jésus-Christ. Commerce et iconographie*, París, 1989; J. M. Juan Gran-Aymerich, «Cerámicas griegas y etruscas de Málaga. Excavaciones de 1980 a 1986». *AEspA* 61, 1988, págs. 201 y ss. R. Olmos, «Los recientes hallazgos griegos de Málaga en su enmarque del sur peninsular (Discusión al estudio de J. Gran Aymerich)», págs. 222 y ss. Sobre los barcos fenicios o griegos que llegaban a Occidente a comienzos del primer milenio: R. Corzo, «Historia del arte en Andalucía», *La Antigüedad*, Sevilla, 1989, págs. 71 y ss.; D. Plácido, «Realidades arcaicas en los viajes míticos a Occidente», *Gerión* 7, 1989, págs. 41 y ss. Sobre la etapa precolonial: Varios, *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico. Atti del convegno*, Roma, 1988.

² A. García y Bellido, *Fenicios y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942, *passim*; H. G. Niemeyer y otros, *Phönizier im Westen*, Maguncia, 1982, véase varios, *Archivo Español de Arqueología* 52, 1979, dedicado a la colonización griega y fenicia y a su impacto en Occidente: E. C. González, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid, 1983; Varios, «Primeras jornadas arqueológicas sobre colonizaciones orientales», *HA* 6, 1982, 3 y ss.; D. Harden, *The Phoenicians*, Londres, 1980, *passim*; S. Moscati, *Il mondo dei Fenici*, Milán, 1966, *passim*; J. M. Blázquez, «Los fenicios en la Península Ibérica (1100-final del siglo IV a.C.)», *Historia de la colonización fenicia en Occidente, Historia de España, España Protobstórica*, Madrid, 1987, págs. 311 y ss.

protocorintios, fechados poco después de 700, que han aparecido en establecimientos fenicios del sur de la Península Ibérica, en Adra (Almería), Almuñécar, la antigua Sexi (Granada) y Toscanos (Málaga). En la ría de Huelva, en la Huelva capital, se ha descubierto un fragmento de una cratera de estilo geométrico, de origen ático, que se puede fechar entre los años 760 y 730 a.C.³ Un fragmento de vaso corintio de esta capital, importante centro minero⁴, se fecha entre los años 600 y 575 a.C.⁵ Un *oinoche* protoático, hoy guardado en el Museo Nacional de Copenhague, que parece proceder de Cádiz⁶, sería de la segunda mitad del siglo VII a.C. Podemos afirmar, por lo tanto, que los primeros productos griegos llegaron a Occidente en barcos fenicios, y que han aparecido en factorías fenicias, o en poblados indígenas directamente relacionados con los asentamientos fenicios.

Se ha supuesto por algunos investigadores, como Hencken⁷ y recientemente por M. Bendala⁸, que los escudos con escotadura en «V», que aparecen en áreas marginales del mundo griego, como Samos y Chipre, y no en Sicilia, ni en el mar Negro, ni en la Magna Grecia, fueron traídos por los griegos en una etapa precolonial, de fecha anterior a la de la verdadera colonización griega en Occidente, que comenzaría con el viaje de Colaios de Samos, en torno al año 630 a.C. En la Península Ibérica ha aparecido algún fragmento de cerámica micénica, tan abundante en Sicilia y en la Magna Grecia. A partir del siglo IX, los conocimientos de navegación de los griegos les permitían llegar a Occidente desde el Mediterráneo⁹; ya Heródoto (4, 152, 3) afirma

³ J. M. Blázquez, *Tartessos*, pág. 169, lám. LXVI.

⁴ M. Belén - M. Fernández Miranda - J. P. Garrido, «Los orígenes de Huelva», *HA* 3, págs. 9 y ss.; J. M. Blázquez y otros, *Huelva arqueológica, La cerámica del Cabezo de S. Pedro*, Huelva, 1970; D. Ruiz Mata - J. M. Blázquez - J. C. Martín, «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva), Campaña de 1978», *HA* 5, 1981, 149 y ss.

⁵ P. Rouillard, «Fragmentos griegos de estilo geométrico y corintio en Huelva», *HA* 3, 1977, págs. 395 y ss.

⁶ J. M. Blázquez, *Tartessos*, lám. LXVIII A.

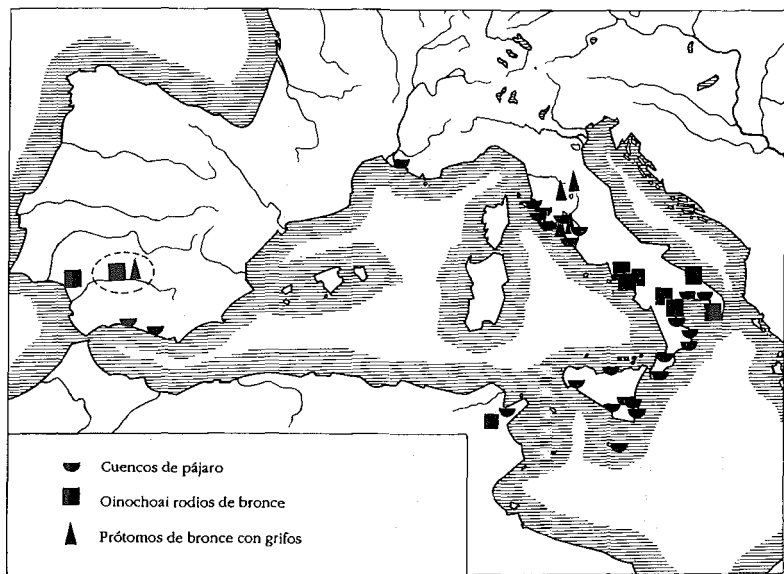
⁷ «Schields of the Herzprung Type. Herzprung Schields and Greek Trade», *AJA* 54, 1950 págs. 259, 295 y ss.

⁸ «En torno al instrumento musical de la estela de Luna (Zaragoza)», *Homenaje al profesor M. Almagro Basch* II, Madrid, 1983, págs. 141 y ss.

⁹ J. Alvar, *La navegación prerromana de la Península Ibérica: Colonizadores e indígenas*, Madrid, 1981, *passim*.

tajantemente que antes de este viaje, Tartesos, o sea el sur de la Península Ibérica, era un mercado totalmente desconocido para los griegos. Por lo tanto, se puede afirmar hoy con seguridad que los griegos descubrieron la Península Ibérica, y comerciaron con ella, a partir de la segunda mitad del siglo VII a.C., cuando los fenicios llevaban ya casi dos siglos, por lo menos, asentados en la Península Ibérica, y que la colonización griega en el occidente del Mediterráneo es casi contemporánea en el tiempo a la del mar Negro. El año 657 es la fecha que tradicionalmente se asigna a la fundación de Histria, la moderna Dobroudja. Las cerámicas griegas están presentes en las costas de la actual Bulgaria y de Turquía desde el siglo VIII. Fasis, en la Cólquida, por el contrario, fue fundada por Thermistagores de Mileto hacia el año 570, que es la fecha de la fundación de Ampurias, en los Pirineos, junto a la frontera entre Hispania y Francia; pero ello puede ser debido a que, como han demostrado las excavaciones de las antiguas repúblicas soviéticas de Adzharie, de Georgia y de Abkhazie, desde el siglo VII se había formado entre el Cáucaso, al norte, y el macizo de Tatos, al sur, un poderoso estado, bien organizado, poblado y fácilmente defendido, el de la Cólquida, que impedía a los griegos asentar sus colonias de una manera sólida en este país. De hecho, toda la parte occidental, el mar Negro y el norte, se poblaron de colonias griegas; Cheronesus, Apollonia, Mesembria, Odesus, Callatis, Tomis, Tyras, Olbia, Borystenes, Theodosia, Phanogoria, etc.; en cambio, la Cólquida sólo tiene a Discurias y a Phasis; mientras en el Ponto se encuentran Trapezus, Gotyora, Amius y Sinope¹⁰. En la Península Ibérica se dio una situación parecida a la de la Cólquida. Desde el siglo IX a.C. se desarrolló en el sur de la Península Ibérica una poderosa monarquía, llamada el reino

¹⁰ P. Faure, *Les colons grecs de la Mer Noire à l'Atlantique au siècle de Pythagore, VI^e siècle avant J. C.*, París, 1878, págs. 53 y ss.; C. Roebuck, *Ionian Trade and Colonization*, Nueva York, 1959, págs. 116 y ss.; B. Dimitrov, «Relations commerciales et politiques des cités grecques sur le litoral de la Thrace antique à l'époque archaïque», *Primer symposium Internacional, Tracia Pontica I*, Sofía, 1982, págs. 301 y ss.; H. Frost, *Stone anchors as Clues to Bronze Age Trade Routes*, págs. 280 y ss.; Varios, *Problems of Greek Colonization of the Northern and Eastern Black Sea Littoral*, Tbilisi, 1979; *The Demographic Situation in the Black Sea Littoral in the Period of the Great Greek Colonization*, Tbilisi, 1981; «II^e Colloque sur l'Histoire ancienne de la Mer Noire», *RA* 2, 1980, págs. 353 y ss.



Distribución de objetos griegos por el Mediterráneo, según B. B. Shepton.

de Tartesos¹¹, muy influenciada por las corrientes orientalizantes, que entonces invadían Siria y Fenicia, Grecia, Etruria y Cartago, de la que conocemos al rey más importante de nombre Argantonio. Es probable que este reino hispano, profundamente semitizado, y lleno de factorías fenicias en la costa mediterránea, no fuera fácilmente asequible a los griegos, como no lo fue tampoco la Cólquida, o que los fenicios tuvieran especial interés en que los griegos no comerciaran con el sur de la Península Ibérica y controlar ellos solos durante mucho tiempo su fabulosa riqueza minera, que exportaban a Cartago, Sicilia, Magna Grecia y por el Egeo.

Este influjo orientalizante, debido al comercio fenicio, invadió toda la costa mediterránea ibera y caló profundamente en el interior del país hasta el Tajo, originando una semitización de todos los pueblos hispanos asentados en esta zona. En el sur

¹¹ J. M. Blázquez, *Tartessos, passim*; F. Presedo, *Historia de la España Antigua I. Protohistoria*, págs. 127 y ss.; F. González de Canales y otros, «Nuevas comas-tas en Tarteso», *Revista de Arqueología*, 12, 1991, págs. 14 y ss.

de la Península Ibérica, según de tradición, los griegos sólo fundaron una colonia, de nombre Mainake, citada por el geógrafo griego contemporáneo de Augusto, Estrabón (3, 4, 2), como la colonia griega creada por los focenses más al occidente del Mediterráneo, colonia que no se ha descubierto hoy día a pesar de encontrarse la costa muy explorada arqueológicamente; por lo que la mayoría de los investigadores son de la opinión de que nunca existió, o lo fue por poco tiempo, o de que se trata del asentamiento fenicio de Toscano¹², excavado por el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, pero que es una factoría fenicia. Volviendo a la teoría de H. Henckel y de M. Bendala, hoy día somos de la opinión¹³ de que los escudos con escotadura en «V» tan abundantes en la Península Ibérica, fueron traídos por los fenicios y que de aquí pasaron al norte del Atlántico (Cornualles y Dinamarca), y no al revés. Se fechan las piezas más antiguas en el siglo IX a.C. La cerámica griega anterior al viaje de Colaios de Samos es muy escasa en la Península Ibérica y aparece en factorías fenicias.

Los griegos estaban interesados en obtener metales en Occidente, que era el distrito más rico, por la cantidad y variedad de metales. Baste recordar un solo texto de Estrabón (3, 2, 8), referente al antiguo reino de Tartesos: «hasta ahora, ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativos se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes». En este aspecto se asemejaba Tartesos a la Cólquida y al Ponto, adonde llegó Jasón con sus argonautas en busca del vellocino de oro. No parece ser que los fenicios o los griegos estuvieran interesados en la Península Ibérica, sino en otros metales. Los fenicios, en la plata, según un texto de Diodoro Sículo (5, 35, 3). En cambio, los griegos parece que buscaban el bronce tartésico, que se exportaría desde el sur, bien en lingotes, bien en planchas, como se deduce de un texto de Pausanias (6, 19, 2-4), referente a sucesos que se pueden datar en torno al año 600 a.C. que dice: «en Olimpia hay un tesoro de los siconios, ofrenda de Mirón, tirano de Sición. Lo ofreció cuando en la olimpiada XXXIII venció

¹² G. Maas-Lindemann y otros, *Toscanos*, Berlín, 1982.

¹³ J. M. Blázquez, «Los escudos con escotadura en 'V' y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica», *Coloquio internacional sobre lenguas y culturas de la Península Ibérica*, Vitoria, 1985.

en la carrera de carros. En el tesoro hay dos cámaras, una de orden jónico y otra dórico. Yo mismo vi que están hechas de bronce y no sé si precisamente tartésico, como afirman los eleos»¹⁴. El hecho importante es que Pausanias admita la posibilidad de que se trate de bronce procedente de Tartesos, que podía muy bien haber sido llevado a Grecia por mercaderes fenicios, como indica el texto citado de Diodoro.

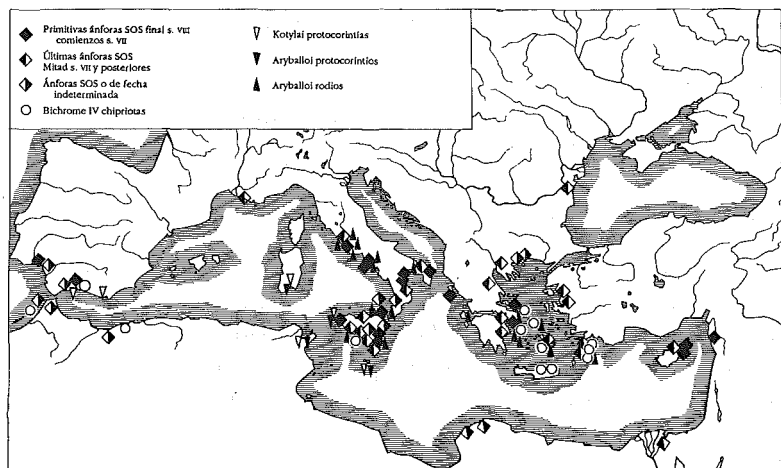
Otros productos que producía el mar Negro y el Bósforo, que pudieron ser un estímulo para la colonización griega en estas tierras, no parece ser que fueron buscados por los focenses en la Península Ibérica, que fueron los griegos que comerciaron con el occidente del Mediterráneo, fundando Marsella en el sur de la Galia en torno a 600, y desde allí al mercado griego de Ampurias.

Cícico fue fundada por vez primera por colonos jonios en el año 756 a.C.; destruida por la invasión de cinmerios dos generacios más tarde, en 676, según la tradición, por Mileto. El gran aliciente de esta fundación eran las salazones de atún, pez representado en sus monedas el eléctrum, desde 550, cuya explotación está documentada en la Península Ibérica, en las cercanías del Puerto de Santa María (Cádiz), a finales del siglo VI, fecha en la que los colonos griegos del Ponto Euxino conocían ya el procedimiento de la conserva del atún; pero en la Península Ibérica en manos cartaginesas, según testimonio de Timeo (Ps. Arist. *De mirab. Aus.* 136), que llevaban las salazones a Cartago, y lo que no consumían en esta ciudad lo exportaban fuera, llegando hasta el mundo griego, donde se citan en el siglo V por el comediógrafo ático Eupolis (FCAI, 186) y por Aristófanes en su comedia *Las Ranas* (474-5)¹⁵. Tampoco los griegos, que comerciaron con Occidente, estaban interesados en la adquisición de madera, que vendía, además de las salazones, Bizancio. Sinope fue famosa también por las pesquerías. Sin embargo, hay una parte del Ponto Euxino, colonizada por los griegos, que

¹⁴ R. Olmos - M. Picazo, «Zum Handel mit griechischen Vasen und Bronzen auf der Iberischen Halbinsel», *MM* 20, 1979, págs. 184 y ss.; A. García y Bellido, «El "Tartéssios Chalkós", y las relaciones del SE con el NO de la Península en la época tartésica», *La minería hispana e iberoamericana. Contribución a su investigación histórica*, León, 1970, págs. 31 y ss.

¹⁵ A. García y Bellido, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, Madrid, 1953, págs. 457 y ss.

ofrece un paralelismo grande con la colonización griega de la Península Ibérica. Es la zona comprendida entre Herakleia y Trapezus. Los colonos griegos de esta costa, no se hicieron mineros, como no lo fueron ni los fenicios ni los griegos que comerciaban con Tartesos en el periodo orientalizante. Las explotaciones de las minas se encontraban en poder de los nativos, tanto en la Península Ibérica como en el Ponto. Los colonos griegos aquí fueron principalmente pescadores, pequeños agricultores y comerciantes, pero los asentamientos griegos en la Península Ibérica, desembocadura de la ría de Huelva, y en Ampurias (Gell. NA 2.22.28), al igual que toda la costa norte de Anatolia, hasta la moderna Georgia, eran ricas en metales esenciales para el mundo griego, como eran el cobre, la plata (plomo argentífero) y el hierro. No hay que olvidar que donde primero se trabajó el hierro fue en el territorio de los Kalibos, según cantó Apollonio en su *Argonautas* (2,1005-1008) y que se admite generalmente que el trabajo del hierro lo fue al sur de Trebizonda, hacia el año 1500 a.C. en un territorio que entonces estaba controlado por los hititas. J. Boardman¹⁶ ha escrito



Distribución de ánforas y otras cerámicas griegas por el Mediterráneo, según B. B. Shepton.

¹⁶ *The Greeks Overseas*, Londres, 1973, págs. 234 y ss., 239.

acertadamente: «Even if these colonies did not necessarily serve to pass oriental bronzes to the Aegean, they would certainly have been well placed to encourage trade in metal with the rich mining areas of northern Asia Minor, Armenia, and the Caucasus... The search for metals had probably inspired the foundations along the southern shores of the Black Sea and the east, where the resources of the Caucasus and of Armenia might be tapped.»

Los focenses en Occidente buscaban metales también, por eso comerciaron en la desembocadura de la ría de Huelva, el distrito minero más rico en el periodo orientalizante, donde ha aparecido numerosa cerámica griega, procedente de Esparta, de Atenas y de las islas del Egeo, de los talleres mejores de cerámica, que se fecha entre los años 630-520 a.C. y que prueban un comercio directo de los focenses en busca de metales, que decayó a finales del siglo VI¹⁷. Los samios que acompañaban a Colaíos, según Heródoto (4, 152, 4), además del diezmo de sus ganancias, obtuvieron seis talentos, unos 155,5 kilogramos de plata, «mandaron hacer una vasija de bronce del tipo de las cráteras argólicas alrededor de la cual hay una cabeza de grifos en relieve. Esa vasija la consagraron en el Heraion sobre un pedestal compuesto por tres colosos de bronce de siete codos, hincados de hinojos». El mismo historiador (4, 152, 3) escribe que «los samios con el producto de su flete, obtuvieron, que nosotros sepamos positivamente, muchos más beneficios que cualquier otro griego (después, eso sí, del egineta Sostrato, hijo de Laodamante, pues con este último no puede rivalizar nadie)». De este personaje no se sabe nada más, pero debió visitar Tartesos, en busca de metales en la misma época o poco después de Colaíos. Egina, en época arcaica, se caracterizó por su actividad comercial¹⁸. Incluso se ha pensado que la moneda de Egina, al igual que la de las ciudades griegas de Sicilia y de la Magna Grecia¹⁹, se acuñó con plata tartésica.

Otros griegos también llegaron a Occidente en época in-

¹⁷ J. Fernández Jurado, *La presencia griega arcaica en Huelva. Monografías Arqueológicas. Colección Excavaciones en Huelva*, 1, 1984.

¹⁸ A. Andrews, «Athens and Aegina 510-480 B.C.», *ABSA*, 1938, págs. 1 y ss.

¹⁹ J. Boardman, *op. cit.*, pág. 194.

cierta, pero probablemente durante la etapa de la gran colonización, como Midacrito, que según Plinio (7, 1987) fue el primero que trajo plomo de las islas Casitérides. Los focenses estuvieron en excelentes relaciones con el monarca tartésico Argantonio, como lo afirma tajantemente Heródoto (1, 163, 2), pero según indicación del historiador griego en este párrafo, los griegos no tenían ningún interés en establecerse en Tartesos; es decir, no buscaban en Occidente tierras donde establecerse, como en otras partes, Sicilia, la Magna Grecia, Tracia, el Quersoneso Tracio o la Propontide²⁰, y sólo aceptaron de Argantonio una gran cantidad de dinero que les permitió rodear su ciudad en Jonia con un muro de bloques de piedra grandes y bien ensamblados. No hay que olvidar que las minas de zinc, de plomo y plata de Laurión, en el Ática, fueron redescubiertas y puestas en explotación en época de los Pisistrátidas, a mediados del siglo VI²¹.

Sin embargo, a pesar de estas excelentes relaciones de focenses con la monarquía tartésica y de la numerosa cerámica griega de la ría de Huelva, que indica un comercio directo con este distrito minero, y no con el resto de la Península Ibérica, hay que reconocer que durante los siglos de la gran colonización griega VII-VI, el impacto griego en los pueblos del sur y del levante de la Península Ibérica fue muy escaso; al revés de lo que debió suceder entre los pueblos indígenas del mar Negro, ya que en estos siglos el impacto fenicio en Occidente fue muy profundo, y en las riberas del Ponto Euxino sólo hubo influencia griega.

A influjo fenicio, y no griego, se deben en Hispania la introducción del hierro, del torno del alfarero y de la pintura de los vasos; de la escritura, de técnicas nuevas para extraer minerales, del granulado, en el que los habitantes de la Colquida y los escitas descollaron tanto, pero desde el punto de vista artístico la Colquida no dependía fundamentalmente de Grecia, sino de Media y de Armenia; técnicas de construcción de templos y de viviendas; el trabajo del marfil; la introducción también del mosaico de guijarros, del aceite y del vino, de la gallina, y pro-

²⁰ C. Roebuck, *op. cit.*, págs. 105 y ss.

²¹ J. F. Hearly, *Minig and Metallurgy in the Greek and Roman World*, Londres, 1978, págs. 103 y ss.

bablemente de la púrpura; de técnicas guerreras, como el ariete, del carro de guerra y del escudo; de un tipo de vestido que presupone el uso de la fíbula; del empleo de lámparas de luz, de aromas de quemar, etc.²².

De origen griego son los cascos corintios de la ría de Huelva, siglo VI a.C., y de Jerez (Cádiz), de comienzos del siglo VII, que serían regalos a los jefes militares de los tartesios. Mediante ellos, los iberos conocieron el armamento de los griegos. Una coraza griega es posible que esté representada en una estela de Ategua (Córdoba). Un casco griego que no se inventa antes del 700 está representado en un marfil de Carmona (Sevilla), fechado hacia el año 600. Otro material griego que trajeron es el prótomo de grifo de un caldero del Este de comienzos del siglo VI y otros vasos de broche. El asa de un *oinochoe* rodio, hallado en Granada, se fecha hacia el 600 también. El impacto griego en la estructura política y social se desconoce totalmente. En la religión (templos, dioses, rituales, funerarios), el influjo fenicio fue profundo²³. Los animales fantásticos, como grifos, esfinges, etc., los trajeron al Occidente los fenicios. El griego no se rastrea fácilmente.

En el periodo orientalizante no existe escultura en la Península Ibérica. No se conoce hasta el momento presente ninguna estela, del tipo de la de Anaxander de Sozopol, fechada a comienzos del siglo V²⁴, ni la arquitectura del periodo orientalizante hispano (Toscanos, Cástulo, Huelva, Trayamar, etc.) tiene alguna relación con la arquitectura griega, sino fenicia²⁵. Nada se ha descubierto en la Península Ibérica hasta el momento presente del tipo de los muros de Mesembria, datado a finales del siglo V o a comienzos del siglo IV²⁶. Ni el templo jónico, de fecha no posterior a comienzos del siglo V de Histria²⁷.

²² J. M. Blázquez, «Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici, II*, Roma, 1983, 313 y ss.

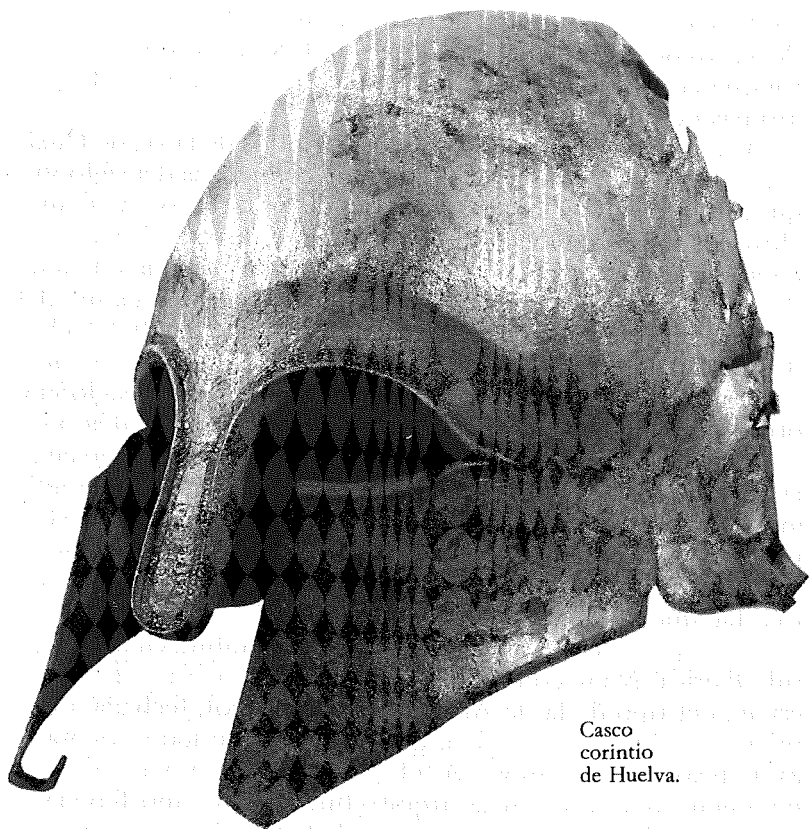
²³ J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, Madrid, 1983 y ss.

²⁴ I. Venedikov - T. Gerassimov, *Thrakische Kunst*, Viena-Munich, 1973, núms. 49-50, pág. 336.

²⁵ J. M. Blázquez, *Historia del Arte hispánico, I. La Antigüedad I*, Madrid, 1978, págs. 237 y ss.

²⁶ I. Venedikov - T. Gerassimov, *op. cit.*, núms. 45-47, 336 y ss.

²⁷ T. Chapa, *La escultura ibérica zoomorfa*, Madrid, 1984; *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, Madrid, 1980.



Casco
corintio
de Huelva.

Sin embargo, la Península Ibérica ha dado muy buena escultura²⁸, que se cree debida a artistas focenses, en todo o en parte, fechada hacia la mitad del siglo v y procedente de Obulco, hoy Porcuna, en la provincia de Jaén, la antigua Oretania, que era uno de los distritos mineros más importantes, junto con la provincia de Huelva, del periodo arcaico. Se trata de esculturas, cerca de cuarenta piezas diferentes más numerosos fragmentos, que pertenecieron a uno o a varios monumentos funerarios, que debió ser destruido poco después de ser levantado, pues las

²⁸ J. M. Blázquez - J. González Navarrete, «The Phokaian Sculpture of Obulco in Southern Spain», *AJA* 89, 1985, págs. 61 y ss.

piezas están rotas intencionadamente y no ofrecen deterioro del paso del tiempo. Entre ellas hay guerreros a pie o a caballo armados con todas las armas de la Meseta. Se trata de celtíberos, tribus que tenían un gravísimo problema económico y social, por concentración de la riqueza agrícola y ganadera en pocas manos, y que eran los mercenarios de los pueblos del sur de la Península Ibérica²⁹; hombres luchando contra grifos, tema que se repite en un marfil de Carmona (Sevilla); A. Blanco³⁰, recuerda a este particular que en la literatura griega, y por obra de Aristeas de Proconeso (650-600 a.C.), se narraba la lucha del hombre y del grifo. Estos seres fantásticos defendían ante los arimaspos, pueblo que residía en el norte de Escitia, la posesión del oro de la tierra. La obra de Aristeas, denominada *Arismapeia*, fue conocida de Esquilo, de Hecateo, de Píndaro, de Heródoto, de Helanico, etc. Se ha pensado que los escitas eran tan aficionados a esta leyenda que los vasos de Kersch, que salía de los talleres áticos, hacían de la gripomaquia un tema corriente de sus decoraciones, sabiendo que esta leyenda agradaba a los escitas, introduciendo variantes, como en vez de los arimaspos, pintaban amazonas. Esta teoría hoy no se sigue, pues vasos con el mismo tema han aparecido en necrópolis cercanas a Obulco, en Castellones de Ceal y en la costa ibérica levantina³¹, pero piensa A. Blanco que quizá en Oretania podía darse una leyenda semejante a la descrita por Aristeas. El arte griego no representó nunca este tema en la escultura, sino sólo en vasos del siglo IV. La importancia de este grupo radica en que se adelanta este tema en Obulco en varios decenios a los vasos áticos de Kersch. Otras esculturas representan una cabeza con casco de cuernos de un tipo representado en monedas de Focea de 520. El estilo del rostro recuerda mucho al de la Atenea del templo de Aphaia en Egina, obra que se fecha entre los años 500-480 a.C. y que podía ser una prueba de estas relaciones entre la isla y el sur de la Península Ibérica; a Artemis entre dos ciervos, cuyo culto introdujeron los focenses en Occidente en opinión de Estrabón

²⁹ J. M. Blázquez, *La Romanización I*, Madrid, 1974, págs. 191 y ss.

³⁰ *Historia del Arte Hispánico*, 1. *La Antigüedad*, 2. Madrid, 1978, pág. 45.

³¹ A. L. Mengod y otros, «Materiales de la necrópolis de Orleyl (Val d'Uxó, Castellón)», *Trabajos de Prehistoria*, 70, 1981, págs. 59 y ss.; K. Schauenburg, «Arismaspen in Unteritalien», *RA* 2, 1982, págs. 249 y ss.

(3, 4, 6 y 8). Es la misma diosa, aquí alada, de una estela de Dourulaeum. La diosa está en pie y no es del tipo de diosa entronizada dentro de un naiskos, como las del sur de la Galia, que siguen el mismo modelo del relieve de una tumba de Sozopol, datada en el siglo VI³²; una esfinge de pie; un león apoyado sobre una palmeta, que responde a prototipos sobre un vaso pónico guardado en Würzburg, y que sería un punto más de contacto entre el mar Negro y el occidente del Mediterráneo. Varias figuras están labradas de pie. Dos relieves representan cazadores; uno un luchador, otro guerrero atravesado por una danza; hay también un águila, un león atacando a un cordero; una cabeza de caballo, etc. Esta escultura hasta el momento presente no la han dado las colonias griegas del Ponto Euxino, a pesar de que los focenses también visitaron estas costas. Indicaría el buen gusto artístico de los reyezuelos que gobernaban el sur de la Península Ibérica y sus contactos con artistas focenses. A. Blanco³³, siguiendo a E. Langlotz, se refiere recientemente a la existencia de una escultura ibero-focense en la Península Ibérica, datada en los últimos veinte años del siglo VI, a la que pertenecían una cabeza con trenzas procedente de Illici (Elche, Alicante), la kore de Alicante, y las esfinges de Agost, y de El Salobral, y la cabeza de grifo de Redován³⁴.

Las esculturas ibéricas, de finales de siglo VI y las del siglo siguiente, acusan el impacto de los griegos colonizadores, en este caso los focenses. Aunque las colonias griegas del mar Negro contaron también con buenas esculturas, como la colosal estatua de Apolo, obra de Calamis, que figura en las monedas de Apollonia (Sozopol).

En cambio en el periodo arcaico, el impacto griego fue fuerte en el mar Negro, y en la Península Ibérica fue débil. Muchos elementos culturales que llevaron al Ponto Euxino los griegos colonizadores los trajeron al Mediterráneo occidental los fenicios, como el vino de Quíos que llegaba a Tomi, la moderna Constanza, en la primera mitad del siglo V, a Histria y a Olbia.

³² I. Venedikov - T. Gerassimov, *op. cit.*, núm. 51, pág. 336.

³³ *Op. cit.*, págs. 40 y ss.

³⁴ A. García y Bellido, *Arte Ibérico en España*, Madrid, 1979, págs. 56 y ss., figs. 63, 73, 78; *Historia de España*, I, III, Madrid, 1954, págs. 574 y ss.

Gerión y otros mitos griegos en Occidente

La leyenda de Gerión, con el que Heracles luchó y le arrebató sus bueyes, fue situada en diferentes lugares del mundo conocido por los griegos, y entre ellos en la Península Ibérica, y más concretamente en las proximidades de Cádiz o en la misma ciudad.

La mención más antigua de Gerión se lee en la *Teogonía* de Hesíodo (287 ss.), poeta beocio que vivió en la segunda mitad del siglo VIII a.C. o poco después. Dice así el vate:

Crisaor engendró al tricéfalo Gerión unido con Calírroe, hija del ilustre Océano; a éste le mató el fornido Heracles por sus bueyes de marcha basculante en Eriteia rodeada de corrientes. Fue aquel día en que arrastró los bueyes de ancha frente hasta la sagrada Tirinto, atravesando la corriente del Océanos (después de matar a Orto y al boyero Euritión en su sombrío establo, al otro lado del ilustre Océano). (Traducción de A. Pérez, A. Martínez.)

En otros versos (983 ss.) del mismo poema se encuentra otra mención: «Gerión, al que mató el fornido Heracles, por sus bueyes de marcha basculante en Eriteia rodeada de corrientes.»

Los datos que se deducen con claridad de estos versos son los siguientes: a Gerión, monstruo de tres cabezas, hijo de Crisaor y de Calírroe, hija del Océano, le mató Heracles en Eriteia después de matar también a Orto y al boyero Euritión; le robó los bueyes, lo que llevó a término atravesando el Océano. Eriteia era una isla, pues estaba rodeada de corrientes. Sobre la lo-

calización del mito nada concreto afirma Hesíodo, sino que fue en la isla Eriteia.

Estesícoro de Himera, que vivió alrededor del año 590 a.C., dedicó un poema a Gerión, de nombre *Geryoneïs*, donde canta: «Más o menos enfrente de la famosa Eriteia, junto a los manantiales inagotables, de raíces de platas, del río Tartesos, en la gruta de una peña.» (Traducción de C. García Gual.)

Este poeta ya sitúa la isla Eriteia junto a la desembocadura del río Tartesos, probablemente el río Betis, y por tanto en las proximidades de Cádiz.

D. Pagel¹ ha relacionado los versos de Estesícoro con los datos que se recogen en la *Biblioteca* (2, 5, 10) de Apolodoro, obra probablemente del siglo I, en la que se lee:

Como décimo trabajo se ordenó a Heracles ir a buscar el ganado de Gerión de Eriteia. Es ésta una isla situada en las proximidades del Océano, que ahora se llama Cádiz, habitada por Gerión, hijo de Crisaor y de Calíroe, la hija del Océano. Gerión tenía los cuerpos de tres hombres, crecidos juntos, unidos en uno por el vientre y divididos entre tres desde

¹ G. Page, «Stesichorus: The Geryoneïs», *JHS*, 93, 1973, págs. 138 y ss.; G. Vallet (*Région et Zancle. Histoire, commerce et civilisation des cités chalcidiennes du détroit de Messine*, París, 1958, págs. 263 y ss.) estudia el tema de Grecia y Occidente en la obra de Estesícoro. Señala la importancia de este poema para la época posterior, y que la parte esencial del poema se refiere a Occidente. R. Dion, «Tartessos, L'Océan homérique et les travaux d'Hercule», *Revue Historique*, 224, 1960, págs. 27 y ss. En el excelente comentario a la *Teogonía* de Hesíodo debido a M. L. West, *Hesiod Theogony*, Oxford, 1966, al comentar la leyenda de Gerión recoge las diferentes fuentes sobre la localización de la isla Eriteia. E. Vermeule (*Aspects of Death in Early Greek Art and Poetry*, Berkeley, 1979, págs. 141 y ss.) considera que «Geryon is among the most interesting of the chancy immortals of the western islands, and in Stesichoros' long important poem Geryoneïs the problems of death and immortality are central... The juxtaposition of Geryon and Hades on the same island has naturally suggested to scholars that they are versions of the same figure, or that Geryon was a diemonic servant of Hades', but it seems more likely that two separate tales were attached. Geryon's winged triple body and capacity for personal death give him independent standing»; F. Rodríguez Adrados, *El mundo de la lírica griega antigua*, Madrid, 1981, págs. 269 y ss.; G. Susini, «Gerione atestino», *Gerión* 3, 1985, pág. 9 y ss.; J. Alvar, «El proceso cultural en los procesos de cambio», *Gerión* 8, 1990, págs. 11 y ss. Una excelente síntesis de la colonización: A. J. Domínguez Monedero, *La Polis y la expansión colonial griega, siglos VIII-VI*, Madrid, 1991.

los costados y los muslos. Era propietario de un rojo rebaño. Euritión era su pastor y su perro guardián Orto, de dos cabezas, hijo de Equidna y de Tifón. Viajando a través de Europa a buscar el rebaño de Gerión, Heracles mató muchas bestias salvajes. Se fue a Libia, y al pasar por Tartesos levantó los dos pilares, uno a cada lado, en los límites de Europa y de África, como monumento de su viaje. A lo largo de su viaje fue abrasado por el Sol y él dobló su arco contra el Sol, admirado de su atrevimiento, le dio una copa de oro, con la que atravesaría el Océano. Llegó a Eriteia, y se hospedó en el monte Abas. El perro lo divisó y se precipitó sobre él, pero le golpeó con su maza. Cuando el pastor vino a salvar al perro, Heracles le mató también. Menetes, que pastoreaba el rebaño de Hades en aquel lugar, le contó a Gerión lo sucedido. Gerión sorprendió a Heracles, al lado del río Antemo, en el preciso momento de llevarse el rebaño. Luchó con él, y le mató. Heracles embarcó el rebaño en la copa, atravesó el mar hacia Tartesos y devolvió la copa al Sol.

Barret y D. Page creen que esta descripción refleja la *Geryoneis* de Estesícoro.

La narración de los fragmentos de Estesícoro, con algunos añadidos de Apolodoro, es la siguiente, según D. Page:

Heracles llegó a Tartesos. Obtuvo del Sol un cuenco de oro con el que el Sol navegaba de noche de Oeste a Este (Estesícoro). Cruzó a Ereteia, donde se hospedó en el monte Abas (Apolodoro). Mató al pastor Euritión y a su perro Orto (Apolodoro y Estesícoro) describen el lugar del nacimiento de Euritión). Menetes cuenta a Gerión lo sucedido (Apolodoro, Estesícoro). Sigue otra larga conversación entre Gerión y su madre Calíroe, que le pide, como Menetes había hecho, no pelear con Heracles (Estesícoro). Los dioses se reunieron en asamblea. Atenea avisó a Poseidón que ella debía proteger a Heracles contra Gerión, nieto de Poseidón (Estesícoro). Heracles mató a Gerión junto al río Antemo (Apolodoro y Estesícoro). Heracles embarcó el rebaño en la copa del Sol, volvió a Tartesos y devolvió la copa del Sol (Apolodoro, Estesícoro). Condujo el rebaño a Tirinto (Estesícoro).

El poeta Estesícoro localiza el mito de Gerión en la isla de Eriteia, en las proximidades de Tartesos.

Hacia el año 500 a.C., el logógrafo Hecateo de Mileto no situaba el mito de Gerión en Tartesos. Afirmaba, según transmite Arriano en su *Anabasis* 2, 16, 5-6, que:

Gerión, contra quien Euristeo mandó a Heracles Argivo a robarle las vacas y conducirlas a Micenas, no tiene nada que ver con esta región de Iberia (Tartesos), al igual, afirma que Heracles no fue enviado a la isla Eriteia, más allá del Gran Mar, sino que Gerión era rey en una región continental de Ambracia y de Anfíloco, y que fue de esta región de donde Heracles condujo al ganado, y que éste era el nada desdeñable trabajo que le había sido impuesto. Lo que yo sí puedo afirmar, comenta Arriano, es que esta región continental es hoy rica en pastos, y que alimenta pingües ganados, y no me parece que sea inverosímil que llegara a Euristeo la fama del ganado de esta región del Epiro; así como el nombre de su rey, Gerión, también creo estar seguro de que Euristeo no ha conocido el nombre del rey de los iberos, la más remota región de Europa, ni si en ella se criaban o no pingües vacas (a no ser que alguien llevara allí a Hera y ésta lo hubiera comunicado a Heracles por medio de Euristeo, queriendo así disimular con una leyenda tan increíble relato). (Traducción de A. Guzmán.)

Hecateo, según Arriano, conocía la leyenda de Gerión, su no localización en Eriteia, sino en Ambracia, opinión que sigue Arriano, que llama rey a Gerión. El historiador de Halicarnaso, Heródoto, en el siglo v a.C., localiza el mito de Gerión en Hispania (4, 8):

Cuando Heracles arreaba las vacas de Geriones llegó a esa tierra que en la actualidad ocupan los escitas y que a la sazón se encontraba desierta. Geriones, empero, residía lejos del Ponto, tenía su morada en una isla que los griegos denominan Eriteia, que se encuentra cerca de Gadeira, ciudad esta situada más allá de las Columnas de Heracles, a orillas del Océano. (Traducción de C. Schereder.)

El geógrafo griego Estrabón, contemporáneo de Augusto, cuyo libro III de su *Geografía* es la fuente principal de la etnolo-

gía de la Hispania antigua², también sitúa el mito de Gerión en la Península Ibérica, citando versos de Estesícoro (3, 148) y de poetas anteriores a él (3, 150, 169).

Entre los escritores del mundo antiguo se generalizó el localizar el mito de Gerión en Occidente y más concretamente en Hispania. Así en el poema de Rufo Avieno, autor que vivió a finales del siglo IV, y que visitó Cádiz. La importancia de su poema *Ora Maritima* es grande, pues utilizó fuentes fenicias y púnicas, algunas que remontan al siglo VII a.C.³.

El poeta menciona el «Gerontis arx est eminus, namque ex ea Geryona quondam nuncupatum accepimus» (*Ora Mar.* 263-264). El «arx Gerontis», según afirma Avieno en el verso siguiente, se situaba «en las cosas del golfo tartésico». A. Schulten⁴ le coloca en el Banco de Salmedina, donde Estrabón (3, 140) y Mela (3, 4) ponen la torre de Cepión.

En el siglo V a.C. diferentes autores, como Helánico (*fr.* 110-111), Ferécides (*fr.* 17) y Heródoto (*fr.* 24), conocen, probablemente siguiendo a Estesícoro de Himera, la presencia del héroe dorio en Hispania. En el siglo siguiente el trágico Eurípides en la obra que lleva el título de *Hércules furioso* (423-424) celebra al tricórpore pastor de Ereteia.

Los escritores de época imperial situaron casi todos el mito de Gerión en la Península Ibérica, como P. Virgilio, en la *Eneida* (7, 262-263) y Didoro Sículo (4, 17, 1-2; 18, 2-3), cuyo texto es una descripción detallada del mito:

4, 17, 1: ...y habiendo ordenado Euristeo traer de nuevo los bueyes de Gerión, los cuales sucedía que permanecían en las partes de Iberia que estaban inclinadas hacia el Océano. Heracles... reunió una notable flota... pues, se decía de boca en boca en todo el mundo habitado que Chrysaor, el cual recibía tal denominación a causa de su riqueza, reinaba sobre toda Iberia y tenía tres hijos que luchaban con él.

² J. M. Blázquez, «La Iberia de Estrabón», *HA*, 1, 1971, págs. 11 y ss., *Id.*, «Economía de Hispania al final de la República y a comienzo del Imperio según Estrabón y Plinio», *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao, 1978, páginas 387 y ss.

³ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización semita en Occidente*, Salamanca, 1975, *passim.*; F. Villard, *La céramique grecque de Marseille*, París, 1960, págs. 153 y ss.

⁴ Avieno, «Ora Maritima», *FHA*, I, Barcelona, 1955, págs. 20, 113, 118.

18,2: ...y Heracles, habiendo recorrido una gran parte de Libia, llegó al Océano cerca de los gaditanos y colocó estelas (columnas) en cada parte de los continentes, y habiéndole acompañado la flota llegó a Iberia y habiendo percibido que los hijos de Chrysaor habían acampado en tres grandes ejércitos uno a distancia de otro, mató a todos los jefes tras citarlos a combate singular y apoderándose de Iberia se marchó conduciendo los renombrados rebaños de bueyes.

18,3: ...y atravesando la región de los iberos y recibiendo honores de uno de los reyes del lugar, varón de religiosidad y justicia sobresalientes, dejó parte de los bueyes como regalo al rey. Y éste, tomando todos los bueyes, los consagró a Heracles y cada año sacrificaba a él el más hermoso de los toros. Y sucede que hasta el día de hoy en Iberia se mantienen a los bueyes como sagrados. (Traducción de A. Lozano.)

También Publio Ovidio Nasón se refirió al mito en las *Heroidas* (9, 91-92): «prodigiumque triplex, armenti dies Iiberi Geryones», y en las *Metamorfosis* (9, 184, 184), donde repite las mismas ideas, al igual que el ya citado Apolodoro; P. Papinio Stacio (*Silu.* 4, 6, 102; Dión de Prusia (*Orat.* 8, 31); Pausanias (4, 36, 3; 10, 17, 5); Filóstrato en su *Vida de Apolonio de Tiana* (V, 5):

afirman que vieron allí unos árboles, como los que ningún otro lugar de la tierra, y que los llaman «gerioneos», así como que hay dos que crecen sobre el túmulo, que se alza sobre Geriones, siendo otra variante en especie del pino, y del pino marítimo, y que destilan sangre, como el chopo hejade, oro. (Traducción de A. Bernabé);

los *Scholia vetera in Pindari carmina*, obra del siglo III, pero que se basan principalmente en el comentario a Píndaro del gramático Dídimos de Alejandría, autor que vivió en el siglo I a.C. (*Olimp.* 3, 79d); Justino, compilador que resume al historiador Trogo Pompeyo contemporáneo del emperador Augusto (44, 14-16); Julio Firmico Materno (*De err. p.r.* 12, 5); Amiano Marcelino, el último gran historiador de la antigüedad (15; 9, 6); el poeta Ausonio (*Ecl.* 25, 10): «Geryone extinto decimam dat Iberia palman»; Servio Gramático, en su Comentario a la *Eneida* 7, 662:

Geryopnes rex fuit Hispaniae, qui ideo trimembris fingitur quia tribus insulis praefuit, quae adiacent Hispaniae, Baliaricae minori et maiori et Ebuso. Fingitur etiam bicipitem canem habuisse, quia ei terrestri et navali certamine plurimum potuit... hunc Geryonem alii Tartessorum regem dicunt fuisse et habuisse armenta pulcherrima quae Hercules occiso eo abduxit, de cuius sanguine dicitur arbor nata, quae Vergilium tempore poma in modum cerasi sine ossibus ferat.

Aquí se recoge una leyenda totalmente desconocida, cual es que Gerión gobernaba en las islas Baleares; también se alude a lo dicho por Filóstrato del árbol; Claudio Claudiano (*Carm. Min.* 4, 1-2); el gramático del siglo VI Esteban de Bizancio, en la voz *Eriteia*; y los *Scriptores rerum mythicarum latini tres*, que vivieron en diferentes siglos, pero todos son de la segunda mitad del primer milenio (1, 68; 2, 152; 3, 13, 6), que llaman igualmente a Gerión rey de Eriteia, o de Hispania, de tres cabezas, porque gobernó en tres islas (las islas Baleares), o porque fueron tres hermanos.

La localización de Eriteia era dudosa. Para Estrabón (3, 148) se encontraba en Cádiz y en alguna de sus islas vecinas. Según Ferécides, autor que vivió hacia el año 500 a.C., la propia Cádiz era la isla Eriteia (Estrabón 3, 169), pero a comienzos del imperio su localización era discutible, como lo indica el hecho de que según Mela, cuyo testimonio es de gran valor por haber nacido según afirmación propia (2, 96) en las proximidades de Cádiz, en Tingintera, se encuentra en Lusitania (3, 47): «En Lusitania esta Eriteia que, según nos informaron, fue la mansión de Geryones.» Para Plinio (4, 120) es Cádiz:

...Gades. Es llamada Eriteia por Éforo, y Filístides, Afrodiasias por Timeo y Sileno, y por los naturales la Isla de Iuno. Según Timeo la isla mayor fue llamada Cotinusa por su olivos. Nosotros la llamamos Tartesos, mas los púnicos Gadir, lo que en lengua púnica significa reducto. Fue llamado Eriteia porque los tirios, sus aborígenes, se decían oriundos del mar Eriteo. Según opinión de algunos, aquí vivió en otro tiempo Geryones, al que Hércules arrebató los ganados, pero hay quienes creen que esta isla es otra, a la que colocan frente a Lusitania, y la citan allí antes con el mismo nombre. (Traducción de A. García y Bellido.)

Es decir, en el siglo I ya no se conocía con exactitud la localización de la isla donde vivió Gerión.

GERIÓN EN ITALIA

El tema fue tratado por J. Bayet, al estudiar *Les Origines de L'Hercule romain*, París, 1926. Cree este autor⁵ que son los colonos calcídicos los que llevan a Italia la leyenda sobre Heracles pastor de bueyes y sobre Gerión. En Padua existía a comienzos del Imperio un famoso oráculo de Gerión, que podría remontar a la época griega⁶ (Suet., *Tib.* 14. Claud., *Carm. min.* 49) en las proximidades de la fuente Aponus. Según este autor el Épiro era uno de los eslabones de la leyenda de Gerión y la gran vía comercial, que le atravesaba, conducía a las colonias carcílicas, de Apolonia y Epidamno; pero también podían ser llevadas sobre el Adriático las leyendas de Gerión, de Alcioneo y de Heracles, por los colonos corintios que llegaron allí antes de la hegemonía de Corcira⁷. En opinión de J. Bayet, es más probable que los nombres griegos recubrieran un demonio local, un dios subterráneo con tres cabezas, que tenía al toro como atributo, análogo a la gran divinidad céltica que los griegos identificaron con Gerión y los latinos más tarde con Dis Pater y a veces con Marte. Al instalarse los celtas en el territorio de Padua, este Gerión indígena, helenizado, pudo tomar para ellos la figura de un dios nacional, confundido con el Heracles griego.

El dios de la fuente Aponus es muy diferente del Gerión griego, cuyo nombre lleva.

Gerión fue bien conocido de los etruscos. Lo representan bronce de Dyon y de Orviteo⁸ y la pintura de la Grotta del Orco⁹ (siglo II a.C.), pintura que en todo o en parte remonta probablemente a un prototipo de arte clásico, derivado de la célebre *Nekyia*, pintada en Delfos por Polignoto de Tasos, siglo antes.

⁵ J. Bayet, *Les origines de l'Hercule romain*, París, 1976, pág. 44. Menciona el autor a este respecto el *dinos* con el robo de los bueyes de Santa María de Capua, fabricado sin duda en la ciudad.

⁶ J. Bayet, *op. cit.*, págs. 98 y ss., pág. 148.

⁷ T. J. Dunbabin, *The Western Greeks*, Oxford, 1948, *passim*.

⁸ J. Bayet, *op. cit.*, pág. 147, n. 2.

⁹ M. Pallottino, *La peinture étrusque*, Ginebra, 1952, págs. 111 y ss.

La leyenda de Gerión se documenta también en Roma¹⁰. Según Diodoro Sículo (6, 24, 7) (Variantes en Servio, *Aen.* III, 552) cuando Heracles conducía a través de Italia los rebaños de Gerión, un varón de nombre Lacinio intentó robarle sus bueyes. Heracles le mató, también dio muerte, por descuido a Crotón, yerno de Lacinio, que trataba de impedir el robo. Reconociendo su error, Hércules rindió honores a Crotón. Propertio (*El.*, 5, 9, 10, 15) describiría a Caco como un monstruo de tres cabezas, sin duda por influjo de Gerión¹¹.

En Sicilia, en Agyrion, se documenta un culto a Gerión, creado por el propio Hércules (Diod. 4, 24, 3)¹². Se trataría, al igual que en Padua, de una deidad indígena helenizada superficialmente.

GERIÓN EN GALIA

La leyenda de Gerión en Galia era frecuentemente llamado *Tauriscos*¹³.

PERIÉGESIS DE HÉRCULES

Según varios autores, como Filistes, Timeo y el erudito alejandrino Licofrón, Hércules en su viaje de retorno con los bueyes robados a Gerión atraviesa Italia (según Estesícoro la región tirrénica); en opinión de Esquilo y de otros escritores (*frag.* 196 ed. Dindorf; *Dion Hal.*, I, 41, 3; Higin. *Astron.* 2, 6; Strab. 4, 1, 7) la Liguria; según el texto mencionado de Heródo-

¹⁰ J. Bayet, *op. cit.*, pág. 155 y ss.

¹¹ J. Bayet, *op. cit.*, pág. 365 con catálogo de figuras con tres cabezas. Sobre las relaciones de Gerión y Caco habla el autor en las páginas 203 y ss. Caco roba los bueyes de Heracles. Caco, según el poeta Propertio (IV, 9, 9-12), tenía tres gargantas, véase M. Grant, *Roman Myths*, Londres, 1971, 48 y ss. Sobre la identificación de Gerión con Caranus, véase págs. 146 y ss.; B. Liou-Gille, *Cultes «heroïques» romains*, París, 1980, págs. 23 y ss.

¹² J. Bayet, *op. cit.*, pág. 147.

¹³ Sobre las relaciones entre Gerión con algunos dioses celtas, como Trigaranus, véase Liou-Gille, *op. cit.*, págs. 25 y ss.

to, la Escitia y según Apolodoro, las regiones de Liguria, del Tirreno, del *Bruttium* y de Sicilia¹⁴.

GERIÓN EN LA DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA

El tema ha sido tratado por W. S. Barret, D. Page¹⁵ y M. Robertson¹⁶, a quien seguimos en las líneas fundamentales.

El mito de Gerión había sido llevado a la escultura y a la pintura antes de que Estesícoro de Himera compusiera el poema que lleva por nombre *Geryoneis*. Pero, a partir de la mitad del siglo VI a.C. este tema gozó de una gran popularidad entre los griegos. Esta fama se debería al poema de Estesícoro. Se conocen casi setenta vasos, fechados en la segunda mitad del siglo VI a.C., con el mito de Gerión.

En algunos vasos calcídicos la influencia del poeta siciliano es bien patente, como en dos vasos calcídicos de la mitad del siglo VI a.C., donde Gerión lleva alas. Este detalle sólo aparece en el poema de Estesícoro¹⁷.

Dos vasos de finales del siglo VI a.C., uno debido a Olto, el segundo obra de Eufonio, introducen en la escena a una mujer en actitud quejumbrosa, detrás de Gerión. Es su madre Calírre, que en el poema desempeña un papel importante¹⁸.

M. Robertson, menciona las siguientes piezas con el tema de Gerión, anteriores a Estesícoro, cuya vida se sitúa hacia 590 a.C.

Una píxide protocorintia hallada en el Falero, hoy conservada en el British Museum, fechable quizá en la mitad del siglo VII a.C.

Un fragmento de una copa corintia procedente de Perácora,

¹⁴ B. Liou-Gille, *op. cit.*, 21.

¹⁵ *Op. cit.*, págs. 145 y ss.

¹⁶ Geryoneis, «Stesichorus and the Vase-Painters», *CQ*, 19, 1969, páginas 207 y ss. con toda bibliografía menuda.

¹⁷ M. Robertson, *op. cit.*, págs. 208 y ss. En la nota 3 se recogen las diversas teorías sobre el lugar fabricación de esta cerámica: Calcis de Eubea, una colonia del oeste; los griegos de Etruria principalmente Caere, Etruria; una colonia del sur de Italia, quizá Regio, una producción de islas jónicas.

¹⁸ Robertson, *op. cit.*, págs. 210 y ss., con un examen muy detallado de las escenas y de las figuras de los vasos.

en la actualidad en Atenas¹⁹, datada en el primer cuarto del siglo VI a.C.

Dos escudos argivos de bronce de Delfos y Olimpia de la misma fecha.

El cofre de Cípselo de Olimpia (Paus. 5, 19, 10)²⁰: «La lucha de Heracles contra Gerión, y Gerión son tres hombres unidos entre sí.»

En el trono de Apolo en Amiclas se representó a Heracles conduciendo las vacas de Gerión (Paus. 3, 18, 13).

Varios vasos áticos de figuras negras del grupo Leagro²¹.

Las metopas del tesoro de los atenienses en Delfos²², de finales del siglo VI a.C. o de comienzos del siguiente; del templo de Zeus en Olimpia²³ y del Teseion de Atenas²⁴, ambos del siglo V a.C.

El tema de Gerión es muy popular en los vasos áticos de figuras negras datados en la segunda mitad del siglo VI a.C., pues se conocen más de 60 ejemplares²⁵. En todos estos vasos áticos, Gerión no lleva alas y sí tres cuerpos completos, siguiendo la antigua tradición.

OTRAS LEYENDAS DE HÉRCULES EN OCCIDENTE

A finales de la República Romana se situaban en las proximidades de Cádiz otras leyendas del ciclo de Heracles, como la del Jardín de las Hespérides, donde Heracles tomó las manzanas de oro (Str. 3, 150; Mel. 3, 101). «En frente de la zona están las islas en las que se recuerda haber morado las Hespérides», afirma Mela. Pocos años después, el naturalista latino Plinio (5, 2),

¹⁹ T. J. Dunbain, *Perachora*, Oxford, 1940, pág. 262, n. 2.542, láminas 106, 110.

²⁰ Pausanias 5, 19, 1.

²¹ M. Robertson, *op. cit.*, pág. 207, n. 5.

²² M. Robertson, *op. cit.*, pág. 207 n. 6; B. Sismondo, *Fifth Century Styles in Greek Sculpture*, Princeton, 1981, pág. 18.

²³ M. Robertson, *op. cit.*, pág. 207, n. 7.

²⁴ M. Robertson, *op. cit.*, pág. 208, n. 1. B. Sismondo, *op. cit.*, 26, n. 23.

²⁵ P. A. Clement, «Geryon and Other in Los Angeles», *Hesperia*, 24, págs. 1955, págs. 1 y ss.; J. D. Beazley, *Black-Figure Vase-Painters*, Oxford, 1956, pág. 726.

que fue procurador de la Tarraconense en tiempos del emperador Vespasiano y que conocía bien las cosas de Hispania, escribe:

Lixus... allí se alzó el palacio de Anteio; tuvo lugar un combate con Hércules y estuvieron los Jardines de las Hespérides... en el oppidum de Lixus, sito sobre un estero, lugar donde antes estuvieron, según se cuenta, los huertos de las Hespérides a 200 pasos del Océano, junto al templo de Hércules²⁶, que dicen es más antiguo que el gaditano.

y en otro párrafo (6, 201):

más lejos de ellas todavía dicese que hay dos islas de las Hespérides, pero todo esto es poco seguro; así, Estacio Seboso calculó en cuarenta días, la distancia existente entre las islas de las Gorgonas y las islas de las Hespérides, navegando por delante del Atlas, y en un día de navegación la distancia que media entre esta última y el Hesperu Ceras.

Difieren Mela y Plinio en la localización del Jardín de las Hespérides, pues el primero lo sitúa enfrente de la costa y no pueden ser otras que las islas Canarias, mientras el segundo lo hace en las proximidades del Lixus, en la costa atlántica. Hesíodo (*Teog.* 517 ss.) coloca a Atlas, que «sostiene el anchuroso cielo, en los confines de la tierra, delante de las Hespérides, de voz sonora», pero no creemos que el poeta piense en Occidente, y en otros versos (215 ss.):

y a las Hespérides, que tiene a su cuidado las hermosas manzanas de oro y los árboles que las producen más allá del ilustre Océano; 274: y las Gorgonas, las cuales residen más allá del ilustre Océano, en los confines de la noche, donde estarán las Hespérides, de voz sonora.

En el cofre de Cípselo, labrado en marfil, oro y cedro, ofrecido por los Cipsélidas en Olimpia:

Atlas sostiene en sus hombros según la leyenda el cielo y la tierra y lleva las manzanas de las Hespérides. Quién es el

²⁶ M. Ponsich, *Lixus. Le quartier des temples*, Rabat, 1981.

hombre que con su espada se dirige hacia él, no lo indica ninguna inscripción especial, pero todos saben que es Heracles (Paus. 5, 18, 4).

La localización de las Hespérides y del Atlas en la costa de Marruecos es un fenómeno reciente.

Mela (3, 101) sitúa el Atlas en la región arenosa de Marruecos, donde igualmente lo pone Plinio (6, 199, también 27, 2). La localización de Las Hespérides en Occidente es posterior al periplo del Pseudo Scylax, pues éste, cuya fecha es muy discutida y, al igual que la *Ora Maritima* de Avieno, es un centón de datos e interpolaciones de diferentes épocas, y algunos de ellos remontan a la época arcaica griega, las localiza claramente en las Sirtes²⁷. En el periplo del Pseudo Scylax sólo se describe someramente la costa de Mauritania, se habla del río y de la ciudad de Lixos, pero no se alude al Jardín de las Hespérides²⁸ ni al Atlas en esta región. Probablemente Plinio utilizó para estos datos que ofrece a Jenofonte de Lámpsaco, que escribió seguramente sobre *La medición de las montañas*, que vivió entre Eratóstenes y Sila, y a Estacio Seboso, autor de comienzos del Imperio, escritores ambos citado en este párrafo por el naturalista. Es muy significativo que en la descripción de la circunnavegación a África de Eudoxo de Cícico y de su intervención en Mauritania, que se conoce por una amplia descripción de Estrabón (2, 3, 4-5), no se cite El Jardín de las Hespérides²⁹. El viaje de Eudoxo de Cícico por la costa mauritania se fecha hacia el 111 a.C. Tampoco se mencionan las Hespérides en el periplo de Polibio, que en torno al año 133 a.C. visitó Mauritania, y que cita expresamente el Atlas y Lixus, varias veces, con abundancia de topónimos, de hidrónimos y de medidas. Este periplo es conocido por Plinio (5, 9-10)³⁰. En época de Polibio se situaba ya el Atlas en Mauritania. En otros periplos más antiguos, como en el de

²⁷ J. Desanges, *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique (VI^e siècle avant J.-C. - IV^e siècle après J.C.)*, Roma, 1978. Texto con traducción en las págs. 460 y ss., 59, 62, 142.

²⁸ J. Désanges, *op. cit.*, págs. 110 y ss. Sobre Tánger y su región, cfr. M. Ponsich, *Recherches archeologiques à Tanger et dans sa région*, París, 1970.

²⁹ J. Desanges, *op. cit.*, págs. 151 y ss.

³⁰ J. Desanges, *op. cit.*, págs. 121 y ss. Sobre la posición del Atlas, habla el autor en las páginas 145 y ss.

Hannón³¹, llevado a cabo hacia el año 460 a.C., aunque se alude repetidas veces a la ciudad del Lixos, no se mencionan en sus proximidades el Jardín de las Hespérides, ni el Atlas en Mauritania. Las restantes fuentes antiguas, que recuerdan a este periplo cartaginés (Paléfato, Pomponio Mela, Plinio el Viejo, Arriano de Nicomedia, Elio Arístides y Ateneo) no aluden tampoco al Jardín de las Hespérides³² ni al Atlas. La localización de las Hespérides está muy probablemente en función de la situación del Atlas.

Es importante recordar que en los relieves de las puertas del Heracleion gaditano ejecutadas hacia 500 a.C. en opinión de A. García y Bellido³³, y donde el ritual era estrictamente semita³⁴, faltaban precisamente los dos trabajos, el de Gerión, y el del Jardín de las Hespérides, que se localizan en el extremo occidental del Mediterráneo, al igual que en el templo de Heracles en Tebas del siglo IV, que debió seguir las representaciones del viejo templo de esta ciudad. Para estos años, en torno a 500 a.C., ya se había en Cádiz identificado el Melqart tirio, por un fenómeno de sincretismo, con el Heracles griego, pero, a pesar de estar ya localizado por Estesícoro de Himera el mito de Gerión y su lucha con Heracles en las proximidades de Gades, y traído el héroe a Tartesos por Helánico, por Ferécides y por Heródoto, en Cádiz esta identificación no tuvo ningún efecto. Se desconocían los dos trabajos, que se situaban al occidente del Mediterráneo, y a ambas orillas del Estrecho de Gibraltar.

INTERPRETACIONES DEL MITO DE GERIÓN

El gran hispanista alemán A. Schulten³⁵ defendía que el mito de Gerión había sido trasladado por las focenses a Occidente. Es de la opinión de que Gerión cabe identificarlo con el

³¹ J. Desanges, *op. cit.*, págs. 39 y ss. De todos estos periplos, el autor hace un excelente comentario, traducción y un buen manejo de la bibliografía. G. Ch. Picard, *Le Périphe d'Hannon, Phönizier im Westen*, Maguncia, 1982, páginas 175 y ss.

³² Los textos en J. Desanges, *op. cit.*, págs. 396 y ss.

³³ «Hércules gaditanus», *AEArq*, 36, 1964, pág. 104 y ss.

³⁴ J. M. Blázquez, *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid, 1977, págs. 17 y ss.

³⁵ *Op. cit.*, pág. 113. *Id.*, *Tartessos*, págs. 73 y ss.

rey de Tartesos, que Macrobio (*Sat.* 1, 20, 12) llama *Theron, rex Hispaniae citerioris*. El nombre de Gerión, citado por los *Schollia Apoll. Rhod. Argon.* 7, 767 sería idéntico a Gerión o *Geryoneus*, como lo percibió ya bien Avieno (*Ora Mar.* 263-364). La misma opinión defiende R. Grosse³⁶.

A García y Bellido³⁷ recoge por tres veces las principales fuentes referentes a Gerión, al Jardín de las Hespérides y al Atlas, sin mayor comentario. Le considera rey del sur de Hispania, pero duda de que sea el Terón de otras fuentes.

J. Maluquer³⁸ cree que el mito refleja la existencia de una civilización de carácter agrícola y pastoril, influenciada por comerciantes y exploradores mediterráneos, que buscaban explotar las riquezas minera del sur de la Península Ibérica.

J. Caro Baroja³⁹, con motivo de estudiar la realeza en la Hispania antigua, dedica una páginas, excelentes, como todo lo suyo, al mito de Gerión. Para este autor Gerón o Gerión es un puro ser mítico con un significado histórico-cultural bastante claro. «Es, en primer lugar, un pastor rey de la época no histórica.» Aduce Caro Baroja, dos fuentes que llaman a Gerión rey de Hispania entera (Serv., *Virg. Aen.* 7, 622; Lido, *De mens.* 1, 10), a las que se puede añadir las tres menciones, citadas de los *Scriptores rerum mythicarum latini tres* y el texto de Diodoro. Todo ello probaría «que existió la creencia en reyes primigenios con caracteres sobrenaturales, como el mismo de que Gerión tuviera tres cabezas, o cuerpos, que naciera en una cueva; que, como dios del río Tartesos, este nacimiento ocurriera en la montaña de la plata; que recibiera culto como dios».

Piensa J. Caro Baroja que todo esto se refiere al origen de la realeza, en un país occidental conocido por los navegantes a causa de sus riquezas mineras, agrícolas y ganaderas.

³⁶ «Fuentes desde César hasta el siglo v d.C.», *FHA* VIII, Barcelona, 1959, págs. 353, 407.

³⁷ *Hispania Graeca I*, Barcelona, 1948, págs. 90 y ss. *Íd.*, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, Madrid, 1953, págs. 153 y ss. *Íd.*, *Historia de España, España Protob histórica*, Madrid, 1975, págs. 284 y ss.

³⁸ *Tartessos y su «historia»*, V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (sept. de 1968), Barcelona, 1969, pág. 384.

³⁹ *La «realeza» y los reyes en la España Antigua. Estudios sobre la España Antigua*, Madrid, 1971, pág. 55.

El mito es un mito histórico-cultural que, nazca donde nazca, se aplica pronto a la tierra a la que mejor conviene según la mentalidad de los que creen en él, y por comparación probable de mitos propios de aquel país mismo.

De un rey histórico idealizado, Argantonio, se pasaría al rey, al legislador mítico y protegido por los dioses desde su nacimiento, Habis; de éste a un rey más salvaje, Gárgoris, y de él a un dios rey sin caracteres humanos. Dios río, dios de los toros, al que Hércules roba los toros, cuyo padre Crisaor era «el de la espada de oro». Para J. Remesal⁴⁰ los dos personajes

Gerión y Habis son personajes arquetipos, representantes del mundo ganadero y agrícola respectivamente. El que estos mitos pudieran ser transplantados a Occidente indica que en la antigüedad se tenía constancia de la riqueza agrícola y ganadera de la región de Tartesos.

B. Liou-Gille⁴¹ en un bello libro ya citado dedica una página a examinar el mito de Gerión. Cree este autor que no se puede asignar un origen griego a un mito, cuya localización está tan lejos de Grecia. Gades pudo ser una fuente posible del mito griego, que hizo de Heracles el vencedor del Gerión hispano. El mito de Gerión llegaría a los griegos desde Occidente. La leyenda sería en su espíritu fundamentalmente diferente en Grecia y en Italia. B. B. Liou-Gille es de la opinión que el mito de Gerión es de origen indoeuropeo, ya que en los himnos védicos se narra la lucha de Hidra con un monstruo tricéfalo. El mito de Gerión parece haber encontrado su expresión cultural más importante en el sur de la Península Ibérica. El investigador galo recuerda un párrafo de J. Maluquer, que dice:

La característica de Gerión de occidentalismo y de influencia celta occidental, y precisamente la presencia de este elemento indoeuropeo es una de las constantes de mayor inte-

⁴⁰ «Gerión, Habis et Arganthonios, Le peuplement protohistorique d'Andalousie», *Caesarodunum* 13, 1978, pág. 194 y ss., *Íd.*, «Imagen y función de Iberia en el Mediterráneo Antiguo», *I convegno int. Studi fenici e punicci*, Roma, 1979. (1983) vol. III, págs. 837 y ss.

⁴¹ *Op. cit.*, pág. 392.

rés del mundo tartésico, que en definitiva viene a constituir una cristalización de dos elementos, uno continental y otro mediterráneo. La lucha de Heracles contra un Monstruo tricéfalo relataría en términos míticos, familiares a los pueblos indoeuropeos, la historia de un choque entre dos civilizaciones, dos cultos, dos pueblos. Un antiguo culto de Gerión instalado por una población desconocida habría sido absorbido o desplazado por el Melqart fenicio, identificado después con el Hércules griego. Desde el sur de Hispania el culto de Gerión se había propagado por Europa occidental. Las regiones donde se implantó corresponden *grosso modo* a las regiones de colonización celta.

A. Blanco⁴² recoge la genealogía de Gerión; señala este autor que Hesíodo ya situaba en el Mediterráneo occidental la morada de estos monstruos, como las Gorgonas, Crisaor, Orto, Gerión, etc. Se inclina a interpretarlo como rey de Tartesos, o personificación del río. Termina señalando que el texto más venerable de Hesíodo dibuja una personalidad fluvial, como conviene al hijo de una ninfa del agua y nieto del Océano.

J. Bermejo⁴³ examina recientemente el problema de si existió una mitología de la Península Ibérica. Ha escogido una serie de mitos presentes en la *Teogonía* de Hesíodo, que prueban bien los caracteres fundamentales de la visión mítica griega de Occidente. Los mitos examinados son de dos grupos. El primer grupo está integrado por un conjunto de personajes, como Atlas, Prometeo y Faetón, que descienden de los Titanes; el segundo, está formado por la descendencia de una segunda pareja titánica, compuesta por Forcis y Ceto, en la que se incluyen las Grajas, Gorgonas, Equidna, Crisaor, Gerión y Orto. Ambos grupos se encuentran unidos entre sí en el mito por uniones de parentesco. Después de un análisis exhaustivo de las fuentes y de la bibliografía moderna concluye J. Bermejo que

los griegos situaron a todos estos personajes mitológicos en el ámbito geográfico de nuestra Península, porque en un determinado momento constituyó para ellos el límite occiden-

⁴² «El toro ibérico», *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Madrid-Murcia, 1961-62, págs. 163 y ss.

⁴³ *Mitología y mito de la Hispania prerromana*, Madrid, 1982, págs. 101 y ss.

tal del mundo. Anteriormente estos mismos personajes estuvieron situados en otras regiones del Mediterráneo más próximas a Grecia, pero, al irse ampliando el ámbito del mundo conocido con el desarrollo de las navegaciones coloniales, se produjo un proceso de desplazamiento que vino a encontrar un fin, primero en la Península Ibérica y luego en las islas Canarias... Es dentro de este marco de geografía imaginaria y de etnografía fantástica en el que debemos situar a todos estos personajes que habitarían según ellos la Península Ibérica. Esta zona geográfica y sus pueblos no constituyeron, pues, un verdadero objeto de mitología para los griegos, sino únicamente durante algún tiempo, un lugar occidental de referencia, por lo que podemos afirmar que en el pensamiento griego de la Península Ibérica nunca poseyó una mitología propia.

Es interesante recordar la interpretación que del mito de Gerión en Sicilia presenta L. Bracessi⁴⁴, que es bastante parecida a la propuesta por J. Maluquer, y que tiene apoyo en el párrafo traducido de Diodoro Sículo. Dice así:

Certo la leggenda di Eracle, col tempo, si sarà arricchita d'ulteriori elementi estranei al primitivo nucleo acheo. Tale, probabilmente, il motivo dell'eroe che un Agirio istituisce in culto in onore di Gerione. Motivo che, per ragioni di «Lokalpatriotismus», può anche risalire, nella sua diffusione letteraria, allo stesso Diodoro, nativo appunto di Agirio, e non insensibile nella sua opera a stimoli di carattere campanilistico. Tutto il mito di Gerione ed Eracle, come è stato più volte indicato, ha una chiara chiave di lettura: si dovrebbe originariamente riconnettere a razzie di bestiame (= le mandrie della leggenda) dell'elemento coloniale pregreco (= Ercole) contro genti o re indigeni (= Gerione). Originariamente infatti, nel substrato mitologico preacheo, Gerione è re o dio salutare; solo successivamente viene assimilato alla leggenda ellenica nella saga dell'Eracle classico, ove, per giustificare le razzie dell'elemento coloniale «greco» ai danni dell'indigeno, da divinità benefica diviene divinità mostruosa connessa con il regno delle tenebre. Orbene ad Agirio convivono le due facce del mito fra loro antitetiche, oltretutto in forma di reciproco sincretismo: qui Gerione e

⁴⁴ *La Sicilia antica*, I, 1980, págs. 65 y ss.

divinità benefica, e quivi il suo raziatore Eracle ne promuove il culto. Chiaramente siamo di fronte a una sovrapposizione di motivi non storicizzabili fra loro; il Gerione d'Agirio riflette il momento pregreco (o meglio preacheo) della leggenda, e solo successivamente, in un'età tarda, in cui s'è consolidata la sua fama di dio salutare, e s'è stemperata viceversa la connotazione imperialistica d'Eracle, si matura l'equivoco sincretismo che fa dell'eroe raziatore il pietoso celebratore della sua vittima. Apparentemente il significato della leggenda, sfrondata da posteriori infrastrutture, è ancora una volta più che trasparente: Gerione in quest'area s'identifica con l'agredito elemento sicano ed Eracle con l'usurpante elemento acheo. Ma il culto di Gerione ad Agirio, che certo conserva lampante memoria di remote conflittualità fra genti pregreche e genti indigene di Sicilia, pone ulteriori e più gravi problemi d'interpretazione. Di tutte le aree del Mediterraneo in cui è attestata la connessione fra mito di Eracle e mito di Gerione, solo ad Agirio in Sicilia e ad Abano nel Veneto Gerione è divinità benefica e non mostruosa: relitto, in entrambi i casi, del substrato pregreco (o meglio preacheo) della leggenda. Orbene i due centri, sia quello siciliano, sia quello adriatico-padano, sono stati interessati a insediamenti siculi che gradualmente hanno ceduto dinanzi alla pressione di genti provenienti da area ellenica: ma non in forma contemporanea, ché l'elemento d'oltremare che insidia i Siculi dell'Adriatico è elemento acheo, mentre quello che insidia i Siculi di Sicilia è già, in età storica, elemento greco. Dobbiamo allora pensare che i Siculi d'Adriatico, a seguito della loro diàbasis in Sicilia, abbiano introdotto questo culto nell'isola, ove certo s'è riattualizzato, in età storica, per nuove razzie a opera dell'elemento coloniale greco? O non dobbiamo piuttosto pensare che, indipendentemente, Sicani di Sicilia e Siculi d'Adriatico abbiano avuto comune questo culto, con analoga e contemporanea significazione «politica» pur in aree tanto distanti? La più generale chiave di lettura della leggenda eraclea in Sicilia c'indurrebbe certo a propendere per questa seconda ipotesi. Ciò però contribuirebbe a insinuare una volta di più il sospetto che Sicani e Siculi, se pur nell'isola profondamente differenziati nella loro individualità etnica, abbiano avuto originariamente coincidente identità di cultura. In questo caso, come abbiamo detto, Sicani e Siculi avrebbero avuto originaria comunanza di sede in area balcanica, donde sarebbero successivamente migrati in Italia attraverso i valichi alpini

orientali; orbene solo in quest'area, precisamente in Epiro, ritroviamo significativamente attestato il nome di Gerione come quello di «re indigeno», in uno stadio del mito ancora immune di successive contaminazioni con la leggenda eraclea.

OTROS MITOS IBÉRICOS

Antes de continuar con el examen del mito de Gerión es importante revisar brevemente otros mitos situado en Hispania.

L. Gracia Iglesias⁴⁵ ha rechazado con buenas razones la localización del mito de la Atlántida en Occidente.

El mismo autor⁴⁶ ha estudiado la Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico, como las de Heracles, Gerión y el Jardín de las Hespérides, de los Argonautas, de Perseo, de las Gorgonas, de Sarpedón, de Atlas, de Prometeo, de los Titanes y de los caudillos griegos vencedores de Troya, concluyendo que parecen ser artificios más o menos tardíos, siquiera en lo tocante a su localización, no son aprovechables como prueba de unos contactos directos entre los griegos y la Península Ibérica con anterioridad a la colonización propiamente histórica y que cualquier intento de hacer remontar la fecha de una relación directa entre los griegos y nuestro ámbito peninsular tendría que basarse en consideraciones arqueológicas.

L. García-Moreno⁴⁷ analiza el texto de Justino 4, 4 sobre el mito de Habis y llega a la conclusión de que

el famosísimo mito de Habis y de Gargaris podría ser fundamental y provechosamente analizado como fuente de conocimiento de la antropología normal en los últimos siglos helenísticos..., pero en absoluto podría ser utilizado como

⁴⁵ «Deshispanizando un mito: la autoctonía de los atenienses y el relato platónico de la Atlántica», *HA*, 4, 1974, págs. 7 y ss.; A. García y Bellido, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, págs. 119 y ss.

⁴⁶ «La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico», *AEArg*, 52, 1979, págs. 131 y ss.

⁴⁷ «Justino, 44, 4, y la historia interna de Tartessos», *AEArg*, 52, páginas 111 y ss.

fuente histórica segura para reconstruir hipotéticamente «modos de producción ibero-turdetano-tartésica» como por desgracia se ha hecho alguna vez⁴⁸.

M. Almagro Gorbea⁴⁹ ha publicado un relieve de Pozo Moro (Albacete), con una Quimera, pero se trata de un monstruo griego, también está representado probablemente el mito de Gilgamesh⁵⁰. Quizá sea un mito indígena el banquete infernal (?), de uno de estos relieves⁵¹, que según su descubridor se fecharían poco después de 500 a.C.

En un bronce de Maquiz (Jaén), fechado en el siglo II a.C., está cincelado la lucha de Heracles con un Titrón, tema que se encuentra en el frontón arcaico de la acrópolis de Atenas, de época de los Pisisrátidas⁵², a mediados del siglo VI a.C.

Entre la escultura de Obulco (Jaén), un grupo representa una grifomaquia. La lucha de un hombre y un grupo fue contada por Aristeas de Proconeso (650-600 a.C.) y después por Esquilo, Píndaro, Hecateo, Heródoto, Helánico, etc. Los grifos defendían ante los Arimaspos, pueblo mítico, habitante al norte de Escitia, la posesión del oro⁵³. Una crátera de los Castellones de Ceal (Jaén) y una segunda de Orley⁵⁴ (Castellón) están decoradas con una grifomaquia, tema muy frecuente en los vasos de Kersh, dedicados a ser exportados a los escitas por los alfareros áticos, pero que hoy día se cree sencillamente que esta-

⁴⁸ J. Bermejo, *op. cit.*, pág. 61 y ss., ha hecho una serie de puntualizaciones a la tesis de L. García Moreno.

⁴⁹ J. M. Blázquez, «Las raíces clásicas de la cultura ibérica. Estado de la cuestión. Últimas aportaciones», *AEArq*, 52, pág. 154, con toda la numerosa bibliografía anterior. *Íd.*, *Primitivas religiones ibéricas*, Madrid, 1983, páginas 25 y ss.

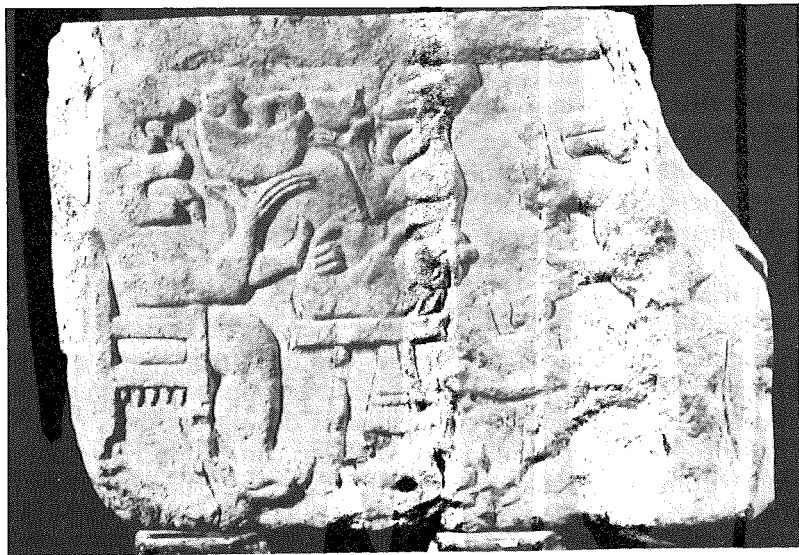
⁵⁰ J. M. Blázquez, «Las raíces clásicas», págs. 150 y ss.; *Íd.*, *Primitivas religiones ibéricas*, *passim*.

⁵¹ J. M. Blázquez, *Las raíces ibéricas*, pág. 143 y ss. *Íd.*, *Primitivas religiones ibéricas*, pág. 27. Véase el comentario de A. Blanco a estos relieves, *Historia del Arte Hispánico I. La antigüedad* 2, Madrid, 1978, págs. 34 y ss.

⁵² A. Blanco, *Arte griego*, Madrid, 1975, pág. 75.

⁵³ A. Blanco, *Historia del Arte Hispánico*, pág. 45; J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, págs. 104 y ss.

⁵⁴ A. L. Mengod - L. Mesado - D. Fletcher, *Materiales de la necrópolis ibérica de Orley (Vall d'Uxo, Castellón)*, Valencia, 1981, págs. 5 y ss., láms. X, XII, figs. 16-17; K. Schanenburg, «Arimaspen in Unteritalien», *RA*, 1982, páginas 249 y ss.



Banquete infernal. Pozo Moro (Albacete). MAN, Madrid.

ba de moda en Atenas y el tema no está en función de la exportación de los vasos al sur de Rusia. La escultura de Obulco ofrece una versión monumental del tema, desconocida en Grecia. Según A. Blanco, sólo los focenses pudieron inspirar o ejecutar el singular conjunto de Obulco.

En un vaso ibérico de los Villares, Valencia, hay representada probablemente una gigantomaquia⁵⁵, su fecha no es anterior a 150 a.C.

En una moneda de Cástulo se ha representado una dama sobre un toro corriendo. A. M. Guadán⁵⁶ interpreta este grupo como la imagen de una Artemis Taurópola, y L. Villalonga⁵⁷

⁵⁵ E. Plà - A. Ribera, *Los Villares (Caudete de Las Fuentes, Valencia)*, Valencia, 1980, pág. 92 y ss. No se representa aquí un centauro, sino una sirena. En este vaso se pintó hipocampos (tres). Anquipedes (dos) se encuentran esculpidos en un relieve de Pozo Moro (J. M. Blázquez, «Las raíces clásicas de la cultura ibérica», pág. 514. *Íd.*, *Primitivas religiones ibéricas*, págs. 34 y ss.

⁵⁶ A. M. Guadán, *Numismática ibérica e ibero-romano*, Madrid, 1969, págs. 182, lám. 15, n. 148. *Íd.*, *La moneda ibérica*, Madrid, 1980, págs. 72, números 250-251.

⁵⁷ *Numismática antigua de Hispania*, Barcelona, 1979, págs. 231, n. 835.

como el rapto de Europa, del que hablan los fragmentos de Hesíodo (140-141). B. Trell⁵⁸ cree que representa a Astarté sobre el dios, exactamente igual que en el frontón del templo de Sidón, según moneda de tiempos del emperador Eliogábalo⁵⁹.

Una escultura de Balazote (Albacete) es una posible imagen de Aqueloo (Sof., *Traq.* 10 ss.)⁶⁰, personificación de algún río.

Todos estos seres mitológicos son de origen griego, salvo la escena del banquete infernal de Pozo Moro, que al parecer es de influjo oriental y que puede recubrir algún mito indígena. Orientales son también la escena de Gilgamés de esta necrópolis, y la moneda de Cástulo⁶¹.

Alguna escena como la grifomaquia de Obulco puede estar inspirada en composiciones de vasos griegos. Otras, como la Bicha de Balazote, en asas de bronce, griegas, fechadas hacia 480-470 a.C., como la aparecida en Málaga⁶² y de procedencia suritálica. Tampoco hay que descartar que trabajase en el sur de Hispania artistas griegos o sicilianos o de la Magna Grecia, al igual que en Elche (Alicante).

No existe ninguna representación de la lucha de Heracles y Gerión en la Península Ibérica, salvo en mosaicos romanos, como los de Cártama (Málaga) y de Liria (Valencia)⁶³.

⁵⁸ «The World of the Phoenicians, East and West. The Numismatic Evidence», *Actes du Congrès International de Numismatique*, 1982, pág. 428.

⁵⁹ M. Jessop - B. L. Trell, *Coins and their Cities. Architecture on the Ancient Coins of Greece, Rome and Palestine*, Londres, 1977, pág. 157, fig. 277.

⁶⁰ J. M. Blázquez, *Historia del Arte Hispánico, I, La Antigüedad*, 298. El toro androcéfalo se representa marchando en monedas de Sagunto (A. M. de Guadán, *op. cit.*, núms. 180-182, 185-186), el tema es frecuente en monedas sicilianas (P. R. Franke - M. Hirmer, *Die Griechische Münze*, Munich, 1964, pág. 40, lám. 10, tetradracmas de Catania anteriores a 476 a.C., pág. 59, láms. 55-57; tetradracmas de Gela, fechadas en torno a 490-450 a.C.; pág. 69, lám. 76, stater de Laos datado entre los años 530-510/490 a.C.; pág. 84, lám. 110, stater de Neapolis, en torno a 440-400 a.C.).

⁶¹ J. M. Blázquez, *Las raíces clásicas*, págs. 141 y ss.

⁶² A. Blanco, «Ein figürlich verzierter bronzener Oinochoenhenkel aus Málaga», *MM*, 6, 1965, pág. 83 y ss. El tema de Aqueloo en lucha con Heracles está representado en un bronce de Volubilis, Aqueloo con las hijas está representado en un mosaico bético, véase J. M. Blázquez, *Mosaicos romanos de Sevilla, Granada, Cádiz y Murcia*, Madrid, 1982, págs. 83 y ss., con paralelos en un ejemplar de Timgad.

⁶³ J. M. Blázquez, *Mosaicos romanos de Córdoba, Jaén y Málaga*, Madrid, 1981, pág. 86, lám. 95; S. Gozlán («Au dossier des mosaïques heracléennes: Achola

El mito de Gerión es de origen griego. Estesícoro de Himeira, la colonia griega muy en contacto con el mundo semita siciliano, es el causante de la localización del mito de Gerión en la proximidades de Cádiz, que para él era el extremo del mundo conocido, junto al Océano.

La fama de su poema y sus viajes por Grecia hizo que el mito fuera extraordinariamente popular entre los ceramistas, como sugiere M. Robertson y en toda la literatura posterior a él.

Hecateo sitúa el mito en el Épiro, que para él era el límite conocido del mundo por el norte de Grecia. Esta localización tuvo poca aceptación entre los escritores.

La localización de otros mitos relacionados con Heracles, como el del Jardín de Las Hespérides en el Lixos, es reciente. La situación del Atlas en Mauritania es anterior a la localización del Jardín de las Hespérides en esta región.

El mito de Gerión no es indígena, ni lo trajeron a Occidente los focenses⁶⁴, tampoco tuvo aceptación ni entre la población

(Tunisie), Cartama (Espagne), Saint-Paul-Les Roman (Gaule)», *RA*, 1979, págs. 35 y ss.) deduce de la localización del mito de algunos trabajos de Hércules en el sur de Hispania que estos pavimentos de Cartama estaban ligados a la Bética y propone un origen hispano para ellos; pero el tema de Gerión es raro en la Península Ibérica. En un gran mosaico de Torre de Palma (Lusitania) de época de la Tetrarquía no está presente; J. M. Blázquez, «Los mosaicos romanos de Torre de Palma (Monforte, Portugal)», *AEArq*, 53, 1980, pág. 134 y ss.). En África este tema es desconocido (K. M. D. Dunbabin, *The Mosaics of Roman North Africa. Studies in Iconography and Patronage*, Oxford, 1978). Gerión está representado en el famoso mosaico de Piazza Armerina, en Sicilia (W. Dorigo, *Pittura tardorromana*, Milán, 1966, pág. 148; G. V. Gentili, *La Villa Erculia di Piazza Armerina, I mosaici figurati*, Roma, lám. LII. Un bronce del Lixus representa la lucha de Hércules y Anteo (P. Romaneli, *Topografia e archeologia dell' Africa Romana*, Turín, 1970, 301, lám. 237a).

⁶⁴ J. P. Morel «La expansion phocéense en Occident: dix années de recherches (1966-1975)», *BCH*, 99, 1975, págs. 853 y ss. *Id.*, «Les Procéens en Occident: Certitudes et Hypothèses», *PP*, 21, 1966, págs. 378 y ss., quien niega la existencia de colonias focenses, basado en datos arqueológicos, a excepción de Ampurias. Sobre la colonización griega y fenicia, véase: Varios, *Simpósio de Colonizações*, Barcelona, 1974; G. López Monteagudo, «Panorama actual de la colonización griega en la Península Ibérica», *AEA*, 50-51, 1977-1978, págs. 3 y ss.; Freyer-Schauenburg «Kolaos und die westphönizischen Elfenbeine», *MM*, 7, 1966, págs. 89 y ss. Sobre la supuesta colonia griega de Mainake, véase: H. G. Niemeyer, «A la búsqueda de Mainake. El conflicto

fenicia de Cádiz, pues no se representa en las puertas del Heraclion gaditano, ni hay huellas de él entre los nativos. Los fenicios no tienen ninguna relación con este mito⁶⁵.

Probablemente la riqueza del sur de Hispania pudo influir algo en la localización en el sur del robo de los rebaños de los toros. Esta interpretación fue ya seguida por Estrabón (3, 169), cuando escribió que de la abundancia de pastos y de ganado, «deducen haberse formado la fábula de los ganados de Gerión»⁶⁶, y por Arriano de Nicomedia.

El tricórpore Gerión no debe nada al mundo celta, donde los dioses tricéfalos son tan frecuentes⁶⁷. Hesíodo ya conoce «al

entre los testimonios arqueológicos y escritos», *Habis*, 10-11, 1979-1980, págs. 279 y ss. y el apéndice de B. W. Treumann, «Mainake- originally a Phoenician place-name?», págs. 303 y ss. Sobre el material griego más antiguo hallado en Occidente, véase: R. Olmos, M. Picazo, «Zum Handel mit griechischen Vasen und Bronzen auf der iberischen Halbinsel», *MM*, 20, 1979, págs. 184 y ss.; B. B. Shefton, «Greeks and Greek Imports in the South of Iberian Peninsula. The archaeological evidence», *Phönizier im Westen*, págs. 337 y ss.; P. Rouillard, «Les céramiques peintes de la Grèce de l'Est y leurs imitations dans la péninsule iberique: recherches préliminaires», *Les céramiques de la Grèce de l'Est et leur diffusion en Occident*, París, 1978, págs. 274 y ss.; J. A. del Castillo, «Mainake o una colonia focca inexistente», *RSF*, 17, 1, 1989, págs. 103 y ss. Hoy día somos de la opinión de que Mainake nunca existió como colonia griega, y que los primeros productos griegos los trajeron a Occidente los comerciantes fenicios.

⁶⁵ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*; *Id.*, «Los fenicios en la Península Ibérica», *Historia de España Antigua*, I, *Protohistoria*, Madrid, 1980, págs. 227 y ss.; C. González Wagner, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: Ensayo de interpretación fundamentado en el análisis de los factores internos*, Madrid, 1983; G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée*, Roma, 1979; J. Remesal, «Imagen y función de Iberia en el Mediterráneo antiguo», I, *Convegno int. Studi fenici e punic*, Roma, 1979 (1983) vol. III, págs. 837 y ss.; J. Alvar, *La navegación prerromana en la Península Ibérica: Colonizadores e indígenas*, Madrid, 1981; H. G. Niemeyer y otros, *Phönizier im Westen*.

⁶⁶ J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania Romana*, págs. 61 y ss., 89 y ss., 104 y ss., 124 y ss., 207 y ss., 402 y ss., 489.

⁶⁷ R. Lantier, «Keltische Mythologie», *Wörterbuch der Mythologie*, II, Stuttgart, 1973, págs. 133, 137 y ss., 140; W. Kirfel, *Die dreiköpfige Gottheit*, Bonn, 1948, sobre dioses tricéfalos en Oriente, en Tracia, en Escitia, en el Mediterráneo y entre los celtas.

Según me comunica amablemente el doctor J. Arce, en Samos han aparecido unos relieves con unas representaciones de Gerión; no creemos que el mito lo trajera a Occidente Colaio de Samos, pues no se le representa en el Heraclion gaditano. Los relieves han sido datados en el siglo VII a.C.

sanguinario Cerbero, perro de bronceo ladrado de Hades, de cincuenta cabezas» (*Teog.* 311 ss.), a la quimera de tres cabezas, que echaba fuego (*Teog.* 320 s.). Tifón, el hijo de Ge y del Tártaro, tenía 200 cabezas de serpientes de espantoso dragón (*Teog.* 825 ss.).

Una interpretación alegórica del mito se lee en Justino (44, 4, 16) cuando escribe: «Porro Geryonem ipsum non triplicis naturae, ut Fabulis proditur, fuisse ferunt, sed tres fratres tantae concordiae extitisse, ut sua anima omnes regi viderentur.» Esta interpretación de los nombres de los dioses arranca de Teógenes de Regio, que vivió hacia 525 a.C. Fue muy usada por los estoicos, por Crisipo, por Heraclio (siglo I a.C.), por el judío Filón de Alejandría, por el cristiano Orígenes y por otros escritores del cristianismo.

Las raíces clásicas de la cultura ibérica. Estado de la cuestión. Últimas aportaciones

Los orígenes de la cultura ibérica siempre han preocupado a los investigadores nacionales y extranjeros. Recientemente M. Almagro¹, con ocasión del 50 Aniversario de la fundación del Laboratorio de Arqueología (1924-1974) de la Universidad de Valencia, ha hecho la historia de este tema, que hoy día se puede analizar desde nuevos ángulos de vista, debido a la reciente bibliografía que aborda este problema y al material aparecido en los últimos años. Mucho ha contribuido a esclarecer los orígenes de la cultura ibérica los grandes avances que ha dado la arqueología hispana en todo lo referente al periodo de finales de la Edad del Bronce² y a los orígenes de la colonización fenicia³ y griega⁴. La reciente bibliografía fundamental sobre el tema es la siguiente:

¹ «Las raíces del arte ibérico», L Aniversario de la fundación del Laboratorio de Arqueología, 1924-1974, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11, 1975, págs. 251 y ss., con toda la bibliografía anterior e historia de las diferentes opiniones científicas.

² M. Almagro Gorbea, *El Bronce final y el periodo orientalizante en Extremadura*, Madrid, 1977; J. M. Blázquez - J. Valiente, «Prospección de un poblado del Bronce Final en Cástulo», *CAN*, 15, 1979, págs. 309 y ss.; C. López, «La cerámica con decoración bruñida en el Suroeste peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 34, 1977, págs. 341 y ss.; H. Schubart, «La cultura del Bronce en el Suroeste peninsular. Distribución y definición», *Miscelánea Arqueológica*, II, Barcelona, 1974, págs. 345 y ss.; *Íd.*, «Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel», *MB*, 9, 1975.

³ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Sa-

- M. ALMAGRO, «L'influence grecque sur le monde ibérique», *VIII Congrès International d'Archéologie Classique, Rapports et communications*, Paris, 1963, págs. 26 y ss., y en *Le rayonnement des civilisations grecque et romaines sur les cultures périphériques*, Paris, 1965, págs. 87 y ss.; *idem*, «Resistencia y asimilación de elementos culturales del Mediterráneo oriental en la Iberia prerromana», *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le Monde Ancien*, Bucarest-París, 1976, págs. 17 y ss.; *idem*, «Eine orientalizzierende Bronzeskulptur aus der Gegend von Sevilla», *Festschrift zum 50 jährigen Bestehen des Vorgeschichtlichen Seminars Marburg*, 1, págs. 51, y ss.; *idem*, «El problema de Tartessos según los documentos arqueológicos», *Aspetti archeologici dell'Occidente Mediterraneo, Quaderni del Centro di Studio per l'archeologia etrusco-italica*, 2, 1978, págs. 11 y ss.
- M. ALMAGRO GORBEA, «Pozo Moro y la formación de la cultura ibérica», *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Valencia*, 13, 1978, págs. 77 y ss.; *idem*, «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», *Trabajos de Prehistoria*, 35, 1978, págs. 251 y ss.
- A. ARRIBAS, *Los iberos*, Barcelona, 1965.

lamanca, 1975; *Id.*, «Neueste Ausgrabungsfunde in Spanien aus orientalisierender Zeit mit neuen Gussstechniken», *Proceeding of the Xth International Congress of Classical Archaeology*, Ankara, 1978, págs. 369 y ss.; G. López Monteagudo, «Panorama actual de la colonización semita en la Península Ibérica», *RSE*, 5, 1977, págs. 195 y ss., con toda la numerosa bibliografía menuda, de la que prescindimos aquí. C. R. Whittaker, «The Western Phoenicians Colonization and Assimilation», *Proceeding of the Cambridge Philological Society* 200 (NS 20), 1974, págs. 48 y ss.; B. W. Treumann, «West-Phoenician Presence on the Iberian Peninsula», *TAW*, I, 1, 1978, págs. 15 y ss.

⁴ Junto a los libros ya clásicos de A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, Barcelona, 1948; *Id.*, «La colonización griega», *HEMP*, 1-2, Madrid, 1975, págs. 495 y ss., cfr. J. M. Blázquez, «La colonización griega en España en el cuadro de la colonización griega en Occidente», *Simposio de Colonizaciones*, págs. 65 y ss. En este simposio se publicaron otros trabajos que rozan el tema indirectamente, como: J. Barberá, «Límites cronológicos de la influencia helénica en Ampurias, a través de los ajuares de sus necrópolis», págs. 61 y ss.; N. Lamboglia, «Encore sur la fondation d'Ampurias», págs. 105 y ss.; J. Maluquer, «En torno a las fuentes griegas sobre el origen de Rhodé», págs. 125 y ss.; M. Py, «Problèmes de la céramique grecque d'Occident», págs. 159 y ss.; J. de C. Serra Rafols, «Las relaciones comerciales entre Iberia y Grecia durante la segunda Edad del Hierro», págs. 217 y ss.; G. López Monteagudo, «Panorama actual de la colonización griega en la Península Ibérica», *EAspA*, 50-51, 1978, págs. 3 y ss.

- J. M. BLÁZQUEZ, «El arte neohitita y los orígenes de la escultura animalística ibérica y turdetana», *Goya*, 120, 1974, págs. 345 y ss.; *idem*, «Figuras animalísticas turdetanas», *Homenaje a Pío Beltrán*, Madrid, 1974; *idem*, «Arte de la Edad de los metales. Arte orientalizante, fenicio y cartaginés», *Historia del Arte Hispano, I. La Antigüedad*, I, 1978, págs. 201 y ss.
- A. BLANCO, «Die Klassischen Wurzeln der Iberischen Kunst», *MM*, 1, 1960, págs. 101 y ss.; *idem*, «Orientalia», II, *AEspA*, 32, 1960, págs. 3 y ss.
- P. BOSCH-GIMPERA, «Les Grecs et les Ibères», *Le rayonnement*, 111 y ss.
- E. CUADRADO, «Penetración de las influencias greco-fenicias en el interior peninsular», *Simposio de Colonizaciones*, Barcelona-Ampurias, 1974, págs. 93 y ss.
- A. GARCÍA y BELLIDO, «Los pueblos de la España Ibérica» *HEMP*, 1, 3, Madrid, 1954, págs. 305 y ss.; *idem*, *Iberische Kunst in Spanien*, Maguncia, 1971.
- E. KUKAHN, «Unas relaciones especiales entre el arte oriental griego y el Occidente», *Simposio de Colonizaciones*, págs. 109 y ss.; *idem*, «Estatuilla de bronce de un guerrero ibérico de La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia)», *APL*, 5, 1954, págs. 147 y ss.
- E. A. LLOBREGAT, *Contestania Ibérica*, Alicante, 1972.
- G. NICOLINI, *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*, París, 1969; *idem*, *Les ibères. Art. et civilisation*, París, 1973; *idem*, *Bronces ibéricos*, Barcelona, 1977; *idem*, «A propos de l'archaïsme ibérique, Trois têtes du Llano de la Consolación au Musée du Louvre», *Homenaje a García y Bellido*, III. *Revista de la Universidad de Madrid*, 26, 1977, págs. 25 y ss.
- R. OLMOS, «El Sileno Simposiasta de Capilla (Badajoz)», *Trabajos de Prehistoria*, 34, 1977 págs. 371 y ss.
- F. PRESEDO, «La Dama de Baza», *Trabajos de Prehistoria*, 30, 1973, págs. 151 y ss.
- R. RAMOS, *La ciudad romana de Illici*, Alicante, 1975.
- M. TARRADELL, *Arte Ibérico*, Barcelona, 1968.
- G. TRIÁS, *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*, Valencia, 1968.
- T. CHAPA, «Influjos griegos en la cultura zoomorfa ibérica», *Iberia Graeca*, 2, Madrid, 1986.
- R. ROUILLARD, *Les grecs et la Péninsule Ibérique du VIII^e-IV^e a. J.C.*, París, 1991.

VARIOS, *Grecs et ibères, au IV^e siècle a. J.C. Commerce et iconographie*, París, 1989.

VARIOS, *Escultura ibérica, Extra Revista de Arqueología*, 1987. Se señala repetidas veces el influjo griego.

ARQUITECTURA Y ESCULTURA

En los numerosos yacimientos fenicios (Cádiz, Toscanos, Trayamar, Jardín, Cortijo de las Sombras, etc.) y en los indígenas (Huelva, Colina de los Quemados, El Carambolo, Setefilla, Carmona, Cástulo, Los Saladares, Vinarragel, etc.) fuertemente semitizados, del periodo orientalizante (que abarcó los siglos VIII hasta finales del VI), no ha aparecido escultura turdetana e ibérica que no arranque directamente de esta etapa. La llamada cultura tartésica, que cubrió, *grosso modo*, desde el Tajo hasta el mediodía, no tuvo escultura. Sólo se conoce una excepción a esta regla general: los relieves de Pozo Moro dados a conocer y estudiados repetidas veces por M. Almagro Gorbea⁵. Sobre este monumento ha escrito M. Almagro Basch⁶:

Las corrientes orientalizantes en la arquitectura y gran escultura ornamental nos las ha venido a probar con evidencia singular el yacimiento plenamente ibérico de Pozo Moro, cerca de Albacete, descubierto y excavado por Almagro Gorbea y en curso de publicación. Nada griego hay allí como fuente de inspiración; ni temática, ni técnica, ni estética. Es hacia Asia Menor, al arte neohitita, donde debemos mirar para interpretarlo correctamente.

No vamos a describir, ni sucintamente, el monumento,

⁵ «Pozo Moro: una joya del Arte Ibérico», *Bellas Artes*, 73, 1973, págs. 28 y ss.; *Id.*, «Pozo Moro y el origen del Arte Ibérico», *CAN*, 13, 1973, págs. 671 y ss.; *Id.*, «El monumento de Pozo Moro y el problema de las raíces orientales del Arte Ibérico», *Las Ciencias*, 40, 1975, s. p.; *Id.*, «Anatolische Wurzeln Iberische Kunst: Pozo Moro», *X International Congress of Classical Archaeology*, Ankara, 1978, *Id.*, «Informe sobre las excavaciones de Pozo Moro, Chinchilla (Albacete)», *NAH Prehistoria*, 4, 1976, págs. 377 y ss.; *Id.*, «El hallazgo de Pozo Moro y la formación de la cultura ibérica», *Saguntum*, 13, 1978, páginas 227 y ss.

⁶ Las raíces del arte ibérico, págs. 273 y ss.

pues ya lo ha hecho magistralmente M. Almagro Gorbea, sino tan sólo señalar los aspectos interesantes ya apuntados muchos de ellos por el excavador, otros añadidos por nosotros —pero que confirman los anteriores— para el contenido de nuestro trabajo. Estamos de acuerdo con el carácter funerario del monumento turriforme que responde a claros influjos orientales, así como en el lugar de origen de estos monumentos sepulcrales, que es toda el Asia Occidental: desde Anatolia a Persia (tumba de Ciro)⁷, incluyendo Fenicia (Amrit)⁸ y Licia⁹, pero todos estos monumentos son cronológicamente posteriores al de Pozo Moro. La idea de este tipo de construcciones funerarias pudo existir en Oriente y los ejemplares conservados son ya más recientes. Estas tumbas son los precedentes para otras sepulturas turriformes, ya de época helenística y romana, como el mausoleo púnico reciente de Dugga¹⁰, fechado en el siglo III o II a.C., levantado en honor de Ateban, príncipe númida. La más conocida es la de Marathus, cilíndrica y de dos pisos, datada en el siglo IV a.C. El mismo Masinissa, al parecer, tuvo una tumba semejante a Krubs, cerca de Circa. En la Península Ibérica los monumentos sepulcrales más famosos, cuyos prototipos orientales llegaron a través del África cartaginesa, son el de Zalamea¹¹, la llamada Torre de los Escipiones¹², la de Breny, en Ta-

⁷ H. Henning von der Osten, *Die Welt der Perser*, Stuttgart, 1956, lámina 40.

⁸ S. Moscati, *I fenici e cartagine*, Turín, 1972, págs. 250 y ss., fechado poco antes del periodo persa, o posterior. Sería el paralelo más antiguo para Pozo Moro. H. Klengel, *Syria Antiqua*, Leipzig, 1971, págs. 50 y ss.

⁹ H. Metzger, *Anatolie*, II, Ginebra, 1969, núms. 83-84 (Xanthos), siglo IV a.C.; 85, época helenística; 86, siglo III a.C., todas las Xanthos; 87-88 (Limyra), siglo IV a.C., y helenísticas, 91 (Telmessos), siglo IV y III a.C.

¹⁰ D. Harden, *Los fenicios*, Barcelona, 1965, págs. 128 y ss. Posiblemente dos tumbas turriformes escalonadas se representen en las pinturas de Gebel-Mlezza. Cfr. S. Moscati, *op. cit.*, 452 y ss. En África estos monumentos turriformes gozaron de gran aceptación en época helenística y romana: R. Romanelli, «Topografia e Archeologia dell'Africa Romana», *Enciclopedia Classica*, II, X, Turín, 1970, págs. 264 y ss., láms. 196-206 a. Mausoleos de Gasr Doga, Cillium, Ammaedara, Sugh el Guimaa de Zliten, Gasr ed Duirat en Leptis Magna, Mactar, Leptis Magna, Gasr Menara, Glurza, Tumba de la Cristiana, de Blad Guitoum, ambos en Argelia, y de Djedar.

¹¹ A. García y Bellido - J. Menéndez Pidal, *El distylo sepulcral romano de Iulipa (Zalamea)*, Madrid, 1963.

¹² T. Hauschild - S. Mariner - H.-G. Niemeyer, «Torre de los Escipiones,

rragona y la torre de ladrillo de las cercanías de Carmona, pero se tiene noticia de otros varios. Las últimas manifestaciones de este tipo de tumbas turriformes son las tumbas de la necrópolis de Palmira¹³, de época romana avanzada. Los cuatro leones de la tumba de Pozo Moro ofrecen un paralelo notable con los del sepulcro turriforme de Amrit, como señala M. Almagro Gorbea. El león, con carácter funerario, arranca de los leones del sarcófago de Ahiram de Biblos¹⁴, siglo XIII a.C. y su carácter fúnebre se documenta en Grecia, Etruria y en la Península Ibérica. Señala este autor otros detalles en la construcción o en las esculturas, que responden a prototipos orientales, como el friso corrido entre molduras de este sarcófago, el uso de ortostatos, decorados o no con relieves, técnica muy característica de la arquitectura neohitita y fenicio-siria, el empleo del mosaico de guijarros alrededor de la tumba, que en fecha posterior aparece en Cástulo¹⁵ y en Galera, y el uso de grapas en forma de cola de golondrina para la unión de los ortostatos. Los leones ofrecen un impresionante paralelismo con leones neohittitas. De todo esto deduce, acertadamente, M. Almagro Gorbea, que Pozo Moro es un monumento funerario, que sigue modelos orientales. Incluso este autor piensa que sea una prueba de una posible mitificación o heroización del difunto, lo cual es muy probable, pues indicios de una posible heroización de los personajes importantes en la Hispania prerromana hay varios, como la placa

Ein römischer Grabturm bei Tarragona», *MM*, 7, 1966, págs. 162 y ss. En general: C. Cid Priego, «El sepulcro de torre mediterráneo y sus relaciones con la tipología monumental», *Ampurias*, XI, 1949, págs. 91 y ss.; A. Jiménez, «El grupo occidental de sepulcros turriformes hispánicos», XIII, *CAN*, 1975, págs. 869 y ss.; C. García Merino, «Un sepulcro romano turriforme en la Meseta Norte. El yacimiento arqueológico de Vilde (Zamora)», *BSAA*, 43, 1977, págs. 41 y ss.; L. Abad - M. Bendala, «Los sepulcros turriformes de Daimuz y Villajoyosa: dos monumentos romanos olvidados», *Lucentum* 4, 1985, páginas 147 y ss.

¹³ D. Schumberger, *L'Orient hellénisé*, París, 1969, págs. 81 y ss.; M. Gawlikowski, *Monuments funéraires de Palmyre*, Varsovia, 1970; H. Th. Bossert, *Altsyrien*, Tubinga, 1951, núm. 375; núms. 375, 378 [El Hermel (romana)], 379 (Amrit, según este autor, del siglo I), 386-388 (Palmira), 103 (Jerusalén), 1214-1216 (Petra); A. Jirku, *Die Welt der Bibel*, Stuttgart, 1957, lám. 107. El Hermel.

¹⁴ A. Kempinski - M. Avi-Yonah, *Siria-Palestina*, II. Archeologia Mundi, Ginebra, 1977, fig. 34; S. Moscati, *op. cit.*, págs. 76 y ss., figs. 6, 77-78.

¹⁵ J. M. Blázquez y otros, *Cástulo*, II, Madrid, 1980.

de pizarra con jinete vestido con clámide, siguiendo prototipos griegos de una tumba oretana de Cástulo, fechada poco antes de la mitad del siglo IV a.C. Aletes, el descubridor de las minas de Carthago Nova, recibió por ello honores divinos (Pol. 10, 10, 3-4). A Metelo se le tributaron honores divinos en Córdoba por parte de los indígenas con ocasión de sus triunfos sobre Sertorio (Salust., *His.* 11, 70. Plut., *Sert.* 22, entre los 74-73). En Azaila (Teruel) quedan restos (dos cabezas y parte de un caballo) de un monumento de heroización ecuestre¹⁶. Nada tiene de particular que el personaje enterrado en Pozo Moro recibiera honores divinos, después de ser sepultado. Posiblemente, como sugiere M. Almagro Gorbea, el difunto era un rey o reyezuelo importante, muy relacionado con los fenicios asentados en las factorías de la costa, a los que proporcionaría metales. Precisamente el lugar de emplazamiento del monumento está en la vía que de Carthago Nova llevaba a los ricos distritos mineros de Oretania; en las cercanías del monumento apareció la Bicha de Balazote y se encuentra el santuario del Cerro de los Santos. El relieve principal, con el banquete —posiblemente funerario— de unos seres monstruosos mitológicos, responde a la gran tradición de banquetes de dioses o de mortales del mundo semita¹⁷, con algunos detalles muy típicos del norte de Siria o de Fenicia, como son los caballos rampantes de gran tradición en Oriente, ya desde el segundo milenio a.C.¹⁸. Influjo del arte neohitita indica la tendencia al relieve plano de todos estos relieves

¹⁶ Cl. Nony, «Une nouvelle interprétation des bronzes d'Azaila», *MCV*, 5, 1969, págs. 5 y ss.

¹⁷ A. P. Kozloff, *The Bulletin of the Cleveland Museum of Art for January*, 1974, págs. 14 y ss.; G. Ahlberg, *OA*, 7, 1967 y ss. Otros detalles muy concretos indican la misma procedencia; así, el gorro cónico de una de las figuras es gemelo al que lleva un varón sentado en un bronce, fechado en los siglos IX-VIII a.C., procedente de Homs. Cfr. S. Moscati, *op. cit.*, págs. 436 y ss. El gorro ajustado del portador del árbol cubre la cabeza de diferentes personajes citados más adelante, como en un relieve del ortostatos de la puerta de la ciudadela de Zinzerli, en dos guerreros de la misma localidad, y en varios varones de Karatepe. La defensa de las piernas se documenta en la imagen de H. Schmökel, *Ur, Assur y Babilonia*, Madrid, 1965, lám. 81. Para la postura del jabalí un paralelo con un ciervo en un relieve de Tell Halaf, fechado entre 730-700 a.C.; E. Akurgal, *op. cit.*, fig. 47.

¹⁸ H. Frankfort, *Arte e Architettura dell'Antico Oriente*, Turín, 1970, fig. 132; A. Moortgat, *The Art of Ancient Mesopotamia*, Londres, 1967, lám. k2.

y la gran musculatura de todos los personajes o dioses. El sillar con alto respaldo del personaje central recuerda, *grosso modo*, las sillas de los relieves del norte de Siria, sobre los relieves sepulcrales de Samal, fechados hacia el año 730 a.C.¹⁹, de Marash, de comienzos del siglo VII a.C.²⁰, o del ortostato de Karatepe, datado hacia el año 700 a.C.²¹, todos con escenas de banquete. Incluso el motivo decorativo de flequillos triangulares, que adornan el sillón, se encuentra idéntico en un relieve con escena de navegación de la puerta norte de la fortaleza de Karatepe, de finales del siglo VIII a.C.²² y en el sillón, donde se sienta el dios El en una estela de Ugarit, fechada en el siglo XIV a.C.²³. El monstruo de pie delante del personaje entronizado viste larga túnica con pliegues en la parte inferior del borde —traje que llevan, tanto hombres como mujeres, en el arte neohitita—; baste recordar el rey hitita entronizado de perfil, de Kizildad²⁴ del siglo IX a.C., el rey Sulumeli vertiendo una libación delante de cuatro dioses, siglos X-XI a.C. de Malatya²⁵, la reina ante la diosa Istar, de la misma localidad y fecha²⁶, los dos dioses de pie sobre un león agachado de Karkemish, siglo IX²⁷, los tres hombres tocando un gran tambor de la misma procedencia y fecha²⁸, el rey Katuwas de Karkemish, siglo IX²⁹, dos guerreros de la puerta de la ciudadela de Zincirli³⁰, el varón del relieve del ortostato de Marash, siglo VIII, en escena de banquete familiar³¹ y el hombre de la estela de Marash, hacia 700 a.C.³². Posiblemente represen-

¹⁹ E. Akurgal, *Orient et Occident*, París, 1969, lám. 13; E. Akurgal - M. Hirmer, *L'arte degli ittiti*, Florencia, 1962, lám. 130.

²⁰ E. Akurgal, *op. cit.*, lám. 28.

²¹ E. Akurgal, *op. cit.*, lám. 33; E. Akurgal - M. Hirmer, *op. cit.*, lámina 143.

²² K. Bittel, *Los hititas*, Madrid, 1976, fig. 310.

²³ A. Parrot - M. H. Chéhab - S. Moscati, *Les phéniciens. L'expansion phénicienne. Carthage*, París, 1975, fig. 7.

²⁴ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 270.

²⁵ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 270.

²⁶ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 278.

²⁷ K. Bittel, *op. cit.*, figs. 285-286.

²⁸ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 290.

²⁹ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 293.

³⁰ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 300.

³¹ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 315.

³² K. Bittel, *op. cit.*, fig. 317.

ta este relieve un mito ibérico, relacionado con ideas de ultratumba, con banquetes funerarios y con sacrificios humanos, cuya interpretación se nos escapará siempre. Lo que posiblemente se representa en Pozo Moro es un banquete con daimones infernales, con cabezas de animales. Genios con cuerpo de hombre y cabeza de animales son frecuentes en el arte neohitita, como en el ortostato de Kargamish (grifos), entre 1050-850 a.C. y en un segundo, con hombres-toros y hombres-leones³³. Seres humanos con cabezas leontocéfalas dobles hay representadas en un marfil de Megiddo, de finales del segundo milenio, y en un relieve de Tell Halaf³⁴ y con cabezas dobles humanas, en un vaso con escenas de la creación³⁵. En la placa asiria que describe el infierno, de la Collection De Clerq de París, se tienen esculpidos emblemas divinos en la parte superior y a continuación en orden descendente, una procesión de demonios con cabezas de animales. En el tercer registro, el enfermo o el difunto sobre un lecho y a los sacerdotes de Ea, vestidos de peces, aspergeando al enfermo, y acompañados de otros demonios. En la parte inferior a los demonios Lamastu sobre un caballo, dentro de una barca, que navega una corriente de agua y a Pazuzu. Precisamente Gilgamés atraviesa las aguas de la muerte, como Heracles en las *Ranas* del cómico ático Aristófanes, en la embarcación de Ursanabi, batelero de Ut-Napishtini, según la tablilla X del poema. En la placa de París el carácter infernal del caballo está bien indicado al ir dentro de la barca infernal, el mismo carácter tendría en el relieve de Pozo Moro. En la visión de los infiernos de un príncipe asirio a los demonios de ultratumba se les representa como seres mixtos de hombre y animales, que es lo que se repite en el relieve ibérico, como a *mamitu*, con cabeza de cabra, manos y pies humanos; al portero de los infiernos, con cabeza de león, manos de hombre y pies de pájaro. También en la mitología mesopotámica existían daimones devorados-

³³ E. Akurgal - M. Hirmer, *op. cit.*, láms. 111-112.

³⁴ H. Frankfort, *op. cit.*, pág. 155, fig. 57.

³⁵ Z. Yeivin, *Enciclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, Londres, 1976, págs. 357 y ss. El tipo de mesa representado entre los genios es bastante parecido a la que lleva, como botín, un soldado asirio en un relieve del palacio de Senaquerib. Cfr. H. S. Baker, *Furniture in the Ancient World*, Londres, 1960, fig. 332.

res de niños, que es lo que se representa, seguramente, en Pozo Moro³⁶.

Hombres con cabezas de animales se representan en el cilindro de Vélez Málaga, obra del norte de Siria del siglo xiv a.C.

No creo probable que se represente en Pozo Moro un mito semejante al de Cronos, devorando a sus hijos, pero no hay que descartar totalmente esta hipótesis de trabajo, debido a la mención en Filón de Biblos de un dios fenicio llamado Elos, idéntico al griego Cronos³⁷. Cronos, o sea, el Moloch fenicio, el Saturno de los romanos, a quien se le hicieron sacrificios humanos de los niños primogénitos (1 Re. 16, 3), fue venerado en la Península Ibérica en Carthago Nova, en fecha muy posterior a los orígenes de la colonización (Pol. 10, 20, 4) y en Cádiz (Str. 3, 169) desde los comienzos, probablemente. Se le cita ya en el poema de Avieno, como divinidad venerada por los navegantes fenicios (*Ora Mar.* 215). La misma disposición de las personas banqueteeando, una entronizada de perfil, la mesa en el centro con los manjares, o sin ella, un servidor delante y ambos con cuencos levantados en una mano, es una actitud muy típica de los relieves neohititas citados en este trabajo; baste recordar el relieve del ortostato de Alaca-Hoyük, del siglo xiv a.C.³⁸, con diosa entronizada y tres hombres dirigiéndose hacia ella; el dios sentado con adorante delante, de la misma localidad y fecha³⁹; el relieve de Marash con escena de banquete familiar, la escena principal del relieve del Ahiram, etc. El guerrero con «short», con casco con cuernos, lanza, escudo circular pequeño y ancho cinturón, ha sido interpretado por M. Almagro Gorbea como imagen del dios Reshef. La forma de terminar el «short» en arco sobre las piernas es idéntica en las imágenes del dios de la tormenta con casco de cuernos, cinturón ancho y espada, al que ofrece una libación el rey Souloumeli, en un bloque procedente del ortostato de Malatya, de estilo neohitita antiguo y fechado

³⁶ J. Mongayrol - J. M. Aymard, *Religions du Monde, La Mésopotamie*, París, 1965, págs. 90 y ss. Una interpretación de esta placa, algo diferente, en M. E. L. Mallowan, *Nimrud and its Remains*, I, Londres, 1966, fig. 60, páginas 117 y ss.

³⁷ H. Ringgren, *La religión de la antigua Siria*; C. J. Bleeker - C. Widengren, *Historia religionum*, Madrid, 1973, pág. 201.

³⁸ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 216.

³⁹ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 221.

entre los años 1050-850⁴⁰, o matando a la serpiente Illoujanka⁴¹. Esta forma de terminar el vestido es antigua, pues ya se documenta en la imagen del dios Sarraouma, de la segunda mitad del siglo XIII a.C. en Yazilikaya⁴². Somos de la opinión de que el guerrero lleva un casco con cuernos, como todos estos dioses citados y no de cimera. Podría también pensarse, además de en la hipótesis, perfectamente aceptable, de que se trata de una imagen del dios Reshef, que cuenta a su favor el hecho de que imágenes suyas o inscripciones, como se verá más adelante, han aparecido en Hispania, en que fuera la representación de un dios tutelar, como el esculpido con vestido corto, cinturón ancho, lanza, casco con cuernos, en el ortostato de Kultepe, siglo IX a.C.⁴³. La mala conservación del relieve de Pozo Moro, en su ángulo noroeste impide conocer si llevaba los atributos del dios de la tormenta, la maza y el rayo. Sin embargo, el dios representado muy frecuentemente en el arte escultórico neohitita y aun antes, es este dios de la tormenta. Además de las imágenes citadas, baste recordar sus representaciones en la puerta exterior de la ciudadela de Sandjirli, 832-810 a.C.⁴⁴, en Til Barsib, en la segunda mitad del siglo VIII a.C.⁴⁵, o en la estela asirizante de Babilonia, en basalto, del Museo de Estambul, fechada en el siglo IX⁴⁶. Este dios de la tormenta se le identifica con Hadad⁴⁷. Del dios Reshef sólo se conserva un número elevado de pequeños

⁴⁰ E. Akurgal, *op. cit.*, lám. 22a; E. Akurgal - M. Hirmer, *op. cit.*, lám. 105. También en otros dos dioses con los mismos atributos: K. Bittel, *op. cit.*, fig. 279.

⁴¹ E. Akurgal, *Orient et Occident*, fig. 60; K. Bittel, *op. cit.*, fig. 279.

⁴² E. Akurgal, *op. cit.*, fig. 59. También en el dios de la tormenta con idénticos atributos de Akçaköy, siglos XIV o XIII. Cfr. K. Bittel, *op. cit.*, fig. 207, y de Firakhtin, 1275-1250, en que el rey Hatusili III ofrece al dios de la tormenta una ofrenda. Cfr. K. Bittel, *op. cit.*, figs. 194, 196 y 198.

⁴³ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 321. En el Egeo se han hallado nueve imágenes de este dios, de finales de la Edad de Bronce. En el santuario de Phylakopi han aparecido dos figuras (C. Renfrew, «The Mycenaean sanctuary at Phylakopi», *Antiquity*, 204, 1978, págs. 11 y 13; J. Bouzek, «Syrian and Anatolian figurines in Europe», *Proc. Prehist. Soc.*, 38, 1972, págs. 156 y ss.; J. Canby, «Some Hittite figurines in the Aegean», *Hesperia*, 38, 1969, págs. 141 y ss.

⁴⁴ E. Akurgal, *op. cit.*, fig. 61.

⁴⁵ E. Akurgal, *op. cit.*, fig. 82.

⁴⁶ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 322. Se le documenta ya en Ras Samra. Cfr. H. Frankfort, *op. cit.*, fig. 230.

⁴⁷ H. Ringgren, *op. cit.*, págs. 202 y ss.

bronces: se le representa como un guerrero armado de escudo, lanza, hacha de guerra y casco puntiagudo⁴⁸. Una imagen de Reshef, de arte fenicio, procedente de La Bekaa, fechada en el segundo milenio, viste túnica que desciende hasta los pies⁴⁹. No hay que descartar que el guerrero represente al guerrero difunto, como en las estelas etruscas arcaicas de Avite Tite en Volterra, de Larth Animes de Fiesole, de Aule Pheluskas, de Vetulonia y de Larth Atharnies de Pornarence⁵⁰, que este guerrero sea el personaje depositado en el monumento y que esté deificado, como sucedía con los reyes en Oriente, como en Yazilikaya, según indica un relieve del siglo XIII, en el que detrás de los dioses sol y luna se encuentra la imagen del rey deificado y además el rey sobre un león de Sendjirli, datado entre 830 y 810 a.C. y una estatua de Karkemish⁵¹.

El personaje con tres pares de alas y pie puntiagudo, sentado ante el árbol de la vida, es interpretado por M. Almagro Gorbea como el dios El, basado en un frontal hallado en la tumba 79 de Salamina de Chipre, posible imagen de este dios⁵², pero es más probable que sea un genio alado, ya que junto al árbol de la vida se colocan frecuentemente genios, alados o ápteros; baste recordar un relieve del ortostato de Saktshagenzu, datado hacia el año 730 a.C.⁵³ o el relieve en alabastro del palacio de Ashurnasirpal II en Nimrud⁵⁴. Un genio alado con tres pares de alas, realizadas con la misma técnica se esculpió en Tel Halaf. Para Frankfort⁵⁵ se trata de un querubín. Un querubín guardaba el árbol de la vida, según el relato bíblico (Gén. 3, 21). El tema de genios alados, masculinos o femeninos, con frutos del árbol de la vida, es particularmente frecuente en los marfiles de Nimrud, hallados en el fuerte de Salmanasar⁵⁶. También se grabó una fi-

⁴⁸ H. Ringgren, *op. cit.*, pág. 206; J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas II, Religiones prerromanas*, págs. 55 y ss.

⁴⁹ A. Parrot- M. H. Chehab - S. Moscati, *op. cit.*, fig. 69; O. Negbi, *Canaanite Gods in metal*, Tel-Aviv, 1976, págs. 29 y ss.; láms. 18-30.

⁵⁰ H. Mühlestein, *Die Kunst der Etrusker*, Berlín, 1928, 1928, láms. 108-200, figs. 197-200.

⁵¹ E. Akurgal, *op. cit.*, págs. 104 y ss., 109.

⁵² V. Karageorghis, *Chypre*, Ginebra, 1968, fig. 121.

⁵³ E. Akurgal, *op. cit.*, lám. 15a.

⁵⁴ A. Moortgat, *op. cit.*, figs. 257-258.

⁵⁵ *Op. cit.*, pág. 212, lám. 268.

⁵⁶ M. E. L. Mallowan, *op. cit.*, figs. 384, 385-386. El árbol de la vida, aso-

gura áptera sentada junto al árbol sagrado⁵⁷ en marfiles de la misma procedencia, que es la composición que se repite en el relieve de Pozo Moro que es Astarté, según un marfil del Museo de Bagdad procedente de Nimrud.

Personajes o dioses con los zapatos terminados en punta son también frecuentes en el arte neohitita, al igual que en el etrusco; baste recordar al mencionado dios de la tormenta de Babilonia, a los dos genios alados, datados en el siglo x a.C., rodeando al dios-montaña del templo de Ain-Dura⁵⁸, a los dos guerreros de la puerta de la ciudadela de Zincirli, siglos x-ix a.C.⁵⁹, al citado dios de la tormenta con la serpiente, o el dios de la vegetación, Tarhu, del relieve rupestre de Ivriz, fechado en la segunda mitad del siglo viii a.C.⁶⁰, etc.

La silla de tijera, o *diphros*, o la mesa plegable, también aparece esculpida frecuentemente en los relieves neohittitas: escena de banquete en la puerta de la ciudadela de Zinarti, siglos x-ix a.C.⁶¹, las dos estelas citadas con banquete funerario, de Simal, o el relieve mencionado del rey Asitawata festejando. El tema de hombres de pie, sujetando flores de loto, se encuentra en un marfil de Nimrud. El tema es conocido y deriva de una iconografía del norte de Siria, Fakhariyah y de esta región pasó a Asiria⁶². La escena sexual ha sido interpretada por M. Almagro Gorbea como un matrimonio sagrado, lo cual es muy posible, hipótesis más fácil de aceptar si se admite que el guerrero representa al dios de la tormenta, asociado a Hadad que, según reza una inscripción, «dará abundancia de lluvia, abundancia y agua y nieve, hará resonar su voz en las nubes, sus relámpagos y rayos sobre la tierra»⁶³. Sin embargo, en la escena sexual de Pozo Moro podría pensarse en una interpretación no sagrada, al igual que en las dos parejas de la Tumba de los Toros, en Tar-

ciado a grifos, esfinges y pájaros, se representa en sellos sirios. Cfr. W. Stevenson, *Interconnections in the Ancient Near East. A study of the Relationship between the Arts of Egypt, the Aegean and Western Asia*, Londres, 1965, figs. 115, 153a.

⁵⁷ M. E. L. Mallowan, *op. cit.*, figs. 383, 399, 400-402.

⁵⁸ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 318.

⁵⁹ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 300.

⁶⁰ K. Bittel, *op. cit.*, figs. 327-328.

⁶¹ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 299.

⁶² M. E. L. Mallowan, *op. cit.*, figs. 30, 32.

⁶³ H. Ringgren, *op. cit.*, figs. 30, 32.

quinia, de mediados del siglo VI a.C.⁶⁴. Como es seguro que uno de los relieves alude al mito de Gilgamés, la escena podía describir las relaciones amorosas de su compañero Enkidu con la ramera sagrada, I (IV):

La moza le contempló, al salvaje, / Al hombre bárbaro de las profundidades del llano: / «¡Ahí está, oh moza! ¡Desciñe tus pechos, / Desnuda tu seno para que posea tu sazón! / ¡No seas esquivo! ¡Acoge su ardor! / En cuanto te vea, se acercará a ti. / Desecha tu vestido para que yazca sobre ti. / ¡Muestra al salvaje la labor de una mujer, / Le rechazarán las bestias salvajes que crecen en su estepa, / Cuando su amor entre en ti.» / La moza libertó sus pechos, desnudó su seno, / Y él poseyó su madurez. / No se mostró esquivo al recibir su ardor. / Desechó su vestido y él descansó en ella, / Mostró al salvaje el trato de una mujer, / Cuando su amor entró en ella. / Durante seis días y siete noches saciado de sus encantos, / Volvió el rostro hacia sus bestias salvajes.

O los excesos amorosos del propio Gilgamés, II (IV):

En la ciudad ha acumulado profanación, / Imponiendo extrañas cosas a la infausta ciudad. / Para el rey de Uruk, la de amplios mercados, / El tambor del pueblo suena / Para la nupcial elección, A fin de que con legítimas mujeres se ayunte. / El es el primero, El marido viene después. / Por el consejo de los dioses (así) fue ordenado. / ¡Al cortar su cordón umbilical / Se decretó así para él!

Un paralelo exacto para este grupo se halla sobre un vaso chipriota de la clase Bichrome V⁶⁵. Escenas gemelas, algunas de ellas con matrimonios de dioses, son frecuentes en el arte elamita del segundo milenio a.C. sobre relieves de terracota⁶⁶.

⁶⁴ M. Pallottino, *La peinture étrusque*, Ginebra, 1952, págs. 32 y ss.; R. Bloch, *Les étrusques*, Ginebra, 1969, fig. 78.

⁶⁵ V. Karageorghis - J. des Gagniers, *La céramique chipriote de style figuré, Age du Fer (1050-500) Av.J.C.*, Roma, 1974, págs. 91 y ss.

⁶⁶ R. Surieu, *Persien, Ars et amor, Die Erotik in der Kunst*, Munich, 1979, págs. 23, 27, 30 y ss. El Cantar de los Cantares se ha puesto, modernamente, en relación con las ceremonias de bodas de las divinidades de la vegetación, tan veneradas en el ambiente sirio-palestino, o con el matrimonio sagrado, tan popular en el Oriente Próximo. Cfr. F. Cantera - M. Iglesia, *Sagrada Biblia*, Madrid, 1975, pág. 751.

El hombre que lleva un árbol a hombros, en el que se posan aves, creemos que es Gilgamés. En la tablilla IX, columna V de este poema se lee:

Entonces vio un árbol y hacia él dirigió sus pasos. / Los frutos son de rubíes, / bellas son las colgantes ramas, / su follaje es de lapislázuli...

Y en la tablilla XII:

La serpiente «que no descansa nunca» había anidado entre las raíces; / el pájaro de la tempestad había colocado a su cría en la copa; / en el medio Lilla construyó su casa... / Gilgamés empuñó su hacha / y golpeó con ella a la serpiente «que no descansa nunca»; / el ave de la tempestad que anidaba en la copa del árbol / huyó a la montaña con su pequeñuelo. / Gilgamés destruyó la casa de Lilla / y disparó los escimbros. / Taló el árbol por las raíces, / golpeó su copa / y luego la gente de la ciudad vino a cortarla. / Dio el tronco a la brillante Inanna, / para que con la madera se hiciese un lecho y una silla, / y con las raíces se construyó un pukku / y con la copa un mikku.

También podía representar al episodio de Huwawa y la montaña de cedros, según la versión hitita: el monstruo, al que Gilgamés no perdonó la vida, estaría simbolizado en las cabezas de felinos, pero es poco probable: IV. «Gilgamés y Enkidu fueron al bosque de cedros. / A las veinte leguas tomaron un bocado, / a las treinta leguas pernoctaron. / Cuando llegaron al Mala, a la orilla, / ofrecieron un sacrificio al dios Sol. / Y desde allí, al decimosexto día, / llegaron al corazón de los montes, / y en el corazón de los montes dejaron de hablar. / Ellos contemplan los cedros, / pero Huwawa los está viendo desde arriba, / y les dice: V. Gilgamés tomó el hacha en su mano / y comenzó a cortar los cedros. / Pero cuando Huwawa oyó el ruido, / se encolerizó: “—¿Quién ha venido, / ha profanado los árboles crecidos en mi montaña / y ha cortado el cedro?”» (Traducción de A. Bernabé.)

Creemos más segura la interpretación anterior, pues, el monstruo Huwawa se representa con cuerpo de hombre⁶⁷.

⁶⁷ A. Parrot, *Sumer*, Madrid, 1960, págs. 302 y ss.

Cuando el mundo aún era joven, vio Inanna la aflicción del árbol *kebuluppû*, plantado a orillas del Éufrates, y que había sido asaltado por el viento sur. La diosa le protegió y lo transplantó a su hermoso jardín de Uruk, donde lo cuidaba e hizo crecer para hacerse un día, de su preciosa madera, su trono y su lecho. Cuando llegó el tiempo para cortarlos, la serpiente había hecho su guarida bajo sus raíces; *Zu*, el ave de las tempestades, había hecho en su copa el nido para sus pichones, y entre sus ramas, la demonia *Lilit* había erigido su casa; por eso, Innana no pudo cortar el árbol. Cuando su hermano Utu, dios del sol, apareció por la mañana, le contó llorando su pena. Entonces, Gilgamés le ofreció su ayuda, se puso la armadura que pesaba cincuenta minas y mató la serpiente con el hacha de siete talentos y siete minas de peso. *Zu*, el ave de las tempestades, huyó con sus pichones a la montaña, la diabla *Lilit* se escapó al desierto, y entonces Gilgamés, junto con sus gentes de Uruk, pudo empezar a cortar el árbol. Su tronco proveyó la madera para el trono y el lecho de Inanna, del pie y de la copa se hicieron un tambor y un palillo para Gilgamés, los cuales el regio héroe utilizaba después de Uruk. Este resumen del mito, tal como lo ha hecho H. Schmökel⁶⁸, coincide con el relieve de Pozo Moro, donde se representa a Gilgamés con el árbol ya cortado, ayudado en su empresa por los habitantes de Uruk, a *Zu*, el ave de la tempestad, a los pichones en el árbol y quizá, a la demonia *Lilit*, representado en el monstruo que arroja llamas.

La escena principal, de la que sólo se conserva una completa, está encuadrada entre tres cabezas de felinos (?) que arrojan fuego o rugidos. En otro relieve se esculpieron tres cabezas de felinos superpuestas, despidiendo llamas o dando aullidos. Detrás de ellas, al parecer, se esculpió un varón, del que sólo queda una pierna. Si las cabezas fuesen de lobos, como apunta M. Almagro Gorbea, su presencia en un monumento funerario es más fácil de explicar por la vinculación del lobo con ideas de ultratumba. Una piel de lobo cubre un sarcófago, aún inédito, del Museo Arqueológico de Jaén, hallado en *Illiturgi*, y la cabeza de lobo tiene, posiblemente, carácter funerario en el umbo de la pátera de Tivisa⁶⁹. El lobo en las religiones mediterráneas tiene,

⁶⁸ *El país de los sumerios*, Buenos Aires, 1965, págs. 197 y ss.

⁶⁹ J. M. Blázquez, *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*,

muy frecuentemente, carácter funerario, como se desprende de que una piel de lobo cubre la cabeza de Hades en la Tumba de Ogro, fechada en el siglo II a.C.⁷⁰. En *Illiturgi* (Jaén) han aparecido dos bronce, quizá extremidades de lanza de carros, que terminan en cabezas de lobo, con escenas mitológicas grabadas, del más alto interés religioso, en las que también se cinceló un jabalí y en las que, posiblemente, bajo un ropaje de figuras clásicas, se representan mitos turdetanos⁷¹. Un monstruo con tres cabezas superpuestas de perro o de lobo se cinceló en el cuerpo de Hasanlu, siglos XII-XI a.C., o de 900 a.C. Aquí, con seguridad, representa al monstruo de la montaña, significado que encaja bien en la escena de Gilgamés con el árbol. En este cuenco también un toro que tira del carro que conduce al dios, despidiendo agua (?) de su boca⁷². Muy probablemente hay que pensar en la existencia de creencias ibéricas infernales de monstruos con tres cabezas, del tipo del cerbero con triple cabeza de lobo de la religión etrusca, pintado en un vaso de Orvieto, del grupo de Vanth, donde el sentido infernal del cerbero queda bien manifestado por los acompañantes: Charum, Perséfone en carro, Vanth y Hades⁷³. Gilgamés cubre su cabeza con un capacete

Madrid, 1977, págs. 221 y ss. En un relieve de Tell Halaf se presentó a Gilgamés entronizado delante de dos hombres-toro, con la planta de la inmortalidad en la mano. Cfr. F. von Oppenheim, *Der Tell Halaf*, Leipzig, 1931, lám. 37a. Gerión llevando un árbol al hombro detrás del ganado se representó en un sarcófago de Athinieu, donde encima hay un cerbero, pero la escena no tiene, al parecer, ninguna relación con Pozo Moro. Cfr. G. Perrot - Ch. Chipiez, *Histoire de L'art dans l'Antiquité*, III, *Phénicie-Chypre*, Paris, 1885, págs. 573 y ss., fig. 387.

⁷⁰ M. Pallottino, *op cit.*, pág. 112.

⁷¹ Museo Arqueológico Nacional. *Las nuevas salas de antigüedades ibéricas y clásicas*, Madrid, 1972, pág. 17.

⁷² E. Porada, *Ancient Iran*, Londres, 1965, págs. 98 y ss., lám. 23, fig. 65. La autora asocia estas escenas con un relato épico hurrita del dios Kummurbi, conocido por un texto hitita. Los hurritas se extienden desde el norte de Siria hasta el noroeste del Irán, a finales del segundo milenio. S. Lloyd (*The Art of the Ancient Near East*, Londres, 1961, fig. 201) baja la cronología hasta 900 a.C. y cree que representa un mito desconocido. Los leones heridos del arte asirio (H. Frankfort, *op. cit.*, lám. 178) sangran por la boca de una manera parecida a la de los felinos de Pozo Moro, pero en estos últimos animales no se puede pensar que se trate de verter sangre.

⁷³ R. Bianchi - Bardinelli - A. Giuliano, *Los etruscos y la Italia anterior a Roma*, Madrid, 1974, págs. 278 y ss., fig. 319. El cerbero va unido en Grecia con escenas funerarias, como en el jarrón apulio, con la imagen del reino de

ajustado, gemelo de los que llevan los oferentes del relieve de Karatepe, donde se esculpió al rey Asitawata banquetando⁷⁴ y el niño mamando, de la misma⁷⁵, o los músicos y otros personajes, también de Karatepe⁷⁶. La fecha de todos estos relieves, en torno a 700 a.C., proporciona la data de los relieves de Pozo Moro. Incluso los ojos de Gilgamés, al igual que los de los daímones con cabeza de lobo y los de los personajes que sostienen con horcas el árbol, están ejecutados con la misma técnica que los de los servidores del relieve del rey Asitawata. El perfil de la cara de uno de los criados de Gilgamés, el único que se puede observar con seguridad, dado el mal estado de algunas partes del relieve de Pozo Moro, es idéntico al de los personajes de Karatepe.

La cabeza femenina con tallo de loto, como sugiere M. Almagro Gorbea, muy posiblemente, es una imagen de la diosa Anat, pero también puede ser una representación de Hathor, según modelo de un escarabeo, de la necrópolis de Dermech, en Cartago, datado en los siglos VII-VI a.C.⁷⁷, aquí también acompañada de flores de loto. Paralelos más próximos son las cabezas de Hathor chipriotas sobre vasos de los llamados estilos de Anathunte 1-7, todos pertenecientes a la clase Bichrome V⁷⁸. Igualmente la cabeza femenina de Pozo Moro podía estar inspirada en la diosa alada y con flores de loto en las manos, de tres marfiles del Fuerte de Salmanasar en Nimrud, del siglo VIII a.C., que son los prototipos para las diosas del Berrueco (Salamanca). Estas tres diosas son los modelos más próximos a la cabeza de Pozo Moro⁷⁹. Representan a la diosa cananea Schepesh de los textos ugaríticos. En el Museo de Bagdad hay un marfil

Hades y de Perséfone. Cfr. A. Eliot y otros, *Mitos*, Barcelona, 1976, págs. 282 y ss.; P. E. Arias, «Storia della ceramica di età arcaica, classica ed ellenistica e della pittura di età arcaica e classica», *EC*, III, XI, Turín, 1963, lámina XXXVIII bis, Hércules y el cerbero sobre vaso ceretano.

⁷⁴ E. Akurgal, *op. cit.*, págs. 143 y ss., lám. 33.

⁷⁵ E. Akurgal, *op. cit.*, págs. 143 y 145, lám. 35.

⁷⁶ E. Akurgal, *op. cit.*, págs. 143 y ss., lám. 34.

⁷⁷ A. Parrot - M. H. Chéhab - S. Moscati, *op. cit.*, fig. 191.

⁷⁸ V. Karageorghis - J. des Gagniers, *op. cit.*, págs. 504 y ss. Otras cabezas gemelas (Hathor), en marfil, en C. Decamp de Mentzenfeld, *Inventaire commenté des ivoires phéniciens et apparentés découverts dans le Proche-Orient*, Paris, 1954, núms. 284-287.

⁷⁹ M. E. L. Mallowan, *op. cit.*, págs. 486 y ss., figs. 392-394.

procedente de Nimrud que es un paralelo muy próximo para este relieve.

El supuesto jinete con espada y serpiente debajo, como muy bien propone M. Almagro Gorbea, es una prueba de la heroización del difunto⁸⁰, si se representa un jinete, lo que para nosotros no es cierto. El tema del jinete es conocido en el arte púnico, baste recordar el disco de terracota de la necrópolis de Douïmes, del siglo VI a.C.⁸¹, con dos paralelos con variantes en la Península Ibérica⁸² y la terracota del Museo Nacional de Cartago⁸³, o la estela del *tofet* de Cartago⁸⁴. Sin embargo, el tema del jinete, muy probablemente, no procede del norte de África, sino de Oriente, donde es frecuente en los relieves de Karatepe, fechados hacia el año 700 a.C.⁸⁵. La presencia en Pozo Moro de la serpiente refuerza el sentido funerario de la composición. El relieve de Pozo Moro representa, según nuestra opinión, una quimera, como se deduce de que la cola termina en cabeza de serpiente, y el caballero no está encima del supuesto caballo.

El tema de los dos jabalíes, unidos por el centro, no tiene paralelos directos, que sepamos, en ningún lugar del Mediterráneo. Dos leones unidos por los cuerpos están representados en el llamado dios-espada de Yazilikaya, entre 1250-1220 a.C.⁸⁶, dios de carácter funerario seguro. El jabalí, por la forma de cabeza, hocico, de patas delanteras y de cerdas sobre el cuerpo es gemelo a un jabalí de Esmirna. El jabalí, o quizá el cerdo, frecuente en todo el Mediterráneo es funerario; baste recordar el monumento a las Harpías de Xanthos⁸⁷. Posiblemente quede así reforzado el sentido funerario del banquete fúnebre, donde se ha conservado un jabalí. El anguipede en el mundo etrusco es de carácter funerario, pues aparece en estelas, sarcófagos y tum-

⁸⁰ Sería el dato más antiguo de esta heroización en la Península Ibérica. Cfr. J. M. Blázquez, *Imagen y mito*, págs. 278 y ss.

⁸¹ A. Parrot- M. H. Chéhab - S. Moscati, *op. cit.*, fig. 209; S. Moscati, *op. cit.*, págs. 382. En las estelas púnicas el tema del jinete prácticamente es desconocido. Cfr. A. M. Bisi, *Le stele puniche*, Roma, 1967.

⁸² J. M. Blázquez, *Imagen y mito*, págs. 29 y ss.

⁸³ S. Moscati, *op. cit.*, págs. 341 y ss.

⁸⁴ A. Moscati, *op. cit.*, págs. 683.

⁸⁵ H. Frankfort, *op. cit.*, lám. 280; E. Akurgal, *op. cit.*, lám. 34c; K. Bittel, *op. cit.*, fig. 297, de Zincirli, siglos X-IX a.C.

⁸⁶ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 254; E. Akurgal - H. Himer, *op. cit.*, láms. 81-83.

⁸⁷ W. Fuchs, *Die Skulptur der Griechen*, Munich, 1969, fig. 495.

bas⁸⁸, en una estela felsina en lucha con un guerrero, pero era desconocido en la mitología hispana. Los anguipedes de Pozo Moro son, seguramente, más antiguos que sus congéneres etruscos. No creemos que tenga nada que ver con el dios fenicio Yam, el Poseidón⁸⁹ fenicio, cuya iconografía es diferente, como sugiere M. Almagro Gorbea.

El ser acuático de tipo quizá tritón de uno de los relieves de Pozo Moro está ejecutado con una técnica de trabajar la piedra que se documenta ya en un bloque con toro de Alaca-Höyük, siglo XIV⁹⁰. Es a este arte neohitita, mezcla de elementos mitanos y neohititas, asirios y arameos, el que llega hasta Occidente y se manifiesta en los relieves de Pozo Moro. Como acertadamente escribió Frankfort⁹¹:

Los puertos de Siria septentrional y de Cilicia desempeñaron un papel importante en esta difusión, pero los agentes principales fueron los fenicios, cuyo repertorio temático se refleja, muy deformado, en las esculturas de Karatepe. Estos relieves, al igual que los de Siria septentrional, desempeñaron un papel importante en la transmisión del repertorio oriental a Grecia, a través de los productos de artes menores, fácilmente transportables.

También al Mediterráneo central, donde se calcaron capiteles, como los de Sendjerbi, datados en 730 a.C., y a Iberia. La cronología, que se puede atribuir a los relieves de Pozo Moro cae en torno a 700 a.C. El *bustum* de dentro del monumento no creemos que tenga nada que ver con el sepulcro turriforme, ya que es prácticamente imposible quemar un cadáver dentro de la cámara sepulcral. La cremación necesita un espacio al aire libre, como se hace hoy día aún en la India, donde circulen bien

⁸⁸ *Mostra dell'Etruria Padana e della città di Spina*, Bolonia, 1961, lám. XXV; estela felsina, F. Boitani y otros, *La città etrusche*, 1974, págs. 173; tumba de los relieves, anguipede y un cerbero, G. Giglioli, *L'arte etrusca*, Milán, 1935, láms. CCCXI, sarcófago; lám. CCCLXXXIX, tumba del Tifón; lám. CLXXXIV, daimon arquipede Conca, etc.: R. Herbig, *Götter und Dämonen der Etrusker*, Maguncia, 1965, pág. 50, figs. 48-49.

⁸⁹ M. H. Fantar, *Le dieu de la mer chez les phéniciens et les puniques*, Roma, 1977.

⁹⁰ K. Bittel, *op. cit.*, fig. 217.

⁹¹ *Op. cit.*, págs. 22 y ss.

las corrientes de aire y una temperatura muy elevada; el cadáver tarda bastantes horas en convertirse en cenizas. Siendo los sillares del monumento de piedra caliza, ésta con el calor del fuego se hubiese convertido en cal. Las piras estaban al aire libre como en la necrópolis de Salamina de Chipre⁹². Sin embargo, este monumento, tanto desde el punto de vista de la arquitectura, como de los relieves, por su contenido y su arte, es, hoy día, un *apax*, pues no tiene paralelos en el arte ibérico o turdetano. Un heroon con relieves fue, sin duda, el monumento de Osuna, hermoñado con esculturas de flautistas, oferentes y competiciones agonísticas, fechadas en el siglo III a.C., pero es de arte muy diferente⁹³.

Esta influencia del norte de Siria sobre la Península Ibérica no tiene nada de extraño, ya que las Astartés de Cástulo, según me comunica el profesor Riis de la Universidad de Copenhague, siguen modelos muy cercanos de bronce de Hama. En el arte neohitita hemos buscado también los prototipos de los leones ibéricos y turdetanos, guardianes de tumbas (leones de Baena, hoy en el MAN de Madrid, los varios de Nueva Carteya, de Manga y de Castro del Río, todos hoy en el Museo de Córdoba, de Cástulo, en la actualidad en el Museo de Linares y de La Guardia, en el Museo de Jaén)⁹⁴. Hoy día somos de la opinión que a Occidente llegaron arameos con los fenicios.

Una concepción oriental de puerta, posiblemente de tumba, tiene la Bicha de Balazote⁹⁵. Es la misma de los toros con cabeza humana de la puerta de ingreso del palacio de Khorsabad⁹⁶ o el león androcéfalo alado de las puertas del palacio de Aurnasirpal II, en Kalach⁹⁷, o el toro alado androcéfalo del palacio de Sargón II en Dursharruskin⁹⁸, y el toro tumbado de Osuna⁹⁹.

⁹² V. Karageorghis, *Salamis in Cyprus, Homeric, Hellenistic and Roman*, Londres, 1969, pág. 26. El autor expresamente indica que la pira se encontraba en el dromos de la tumba, o sea fuera de ella y a la entrada; págs. 117 y ss., las piras estaban situadas próximas a las tumbas o en los dromos, y describe este autor varias piras próximas a tumbas, como las A, L y Q.

⁹³ A. García y Bellido, *Los pueblos de la España*, págs. 554 y ss.

⁹⁴ J. M. Blázquez, *El arte neohitita; Íd., Arte fenicio*, págs. 297 y ss.

⁹⁵ A. García y Bellido, *Los pueblos de la España ibérica*, págs. 574 y ss.

⁹⁶ H. Frankfort, *op. cit.*, figs. 139-140.

⁹⁷ H. Schmökel, *Ur, Asur y Babilonia*, lám. 85.

⁹⁸ H. Schmökel, *Ur, Asur y Babilonia*, lám. 96.

⁹⁹ A. García y Bellido, *Los pueblos de la España Ibérica*, págs. 586, fig. 525;

—aquí el orientalismo está más reforzado por la manera de estar ejecutados los pliegues del cuello, exactamente igual que en los toros de Oriente: marfiles de Biblos¹⁰⁰, de Arslan Tahs¹⁰¹, de la época de Tiglathpileser III (745-727 a.C.) con escena de cacería de toro a caballo¹⁰², marfiles de Carmona¹⁰³ y pinturas chipriotas citadas más abajo, etc. La concepción del prótomo de carnero de Osuna, posiblemente adorno de una zapata¹⁰⁴, es también una idea llegada de Oriente; baste recordar la cabeza de toro androcéfalo del capitel de Persépolis¹⁰⁵. El toro de Obulco (Jaén), en ciertos caracteres formales y en otros de puro adorno, indica un gusto oriental¹⁰⁶. Recuerda muy de cerca los toros orientales, como señala A. Blanco. La cabeza parece un eco, por su actitud, de los prótomos dobles, de los capiteles persas, que llegan hasta Fenicia. La relación de esta pieza con los toros de los marfiles fenicios¹⁰⁷ y de los vasos chipriotas¹⁰⁸ es evidente. Influjo chipriota, en opinión de Kukahn¹⁰⁹, tienen, por su hieratismo, los oferentes del Cerro de los Santos¹¹⁰, siglo IV a.C.

J. M. Blázquez, *Arte fenicio y tartésico*, pág. 297. El mismo estudio de los pliegues tienen en el levante ibérico la llamada bicha de Alones, Valencia, los toros de Cabezo Lucero (E. A. Llobregat, *op. cit.*, láms. V y X) y el de Villajoyosa (A. E. Llobregat, «El toro ibérico de Villajoyosa [Alicante]», *Zephyrus*, 25, 1974, págs. 335 y ss.).

¹⁰⁰ H. Frankfort, *op. cit.*, lám. 245.

¹⁰¹ H. Frankfort, *op. cit.*, lám. 295.

¹⁰² H. Mallowan, *op. cit.*, pág. 49, lám. 53.

¹⁰³ J. M. Blázquez, *Tartessos*, lám. 59 C. El mismo tratamiento aparece en leones y grifos de Bencarrón, lám. 56 B.

¹⁰⁴ A. García y Bellido, *Los pueblos de la España ibérica*, pág. 586, figura 527.

¹⁰⁵ H. Frankfort, *op. cit.*, pág. 326.

¹⁰⁶ A. Blanco, *Orientalia*, II, págs. 3 y ss.; J. M. Blázquez, *Arte fenicio*, págs. 296 y ss.

¹⁰⁷ M. E. L. Mallowan, *op. cit.*, figs. 174-176, 387, 416-417, 425, 436-438 y 453.

¹⁰⁸ V. Karageorghis - J. des Gagniers, *op. cit.*, págs. 44 y ss., 150 y ss., todos con pliegues sobre el cuello.

¹⁰⁹ *Die Griechen und ihre Nachbarn, Propyläen Kunstgeschichte*, Berlín, 1967, n. 374a, siglos III-II a.C. Algunas damas y varones del Santuario de los Santos ofrecen un paralelismo muy grande, en cuanto a los pliegues del manto y de la túnica, con esculturas arcaicas chipriotas. Cfr. M. Yon, *Salamine de Chypre*, V. *Un dépôt de sculptures archaïques*, París, 1974. Para la llamada Gran Dama, núms. 51, 53 y 114. Para los pliegues del varón en la escultura del matrimonio, núms. 73-74, 78, 95, 98 y 101.

¹¹⁰ A. García y Bellido, *El arte de la España ibérica*, págs. 496 y ss.

Al lado de este influjo oriental traído por los fenicios hay que colocar el debido a la escultura griega arcaica. Nicolini¹¹¹ ha insistido en él con motivo de estudiar tres cabezas conservadas en el Museo del Louvre, procedentes del Llano de la Consolación. Piensa este autor que la forma en que se articulan los volúmenes y su tratamiento relacionan entre sí estas tres cabezas y son una primera característica del estilo arcaico ibérico. El volumen occipital se encuentra, fuera de España, en la escultura ática y jonia, principalmente, cuyo influjo ha desempeñado un papel importante en la labra de las cabezas ibéricas. Los resultados en la época arcaica griega e ibérica son idénticos: el rostro y su expresión resaltan por la sencillez del volumen del cráneo. Nicolini pone en relación estas cabezas con la escultura jonia, en general, y en particular con la de Mileto y Éfeso, fechadas en la segunda mitad del siglo VI a.C. Los mechones, aplastados, ondulados y terminados en ganchos, que adornan la frente y las sienes de las cabezas del Llano de la Consolación, son un elemento característico del arte de este santuario en época arcaica. Alguna pieza está próxima, a juzgar por este tratamiento, a varias cabezas masculinas del Cerro de los Santos, pero estas piezas son ya de fecha algo posterior. Los lejanos prototipos de esta técnica del cabello se encuentran en las esculturas y relieves del norte de Siria y de Jonia, de donde pasó al Ática, entre 540-520 a.C. El motivo se imitó, también, en la Magna Grecia, pero la transmisión a Occidente se hizo seguramente a través de objetos pequeños, tales como estatuillas, vasos plásticos o monedas, como la diosa sentada de Galera, obra importada del norte de Siria, datada en la segunda mitad del siglo VII a.C.

El tratamiento de los ojos produce la impresión de una vida anterior intensa y de humildad ante la divinidad. El origen de este comportamiento es oriental. Se ha documentado en los relieves neohititas de los siglos IX y VII a.C. Fue imitado, con posterioridad, por los fenicios y los cartagineses. En los siglos VII y VI a.C. pasó esta moda de expresión al arte griego. En modelos jonios se inspiraron los artistas iberos, que esculpieron una de las cabezas estudiadas por G. Nicolini y la del Museo de Barcelona. En otra cabeza el influjo oriental es más intenso. En dos cabezas ibéricas de las tres conservadas en el Museo del Louvre

¹¹¹ *A propos de l'archaïsme ibérique*, págs. 25 y ss.

y en la de Barcelona, la influencia griega, sin poder precisar más detalles, es evidente. El tratamiento de la boca en una pieza del Llano de la Consolación, al igual que en varias bocas de cabezas halladas en el Cerro de los Santos, está inspirado en un modelo griego del siglo VI a.C. En otra, el prototipo llegó de la Grecia oriental a través de terracotas. La gran estatuaría ibérica se formaría, por consiguiente, bajo el influjo greco-oriental; sería la más próxima a modelos mediterráneos y la menos indígena. Nicolini piensa que las esculturas del Llano de la Consolación remontan, al menos, al tercer cuarto del siglo VI a.C. y que las del Cerro de los Santos se fechan en los primeros años del siglo V a.C. Las esculturas de Obulco se fecharían a finales del siglo V a.C. Como acertadamente escribe el investigador francés, la comunidad de inspiración entre los talleres del Cerro de los Santos, del Llano de la Consolación, de los Santuarios de Oretania y de sus congéneres de Contestania y de Edetania, no motivó la unidad del arte ibérico arcaico, pues cada provincia, cada centro, conservó su propia personalidad artística, debida a un gran poder de creación y es la diversidad lo que al fin predominó. Los primeros escultores del Llano se encuentran más próximos a Grecia que a Siria, pero hacen gala de un eclecticismo, que creemos que es una de las características del arte ibérico y turdetano, donde los modelos recibidos se interpretaron con una gran libertad y se entrecruzaron libremente los influjos recibidos, dando lugar a productos de gran originalidad, por lo que, siguiendo a Nicolini, no somos partidarios, salvo determinados casos, como en la escultura de Obulco, de hablar de un arte griego provincial.

Algunas otras esculturas cabe recordar que acusan influjos griegos, como la Dama de Baza, bien estudiada por su descubridor, Francisco Presedo, que encuentra sus más próximos paralelos entre terracotas griegas ibéricas, de Sicilia y de Rodas, lo que confirma una vez más que productos de arte menor, como las terracotas, pudieron desempeñar un papel importante en la creación de la escultura ibérica, como ya hace años demostraron Kukahn¹¹², al publicar una terracota rodia de las Baleares, que es un prototipo próximo para los pliegues del manto de la

¹¹² «Busto femenino de terracota de origen rodio en el ajuar de una tumba ibérica», *AEspA*, 30, 1957, págs. 3 y ss.

Dama de Elche, y Jacobsthal¹¹³, al dar a conocer piezas, con rodetes para meter el pelo a ambos lado del rostro, como los llevaban las damas ibéricas y de Atenas, fechadas a mitad del siglo v a.C.

Una escultura ibérica que recuerda de cerca las *korai* griegas arcaicas ha aparecido en el Corral de Saus (Valencia)¹¹⁴ como material reutilizado en una tumba escalonada. Recuerda por su sonrisa arcaica a la esfinge de Bogarra¹¹⁵. El tipo de sepultura escalonada que también se documenta en Cástulo¹¹⁶ en la primera mitad del siglo iv a.C., en la necrópolis del Cigarralejo¹¹⁷ en la misma fecha y en Ampurias¹¹⁸, responde a modelos griegos. Está representado en la cerámica griega de los siglos v y iv a.C. y muy probablemente la tumba estaría coronada por una estela de madera y serían una prueba más del influjo griego en la Península Ibérica¹¹⁹, llegado a través de la pintura vascular. En cambio, las cámaras sepulcrales de Cástulo y de Peal del Becerro son gemelas a las chipriotas¹²⁰.

Estos elementos griegos pudieron perfectamente llegar a Occidente mediante el comercio de fenicios y púnicos. Concretamente todos los objetos griegos conocidos en el periodo orientalizador son, seguramente, productos del comercio fenicio: las dos *kytélai* de Almuñécar, hacia el 700-670 a.C., el casco corintio de río Guadalete, 630-625 a.C., el casco corintio de la ría de Huelva, en la segunda mitad del siglo vi¹²¹, etc.

A pesar del viaje de Colaio de Samos¹²², el sur de la Penín-

¹¹³ «Zum Kopfschmuck des Frauenkopfes von Elche», *AM*, 57, 1932, págs. 67 y ss.

¹¹⁴ D. Fletcher, *La necrópolis ibérica del Corral de Saus (Mogente, Valencia)*, Valencia, 1977. Ya la presencia de una sirena, que también se documenta en Obulco, indica una helenización de las ideas sobre la ultratumba.

¹¹⁵ A. García y Bellido, *El arte de la España ibérica*, págs. 576, fig. 501.

¹¹⁶ J. M. Blázquez y otros, *Cástulo*, II.

¹¹⁷ E. Cuadrado, «Tumbas principescas de El Cigarralejo», *MM*, 9, 1968, págs. 148 y ss.

¹¹⁸ E. Cuadrado, «Las tumbas tumulares de Las Cortes», *Miscelánea Arqueológica*, I, Barcelona, 1974, págs. 251 y ss.

¹¹⁹ M. Robertson, *Greek Painting*, Ginebra, 1959, págs. 150 y ss.

¹²⁰ V. Karageorghis, *Chypre*, fig. 148. Necrópolis de Salamina de Chipre.

¹²¹ A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, II, *passim*, págs. 82 y ss.; G. López Monteagudo, *AEspA*, 50-51, págs. 3 y ss.

¹²² B. Freyer-Schauenburg, *op. cit.*

sula, salvo Huelva y Málaga, con anterioridad a la primera mitad del siglo iv a.C., ha dado poquísima cerámica griega y ésta aparece principalmente en lugares de marcada influencia semita o en colonias fenicias¹²³. La cerámica y bronce rodios son prácticamente desconocidos en Occidente¹²⁴ así como en el sur de la Galia. Los topónimos en *-oussa* son ya del siglo v a.C., como ha demostrado López Eire, de la Universidad de Salamanca, y todos los objetos que aparecen grabados en estelas se documentan también en Oriente (norte de Siria o Chipre) y no son exclusivos del mundo griego¹²⁵. En otro lugar¹²⁶ hemos estudiado el problema de la procedencia de los mercaderes, semitas o griegos, que trajeron a Occidente la cerámica griega, procedente de talleres áticos, fechada en la primera mitad del siglo iv. La mayoría de los autores se inclinan por creer que eran cartagineses. Blanco piensa en atenienses, lo que explicaría satisfactoriamente la presencia del oráculo y puerto de Menesteo en las cercanías de Cádiz (Str. 3, 1, 9) y de la veneración al héroe ateniense Temístocles, en la gran metrópoli fenicia y la introducción en el siglo iv a.C. del *garum* como contrabando en Atenas, según Nikostratos (*FCA*, 2, 220). A favor de que los mercaderes que traían la cerámica eran cartagineses está el hecho de que la nave del Sec, cargada de vasos griegos, algunos con grafitos púnicos, era muy probablemente cartaginesa¹²⁷. Se fecha este cargamento en la primera mitad del siglo v a.C. y procedía, seguramente, de la Magna Grecia. El paso obligado para las naves procedentes de Grecia o de la Magna Grecia era, probablemente, el litoral lacio-toscano, navegando por el este de Cerdeña hacia Marsella y por las bocas de Bonifacio hacia el levante español, a través del canal entre Ibiza y Mallorca, como sugiere F. Pallarés. Como acertadamente escribe J. Jehasse¹²⁸, al

¹²³ G. López Monteagudo, *op. cit.*, 10, catálogo.

¹²⁴ G. López Monteagudo, *op. cit.*, 6, catálogo.

¹²⁵ M. Bendala, «Nota sobre las estelas decoradas del suroeste y los orígenes de Tartessos», *Habis*, 8, 1977, págs. 177 y ss.

¹²⁶ J. M. Blázquez, «Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica», *Historia de la España Antigua*, I, Madrid, 1979, págs. 211 y ss.

¹²⁷ F. Pallarés, «El pecio del Sec y su significación histórica», *Simposio*, págs. 211 y ss.; Varios, *El barco de El Sec. (Costa de Calvia, Mallorca). Estudio de los materiales*, Mallorca, 1987.

¹²⁸ *Op. cit.*, pág. 210.

estudiar las rutas comerciales griegas en el Tirreno durante los siglos v y iv a.C., la región de Alalia estaba abierta al comercio griego, púnico y etrusco y lo mismo debía suceder en la Península. Existe, según el arqueólogo galo, un estrecho paralelismo entre las exportaciones áticas en España y en Córcega. Este paralelismo tiene fácil explicación en el siglo v a.C. Llama más la atención en el siglo iv a.C. este fenómeno cuando los mercados de la España meridional estaban probablemente en manos de los púnicos, o de los marseleses (?). J. Jehasse propone la hipótesis, al parecer con grandes visos de realidad, de que, junto a un itinerario de la cerámica que va de este a oeste, existía una segunda ruta de oeste a este, a través de las Baleares, que estaría bien representado, al contrario que en Alalia, a lo largo de la segunda mitad del siglo iv a.C.

Al enjuiciar la escultura ibérica y turdetana y las otras artes no hay que descartar que pudieron llegar, al igual que a Etruria¹²⁹ artistas griegos (escultores, pintores, ceramistas y fundidores) que trabajaron para los reyes indígenas o para los grandes santuarios. Es muy probable que artesanos jonios se desplazasen a Occidente, siguiendo las grandes corrientes de la emigración y de la colonización, lo que explicaría el fuerte influjo jonio en la escultura y en la toréutica, como se indicará más adelante. Estos influjos griegos o artistas helenos debieron tener su impacto en el paso de la fase del arte arcaico al clásico, al igual que en Etruria¹³⁰. La caída de Jonia en poder de los persas, la subsiguiente revuelta jonia y las Guerras Médicas originaron, sin duda, como en Focea, una emigración de gentes de toda profesión al Mediterráneo central, e incluso al occidental.

Como en Sicilia, los mercaderes griegos y semitas gozaron de una amplia posibilidad de movimiento, ya que en Siracusa y en otras ciudades griegas, como en Selinunte y Agrigento, había barrios de mercaderes y colonos semitas, según atestigua Diodoro, narrando sucesos de la época del tirano Dionisio acaecidos a comienzos de la tercera Guerra Greco-Púnica (397-395). Los griegos amenazaron al tirano con irse a vivir a las ciudades

¹²⁹ M. Pallottino, *op. cit.*, págs. 14 y ss.; R. Bianchi-Bandinelli - A. Giuliano, *op. cit.*, págs. 165 y ss.; M. Tarradell, *Arte ibérico*, Barcelona, 1968, pág. 160.

¹³⁰ M. Palottino, *op. cit.*, págs. 7 y ss.

griegas (Diod. 14, 41), abandonando Siracusa. En la Península Ibérica la situación debió ser muy parecida¹³¹.

En la actualidad parece seguro para la investigación, contra la tesis tradicional, de que la batalla de Alalia (535 a.C.)¹³² no significó un corte de las relaciones griegas con Occidente, pues a continuación de ella la ciudad logró una gran prosperidad¹³³.

BRONCES

Durante el periodo orientalizante o tartésico, el sur de la Península Ibérica y gran parte del levante ibérico sufrió un fuerte proceso de semitización, como resultado del comercio intenso de las poblaciones indígenas con los fenicios asentados en la costa. A éstos se debe la introducción del alfabeto en el suroeste, del torno de alfarero, del hierro (Almuñécar), de la pintura vascular, de gran cantidad de dioses fenicios, que gozaron de gran aceptación entre los hispanos (diosas de Galera, Cástulo, El Carambolo, Berrueco, etc.), del ritual funerario semita (braserillos: Almuñécar, La Aliseda, Carmona, Huelva, Granada; y los jarros piriformes), de objetos de culto (*thymiateria* de Huelva, Cerro del Peñón, Cástulo, sur de Portugal, bajo Guadalquivir y Despeñaperros [Jaén]), de representaciones del árbol de la vida (Niebla y Medellín), de seres fantásticos como grifos (Huelva), esfinges (Cástulo), de la labra del marfil (Carmona), etc.¹³⁴. Muchos de estos elementos culturales del periodo orientalizante pervivieron en la etapa ibérica, en la turdetana o en la llamada cultura de los castros extremeños. Los orígenes de la toréutica turdetana e ibérica arrancan del final de este periodo.

Veamos las principales tesis propuestas. Ha sido M. Almagro¹³⁵ quien ha dado a conocer una serie de bronce que repre-

¹³¹ M. Tarradell, «El impacto greco-fenicio en el Extremo Occidente: resistencia y asimilación», *Asimilation*, págs. 343 y ss.

¹³² A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, págs. 200 y ss.

¹³³ J. Jehasse, *op. cit.*, pág. 210; *Ídem*, *La nécropole préromaine d'Alésia*, París, 1973.

¹³⁴ J. M. Blázquez, *Tartessos*, *passim*.

¹³⁵ *Eine orientalisieren*, págs. 51 y ss.; *Íd.*, *El problema de Tartessos*, pág. 19. La existencia de este dios semita es un dato más a añadir a los muchos conocidos del influjo profundo del mundo semita sobre la religión indígena hispana.

sentan a Resheph, como uno hallado en las inmediaciones de Sevilla y una segunda pieza encontrada también en la Península Ibérica —a este grupo pertenecen el llamado guerrero de Medina de las Torres y un cuarto bronce, que serían los prototipos para algunos bronces ibéricos, desnudos o vestidos, en los que se representan guerreros con lanzas y escudo amenazando, como el guerrero desnudo, con escudo pequeño y una posible lanza en su mano derecha levantada, de Despeñaperros¹³⁶ y una segunda pieza del Instituto de Valencia de Don Juan en Madrid¹³⁷, etc. Su identificación con Resheph-Melqart es segura, según indica una inscripción del santuario de Es Cuyram en Ibiza. Este dios de origen egipcio se identifica con Apolo. La pieza fundamental para los orígenes de la toréutica turdetana sería el guerrero de Medina de las Torres. Un dios de carácter guerrero encaja perfectamente en la mentalidad de pueblos, como los ibéricos, para los que la guerra era la única ocupación digna de los varones (Str. 3, 4, 5, 16). E. Kukahn¹³⁸ ha estudiado las relaciones entre bronces ibéricos y griegos. La diosa de Galera, dada a conocer por este investigador alemán, la creemos dudosa, pues, al parecer, está fabricada en dos moldes. Las joyas del cortijo de Évora indican un contacto con Oriente, pero están realizadas, con un estilo propio, probablemente influido por el arte fenicio, por artistas extranjeros que trabajaban en el sur de España, lo cual es muy probable, pues hay que admitir, como sugiere A. Blanco, al estudiar los marfiles de Carmona¹³⁹, que llegaron artesanos de Oriente, fenicios y griegos probablemente. Concretamente la técnica de fabricación de los estuches de Évora, con cabeza de Bes, señalando las diferentes partes del cuerpo mediante líneas de gránulos, contaba con una gran tradición entre los semitas, pues se documenta en joyas de

Cfr. J. M. Blázquez, *Diccionario de las religiones primitivas de Hispania*, Madrid, 1975, *passim*; *Id.*, *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid, 1977, *passim*.

¹³⁶ G. Nicolini, *Bronces ibéricos*, n. 15, págs. 68 y ss.

¹³⁷ G. Nicolini, *Les bronzes figurés*, lám. XIV, 1.

¹³⁸ *Unas relaciones*, págs. 109 y ss.

¹³⁹ «Orientalia, I. Estudio de objetos fenicios y orientalistas de la Península Ibérica», *AEspA*, 1956, págs. 3 y ss. Esta corriente griega oriental se acusa también en la cerámica; P. Rouillard, «Les céramiques de la Grèce de l'est et leur diffusion en Occident», *Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique*, París, 1978, págs. 274 y ss.

Biblos, fechadas en los siglos XIX-XVIII a.C., con escenas de ofrenda a una divinidad¹⁴⁰, o en el hacha de la misma procedencia y fecha, con imagen de Gilgamés y de su amigo Enkidu¹⁴¹. Señala E. Kukahn las relaciones intensas de una figurilla de varón desnudo, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y el rostro un poco levantado, hallada en Jerez de los Caballeros con una segunda figurilla del Museo de Estocolmo, procedente de Samos, probablemente, del siglo VI a.C. Este prototipo perdura en varios bronce ibéricos, como uno del Museo de Barcelona. Un bronce guardado en una colección de Granada, con cara de forma triangular, sigue modelos jonios, de la primera mitad del siglo VI a.C. Una estatuilla femenina hallada en Olimpia, fabricada seguramente en Samos es el prototipo seguido por otros bronce ibéricos, como uno guardado en el Museo de Granada. Una segunda pieza de Jaén ofrece la misma forma del cuerpo, pero con un estrechamiento de cintura, como si llevase un cinturón muy ajustado a la forma del cuerpo, que perdura en algunos bronce ibéricos.

Un pequeño grupo de figurillas iberas presenta un gran parentesco con el arte griego de finales del siglo VI a.C. De estilo arcaico sólo se conoce una figurilla conservada en una colección particular, con el vestido ajustado al cuerpo. Presenta analogías en el tratamiento del rostro, con figuras de Samos y de Mileto. La estatuilla ibérica, por su parentesco con una cabeza marmórea de Samos, de época de Polícrates, se fecha en el último cuarto del siglo VI a.C. Una dama de Despeñaperros, vestida con chiton e himation, sigue muy de cerca un modelo etrusco, de comienzos del siglo V a.C. De la misma fecha es otra dama con gesto de adoración, casi desconocido en el arte griego. Una dama del Instituto de Valencia de Don Juan, con gorro cónico, típico de Etruria y de Jonia, tiene el paralelo más próximo en un bronce etrusco del Museo del Louvre. De todos estos datos deduce E. Kukahn que existieron las mismas relaciones entre Jonia y Etruria respecto a Iberia. Unas relaciones parecidas sugiere la cabeza de una sirena de bronce hallada en Ampurias, con una trenza que termina en una palmeta estilizada. Es obra jonia importada. Su fecha cae hacia finales del siglo VI a.C., fe-

¹⁴⁰ A. Parrot - M. H. Chehab - S. Moscati, *op. cit.*, fig. 66.

¹⁴¹ A. Parrot - M. H. Chehab - S. Moscati, *op. cit.*, fig. 67.

cha que es la misma que la de la cabeza de esfinge, hallada en Alicante y guardada en el Museo Arqueológico de Barcelona¹⁴². El influjo del arte etrusco sobre el orientalizante hispano es seguro, aunque difícil de detectar. La gran abundancia de oro y plata de Etruria en el periodo orientalizante no puede provenir nada más que de la Península Ibérica. Pudieron recibir estos metales a través de los púnicos, con los que estaban en inmejorables relaciones comerciales (Diod. 5, 35, 1-5), pero ellos directamente debieron visitar con sus mercancías las costas ibéricas, como lo prueba la reciente aparición de bronce etruscos de finales del siglo VI a.C. en el santuario de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz).

Ha sido el profesor Nicolini¹⁴³ quien más ha investigado el origen de los bronce ibéricos. Insiste en que ciertas piezas parecen muy cercanas a los modelos arcaicos de fuera, lo que confirma las conclusiones del citado trabajo de Kukahn; más concretamente, los influjos proceden del mundo greco-oriental, no pudiendo disociarse los elementos propiamente griegos de los orientales, salvo en casos excepcionales. Es imposible vincular los bronce ibéricos a escuelas determinadas del arte griego, chipriota, fenicio, etc. La importancia del arte griego se manifiesta principalmente en el rostro, en el tratamiento del cabello, del gesto, de las piernas y de los pies.

En la ejecución de la boca se acusan influencias del arte de Corinto o de Laconia. El gesto sigue, más bien, cánones jonios. Algunos torsos parecen próximos más o menos a las proporciones jónicas. Una estatuilla de Castellar de Santisteban se inspira probablemente en la plástica peloponesia (Argos). Posiblemente, los bronce de la Magna Grecia, que traía, al igual que Sicilia, toda la plata de la Península Ibérica para acuñar sus monedas, desempeñaron un papel importante¹⁴⁴. El guerrero de Me-

¹⁴² A García y Bellido, *El arte de la España Ibérica*, págs. 538 y ss., figs. 469-470. Sobre los etruscos en Occidente, cfr. J. M. J. Gran Aymerich, «Observaciones sobre la presencia etrusca en el Mediterráneo Occidental», *Simposio*, págs. 47 y ss.; E. Sanmartí - E. Martí, «Algunas observaciones sobre el comercio etrusco en Ampurias», *Simposio*, págs. 53 y ss.

¹⁴³ *Les bronzes figurés...*, págs. 240 y ss.; *Id.*, «Les bronzes votifs ibériques de la Prähistorische Staatssammlung, München», *MM*, 7, 1966, págs. 116 y ss.

¹⁴⁴ R. Olmos, «El Sileno Simposiasta de Capilla (Badajoz)», *Trabajos de Prehistoria*, 34, 1977, págs. 371 y ss. Primera mitad del siglo V a.C. En la nota 43

dina de las Torres, por el contrario, está inspirado en la plástica oriental o fenicia y es la pieza clave para conocer los orígenes de la toreútica turdetana. G Nicolini establece seis tipos arcaicos de bronces ibéricos:

- 1) Predominantemente dedálico.
- 2) De transición dedálico-jónica.
- 3) Pleno influjo de la plástica jónica de la segunda mitad del siglo VI a.C.
- 4) Tipo oriental: sacerdotes y sacerdotisas. Siglos VI-V a.C.
- 5) Influencia jónica o etrusca en las figuras desnudas. Siglo VI a.C.
- 6) Jinetes arcaicos (La Bastida) de fin del siglo V o comienzos del IV a.C.

Los tipos que siguen modelos dedálicos son, al parecer, los más antiguos. Los bronces arcaicos han aparecido en suelo andaluz, lugar de los hallazgos de este arte menor. En el periodo arcaico, tanto el sureste como el levante ibérico, carecían de estos bronces. Los bronces oretanos y turdetanos arrancarían de la toreútica tartésica y de las piezas fenicias o griegas, traídas por los fenicios durante el periodo orientalizante. A finales del siglo VI a.C., el influjo griego ha podido penetrar por el este, como parece indicarlo el Centauro de Rollos y el Sátiro del Llano de la Consolación. El final del arcaísmo coincide con el paso de los siglos V al IV a.C., siendo la última pieza de esta corriente el jinete de La Bastida.

Cádiz, muy probablemente, desempeñó un papel de primer orden en la transmisión a toda la Península Ibérica de los modelos griegos orientales, fenicios y sirios. Su importancia como lugar de mercado y centro artesanal de primera clase fue tan grande para Occidente como la que logró Cartago en el Mediterráneo central. Cádiz canalizó todo el comercio hispano con el resto del Mediterráneo, como se desprende de la distribución

cita el autor otras piezas de idéntica procedencia. A un taller etrusco-campano pertenecerían: El Dromeus, de Rafal de Toro, el sátiro de Lluchmayor, la máscara de Sileno, de Pollentia y el centauro de Royos. Suritálicos serían el efebo de Santa Eugenia (¿corintio?) y el asa de *oinochos* de Málaga (A. Blanco, «Ein figürlich verzierter bronzener Oinochoenhenkel aus Málaga», *MM*, 6, 1965, págs. 84 y ss. En general: A. Blanco, «El problema de Tartessos», *Actas del II Congreso de Estudios Clásicos*, Madrid, 1964).



Cabeza del sarcófago antropeide de Cádiz. Museo Provincial de Bellas Artes, Cádiz.

del *garum* por los fenicios gaditanos, según afirmación de Timeo (Nikostr. *FCA*, 2, 220).

ADDENDA Y CORRIGENDA

A favor de que el personaje con cuatro alas sentado ante el árbol de la vida sea El, está el hecho de que se le representa alado en una gema de La Aliseda, según la identificación de M. C.

Ceballos¹⁴⁵, y la descripción que de este dios cananeo hace Filón de Biblos (*Fragm.* 2, 26), que describe su estatua en Biblos con dos ojos abiertos y dos cerrados, dos alas en actitud de volar y otras dos quietas, más otras dos sobre la cabeza. Esta imagen, con bastante probabilidad, es la representada en monedas de Biblos del siglo I a.C. Sin embargo, nos inclinamos a creer que en Pozo Moro se trata de un serafín junto al árbol de la vida, tal como le describe Isaías (6, 2-3): «Había ante El serafines, que cada uno tenía seis alas; con dos se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con los otros dos volaban...» El árbol de la vida, flanqueado por seres humanos alados, se documenta en Tell Halaff, en el siglo IX a.C.¹⁴⁶

La escena sexual puede aludir, hoy lo creemos más probable, al matrimonio sagrado¹⁴⁷ entre Innana-Istar y Dumuzi-Tammuz, tema que por su significado encaja perfectamente en un monumento funerario. Cuando Innana lleva a Dumuzi a su palacio y a su santuario, resonante de cantos y de plegarias, para que la goce, la diosa, rebosante de pasión, alaba su sexo: «Para mí, mi sexo. / Para mí el montículo elevado. / Para mí, la virgen, para mí, quién la trabajará? / Mi sexo, tierra regada, para mí. / Para mí, la Reina, quién traerá el toro?», a lo que recibe la siguiente respuesta: «O Dama soberana, / el rey la trabajará para ti, / Dumuzi, el rey la trabajará para ti.» La reina contesta: «Trabaja mi sexo, hombre de mi corazón.» Y en otro pasaje: «Tu mano derecha has puesto sobre mi sexo. / Tu izquierda ha acariciado mi cabeza. / Tú has tocado con tu boca mi boca? Tú has presionado mis labios contra tu cabeza. / Por esto has sido condenado a un destino funesto.» Esta escena es la representada, muy seguramente, en Pozo Moro. La no unión de Innana ocasiona una catástrofe de proporciones cósmicas, pues, como afirma el Descenso de Istar a los Infiernos: «Desde que Istar bajó a la Tierra sin regreso, / el toro no cubre a la vaca, el asno no monta a la burra. / En la calle el hombre no fecunda a la donce-

¹⁴⁵ «Cultos orientales en Tartessos», *Abderramán*, I.

¹⁴⁶ J. B. Pritchard, *The Ancient Near East in Pictures. Relating to the Old Testament*, Princeton, 1969, fig. 654. El mismo tema en un mango de Hazor, con figura tetráptera sujetando los tallos del árbol de la vida.

¹⁴⁷ J. B. Pritchard, *op. cit.*, págs. 637 y ss.; A. N. Kramer, «Le rite de mariage sacré Dumuzi-Inanna», *RHR*, 181, 1972, págs. 120 y ss.

lla. / El hombre yace en su cámara. / La doncella yace sobre su costado.»

Los daimones banquetando son los guardianes de la muerte a los que alude frecuentemente la leyenda de Keret¹⁴⁸. Este poema describe al rey, Baal, de los infiernos entronizado¹⁴⁹.

La serpiente podría ser, igualmente, una alusión a la serpiente que robó a Gilgamés la planta de la inmortalidad. También podría pensarse que en Pozo Moro se representó el combate de Yam y de Baal. Monstruos serpentiformes de varias cabezas están bien documentados y en escenas de combate, como en un relieve de Malatya del siglo VIII a.C., en el que se representa la lucha entre el dios de la tormenta y el dragón. El tema se repite en una placa de procedencia desconocida; aquí el monstruo, de siete cabezas, tiene cuerpo de felino, como en un cilindro de Tell Asman, del periodo acádico (2360-2180 a.C.). Si creemos en una posible lucha de Baal contra un dragón en Pozo Moro.

El tema del descenso a los infiernos está bien documentado en la literatura antigua, además del de Istar, se conoce el de Baal, el de Dioniso, el del Gran Rey, etc.

En la actualidad nos inclinamos a sostener que las tres cabezas, arrojando fuego, pertenecen al cuerpo de la quimera, pues, según Hesíodo (*Theog.*, 320-324), tenía tres cabezas, una de león, otra de cabra y la tercera de dragón, que vomitaban fuego.

Todos los relieves de Pozo Moro son una versión indígena de temas orientales.

El supuesto angüpede podría ser una representación de Escilla que, con carácter funerario, aparece en el mundo cartaginés, aunque más tarde, siglo IV a.C., que la fecha asignada a Pozo Moro, como en sarcófagos de las necrópolis de Cartago, en una pintura funeraria, en una navaja de afeitar hallada en la necrópolis de Ática, en terracotas del santuario púnico de Amílcar y de Kerkouane. La presencia de la Escilla, como de

¹⁴⁸ H. E. del Medico, *La Bible Cananéenne, Decouverte dans les textes de Ras-Shanra*, París, 1950, págs. 46, 53, 71, 77, 81, 115, 187, 200, 214, 221.

¹⁴⁹ H. E. del Medico, *op. cit.*, págs. 73, 77 y ss., 181, 200, 221. Agradezco al profesor doctor F. Presedo las atinadas sugerencias sobre estos relieves y alguna bibliografía fundamental.

otros monstruos marinos, evoca la idea de un viaje marino a la ultratumba¹⁵⁰.

A. Blanco ha propuesto una reinterpretación de la escultura ibérica, limitada a ciertas áreas del levante, sureste, mediodía y a ciertas comunidades o grupos minoritarios socialmente encumbrados por motivos religiosos, económicos y políticos.

Los griegos, además de mercaderes fueron artistas. Los fenicios se concentraron en sus empresas más antiguas y cada vez se preocuparon menos de mantener el alto nivel de su artesanía (páteras, cuencos, joyas). Los fenicios transmitieron los elementos orientales que deseaban los jefes de los pueblos mediterráneos. La escultura nació en Grecia, excepción hecha de Egipto, al final del periodo orientalizante. Sólo tuvo escultura propia Chipre, donde los fenicios convivieron con los griegos.

Algunas piezas fenicias de pequeño tamaño, como la dama de alabastro de Galera, las Astartés de El Carambolo, o de Cástulo, las figuras humanas de los marfiles de Carmona, pudieron ser asimiladas por los artistas, como parece indicarlo el toro de Porcuna. Las líneas del cuello, los surcos de las costillas y ancas parecen en esta pieza tomadas de un grabado de la famosa coraza de Olimpia. Su estilo es más propio del dibujo o grabado que de la escultura, por lo que A. Blanco se inclina a fecharlo, quizá, a principio del siglo VI a.C.

Los griegos llegaron a Occidente, como los fenicios, en busca de metales, como lo indican los viajes de Colaio y de Sóstratos de Egina. A partir del tratado romano cartaginés de 509 a.C., Occidente quedó cerrado a los griegos y la importación de la cerámica griega decayó ostensiblemente.

La colonia focense de Ampurias, al igual Rodas y Hemeroscopeion (Str. 3, 4, 8), debieron albergar templos consagrados a Artemis Efesia, cuyo culto y ritos introdujeron en sus colonias los focenses (Str. 4, 1, 5). Esta diosa está posiblemente representada en la cabeza de dama de las monedas de Ampurias, de Rodas y en otras acuñaciones ibéricas. Le sacrificaban a esta diosa animales (Str. 4, 1, 4-5), y no víctimas humanas, como hacían los cartagineses, y en la Península Ibérica los lusitanos (Str. 3, 3, 6)

¹⁵⁰ M. Fantar, *Eschatologie phénicienne-punique*, Túnez, 1970, págs. 21 y ss. También R. Olmos, «Original Elements and Mediterranean Stimuli in Iberian Pottery», *Mediterranean Archaeology* 2, 1989, 101 y ss., 3, 1990, 7 y ss.

y los pueblos del norte (Str. 3, 3, 7). Objetos de este ritual, después extendido entre los iberos, fueron la crátera, la pátera y la flauta. Esta diosa de la fecundidad está representada en una terracota de Alcoy, que es la imagen de una Diosa Madre con dos niños en su regazo, con sus atributos, la paloma y en compañía de dos tocadores de doble flauta. Esta diosa podía ser, en opinión de A. Blanco, la Artemis Efesia en versión ibera, en su acepción arcaica de Diosa-Madre anatólica. Sería una Cibeles entronizada y acompañada de niños. La Artemis Efesia era también una *Potnia theon*, señora de los animales, y como tal la aceptaron los iberos.

La Dama de Baza es la imagen de una diosa, bien sea Artemis, Astarté, Tanit, Afrodita, Démeter o Perséfone, la Terra Mater, o Cibeles, todas vinculadas con ideas de ultratumba. Piensa A. Blanco que el tipo iconográfico fue introducido por los griegos de Marsella en el levante ibérico. Una dama entronizada de Illice que sostiene en su mano una rama de adormidera, es muy probablemente una diosa funeraria, como Perséfone. La misma Dama de Elche pudo tener sentido funerario, como lo indica el hueco en las espaldas para recibir, posiblemente, las cenizas del difunto y de que un busto similar ha aparecido en una necrópolis de Alicante. Se conocen otras dos estatuas funerarias: una en el Cabecico del Tesoro en Verdolay (Murcia) y la segunda en el Llano de la Consolación. En estas cinco esculturas iberas de diosas la influencia griega es bien manifiesta. A. Blanco, siguiendo a su maestro E. Langlotz, señaló la existencia de una escultura ibero-focense, de la que era buen ejemplo la Dama de Elche. Las esculturas de Obulco podían haber aparecido en las ciudades griegas. E. Langlotz descubrió rasgos focenses en algunas esculturas iberas. Algunas diosas entronizadas se derivan de modelos jonios orientales, como una cabeza del Cerro de los Santos con paralelos en terracotas jónicas, en un relieve de la Méter de Klazomenai, y en piezas de Marsella. La Koré del Museo Arqueológico de Barcelona se compara con una cabeza procedente de Anatolia en Berlín. El semblante de la Dama de Elche tiene paralelos en el arte jónico-oriental. Otra cabecita de Elche, igualmente, tiene sus paralelos en una cabecita de Mileto, hoy en el Museo de Berlín.

Entre las esculturas de Obulco, A. Blanco cree que posiblemente hay varias diosas, como una dama entronizada. Un *despo-*

tes theron es el varón con dos cabras. Diosas deben ser las dos damas, una acompañada por uno o dos niños y la segunda con serpiente al hombro. Todas las esculturas de Obulco son bastante homogéneas, aunque no son de la misma mano. A. Blanco piensa que estas esculturas pertenecieron a un mausoleo de carácter público y privado a la vez, y que los muertos estaban heroizados.

La escultura de Elche podía pertenecer a otro monumento parecido. El estilo de las esculturas de Obulco es más griego, jónico o focense que el de otras esculturas ibéricas. La cabeza cubierta por un casco recuerda a las de una moneda de Focea y al casco de un guerrero del Heraion de Samos. Una estatua varonil puede ser la de un sacerdote. El lobo que mata a un cordero acusa el imparto de la animalística griega, occidental y jónica. Las estatuas de guerreros y de cazadores escapan al influjo clásico. De todo ello deduce A. Blanco en su importante estudio sobre las piezas que la influencia griega en la escultura ibera se dio no sólo en la etapa arcaica y helenística, sino en la básica, que impactó profundamente a las capas altas de la sociedad ibera. Los relieves y altorrelieves alternaban con las estatuas y debían estar depositadas en un encuadre arquitectónico. Algunas piezas estaban adosadas a la pared.

Los pilares-estelas, bien estudiados por M. Almagro, rematados por figuras de animales reales o míticos, son también de influjo griego, pues en Grecia son bien conocidos.

Arte griego en España. Las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén)

Han sido A. García y Bellido¹ y A. Blanco en España, así como R. Carpenter, G. Nicolini y E. Langlotz, entre los investigadores extranjeros, los que más han defendido el influjo de los griegos en la formación de la escultura ibérica². Tesis que se viene defendiendo desde hace varios decenios aportándose cada vez nuevos argumentos. G. Nicolini ha señalado rasgos profundos del arcaísmo griego en tres cabezas varoniles del Cerro de los Santos (Albacete), conservadas en el Louvre. E. Langlotz ha estudiado el influjo del arte focense en ciertas esculturas ibéricas de Levante, tesis aceptada por A. Blanco con nuevos argumentos y análisis estilísticos. A. García y Bellido en su *Hispania Graeca*, 1948, y en su *Arte Ibérico (Historia de España, España Prerromana)*, 1954) ha reunido en un grupo, que él denominaba ibero griego, piezas tan dispares como la Esfinge de Agost y sus hermanas de El Salobral y de Bogarra, el Grifo de Redován y la

¹ A. García Bellido, «Arte Ibérico», en *Historia de España. España Prerromana*, Madrid, 1954.

² A. Blanco, «Die klassischen Wurzeln der iberischen Kunst», *MM*, 1, 1960, págs. 101 y ss.; *Idem*, *Historia del Arte Ibérico. I. La Antigüedad* 2, Madrid, 1978; *Idem*, «Las esculturas de Porcuna. I. Estatuas de guerreros», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, septiembre-diciembre de 1987, págs. 405-445; J. M. Blázquez, «El arte neohitita y los orígenes de la escultura animalística ibérica y turdetana», *Goya*, 120, 1974, págs. 345 y ss.; *Idem*, *Religiones primitivas ibéricas*, II, Madrid, 1982; *Idem*, *Tartessos y los orígenes de la colonización semita en Occidente*, Salamanca, 1975.

cabeza femenina de Alicante, etc. R. Carpenter ha comparado la Dama de Elche con el Apolo Chatsworth. E. Kukahn ha visto influjos de terracotas rodias, aparecidas en las islas Baleares, reflejados en la Dama de Elche. P. Jacobsthal publicó en 1935 unas terracotas áticas de la época de los Pisistrátidas (561-510 a.C.), que ofrecen detalles muy concretos, como los rodetes para sujetar el pelo, que en el siglo v y iv a.C. vuelven a aparecer en la Dama de Elche. F. Presedo³, al publicar y estudiar la Dama de Baza, buscaba los prototipos para esta excepcional pieza en terracotas griegas, sicilianas y de la Magna Grecia. A. Blanco, por su parte, indica que la cabeza de Elche, con peinado de trenzas, y la esfinge hallada en Alicante, hoy en el Museo Arqueológico de Barcelona, acusan influjo del arcaísmo tardío, precisamente de las cabezas de las *korai* de la Acrópolis de Atenas, que se han atribuido a escultores jonios, y de otras esculturas, como las cariátides del Tesoro de Sifnos, en Delfos, obra de artistas procedentes de Jonia. El rostro de estas piezas, como señaló este autor, ofrece las características del arte arcaico: orejas excesivamente largas, oblicuidad de los ojos y prominente globo ocular, además de cierta rigidez en la expresión y el esquematismo del dibujo del pelo, que prueban que son obras salidas de talleres locales. Muchos detalles, según A. Blanco, a pesar de las sensibles diferencias, como la mayor oblicuidad de los ojos y una diferente solución de la factura del iris, los hermanan —en detalles tan característicos como la representación de los párpados, la blandura de la cavidad ocular y la epidermis— con el busto de la Dama de Elche. A. Blanco, apoyado en este parentesco estilístico, y más concretamente focense, ha levantado la cronología, acertadamente, hasta finales del siglo vi a.C., contra la corriente defendida durante decenios por A. García y Bellido de bajar la escultura ibérica hasta época de la conquista romana. Hoy día se sabe con absoluta seguridad que la escultura ibérica, en su mayoría, es anterior a la llegada de los Bárquidas, 238 a.C. Toda esta escultura es la adaptación de la escultura griega a los medios indígenas iberos, verosímilmente focense. Su cronología sería ya el siglo v, por lo menos. Otras adaptaciones más provinciales serían la estatua de Aqueloo llamada la Bi-

³ J. M. Blázquez - J. Fernández Nieto - J. Lomas - F. Presedo, «Historia de España Antigua», *Protohistoria*, Madrid, 1986.

cha de Balazote (Albacete), que ya A. García y Bellido ponía en relación con las numerosas monedas sicilianas con Aqueloos corriendo. En Málaga ha aparecido, precisamente, un asa de jarro, fechado hacia 480 a.C., obra de artesanos itálicos, con dos Aqueloos tumbados.

Los escritores griegos —concretamente el historiador Heródoto, que vivió en el siglo v a.C. y que es la principal fuente para el conocimiento de la colonización griega arcaica— conservan datos muy concretos sobre los primeros griegos que llegaron a Occidente. El primero del que se tiene noticia fue Colaíos de Samos, que realizó el viaje hacia el año 630 a.C. Se ha supuesto por la investigación moderna que Heródoto pudo leer perfectamente el relato de las peripecias del viaje en alguna inscripción que dejara el samio en el Heraion de Samos, a donde fue Colaíos a entregar una donación en agradecimiento por el feliz retorno del viaje. Sobre el particular escribe el Padre de la Historia (4, 152, 2-4) lo siguiente:

Acto seguido, los samios partieron de la isla y se hicieron a la mar ansiosos de llegar a Egipto, pero se vieron desviados de su ruta por causa de viento de levante. Y como el aire no amainó, atravesaron las Columnas de Heracles y, bajo el amparo divino, llegaron a Tartesos. Por aquel entonces ese emporio comercial estaba sin explotar, de manera que, a su regreso a la patria, los samios, con el producto de su flete, obtuvieron, que nosotros sepamos positivamente, muchos más beneficios que cualquier otro griego (después, eso sí, del egipeta Sostrato, hijo de Laodamante; pues con este último no puede rivalizar nadie). Los samios apartaron el diezmo de sus ganancias —seis talentos— y mandaron hacer una vasija de bronce, del tipo de las cráteras argólicas, alrededor de la cual hay unas cabezas de grifos en relieve. Esa vasija la consagraron en el Heraion sobre un pedestal compuesto por tres colosos de bronce de siete codos hincados de hinojos.

Queda claro, pues, que antes de Colaíos los griegos no comerciaban directamente con el sur de la Península Ibérica; que de aquí obtuvieron una cantidad de plata equivalente a unos 155,5 kilogramos. El exvoto que se ofreció en el Heraion era un gran caldero de bronce del tipo de las cráteras argólicas, coronado con cabezas de grifo. Estos calderos son bien conocidos

por las aportaciones de la arqueología. Baste recordar el pie de trípode hallado en el santuario de Olimpia con grifos sobre el hombro, fechado a comienzos del siglo VII, unos sesenta o setenta años antes de la llegada de Colaíos a Occidente; los ejemplares, también hallados en Olimpia, coronados con cabezas de leones y de grifos, de la misma fecha; y otra soberbia pieza, igualmente de bronce, como las anteriores. De particular interés son los seis prótomos de grifo procedentes de un caldero de Samos, precisamente exportado a Etruria, datado en el segundo cuarto del siglo VII, contemporáneo de Colaíos de Samos. La pieza más impresionante, por su tamaño excepcional y el arte depurado de sus figuras, es el caldero con grifos, datado a finales del siglo VII a.C., hallado en una tumba de Salamina de Chipre, con prótomos de grifos. La altura del pedestal, que sostenía el caldero donado por Colaíos, era realmente excepcional, ya que medía 3,1 m.

Interesante es igualmente el dato, que recoge Heródoto, de que también llegaron otros griegos a Occidente, como Sostrato de Egina, que fue el que llevó más riquezas de Occidente. Pienso A. Blanco que a partir de este momento, aunque no se sabe con exactitud cuándo, se debió exportar mucha plata de Tartessos a Egina, y con ella se acuñaría la excelente moneda egineta, isla que había intervenido activamente en la Gran Colonización.

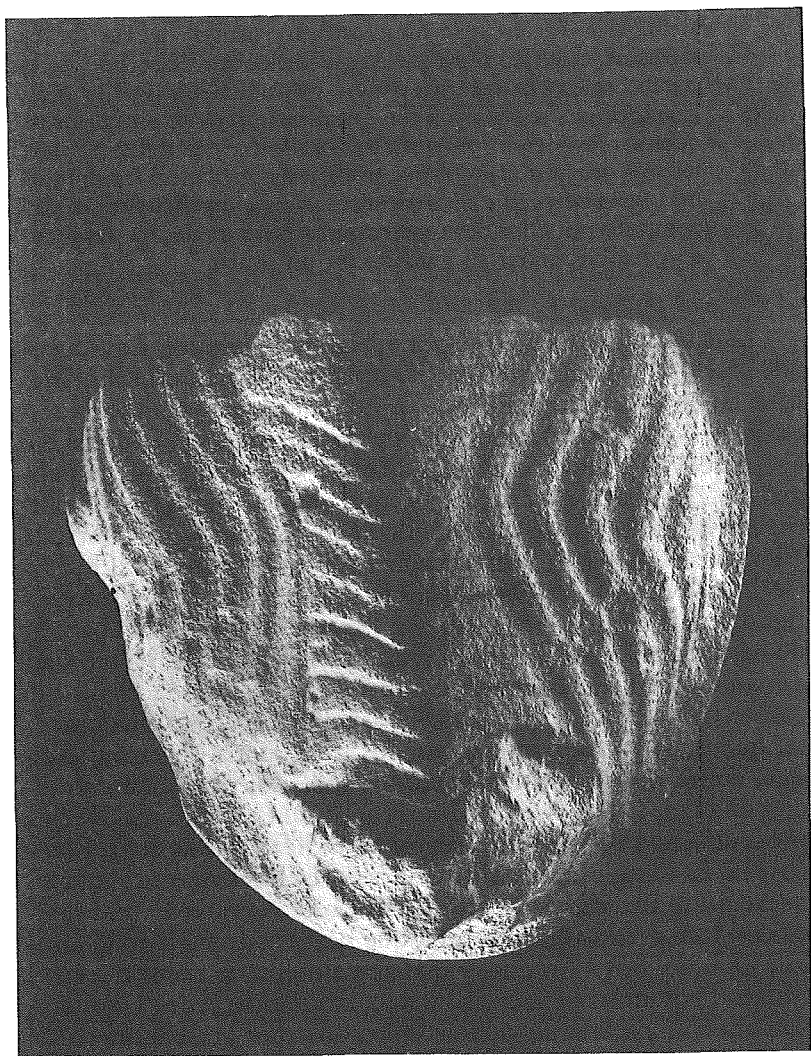
El naturalista latino Plinio el Viejo (7, 197) conserva el nombre de otro griego, Midacrito, también de época desconocida, pero posiblemente del periodo de la Gran Colonización, que coincide con el arcaísmo griego, que fue el primero que llevó a Grecia el estaño de Occidente. Se ha supuesto que los cascos corintios del Guadalete, fabricado hacia 600 a.C., y Huelva, de la segunda mitad del siglo VI a.C., podían pertenecer a estos viajes individuales. Heródoto sabe perfectamente que los descubridores de la Península Ibérica y los que comerciaban activamente con ella eran los habitantes de Focea, en Jonia. Dice así Heródoto (1, 163):

Los habitantes de Focea, por cierto, fueron los primeros griegos que realizaron largos viajes por mar y son ellos quienes descubrieron el Adriático, Tirreno, Iberia y Tartessos. No navegaban en naves mercantes, sino en penteconteras. Y

al llegar a Tartesos, se hicieron muy amigos del rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio, que gobernó Tartesos durante ochenta años y vivió en total ciento veinte años. Los focenses se hicieron tan grandes amigos de este hombre que primero les animó a abandonar Jonia y a establecerse en la zona de sus dominios que prefiriesen, y posteriormente, al no lograr persuadir a los focenses sobre el particular, cuando se enteró por ellos de cómo progresaba el medo, les dio dinero para circundar su ciudad con un muro.

Este texto es importante por varias indicaciones. Los focenses, gracias al uso de barcos de 50 remeros, podían cruzar el Mediterráneo de un extremo a otro. Cuando llegaron a Iberia reinaba el rey tartesio Argantonio, del que se hicieron amigos. No aceptaron su invitación de trasladarse a Occidente ante el peligro de la ocupación persa, por lo que les dio dinero para levantar las murallas de su ciudad. Lo focenses fundaron Marsella hacia el año 600 a.C.; poco después se fundó Ampurias. Las ricas minas del sur de Iberia, que era el Eldorado del mundo antiguo, atrajeron a los focenses. En la ría de Huelva han aparecido cantidades gigantescas de cerámicas griegas, áticas, laconias, del Egeo, etc., de la mejor calidad, fechadas desde el último cuarto del siglo VII a los años 530 o 520 a.C., aproximadamente, que pudieron ser traídas por los mercaderes focenses, aunque, como nos señaló P. Morel, los focenses no solían comerciar en otros lugares del Mediterráneo con las cerámicas de esta procedencia. Precisamente, según las indicadas tesis de A. Blanco y de E. Langlotz, es el influjo focense el que más se acusa en la escultura ibérica. El doctor J. González Navarrete⁴ pudo salvar un lote grande de escultura, que había aparecido en la antigua Obulco, hoy Porcuna, y que actualmente se conserva en el Museo Provincial de Jaén. Él y su colaborador, señor Unghetti, son mucha paciencia, pudieron reconstruir gran número de piezas. Otras muchas están todavía en curso de reconstrucción. Las primeras son el objeto de este trabajo. En ellas se acusan varias manos diferentes. También varía un poco la cronología de unas piezas a otras. Sin embargo, el numeroso conjunto ofrece

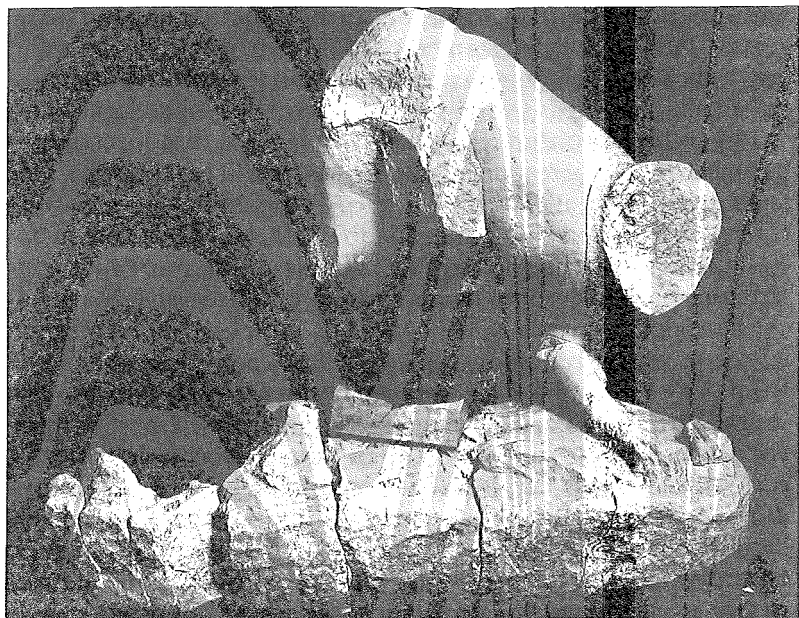
⁴ J. M. Blázquez - J. González Navarrete, «The Phokaian Sculpture of Obulco in Southern Spain», *AJA* 89, 1985, págs. 61 y ss.



Hocico de carnicero, Obulco (Porcuna, Jaén). Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

cierta uniformidad de estilo y se diferencia, por el estilo y los temas tratados, de todo lo que hasta ahora se conoce del arte ibérico, como el grupo de esculturas, también de influjo griego, hallado en Elche; las esculturas del Cerro de los Santos (Albacete), que son exvotos; las damas sedentes descubiertas en la provincia de Murcia; la Dama de Baza, etc.

La mayoría de las esculturas de Obulco están concebidas para ser vistas desde todos los ángulos, lo que indica que eran exentas. Parece que la mayor parte de estas piezas pertenecía a un monumento funerario o mejor a varios, llamado *heroon* por los griegos, de cuya existencia hay constancia en la Península Ibérica. De un *heroon* forman parte, sin duda, las esculturas adosadas a la pared de Osuna, hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid y fechadas en el siglo III a.C., que representan rituales funerarios que se celebraban en honor de los difuntos importantes, consistentes en música, danzas, competiciones, usados en otras regiones del Mediterráneo, como en Etruria.



Carnicero abatido sobre pedestal, Obulco (Porcuña, Jaén). Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

Un segundo *heroon* es el monumento de Pozo Moro (Albacete), fechado poco después de 500 a.C., con relieves que representan escenas tomadas del poema de Guilgamés, la lucha contra la Quimera, Anguipedes, jabalíes afrontados, banquete infernal de monstruos con cuerpo humano y cabeza de animal, que se disponen a comer un niño y un jabalí, leones, una Astarté, un guerrero vestido con su panoplia, posiblemente el difunto que seguramente sería un jefecillo heroizado, etc. El estilo de estos relieves es totalmente diferente a las esculturas de Obulco. Son relieves planos que recuerdan a los del arte neohitita, como los de Maras, de finales del siglo VIII o de comienzos del siguiente; de Karatepe, hacia 700 a.C., etc.

El número de esculturas de Obulco era muy elevado, pues las figuras reconstruidas son 40, quedando aún otras muchas fragmentadas. Están fabricadas en una piedra local, muy fácilmente trabajable, lo que indica que se hicieron en el mismo sitio de su colocación. El tamaño de la mayoría es la mitad, aproximadamente, del tamaño natural, aunque alguna pieza, como una supuesta Artemis, alcanza hasta 1,60 metros de altura. Algunas figuras y grupos están colocados sobre pedestal o bases, lo que indica que debían estar sobre columnas y basas. Varias son personas solas, otras forman grupos, como los luchadores, o un varón en lucha con un grifo; hay también dos cazadores acompañados de sus correspondientes presas, perdices o conejos, y de perros. Una loba ataca a un cordero. También hay un toro, una cabeza de grifo, un niño, un soldado caído, etc. Todo este material apareció reutilizado para la fabricación de muros de contención, probablemente levantados en el último siglo para hacer banales. La escultura de Osuna, la antigua Urso, ciudad en la que se asentaron colonos procedentes de la plebe urbana de Roma en el año 44 a.C., se recogió como material arrojado a la muralla levantada durante la guerra civil entre César y Pompeyo. Las esculturas de Obulco están machacadas y destruidas a propósito. Toda la escultura ibérica aparece en muy malas condiciones, triturada, salvo los exvotos en piedra del Cerro de los Santos, que por ser ofrenda se depositaban de tiempo en tiempo en zanjas abiertas para este fin en las proximidades del santuario, al igual que en los santuarios griegos de Olimpia y de la Acrópolis de Atenas. Los arqueólogos han detectado dos momentos de destrucción de estas esculturas que debían estar con-

sideradas todas ellas como figuras religiosas por pertenecer a monumentos funerarios o de culto. Estos momentos son: los finales del siglo v a.C. —entonces debieron ser destruidas muchas esculturas ibéricas, como las de Obulco y Elche— y los finales del siglo iv a.C. En la misma provincia de Jaén, en tumbas de la primera mitad del siglo iv a.C., del Peal del Becerro y de Cástulo, hay material escultórico reutilizado, como cabezas de toros, de leones y cuellos de caballos. Se ha discutido mucho entre los arqueólogos sobre la causa de la destrucción de todas estas piezas y de sus correspondientes edificios, que serían templos o monumentos funerarios. Tradicionalmente se culpaba a los cartagineses, pero Cartago no ejerció un dominio real de la Península Ibérica hasta dos decenios escasos, 237 a.C., antes de comenzar la Segunda Guerra Púnica, en el año 218 a.C. En las guerras greco-púnicas de Sicilia, de finales del siglo v a.C. cuando se acercó el ejército cartaginés a Siracusa, destruyó el mausoleo de Gelón, el tirano de Siracusa, vencedor de los cartagineses en Himera en el año 480 a.C., y capillas dedicadas a Core y Démeter, diosas agrarias, muy veneradas en Sicilia, como indica Cicerón en sus famosos discursos contra Verres, el gobernador romano de Sicilia, que se apropió de todas las obras de arte que pudo. La peste que diezmó el ejército púnico, debido al tifus procedente de las charcas de las proximidades de Siracusa, lo que obligó a los generales cartagineses a levantar el cerco, y la posterior derrota, fueron interpretadas como castigo de los dioses por haber arruinado sus santuarios, cuya profanación y destrucción era el sacrilegio más abominable que cabía cometer en la mentalidad religiosa de la antigüedad. También se ha pensado que la destrucción de la escultura ibérica se debía a revueltas de carácter social, hipótesis que ha sido abandonada en la actualidad. También se ha achacado a un cambio drástico de la religiosidad, pero no hay base para defender esta teoría; y en razzias de los pueblos de la Meseta, en este caso los celtíberos, o los lusitanos, que tenían un gravísimo problema económico y social debido a la concentración de la riqueza agrícola en pocas manos y que solucionaban dedicándose al bandidaje, según cuenta Diodoro Sículo (5, 34, 6), historiador siracusano contemporáneo de Augusto. De estas razzias hay abundante documentación en época de la conquista sobre Turdetania o Bética. Nos inclinamos a pensar que estas destrucciones y, concretamente las de



Varón en lucha con grifo, Obulco (Porcuna, Jaén). Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

Obulco, se deben a las continuas luchas de unos reyezuelos contra otros, a las que alude el geógrafo griego Estrabón (3, 4, 5), igualmente contemporáneo del emperador Augusto, que escribe:

Este mismo orgullo alcanzaba entre los iberos grados mucho más altos, a los que se unía un carácter versátil y complejo. Llevaban una vida de continuas alarmas y asaltos, arriesgándose en golpes de mano, pero no en grandes empresas, por carecer de impulso para aumentar sus fuerzas, uniéndose en una confederación potente.

Precisamente los guerreros de Obulco, como veremos, van armados con el armamento típico de los pueblos de la Meseta y más concretamente con el armamento celtibero, que conocemos muy bien por los ajuares funerarios de los guerreros depositados en la necrópolis de las Cogotas, de Chamartín de la Sierra, de Arcóbriga, la actual Aguilar de Anguita, etc. En 16 tumbas excavadas en Cástulo (Linares, Jaén), fechadas en la primera mitad del siglo iv a.C., todas las armas son típicas de la Meseta. Cabe sospechar que se trata de soldados celtíberos contratados por los reyezuelos locales, como tropas mercenarias, de las que hay constancia en las fuentes que narran sucesos de la época de la expansión bárquida en el sur de la Península Ibérica. Celtíberos eran los jefes Istolacio e Indortes, que lucharon en el sur a favor de los tartesios contra el general cartaginés Amílcar Barca después de 237 a.C. (Diod. 25, 10). Caudillos celtíberos al servicio de los turdetanos, Menicpto y Vismaro, que murieron entre los años 214-212 a.C. (Liv. 24, 41). El historiador latino (34, 19) afirma que los celtíberos son los mercenarios de los turdetanos. Nada tiene de extraño que mercenarios celtíberos figuren ya en el alto Guadalquivir en pleno siglo v a.C.

La fecha de las esculturas de Obulco es la segunda mitad del siglo v a.C. No toda se debió esculpir al mismo tiempo.

El grupo más numeroso e impresionante de este conjunto está formado por un varón en lucha con un grifo, animal fantástico introducido posiblemente por los fenicios en Occidente, que aparece grabado en un anillo de la necrópolis de la Joya (Huelva), datado en el siglo vi a.C., y en los peines fenicios de Carmona (Sevilla). Gozó de gran aceptación entre los iberos,

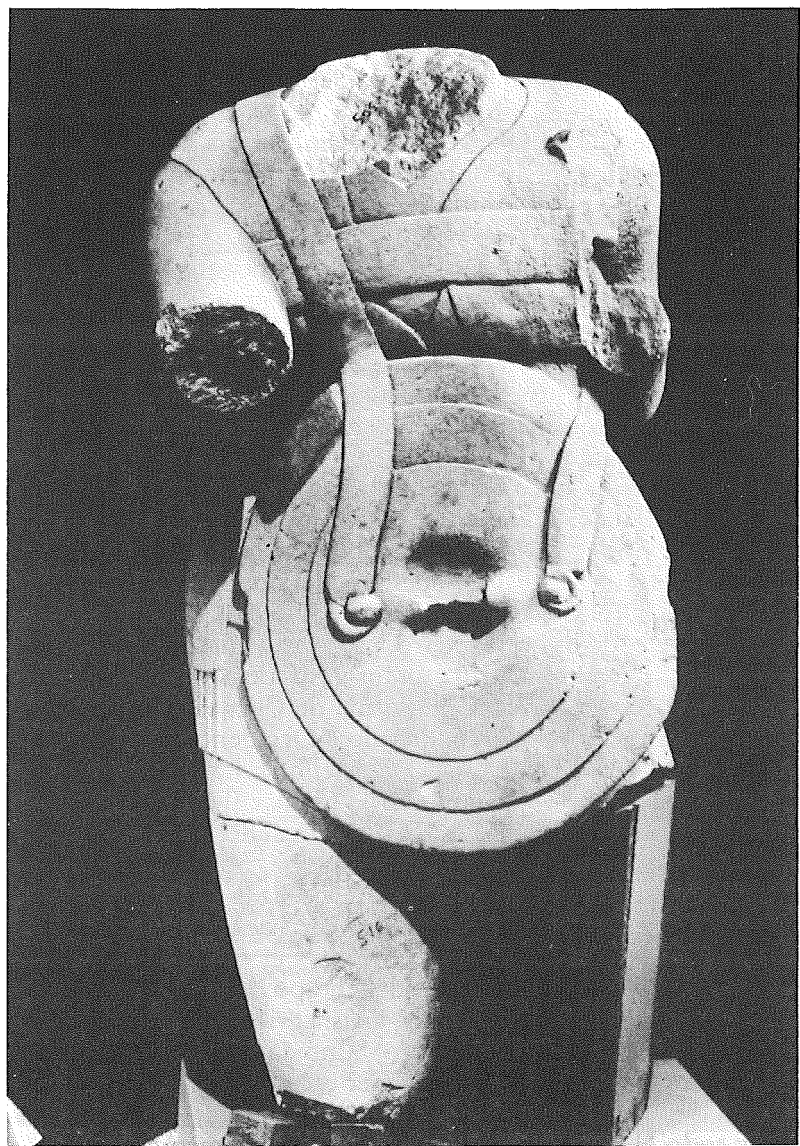


Cabeza de grifo, Obulco (Porcuna, Jaén). Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

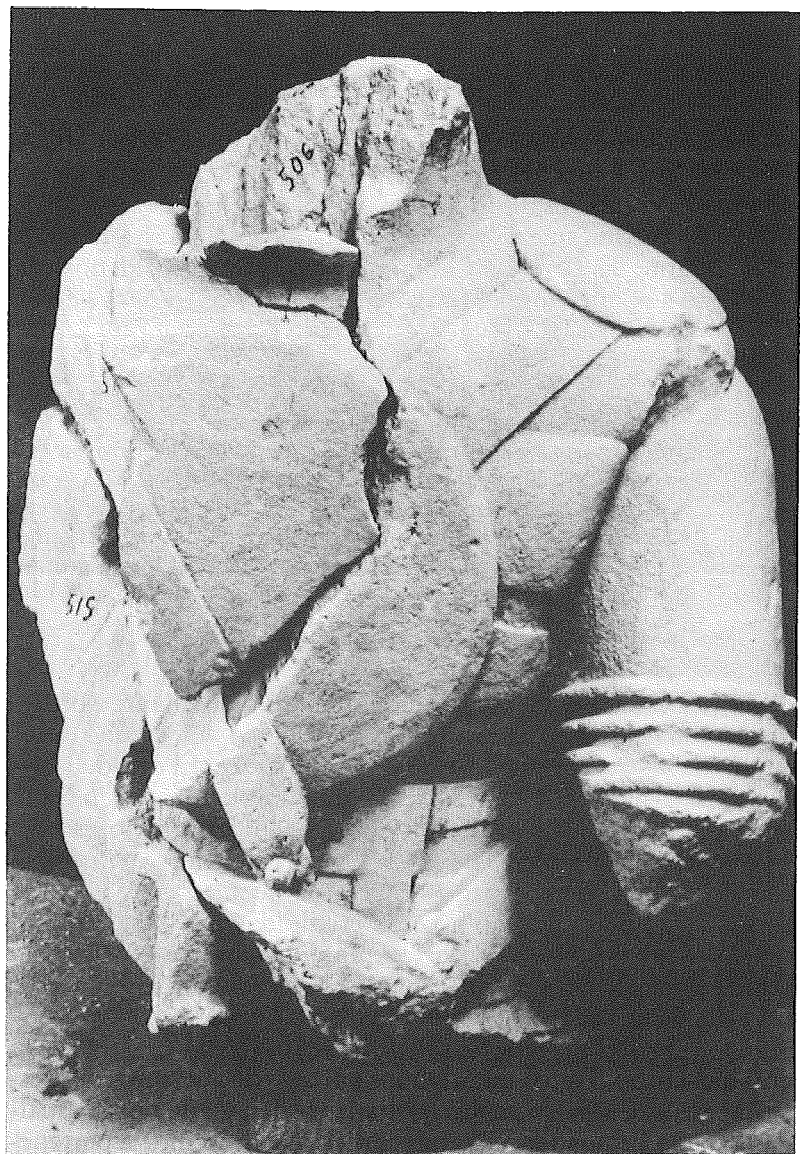
como lo indican los cabezas de grifo de Redován y de Elche. En Obulco ha aparecido otra cabeza de grifo, que debe ser, por ciertos detalles, más reciente que la del grupo. El combatiente viste túnica corta, de un tipo que se repite en el guerrero de Pozo Moro, en unas caderas halladas en Murcia y en guerreros de los exvotos ibéricos en bronce. Ciñe su cintura un cinturón de ancha placa rectangular, probablemente damasquinada, de un modelo bien documentado en la Meseta y en el sur. El cinturón lleva tres tiras. El varón se inclina un poco y lucha contra un grifo al que sujeta por una oreja y por la mandíbula superior. El monstruo abre la boca, saca la lengua, que cuelga retorcida de la mandíbula inferior, y apoya su garra derecha en la pierna de su enemigo, mientras dobla el cuerpo. Magníficamente están expresados la intensidad y el esfuerzo de la lucha en la postura, inclinada, del cuerpo del varón, en la vuelta del cuerpo del monstruo y en la boca entreabierta con la lengua colgada del mismo. A. Blanco, al comentar este grupo, recuerda la lucha de los grifos contra los arimaspos, pueblo que habitaba al norte de Escitia, en el sur de Rusia, en defensa del oro de la tierra, lucha celebrada por Aristeo de Proconeso (650-600 a.C.) y por Hecateo de Mileto, Esquilo, Píndaro, etc., y que después, en el siglo IV a.C. se va a representar en los vasos de Kersch, vasos áticos que se exportaban a la península de Crimea. Un ejemplar con escenas de esta lucha ha llegado a Occidente y se depositó en una tumba ibérica de Orleyl (Castellón). La lucha de hombres y grifos está presente también en un marfil de Carmona, fechado en torno a 600 a.C. El doblar el cuello la fiera, aunque tiene precedentes en marfiles de Carmona, no creemos que lo pudiera hacer un artesano ibérico. Recuerda la postura del Toro de Creta, de una de las metopas del templo de Olimpia, obra datada entre los años 470-456 a.C.

La perfección en el estudio del cuerpo del grifo y su ejecución denotan la mano de un buen artista griego. Baste comparar el cuerpo del grifo con el del toro, también hallado en Obulco, de fecha posterior y que creemos ser escultura de un artista local. En esta segunda pieza el cuerpo está trabajado como en planos y todo él es de un estilo diferente, más amazotado.

En el grupo de los guerreros descuellan varias piezas. Interesante es un soldado de pie, vestido de un coselete de cuero o quizá de lino. Del cuello cuelga, mediante unas correas de cue-



Guerrero de Obulco (Porcuna, Jaén). Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.



Guerrero de Obulco con el armamento de la Meseta Castellana. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

ro, el escudo cóncavo típico de los iberos, llamado *caetra*, que colgado a la espalda lleva algún guerrero en los exvotos de Despeñaperros (Jaén). Se sujetaba por el centro y se presentaba hacia adelante, moviéndole según se necesitara cubrir una u otra parte del cuerpo, como indican algunos exvotos de guerreros de los de Despeñaperros y los relieves de soldados hallados en Osuna. El escudo es diferente del que portan los guerreros lusitanos, en piedra, que se representan caídos, tal vez ya heroizados, durante las Guerras Cántabras (29-19 a.C.), soldados que sirvieron a comienzos del Imperio a los ejércitos romanos como tropas auxiliares. Este escudo está citado por Estrabón (3, 3, 6) al hablar de los lusitanos:

Su escudo es pequeño, de dos pies de diámetro, y cóncavo por su parte anterior; lo llevan suspendido por delante con correas y no tiene, al parecer, abrazaderas ni asas. Van armados también con un puñal o cuchillo; la mayor parte llevan corazas de lino y pocos cota de malla y cascos de tres cimeras. Otros se cubren con cascos tejidos de nervios; los infantes usan y llevan varias jabalinas; algunos sirven de lanzas con punta de bronce,

descripción del armamento que coincide plenamente con las armas magistralmente esculpidas en Obulco. El escudo y los cascos de los guerreros de Osuna son diferentes. El escudo, alargado, en Osuna, es el de La Tène, que también llevan los guerreros de la cerámica de Liria, y el casco, empenachado, es probablemente el de cuero. Las cotas de malla se representan en Liria, en Osuna y en algunos guerreros de Despeñaperros en bronce. La coraza de lino no es la esculpida en Obulco. Parece más bien ser de cuero. La perfección del artista en afinar hasta en los detalles más insignificantes se observa en la ejecución de las anillas, de las cintas y del escudo.

Un guerrero, al que le falta el rostro, lleva ceñido el pelo con una cinta, al igual que algunos exvotos de guerreros de Despeñaperros. Cubre su pecho la citada coraza, y sale por la espalda la punta de una lanza, lo que indica que la escultura perteneció a un grupo de combate en el que intervenían varios combatientes individuales. Otra escultura representa a un guerrero caído.

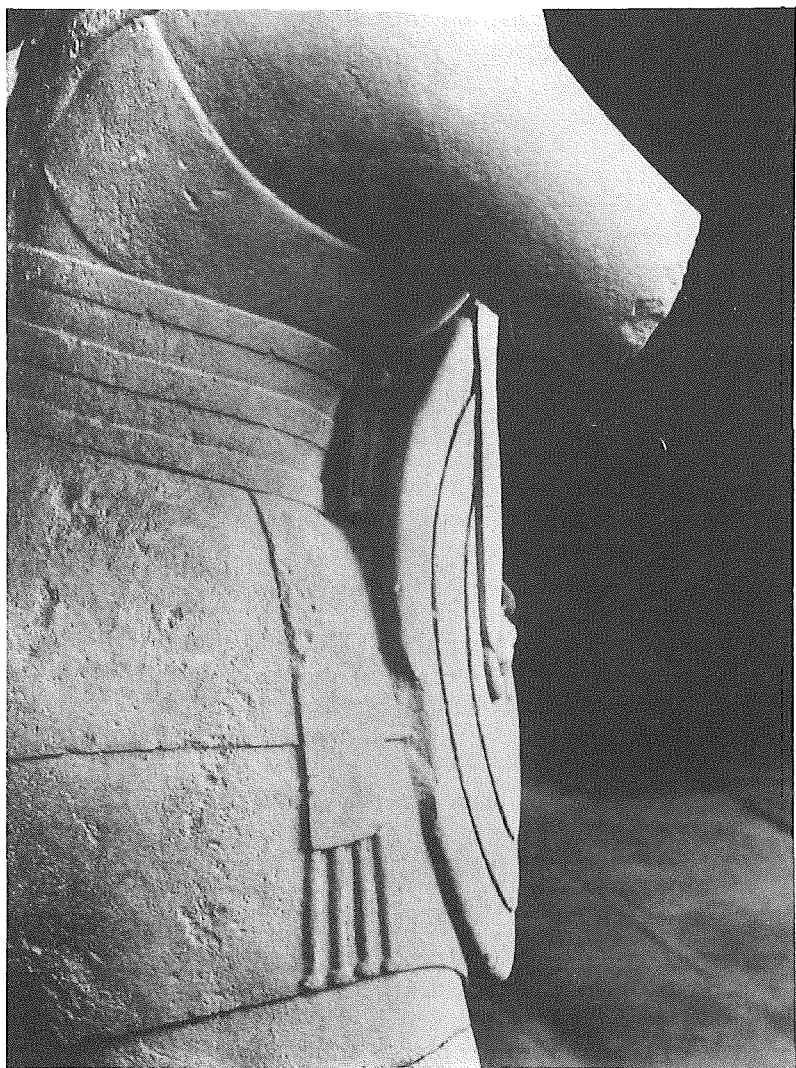
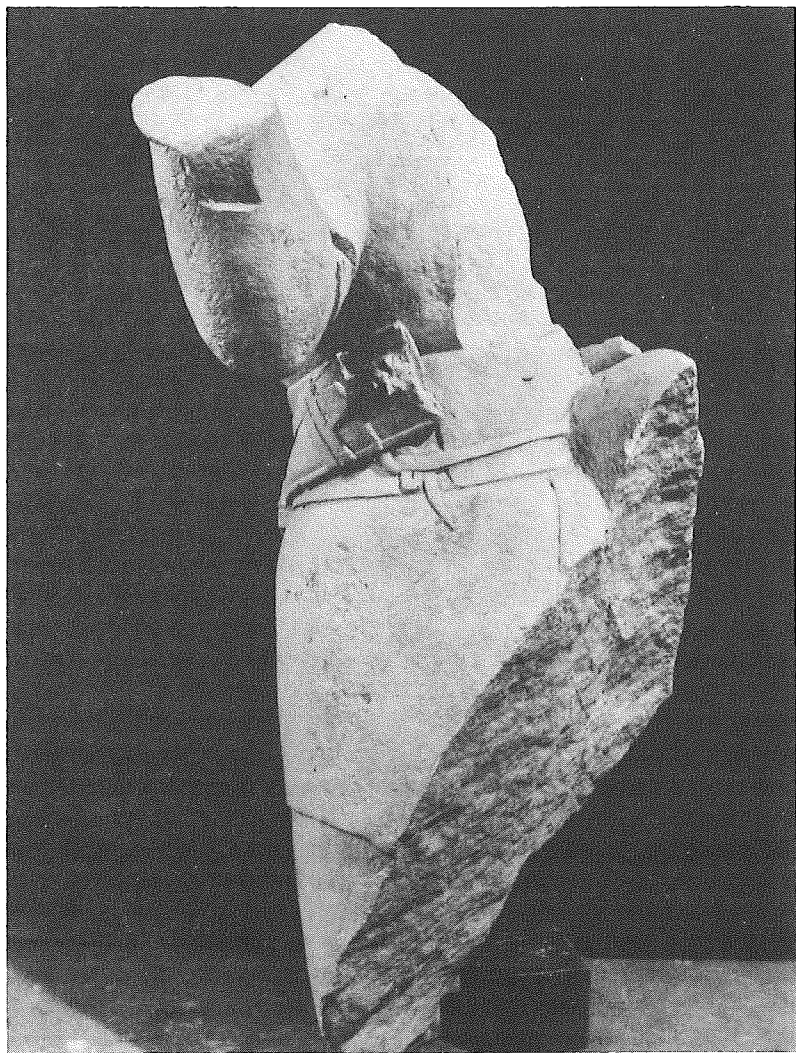


Figura anterior. Detalle de la figura anterior. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

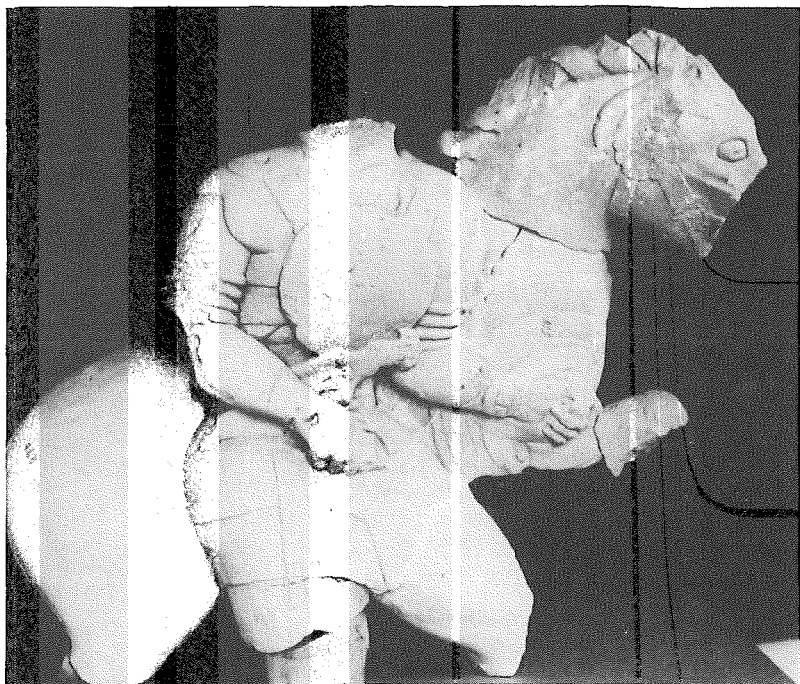
Un jinete está de pie delante de su caballo, que levanta las patas delanteras. El guerrero viste la cota de cuero. Defiende el pecho un gran disco de metal, *falera*, con otros dos de menor tamaño sobre los hombros, sujetos por cintas, como el guerrero etrusco de Capistrano, fechado en el siglo VI a.C. Otros guerreros etruscos, como uno representado en una estela antropomorfa hallada en Guadiagrele (Chieti), datada en el siglo VI a.C., llevan también una gran *falera* sobre el pecho que se conoce en la realidad como el disco coraza, del siglo VI de Alfedena, y en el guerrero samnita del siglo III a.C., hoy en el Museo del Louvre. Una pieza de *faleras*, sujetas por cadenas, que defendían el corazón, se depositó en una tumba de guerrero de Aguilar de Anguita. Los brazos llevan unos brazaletes de anillos de los que han aparecido muchas piezas en la Península Ibérica. También los llevan los guerreros de Chipre y el citado guerrero de Capistrano. Del cinturón cuelga un puñal de frontón típico de los pueblos de la meseta con otro puñal superpuesto de diminuto tamaño, del que también se conocen ejemplares. Todo ello ejecutado con un dominio asombroso del detalle. Los guerreros representados en los exvotos ibéricos de bronce llevan del mismo modo el puñal. El guerrero de Obulco está un poco doblado y delante de su caballo. Sujeta el escudo por el interior, la cinta de suspensión se le enrolla a la muñeca. La cabeza del caballo está ejecutada con gran realismo, muy acabada hasta en los mínimos detalles. La cabezada y la crin aparecen trabajadas con gran elegancia mediante una trenza del pelo, al igual que otro cuello de équido hallado en Cástulo, que indica un gusto refinado en el artista. Recuerda a la de algunos caballos del friso del Partenón en la Acrópolis de Atenas, fechado entre los años 487 y 432 a.C.; del templo de Asklepeios de Epidaurio, hacia 480 a.C., y a la de los caballos de los Dioscuros de Locroi.

En otro grupo luchan dos personajes. Magníficamente se indica el esfuerzo de la lucha en la actitud encorvada del cuerpo y en la disposición de los brazos entrelazados.

Las escenas de lucha con carácter funerario son bien conocidas en el Mediterráneo. Baste recordar el Monumento de las Nereidas de Xanthos, obra de 400 a.C., o el Mausoleo de Halicarnaso, de 350 a.C. Quizá se alude en las escenas de combate de Obulco a luchas reales. Más probable es que se trate, al igual que en los relieves de Osuna, de los combates que tenían lugar



Perfil de un guerrero de Obulco. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.



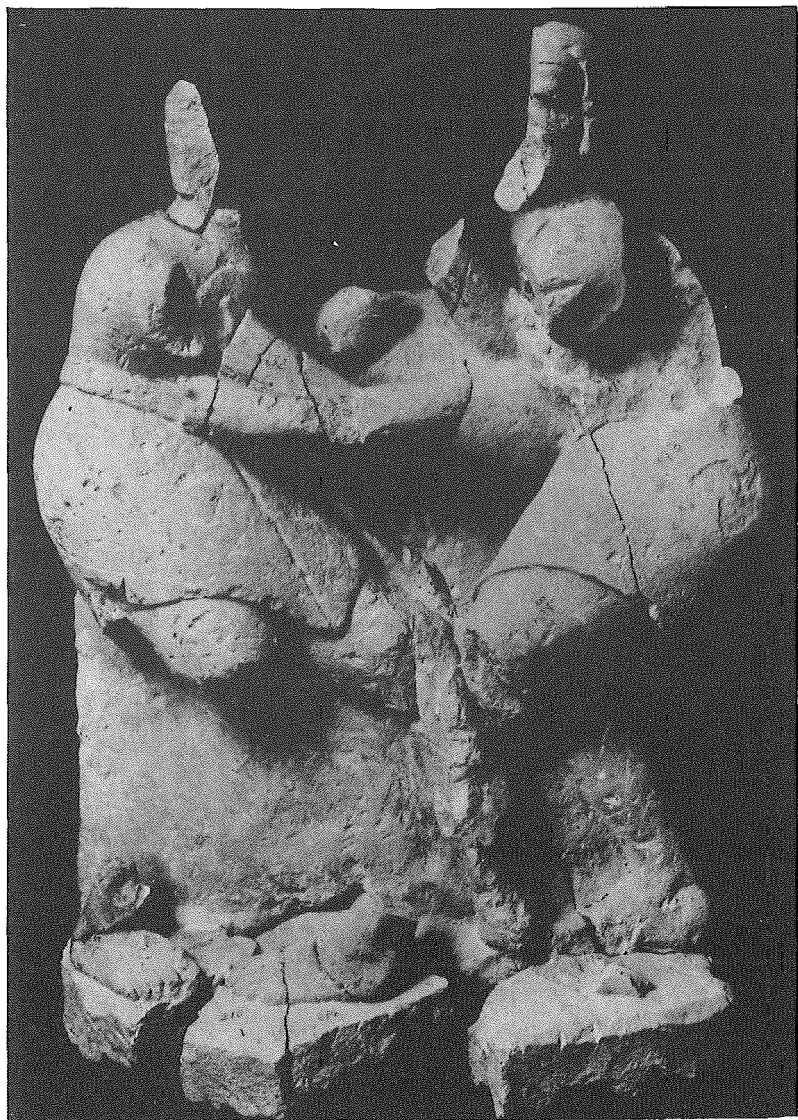
Jinete de Obulco, con las armas de la Meseta Castellana. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

con ocasión de los funerales de los personajes notables, bien confirmados por los funerales de Viriato descritos por Apiano (*Iber* 71):

El cadáver de Viriato, magníficamente vestido, fue quemado en una altísima pira; se inmolaron muchas víctimas, mientras que los soldados, tanto los de a pie como los de a caballo corrían alrededor con sus armas y cantando sus glorias al modo bárbaro, y no se apartaron de allí hasta que el fuego fue extinguido. Terminado el funeral, celebraron combates singulares sobre su túmulo.

Y por Diodoro (33, 21):

El cadáver de Viriato fue honrado magníficamente y con espléndidos funerales. Hicieron combatir ante su túmulo 200 parejas, honrando así su eximia fortaleza.



Luchadores, Obulco (Porcuna, Jaén). Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

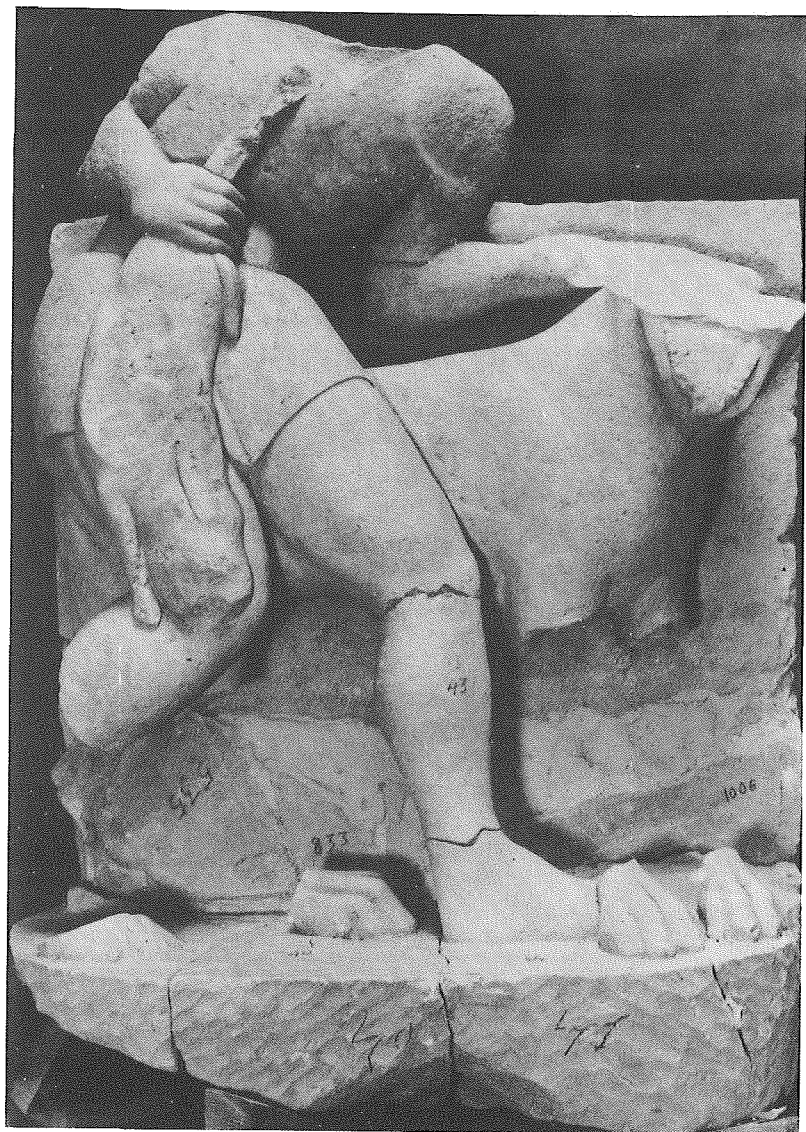
Estos combates funerarios son los representados en Obulco. También existían en Etruria. Originan los combates de gladiadores, que son ya rituales desacralizados, por la tendencia que tienen los rituales, como los juegos en honor de los dioses, los espectáculos teatrales en honor de Dioniso, a desacralizarse y a convertirse en juegos. Estos combates están representados en la tumba de los Augures de Tarquinia y en las tumbas de Paestum, fechadas en el siglo iv a.C. Ya el simple jinete tiene a veces carácter funerario, como en una estela de Paestum, datada entre los años 340-320 a.C., o en la plaquita de pizarra, arrojada a la pira de un varón en Cástulo fechada en la primera mitad del siglo iv a.C.

Una cabeza de guerrero de singular importancia aparece cubierta por un casco de cimera con cuernos enrollados adosados a los laterales. El casco llevaba, como otros de Obulco, apliques de bronce. El borde termina en un doble reborde redondo, dato muy importante para conocer la procedencia del influjo griego en estas esculturas. Como señala A. Blanco, este detalle se repite en cascos de la monedas de Focea. Cascos de cuernos pegados a la superficie eran conocidos ya en la Península Ibérica, como el ejemplar fabricado en plata de Caudete de las Fuentes (Valencia). En las llamadas estelas extremeñas los guerreros llevan frecuentemente cascos de cuernos, pero no adosados. Los ojos alargados, la nariz estrecha, los labios pequeños de esta cabeza ofrecen un impresionante paralelo con el rostro de la Atenas del templo de Égina, obra de mitad del siglo v a.C. El parentesco de esta cabeza con las del arte griego, hasta en detalles muy concretos como el casco, es una prueba de que los artistas, no todos, que esculpieron estas esculturas de Obulco, eran griegos y más concretamente focenses.

Dos grupos de cazadores destacan. El primero avanza apoyando su mano izquierda en el perro, que camina jadeante después de haber corrido la liebre. Probablemente se trate más bien de un conejo, ya que fue un animal muy abundante y típico de la Península Ibérica. Los griegos lo conocieron en Iberia (Str. 3, 2, 6). El cazador viste, como los restantes varones, túnica corta, que llevan también los guerreros en algunos exvotos ibéricos. Como en una pieza excepcional, por su alta calidad artística, hoy conservada en el Instituto del Conde de Valencia de Don Juan, en Madrid. Un ancho cinturón oprime la cintura. El caza-



Casco, Obulco (Porcuna, Jaén). Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.



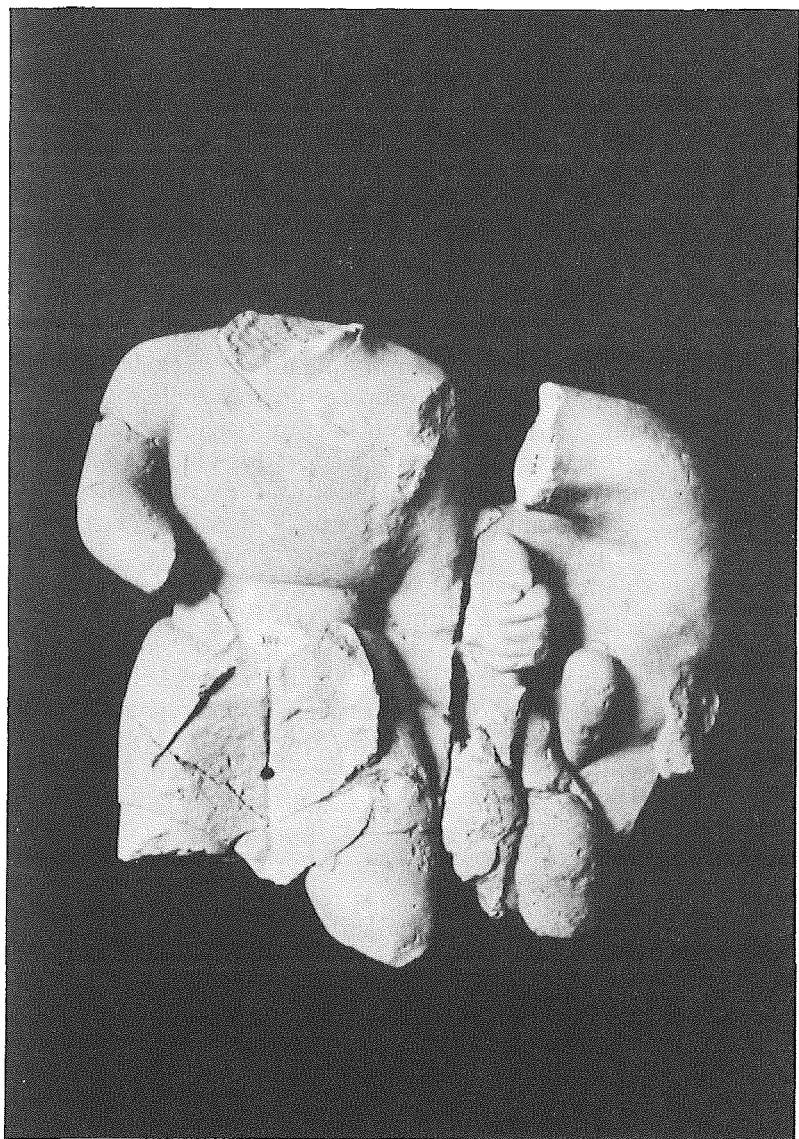
Cazador con liebre de Obulco acompañado de su perro. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

dor sostiene por las patas traseras un conejo. El estudio anatómico de las fauces del can y del pecho está bien logrado, al igual que las garras del mismo y los pies del cazador. Denota, como otras esculturas, un artífice que dominaba perfectamente la técnica del detalle y una fina observación del natural que no creemos que alcanzaran los artesanos iberos. También es notable el movimiento del grupo, bien manifestado en la postura de las piernas del varón⁵.

El segundo cazador lleva colgadas un par de perdices trabajadas con una finura extraordinaria en los detalles del cuerpo. Delante del cuerpo llevaba un aplique, quizá una cesta. Va acompañado de un animal, que más que un perro podría ser un corzo, a juzgar por el cuello. El grupo es de gran realismo, originalidad y de un gusto exquisito en la composición, propio del arte griego. Estos dos grupos estaban adosados a la pared, lo que pudiera indicar que además de esculturas exentas, otras en Obulco se encontraban adosadas. Figuras adosadas a la pared, probablemente parte de puertas de tumbas, fueron la esfinge de Agost, el toro androcéfalo de Bazalote y un toro de Osuna. La caza tiene también sentido funerario en todo el Mediterráneo. Baste recordar las escenas de cacerías del llamado sarcófago de Alejandro Magno, obra de 310 a.C., y en la Península Ibérica las estelas de la meseta, ya de época romana, con escenas de cacerías. La caza, al decir de Estrabón (3, 2, 6), era muy abundante en Iberia. Escenas de cacería se representan en la cerámica de Liria. Los hispanos fueron muy inclinados a la caza y se consideró un rasgo típico de su carácter, como lo indica la *Historia Augusta* (Trig. Tyr. 30), de finales del siglo iv, con ocasión de hablar de la inclinación de Zenobia, la reina de Palmira, a la caza. El joven Adriano, estando en Itálica, pasaba todo el día cazando, por lo que su padre adoptivo lo sacó de Hispania (*SHA* vit. Hdr. 3), afición que se confirma por los tondos relicarios del arco de Constantino, que muestran diferentes cacerías del Emperador.

Otro grupo representa a una loba que muerde a un cordero en el cuello. El estudio de la cabeza, ojos, cejas, arrugas y huesos es de una perfección que sólo un artista griego podría alcanzar,

⁵ T. Chapa, *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, I-II, Madrid, 1980; *Idem*, *Influjo griego en la escultura zoomorfa ibérica*, Madrid, 1986.



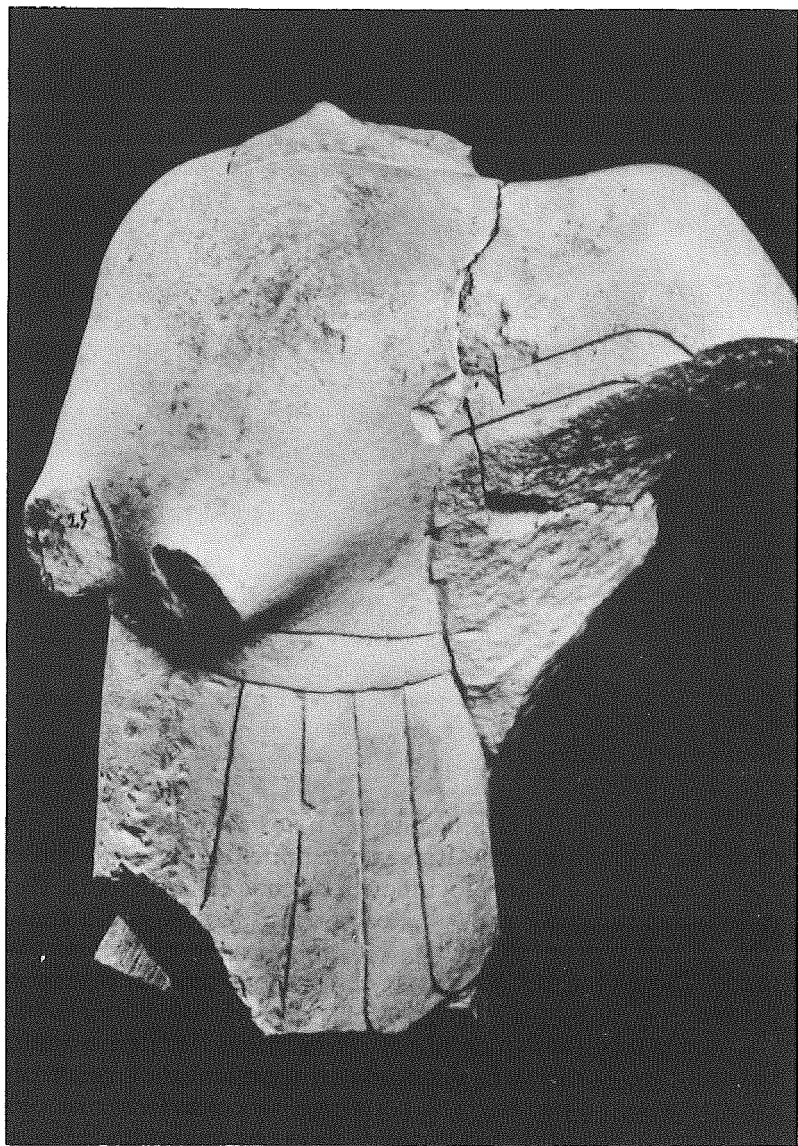
Cazador de Obulco con perdices. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.



Loba atacando a un cordero, Obulco. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.



Despothes Theron entre dos machos cabríos, Obulco. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.



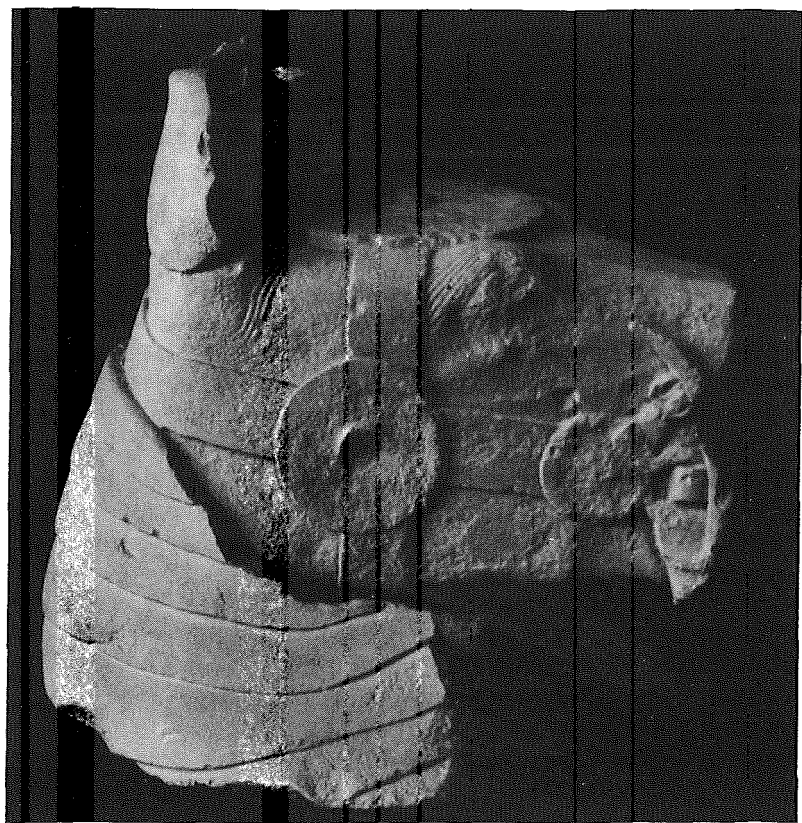
Sirena, Obulco. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

al igual que el movimiento del grupo. Los artistas indígenas de época helenística esculpían lobos amamantando a sus crías, del estilo de la leona del Cerro de los Molinillos (Córdoba), de un realismo primitivo, que recuerda la leona de una de las hidrias ceretanas, fechada en la segunda mitad del siglo VI a.C. En varios grupos el movimiento de las figuras y las posturas indican una mano hábil en el trabajo de la piedra y una observación grande de la realidad.

Algunas piezas son más flojas, como un cuerpo de varón que se masturba. Quizá tendría esta escultura el carácter funerario que en el Mediterráneo poseen, a veces, las representaciones sexuales, como en la Tumba de los Toros en Tarquinia, fechada poco después de la mitad del siglo VI a.C., o los vasos plásticos corintios de forma de órganos masculinos y femeninos, de los siglos VII-VI a.C., que después se depositaban en tumbas, o las cubiertas de espejos datadas en el siglo IV a.C., que aparecen en tumbas, con escenas amorosas del más crudo realismo o con Afrodita y su amante Adonis.

Un grupo es especialmente importante por su originalidad. Representa, probablemente, a un dios de pie con túnica hasta los pies, sujetando dos machos cabríos contrapuestos por la espalda, cuyas patas sostiene por delante. Es una versión profundamente original de un *despothes* con la cierva, de una ánfora hallada en Milo fechada hacia 625 a.C. La ejecución del animal, en cuanto al moldeado del cuerpo y de las patas, es de una perfección y plasticidad tal que una vez más hay que descartar que el artista fuera indígena. Representaciones de diosas o dioses con animales están bien documentadas en la religión ibera. Baste recordar la diosa entre caballos rampantes, de época helenística, en una pintura de Elche, o los numerosos relieves del llamado «Domador de Caballos», que han aparecido en el levante ibérico.

Varias esculturas masculinas o femeninas de cuerpo entero indican bien la maestría alcanzada en representar el ropaje por estos artistas. La presencia de la esfinge, así como la de una sirena, refuerza el sentido funerario de todo este conjunto. Esfinges están bien documentadas en el arte ibérico entre las que sobresalen las de Bogarra (Albacete), fechada en el siglo V, y la de Agost (Valencia), del siglo VI a.C. Un arte más provincial es la

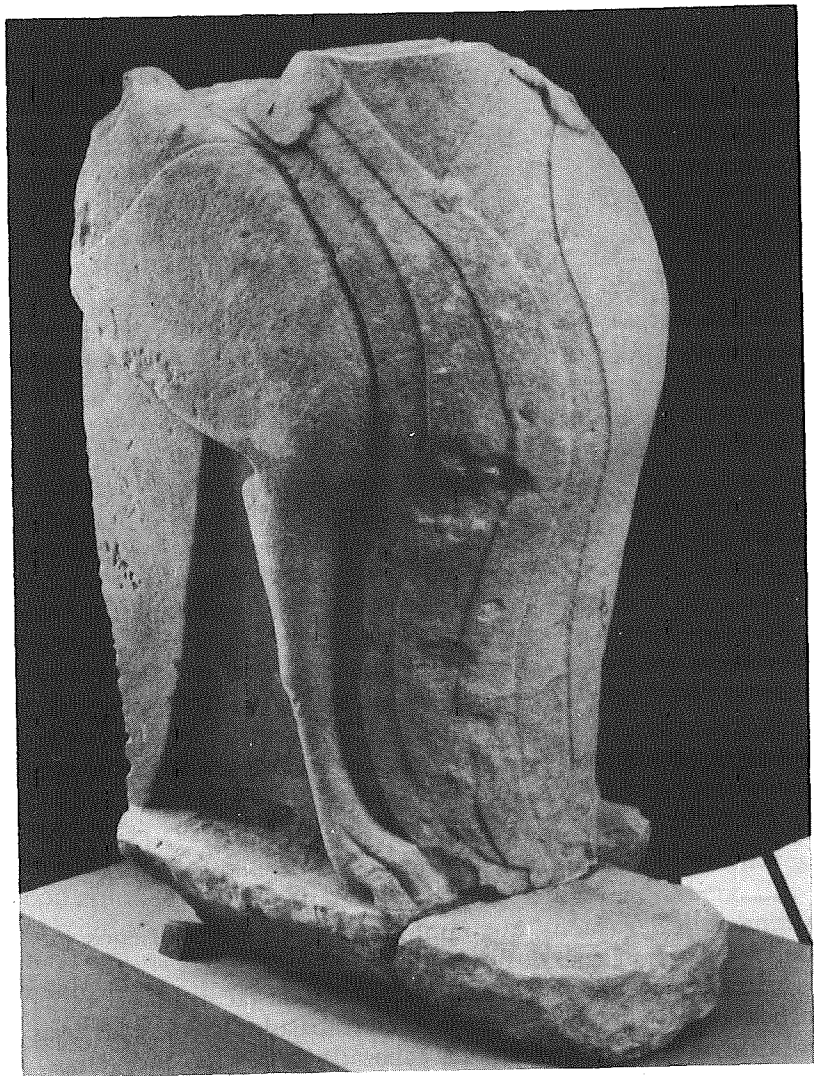


Cabeza de caballo de Obulco. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

sirena de Jódar (Jaén), que también sigue modelos griegos y es de carácter igualmente funerario.

Entre las esculturas de animales cabe destacar una soberbia cabeza de caballo con cabezada, bien trabajados los ojos, las cejas y las arrugas de las orejas. La cabezada es de tipo indígenas.

Otra escultura que se debe recordar es una esfinge de la que sólo se conserva la parte delantera, con falderín colgado entre las patas delanteras, de gran originalidad, digna del arte griego. Y un león con la cabeza vuelta apoyado en una acrótera de forma de palmeta, con una serpiente enroscada en su cuerpo. Como señala A. Blanco, el mejor paralelo para esta excepcional



Esfinje con falderín, Obulco. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

pieza se encuentra en la pintura de un vaso pónico, hoy conservado en Würzburg. Esta figura no tiene ningún paralelo en los leones ibéricos y turdetanos, que son de carácter funerario. La ejecución del borde de la boca, la expresión y los detalles del rostro, de gran realismo y fuerza, y la postura, apoyado en una palmeta, indican, como en la mayoría de las esculturas de Obulco, como hemos repetido insistentemente, la mano de un artista griego.

Con la aparición de este grupo de escultura se da un paso gigantesco en el conocimiento del arte ibero. Confirma la tesis, que defiende desde hace años A. Blanco y E. Langlotz, de la importancia del influjo focense en la formación de la escultura ibérica, influjo que se dio desde muy pronto, ya que las fechas bajas, sostenidas por A. García y Bellido, son, en el estado actual de nuestros conocimientos, indefendibles, no así la tesis que siempre defendió este último investigador del influjo griego.

La escultura ibera hunde sus raíces en el arte griego. A los fenicios y los cartagineses no remonta la escultura ibérica. La época tartésica, de gran influjo semita, siglos VIII-VI a.C., que hoy se sabe que se extendió también por el levante ibérico, careció de escultura, no así de arquitectura, como lo indica el capitel protocórico hallado en Cádiz, que muy probablemente perteneció al Heracleion gaditano. Al igual que artistas griegos trabajaron en Etruria, a los que se deben las Placas Broccanera, que la tradición atribuyó al pintor griego Cratón de Sición, aunque según M. Pallottino pertenecen seguramente a la producción indígena, fechadas en el siglo VI a.C. En Etruria, ya en la primera mitad del siglo VI, la escultura etrusca atestigua la llegada de elementos jonios, que también están presentes en la producción artística de Italia meridional. El influjo greco-oriental es evidente en la citada Tumba de los Toros y en la Tumba de los Augures de Tarquinia, también en Tarquinia, se ha atribuido a un artista jonio o a un etrusco, que trabajaba directamente bajo los modelos del arte jonio. A un artesano jonio asentado en Caere se atribuyen hoy las hidrias caeretanas. El mismo fenómeno del influjo artístico greco-oriental y de la llegada de artistas jonios, y más concretamente focenses, se dio entre los iberos. Al igual que llegaron a Occidente Colaio de Samos, Sostrato de Egina y Midacrito, pudieron venir artistas y



Fig. 1. León, palmeta y serpiente, Obulco. Museo Provincial de Bellas Artes, Jaén.

ceramistas, que trabajaban para los reyezuelos iberos, que aquí formaron escuela.

Hace varios decenios se defendió que la batalla de Alalia, hacia 535 a.C. o poco después, entre griegos, por un lado, y cartagineses y etruscos, por otro, cerró Occidente al comercio griego. Hoy día se sabe, por las excavaciones francesas en Alalia, que el comercio griego no se interrumpió después de esta batalla, sino que fue muy floreciente.

Los textos del gran lírico Píndaro no prueban un cierre del estrecho de Gibraltar para el comercio griego. Siempre debieron llegar comerciantes y artistas griegos a Occidente.

En las ciudades griegas sicilianas, como en Siracusa y otras, al final del siglo v a.C., habitaban muchos mercaderes púnicos que fueron masacrados por los griegos sublevados contra Cartago, y en las ciudades púnicas se asentaban también muchos griegos. En las colonias fenicias de Occidente pudieron trabajar perfectamente artistas griegos⁶.

⁶ I. Negueruera, *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo de Porcuna (Jaén)*, Madrid, 1990.

Influjo griego en Cástulo (Linares, Jaén). La necrópolis de El Estacar de Robarinas

La ciudad de Cástulo estuvo enclavada en una de las regiones mineras más ricas de la Hispania antigua y precisamente por ello llegó a convertirse durante los siglos x y iv a.C. en quizá el más próspero y principal asentamiento oretano que «junto con Oria (Orissia) eran las ciudades más importantes del gran conjunto étnico de los oretanos» (Str. 3, 3, 2).

En el transcurso del periodo aludido debió producirse un considerable aumento del nivel de vida de la población, estimulado por un activo comercio del metal, que conllevó un importante crecimiento demográfico. Ambos fenómenos los vemos reflejados en las necrópolis coetáneas, paradójicamente uno de los mejores registros para pulsar la vida de las antiguas poblaciones que no dejaron documentos escritos.

De esta manera observamos que en el siglo v y aún más en el iv a.C. proliferan las necrópolis en los alrededores de Cástulo. En las colinas y llanuras vecinas, en el borde de los caminos que conducen a la ciudad, entre encinas y quejidos, se alzaron ámbitos sepulcrales y monumentos funerarios, éstos a veces aislados, de considerable envergadura y magnificencia, exponente del estatus social de un no determinado personaje, como es el caso del túmulo de Los Higuerones, al noreste del recinto amurallado.

Un conjunto importante de necrópolis se encuentra ubicado en la zona oeste, separado de la población por la vaguada El Estacar de Robarinas; al norte de ella se halla la de Los Patos; y

entre el Estacar y los restos de un antiguo molino, el de Calдона, apareció otra, que se denominó Molino de Calдона.

La más importante y amplia debió ser la de Robarinas. Las excavaciones llevadas a cabo durante las campañas de 1973 y 1976, cuyos resultados han sido publicados en el volumen II de las excavaciones de Cástulo, y las realizadas en 1982 y 1983 se abrieron, una vez cuadrículado el terreno, 16 cuadros de 3×3 metros cada uno, separados por testigos de 1 metro para facilitar el movimiento de personal y acarreo de tierra.

El proceso de los datos recuperados en estas campañas se halla aún en sus primeras fases de desarrollo; por ello, ahora sólo podemos ofrecer una visión global que por fuerza ha de ser superficial y susceptible de alteración cuando las investigaciones previstas alcancen la cota propuesta.

La necrópolis de El Estacar de Robarinas está enclavada sobre la primera terraza cuaternaria del río Guadalimar, limitada por la curva de nivel de 200 metros, y a una altura de 20 metros sobre el nivel del río, en una zona mesetada que se eleva hacia el norte hasta 300 metros. Se encuentra muy deteriorada por lo que a los materiales, componentes de las ofrendas, se refiere. Los metálicos, que debieron suponer un alto porcentaje en los ajuares, han desaparecido en su mayoría, por ser objetos siempre apetecibles a la rapiña de los saqueadores, que quizá ya contemporáneos de los enterramientos y a través de los siglos, han venido ejerciendo su oficio con eficacia. Únicamente han sido preservados los de aquellas tumbas que pasaron desapercibidas a causa de encontrarse cercanas a otras más importantes. En cuanto al material cerámico, hay que tener en cuenta que la mayor parte de los enterramientos se realizaron prácticamente sobre la argamasa natural de base que aflora a una profundidad media de 0,70 metros, así pues, la escasa potencia y sucesivas decapitaciones del terreno posibilitaron su proceso de extrema fragmentación.

No obstante, con el estudio del campo y los numerosos restos recuperados nos será factible la reconstrucción ideal, si no total sí parcial en alto grado, de la organización, forma y tipos de enterramientos existentes, así como determinados rituales que aquéllos conllevaban. En cuanto a éstos, algunos de los datos recogidos escapan a cualquier género de interpretación fiable, por lo menos ahora en que la investigación se halla en esta-

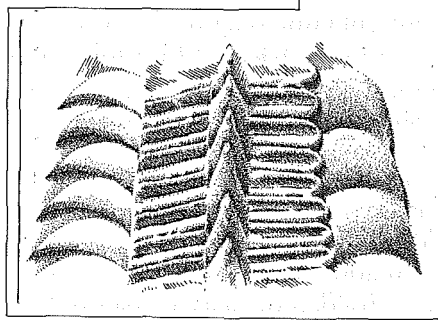
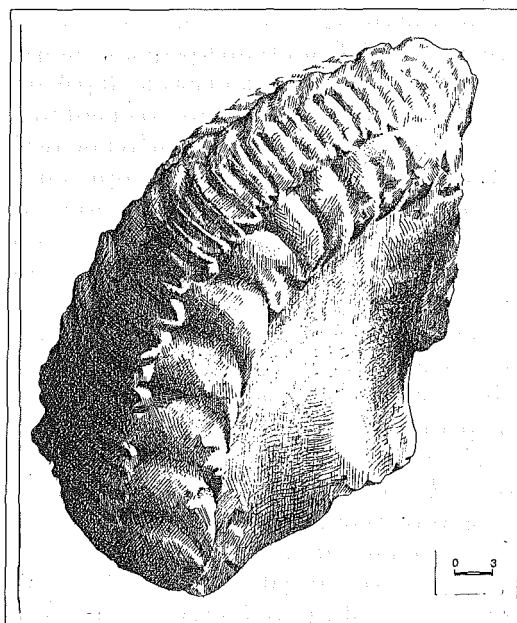
do embrionario. Confiamos más adelante poder precisar, con la aproximación debida, los diferentes rituales funerarios que el pueblo oretano ejecutaba en honor de sus muertos, así como la actitud social del mismo hacia la muerte.

La cremación fue el modelo seguido en Robarinas. Parece ser que los cadáveres eran incinerados en ustrinas —uno se delimitó en la extensión descubierta. Efectuada aquélla, el material resultante era sometido en algunos de los casos a determinadas manipulaciones, entre las que podemos señalar con seguridad la separación de las cenizas de los huesos calcinados, el posterior lavado de los mismos y su introducción en una urna, quizá con algún producto perecedero del que no quedan indicios. En tres ocasiones conocimos este tipo de enterramiento, ninguno saqueado. En uno, la urna cineraria fue colocada en un pequeño receptáculo cuadrangular, formado por losas, en los otros dos, la urna simplemente se calzó y rodeó con piedra mediana, trabada con barro, para evitar su movimiento y ser preservada de la acción de agentes externos. Las tres urnas son globulares de labio vuelto y tamaño regular, como decoración ostentan temas de líneas y bandas en color bermellón, pintura que se separa fácilmente del soporte. Estaban tapadas con pequeños cuencos de perfil curvo y pie realzado, decorada toda la superficie con pigmento rojo brillante. Advertimos que no acompañaba a los huesos ningún tipo de ofrenda, por lo menos deleznable.

Por su parte, las cenizas separadas de los restos óseos pudieron arrojarse a un pozo practicado para tal fin. En la necrópolis hallamos uno excavado en la roca, de 0,40 metros de profundidad y 0,60 metros de ancho. La base se recubría con arcilla apisonada y lajas. Contenía una ingente cantidad de cenizas y carbón, muy sueltos, que no fueron producidos en tal lugar. Como sobre esto se encontraba una capa de piedras y tierra inferimos que una vez colmatado se selló con las mismas.

Otras veces las cenizas se disponían en un recinto cuadrangular o rectangular circundado por un encachado de piedra unida con mortero.

Parece que no en todas las ocasiones se ejecutan las manipulaciones aludidas, puesto que constatamos la existencia de enterramientos en los que se deposita en tierra, previa la excavación de una cavidad, el resultado total de la cremación. En ellos la ti-



Cuello de caballo, Cástulo. Museo Monográfico de Linares (Jaén).

pología es más variada, así como el ajuar que los acompaña. Existen cistas formadas con lajas verticales, hincadas en el suelo —antes se confeccionó una pequeña zanja—, que se refuerzan con pesadas piedras. Las cistas se tapaban con una gran losa. También hay tumbas circulares o cuadrangulares, rodeadas por una o dos hiladas de piedra mediana no desbastada, entre la que no falta nunca la pizarra, pero siempre en pequeña proporción. Esta roca metamórfica no se encuentra en los alrededores, por lo que hubo que traerla de fuera, de manera que es fácil imaginar que esta inversión de trabajo se hizo como consecuencia de alguna connotación cultural o simbólica. Apoya tal hipótesis el que en la campaña de 1976 fue descubierta una placa de pizarra entre un amontonamiento de piedras, presumiblemente una tumba derruida, grabada por ambas caras, cuya decoración principal representa un hombre a caballo. La vestimenta del jinete, los arreos del animal y la actitud de ambos se halla plasmada en vasos griegos. No hay duda de que su artífice, un nativo, copió directamente un diseño pintado en uno de los muchos recipientes áticos que estarían a su vista¹.

Aunque no es usual, sí hemos de destacar la reutilización de fragmentos escultóricos en estos muros de cerramiento de áreas sepulcrales, hecho que ya los reflejaba en la campaña de 1973². En este sentido podemos mencionar la crin de un caballo encontrada en 1983, que presenta una magnífica talla en la que se combinan la influencia semita y griega; es posible, aunque de momento no pasa de simple hipótesis, que fuera ejecutada por un escultor griego. Actualmente está siendo objeto de minucioso estudio.

Por último, el espacio exterior a los enterramientos puede estar delimitado por una banda o cenefa compuesta por hilera de guijarros regulares de pequeño tamaño, de color generalmente blanco y negro azulado, alternando ambos colores, que forma un cuadrado. Esta variedad lleva asociada otra cenefa en ángulo, con el vértice adyacente a uno de los lados de la prime-

¹ J. M. Blázquez - J. Remesal, «La necrópolis del Estacar de Robarinas», en «Cástulo II», de J. M. Blázquez, *EAE*, 105, Madrid, 1979, pág. 374; A. Blanco, «Un jinete ibérico de Cástulo», *Lucentum II*, Alicante, 1983, páginas 199-202.

² J. M. Blázquez - J. Remesal, *op. cit.*, pág. 353.

ra. Los restos se depositarían antes de la confección de receptáculo y, en ocasiones se aprecia claramente la mancha de ceniza conteniendo huesos calcinados, justo debajo de la cenefa. Se resguardaba el interior con un revestimiento de piedra, de la cual las de los bordes suelen consistir en sillares tallados en arenisca que se disgrega muy fácilmente, y el resto cantos sin desbastar. El alzado sería de sobre 0,50 metros, cálculo basado en que hemos encontrado un monumento de este tipo cuyo recubrimiento aún conservaba tres hiladas y en los alrededores se observaba un amontonamiento de piedra, producto de derrumbe del resto de la cubierta; con el volumen del derrumbe podría alcanzarse la altura propuesta. Estas construcciones a veces están totalmente vacías, por lo que cabe deducir que tuvieran sencillamente un carácter cenotáfico.

Las grecas pertenecen al tipo de mosaicos conocidos como *pebble mosaic*. Componen dibujos geométricos sencillos, que en la época que estamos tratando buscan su inspiración en las cenefas que rodean los dibujos de la cerámica griega, dato ya señalado al estudiar las anteriores campañas³, y que ahora reitaremos.

Este género musivario tiene una antigua raigambre en la zona de Cástulo, donde en el cercano asentamiento de La Muela⁴, ya en la segunda fase de ocupación, encontramos un pavimento de guijarros, magníficamente fabricado, y aunque no presenta dibujo se puede hablar de él como de un auténtico mosaico, por la cuidada disposición de los cantos, organizados en círculos que se cortan entre sí. En las últimas fases constructivas esta técnica se emplea con mayor profusión; podemos contemplar en el umbral de acceso al patio del santuario un fragmento con decoración de ángulos formados por cantos de color negro azulado y rellenos de otros de color blanquecino, el que puede relacionarse perfectamente con el gran mosaico por cuadros blancos y negros de 0,42 a 0,44 metros de lado⁵, que reali-

³ *Ibid.*, pág. 347.

⁴ J. M. Blázquez - J. Valiente, «Cástulo III», *EAE*, 117, Madrid, 1981. El tema referente al santuario de La Muela, y las influencias a que estuvo sometido su proceso constructivo se amplían en J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert - F. López Pardo, *Cástulo V*.

⁵ J. M. Blázquez - J. Valiente, *op. cit.*, págs. 20 y ss.

zaría el patio anejo a las dependencias. Dicha relación se plantea a partir de que entre ambos aparecieron guijarros de los dos colores, lo cual parece estar indicando que se trata de los testigos de un mismo mosaico. Si esto es así, la superficie del mismo sería de unos 100 metros cuadrados.

La problemática y dispersión de este tipo de pavimento está expuesta ampliamente en el volumen V de las excavaciones de Cástulo; ahora bien, creemos oportuno mencionar que la idea de los mosaicos de guijarros y sus composiciones debió llegar a Hispania portada por los mercaderes fenicios o en última instancia por los griegos, pues es difícil pensar en una evolución autóctona a partir de los pavimentos de guijarros del Bronce III. En cambio, ya arraigados, sí creemos en una transformación propia de la funcionalidad; el paso del santuario al monumento funerario y a la pequeña tumba, lo cual no implica que pierda el carácter sacro de épocas anteriores, sino que precisamente por el mismo se emplea en las necrópolis. La cenefa de guijarros rodeando el cadáver incinerado parece un fenómeno exclusivo de la Península. Su sentido debe estar relacionado con delimitar la tumba como área sacra, tal ocurriría en el túmulo de Los Higuerones o en los enterramientos más modestos de Baños de la Muela y Estacar de Robarinas⁶.

En el espacio excavado ahora han aparecido numerosas cenefas, unas asociadas a los huesos calcinados, otras a las ofrendas, en este caso suelen reducirse a una corta banda, o bien una mucho más extensa en ángulo, a la que ya aludimos, que definiría el lugar para realizar las ofrendas dedicadas al difunto, entre las que se cuenta el sacrificio de animales (bóvidos, équidos y aves). Componen las grecas diseños muy sencillos, algunas no tienen ni siquiera definición de dibujo. En la mayoría de los casos se colocan los cantos por su cara lateral en filas de tres. Unas veces la sucesión es continua, otras se corta a trechos por un guijarro de mayor longitud dispuesto perpendicularmente al resto. La cenefa más destacada en el conjunto funerario exhumado es aquella en que aparece un diseño a base de una sucesión continua de triángulos, alternando los formados por guijarros de color negro con los de color blanco; termina en dos

⁶ J. R. Sánchez Meseguer, «Los Higuerones», en «Cástulo I», *AAH*, 8, Madrid, 1975; J. M. Blázquez - J. Remesal, *op. cit.*, págs. 347 y ss.

volutas formadas por dos bandas exteriores blancas y la central negra, muy semejantes a las que aparecen en los diferentes vasos áticos utilizados en la necrópolis.

Los ajuares son muy variados y su composición parece corresponderse con las distintas estructuras, de manera que en aquéllas las tumbas descritas más arriba, rodeadas de un encanchado circular o cuadrangular, al parecer atribuibles a guerreros, se encuentran en ajuares, quemados e inutilizados durante el ritual funerario, consistentes en variado armamento y objetos de ornato, que ostentan diseños geométricos y esquematización de motivos vegetales realizados a base de damasquinado con plata que nos recuerdan ambientes meseteños; así como urnas o pequeños vasos pintados, pero es de destacar la ausencia notable de vasos griegos. En cambio la presencia de éstos en los restantes enterramientos es muy importante, se hallan *krateres*, *kylikes*, *skyphos*, *katharos*, etc., de figuras rojas o de barniz negro. Generalmente suele haber en cada ámbito sepulcral dos o tres copas. Como ejemplo, en un área cerrada a un grupo familiar, en el que se recuperaron cuatro enterramientos, junto a una pequeña cenefa de 0,50 metros de largo habían sido depositados tres *kylikes* de figuras rojas, datados en la primera mitad del siglo iv a.C.⁷ Asimismo, asociado a un *ustrinium* o depósito de ofrendas, aún no está claramente definida su función, se documentaron dos *kylikes*, un *krater* y fragmentos de una vasija precampañiense (Lambogl. 21). En el resto de la extensión excavada se han encontrado numerosos fragmentos atribuibles a un número no determinado de vasos áticos.

En general, la mayoría de la cerámica griega de Robarinas corresponde a la primera mitad del siglo iv a.C. o finales del v a.C., excepción hecha de unos fragmentos de pared y borde de *kylis*, que se pueden incluir dentro del horizonte tipológico de Ampurias, fechables en la segunda mitad del siglo v a.C.⁸, lo cual puede estar representando el horizonte cultural más antiguo de la necrópolis, y documenta la llegada a Cástulo en estas fechas de una primera penetración de productos áticos.

La presencia de géneros griegos es esporádica en un principio en Cástulo, pero a partir de finales del siglo v a.C. experi-

⁷ R. Olmos, *Cerámica ática de Cástulo*, Ms.

⁸ R. Olmos, comunicación personal.

menta un gran auge, y desde este momento las cerámicas áticas se convierten en uno de los principales productos de carácter suntuario.

La influencia colonial griega parece proyectarse hacia Cástulo desde la costa levantina, siendo los transmisores mercaderes púnicos, aunque no se debe descartar que fueran los propios atenienses los que en el periodo que nos ocupa realizaran el intercambio de sus mercancías por los ricos minerales castulonenses, en la línea de esta investigación, en tratar de encontrar indicios de una presencia afectiva griega en Cástulo, se trabaja actualmente.

Consideraciones en torno a los mosaicos de cantos rodados de Cástulo (Jaén)

El nombre de Cástulo, una de las ciudades principales de la Oretania de las fuentes, luego ocupada por cartagineses y romanos y más tarde por visigodos y árabes, es uno de las más citadas en los textos literarios clásicos (Apiano, Estrabón, S. Itálico, T. Livio, Plinio, Polibio, etc.). Ello fue debido, sin duda, a que representó para los sucesivos habitantes, hasta el siglo II d.C., principalmente —los pueblos visigodos y árabe se imitaron a posesionarse de un poblado en franca decadencia—, una fuente considerable de riqueza, por la prodigalidad en minerales de sus dominios exteriores.

Este factor se refleja indudablemente ya desde antiguo en la aún incipiente sociedad castulonense, dando lugar evolutivamente a un patrón social diferenciador, propio de sistemas sociales complejos, que a través de una sociedad de jefatura como probablemente existía ya en el siglo V a.C., pudo haber derivado si las condiciones adversas no lo hubiesen impedido a la formación de Estado.

Las investigaciones sobre Cástulo, tanto basadas en el análisis de las fuentes clásicas como en la ciencia arqueológica —uno de los más poderosos instrumentos con que cuenta el investigador de la protohistoria y aun de la historia antigua— han venido esclareciendo en las últimas décadas sus mecanismos de poblamiento, intercambios, redistribución, préstamos culturales y nivel tecnoeconómico y de civilización.

Mas estos grandes temas esbozados no son el objeto directo

de esta comunicación. La misma se refiere a uno a primera vista poco complejo, aunque en realidad tiende a dirimir y aporta luz, en alguna manera, a la problemática en torno a la incidencia que tuvo en el elemento autóctono la cultura de los pueblos semitas que arribaron a la Península: analizamos los suelos de cantos rodados, suelos que abundan en diversas zonas y facies de Cástulo y su entorno. De manera que no sólo se encuentran en conjuntos habitacionales, sino también en unidades funcionales circundantes, esto es, en necrópolis y monumentos funerarios. El conjunto de mosaicos de cantos rodados de Cástulo hacen del área una de las más importantes de la Península en cuanto a concentración de los mismos se refiere. Ello conlleva que se siga perfectamente su evolución interna, relaciones con culturas foráneas y los cambios de funcionalidad, ésta en virtud probablemente de una determinada mentalidad dominante. En averiguar el porqué de la variabilidad funcional estamos ahora.

La perfecta datación de los mosaicos nos proporciona una secuencia prolongada en su fabricación: desde principios del siglo VII a.C. hasta quizá mediados del siglo IV a.C., datación la última provisional hasta que no se concluya el proceso de datos para su fijación definitiva. Entre ambas fechas existe un *hiatus*, el siglo V a.C., que creemos se obviaría excavando en la zona amesetada o faldas de los cerros sobre los que se sienta la ciudad romana, hasta hallar los restos oretanos¹. Al respecto hay un plan de excavaciones para los próximos años.

¹ Oretania y principalmente sus ciudades más importantes fueron sometidas a numerosas vicisitudes, primero por las tropas cartaginesas. En la Segunda Guerra Púnica, Cástulo es escenario de la lucha entre los ejércitos romano y púnico (214 a.C.). Sus lealtades oscilan entre ambos bandos, según los intereses que privan. Este movimiento pendular ha de incidir negativamente en sus estructuras materiales. Más tarde, aun cuando pactaron con los romanos ante la derrota cartaginesa, aconsejados por Cerdubelo (Liv. XXVIII, 19) (206 a.C.) la ciudad no estaría exenta de destrozos. La temprana romanización de los habitantes de Cástulo debió ser decisiva para la desaparición de los modos de vida tradicionales, que supondría un grave deterioro de las viviendas antiguas, adaptadas, por tanto, a la arquitectura del vencedor. Por estos eventos la ciudad oretana, rica y floreciente, se vio abocada a un proceso lento e inexorablemente de deterioro, y sus solares ocupados por construcciones romanas o romanizadas. No obstante creemos que en algún lugar, quizá en los arrabales ha de hallarse noticia arqueológica de la primitiva ciudad.

Aunque el énfasis de este estudio se refiere a los pavimentos de cantos rodados, como no es factible tratarlos aisladamente, los integramos en sus correspondientes estructuras, a su vez asociadas a determinadas fases culturales.

Los pavimentos de guijarros —de organización desigual— más arcaicos que conocemos son los del Cerro de la Encina (Monachil, Granada), en un contexto datado entre el 1000 y el 700 a.C. y Colina de los Quemados (Córdoba), en niveles anteriores al impacto colonizador fenicio². En ambos casos no dejan de ser más que una capa de cantos rodados «echados» más que colocados.

Para hallar verdaderos pavimentos de cantos rodados que no sean los de Cástulo, tenemos que referirnos al monumento funerario de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete), cuyo suelo exterior se rodeó de «un mosaico, más bien un fino empedrado», hecho con guijarros de cuarcita de hasta 5 centímetros de lado, aproximadamente cuadrado, pero con los ángulos incurvados hacia fuera, en forma de piel de animal, que recuerdan los de algunas joyas del tesoro de El Carambolo. La cronología apuntada por su excavador es de 500 a.C.³

Más tarde aún, en la necrópolis de Castellones de Ceal (Jaén), en relación también con un monumento funerario, se conoce un pavimento que apareció en las inmediaciones de una cámara intacta, medía 2,60 por 2,16 metros en la parte visible, y los guijarros aparecían asentados en una capa de barro de 15 centímetros de espesor. Debajo se advirtió la existencia de otro suelo de las mismas características⁴.

El pavimento de Alhonor (Sevilla), situado en un ambiente plenamente ibérico, creemos que no tiene relación alguna con los que venimos mencionando, pues no se trata siquiera de un

² A. Arribas y otros, *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina" (Monachil, Granada)*. *El Corte Estratigráfico* núm. 3, EAE, 81, 1974, págs. 39-40, lám. V a VIII; J. M. Luzón - D. Ruiz Mata, *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*. Córdoba, 1973, pág. 16.

³ M. Almagro Gorbea, «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», *Trabajos de Prehistoria* 35, 1978, págs. 255-256, fig. 254; *Íd.*, «Pozo Moro y la formación de la cultura ibérica», *Saguntum* 13, 1978, pág. 232.

⁴ C. Fernández Chicarro, «Prospecciones arqueológicas en los términos de Hinojares y La Guardia, Jaén», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* 6, 1956, págs. 117-119.

suelo de guijarros, sino de un piso de piedras calizas machacadas, colocadas de canto, que según su excavador se halló en una estancia cuya función debía ser la de cuadra para el ganado⁵.

Por último, en el Acebuchal de Carmona (Sevilla) hay un edificio «prerromano» compuesto de varias estancias, con muros contruidos de piedra menuda y arcilla, en torno a un patio empedrado de guijarros, del que G. Bonsor no da más noticia⁶.

El conjunto de pavimentos más arcaico de Cástulo, que por lo que en páginas subsiguientes expondremos, no creemos tenga relación alguna con los enumerados arriba, se descubrieron en el poblado de La Muela, el cual probablemente se extendería por toda la zona sureste del cerro del mismo nombre. Ya en la fase II (siglo VII a.C.) se documenta un pavimento de cantos rodados, sin definición de dibujo. En la fase III (siglo VI a.C.) un mosaico compuesto de semejante material cubre un gran patio exterior y restos de él se observan asimismo en el umbral de acceso. Esta vez ya presenta un diseño de ajedrezado, triángulos y «postas»⁷.

En la necrópolis de El Estacar de Robarinas⁸ en sus dos fa-

⁵ A. López Palomo, «Alhonz. Excavaciones de 1973 a 1978», *NAH*, 11, 1981, fig. 42.

⁶ G. Bonsord, *Les colonies agricoles préromaines de la Vallée du Bétis*, París, 1899, pág. 95.

⁷ Los estudios relativos al poblado de La Muela y su santuario se hallan en: J. M. Blázquez - J. Valiente: «Prospección de un poblado del Bronce Final en Cástulo», XV, *CNA*, 1977; *Id.*, «Materiales procedentes de un poblado del Bronce Final en Cástulo», *Zephyrus*, 28-29, 1977; *Id.*, «Un santuario preibérico en La Muela de Cástulo», *Coloquio sobre colonizaciones semíticas*, Roma, 1979; *Id.* *Cástulo III*, *EAE*, 117, 1981; *Id.*, «Asimilación de estímulos coloniales en la cerámica del poblado de La Muela de Cástulo», *Huelva Arqueológica*, VI, 1982; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert, «Cástulo, ciudad oretano-romana», *Arqueología*, 31, 1983; *Id.* «Nueva campaña de excavación en La Muela, Cástulo (Linares)», XVI *CNA*, 1983; *Id.*, «Cástulo (Jaén): ensayo de análisis ambiental», *Homenaje al profesor Beltrán*, 1986; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert - F. López Pardo, «Evolución del patrón de asentamiento en Cástulo. Fases iniciales», *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución y relaciones entre asentamientos*, Teruel, 1984; *Id.*, «Cástulo V», *EAE*, 140, 1985; J. M. Blázquez - M. P. García Gelabert, *Cástulo, ciudad iberorromana*, Madrid, 1992. Reúne todos los trabajos sobre Cástulo.

⁸ J. M. Blázquez - J. Remesal, «La necrópolis del Estacar de Robarinas», en J. M. Blázquez, «Cástulo II», *EAE*, 105, 1979. Se incluyen las campañas de

ses, que cubren una etapa desde fines del siglo v a.C. hasta mediados del iv a.C. (esta última aún en estudio), existen cenefas o grecas, no ya pavimentos, contruidos con idéntico sistema y materia prima que los de La Muela. Lo mismo ocurre en el túmulo de Los Higuerones, fechado por cerámica griega a fines del siglo v a.C. o principios del iv a.C. y en la necrópolis de Baños de la Muela⁹, donde habría que revisar los materiales para comprobar si las cenefas están efectivamente asociadas a los enterramientos IV, V y VII, datados por igual sistema que Los Higuerones, en similar momento o, en su caso, a las cabañas que pertenecen probablemente a los horizontes más tempranos de La Muela, sobre las que, una vez colmadas, se depositaron los restos funerarios a los cuales rodeó una estructura de piedra.

En la fase I de La Muela, a fines del siglo viii a.C., los habitantes del poblado construyen cabañas de considerables dimensiones, rectangulares o cuadradas, a base de un zócalo de gruesos cantos de río y el resto de adobe y cañizo. De la cubrición no se conserva vestigio material alguno.

Los medios de subsistencia de la población pueden sugerirse en virtud de las potencialidades del medio ambiente, rico en cursos de agua y abundante en herbazales. Los restos animales informan de una ganadería floreciente, probablemente el tipo de economía que en ese momento domina. Aunque el nivel tecnológico de estas gentes era bajo, con un instrumental tosco y un menaje cerámico reducido, los residuos de galena y escoria de fundición descubiertos indican una incipiente actividad metalúrgica.

En este horizonte pastoril, con interferencias de prospectores, la cerámica modelada a mano predomina casi absolutamente sobre la fabricada a torno (97,37 por 100 y 100 por 100). Por lo que se refiere a la torneada, es, casi con seguridad absoluta, importada a través del comercio con establecimiento de influencia fenicia, que servirían de intermediarios entre las facto-

excavación de 1973 y 1976. Para las campañas de 1982 y 1983, véase M. P. García-Gelabert, *La necrópolis del Estacar de Robarinas: ricos y creencias*, Madrid, 1987.

⁹ J. R. Sánchez Messeguer, «Los Higuerones», en J. M. Blázquez, *Cástulo II, op. cit.* La necrópolis de Baños de la Muela se estudió en J. M. Blázquez, «Cástulo I», *Acta Arqueológica Hispánica*, 8, 1975.

rias de la costa mediterránea y los poblados del interior. En esta fase no parece probable en La Muela la presencia física de fenicios.

A la vista de los materiales y modos de vida, se plantea la disyuntiva de considerar a los moradores de La Muela como aculturados por las corrientes orientales, en verdad en este momento ligeramente aculturados, o como colonos prospectores de metales.

El panorama previo al primer impacto del Bronce II en la alta Andalucía presenta un vacío de ocupación tan claro que nos incita a pensar en una colonización.

En efecto, el elemento humano que porta la cultura del Bronce final, se encuentra con un vacío considerable, asentándose, unas veces sobre los inmejorables emplazamientos ya utilizados en la cultura del Argar, y otras sobre terrenos vírgenes, como parece ser el caso de La Muela.

En esta línea se podría hablar de gentes nuevas en La Muela a partir de fines del siglo VIII a.C., de colonizaciones llevadas a cabo por individuos llegados a Huelva y bajo Guadalquivir procedentes del Egeo, como ha documentado J. Alvar¹⁰, sin desestimar por ello la supervivencia de tradiciones anteriores.

Cástulo, por tanto, ya entraría desde este temprano momento y con gran fuerza en el nuevo engranaje económico configurado por estos habitantes del sur peninsular, como respuesta a la demanda de metales encauzada por los comerciantes fenicios. La explotación y drenaje de los recursos metalúrgicos estaría en manos de tales gentes, al menos en esta primera fase habitacional.

A continuación de la fase I se detecta en el yacimiento una breve etapa de abandono, detrás de la que se anuncia un horizonte plenamente influenciado por la estética orientalizante en la fase II. El comercio semita se canaliza rotundamente hacia las fuentes de extracción del mineral, originándose un intenso intercambio de productos que conlleva un fuerte préstamo cultural. Es sin duda en este movimiento cuando los comerciantes fenicios comienzan a introducirse físicamente en el centro minero de Cástulo.

¹⁰ J. Alvar, *La navegación prerromana en la Península Ibérica. Colonizadores e indígenas*, Madrid, 1980, págs. 312-313.

De un patrón disperso se pasa a un patrón concentrado, a una etapa de desarrollo organizativo de las estructuras socio-económicas, resultando de ello un rotundo cambio funcional del espacio tratado (no ha sido posible por condicionantes físicos prospectar una extensa área de terreno, por lo que los datos son provisionales, susceptibles de revisión en el momento en que puedan llevarse a efecto análisis sobre mayores superficies), puesto que el hábitat de cabañas y taller de fundición se superponga una estructura sacra, de la que se conservan una serie de muros y estancias que componen un patio, una «fosa de consagración», entre otras. En la «fosa» se descubrieron vasijas fragmentadas y piezas de un claro contenido simbólico, cenizas, producto de quema de ofrendas y huesos¹¹. De este incipiente santuario sus excavadores observaron lo paralelos más próximos en los cretenses y chipriotas, lo cual es un dato más a aportar en la pervivencia de las tradiciones que pudieron proporcionar aquellos colonos prefenicios que desde el sureste acuden a La Muela en la fase I. En esta segunda secuencia ya encontramos un suelo de cantos rodados, en el sector H del yacimiento, hacia la zona oeste. Se trata del más antiguo pavimento, encontrado en La Muela, de probable factura fenicia. El mosaico no tiene definición de dibujo, pero por la cuidadosa selección de la materia prima, pequeños guijarros redondeados y alargados, blanquecinos aquéllos, negros éstos, y su esmerada colocación, dispuestos en círculos que se cortan entre sí, sobre una cama de arcilla apisonada, demuestra que su constructor fue un experto artesano impuesto en la materia. Cubre el pavimento una superficie de aproximadamente cuatro metros cuadrados, aunque la misma debió ser mayor, ya que hacia los lados norte y este se destruyó.

Los vasos cerámicos en este momento continuán siendo en mayor porcentaje fabricados a mano (88,15 por 100 y 95,08 por 100), pero hay determinados factores relacionados con los mismos: por un lado la factura es menos cuidada, parece que una mayor adopción de las torneadas, importadas en su totalidad, actúa en detrimento de su calidad, de tal forma que es fácilmente observable cómo las pastas son menos decantadas, la cocción

¹¹ Estas estructuras han sido extensamente estudiadas en J. M. Blázquez - J. Valiente *op. cit.*, 1981.

más deficiente y las superficies van perdiendo el fino y apurado espatulado que caracteriza a las del primer momento.

Los alfares de Cástulo, productores de esta cerámica, se ven primero tímidamente, más tarde de forma arrolladora, influenciados por la estética oriental, que acaban asimilando abiertamente, adoptando tanto las formas de los vasos fenicios que llegan a la zona como los diseños que se corresponden con tipos decorativos de los marfiles semitas y con los de la orfebrería tartésica, impulsada por las colonizaciones.

La fase Muela II se caracteriza por una mayor presencia de cerámica a torno (58,88 por 100) que aún sigue siendo en gran medida de importación, dato deducido por las posibilidades de paralelismo que ofrece con el mundo fenicio-paleopúnico. Por lo que concierne a la cerámica modelada a mano, hay una recuperación de la técnica depurada, esto se explica por la funcionalidad sacra-ritual del lugar en que se descubrió. Esta secuencia se data en la primera mitad del siglo VI a.C. y se prolonga hasta un momento avanzado, pero no determinado con precisión del mismo siglo, dada la amplitud cronológica asignada a la mayoría de las formas tratadas.

La incipiente presencia fenicia en el centro y el desarrollo de su actividad, características de la fase II, se ven acentuadas en este momento, haciéndose más difusa, ya en este siglo VI a.C., la línea que separa lo indígena de lo colonial fenicio, por la fusión y asimilación de principios económicos, culturales y estilísticos.

El espacio físico sufre una intensa transformación, sin cambio de funcionalidad, puesto que se erige, sobre los cimientos del anterior, un nuevo santuario de mayores proporciones (650 metros cuadrados)¹², con una disposición más organizada. Constaba de un área abierta pavimentada con grandes losas irregulares, entre las que se intercalan pequeñas piedras para rellenar los huecos dejados entre losa y losa. Este espacio enlosado se halla delimitado al este por un muro que lo separa del patio interior, también abierto, al que se accede por una puerta, cuyo umbral conserva restos de un mosaico de cantos rodados, ya formando diseño: se trata de una estrecha franja que presenta

¹² J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert - F. López Pardo, *op. cit.*, 1985.

una decoración de triángulos dibujados con guijarrillos alargados de color negro, rellenos sus interespacios por guijarros blancos, redondeados, que a su vez forman también triángulos. Este resto de mosaico puede relacionarse con el gran mosaico que cubría la parte delantera del patio, ya que entre ambos aparecieron cantos de color blanco y negro, dispersos, que pueden ser los testigos de un mismo mosaico.

El patio interior a que aludimos arriba, se cubrió, efectivamente, en su última fase constructiva, con un magnífico mosaico de cantos rodados, que en la parte conservada cubre una superficie de 5 por 2,5 metros, aunque originariamente la extensión total sería de aproximadamente 100 metros cuadrados. El diseño del mosaico se compone de cuadrados de 0,42 a 0,44 metros de lado, alternando los formados por guijarros redondos muy regulares, de color blanco, con los formados por guijarros de color negro, alargados generalmente, colocados por la cara lateral, en estos cuadros negros la regularidad de los guijarros no es tan notoria. Limita el conjunto ajedrezado una orla de triángulos en la misma alternancia tonal, que en fecha posterior fue rehecho a base de ondas o «postas», de factura más tosca y descuidada. La cama del mosaico está constituida, como el de la fase anterior, por una arcilla bastante pura apisonada.

Desde el patio se accede a una habitación alargada, asentada sobre la antigua «fosa de consagración». Adosada a ella, en la parte norte, hay una pequeña estancia de 2 por 2 metros que carece de entrada. En ella, coincidiendo con la base de los muros, había restos de un pavimento de cantos rodados muy regulares, de color blanco y negro, mas por lo limitado de la muestra no cabe deducir el diseño. En el lado este de ambas estancias hay un amplio espacio abierto, cubierto de grandes losas irregulares, a la manera del anteriormente descrito de la zona oeste, limitado por un muro de piedra mediana, a hueso.

Hasta aquí la exposición de los mosaicos de cantos rodados del santuario de La Muela. Por lo que se refiere a sus posibles paralelos con los restantes descubiertos en la Península, no ponemos en duda que en la misma se desarrollara una temprana técnica autóctona de elaboración de suelos en los que intervienen, como materia prima, los pequeños cantos rodados —técnica, por otra parte, intuitiva— con independencia de los focos de Oriente, y como indican los investigadores del tema «...a lo

que nada se opone el hecho de que posteriormente, y habida cuenta del desarrollo y la profunda reorganización que experimenta el mundo indígena con la presencia de elementos orientales en este extremo del Mediterráneo, la tradición indígena de los pavimentos de guijarros, recogiera aportes de orden técnico y aún de orden estilístico...»¹³. Ahora bien, la idea compositiva de los mosaicos de La Muela, incluyendo el pequeño mosaico de la fase II, los diseños, la experta fabricación y la colocación en estancias asociadas a estructuras sacras, notas todas ellas vistas en Oriente, nos inducen a pensar que los pavimentos de La Muela fueron concebidos o al menos dirigidos e inspirados por fenicios, casi con seguridad presentes en aquellos momentos en Cástulo. El pensar en una evolución autóctona aquí, a partir de los pavimentos de guijarros del Bronce final, se nos hace cada vez más difícil.

Abundando en la presencia física de los fenicios en La Muela, hemos de incidir en el carácter oriental del edificio que alberga los mosaicos¹⁴. Efectivamente, desde el primer milenio a.C., en el Próximo Oriente y Mediterráneo oriental, los diferentes elementos y estructuras que caracterizan el santuario de La Muela los vemos especialmente en Fenicia y Chipre. De los santuarios fenicios tenemos noticia por las fuentes literarias y numismáticas, mas los chipriotas son bien conocidos por los descubrimientos arqueológicos, y es notable la similitud existente entre ellos (véase los de Kition, Ayia Irini, Meniko-Litharkes, entre otros) y el nuestro, analogía debida con probabilidad a la presencia, tanto allí como aquí, de los colonos fenicios en busca de metal.

Siguiendo a H. Stern, rastreamos el origen de los mosaicos de cantos rodados de La Muela en Oriente¹⁵.

¹³ D. Fernández-Galiano - J. Valiente, «Origen de los pavimentos hispanos de guijarros», *Homenaje a Martín Almagro Basch*, 1984, pág. 22. Ver también D. Fernández-Galiano, «New light on the origins of floor mosaics», *The Antiquaries Journal*, 62, 1982, págs. 235-238; *Íd.*, «Influencias orientales en la musivaria hispánica», *III Colloquio Internazionale sul mosaico antico*, 1984, páginas 411-430.

¹⁴ Una completa relación de paralelismos con los santuarios orientales, así como la función del santuario de La Muela y su problemática se desarrolla en J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert - F. López Pardo, *op. cit.*, 1985.

¹⁵ H. Stern, *Introduction au colloque, Le mosaïque greco-romaine II*, París, 1975, págs. 23-30.

La mayor semejanza con el mosaico ajedrezado del santuario de La Muela la detectamos en las memorias de excavación de los palacios de Til-Barsib y Arslan-Tash, en el norte de Siria, fechados en la primera mitad del siglo VIII a.C.¹⁶.

El mosaico de Arslan-Tash presenta, como el de La Muela, fase III, un diseño de ajedrezado y se encuentra en el patio del Edificio de los Marfiles, así denominado por hallarse en él varias piezas de tal material, fenicias y asirias.

En Til-Barsib los mosaicos se localizan en un corredor y un patio. El corredor tiene 42 metros de largo y comunica el patio A con el patio del mosaico de cantos rodados. En ambos espacios el mosaico forma cuadros de 0,35 metros de lado, alternando los de color negro con un círculo blanco en el centro, con los de color blanco con un círculo central negro. Parece que hicieron el mosaico colocando primero las líneas de delimitación de los cuadros y círculos y rellenando después el interior de forma más descuidada.

No parece arriesgado indicar que estos patios y corredores de Arslan-Tash y Til Barsib hayan sido pavimentados en este sistema para darles una cierta prestancia —en Til-Barsib el resto de los patios -3-, están pavimentados de ladrillos cocido—, no sabemos claramente si de carácter suntuario o sacro. Ello es el caso que en Gordion, Anatolia, en la segunda mitad del siglo VIII a.C., los pavimentos de cantos rodados, con definición de dibujo, similares estilísticamente a los de los dos palacios asirios, y al del santuario español, se han encontrado en la zona de los *megara*¹⁷.

En ello abunda el emplazamiento de los mosaicos de cantos rodados en la Grecia arcaica, los cuales aparecen solamente en santuarios como el del área sagrada del santuario de Artemis Orthia (700 a.C.), el del templo de Poseidón en Isthmia (siglo VII a.C.), el de la plaza del altar del templo de Kalapodi, de la misma época, el de la *cella* del Heraion de Delos y el del templo de Apolo en Delfos, ambos de principios del siglo VII a.C.¹⁸.

¹⁶ F. Thureau-Dangin, *Arslan Tash*, París, 1931; F. Thureau - Dangin - M. Dunnad, *Til-Barsib*, París, 1936.

¹⁷ D. Salzmann, *Untersuchungen zu den antiken Kieselmosaiken*, Berlín, 1982, pág. 6.

¹⁸ *Id.*, pág. 6.

La posibilidad de que los fenicios pudieran haber elaborado o al menos conocido los pavimentos de Arslan-Tash y Til-Barsib nos la sugiere su evidente inserción en el mundo asirio en el plano comercial y artesanal. Los marfiles fenicios y asirios hallados en Arslan-Tash apuntan hacia ello. Asimismo, hay noticia de que Salmanasar III hizo traer trabajadores fenicios, carpinteros, albañiles y talladores de marfil a su nueva capital de Kalhu (Nimrud)¹⁹.

Los acontecimientos que indujeron a que el santuario de La Muela fuese abandonado nos son desconocidos, aunque sí podemos afirmar que no intervino la violencia. Es posible que haya sido debido al deterioro de su funcionalidad, provocada por unas diferentes directrices del proceso económico. En algún momento de fines del siglo VI a.C. el santuario ya está abandonado, lo que provoca su ruina, de tal manera que la fase Muela IV proporciona un ambiente plenamente iberizado. Sobre los cimientos del edificio sacro se alza una pequeña construcción cuya organización y dedicación desconocemos, porque llegó a nuestra época muy deteriorada. Probablemente, en esta fase el sitio se abandona pacíficamente ante una posible inestabilidad y sus habitantes se instalan en la amurallada acrópolis o en las faldas de los cerros del entorno.

En el siglo V a.C., en la segunda mitad, la ciudad de Cástulo ve aumentada considerablemente su tasa de crecimiento. Al centro minero confluían diversas corrientes culturales a través de las vías naturales, que contribuían a su enriquecimiento. Una remontaba el valle del Betis, otra llegaba desde las costas malagueña, granadina y almeriense a través de las vías de penetración hacia el interior, una tercera venía de la región del sureste, por Lorca, Vélez Blanco, Baza (Basti), Guadix (Acci) y la Guardia (Mentesa). Estas relaciones comerciales, cuyo principal aliciente era la plata, explican la abundancia y variedad de restos culturales que indican que el paraje debió estar ocupado en su núcleo central y alrededores con relativa intensidad y durante un periodo de tiempo prolongado.

Las necrópolis de El Éstacar de Robarinas, Los Patos, Baños de la Muela, Molino de Caldona y el túmulo de Los Higue-

¹⁹ A. Parrot, *Asur*, Madrid, 1969, pág. 144.

rones, que circundan la ciudad, son mudos, pero elocuentes, valga la paradoja, testigos de este auge demográfico.

Ante todo en la necrópolis de El Estacar de Robarinas, la de mayor densidad de ocupación, y en el túmulo de Los Higuerones vuelve a aparecer la técnica constructiva de los pavimentos de cantos rodados. También en la necrópolis de Baños de la Muela, aunque en menor proporción y riqueza de motivos.

Más esta vez, tras el largo *hiatus*, después del colapso del santuario de La Muela, la funcionalidad es diferente. Los mosaicos que antaño realzaban y decoraban, en la fase II una pequeña habitación, y en la fase III el gran patio abierto y probablemente la estancia cerrada del edificio, ahora se refieren a áreas sepulcrales. En ellas no se puede hablar de verdaderos pavimentos «para pisar», sino más bien de un sistema para delimitar un espacio sacro mortuorio. Como indican los datos recuperados en las necrópolis, a los muertos les era rendido un tributo póstumo, con sacrificio de animales domésticos, cabra, oveja, perro e incluso el caballo que sirvió en vida al difunto; quema de ofrendas vegetales; colocación junto al resultado de la incineración del cadáver de las armas de su propiedad, si era guerrero, vasos griegos, objetos suntuarios, etc., conforme al estatus social poseído en vida. Esta serie de ritos posiblemente aludían a una vida de ultratumba. Es por ello que quizá se considerara el lugar ocupado por los restos como sagrado y, por tanto, siguiendo en la misma línea que en Siria, Anatolia, Grecia arcaica y La Muela, lugar que adopta los motivos y funcionalidad de aquellos países, se circundará el mismo con una a veces bella cenefa de pequeños guijarrillos.

Las cenefas que rodean los recintos funerarios tienen en común con los mosaicos de La Muela su técnica de fabricación, y la semejante selección de la materia prima (cantos de tono blanquecino, redondeados, muy regulares, y de color negro, alargados). Asimismo la cimentación se efectúa sobre una cama de arcilla apisonada. En el túmulo de Los Higuerones, al monumento de planta rectangular rodea una cenefa de cantos rodados que forma una greca continua de meandros a base de guijarros negros sobre fondo de guijarrillos blancos²⁰.

²⁰ J. R. Sánchez Meseguer, *op. cit.*, 1975, págs. 418 y ss.

Las bandas o cenefas de El Estacar de Robarinas se prodigan abundantemente, aunque no en todas las tumbas, lo que hace inferir que constituya un símbolo de estatus, que puede obedecer a un patrón diferenciador.

En la publicación de la excavación de las campañas de 1973 y 1976 se muestran dibujos a base de ajedrezados, roleos, rombos, meandros, esvásticas, que según sus excavaciones recuerdan las grecas de los vasos griegos, muy abundantes en la necrópolis²¹.

En 1982 y 1983 se continuó excavando la necrópolis. En once tumbas (nueve del momento I y dos del momento II) se rodeó la estructura funeraria de una cenefa de cantos rodados. La estructura aludida se compone de sillares de arenisca amarilla, a veces bien tallados, que alternan con piedra menuda. A ella rodea una cenefa formando un cuadrado con esquinas redondeadas. Este tipo de enterramiento suele llevar asociado otra cenefa de las mismas características constructivas, formando un ángulo con el vértice adyacente a uno de los lados de la primera, probablemente tal espacio se destinaba a lugar de ofrendas. Tumbas y lugares de ofrendas, se hallan orientados conforme un eje este-oeste.

La estructura de piedra y la cenefa adjunta a la misma se construyeron después que se hubieran depositado, en un pequeño hoyo excavado previamente, los restos de la incineración.

Los diseños de las cenefas no suelen ser muy variados. En uno de ellos, el de la cenefa que rodea la tumba más rica hallada en estas últimas campañas, hay una sucesión continua de triángulos, alternando los compuestos por cantos de color blanco con los compuestos por cantos de color negro. Del vértice de los ángulos, hacia el exterior, surgen dos volutas, constituidas por dos bandas blancas y la central negra, presumiblemente este elemento decorativo se repetiría en los cuatro ángulos del cuadrado, pero sólo se conservan dos lienzos.

En ocasiones las esquinas se resuelven insertando los cantos en disposición espiral. Cuando no hay definición de dibujo suelen colocarse cantos por la cara lateral en sucesión continua, o

²¹ J. M. Blázquez - J. Remesal, *op. cit.*, págs. 349 y ss., láms. XLI-XLVII, planos 14-16-18-20. Ver también, *Id.*, «Hallazgos en la necrópolis oretana de Cástulo», XIII, *CNA* (Huelva, 1973), Zaragoza, 1979, págs. 639-658.

cortados a trechos por otros, también presentando la cara lateral, pero de mayores dimensiones.

Unas cenefas presentan mejor factura que otras, lo que puede estar indicando diferentes talleres o artesanos de diferente habilidad. Evidentemente para la profusión de cenefas que se encuentra en Robarinas había de existir una serie de talleres especializados en la confección de las mismas, desde luego a tiempo parcial.

En las del momento II, que carecen de diseño, la cuidadosa selección de guijarros y la perfecta colocación, superior a la del anterior momento, suple a los motivos decorativos por la calidad compositiva conseguida.

Posteriores excavaciones, ya programadas, es factible que proporcionen una ampliación de la secuencia en Cástulo de este género de mosaicos, de tanta raigambre en la zona.

La presencia de artesanos etruscos en Tartesos

Hemos defendido¹ la existencia de unas relaciones entre Etruria y la Península Ibérica en época arcaica, o sea en el periodo orientalizante o tartésico, junto a la llegada a Occidente de los fenicios² y de los griegos³.

¹ J. M. Blázquez, *Tartesos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, *passim*.

² J. M. Blázquez, «Los fenicios en la Península Ibérica (1100-final del siglo IV a.C.)», *Historia de España Antigua. I Protohistoria*, Madrid, 1980, pág. 277; *Id.*, «Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, II, 1983, págs. 311 y ss.; *Id.*, «La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz) y el origen fenicio de los escudos y de los carros representados en las losas de finales de la Edad de Bronce, en la Península Ibérica», *AEspA* 59, 1986, págs. 191 y ss.; *Id.*, «Los escudos con escotadura en V y la primitiva presencia de los fenicios en Occidente, *Actas del IV coloquio sobre lenguas y culturas paleohispanas*, Vitoria-Gasteiz, 6-10 mayo, 1985, «Studia Paleohispánica», Veleia 2-3, 1987, págs. 469 y ss.; *Id.*, «Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce», *AEspA* 51, 1983, págs. 213 y ss.; *Id.*, *Primitivas religiones Ibéricas II, Religiones prerromanas*, Madrid, 1983, págs. 37 y ss.; O. Arteaga, «El mundo de las colonias fenicias occidentales», *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 1986, págs. 469 y ss.; R. Corzo, «Los fenicios, señores del mar», *Historia del Viejo mundo*, núm. 8, 1988. Es una visión de la colonización fenicia tomando a Cádiz como punto central; D. Ruiz Mata, «La colonización fenicia en la Península Ibérica», *Historia general de España y América. De la Protohistoria a la conquista romana*, Madrid, 1987, págs. 31 y ss.; *Id.*, *La colonización fenicia, Historia de España, colonización y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a.C.)*, Madrid, 1989, págs. 79 y ss.; *Id.*, «Aportaciones al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía suboccidental, según las excavaciones del Cabezo de S. Pedro (Huelva), S. Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carrambolo (Camas, Sevilla)», *Homenaje a Luis Siret*, págs. 537 y ss.; C. G. Wagner-J. Alvar, «Fenicios en Occidente, la colonización agrícola», *RJSF*, 17, 1, 1989, págs. 61 y ss.

³ J. Fernández Jurado, «Fenicios y griegos en Huelva», *Homenaje a Luis Si-*

Recientemente varios autores han vuelto sobre este tema: J. Alvar⁴ estudia 59 testimonios arqueológicos aparecidos en la Península Ibérica de procedencia etrusca. No es partidario de una verdadera colonización, ni de un comercio intenso y continuado entre Etruria e Iberia. A. J. M. Juan Gran-Aymerich⁵, a quien se debe varios trabajos sobre el tema, trata este problema con motivo de publicar dos vasos etruscos hallados en Málaga. Este autor escribe sobre el particular: «El litoral malagueño revela una importante concentración de yacimientos con hallazgos de *bucchero* etrusco en Málaga, Benalmádena, Guadalorce y Toscanos, aunque este último yacimiento es el único que ha proporcionado algo más de diez fragmentos de cántaro (la única forma claramente identificada hasta ahora)». El autor menciona un fragmento de cántaro de *bucchero* encontrado en Huelva. El jarro rodio de Huelva es de procedencia etrusca en opinión de Freie. R. Olmos⁶, al comentar las teorías de J. M. Juan Gran-Aymerich, hace unas atinadas consideraciones al afirmar: «De un modo tan tajante no podemos afirmar lo mismo (la presencia comercial etrusca en Málaga), a pesar de Málaga, en relación con los etruscos. Pero sí es obligado renovar la pregunta con estos nuevos datos: o quiénes traen a Málaga estas ánforas vinarias, que incluso en algún caso aislado del área del tea-

ret, págs. 562 y ss.; P. Cabrera, *Los griegos en Huelva. Los materiales griegos*, págs. 575 y ss.; R. Olmos, *Los griegos en Tartesos. Replanteamiento arqueológico-histórico del problema*, págs. 58 y ss.

⁴ *El tráfico comercial etrusco hacia el Extremo Occidente, Flotte e Commercio greco, cartaginese ed etrusco nel Tirreno*, Ravello, 1987. Se cataloga toda la bibliografía anterior y los objetos.

⁵ «Cerámica griega y etruscas de Málaga. Excavaciones de 1980 a 1986», *AEspA* 61, 1988, págs. 201 y ss., con toda la bibliografía anterior del autor y de otros investigadores. Sobre el comercio etrusco en general, véase M. Gras, *Trafics tyrrhéniens archaïques*, Roma, 1985; Varios, *Il commercio etrusco arcaico*, Roma, 1985. Cada vez es más numeroso el material etrusco aparecido en España: J. Remesal - O. Musso, *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, 1991, *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Los etruscos podían estar interesados en metales. La gran cantidad de oro de sus joyas (C. M. Cristofani - M. Martelli, *L'oro degli etruschi*, Novara, 1983), sólo podría llegar de la Península Ibérica, quizá a través de Cartago. Sobre las minas etruscas, G. Camporeale, *L'Etruria mineraria*, Milán, 1985.

⁶ «Los recientes hallazgos griegos de Málaga en su enmarque del sur peninsular», *AEspA* 61, pág. 223.

tro parecen asociarse a un cántaro *bucchero*, como ocurre de un modo sistemático en el sur de Galia ¿los fenicios? ¿los foccos? ¿o los mismos etruscos? Creo que no se debe descartar esta última opción teniendo en cuenta la apertura y atracción de Tartesos, el *estatus* real de mercado libre, con puertos abiertos, durante el arcaísmo a la actividad de cualquier marino que practica la *emporion*. A este respecto conviene recordar el texto de Diodoro (5, 20), referente a la rivalidad de fenicios y etruscos por una isla del Atlántico identificada con Madera, texto que J. Alvar no cree ser de contenido histórico, pero que M. Gras⁷, siguiendo a G. y C. Charles Picard, y a R. Rebuffat, lo juzga real, al igual que nosotros. El acontecimiento parece referirse al siglo VII a.C. en tiempos de la talasocracia etrusca. Los etruscos podían venir al sur de la Península Ibérica a por metales, ya que su país era pobre en ellos⁸, y debían necesitar grandes cantidades. No hay que descartar que fueran los fenicios los proveedores de metales hispanos a los etruscos. Hay que recordar la frase que sobre la riqueza del sur de Ibérica escribió Estrabón (3, 2, 8): «hasta ahora, ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativos se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes».

De todos modos, en las zonas mineras por excelencia, como es la ría de Huelva⁹, el *bucchero* etrusco prácticamente está ausente. No ha aparecido en la zona minera de Almonte (Huelva). Estrabón nunca menciona a los etruscos en relación con Iberia.

Sin embargo, nosotros somos partidarios de que por lo menos relaciones directas esporádicas debieron existir¹⁰. Hoy día somos de la opinión de que algunos artesanos etruscos debieron trabajar en Tartesos y a ellos se deben algunas piezas que pre-

⁷ *Op. cit.*, pág. 710, n. 27.

⁸ G. Camporeale y otros, *L'Etruria mineraria*, Milán, 1985.

⁹ J. M. Blázquez y otros, «Las cerámicas del Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica*, Huelva, 1970; D. Ruiz Mata y otros, «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978», *Huelva Arqueológica* 5, 1981, págs. 149 y ss.; M. Belén y otros, «Los orígenes de Huelva. Excavaciones en Los Cabezos de San Pedro y La Esperanza», *Huelva Arqueológica*, 3, 1977.

¹⁰ J. Fernández Jurado, «Tejada la Vieja: Una ciudad prehistórica», *Huelva Arqueológica* 9, Huelva, 1987.

sentan un paralelismo notable con otras etruscas. La palmeta del jarro de la antigua Colección Calzadilla de Badajoz ofrece un paralelismo sorprendente con la palmeta de los jarros de plata de la tumba Regolini-Galassi y de su grupo (Tumba Bernardini, Tumba Barberini, Tumba del Duce, Tumba I del Trípode), como apuntó ya hace años A. Blanco¹¹, quien escribió: «el botón de donde arrancan las hojas presenta la misma forma de palmeta, independiente e inorgánica, que el jarro de plata de la Tumba Regolini-Galassi, y los demás jarros etruscos de su grupo, en lo cual se revela un asombroso paralelismo que podría llevarnos a pensar en una relación artística con Etruria mucho más estrecha de cuanto sería lógico admitir con los elementos que hoy tenemos a nuestro alcance». El jarro del Museo Lázaro Galdiano con cabeza de león sigue un modelo etrusco, que se guarda en los museos reales de Arte e Historia de Bruselas, pero el ejemplar hispano es de técnica más depurada por lo que debió ser fabricado en algún taller del sur de Iberia. A. Blanco¹² ha señalado «la estrecha semejanza de ambas piezas» según sus palabras. «Adviértase, añade, que los triángulos que alternan con “abanicos” por encima del aro que separa el cuello del cuerpo en el jarrito etrusco, reaparecen, sin los “abanicos”, por debajo del mismo aro en el bronce español.»

El *oinochoe* de Valdegramas sigue un modelo de Campania, que en esta época se encontraba bajo el dominio etrusco¹³. A. Blanco en 1953 concluye el estudio de los jarros de bronce aparecidos en la Península Ibérica: «Los paralelos señalados en Etruria y la existencia de *oinochoe* etruscos en la región meridional de la Península ofrece un sólido argumento para incluir toda esta serie en el mismo círculo. Sin embargo, los caracteres

¹¹ «Orientalia 1, Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península», *AEspA* 29, 1956, págs. 6 y ss.; J. M. Blázquez, «Arte fenicio y tartésico en el sur de la Península Ibérica», *Historia del Arte Hispánico*, I, *La Antigüedad I*, Madrid, 1988, pág. 212; G. Nicolini, *Techniques des ors antiques. La bijouterie ibérique du VII^e au IV^e siècle*, París, 1991. Fundamental.

¹² A. Blanco, «El vaso de Valdegramas (Don Benito, Badajoz) y otros vasos de bronce del Mediodía español», *AEspA*, 26, 1953, pág. 243; *Id.*, «Orientalia», II; J. M. Blázquez, «Arte fenicio y tartésico», pág. 213.

¹³ J. M. Blázquez, «Arte fenicio y tartésico», pág. 214; A. Blanco, *El vaso de Valdegramas (Don Benito, Badajoz) y otros vasos de bronce del Mediodía español*, págs. 235 y ss.

fenicios que todos ellos presentan dan pie también para suponer que fuesen fabricados ex profeso para el mercado púnico, en la misma Etruria o en otro foco industrial dedicado a los broncees... De momento, sin embargo, Etruria es el candidato que cuenta con mejores y mayores argumentos a su favor.»

A. Blanco¹⁴ con motivo de estudiar el tesoro de La Aliseda, fechado hacia 600 a.C., reconoce la deuda con Etruria en aspectos concretos de algunas piezas. Así, al referirse a la diadema, escribe: «que la forma, aunque de origen oriental, es típicamente ibérica o tartésica. En la técnica del ejemplar de La Aliseda es menester reconocer la deuda con Etruria, única región conocida por nosotros en que se nos ofrece rosetas concebidas y ejecutadas de modo análogo». Al estudiar los brazaletes afirma que «al pie de las volutas grandes se desarrollan como en los remates de los vasos del tipo B, flores de loto de largos tallos serpentiformes». Al estudiar los pendientes de La Aliseda puntualiza este autor que los hilos cruzados de gránulos se encuentran sobre todo en Etruria, donde también aparecen las rosetas y en cuanto a algunos aspectos de la técnica, que «en la orfebrería fenicia de Occidente (Cerdeña, Cartago, y España) se encuentran técnicas semejantes a las etruscas, que conocemos en el Mediterráneo oriental. Un buen ejemplo de ello son las rosetas hechas, como las de la diadema de La Aliseda, mediante un alambre enrollado e inserto en una cápsula circular. Para mayor semejanza, el alambre o la cinta que con este propósito utilizan los etruscos, adornada en toda su longitud por sartas de gránulos. De esta técnica no conocemos paralelo alguno fuera de Etruria, ni aun aquí antes de 600 aproximadamente.

»Lo curioso es que la fecha resulta un poco tardía, si se tiene en cuenta que la fisonomía general del conjunto de la Aliseda gravita hacia conjuntos culturales un poco más antiguos como los ajuares de las Tumbas Regolini-Galassi y sus contemporáneas»¹⁵ A. Blanco¹⁶ reconoce que los pendientes de La Aliseda están en deuda con el arte oriental y la técnica de los etruscos.

¹⁴ «Orientalia», I, págs. 28 y ss.

¹⁵ M. Cristofani - M. Martelli, *L'Oro degli etruschi*, Novara, 1983, págs. 96 y ss., 253 y ss.

¹⁶ A. Blanco, «Orientalia II», *AEspA*, 33, 1960, págs. 3 y ss.

En el cinturón de La Aliseda, los tres temas fundamentales reaparecen en el gran pectoral de la Tumba Regolini-Galassi¹⁷.

Incluso las palmetas del cinturón hispano y del pectoral etrusco están tratadas con la misma disciplina. Un colgante de Vulci tiene en común con el de La Aliseda que las volutas refuerzan la montura.

De todo lo anteriormente escrito se deduce que como en el estado actual de la investigación no se puede aceptar unas relaciones intensas entre Etruria y Tartesos y no se puede negar tampoco que varios aspectos de la orfebrería del periodo orientalizante tartésico apuntan directamente a Etruria, cabe la posibilidad de que artesanos etruscos trabajaran en Tartesos tantos objetos de bronce, como la orfebrería, al igual que a artesanos fenicios se deben, en principio, los marfiles en Tartesos o a griegos algunas esculturas de Obulco¹⁸, al igual que en Etruria un pintor griego es el autor de la decoración de la Tumba del Barón de Tarquinia, fechada alrededor del año 510 a.C.¹⁹, y a un jonio los vasos de Caere²⁰.

¹⁷ A. Blanco, «Orientalia II», *AEspA*, 33, 1960, págs. 3 y ss.

¹⁸ J. M. Blázquez - J. González Navarrete, «The Phokaian Sculpture of Obulco in Southern Spain», *AJA*, 89, 1985, págs. 62 y ss.; *Íd.*, «Arte griego en España. Las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén)», *Goya*, 205-206, 1988, págs. 2 y ss.; A. Blanco, «Las esculturas de Porcuna, I Estatuas de guerreros», *BRAH*, págs. 405 y ss, *Íd.*, «Las esculturas de Porcuna II, Hierofantes y cazadores», *BRAH* 185, 1988, págs. 205 y ss., *Íd.*, «Las esculturas de Porcuna III, Animalia», *BRAH*, 185, II, págs. 205 y ss.

¹⁹ M. Pallottino, *La peinture étrusque*, Ginebra, 1952, págs. 57 y ss.; S. Steingraber, *Catálogo raginato*, Milán, 1985, núms. 27 y ss, 291.

²⁰ M. Roberston, *La peinture Grecque*, Ginebra, 1953, págs. 74 y ss.

Arte ibérico con influencia griega.

El monumento funerario de Jumilla (Murcia)

Recientemente se ha descubierto un monumento funerario rectangular con figuras en relieve en sus cuatro lados en una necrópolis de los siglos IV-III a.C. en el área de Jumilla (Murcia). El monumento es de gran interés y no tiene paralelo entre los ejemplos del arte ibérico, pero es casi desconocido por los eruditos. Sólo se han publicado sobre él dos breves artículos. Este monumento ha sido asociado con una tumba de piedra caliza de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho de Jumilla y los relieves son de especial importancia para nuestra comprensión de las corrientes artísticas del sureste de Iberia del siglo IV y III a.C. El sureste ha sido un importante centro de la cultura ibérica, como queda demostrado por la necrópolis de Cabecico del Tesoro y El Cigarralejo, ambos también en la actual provincia de Murcia.

El monumento de Jumilla está hecho de piedra caliza tizosa con medidas de $0,47 \times 0,56 \times 0,90$ m. Hay un orificio de 12 cm en el fondo para ligar el bloque a la base. Hay otro orificio en la parte de arriba para añadir un objeto, quizá una estatua. Uno de sus lados está mal conservado, quizá debido a que por estar cerca de la superficie del suelo, fue dañada por la labranza. Esta cara del monumento tiene un agujero rectangular debajo del caballo, indudablemente para alojar las cenizas del fallecido, haciendo el bloque una especie de urna cineraria para una sola persona, participando como elemento decorativo de la tumba. Una cavidad similar puede verse en la Dama de Baza (Granada) del siglo IV a.C., en donde las cenizas fueron deposi-

tadas bajo la silla de la Dama y la apertura en la parte de atrás de la Dama de Elche (Alicante), el más claro exponente del arte ibérico de la primera mitad del siglo v a.C., fue también seguramente usada como depositaria de las cenizas de la persona fallecida. Los cuatro lados del monumento funerario de Jumilla representan tres jinetes y una mujer sentada con un joven; en conjunto, pueden constituir una narrativa escena de adiós, y representa, en términos generales, a la familia del fallecido. El jinete mejor conservado está vestido con una larga túnica que llega hasta los pies. El jinete en su mano izquierda sostiene las riendas y, en su derecha, un bastón. Usa una túnica con un cuello triangular y mangas cortas. Tiene bandas en el brazo sobre el codo en cada brazo y un brazalete en cada muñeca. Sobre la túnica se ve una manteleta que va sobre el hombro derecho y pasa debajo del brazo izquierdo. Como la túnica llega hasta los pies, forma pliegues. El pelo de este hombre está peinado con ondas a los lados y tiene un amplio anillo con un central y circular agujero, similar a los descubiertos en la necrópolis de La Bobadilla (Jaén). El estilo del pelo es el mismo que el de la cabeza de un hombre, cuyo relieve fue descubierto en La Albufereta (Alicante), del siglo III a.C.

La silla del caballo consiste en una simple manta. Es similar a la del caballo de Casas de Juan Núñez (Albacete) y a las de los caballos votivos, principalmente en piedra, algunos en bronce, del Santuario ibérico de El Cigarralejo del siglo IV a.C. La melena del caballo del primer jinete de Jumilla cae a un lado del cuello, como uno de los caballos de El Cigarralejo. Tal melena no es típica de caballos ibéricos; no es vista, por ejemplo, en el caballo de Juan Núñez, ni en la cabeza del caballo descubierta en la tumba de Cástulo del siglo V a.C. Sin embargo, es característica de algunos de los caballos descubiertos en El Cigarralejo. Una cinta de cuero a través del pecho del caballo asegura la silla. Hay otras dos bandas a lo largo del cuello. La más baja está decorada con un disco hacia el frente, posiblemente relacionada con la *phalera*. La banda superior está decorada con círculos en relieve, probablemente metálicos. Todos estos detalles y la forma de la cabeza nos dice que este caballo y los otros dos de Jumilla están relacionados con la cabeza de uno de los de El Cigarralejo y se diferencian de las cabezas de los caballos de Obulco, de mediados del siglo V a.C. Los ejemplos de Jumilla tam-



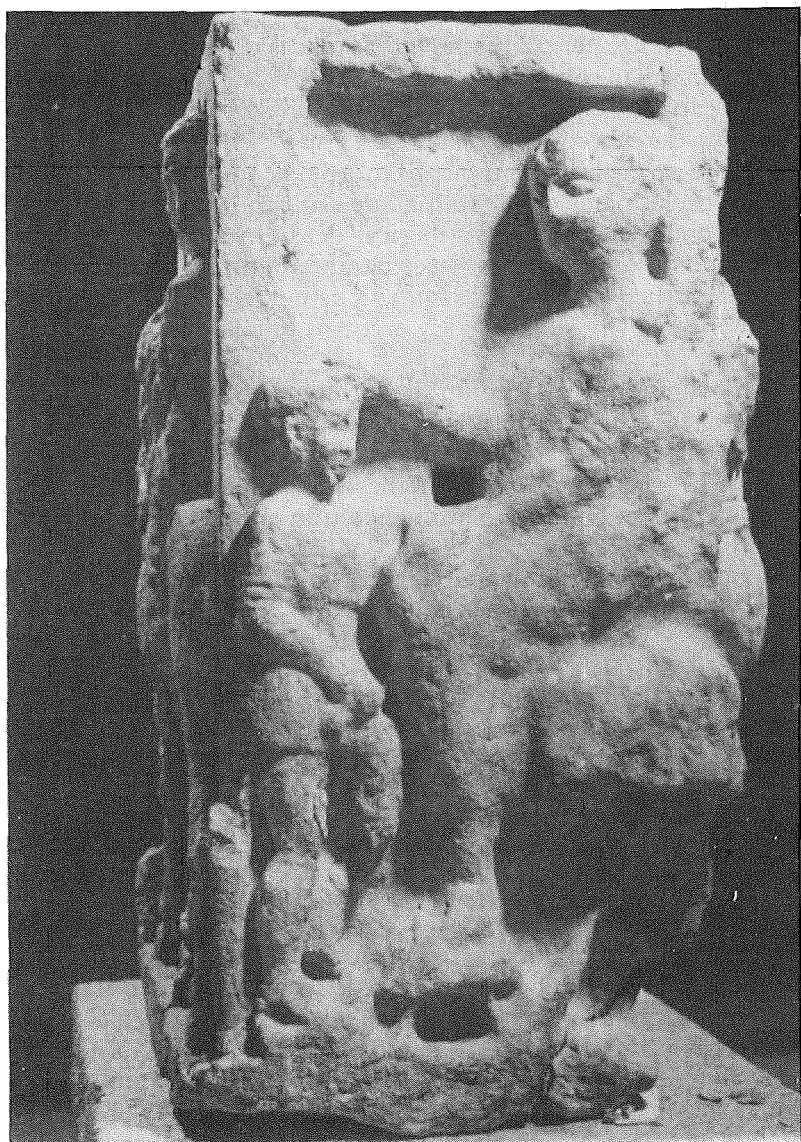
Monumento funerario de Jumilla (Murcia).

bién difieren de los caballos de Fuente de la Higuera (Valencia) del siglo iv a.C., el cual tiene largas placas de bronce de forma oval o circular sobre la cabeza.

El caballo de Jumilla tiene una actitud de paseo. El escondido casco derecho descansa sobre un pájaro; el derecho delantero, sobre una cabeza humana. El motivo de una cabeza humana debajo de las patas de un animal, de un león o un oso, es familiar en esculturas funerarias ibéricas del siglo iv y en el periodo helenístico. Podemos establecer paralelos con las esculturas de leones en Bienservida (Albacete) y Cástulo, el oso de Porcuna y los leones de Úbeda la Vieja, y en otros lugares de la provincia de Jaén.

El segundo jinete de Jumilla, a diferencia del primero, no tiene bastón; su apretado puño descansa en la cabeza del caballo. El casco derecho delantero está roto y el lado izquierdo del relieve está generalmente en mal estado. El casco derecho descansa sobre un conejo, un animal común en la Península Ibérica en la antigüedad.

El tercer jinete está en una pobre condición, pero es similar a los otros dos. En este caso, sin embargo, blande una falcata, la típica espada de los iberos, en su mano derecha. El guerrero lleva también un pequeño escudo circular en su espalda, el caetra ibérico que puede ser visto en los guerreros de Obulco de mediados del siglo v, en los de Urso (Osuna) y en los guerreros de bronce de los santuarios ibéricos. La presencia de esos jinetes en el monumento funerario de Jumilla indica que los fallecidos son considerados como héroes. El motivo fue también usado, con un significado similar, para el guerrero de Pozo Moro (Albacete), del principio del siglo v a.C. y en la placa de pizarra descubierta en una tumba en Cástulo del siglo iv. Fuera de la Península Ibérica tales jinetes heroicos son bien conocidos, por ejemplo, en una tumba de Paestum de 340-320 a.C., en Italia, y, en Grecia, en la estela de un jinete, en su base, de 560 a.C., y en la lápida de ático arcaico, así como en pinturas en las tumbas de la edad helenista de Alejandría y en otros lugares. El motivo del jinete heroico en el monumento funerario ibérico es probablemente de origen griego, pero los relieves de Jumilla son indudablemente el trabajo de un escultor ibérico. Esto es indicado no solamente por un cierto elemento barroco en su composición, sino también por los detalles de los animales bajo los cascos de



Monumento funerario de Jumilla (Murcia): personificación de la diosa Cibele y su hijo, el puer.

los caballos y la elaborada decoración de los cuellos de los caballos.

El cuarto relieve representa a un joven y a una mujer sentada en una silla plegable del tipo que se ve en la urna ibérica de Galera (Granada) del siglo iv a.C., y en un relieve de *despotbes hippon* de Villaricos (Almería). El joven está en pie enfrente de la mujer y ésta toca su cabeza con su mano derecha. El muchacho está vestido con una túnica corta con medias mangas y lleva bandas en sus brazos parecidas a las del jinete de Obulco. Estas bandas son también usadas por los hombres ibéricos y soldados representados en las cerámicas de Liria (Valencia) de la misma fecha y son comúnmente descubiertas en la Península Ibérica del fin de la Edad de Bronce. También aparecen en esculturas fuera de España, por ejemplo, el guerrero de Capistrano del siglo vi a.C. y frecuentemente en estatuas de Chipre. El joven también usa un amplio cinturón de placas unidas, como los de los hombres ibéricos, por ejemplo, el hombre de Obulco que lucha contra un animal. Estos cinturones amplios pueden haber tenido una significación mágica y fueron bastante elaborados; el mejor ejemplo es el de Cortijo de Máquiz (Jaén).

La escena de Jumilla de una mujer acompañada de un joven para decir adiós recuerda a similares escenas de despedidas de la tumba de Ática del siglo iv, así como otras de Alejandría, y no hay duda sobre la influencia griega en el monumento ibérico. Una prueba la constituye el hecho de que la mujer de Jumilla no lleva los típicos anillos, pendientes, diademas o collares ibéricos, como las Damas de Elche y Baza, la mujer en relieve en Albufeleta, las estatuas de piedra de mujeres del Cerro de los Santos (Albacete) del siglo iv y de una figurita de bronce de una mujer en Castellar de Santisteban (Jaén).

E. Langlotz, A. Blanco, W. Trillmich y yo, por algún tiempo nos hemos esforzado en señalar la influencia del arte griego en la escultura ibérica. El nuevo monumento funerario de Jumilla, el cual fue probablemente coronado por una criatura del mar o una esfinge, otorga nueva fuerza en favor de esta tesis. En efecto, el tipo de tumba griega consistente en una serie de escalones coronados por una estela y por un capitel jónico, es también descubierto frecuentemente en el sureste de Iberia. En el dominio de la escultura, la influencia griega ha sido ampliamente documentada desde la última parte del siglo vi en ade-

lante por descubrimientos del área de Jumilla. Langlotz y Blanco han comparado la Dama de Elche con esculturas de mujeres de Selinus y Siracusa. Una segunda cabeza de Elche, en mal estado de conservación, se parece a una cabeza de mujer de excelente calidad del Museo de Berlín que es generalmente mirada como foca. Un busto de mujer del santuario ibérico de Cerro de los Santos puede ser comparado con un Démeter de Klazomenai. El estilo clásico griego de las esculturas de Aegina y Olimpia, puede ser visto en una cabeza de fecha 450 a.C. en Verdolay (Murcia), no lejos de Jumilla. La cabeza del *kore* de Alicante es comparable al último estilo jónico arcaico del *korai* de Atenas. La esfinge de Agost (Valencia) demuestra la temprana influencia del arte griego sobre las esculturas de Alicante (una región fronteriza con Murcia) y puede ser comparada a la esfinge de la antigua Grecia de Spata. La esfinge de Agost y la de Redován de la misma región representan la adaptación de los modelos griegos a las necesidades locales, utilizando piedra local.

Los relieves de Jumilla son más recientes que estos ejemplos y testifican con mucho una fase de desarrollo del gusto ibérico. A diferencia de los relieves de Pozo Moro (Albacete) del siglo VII o VI a.C. y las esculturas de Obulco del siglo V, las cuales pertenecen a la corriente de influencia bocense en el arte ibérico, los relieves del monumento funerario de Jumilla, participando del mismo *koiné* griego, se aproximan más a los monumentos Áticos de los siglos VI, V y IV a.C. En esta época es cuando los vasos de Ática fueron traídos al este de Iberia, un gran número, como también parece que fueron traídos por los cartagineses.

La influencia de la estela de la tumba de Ática sobre las esculturas ibéricas puede ser notada en una mujer diciendo adiós a un hombre en Albufereta (Alicante) del siglo III, cuyo relieve es similar en estilo a otras esculturas de piedra —votivos tanto de hombres como de mujeres— de los santuarios ibéricos de Cerro de los Santos y Llano de la Consolación (Albacete).

En el siglo III a.C. la influencia de la cultura griega se hizo más fuerte en el arte ibérico. Los relieves de la tumba de Ática, que datan del siglo IV a.C., muestran una gran influencia griega. En el siglo III a.C. la influencia griega se hizo más fuerte en el arte ibérico. Los relieves de la tumba de Ática, que datan del siglo IV a.C., muestran una gran influencia griega.

III. La colonización cartaginesa

El influjo de la cultura semita (fenicios y cartagineses) en la formación de la cultura ibérica

Hace años se tendía a valorar el influjo griego en la formación de la cultura ibérica; tal era la tesis de A. García y Bellido¹, seguida, en líneas generales, por un excelente conocedor de la Hispania antigua como A. Blanco². Hoy día se ha dado un paso gigantesco en el conocimiento de la Hispania semita³, fenicios y

¹ *Hispania Graeca*, I, Barcelona 1948, *Id.*, *Historia de España. España Protobis-tórica*, I, Madrid, 1975, págs. 495-645; G. López Monteagudo, «Panorama actual de la colonización griega en la Península Ibérica», *AEArq*, 50-51, 1977-1978, págs. 3-14.

² *Historia de Arte Hispánico*, I, Madrid, 1978, págs. 5-22, *Id.*, «Die klassischen Wurzeln der iberischen Kunst», *MM*, 1, 1960, págs. 101-121; J. M. Blázquez, «Las raíces clásicas de la cultura ibérica. Estado de la cuestión. Últimas aportaciones», *AEArq*, 52, 1979, págs. 141-174.

³ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, *Id.*, «Los fenicios en la Península Ibérica», *Historia de España. Protobistoria*, Madrid, 1983, págs. 277-525, *Id.*, «Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, II, Roma, 1983, págs. 311-375, con toda la bibliografía menuda; *Id.*, «Arte de la Edad de los Metales. Arte orientalizante, fenicio y cartaginés», *Historia del Arte Hispánico*, 1, Madrid, 1978, págs. 201-235; E. C. González Wagner, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid, 1983; A. M. Bisi, «L'espansione fenicia in Spagna», *Fenici e Arabi nel Mediterraneo*, Roma, 1983; M. E. Aubet, «Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el siglo VIII a.C.», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, II, Roma, 1983, págs. 815-824; varios, *Phönizier im Westen*, Maguncia, 1982.

cartagineses. Es muy difícil, o casi imposible, separar el influjo fenicios del cartaginés; en muchísimos aspectos se confunden, o la influencia fenicia recibe nuevas aportaciones de Cartago, pero en los últimos años, en general. Ahora es posible matizar mucho y conocer que la aportación semita también fue muy importante en la formación de los diferentes pueblos de la Hispania prerromana. La cultura ibérica, la propiamente ibérica de Levante y la turdetana del valle del Betis le deben muchos. En la constitución política y en la sociedad es más difícil, por no decir imposible, señalar o barruntar este influjo por carencia de fuentes literarias. Para mayor facilidad en el estudio de este influjo, se divide el periodo que se analiza en tres grandes etapas: periodo orientalizante o tartésico (siglos IX-VIII a.C.); periodo ibérico y turdetano (siglos VI-III a.C.); y época romana republicana (siglo III-I a.C.). Fundamentalmente el material con que cuenta el historiador es arqueológico y pertenece al levante o al sur, y en menor amplitud a la costa de la futura Lusitania y al centro de la Meseta.

I. PERIODO ORIENTALIZANTE O TARTÉSICO

Como es bien sabido, los fenicios fundaron Cádiz en el año 1100 a.C.⁴, que se convirtió, inmediatamente, en el centro del comercio de todo el sur de la Península Ibérica y de la costa atlántica. De Cádiz irradió el influjo fenicio a toda la cuenca del Betis, al sur de la futura Lusitania y hacia el interior.

Los asentamientos fenicios de la costa meridional de España no parece que pudieran ejercer un influjo grande en las poblaciones del interior, debido a la dificultad de atravesar la cordillera.

Primeras aportaciones fenicias. Influjo del norte de Siria

Desde el primer momento de la colonización fenicia aparecen importantes elementos nuevos traídos por los fenicios. Así, en la necrópolis fenicia de Almuñécar (Granada) se documenta

⁴ A. García y Bellido, *Historia de España*, Madrid, 1954, págs. 316-318.

la prueba más antigua de la presencia del hierro en la Península Ibérica en torno a 670 a.C.⁵. También hay hierro en el tesoro de Villena⁶, hacia 1000 a.C., pero no parece que las joyas de este tesoro tengan que ver nada con las culturas mediterráneas, ni que dejaran un fuerte influjo. En Almuñécar también aparece el torno del alfarero, que muy pronto fue utilizado por las poblaciones del interior, como en Cástulo (Jaén), en el alto Guadalquivir, donde se encuentra ya en la primera mitad del siglo VII a.C., en compañía de la pintura vascular⁷, que también se imitó de los fenicios, a bandas o con temas que están copiados de telas orientales, bien patentes en la cerámica castulonense y en la de Lora del Río (Sevilla)⁸, tan típicamente orientales como el toro y el grifo acompañados de flores de loto, bien conocidos en Chipre.

Es seguro que los fenicios trajeran a Occidente, en fecha muy antigua, la escritura. El alfabeto tartésico está atestiguado en torno a la misma época, 700 a.C., en la ría de Huelva⁹, probablemente importado del norte de Siria, algún signo de Hama, según la reciente tesis de J. Hoz. Al norte de Siria lleva una serie de elementos culturales de la época tartésica, que trajeron los fenicios y que aquí tuvieron aceptación, como la fíbula de doble resorte, que presupone un cambio en el tipo del vestido¹⁰ y la estatuilla de Galera (Granada)¹¹, obra chipriota o mejor del norte

⁵ M. Pellicer, *Excavaciones de la necrópolis púnica «Laurita» del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)*, Madrid, 1962, *passim*.

⁶ W. Shüle, «Der bronzezeitliche Schatzfund von Villena (Prov. Alicante)», *MM*, 17, 1976, págs. 42-179.

⁷ J. M. Blázquez - J. Valiente, *Cástulo III*, Madrid, 1981; *Íd.*, «El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo», *Phönizier im Westen*, págs. 412-428; J. M. Blázquez, «Panorama general», págs. 333-352.

⁸ M. Pellicer, «El yacimiento de los Toscanos y su contribución al estudio de las cerámicas pintadas hispanas protohistóricas», *AEArq*, 42, 1969, págs. 2-19; J. Remesal, «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *AEArq*, 48, 1975, págs. 3-21; D. Ruiz Mata, «El bronce final — fase inicial — en Andalucía Occidental. Ensayo definición de sus cerámicas», *AEArq*, 52, 1979, págs. 3-20; P. Cabrera, «La cerámica pintada de Huelva», *Huelva Arqueológica*, 5, 1981, págs. 317, 307.

⁹ J. M. Blázquez - J. M. Luzón - F. Gómez, «Las cerámicas del Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica*, 1, 1970, 12 láms. XV a XVIII c.

¹⁰ A. González, *Estudio arqueológico del poblamiento de la Sierra de Crevillente (Alicante)*, Alicante, 1983, págs. 236-239.

¹¹ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...* págs. 187-192; *Íd.*, *Los fenicios en la Península Ibérica*, págs. 387-388.

de Siria, de la primera mitad del siglo VII a.C., que recibió la adoración de varias generaciones de turdetanos. Los relieves planos de Pozo Moro (Albacete)¹² recuerdan muy de cerca el arte neohitita de los reinos del norte de Siria, como los relieves del disco alado del Sol de Tell Halaf¹³, los acróbatas de Zincili¹⁴, o los relieves de Karatepe¹⁵, etc. En Cástulo¹⁶, en el siglo VIII a.C., se construyó un templo del tipo de los de Chipre y de Siria; con el *pebble mosaic* más antiguo de Occidente, que sigue modelos de Gordión, Altin Tepe, Tel Barsil, Arslan Tash y Tirinto¹⁷. Bronces del norte de Siria y más concretamente de Hama, según la tesis de Riis, imitan las Astartés de Cástulo¹⁸; y muy probablemente los túmulos sepulcrales de Carmona, Setefilla (ambas localidades de Sevilla), Torre de Doña Blanca (Cádiz) y de Cástulo¹⁹ siguen prototipos del norte de Siria. Todos estos datos y algunos más que cabría añadir, como la botella de cristal de roca de La Aliseda (Cáceres), obra del norte de Siria, fabricada en torno a finales del siglo VIII o a comienzos del siglo siguiente²⁰, probarían la importancia de las gentes del norte de Siria, y más concretamente de los arameos, en los orígenes de la colonización fenicia en Occidente. Piensan algunos autores, como

¹² M. Almagro Gorbea, «Pozo Moro y el influjo fenicio en el periodo orientalizador de la Península Ibérica», *RSF*, 10, 1982, págs. 231-272; *Id.*, «Pozo Moro. Un monumento funerario ibérico orientalizador», *MM*, 24, 1983, págs. 177-293; A. Blanco, *Historia del Arte Hispánico*, págs. 34-37.

¹³ H. Frankfort, *Arte e Architettura del Antico Oriente*, Turín, 1970, pág. 212, lám. 267.

¹⁴ H. Frankfort, *op. cit.*, pág. 214, lám. 271.

¹⁵ H. Frankfort, *op. cit.*, págs. 221-222, láms. 277-281.

¹⁶ J. M. Blázquez - J. Valiente, *Cástulo III*; J. M. Blázquez - M. P. García Gelabert - F. López Pardo, «Evolución del patrón del asentamiento en Cástulo, Fases iniciales», *Arqueología Espacial*, Teruel, 1984, págs. 241-252; D. Fernández Galiano, «New light on the origins of Floor Mosaics», *AJ*, 62, 1982, págs. 235-244, *Id.*, «Influencias orientales en la musivaria hispánica», *III Colloquio Internazionale sul mosaico antico II*, Ravena, 1983, págs. 412-417.

¹⁷ D. Salzmann, *Untersuchungen zu den antiken Kieselmosaiken*, Berlín, 1982, pág. 6.

¹⁸ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 110-111.

¹⁹ J. M. Blázquez, «Los túmulos de Villaricos (Almería), Setefilla y Carmona (Sevilla), Cástulo (Jaén), Torre de Doña Blanca (Cádiz), de Marruecos y sus prototipos orientales», *Homenaje a Luis Siret*, 1986, págs. 557-561; *Id.*, *Religiones en la España Antigua*, Madrid, 1991, págs. 227-233. En las páginas 199-262 estudia el autor las creencias y ritos fúnebres de los iberos.

²⁰ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 60-61.

Whittaker²¹, G. González Wagner²² y J. Alvar²³, apoyados en las teorías de Pettinato y de Frankenstein²⁴, que la presión asiria en Siria en época de Asarhaddón (681-668) provocaría una marcha masiva de campesinos fenicios, ávidos de tierras de laboreo, a Occidente. A ellos se debería la fundación de Guadalhorce y la segunda fase de Toscanos (Málaga). Producirían luego una penetración en el *hinterland* tartésico de carácter fundamentalmente agrícola, con manifestación en algunas necrópolis, de rito puramente fenicio, como es el caso de la Cruz del Negro (Sevilla). En opinión de J. Alvar, esta tesis explica satisfactoriamente la existencia de tantas colonias, donde se mezclaban poblaciones indígenas, bien atestiguadas por la presencia del cerdo y la abundante cerámica fabricada a mano, en espacios relativamente muy cortos de la costa malagueña, que no tendrían explicación, posiblemente, si se tratara de puestos de comercio.

Impacto fenicio en la religión. Mitos orientales. Imágenes de dioses. Rituales. Amuletos. Templos. Animales fantásticos

La mezcla de poblaciones fenicias e indígenas, en asentamientos fenicios, la colonización agrícola y el intenso intercambio de productos ocasionaron un fuerte influjo de todo género entre los nativos, como no podía ser menos. Este influjo es claro en la religión. Los dioses, los templos y los rituales fenicios obtuvieron general aceptación y se propagaron rápidamente. Los fenicios propagaron en Occidente mitos orientales. El tema del Gilgamés en lucha con el león se encuentra por vez primera en Occidente en el cinturón, probablemente de carácter apotropaico, al igual que el que llevan varios exvotos ibéricos²⁵,

²¹ «The Western Phoenicians: Colonization and Assimilation», *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 200, 1974, 58-70.

²² «Aproximación al proceso histórico de Tartessos», *AEArq*, 56, 1983, págs. 24-38.

²³ *La navegación prerromana en la Península Ibérica: Colonizadores e indígenas*, Madrid, 1981, págs. 87-88, 315.

²⁴ «The Phoenicians in the Far-West, A Function of Neo-Assyrian Imperialism», *Mesopotamia*, 7, 1979, págs. 278-290.

²⁵ J. M. Blázquez, «Cinturones sagrados en la Península Ibérica», *Homenaje al Prof. Martín Almagro Bach*, II, Madrid, 1983, págs. 411-420.

de La Aliseda (Cáceres), obra de hacia el año 600 a.C., fabricado en la Península Ibérica, probablemente, en Cádiz²⁶, que apareció en la tumba de una dama. Otro episodio de la leyenda del Gilgamés se halla en un relieve de Pozo Moro²⁷ (Albacete), donde también en un tercer relieve está presente el tema de la Quimera²⁸ en lucha con un varón.

Quizá un mito ibérico²⁹ bajo ropaje oriental es en Pozo Moro el relieve del simposio de los animales, que recuerda muy de cerca al relieve de Tell Halaf y al cilindro-sello de Vélez Málaga, obra fabricada en el norte de Siria, fechada en el siglo XIV-XIII a.C., con imagen de la diosa Astarté-Anat, y con un figura de cabeza de animal³⁰.

En el cerro de El Carambolo (Sevilla)³¹ es muy probable que recibiera culto una imagen de Astarté, de tipo fenicio, que tiene en su pedestal la inscripción fenicia más antigua de Occidente, cuya fecha ha sido muy discutida y oscila entre los siglos VIII-VI a.C. Más al interior, en el Cerro del Berrueco³², junto al nacimiento del río Tormes, en la provincia de Salamanca, han aparecido varios bronce, con una imagen de una diosa de la fecundidad, adornada con disco alado y flores de loto, datada en el siglo VII a.C., que siguen modelos de la imagen de diosa de marfiles fenicios, hallados en el Fuerte de Salmanasar en Nimrud, lo que probaría la penetración de los cultos típicamente fenicios muy al interior, como es en la provincia de Salamanca, al igual que lo indica la imagen de Astarté con el peinado de la diosa egipcia Hathor, junto al árbol de la vida, de un relieve de Pozo Moro, localidad igualmente apartada de la costa³³. Los bronce del Berrueco fueron fabricados en talleres de fun-

²⁶ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 116-118.

²⁷ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas. II. Religiones prerromanas*, Madrid, 1983, pág. 33.

²⁸ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 34.

²⁹ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 27-28.

³⁰ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 112-113, *Íd.*, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 42.

³¹ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 112-113, *Íd.*, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 7-38, *Íd.*, *Arte de la Edad de los Metales*, págs. 204-208.

³² J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 93-95, *Íd.*, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 44-45.

³³ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, pág. 9.

dición de Cádiz, pues en esta ciudad ha aparecido una pieza gemela³⁴. Una originalísima representación de Astarté es el bocado con imagen de Astarté, igualmente con el peinado de la diosa egipcia Hathor, con flores de loto estelizadas levantadas en alto, sobre una barca formada por patos, todos símbolos de fecundidad, animal y vegetal³⁵, que se ha encontrado en la provincia de Sevilla.

Otros autores, como M. Almagro³⁶ y la señora Gamer³⁷, han recogido una serie relativamente numerosa de estatuillas que representa a un varón en actitud de combatir, que representarían a Reshef o a Hadad, dios de carácter guerrero de gran veneración entre los fenicios. La reciente aparición de varias estatuillas de este dios halladas en Huelva y en las proximidades del Heracleion gaditano, en Cádiz, prueban la veracidad de la tesis propuesta por vez primera por M. Almagro Basch. No deja de ser interesante que algunas de estas figuras hayan aparecido muy al interior del país, como el llamado guerrero de Medina de las Torres (Badajoz), obra del siglo VII a.C., que G. Nicolini³⁸ considera una obra importantísima para conocer los orígenes de la toreútica turdetana de los santuarios de Despeñaperros (Jaén), donde se han recogido figuras que muy probablemente son copias populares y ya pobres de Reshef, lo que indica que no sólo influyó en los orígenes de la religión oretana, a partir del siglo VI a.C., el tipo de religiosidad fenicia, imitándose al ritual de ofrecer exvotos, sino también las imágenes de algunos de los principales dioses fenicios, en este caso Reshef. En estos mismos santuarios hay unos exvotos de figuras tonsuradas, y otras vestidas con hábitos talaes y unas largas franjas, que se

³⁴ C. Fernández Chicarro, «Bronce gaditano, de la tipología de los del Be-rueco en el Musco Arqueológico de Sevilla», *Segovia y la Arqueología romana*, Barcelona, 1977, págs. 185-186.

³⁵ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 102-105, *Íd.*, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 42-43.

³⁶ «Über einen Typus iberischer Bronze-Exvotos orientalischen Ursprungs», *MM*, 20, 1979, págs. 133-183.

³⁷ «Zwei Statuetten syro-ägyptischer Gottheiten von der "Barra de Huelva"», *MM*, 23, 1982, págs. 46-61.

³⁸ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 57-58; *Íd.*, «Bronces de la Mérida prerromana», *Augusta Emerita*, Madrid, 1976, págs. 14-18. En el carro de Mérida la caja del vehículo es idéntica a la de algunas piezas chi-priotas.

han interpretado como sacerdotes de Cádiz, que sabemos que se cortaban el cabello, y que usaban vestidos de lino con franjas³⁹. No sólo el influjo fenicio está en los orígenes de los exvotos turdetanos de los santuarios de Despeñaperros, pasando después a los ibéricos de los santuarios del sureste y en las imágenes de ciertos dioses, sino en el uso de los quemaperfumes en cuanto parte del ritual, como lo indican los quemaperfumes del Cerro del Peñón (Málaga), de finales del siglo VIII o de comienzos del siguiente; de Cástulo, siglo VII; del sur de Portugal, de finales del siglo VII; de La Joya (Huelva), del siglo VI a.C.; del bajo Guadalquivir, siglos VII-VI; de Despeñaperros y de Jaén, hoy en el MAN de Madrid, siglos VI-V a.C.⁴⁰. El uso del incienso o de quemaperfumes lo introdujeron también los fenicios en Occidente. Ciertos dioses fenicios, representados en sellos, no parece que tuvieran aceptación entre los pueblos indígenas hispanos; otros por el contrario, sí lo tuvieron; tales son los figurados en piezas importadas de fuera y que se utilizaron como amuletos por su carácter apotropaico entre los indígenas, como Isis citada en la mencionada botella piriforme de La Aliseda, que reaparece en el sello giratorio de Cancho Roano (Badajoz), varios siglos después⁴¹, pero que no se encuentra representada en el arte ibérico. El, que es el dios tetráptero con dos cabezas y entronizado en un sello de La Aliseda⁴², tampoco pasó a la religión ibérica. No así Bes, que se le representa por vez primera en una urna de Almuñécar⁴³, y después en el portaamuletos del Cortijo de Évora, Sanlúcar de Barrameda (Cádiz)⁴⁴. Baal Samen del sello de La Aliseda junto a grifos rampantes alrededor del árbol de la vida⁴⁵ no se repite nunca entre los iberos. Al revés de Baal Hammón, que tenía tres cabos consagrados a él en la Pe-

³⁹ J. M. Blázquez, *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid, 1977, págs. 17-28.

⁴⁰ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 60-76; *Íd.*, *Arte de la Edad de los Metales*, págs. 217-218.

⁴¹ J. Maluquer, *Andalucía y Extremadura*, Barcelona, 1981, pág. 350, fig. 54.

⁴² J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 61-62.

⁴³ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...* pág. 194, lám. 82 B; *Íd.*, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 62.

⁴⁴ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 62.

⁴⁵ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 62.

nínsula Ibérica, en función de la navegación fenicia por la costa, que eran el de Palos (*Ora Mar.* 452), del de Segres (*Ora Mar.* 215-216) y el de San Vicente (Str. 2, 3, 1, 4; Mela 3, 7; Plin. 2, 242; Ptol. 2, 5, 2) y una *Insula Saturno sacra*, que es la de Balange (*Ora Mar.* 164-165). Baal Safón (*Ora Mar.* 259-261), contaba con un monte dedicado a él. Melqart, el dios de Tiro, además de en el gran Herakleion gaditano, era venerado en el periodo orientalizantes probablemente en una isla consagrada a él en Huelva (Str. 3, 5, 5).

Es muy probable que el culto a Adonis lo introdujeran en Occidente los fenicios en el periodo orientalizante, aunque los datos sobre su culto son ya de finales del siglo III. En él, según la descripción de las actas de Justa y Rufina, martirizadas a comienzos de la Tetrarquía, hay rasgos de gran arcaísmo, que, según F. Cumont, bien pudieran remontarse a este periodo⁴⁶. Los rituales tienden a fosilizarse y a pervivir muchos siglos, como el ritual típicamente semita del Herakleion gaditano que llegó intacto al Imperio Romano y al Bajo Imperio.

Los fenicios trajeron, al igual que al resto del Mediterráneo, todos sus amuletos, que eran de varios tipos, los cuales pasaron después a ser usados, muchos de ellos, por los iberos muy frecuentemente. El conjunto más completo lo constituyen los de La Aliseda, hallado en una tumba de mujer, probablemente una sacerdotisa (?), en número de 53 piezas de cuentas, amuletos y estuches. Las combinaciones posibles son ilimitadas. Los amuletos acorazonados se les vuelve a encontrar en bronce ibéricos, sobre el pecho de la Dama de Baza, posible imagen de la Tanit púnica, del siglo IV y sobre la Dama de Elche, que probablemente es la misma diosa, de finales del siglo V, o de la primera mitad del siglo IV a.C. Otros dos amuletos acorazonados conserva el MAN de Madrid, un tercero el Instituto del Conde de Valencia de Don Juan de la capital de España y un cuarto el Museo Monográfico de Linares (Jaén). Los de La Aliseda, que son estuches con tapaderas de halcón, los amuletos con creciente lunar y disco solar y los colgantes esféricos con granates y turquesas, aunque documentados en establecimientos feni-

⁴⁶ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 48-55, *Id.*, *Los fenicios en la Península Ibérica*, págs. 520-525.

cios o púnicos de la Península Ibérica, no los emplearon los nativos⁴⁷.

Ya se ha indicado que el templo de Cástulo responde a los santuarios rurales de Creta y de Chipre del segundo milenio, que pervivieron hasta el Helenismo, al igual que el ritual, en santuarios vinculados a la obtención de los metales. El conjunto del santuario castulonense está formado por el santuario propiamente dicho, la fosa ritual, la cocina y el patio. Hay exvotos de tortas de fundición como en Chipre⁴⁸. Este santuario no se parece en nada a los santuarios ibéricos, pero se emparenta con los santuarios tartésicos de El Acebuchal y con los túmulos de Entremalo, Alcaudete, Ucento y Parias⁴⁹.

Los fenicios introdujeron en Occidente animales fantásticos, como grifos, que aparecen en el cinturón de La Aliseda hacia el año 600, en el collar de Sines (Portugal), obra del siglo VII

⁴⁷ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 118-119, *Id.*, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 70-76. Los fenicios también introdujeron en Occidente los escarabeos egipcios, véase I. Gamer-Wallert, «Der neue Skarabäus aus Alcácer do Sal», *MM*, 23, 1982, págs. 96-100; A. M. Cavaleiro Paixão, «Ein neues Grab mit Skarabäus in der eisenzeitlichen Nekropole Olival do Senhor dos Mártires-Alcácer do Sal/ Portugal», *MM*, 22, 1981, págs. 229-235. Los fenicios trajeron los amuletos egipcios a Occidente. En los siglos VII y VI han aparecido, dejando aparte las colonias griegas y fenicias, que no se estudian en este trabajo, en Gibraltar, Crevillente, Mas de Mussols (Tortosa), y Can Canyis, en Catalunya, y posteriormente en el Cabecico del Tesoro (Murcia), siglo IV a.C. Los dioses egipcios fueron ignorados por los indígenas, pues no los representan, salvo alguno, como Bes (amuletos del Cortijo de Évora); tampoco a Isis. En las figuras en bronce de Astarté Hathor/Isis, aunque de procedencia egipcia, este carácter no debió tener ningún impacto en la mentalidad indígena. Se trataba sencillamente de la diosa fenicia de la fecundidad (J. Padró, «Amuletos y divinidades egipcias en la Hispania prerromana», en J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 465-473; *Id.*, «Las divinidades egipcias en la Hispania romana y sus precedentes», *La religión romana en Hispania*, Madrid, 1982, págs. 337-350). Los amuletos egipcios no fueron entre los iberos vehículos de propagación de los cultos egipcios. Eran simples amuletos; véase J. Alvar, «El culto a Isis en Hispania», *La religión romana en Hispania*, pág. 309, n. 1. I. Gamer-Wallert («Die Hieroglyphen der Glaskanne von La Aliseda, Cáceres», *Homenaje a García Bellido*, I, Madrid, 1976, págs. 127-131) niega también todo valor a la inscripción de Isis de La Aliseda como prueba de su culto en la Península Ibérica.

⁴⁸ J. M. Blázquez, *Panorama general*, pág. 337, fig. 15, 3.

⁴⁹ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 88-89.

a.C.⁵⁰, en un anillo de oro de la tumba 5 de Huelva⁵¹, datado entre los años 500-475 a.C., y en marfiles de Carmona⁵²; animal fantástico de tanta aceptación después entre los iberos⁵³ y que debió ser motivo de culto o vinculado con ideas de magia, al igual que la esfinge alada de los marfiles de Carmona⁵⁴, de Andújar⁵⁵ y de Cástulo⁵⁶, todas del siglo VII a.C., igualmente bien conocidas del mundo ibérico posterior. Un grifo sobre una palmeta de cuenco, junto al árbol de la vida, todo calado, ha aparecido en Sanchorreja (Ávila)⁵⁷, pieza interesante para ver, una vez más, la penetración de los temas traídos por los fenicios en el interior de la Meseta castellana, probablemente siguiendo la vía de penetración de la Calzada de la Vía de la Plata, que es un antiguo camino tartésico en función, quizá, del estaño superficial de Lusitania y de las minas del noroeste. Esta pieza y otras que cabría añadir, como los broches de cinturón decorados con el árbol de la vida de Niebla, Medellín y los de Carmona⁵⁸, probaría la profunda penetración de temas religiosos fenicios, de carácter religioso en origen, entre las poblaciones hispanas; probablemente son placas de cinturón de carácter apotropaico, con temas del árbol de la vida, que se vuelven a encontrar en la pintura vascular de Azaila (Teruel), ya en época helenística, como indicó en 1912 Poulsen⁵⁹.

⁵⁰ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 116-118, 280-282; *Ibid.*, *Arte de la Edad de los Metales*, págs. 218-219.

⁵¹ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 282-283, lám. 141 A, *Íd.*, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 69.

⁵² J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 156-157, *Íd.*, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 69.

⁵³ A. García y Bellido, *Arte Ibérico en España*, Madrid, 1979, págs. 66-67.

⁵⁴ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 156-157; *Íd.*, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 68-69.

⁵⁵ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 262-263, láms. 92B-93A.

⁵⁶ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 267-268, láms. 97 A-C.

⁵⁷ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 91-92.

⁵⁸ M. L. Cerdeño, «Los broches de cinturón tartésicos», *Huelva Arqueológica* 5, 1974, págs. 1-56; H. Parzinger - R. Sanz, «Zum ostmediterranen Ursprung einer Gurtelhaken- form der iberischen Halbinsel», *MM*, 1986, págs. 169-194. Propugnan un origen de la costa de Anatolia al igual que para la cerámica gris.

⁵⁹ *Der Orient und die frühgriechische Kunst*, Leipzig 1912, pág. 41, fig. 42.

Introdujeron también los fenicios el rito de la cremación, atestiguada en las tumbas fenicias de Almuñécar, y que se generalizó entre turdetanos e iberos. También penetró por los Piri-neos en los campos de urnas. En este aspecto son interesantes las tumbas de la necrópolis de La Joya⁶⁰ con un ritual de carros, de posibles sacrificios humanos, de comidas funerarias, de las que se conservan los platos apiñados utilizados en el banquete funerario, todo al igual que en las tumbas fenicias de Salamina

⁶⁰ J. P. Garrido - E. M. Orta, *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya»*, Huelva, II, Madrid, 1978; J. M. Blázquez, *Los fenicios en la Península Ibérica*, págs. 347-352. El espejo como símbolo funerario lo introdujeron muy probablemente los fenicios; se ha hallado un ejemplar en la tumba 17 de Huelva (J. P. Garrido - E. M. Orta, *op. cit.*, pág. 182, fig. 60); de aquí pasó a las estelas decoradas del suroeste peninsular del tipo II, de fecha posterior al siglo VIII (M. Almagro, *Las estelas decoradas del suroeste peninsular*, Madrid, 1966, págs. 188-204). Los espejos con sentido funerario se documentan en estelas de Marash, de finales del siglo VIII a.C. (E. Akurgal, *Orient et Occident. La naissance de l'art grec*, París, 1966, pág. 118, láms. 26-28). Representaciones de espejos son numerosos en las estelas hispánicas del final del Bronce. V. Pingel («Bemerkungen zu den ritzverzierten Stelen und zur beginnenden Eisenzeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel», *Hamburger Beiträge zur Archäologie* 4 [1974] 10, fig. 5) menciona los diferentes ejemplares, a los que hay que añadir las piezas del Cortijo de Gamarillas, en la provincia de Córdoba, y de Écija, en la de Sevilla (M. Almagro, «Nueva estelas decoradas de la Península Ibérica», en *Miscelánea Arqueológica* I, Barcelona, 1974, págs. 7-16); de Zarza de Montánchez, en Cáceres (M. Almagro Gorbea, «La estela decorada de Zarza de Montánchez (Cáceres)», *TrPrHist*, 35 (1978) 417-422), de Ervidel II en Portugal (M. Valera, J. Pinho Monteiro, «Las estelas decoradas do Pomar [Beja-Portugal]». Estudio comparado», en *TrPrHist* 34 (1977) 174-178, 184, fig. 5). Los autores catalogan trece estelas con espejos, pero por lo menos hay otras tres halladas en Burgillos, Sevilla (J. M. Rodríguez, «Nueva estela decorada en Burgillos [Sevilla]», *AEArq*, 56 (1983) 229-234), en Marchena, Sevilla (F. Chaves - M. L. de la Bandera, «Estela decorada de Montemolín [Marchena, Sevilla]», *AEArq*, 55 (1945-1946) 137-145 y ss. Las varias estelas del Sur, que proceden de una zona directamente colonizada por los fenicios o muy directamente bajo su influencia, pueden ser perfectamente el lugar de partida de las del interior de la Península Ibérica, al igual que de los braserillos (véase el mapa de distribución de éstos en J. P. Garrido - E. M. Orta, *op. cit.*, págs. 175-177, fig. 106; de trece piezas conocidas, seis se han hallado en el interior y no se pueden dudar que sean de origen fenicio). Un tercer ejemplar procede de Aragón (G. Fatás, «Una estela de guerrero con escudo en V, aparecido en las Cinco Villas de Aragón», *Caesarangusta* 11 [1975] 165-169).

de Chipre⁶¹, que siguen el ritual homérico. Los huesos, en Huelva, también se lavaban y embadurnaban con manteca y se cubrían con grasa. En este ritual funerario se empleaban los braseros para quemar perfumes, y se hacían libaciones, para lo que se emplearían los vasos piriformes, de los que se conoce una buena colección: La Aliseda, Cruz del Negro y Carmona (Sevilla), Coca (Segovia), que indica bien la penetración en el interior de estos rituales funerarios, Niebla (Huelva), Colección Calzadilla de Badajoz, del Metropolitan Museum de Nueva York y de Mérida, *oinochoe* de Valdegamas (Don Benito), con diosa de la fecundidad entre leones tumbados, de Villanueva de la Vera (Cáceres)⁶² y de Berrueco con palmeta hoy perdida, que confirman las últimas piezas, la introducción de estos ritos funerarios en la Meseta.

Algún brasero de Huelva va decorado con cabezas de As-tartés, muy parecidas a las de Cástulo, lo que probaría que entre los indígenas hispanos se generalizó también el carácter de diosa protectora de los muertos, que tuvieron todas las diosas de la fecundidad en Oriente. La decoración de las manos en el brasero de Huelva también es de origen oriental. Estos rituales funerarios pervivieron en el mundo ibérico, en fecha muy posterior, como lo prueba el brasero hallado en el Cabecico del Tesoro (Murcia), fechado en el siglo IV⁶³. El ritual de algunas necrópolis, como la de Medellín, es muy parecido al de Carmona, Setefilla y Frigiliana, que es una localidad de colonos, como lo

⁶¹ V. Karageorghis, *Salamis in Cyprus. Homeric, Hellenistic and Roman*, Londres, 1969, págs. 8-9, 26-27, 71.

⁶² J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 60-67; *Ibid.*, «Arte de la edad de los Metales», págs. 210-216; G. Grau-Zimmermann, «Phönikische Metallkannen in den orientalisierenden Horizonten des Mittelmeerraumes», *MM*, 18, 1978, págs. 161-231.

⁶³ G. Nieto Gallo, «Una sepultura de Cabecico del Tesoro con "brasero" ritual», *AEArg*, 43, 1970, págs. 62-87. Los fenicios introdujeron también el vidrio en Occidente, como lo indican el collar de pasta vítrea de Sines (Portugal), probablemente de carácter apotropaico, y el ungüentario de vidrio de la misma localidad, que probaría la introducción también de los perfumes por los semitas; véase J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, pág. 280; *Id.*, «Los fenicios en la Península Ibérica», págs. 389-390, *Id.*, *Arte de la Edad de los Metales*, págs. 238-239; J. Ramón, «Cuestiones de comercio arcaico: frascos fenicios de aceite perfumado en el Mediterráneo central y occidental», *Ampurias*, 44, 1982, págs. 17-41.

prueba el parentesco próximo de su necrópolis con la de Khal-dé (Líbano), lo que indica que un ritual funerario traído por los fenicios se generalizó entre las poblaciones hispanas del periodo orientalizante y pasó después a la cultura turdetana e ibera⁶⁴. Con el ritual funerario, los fenicios introdujeron igualmente como parte del rito el uso de la música, como lo indican los cró-talos de la necrópolis de Medellín y las liras⁶⁵, que siguen proto-tipos semitas.

En la religión del periodo orientalizante es donde mejor se aprecia el poderoso influjo fenicio y su extensión, que alcanzó hasta el interior de la Meseta.

Arquitectura

Es posible descubrir algún impacto fenicio importante en la arquitectura indígena, como la muralla del Cabezo de San Pedro del siglo VIII a.C., en Huelva, que responde a técnicas del Oriente semita⁶⁶, al igual que las plantas de las casas del cabezo minero del Cerro de Salomón de Riotinto del siglo VII a.C.⁶⁷.

También sigue técnicas de construcción documentadas en Chipre la muralla en adobe de Vinarragell⁶⁸. Los fenicios, por el contrario, no trajeron el arte de la escultura a Occidente. La cultura tartésica no conoció la escultura, que es de origen griego en la Península Ibérica.

⁶⁴ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 116-122, *Ibid.*, *Los fenicios en la Península Ibérica*, págs. 347-368.

⁶⁵ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 129, *Id.*, «Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce», *AEArg*, 56, 1983, páginas 213-228.

⁶⁶ D. Ruiz Mata - J. M. Blázquez - T. C. Martín de la Cruz, «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña 1978», *Huelva Arqueológica*, 5, 1979, págs. 149-316.

⁶⁷ A. Blanco - J. M. Luzón - D. Ruiz, *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón*, Sevilla, 1970, págs. 10-12.

⁶⁸ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, pág. 370, lám. 138.

Ya nos hemos referido a algunas técnicas traídas por los fenicios y que se aclimataron rápidamente, como el torno en la cerámica y la pintura vascular, acompañada de nuevas formas de vasos traídas de Oriente. La cerámica gris, que aparece en Anatolia muy abundantemente, la introdujeron en Occidente también los fenicios; ya se señaló en páginas anteriores que la técnica de los *pebble mosaics* la generalizaron en el periodo orientalizante en la Península Ibérica los fenicios, como lo señalan los ejemplares de Cástulo, Colina de los Quemados en Córdoba, los ejemplares de la provincia de Granada, etc.

El trabajo del marfil, en el que descollaron los fenicios en Oriente, siendo famosos mundialmente los de Carmona y su región, fue obra en principio de artesanos fenicios, que crearon talleres que continuaron con esta técnica y que con los siglos degeneraron poco a poco⁶⁹. Los motivos decorativos de estos marfiles eran también orientales.

En cuanto a las explotaciones mineras, toda Sierra Morena era un gigantesco coto minero en explotación en el periodo orientalizante en manos de los indígenas, que trabajaban para intercambiar el metal por vino, aceite y productos manufacturados por los fenicios, siendo los primeros objetos regalos a los reyezuelos; a la vez se introdujeron nuevas técnicas de extracción del mineral según la tesis de J. M. Luzón⁷⁰. Contraria es la

⁶⁹ M. E. Aubet, «Marfiles fenicios en Andalucía», *Revista de Arqueología*, 30, 1983, págs. 7-13, *Id.*, «Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir», *SA*, 52-53, 1979-1980; A. Blanco, «Orientalia II», *AEArq*, 33 1960, págs. 3-43; G. Bonsor, *Early engraved ivories in the Collection of the Hispanic Society of America*, Nueva York, 1928. En Cancho Roano (Badajoz) (J. Maluquer - M. E. Aubet, *Andalucía y Extremadura*, Barcelona, 1981, págs. 351-355, fig. 55) han aparecido marfiles decorados, al igual que en Setefilla, con palmetas de cuenco superpuestas, posible imagen del «árbol de la vida», según prototipo documentado en La Joya (J. P. Garrido - E. Orta, *op. cit.*, pág. 79, fig. 44-45, lám. LXV). En este yacimiento también han aparecido una máscara y cuentas de pasta vítrea, de carácter apotropaico (J. Maluquer - M. E. Aubet, *op. cit.*, pág. 323, fig. 38), al igual que una pieza de arnés de la antigua colección Vives (J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, pág. 270, lám. 102 B); véase J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 149-168; *Ibid.*, *Arte de la Edad de los Metales*, págs. 231-235.

⁷⁰ A. Blanco - J. M. Luzón - D. Ruiz, *op. cit.*, págs. 12-15; D. Ruiz Mata, «El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé (Almonte,

tesis de A. Blanco y Rothenberg⁷¹. El metal era todo exportado a Oriente. Colonización agrícola, explotación de minerales y comercio de intercambio son las causas que originaron una profunda semitización en todos los aspectos de la vida de las poblaciones indígenas, dando lugar a un periodo orientalizante, semejante al griego, etrusco, cartaginés y del Próximo Oriente. En el periodo orientalizante se dio en la Península Ibérica un fenómeno parecido al de Israel en época de los Reyes: una asimilación fabulosa de elementos fenicios aceptados por los israelitas. Esta cultura orientalizante o tartésica es la base, a partir del siglo VI, de las llamadas culturas turdetana e ibérica⁷². Como se verá en este trabajo, muchos elementos culturales de la más variada índole llegaron hasta la Hispania romana.

La joyería del periodo orientalizante bajo el influjo fenicio conoció un desarrollo inusitado. Los fenicios introdujeron nuevas técnicas en joyería, como el granulado, en la que ellos, los griegos y los etruscos, habían descollado. El granulado tartésico es de peor calidad que el fenicio, como lo prueban los análisis hechos por A. Blanco⁷³ sobre las joyas de La Aliseda. El granulado se generalizó mucho, según manifiestan las pruebas de los amuletos ya citados del MAN, del Instituto de Conde de Valencia de Don Juan y del Museo Monográfico de Linares o del esferoide del MAN⁷⁴. Este gran desarrollo de la joyería de influjo fenicio vino acompañado de la generalización de temas orientales, que decoraban estas joyas utilizadas por los indígenas, como las palmetas de cuenco del cinturón de La Aliseda y de las arracadas de Baião (Portugal)⁷⁵, las palmetas del vestido de La Ali-

Huelva)», *MM*, 22, 1980, págs. 150-170; J. L. Fernández Jurado, «San Bartolomé de Almonte. Yacimiento metalúrgico de época tartésica (Huelva)», *Revista de Arqueología*, 26, 1979, págs. 40-46.

⁷¹ A. Blanco - B. Rothenberg, *Exploración Arqueometalúrgica de Huelva*, Barcelona, 1981.

⁷² A. Mendoza - F. Molina - O. Arteaga Aguayo, «Cerro de los Infantes (Pinos Puentes, Prov. de Granada). Ein Beitrag zur Bronze- und Eisenzeit in Oberandalusien», *MM*, 22, 1980, págs. 17-210; L. Abad, «Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica», *AEArq*, 52, 1979, páginas 175-194.

⁷³ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 122-123, *Ibid.*, *Arte de la Edad de los Metales*, págs. 219-231.

⁷⁴ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 126-131.

⁷⁵ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, pág. 282.

seda, las arrancadas de este mismo tesoro⁷⁶ y del citado collar de Sines, las flores de loto de las arracadas de La Aliseda y del pendiente de Andalucía⁷⁷, junto con palmetas, etc., tan usadas por los fenicios.

Productos alimenticios

A los fenicios se debe la introducción de dos productos alimenticios de gran arraigo en siglos posteriores como el aceite, ya citado por Diodoro (5, 35, 3) y por Ps. Aristóteles (*De Mirab. ausc.* 135) como el principal producto traído por los fenicios, que lo intercambiaban con los indígenas por la plata. Ello generalizó el uso de lucernas para iluminarse. También trajeron, probablemente, el vino, con el que hay que relacionar algunos bronceos ibéricos, como el Sileno iniciando un paso de danza de Capilla (Badajoz), que formó parte de un *thymaterion*, o de un *lebes*, obra seguramente del sur de Italia⁷⁸. Se inicia una verdadera revolución en la alimentación con la introducción de estos dos productos alimenticios, que cambiaron entre las poblaciones indígenas la dieta alimenticia. Con la introducción del vino hay que relacionar la llegada de vasos griegos empleados para la bebida, como el *kylix* de Medellín, de finales del siglo VI.

Productos griegos

En barcos fenicios llegaron los primeros productos griegos, vasos⁷⁹ y armas⁸⁰, como los cascos griegos de Jerez de la Fronteira y de la ría de Huelva. A partir del viaje de Colaio de Samos

⁷⁶ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 122-124; otro ejemplo en H. G. Niemeyer, «Ein tartessisches Goldkollier aus Tharsis (Prov. Huelva)», *MM*, 18, 1977, págs. 116-129.

⁷⁷ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes...*, págs. 136-137.

⁷⁸ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 65-66; R. Olmos, «El Sileno simposiasta de Capilla (Badajoz)», *TrPrHist*, 34, 1977, páginas 371-388.

⁷⁹ J. Alvar, «Los medios de navegación de los colonizadores griegos», *AEArq*, 52, 1979, págs. 67-86; J. M. Blázquez, «La colonización griega en España en el cuadro de la colonización griega en Occidente», en *Symposium de Colonizaciones*, Barcelona, 1974, págs. 65-79, *Íd.*, «Gerión y otros mitos en Occi-

en torno al 640, y durante un siglo, los focenses comerciaron intensamente en la ría de Huelva para aprovisionarse de metales, como lo indica la abundante cerámica griega de la mejor calidad y los talleres que se están descubriendo en Huelva capital⁸¹. A un artista focense se debe la excelente escultura de Porcuna (Jaén), ya de mediados del siglo v a.C.⁸².

En cambio, no somos de la opinión de que los escudos con escotadura en V sean griegos, tesis de Hencken⁸³, que ha vuelto

dente», *Gerión*, 1 (1983) 21-38; M. Fernández Miranda, «Horizonte cultural tartésico y hallazgos griegos en el sur de la Península Ibérica», *AEArq*, 52, 1979, págs. 49-66; L. García Iglesias, «La Península Ibérica y las tradiciones de tipo mítico», *AEArq*, 52, 1979 págs. 131-141; E. Kukahn, «Unas relaciones especiales entre el arte oriental griego y el Occidente», *Symposium de Colonizaciones*, págs. 109-124; R. Olmos, «Perspectivas y nuevos enfoques en el estudio de los elementos de cultura material (cerámica y bronce) griegos o de estímulo griego hallados en España», *AEArq*, 53, 1980, 87-105; R. Olmos - M. Picazo, «Zum Handel mit griechischen Vasen und Bronzen auf der Iberischen Halbinsel», *MM*, 20, 1979, 184-201; P. Rouillard, «Les céramiques peintes de la Grèce de l'Est et leurs imitations dans la Péninsule Ibérique: recherches préliminaires», *Les céramiques de la Grèce de l'Est et leur en Occident*, París, 1978, págs. 274-286; B. B. Schefton, «Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula: The archaeological evidence», en *Phönizier im Westen*, págs. 337-370.

⁸⁰ A. García y Bellido, *Historia de España*, pág. 517.

⁸¹ R. Olmos Cabrera, «Un nuevo modelo de Clitias en Huelva», *AEArq*, 53, 1980, 5-14. Hay muchísimos fragmentos aún sin publicar. Cfr. J. Fernández Jurado, «La presencia griega arcaica en Huelva», en *Monografías arqueológicas. Colección Excavaciones en Huelva*, I/1984.

⁸² J. M. Blázquez - J. González Navarrete, «The Phokaian Sculpture of Obulco in Southern Spain», *AJA*, 89, 1985, págs. 61-69; A. Blanco, *Historia del Arte Hispánico*, págs. 43-45.

⁸³ H. Hencken, «Herzprung Shields and Greek Trade», *AJA*, 54, 1950, págs. 295-309. Sobre los escudos, véase L. Lerat, «Trois boucliers archaïques de Delphes», *BCH*, 104, 1980, 93-114; A. W. Johnston, «A Herzprung Shield», *Institute of Classical Studies* 28 (1981) 145-146. Sería tentador relacionar la llegada de estos escudos con escotadura en V con la venida a Tartesos de Colaïos de Samos, pues en el Heraion de Samos ha aparecido una media docena de estos escudos votivos, si no hubiera la sospecha, según L. Lerat, de que podían ser debidos, muy probablemente, a oferentes chipriotas; pero V. Karageorghis no es partidario de un influjo fenicio chipriota sobre la Península Ibérica. Chipre ha proporcionado escudos con escotadura en V en Idalion y en Palaipaphos (ambas localidades en Chipre). La cronología que se asigna a estos escudos chipriotas, final del siglo VIII o primera mitad del siglo VII, descarta también la posibilidad de que hayan sido traídos por Colaïos. La decoración del borde en el escudo de Cinco Villas (Aragón) es la misma

a resucitar, levantando la cronología, M. Bendala⁸⁴; creemos hoy que son de origen fenicio y traído en la etapa precolonial, pues aparecen con la fíbula de codo y no de doble resorte⁸⁵.

Sociedad y gobierno

El influjo fenicio en la sociedad y en la constitución política se nos escapa totalmente al carecer de fuentes. Tartesos no fue nunca una alta cultura. Debió ser parecida a la de la Grecia arcaica, a la de Etruria arcaica y a la de Roma de la época de los reyes⁸⁶. Es muy probable que a los fenicios no les interesase introducir cambios en la constitución política tartésica. Argantonio gobernaba como rey, al decir de Estrabón (3, 2, 14).

II. PERIODO TURDETANO E IBERO

Imágenes de dioses. Exvotos en piedra.

Animales sagrados y funerarios

En esta etapa de la historia de la Península Ibérica las imágenes de dioses semitas son numerosas. Dos probables imágenes de Tanit o Astarté, veneradas por los iberos, podían ser las citadas damas de Baza y de Elche. En la primera imagen el sillón de orejeras y garras de animal es de tipo griego. El vestido con manto y varias túnicas de colores y los pendientes son de tradición indígena; y los amuletos de origen fenicio o griego. El tipo general sigue los modelos de las terracotas griegas del sur

que la del escudo de Idalion, pero es muy sencilla y no puede deducir seguramente nada de este parentesco. Sobre el origen oriental, no griego, de los escudos con escotadura en V y de los carros de las estelas extremeñas, véase S. Piggott, *The Earliest Wheeled Transport from the Atlantic Coast to the Caspian Sea*, Londres, 1983, págs. 131-133, con toda la bibliografía.

⁸⁴ «Las más antiguas navegaciones griegas o España y el origen de Tartesos», *AEArq*, 52, 1980, pág. 33.

⁸⁵ Ver la última bibliografía sobre estas espadas y escudos en J. M. Blázquez, «Las liras», pág. 218, n. 32. Otra pieza en J. M. Rodríguez, «Nueva estela decorada en Burgillos (Sevilla)», *AEArq*, 56, 1983, 229-235.

⁸⁶ M. E. Aubet, «Algunas cuestiones en torno al periodo orientalizante tartésico», *Pyrenae*, 13-14, 1977-1978, págs. 81-107.

de la Magna Grecia, y la escultura en general recuerda a las urnas etruscas de la *Mater Matuta* etrusca. La Dama de Elche acusa en su conjunto influjo de terracotas rodias, halladas en las Baleares, y los rodetes para sujetar el pelo se documentan en terracotas áticas de época de los Pisistrátidas. Todo ello indica bien claramente que las culturas turdetana e ibera estaban sometidas a los más variados influjos, que confluían en una misma pieza. Quizá ambas imágenes demostrarían el carácter funerario de la gran diosa Astarté, si se interpreta como nicho funerario el hueco de la espalda de la Dama de Elche⁸⁷. En Elche ha aparecido un bloque con una imagen labrada en piedra, esculpida delante de una esfinge, datado en el siglo iv a.C. Es una versión original de la citada Dama de Galera⁸⁸. La misma diosa es la señora dando el pecho a dos niños de la Serreta de Alcoy, siglo III a.C., acompañada de dos tocadores de doble flauta. La presencia de la paloma, símbolo de Astarté, que aprieta en la mano la Dama de Baza, y que se posa cerca del pecho en la terracota de la Serreta de Alcoy prueba igualmente que se trata de una imagen de la Astarté fenicia, o de la Tanit cartaginesa, que es la misma deidad⁸⁹.

La presencia de los aulistas indica que la música formaba parte del ritual de esta diosa, al igual que en los rituales fenicios. Ya se ha señalado en páginas anteriores que amuletos acorazonados aparecen el cuello de los exvotos ibéricos de algunos dioses de este periodo.

Dado el nivel cultural alcanzado por las poblaciones indígenas y el desarrollo religioso, que nunca debió sobrepasar el de la Grecia o Etruria arcaica, y debido a las intensas relaciones comerciales con Cartago, una diosa de la fecundidad era la que mejor encajaba en la mentalidad ibera o turdetana, lo que explica la extensión de su culto.

Influencia chipriota han señalado algunos autores como Kukahn en el hieratismo de algunos exvotos en piedra, como la gran dama oferente del Cerro de los Santos (Albacete)⁹⁰, escultura del siglo iv a.C.

⁸⁷ A. Blanco, *Historia del Arte Hispánico*, págs. 47-51.

⁸⁸ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 184.

⁸⁹ F. Presedo, *La necrópolis de Baza*, Madrid, 1982, págs. 309-310.

⁹⁰ «Phönikische und Iberische Kunst», en K. Schefold, *Die Griechen und ihre Nachbarn*, Berlín, 1968, pág. 308, fig. 374 a.

Algún animal, que debió ser objeto de culto, como el toro de Obulco, obra del siglo iv a.C., parece seguir muy de cerca cánones orientales⁹¹, como el toro de Salamina de Chipre⁹². También algunos leones de carácter funerario, hallados en el sur de la Península Ibérica y del levante, del siglo iv a.C., tiene sus remotos prototipos en leones orientales. Son, al igual que varios del sarcófago de Ahiram, guardianes de tumbas y poseían también el mismo carácter apotropaico⁹³.

Arquitectura

Varios son los restos arquitectónicos que indican influjo de la arquitectura fenicia en la ibérica. Lo que queda son unos cuantos restos de un gran naufragio. En Peal de Becerro, en Castellones de Ceal y en Cástulo, las tres en la actual provincia de Jaén y fechadas en la primera mitad del siglo iv a.C., hay cámaras rectangulares, idénticas a los llamados *built-tombs* de Chipre, que llegaron a Occidente sin la mediación de Cartago⁹⁴. Este tipo de cámara funeraria no se documenta en el periodo orientalizante y prueba unas relaciones no interrumpidas con el mundo semita del Mediterráneo oriental en el siglo iv a.C.

A partir del siglo v, o tal vez antes, se desarrollaron unas fortificaciones con muros ciclópeos, del tipo de los de Tarragona, levantadas con grandes bloques de piedra, algunas veces recalzados y almohadillados. Frecuentemente son rectangulares. Las fuentes antiguas las conocen con el nombre de «Torres de Aníbal», sin duda porque este general cartaginés las empleó en

⁹¹ A. Blanco, *Historia del Arte Hispánico*, págs. 37-38; J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 152-155; *Ibid.*, «Arte de la Edad de los Metales», págs. 296-305. Sobre la influencia fenicia y griega en la plástica ibérica animalística, véase T. Chapa, *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, I-II, Madrid, 1980; A. Blanco, «El toro ibérico», en *Homenaje al Prof. Cayetano de Mergelina*, Murcia, 1961-1962, págs. 162-175.

⁹² G. Roux, «Le chapiteaux à protomés de tauraux découvert à Salamine de Chipre», en *Salamine de Chypre*. París, 1980, págs. 257-274.

⁹³ J. B. Pritchard, *The Ancient Near East in Pictures relating to the Old Testament*, Princenton, 1960, pág. 302, figs. 456-457, 459.

⁹⁴ J. M. Blázquez, *Religiones Primitivas Ibéricas*, págs. 166-167; J. M. Blázquez - J. Remesal, *Cástulo II*, Madrid, 1979, págs. 364-365.

sus campañas (Plin. 2, 181; 35, 169; Liv. 22, 19). Entre ellas podemos citar las de El Higuerón, El Castillarejo, El Cambro-nero, San Cristóbal, La Oreja de la Mula, Doña Esteban, el Minguillar, el Caserón del Portillo, Ibros, etc. Todas en Turdetania. Es un tipo de construcción que emplearon los cartagineses en similares de Túnez, Argelia, Sicilia y Cerdeña, y con las cuales formaron un *limes* o frontera, como en Kelibia, en Ras el-Fortás, en Ras el-Drek (para ceñir Cabo Bon y dominar el canal de Sicilia), en la fortaleza de Ras Zebib, y en el *limes* de Cartago, a lo largo del curso del Seybouse; en nuestro caso, para controlar las vías de penetración a los cotos mineros de Sierra Morena. De este modo se construyó una compleja línea defensiva, como en Sulcis (Cerdeña). La fortificación de El Higuerón se asemeja mucho a la fortaleza de Kelibia en su sistema de construcción y a la de Monte Sirai (Sicilia).

Este tipo de aparejo se utilizó también en la construcción de murallas, como en Cástulo.

En un sillar de Osuna se esculpió en relieve una columna jónica, de fuste estriado y volutas de extremos enrollados. Entre las volutas crece una flor, y en los ángulos superiores una hoja lanceolada pequeña. Del pie del fuste parten dos tallos doblados en espiral. Esta composición representa el Árbol de la Vida.

La adaptación de una columna jónica a una superficie plana nunca se documenta en el arte griego, pero sí en Chipre (Tamassos, siglo VI a.C.) y en Cartago, donde esta columna se interpretaba como «árbol de la vida». Osuna ha proporcionado otros sillares con la misma decoración, como un árbol de palmetas con un cordón como orla decorada, ignorándose la finalidad del edificio al que pertenecían. Es muy bello un fragmento de friso o jamba de puerta procedente de Cástulo, guardado en el Museo Arqueológico Nacional. En él las palmetas se encierran en grandes espirales en forma de lira, ligadas por su extremo superior, como es frecuente en los árboles de palmetas fenicios. A. Blanco ha buscado los prototipos dentro del arte fenicio de los marfiles, como en un marfil de Megiddo, que recuerda la composición de las placas de cinturón.

Una decoración de liras contrapuestas se encuentra en una pieza arquitectónica de Osuna, y liras simples (quizá también contrapuestas, pero el trozo decorativo está partido de arriba abajo) se hallan en otro fragmento de Cástulo, lugar donde en

otro capitel cuadrado se esculpió una red de tallos y rosetones que rodean toda la piedra y que recuerdan a un marfil de Me-giddo.

En Montilla (Córdoba) se halló un fragmento arquitectónico decorado con espirales en la parte superior, con una orla de ovas en la central y con espirales también en las partes laterales inferiores; la parte central lleva un dibujo de trenza con las puntas dobladas hacia fuera. En la tumba 75 de la necrópolis de Tutugi (Galera) se encontró una zapata con espirales en los laterales y en el centro de un rosario de perlas en relieve. Todas estas piezas prueban que existió en el sur una arquitectura de gran vistosidad por los elementos decorativos de origen oriental, que se nos ha perdido, y de la que sólo quedan algunos testimonios de muestra, aislados; todo lo cual confirma un esquema que parece válido, el de la preponderancia griega en la costa iberomediterránea, y la preponderancia fenicio-púnica en el sur⁹⁵.

Joyería

En este segundo periodo continuaron las técnicas introducidas por los fenicios en el periodo anterior, como el granulado, que se documenta en la arracada de Santiago de la Espada (Jaén), con imagen de Astarté o de Tanit y su símbolo, la paloma.

⁹⁵ J. M. Blázquez, «Los fenicios en la Península Ibérica», págs. 431-434, *Id.*, «Arte en la Edad de los Metales», págs. 306-308; J. Fortea - J. Bernier, *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca, 1970. Probablemente estos capiteles cubiertos de red de tallos y rosetones representan el «árbol de la vida»; J. M. Blázquez - R. Contreras, *Cástulo IV*, Madrid, 1984, págs. 276-280, con paralelos: A. García y Bellido, *Arte Ibérico en España*, págs. 25-26, figs. 17-22; M. P. León, «Capitel ibérico del Cerro de las Vírgenes (Córdoba)», *AEArq* 52, 1979, págs. 195-204, al igual que la mayoría de las decoraciones de las placas de cinturón serían de carácter apotropaico (J. Cabré, «Decoraciones hispánicas I», *AEAA*, 4, 1928, págs. 97-110; II, 13, 1937, págs. 93-126).

Es muy probable que los vasos griegos hallados en el sur de la Península Ibérica, de finales del siglo v y de la primera mitad del siguiente, tan abundantes en la alta Andalucía y escasos en Huelva, hayan llegado en barcos semitas, como lo indica la tesis de R. Olmos, quien cree que se obtenían aquellos vasos áticos con representaciones más fáciles asimilables por los púnicos. Estos vasos los compraban los mismos cartagineses en Atenas. Esta tesis confirmará lo escrito por el Pseudo-Scylax (112 M) de que los fenicios llevaron al Atlántico la cerámica griega. Lo que queda por estudiar es el influjo de las escenas representadas en los vasos griegos sobre la mentalidad indígena.

III. ÉPOCA ROMANO-REPUBLICANA

Con la conquista por los Bárquidas de la Península Ibérica para compensar la pérdida de Sicilia, como resultado de la Segunda Guerra Púnica, se dan algunos fenómenos importantes para el contenido de este trabajo. Por vez primera se puede hablar de una verdadera conquista del territorio por los cartagineses. La penetración fue profunda, pues Aníbal llegó hasta Salmántica, que se ha generalmente supuesto que es la Salamanca actual (Pol. 3, 13; Polien. 7, 48; Plut., *Virt. Mul.* 248e; Liv. 21, 5). Por el Tratado del Ebro con Roma la Península Ibérica quedaba a merced de los cartagineses, que fundaron ciudades, como Amílcar Acra Leuke (Diod. 20, 5, 10). El segundo Bárquida, Asdrúbal, contrajo matrimonio con la hija de un reyezuelo ibérico (Diod. 25, 12) y «fue proclamado por todos los iberos general con plenos poderes. Fundó después una ciudad junto al mar, a la que llamó Nueva Cartago y aún otra», desconocida, pero que se ha supuesto que se debía encontrar en las proximidades de Cástulo. Aníbal estaba casado también con una nativa, de nombre Himilce (Liv. 24, 41), que parece nombre semita, nacida en Cástulo. Estos matrimonios convertían a estos dos Bárquidas en auténticos caudillos iberos.

Asentaron los Bárquidas colonos púnicos en la costa del sur de la Península Ibérica, los llamados libiofenicios o blastofenicios, citados en la *Ora Maritima* de Avieno, verso 421, por Apia-

do (*Iber.* 56), por Ptolomeo (2, 4, 6,) y por Agripa (Plin. 3, 8). Apiano expresamente escribe con ocasión de describir sucesos de comienzo de la guerra lusitana, acaecidos entre los años 155-153 a.C.: «Púnico... sitió a los blastofenicios, súbditos de Roma. Este pueblo pasaba por haber sido trasladado de Libia por el cartaginés Aníbal y de este hecho había tomado su nombre». Según M. Agripa, «toda la costa en general fue en su origen de los púnicos»; y el geógrafo Estrabón (3, 2, 13), contemporáneo de Augusto, afirma «la sujeción a los fenicios fue tan profunda, que la mayoría de las ciudades de Turdetania y de las regiones vecinas están habitadas por aquéllos». Esta frase en un autor que está bien informado generalmente sobre las cosas de la Península Ibérica y que manejó muchas fuentes citadas por él en su libro III de la Geografía, es de gran valor y probaría una profunda influencia semita en todos los más variados aspectos en las poblaciones del sur de Hispania.

Contaron los cartagineses con ciudades muy adictas a su partido, como Astapa, que emuló a Sagunto y fue arrasada *sine praeda militum ferro ignique absumpta* (Liv. 18, 3) por Roma por su fidelidad de Cartago, durante la Segunda Guerra Púnica. Astapa *urbs erat carthaginiensium semper partis* (Liv. 28, 28), y Cástulo (Liv. 24, 41) *Hispaniae valida ac nobilis et adeo coniuncta societate poenis*. Los Bárquidas gozaron de general aceptación entre los lusitanos y celtiberos, que eran la columna vertebral del ejército de Aníbal que invadió Italia (Liv. 21, 43, 8; 21, 57, 5); pero ello podía deberse a los gravísimos problemas económicos y sociales que tenían estos pueblos por concentración de la riqueza en pocas manos, lo que les obligaba a encontrar como mercenarios en el bandidaje o en el alistamiento de los ejércitos de púnicos y de romanos una válvula de escape⁹⁶ a su desastrosa situación económica y social.

⁹⁶ J. M. Blázquez, *La romanización*, Madrid, 1974, págs. 191-218.

En la cerámica de Elche, de época helenística, se representa a una diosa alada, acompañada de animales y plantas, y una vez de caballos rampantes, que es Astarté o Tanit, rodeada de sus atributos de diosa de la fecundidad, como siempre.

Astarté tiene el carácter en Oriente de «Señora de los caballos»⁹⁷, al igual que en Illici. En la cerámica de esta ciudad y en otras del levante ibérico se representan todos los atributos de la Gran Diosa, al igual que siglos antes en Chipre⁹⁸. La Península Ibérica era un área marginal dentro del Mediterráneo y los modelos recibidos pervivían muchos siglos y se copiaban continuamente. En la cerámica de Illici y en la de Tossal de Manises, en Alicante, se representan hieródulas, bailarinas sagradas, vinculadas con el culto a Astarté, y el «árbol de la vida» entre leones rampantes. No se puede dudar de que Tanit era la diosa protectora de Illici, pues sobre un semis acuñado en la ciudad sobre el frontón del templo se lee IVNONI, o sea, la Tanit de los cartagineses. El mismo signo de Tanit se representa en vasos de Liria (Valencia)⁹⁹, lo que prueba que la religión, en este caso púnica, impregnaba profundamente los aspectos más variados de la vida de los iberos y las manifestaciones de arte popular, como era la pintura vascular. Alusiones a Tanit, representada por sus símbolos, se encuentran muy probablemente en monedas. Así en acuñaciones de Ulía (Monte Mayor, Córdoba) se representa una cabeza femenina en conexión con el creciente, que

⁹⁷ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 181, fig. 102. Una *pótnia hippon* se representa en joyas de la región de Plasencia (Cáceres), donde también se documenta el granulado, y en un bocado de Cancho Roano (aquí es un bifronte varón; J. Maluquer - M. E. Aubet, *op. cit.*, págs. 324-330), en consonancia con relieves en piedras de Levante, también con figuras bifrontes y entre caballos (J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 189, figs. 112-113).

⁹⁸ E. Kukahn, «Los símbolos de la Gran Diosa en la pintura de los vasos ibéricos levantinos», en *Caesaraugusta*, 19-20, 1962, págs. 79-85. Nunca se cortaron las relaciones entre Oriente y Occidente, como lo aprueba el recientemente descubierto sarcófago de Cádiz; véase A. Blanco - R. Corzo, «Der neue anthropoide Sarkophag von Cadix», *MM*, 22, 1981, 236-243; G. Chiera, «Su un nuovo sarcófago antropoide scoperto a Cadice», *RSF*, 9, 1981, págs. 211-216; M. C. Marín Ceballos, «¿Tamit en España?», *Lucentum* 6, 1987, págs. 43-79.

⁹⁹ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 184, fig. 106.

aquí no es una marca de valor o de emisión. Cabezas del mismo estilo se repiten en Obulco. Las monedas de Obulco llevan siempre delante de la cabeza una espiga, y en otras cecas en el reverso. De estos símbolos se deduce que la diosa representada es una diosa de carácter lunar y de fertilidad, que podría ser una diosa local, asimilada a Tanit, lo que creemos muy posible, dada la importancia del elemento púnico en la Bética. En monedas de Ituci, dos espigas flanquean un creciente y una estrella, que parecen ser atributos de la diosa, que fue venerada en la cabecera de los dos acueductos de Itálica, donde, al igual que en el África púnica, su culto se asociaba al agua. La cabeza de Tanit se representa también en monedas de Cástulo. Las monedas con estas imágenes y símbolos religiosos eran un vehículo importante de propaganda de los cultos. En un as de Cástulo se acuñó una mujer sobre un toro corriendo, que representa muy probablemente a Astarté/Europa, un grupo que se repite en época del emperador Heliogábalo (218-222) en el frontón del santuario de Astarté/Europa de Sidón¹⁰⁰.

El culto de Melqart, el gran dios protector de Cádiz, se extendió entre las poblaciones ya fuertemente semitizadas del sur. Su cabeza desnuda se encuentra en monedas de Carmo. La cabeza de Melqart, acompañado de clava, aparece en acuñaciones de Carisa y de Lascuta¹⁰¹.

En acuñaciones de Cástulo algunas imágenes se han interpretado como cabeza de Eshmun-Adonis, concretamente una cabeza diademada que se repite a lo largo de todas sus emisiones. Como en Cástulo se tributaba culto a Astarté, nada tiene de particular un culto a Adonis¹⁰². Todas estas imágenes, donde dioses púnicos se representaban bajo atributos griegos en monedas ya de época romana-republicana, prueban que la iconografía romana conoció los cultos de la etapa anterior, que se superpusieron a su vez a cultos previos, y que se da un sincretismo entre cultos indígenas y greco-púnicos, llegando a una *interpretatio romana* de los mismos.

Los cultos típicamente cananeos penetraron en el levante ibérico, al igual que en Israel. Una gruta-santuario está modela-

¹⁰⁰ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, págs. 143-144.

¹⁰¹ J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 145.

¹⁰² J. M. Blázquez, *Primitivas Religiones Ibéricas*, pág. 105.

da en una terracota hallada en La Albufereta (Alicante). La cueva está rodeada de troncos de árboles cortados, con un huevo en el centro. Se trata, muy probablemente, de la representación de una *aserah*, citada frecuentemente en la Biblia en relación con los cultos cananeos censurados en el Antiguo Testamento (Det. 12, 3; 1 Re. 14, 15, 23; 15, 13; 13, 33; 18, 19; 2 Re. 13, 6; 17, 10, 16; 18, 4; 21, 3, 7; 23, 4, 6-7, 14, 15). La *aserah* se componía de troncos con ramas que representaban un bosque sagrado, símbolo de Astarté¹⁰³.

Arquitectura

En época helenística el sur de la Península Ibérica puede ofrecer dos buenos ejemplos de arquitectura de influjo cartaginés. El primero es la parte baja de las murallas de Carmona, descubiertas por el arquitecto sevillano señor Jiménez¹⁰⁴. El segundo es la necrópolis de Carmona. Los cartagineses desarrollaron mucho las defensas de las ciudades y nada tiene de particular que toda la experiencia acumulada en Sicilia durante las guerras

¹⁰³ G. Nicolini, *Les ibères, Art et Civilisation*, París, 1973, pág. 43. Sobre el edificio de Cancho Roano (Badajoz) siglo VI-IV a.C., se han propuesto varias hipótesis. Para J. Maluquer sería un santuario de tipo oriental, con antecedentes en el segundo milenio en Megiddo, Seche y en Al Mina. Para A. Blanco, un altar de sangre, abundantes en el centro de Europa; para F. López Pardo («Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano», *Gerión*, 8, 1990, pág. 141) se trataría de un santuario, lugar de mercado, controlado por los fenicios en una ruta de metales, oro, plata y estaño, o de un palacio almacén, construido por los fenicios para un príncipe indígena. M. Almagro («El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales», *Zephyrus* 41-42, 1988-1989, págs. 339 y ss.) señalaba su carácter de palacio sacro; V. M. Guerrero («El palacio-santuario de Cancho Roano [Badajoz] y la comercialización de ánforas fenicias indígenas», *RSF*, 19, 1991, págs. 49 y ss.) habla de un palacio-santuario, con ánforas fenicias de vino o aceite, resultado de tributos, almacenadas, para los rituales celebrados en el santuario, o para consumo de los moradores. Esto sería hasta el año 410 a.C. en que se incendió el edificio, y después hasta el 370 a.C. pudo convertirse en altar de sangre (A. Blanco, «Cancho Roano. Un monumento protohistórico en los confines de la antigua Lusitania», *BRAH*, 178, págs. 225 y ss.; J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, págs. 235 y ss.).

¹⁰⁴ «De Vitruvio a Vignola: Autoridad de la tradición», *Habis*, 6, 1975, pág. 284.

greco-púnicas y la Primera Guerra Púnica la trasladasen a la Península Ibérica después de la pérdida de Sicilia.

La necrópolis de Carmona con enterramientos característicos del norte de África, la cámara hipogea con nichos a los que se accede mediante pozos o escaleras, demuestra la importancia del elemento cartaginés en la gran ciudad bética de Carmona¹⁰⁵ y que se seguía enterrando según sus ritos.

Nuevas técnicas

Somos de la opinión de que los sistemas de explotación de las minas hispanas por Diodoro (5, 35-38), por Posidonio (Str. 3, 2-8), por Polibio —las de Cartago Nova (Str. 3, 2, 10)—, en las que se utilizaban los tornillos de Arquímedes para desaguar y otros procedimientos muy complejos, típicamente helenísticos, corresponden a técnicas helenistas traídas por los Bárquidas¹⁰⁶ al igual que la explotación y comercialización del *garum* lo hicieron los Bárquidas siguiendo los modelos de los Ptolomeos¹⁰⁷. Estos sistemas después pasaron a los romanos¹⁰⁸.

Los cartagineses acuñaron grandes cantidades de monedas, unas por prestigio, con los retratos de los Bárquidas¹⁰⁹, posible-

¹⁰⁵ M. Bendala, *La necrópolis romana de Carmona (Sevilla)*, Sevilla, 1978. En cambio, no tienen que ver nada con la religión semita los relieves de Tajo Montero (Sevilla); véase M. Blech, «Esculturas de Tajo Montero (Estepa)», en *La religión romana en Hispania*, págs. 97-109.

¹⁰⁶ A. D'Ors, *Epigrafía jurídica de la España Romana*, Madrid, 1953, pág. 73; J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania Romana*, Madrid, 1978, págs. 263-266; *Id.*, *Historia económica de la Hispania Romana*, Madrid, 1982, págs. 306-312.

¹⁰⁷ R. Etienne, «A propos du "garum sociorum"», *Latomus*, 29, 1970, págs. 297-313.

¹⁰⁸ J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania Romana*, págs. 407-409, *Id.*, *Historia económica de la Hispania Romana*, págs. 52-56, *Id.*, *Historia de España, España Romana*, págs. 328-332.

¹⁰⁹ L. Villaronga, *Las monedas hispano-cartaginesas*. Barcelona, 1973; J. M. Blázquez, *Imagen y mito*, págs. 32-41. La importancia de Cartago sobre el Levante ibérico en la economía queda patente en algunas monedas de Ampurias, que llegan hasta final de la Primera Guerra Púnica (L. Villaronga, *Nismática Antigua de Hispania*, Barcelona 1979, pág. 49); pero en el Levante ibérico el influjo cartaginés es escaso (J. M. Blázquez, «Panorama general», págs. 372, con bibliografía).

mente divinizados, otras para pagar a las numerosas tropas a sueldo. De este modo por vez primera en la Península Ibérica se generalizó, en amplias zonas del país, el uso de la moneda. La economía de intercambio se hizo poco a poco monetaria.

Todavía en plena época romana el influjo semita se mantuvo potente, como lo indica el culto de la *Dea Caelestis*, que gozó de gran aceptación en la Bética y en general en todo el sur, al igual que en el norte de África¹¹⁰.

En Belo, unos betilos antropomorfos, que también aparecen en el norte de África y en Sicilia púnica, son pervivencias de rituales semitas en época romana¹¹¹. Los autores antiguos señalaron la importancia de los fenicios en la Península Ibérica. Además de los textos ya citados, cabe recordar: Estrabón (1, 1, 4); «Los fenicios que se crearon un gran imperio en Hispania»; (3, 2, 14): «Las primeras noticias se debieron a los fenicios, que dueños de la mejor parte de Iberia y de África, desde antes de la época de Homero, quedaron en posesión de estas regiones hasta la destrucción de su hegemonía por los romanos.»

¹¹⁰ A. García y Bellido, *Les religions orientales dans l'Espagne romaine*, Leiden, 1967, págs. 140-151.

¹¹¹ J. Remesal, *La necrópolis sureste de Baelo*, Madrid, 1979, págs. 41-44, con bibliografía. En el simposión internacional sobre los orígenes del mundo ibérico (*Ampurias*, 38-40 [1976-78]), todos los autores valoraron la aportación semita. Es importante para el período orientalizante de Tartesos; C. González Wagner, «Aproximación al proceso histórico de Tartesos», *AEArg*, 56, 1983, págs. 3-35. Sobre la pervivencia fenicia en la Hispania romana: J. B. Tsirkin, «The phoenician civilization in Roman Spain», *Gerión*, 3, 1985, 245 y ss.

Los Bárquidas en la Península Ibérica

Cartago había compensado la pérdida de Sicilia y de Cerdeña, después de la Primera Guerra Púnica, con la conquista de la Península Ibérica, cuyas fabulosas riquezas conocía bien desde antiguo, pues las había explotado, aunque no había conquistado el territorio¹. Ha sido afirmado por el gran hispanista

¹ J. M. Blázquez, *Historia de España antigua. I. Protobistoria*, Madrid, 1980, págs. 409 y ss.; G. González Wagner, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid, 1983, págs. 391 y ss. En general sobre la Historia de Cartago para encuadrar los acontecimientos de la Península Ibérica, véase E. Acquaro, *Cartagine: un impero sul Mediterraneo. Civiltà e conquista della grande nemica di Roma*, Roma, 1978; O. Arteaga, *Las influencias púnicas, La Baja Época de la cultura ibérica*, Madrid, 1981, págs. 117 y ss.; F. Barreca, *La civiltà di Cartagine*, Cagliari 1964; J. M. Blázquez, *La romanización I*, Madrid, 1974, págs. 85 y ss.; *Íd.*, *Arte de la Edad de los metales. Arte orientalizante, fenicio y cartaginés; Historia del Arte Hispánico I, La Antigüedad I*, Madrid, 1978, 289 y ss.; *Íd.*, «Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España»; ACFP, 1, II, págs. 311 y ss.; G. Chic, «La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218»; *Habis*, 9, (1978), págs. 233 y ss.; W. Görlitz, *Hannibal, Eine politische Biographie*, Stuttgart, 1970; A. Heuss, *Der erste punische Krieg und das Problem des römischen Imperialismus (Zur politischen Beurteilung des Krieges)*, Darmstadt, 1970; K. Crist et alii, *Hannibal*, Darmstadt, 1974. Varios, *Hannibal Pyrenaeum transgreditur. XXII Centenari del Pas d'Annibal pel Pirinen 218 a.C.-1982 d.J.C.*, Puigcerdà, 1984; F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, I-III, Oxford, 1957-1979, fundamentalmente para todos los comentarios a Polibio; J. Vallejo, *Tito Livio. Libro XXI*, Madrid, 1946. Sobre el mundo ibérico véase: Varios, *Iberos*, Jaén, 1987. Estudio importante sobre las causas de la guerra y el cerco de Sagunto. Varios, *Rivista Storica dell'Antichità*, 13-14 (1982-84); C. Nicolet, *Les guerres puniques: Rome et la conquête du monde méditerranéen*, 2. *Genèse d'un empire*,

ASchulten² que, después de la Primera Guerra Púnica, Cartago había perdido la Península Ibérica, apoyándose en el texto de Polibio (2, 1, 5) que dice: «Amílcar Barca, restableció en Iberia las posesiones de los cartagineses.» Esta tesis ha sido seguida por A. García y Bellido³. El mismo autor (1, 10, 5) escribe «sin dejar de ver, en último término las claras objeciones, veían también que los cartagineses habían sometido no sólo los territorios de Africa, sino además muchos de España», frase que parece confirmar la dominación cartaginense en la Península Ibérica.

Algunos indicios se conocen de un importante comercio cartaginés y control con anterioridad a la llegada de los Bárquidas, en el levante ibérico, como indica Apiano (*Iber.* 6). Así, las primeras dracmas de Emporión ofrecen un tipo cartaginés, el del caballo parado, que prueba unas relaciones comerciales entre los griegos ampuritanos y los cartagineses⁴, o mejor que Ampurias está dentro del área comercial de Cartago, lo mismo se puede asegurar de ciertas monedas de Ullastret, localidad próxima a Emporión. J. P. Morel⁵ ha estudiado recientemente unos

París, 1978, págs. 594 y ss.; F. Hampe, «Einige Probleme der Forschung zum Hannibalschen Krieg in alter und neuerer Sicht», *RSA*, 13-14, pág. 9 y ss.; T. Kotula, *Hannibal-Sufet und seine vermeintlich demokratische Reform in Karthago*, páginas 87 y ss.; J. M. Roldán, *Historia de España Antigua*, Madrid, 1985, págs. 15 y ss. Sobre grafitos púnicos véase: J. de Hoz, *El barco de El Sec (Mallorca) y los grafitos mercantiles de Occidente. Estudio de los materiales*, Mallorca, 1978. Generalmente se infravalora la aportación hispana en la bibliografía moderna; D. Harden, *The Phoenicians*, Londres, 1980; S. Moscati, *Fenici e Cartaginesi in Sardegna*, Milán, 1968; *Id.*, *I Cartaginesi in Italia. Alla scoperta di una civiltà sepolta*, Milán, 1977; *Id.*, *Il mondo dei Fenici*, Milán, 1979; *Id.* *Cartaginesi*, Milán, 1982; A. Parrot - M. H. Chéhab - S. Moscati, *Les Phéniciens. L'expansion phénicienne. Carthage*, París, 1975; Gavin de Beer, *Hannibal. The Struggle for Power in the Mediterranean*, Londres, 1974; J. Fernández Nieto, «España cartaginesa», *HA1* 1, 1971, págs. 335 y ss. Fundamental por la crítica de la bibliografía: Salah-Eddine Tlatli, *Storia di Cartagine*, Turín, 1960; D. Proctor, *Hannibal's March in History*, Oxford, 1971; G. Charles-Picard, *Hannibal*, París, 1967; G. C. Charles-Picard, *La vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal IIIe. siècle avant Jésus-Christ*, París, 1958; M. Martín - B. Roldán, «Púnicos en Cartagena», *Revista de Arqueología*, 12, 1991, págs. 18 y ss.

² *Fontes Hispaniae Antiquae*, Barcelona, 1935, pág. 9 y ss.

³ *Historia de España. España protohistórica*, Madrid, 1975, pág. 365 y ss.

⁴ L. Villalonga, *Numismática antigua de Hispania*, Barcelona, 1979, página 102.

⁵ «La céramique à vernis noir de Carthage. Sa diffusion. Son influence: Carthage VIII», *Cahiers de études anciennes*, 18, 1986, pág. 53 y ss. En general,

vasos importados de Cartago, que se extienden por el sur de la Península Ibérica, desde Sevilla, Málaga y Almería, principalmente por Cartago Nova y Murcia, hasta Ampurias, pasando por Alicante y Valencia; esta zona la considera este autor como «celle des intérêts barcides en Espagne». Lo más importante es la cronología: «Chronologiquement, elle paraît commencer dès avant la conquête barcide proprement dite.» La destrucción de una serie de pobladores ibéricos, como La Bastida de los Alcúçes, Mola de Rorro, hacia 350/330 a.C., se atribuye generalmente a los cartagineses, «solamente se puede pensar en la posibilidad de una intervención de los ejércitos cartagineses de la primera época de la ocupación de España, únicos, a nuestro entender, con poderío suficiente para ocasionar la desaparición de estos grandes y bien fortificados poblados, en acciones bélicas bien antes del tratado establecido en Roma en el año 348, bien después del mismo», según D. Fletcher y E. Plá⁶. Desde finales del siglo IV hasta la segunda mitad del siglo III a.C., algunos po-

J. M. Blázquez, *Las relaciones entre Hispania y el Norte de África durante el gobierno bárquida y la conquista romana (237)-19 a.C.*, *Saitabi*, 11, págs. 21 y ss.

⁶ «Restos escultóricos de la necrópolis ibérica de Corral de Saus (Mogente, Valencia)», *Homenaje García Bellido*, III, Madrid, 1976, pág. 55 y ss.; J. M. Blázquez, *Historia de España Antigua*, pág. 429; *Íd.*, «Panorama general», pág. 322 y ss.; E. A. Llobregat, «El papel de los cartagineses en la Historia Antigua del país valenciano, a la luz de los estudios recientes», *Cuadernos de Historia*, 5, 1975, págs. 1 y ss.; J. Uroz, *Economía y sociedad en la Contestania Ibérica*, Alicante, 1981, págs. 250; afirma este autor que no hay datos seguros cronológicos sobre la destrucción de los poblados; E. A. Llobregat, *Contestania Ibérica*, Alicante 1972, pág. 161. En Contestania después de estas destrucciones no se vuelve a hacer escultura; T. Chapa, *La escultura zoomorfa ibérica en piedra I-II*, Madrid, 1980. Sobre la destrucción de los poblados ibéricos: J. M. Blázquez, *Religiones en la España Antigua*, págs. 189 y ss. El autor atribuye estas destrucciones a luchas intestinas de unas tribus con otras.

Sobre los monumentos funerarios supuestamente destruidos por los Bárquidas: M. Almagro Basch, «Pozo Moro. Un monumento funerario ibérico orientalizante», *MM*, pág. 23, 1983, pág. 286. Si se acepta, como parece muy probable, que los vasos griegos los traen los cartagineses, desde la primera mitad del siglo IV, ello indica que tenían fuertes intereses mercantiles, y ello podía explicar las destrucciones. Quizá hubo en la Península Ibérica una política expansionista como la de Sicilia durante el siglo IV, a la que se deben las destrucciones.

Los Bárquidas seguirían en Hispania la misma política expansionista que caracteriza su historia en el Mediterráneo central; M. Maurin, «Himilcar le Magonide. Crise et mutations à Carthage au début du IV^e siècle avant J.C.», *Semitica*, 21-22, 1962, págs. 5 y ss.; M. P. García-Gelabert - J. M. Blázquez,

blados ibéricos (La Alcudia de Elche, La Serreta de Alcoy, El Castellaret de Mogente) sufrieron importantes alteraciones, y otros desaparecieron (La Bastida de los Alcuces de Mogente, El Puig de Alcoy, y la Mola de Torró de Fuente la Higuera). Los pudieron destruir perfectamente los cartagineses, según la tesis tradicional, pero que hoy se pone en duda, pues la cronología de la destrucción no es segura, aunque es muy probable que lo fueran. Estas destrucciones de poblados y de la escultura ibérica, que aparece totalmente machacada a propósito, podían deberse también a luchas intestinas de unos reyezuelos contra otros, a los que alude Estrabón (3, 4, 5), como constante de la Hispania antigua, o a las razzias de los celtíberos sobre Turdetania y Levante recordadas en las fuentes. Para las destrucciones de finales del v o comienzos del siguiente, difícilmente puede pensarse en los cartagineses. Incluso se ha supuesto que fueran los cartagineses los que destruyeron los monumentos funerarios del levante ibérico, que son muy numerosos, unos 30, o las tumbas principescas, como hicieron las tropas de Cartago en las guerras grecopúnicas de Sicilia.

Así Himera fue arrasada, y los santuarios destruidos entre 409 y 408, como el famoso templo erigido con ocasión de la paz del 480 (Diod. 13, 62).

En el segundo sitio de Siracusa, de 396, el general cartaginés Himilcón destruyó las necrópolis, al igual que los mausoleos de Gelon, el vencedor de Himera y de su esposa, Damarate, (Diod. 14, 63). Profanaron también los templos de Ceres y de Proserpina (Diod. 14, 63, 70). Los templos de Agrigento, salvo el de Zeus, fueron incendiados o destruidos (Diod. 14, 82).

Las dos grandes fechas de destrucciones son: finales del siglo v o comienzos del iv, y finales del siglo iv y comienzos del siglo iii. La mayoría de la escultura ibérica, y la de buena calidad artística, es anterior a la destrucción de estos poblados. Los reyezuelos turdetanos proporcionarían los metales a Cartago y otros productos, como el *garum* exportado a Cartago (Ps. Arist., *De mirab. ausc.* 136) y desde aquí al mundo griego con anterioridad a la Primera Guerra Púnica⁷, y los mercenarios ibéricos,

«Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la Arqueología», *Habis*, 18-19, 1987-1988, págs. 253 y ss.

⁷ Véase las fuentes en A. García y Bellido, *La Península Ibérica en los co-*

que luchan en el bando de Cartago durante las guerras Greco-Púnicas de Sicilia⁸. Con la Primera Guerra Púnica se cortó esta explotación, lo cual puede ser debido perfectamente a la fatiga de la explotación indirecta a través de las poblaciones turdetanas y de los propios reyezuelos. La revuelta de los mercenarios en Cartago no halla otra explicación, sino que los ingresos de las minas hispanas no llegaban a Cartago entre los años 241 y 238. A esta época y no antes, debe referirse el suceso contado por el historiador galo, contemporáneo del emperador Augusto, Tiro Pompeyo, conocido a través de Justino (44, 5, 2-4) cuando escribe: «Celosos los pueblos vecinos de la prosperidad de Cádiz, la atacaron; pero entonces los cartagineses enviaron auxiliados a sus consanguíneos, vengando con su victoria la injuria y sometiendo parte de la provincia. Animados por la expedición primera enviaron al general Amílcar con un ejército mayor para conquistar la provincia.» Estos sucesos encajaron perfectamente en los años anteriores a la llegada a la Península Ibérica de Amílcar Barca.

Las minas de Sierra Morena eran trabajadas en un principio por los nativos, según testimonio del historiador Diodoro Sículo (5, 35-38)⁹. Los cartagineses pagaban los minerales probablemente con los vasos griegos que aparecen depositados en las tumbas de finales del siglo v y de la primera mitad del siguiente. Es muy posible que éstos sirvieran como moneda para pagar la plata extraída de las minas hispanas de Sierra Morena. El Ps. Scylas (112 Müller) afirma que a Occidente traían los vasos áticos los fenicios. La cerámica griega de la primera mitad del siglo iv a.C. de Cástulo, del levante ibérico, desde Valencia hasta el sur, y la del pecio del Sec la importaron los cartagineses, muy probablemente, pues lleva, a veces, grafitos púnicos¹⁰.

La riqueza en minerales de la Península Ibérica era tan fa-

mienzos de su Historia, Madrid, 1953, pág. 457 y ss.; *Id., Historia de España, España Protobistórica*, pág. 356 y ss., 381 y ss.

⁸ Los textos están recogidos por A. García y Bellido, *Historia de España, España Prohistórica*, pág. 647 y ss.

⁹ J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao, 1978, pág. 253 y ss.; *Id., Historia económica de Hispania*, Madrid, 1978, págs. 21 y ss.; *Id., Historia de España. España Romana*, Madrid, 1982, pág. 299 y ss.

¹⁰ J. Desanges, *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma, 1978, págs. 110 y ss. 419.

bulosa, que, al decir del geógrafo griego Estrabón (3, 2, 14), contemporáneo de Augusto, al llegar los Bárquidas a Hispania se «hallaron los pueblos de Turdetania utilizando pesebres y toneles de plata». Sobre la riqueza en metales de Turdetania y de las regiones vecinas, Estrabón (3, 2, 8) escribió esta afirmación lapidaria: «Hasta ahora, ni el oro ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativos se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes.»

En esta época las minas de la actual provincia de Huelva, en las que se trabajó activamente en el periodo orientalizante o tartésico¹¹, no se encontraban en explotación, como lo indica la ausencia de vasos griegos en la región, al revés de lo que sucedió en el periodo orientalizante. En el año 231 a.C. está atestiguada la primera intervención de Roma en los asuntos de Hispania. A este respecto escribe el historiador Dión Casio (XII, fr. 48 Boissvain): «Para recoger información enviaron los romanos una embajada, aunque con anterioridad nunca se habían interesado en las cosas de Hispania. Amílcar les recibió amistosamente, y con amables palabras, les indicó entre otras varias cosas que se había visto obligado a traer la guerra a la Península Ibérica, para poder terminar de pagar las deudas que los cartagineses habían contraído con los romanos, ya que por ningún otro procedimiento podían librarse de ellas, a lo que los romanos no objetaron nada.»

Las minas de Hispania, el distrito minero más importante de todo el Mediterráneo en el mundo antiguo, podían pagar perfectamente la indemnización de guerra impuesta por Roma después de la Primera Guerra Púnica. Los Bárquidas¹² explotaron directamente las minas de las proximidades de Cartago Nova y las de Sierra Morena, según la afirmación de Diodoro

¹¹ D. Ruiz Mata, «El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé (Almonte, Huelva)», *MM*, 22, 1981, págs. 150 y ss.; D. Ruiz Mata - J. Fernández Jurado, «Un yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)», *HA*, VIII, 1986; *Id.*, «El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)», *HA*, VIII, 1986.

¹² Sobre el imperialismo cartaginés anterior a los años del gobierno de los Bárquidas, véase, G. Whittaker, *Carthaginian Imperialism in the Ancient World*, Cambridge, 1978, págs. 59 y ss.; W. Hoffmann, «Karthagos Kampf um die Vorherrschaft im Mittelmeer», *ANRW*, I, 1972, pág. 341 y ss.; F. Hampl, *Zur Vorgeschichte des ersten und zweiten Punischen Krieges*, págs. 412 y ss.

Sículo, introduciendo sistemas de explotación helenísticos¹³, copiados más concretamente del Egipto lágida, como los tornillos de Arquímedes y otras máquinas para achicar y extraer el agua, que después pasaron a los romanos¹⁴. Los procedimientos de extraer el mineral y de tratarlo, descritos por Diodoro Sículo, por Estrabón (3, 2, 8-9) cogiéndolos de Posidonio, que visitó Cádiz durante la Guerra Sertoriana para estudiar el fenómeno de las mareas, y de Polibio (Str. 3, 2, 10) (este último en lo referente a las minas de Cartago Nova), son helenísticos, y presuponen una organización extraordinariamente perfeccionada y fuerte, que no debían tener los reyezuelos ibéricos, antes de la llegada de los Bárquidas. Los Bárquidas explotaron las minas de Sierra Morena, aunque según Cl. Domergue, autoridad máxima en el estudio de las minas hispanas, no quedan huellas de la explotación cartaginesa; ello se debe, probablemente, a que lo fueron intensamente después por los romanos y se perdieron los restos de la etapa anterior.

Se conoce el rendimiento de algunas minas hispanas en época de Aníbal, como la célebre mina de *Baebelo*, que, según Plinio (33, 97), rentaba 300 libras diarias a Aníbal. Debía hallarse en las proximidades de Cástulo (Jaén), donde se encontraba el Monte de la Plata, cerca del nacimiento del Guadalquivir (Str. 3, 2, 11)¹⁵. Plinio (33, 96), que conocía bien las cosas de Hispania por haber sido procurador de la provincia Terracoenense en época flavia¹⁶, escribe que «los pozos abiertos en Hispania por Aníbal se hallan aún en explotación y conservan los nombres de los que descubrieron tales yacimientos». Se conoce el nombre de uno de estos descubridores, Aletes, que descubrió las minas de plata de las proximidades de Cartago Nova, por lo que recibió honores divinos, en esta ciudad según Polibio (10,

¹³ J. F. Healy, *Minig and Metallurgy in the Greek and Roman World*, Londres, 1978, págs. 68 y ss., 139 y ss.

¹⁴ A. D'Ors, *Epigrafía jurídica de la España romana*, Madrid, 1953, pág. 73. Este autor repetidas veces señala los puntos de contacto entre las leyes de Vipsasca y la legislación minera de los Ptolomeos.

¹⁵ R. Contreras, «El verdadero sentido de los textos relativos al Monte de la Plata», *Oretania*, 8, 1966, pág. 165 y ss.; C. Domergue, *Les mines de la Peninsule Ibérique dans l'Antiquité Romaine*, Roma, 1990, *passim*.

¹⁶ R. Syme, «Pliny, the Procurator», *Harvard Studies in Classical Philology*, 73, 1968, págs. 215 y ss.

10, 9). Por ello no creemos cierta la opinión de Kock¹⁷ de que Aletes no era un ibero histórico, como viene a indicar su nombre típicamente ibero, radical más sufijo. Las minas de las cercanías de Cartago Nova rentaban a los romanos 25.000 dracmas diarias de plata (Str. 3, 2, 10), cuando las visitó el historiador Pobilio, con ocasión de venir aquí con Escipión Emiliano a la guerra de Numancia en 133 a.C. Por estos años trabajan en ellas 40.000 obreros, o sea, esclavos hispanos. El rendimiento de estas minas no debía ser menos en época de los Bárquidas. Las minas hispanas, a imitación de las minas egipcias —que eran monopolio de los Ptolomeos—, debieron serlo de los Bárquidas, al igual que las minas de sal de las cercanías de Cartago Nova, que explotaban como subproducto las pesquerías con un sistema de explotación típico de los Ptolomeos, como ha demostrado acertadamente R. Etienne¹⁸. Después pasaron a la famosa compañía de publicanos, que se encargó de esta explotación doble: sal y salazón, que producía el famoso *garum sociorum*, un manjar exquisito en tiempos de Plinio (30, 94): «dos congrios no se pagan con menos de mil monedas de plata. A excepción de los ungüentos, no hay licor alguno que se pague tan caro, dando su fama a los lugares de donde llega».

Hispania tenía otra ventaja importante para los Bárquidas, además de los fabulosos ingresos de las explotaciones de las minas: la posibilidad de reclutar un número alto de soldados a sueldo, lo que Cartago conocía bien, pues habían participado activamente en las guerras greco-púnicas de Sicilia. Los Bárquidas reunieron importantes ejércitos de iberos en Hispania para la conquista del país y para la invasión de Italia. Baste recordar unos pocos datos. Ya desde el primer momento de la conquista figuran tropas iberas en el ejército cartaginés, como los 3.000 soldados enemigos, que apresó Amílcar y alistó a sus órdenes (Diod. 25, 10). En el cerco de Sagunto, Aníbal empleó grandes contingentes de tropas ibéricas, al igual que Escipión Emiliano

¹⁷ «Aletes, Mercurius und das phönikisch-punische Pantheon in Neu-Karthago», *MM*, 23, 1982, págs. 101 y ss.

¹⁸ R. Etienne, «A propos du “garum sociorum”», *Latomus*, 29, 1970, págs. 302 y ss.; J. R. García del Toro, «Garum Sociorum: la industria de salazones de pescado en la Edad Antigua en Cartagena», *Anales de la Universidad de Murcia*, págs. 36, 1977-78.

en el cerco de Numancia (App., *Iber.* 92), donde dos tercios de los 60.000 hombres del ejército romano eran de procedencia ibera. Polibio escribe (3, 33, 5) que después de la toma de Sagunto: «en primer lugar, licenció a todos los iberos para que se fuesen a sus casas, con el fin de tenerlos preparados y animosos para más adelante».

En el año 218 a.C., después de pasar los Alpes y llegar al valle del Po, se dirigió a lusitanos y celtíberos, como a la columna vertebral de su ejército (Liv. 21, 43, 8). Caballería hispana se menciona después en la batalla de Tesino, 218 a.C. (Liv. 21, 47, 4). A las tropas celtíberas y lusitanas se las cita en el invierno del año 218-217 (Liv. 21, 57, 5). En el año 217, en la marcha de Aníbal a través de los pantanos del Arno, Polibio (3, 79, 1) y Livio (22, 2, 3) mencionan a los iberos, junto con los libios, como las mejores tropas del general cartaginés, en oposición a los celtas. Este mismo año en la guerra del sur de Italia se recuerda la actuación de una cohorte de hispanos y su típica forma de combatir (Liv. 22, 18, 2), etc. Todavía en el año 203 a.C., los cartagineses buscaban mercenarios hispanos en la Península Ibérica, a pesar de que la habían perdido ya (Liv. 33, 21, 3). Este mismo año en la batalla final de la Segunda Guerra Púnica, en la batalla de los Grandes Campos del Medscherda, en África, Cartago colocó a los celtíberos, en número de 4.000, enfrente precisamente de las legiones romanas, pero fueron cercados por los romanos y aniquilados (Pol. 15, 7, 5 y 17; 8, 1).

Los Bárquidas reclutaron las tropas mercenarias fundamentalmente de Lusitania y de Celtiberia, regiones con graves problemas económicos y sociales, por concentración de la riqueza ganadera y agrícola en pocas manos¹⁹, lo que obligaba a estos pueblos al bandidaje (Diod. 5, 34, 6) o a enrolarse en los ejércitos de los cartagineses y de los romanos como tropas mercenarias. En el año 208, Asdrúbal, hijo de Giscón, pensaba refugiarse en Lusitania (Liv. 27, 20). Este mismo año, Asdrúbal, hijo de Amílcar, reclutaba soldados en Celtiberia, mientras Magón lo hacía en las proximidades de Cartago Nova (App., *Iber.* 24).

En el año 207 a.C. Hannón en breve tiempo puso en pie de guerra en Celtiberia un gran número de hombres (Liv. 28, 1).

¹⁹ J. M. Blázquez, *La Romanización*, I, págs. 191 y ss.



Soldado turdetano con armamento celta. Osuna. MAN de Madrid.

En el año 212 a.C. los romanos contrataron a los celtíberos por el mismo precio en que se habían ajustado con los cartagineses (Liv. 24, 49, 7). Como puntualiza Livio en este párrafo *mercenarium militem in castris neminem ante quam tum celtiberos romani habuerunt*. Su traición, comprada por los cartagineses, motivó el desastre de los Escipiones (Liv. 25, 33).

A la llegada de Escipión el Africano, en 210, después de la muerte de su padre y de su tío, dos de los tres ejércitos que tenían los cartagineses acuartelados en la Península Ibérica se encontraban en Lusitania; uno a las órdenes de Magón, en territorio de los conios en el Algarve; el segundo, bajo el mando de Giscón en la desembocadura del Tajo, y el tercero, capitaneado por Asdrúbal, en territorio carpetano (Pol. 10, 7, 4).

Los celtíberos eran los mercenarios de los turdetanos (Liv. 24, 19) y contra ellos, mandados por Istolacio e Indortas, luchó Amílcar (Diod. 25, 10). Debían ser mercenarios desde siglos antes, pues algunas esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén), datadas a mediados del siglo V a.C., representan a guerreros con todas las armas de la Meseta²⁰.

Una *parva ilergetum manus ex Hispania* menciona Livio (21, 22, 3) en África. Trasladó Aníbal tropas hispanas a África y africanas a Hispania, como procedimiento de asegurar su fidelidad. Los que pasaron a África fueron los tartesios, los mastienos, los oretanos, los iberos y los olcades en número de 200 jinetes, 13.850 infantes y 870 baleares, famosos por el manejo de la honda. Se mencionan también entre las tropas de Aníbal en Italia; así en la batalla de Trebia, el año 218 a.C. (Liv. 21, 55, 2, 5-6). La mayor parte de las tropas las acuarteló en Metagonia, y algunas en la propia Cartago.

Estos datos están entresacados de una fuente totalmente fidedigna, como es la placa de bronce redactada por Aníbal y colocada en Lacinio, en la que indicó el general 450 jinetes libio-fenicios y africanos, 350 ilergetas, 1.800 númidas y marsilios, maselios, maecios y maurosios de la costa del Océano, 11.850 infantes de África, 300 ligures y 500 baleares (Pol. 3, 33, 7).

²⁰ A. Blanco, *Historia del Arte Hispano, I. La Antigüedad*, 2, Madrid, 1978, págs. 43 y ss.; J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, Madrid, 1983, págs. 103 y ss.; J. M. Blázquez - J. González Navarrete, «The Phokian Sculpture of Obulco in Southern Spain», *AJA*, 89, 1984, pág. 61 y ss.

A esta política de intercambio de tropas entre Hispania y África alude el historiador Livio (21, 5-12; 22, 4).

LA MONARQUÍA BÁRQUIDA

Dos Bárquidas, Asdrúbal y Aníbal, estaban casados con mujeres hispanas. La esposa de Asdrúbal era la hija de un reyezuelo. Diodoro (25, 12) afirma: «Contrajo matrimonio con la hija de un rey ibero, y fue proclamado general con plenos poderes.» Aníbal se casó con una joven de Cástulo de nombre Ímilce (Liv. 24, 41). Estos matrimonios los convertían no sólo en generales, sino en auténticos reyes de los iberos.

Diodoro (25, 8), Apiano (*Ham.* 2) y Zonaras (8, 7) afirman que los Bárquidas vinieron a la Península Ibérica contra la voluntad de Cartago; pero ello no es exacto, ya que otros autores afirman claramente que Cartago envió el ejército a Hispania. Así Polibio (2, 1, 5), historiador que está muy bien informado siempre, escribe: «Los cartagineses, una vez aquietada la situación en África, reunieron un ejército y lo enviaron a Iberia bajo el mando de Amílcar», y Apiano (*Iber.* 6): «los cartagineses, atraídos ya por el botín que Iberia proporcionaba, envían allí otros ejércitos, a cuyo frente ponen a Asdrúbal, yerno de Amílcar Barca, entonces en Iberia.» Es importante señalar que Aníbal, al revés de lo que había sucedido con los primeros Bárquidas, «proclamado general por sus soldados, obtuvo que su mando fuera confirmado por los magistrados de Cartago» (Zon. 8, 21).

Estos textos son importantes por indicar claramente que la llegada del ejército cartaginés a la Península Ibérica es decisión de Cartago, y que hasta Aníbal, proclamado general por el ejército —Apiano (*Iber.* 6) indica que «era muy grato a los soldados»—, procuró la aprobación de este nombramiento por las autoridades de Cartago. Aníbal (Pol. 3, 15, 7) envió mensajeros a Cartago para preguntar qué debía hacer con los saguntinos, quienes, fiados de la alianza con Roma, maltrataban a algunos pueblos de su dominio. Cartago respondió que hiciera lo que le pareciera bien (App., *Iber.* 10). Esta política de contar con el parecer de Cartago explica que Amílcar (Corn. Nep., *Ham.* 4) enviara a Cartago donativos: «enriqueció todo África con caballos, armas hombres y dinero». Después de la toma de Sagunto

se enviaron a Cartago muchos vasos y trajes preciosos (Liv. 21, 16, 2).

Probablemente los Bárquidas llegados a la Península Ibérica, como generales de Cartago, y los dos últimos habiendo sido proclamados generales con plenos poderes, Asdrúbal por los iberos y Aníbal por el ejército, gobernaron con absoluta independencia de Cartago. La creación por el segundo Bárquida de Cartago Nova, precisamente con este nombre, indica bien claramente cuáles eran sus intenciones: crear una nueva Cartago, con absoluta independencia de la metrópoli. Esta ciudad de hecho se desentendió en la práctica de la expedición a Italia, aunque en el año 206 a.C. los cartagineses enviaron dinero a Magón para que reclutara auxiliares y se dirigiera hacia allí (Zon. 9, 10, 8). Precisamente Polibio (10, 10, 9), con ocasión de describir la topografía de Cartago Nova, cita un «magnífico palacio, obra, dicen, de Asdrúbal, cuando pretendía la monarquía». Lo mismo indica el mismo historiador griego, en otro párrafo de su historia (3, 8, 1): «después de adquirir una gran potencia en Iberia, vuelto al África, emprendió la subversión de las leyes de la patria; pero los príncipes de la ciudad, adivinando sus proyectos, se pusieron de acuerdo y se opusieron. Asdrúbal, receloso, se retiró de África, y en el futuro gobernó a su antojo las cosas de Iberia, sin respeto al gobierno cartaginés». Apiano (*Iber.* 5), por su parte, afirma que «todo lo que tomaba en la guerra, lo dividía de modo que una parte lo entregaba a los soldados, para tenerlos propicios para sus planes, y otra parte para darlo a los principales de Cartago favorables a su causa».

El convertirse en rey es muy probable que entrase en los planes de Asdrúbal, por estar casado con la hija de un reyezuelo ibérico y ser la monarquía la fórmula política de gobierno de los turdetanos y de los iberos²¹.

Durante la Segunda Guerra Púnica se menciona varios reyes gobernando en Hispania, como un rey de los turdetanos, de nombre Alenes (Liv. 28, 12, 15), quien en el año 206 a.C., se pasó a los romanos; Culcas (Liv. 29, 13, 3), que era dueño de más de 28 ciudades, quien ese mismo año proporcionó a Escipión 3.500 soldados (en el año 197 sólo gobernaba ya 17 ciuda-

²¹ J. Caro Baroja, «La realeza y los reyes en la España Antigua», *Estudios sobre la España antigua*, Madrid, 1971, pág. 51 y ss.

des, ignorándose las causas de la disminución del número) y Lixinio, que se levantaron en armas contra Roma (Liv. 30, 21, 6) en 197. Escipión, el Africano, fue el primer general, que fue proclamado rey, precisamente, por los iberos (Pol. 10, 38, 3), que le adoraron, es decir, que hicieron el acto ritual de su-misión.

Los Bárquidas contaban con precedentes para convertirse en monarcas dentro de la propia Cartago. Los Magónidas, Han-nón I el Grande y Bomilcar III, recibieron el título de reyes. Las monarquías helenísticas estaban gobernadas por reyes. El primer general que invadió el territorio cartaginés en África, Agatocles (310-306 a.C.) tomó el título de rey poco después.

Los Bárquidas se divinizaron o quizá se heroizaron después de muertos, como indican las monedas²², a imitación de los monarcas helenísticos, siguiendo el ejemplo de Alejandro Magno, que fue el gran modelo de los Bárquidas y más concretamente de Aníbal. En una tetradracma acuñada por Alejandro, en 325, se le representa con la piel del león de Nemea sobre la cabeza, al igual en una moneda de Faselis. Los Bárquidas estaban profundamente helenizados sin dejar de ser por ello cartagineses. Se identificaron muy probablemente con Melkart y se retrataron con sus atributos, exactamente como Alejandro Magno, que era un descendiente del hijo de Zeus. Aníbal estaba muy vinculado a este dios, como lo demuestra el que después de pasar revista a los auxiliares de los pueblos marchó a Gades, para cumplir los votos que hiciera, y ligándose al dios con nuevas promesas siempre que fuera próspero el futuro (Liv. 21, 5-12).

Esta divinización de los Bárquidas encaja perfectamente en la mentalidad ibera. Probablemente estaría programada con fines políticos: el convertirse en auténticos monarcas nacionales. Las monedas, de gran calidad artística, eran el mejor método de propaganda. Ya se ha aludido a la heroización de Aletes. El guerrero representado con sus armas en Pozo Moro (Albacete), debió ser heroizado²³, al igual que el jinete de una tumba de Cás-

²² J. M. Blázquez, *Imagen y mito, estudios sobre las religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid, 1977, págs. 32 y ss.

²³ M. Almagro, «Pozo Moro. Un monumento funerario ibérico orientalizante», *MM*, 24, 1983, págs. 196 y ss., 288 lám. 23b; A. García y Bellido, *Arte ibérico en Es-*

tulo, representado en una pizarra²⁴. Heroizado estaría el difunto enterrado en Osuna (Sevilla), de cuyo mausoleo se conservan los relieves con escenas de los combates funerarios, fechado a comienzos del siglo III a.C.²⁵. Los treinta monumentos funerarios de gran envergadura y las tumbas principescas, como las de Cigarralejo (Murcia) y de Cástulo (Jaén), seguramente, estaban levantadas a difuntos heroizados o divinizados²⁶.

En época posterior, durante la Guerra Sertoriana, el general romano Q. Cecilio Metelo recibió de los indígenas honores divinos en el invierno de 74-73 a.C. (Sall., *Hist.*, 2, 70; Plut., *Sert.* 22; Val. Max. 9, 1, 5). Sin la contribución de las minas, sin los mercenarios hispanos y sin el espíritu de caudillaje propio de la clientela ibera no hubiera tenido lugar la Segunda Guerra Púnica.

POLÍTICA BÁRQUIDA EN HISPANIA

La política seguida por los Bárquidas tendió a atraerse a los indígenas a base de amabilidad y de hacerles beneficios, a los que eran especialmente sensibles los indígenas, adelantándose a la política seguida años después por Escipión el Africano, por Tiberio Sempronio Graco, de Sertorio y de César²⁷. Así Polibio (2, 1, 5) escribe de Amílcar «sometiendo a Cartago muchos pueblos ibéricos, uno por la fuerza y otros por negociaciones». Dio-

paña, Madrid, 1979, págs. 58 y ss. figs. 64-72. Se representan los rituales funerarios del sepelio del difunto. J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, 26; *Íd.*, «Las raíces clásicas de la cultura ibérica. Estado de la cuestión. Últimas aportaciones», *AEA*, 52, 1979, págs. 141 y ss.

²⁴ J. M. Blázquez - J. Remesal, *Cástulo II*, Madrid, 1979, págs. 379 y ss.; A. Blanco, «Un Jinete Ibérico de Cástulo», *Lucentum*, 2, 1983, págs. 199 y ss.

²⁵ P. León, *Plástica ibérica e ibero-romana. La Baja época de la cultura ibérica*, págs. 183 y ss.; *Íd.*, «Pozo Moro y el influjo fenicio en el periodo orientalizador de la Península Ibérica», *RSF*, 1982, págs. 231 y ss.; *Íd.*, «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro (Albacete)», *TP*, 35, 1978, págs. 251 y ss. El autor cree que representa a la divinidad y al personaje enterrado divinizado.

²⁶ M. Almagro, «Pozo Moro. Un monumento funerario ibérico orientalizador», *MM*, 24, 1983, págs. 275 y ss.

²⁷ J. M. Blázquez, «Causas de la romanización de Hispania», *Hispania*, 24, 1969, págs. 85 y ss.; *Íd.*, *La romanización, II*, Madrid, 1986, págs. 181 y ss.

doro (25, 11) afirma de Asdrúbal que «viendo que la mansedumbre era más práctica que la violencia, prefirió la paz a la guerra», lo que hizo que recibiera la sumisión de 12 ciudades (Diod. 25, 12), Polibio (2, 13, 1), por su parte, escribe: «administraba el mando con cordura e inteligencia», y más adelante (2, 36, 1): «una gran prosperidad había proporcionado a los intereses cartagineses, no tanto por sus guerras, como por sus amistades con los reyezuelos». Livio (21, 2, 3) indica que «usó más de la diplomacia que de la fuerza y aumentó el poderío de Cartago más con los lazos de hospitalidad, que estableció con los reyezuelos y con los pueblos nuevos y que ganó a su alianza por medio de la amistad de los príncipes, que por fuerza y por las armas»; y Apiano (*Iber.* 6) resalta que «Asdrúbal sometió a los cartagineses muchos pueblos de Iberia, ganándoles por la persuasión y por el encanto de su elocuencia que sobresalía entre todo».

El gran Aníbal (Pol. 3, 13, 5) «era generoso con los que le seguían, dando a los soldados sus raciones y prometiéndoles otras ventajas, lo que le ganó un gran aprecio e hizo nacer en sus tropas magníficas esperanzas»... En Cartago Nova... «se aseguró la adhesión de los ciudadanos y de los aliados repartiendo con liberalidad el botín y pagando fielmente el estipendio» (Liv. 21, 5, 2). Aníbal después de la caída de Sagunto «envió a sus casas a invernar a los soldados», a todos fue grato este permiso espontáneo de visitar a sus familias, «pues sentían ya la añoranza de los suyos» (Liv. 21, 21). A veces dejaba en libertad a los soldados cautivos (Diod. 25, 10), como hizo Amílcar, al comienzo de la conquista.

Contaron los Bárquidas con ciudades y pueblos muy adictos a su causa, como Astapa (Sevilla), *carthaginensium semper partis* (Liv. 28, 22), *sine praeda militum ignique absumpta* (Liv. 28, 23, 3). Su fidelidad a los cartagineses emuló la de Calahorra a Sertorio, al decir de Valerio Máximo (7, 6, ext. 6). Los astapenses eligieron un lugar en la playa «donde amontonaron todo lo que en sus casas tuvieran de más valor. Sobre este montón ordenaron sentarse a sus esposas y a sus hijos, levantaron a su alrededor piras de leña, arrojando en ellas haces de ramas secas», todo igual que en Sagunto (Diod. 25, 15; Val. Max., 6, 6 ext. 1; Flor. 1, 23, 3) y en Numancia (Oros. 5, 7, 18). En esta última ciudad, como en *Calagurris*, se llegó a comer carne humana (Petr., *Sat.* 141;

Val. Max. 6, 6, *ext.* 2), como también en Sagunto (Petr., *Sat.* 141). Cástulo fue *Urbs Hispaniae valida ac nobilis et adeo coniuncta societate poenis* (Liv. 24, 41, 7).

Al comienzo de la campaña contra los saguntinos los soldados figuran como amigos de Cartago (Liv. 21, 5, 2). En la propia Sagunto contó Cartago con partidarios entre la gente importante, quienes en una sedición fueron ejecutados (Pol. 3, 15, 7), pocos años antes del cerco de la ciudad por Aníbal.

Contaron los Bárquidas con pueblos muy adictos a su partido, como los ilergetes, cuyo reyezuelo, de nombre Andóbales, «se distinguía por su adhesión a los cartagineses» (Pol. 3, 76, 5). Refiriendo sucesos del año 209 a.C., Polibio (25, 6) afirma que «Indíbil y Mandonio, los dos más poderosos gobernantes de Iberia por aquella época eran tenidos por los más fieles amigos de Cartago...», y más adelante (10, 37, 7): «Indíbil... en la conversación que sostuvo con Escipión le contó la amistad que había mantenido con los cartagineses, le manifestó los servicios y fidelidad que siempre les había prestado». Esta conversación se celebró en el invierno del año 209 a.C. en Tarraco. Es muy probable que Indíbil y Mandonio estuvieran unidos por los generales bárquidas por los lazos de la *fides* ibérica, al igual que los pueblos hispanos lo estuvieron con otros generales romanos²⁸. Los lusitanos, carpetanos y celtíberos debieron ser favorables a la causa de los Bárquidas en líneas generales, al igual que los otros pueblos ya citados, de donde obtuvo Aníbal los mercenarios.

Sin embargo, otras veces los cartagineses se portaron pérfidamente con los mismos aliados. Polibio (10, 38, 1) pone en boca de Escipión esta respuesta a los reyezuelos de los ilergetes: «que conocía el genio orgulloso de los cartagineses, tanto por el desprecio que había hecho de los otros hispanos, como por la insolencia de que habían usado con sus mujeres e hijas, habiéndolas tomado no en calidad de rehenes, sino de prisioneras y esclavas». Precisamente este hecho y el haberles pedido una gran suma de dinero (Pol. 10, 35) fue la causa de la defección de los ilergetas y de su paso a Escipión. Con los vencidos de rango elevado, los Bárquidas fueron crueles. Así a Indortas, general de los celtíberos, que auxiliaba a los turdetanos contra Amílcar, le

²⁸ J. M. Blázquez, *Imagen y mito*, págs. 398 y ss.

capturó vivo, le atormentó, le sacó los ojos y lo crucificó (Diod. 25, 10), siendo este doble suplicio introducido por los cartagineses en Hispania, del que hay constancia arqueológica en Cádiz. Magón en el año 206 (Liv. 28, 37, 10) se atrajo a los magistrados de Cádiz, a quienes el historiador latino llama sufetas, y el cuestor les hizo crucificar. La crucifixión fue un suplicio muy usado por los cartagineses. Así crucificaron a Bomilcar I en 207 a.C. y al almirante que perdió Mesina. A Amílcar de Paropos le crucificaron los mercenarios. Los mercenarios crucificaron también a Aníbal de Agrigento, vencido en el combate naval de Mylae por Duilius.

En 269 Hannón fue crucificado por haber entregado la plaza a los romanos, que le hicieron prisionero por sorpresa. Condenados al suplicio fueron también Asdrúbal en 250 por no haberse apoderado de Palermo; y a 241 Hannón por ser vencido en las islas Egates. Aníbal de Agrigento fue crucificado por sus tropas en Sulci. La crucifixión es un suplicio oriental que trajeron los fenicios; se menciona en el Antiguo Testamento, cuando «Josué colgó de un árbol al rey de Hai y le dejó allí hasta la tarde; a la puesta del sol ordenó coger el cadáver y arrojarlo a la puerta de la ciudad, echando sobre él un gran montón de piedras» (Jos. 8, 29). Los gabaonitas pidieron a David «siete de los hijos de Saúl para que nosotros los colguemos ante Yavé en Gabaón, en el monte ante Yavé...» (2 Sam. 21, 6). La crucifixión está representada en relieves asirios, como en el ataque a Lachish, que aparece en un relieve del rey Sernnachenb (704-681) hallado en Nínive²⁹.

²⁹ J. B. Pritchard, *The Ancient Near East, I. An Anthology of Texts and Pictures*, Princeton, 1973, fig. 101. Estos ingenios de guerra, torres, arietes y minas, eran de origen asirio. En relieves asirios del siglo ix de Assur-Nasir-Pal II (883-859) se representan minas en ataques al norte de Siria, arietes y torres (R. D. Barnett - A. Lorenzini, *Assyrische Skulpturen im British Museum*, Toronto, 1975, 27-30); arietes y crucifixiones en relieves de Tiglatpileser III, (745-727) (R. D. Barnett - A. Lorenzini, *op. cit.*, 78). El sacar los ojos a los prisioneros se documenta en el Antiguo Testamento (Ju. 16, 21), Sansón y Sedecías (587 a.C.; 2 Re. 25, 7).

De Amílcar escribe Polibio (2, 1, 5) que en «nueve años sometió a Cartago muchos pueblos ibéricos, unos por la fuerza y otros por negociaciones»; lo mismo sostiene Diodoro (15, 10), y Cornelio Nepote (*Amílcar* 4) que afirmó: *máximas bellicosissimas-que gentes subiegit*. Probablemente extendió el control cartaginés sólo a lo largo del valle del Betis. Su sucesor, Asdrúbal, llegó al levante ibérico: «Recibió la sumisión de sus ciudades, en número de doce y finalmente sometió todas las de Iberia», según Diodoro (25, 12). Por el tratado con Roma del año 226 todo el levante ibérico caía dentro del control cartaginés (Pol. 3, 15, 5; 27, 9; 29, 3; 30, 3), hasta el río Ebro. Probablemente lo que se prohibía era pasar el Ebro con armas, pues el comercio púnico había ya invadido el ángulo noreste hispano, el sur de Galia y toda la costa ibérica. Este tratado significaba un gran triunfo de la diplomacia bárquida y un avance notable con respecto al tratado del año 348 a.C. (Pol. 3, 34)³⁰, por el que el límite de influencia llegaba sólo al norte de la futura Cartago Nova; pero por este último tratado, toda la explotación de las minas del sur era controlada por Cartago. Estas cláusulas se vuelven a confirmar por los tratados con Roma de 306 y de 276 a.C. (Pol. 3, 25)³¹. Diodoro (25, 12) conserva la cifra del ejército de Asdrúbal, que ascendía a 60.000 infantes, 8.000 jinetes y 200 elefantes, actuando estos animales, equivalentes en el mundo antiguo a los tanques³², por vez primera en la Península Ibérica. La utilización de los elefantes por los cartagineses indica bien cómo el ejército púnico había introducido armas nuevas típicamente helenísticas, que habían desempeñado un papel importante en las luchas de los monarcas. La fuerza del ejército seléucida se apoyaba en los elefantes. La campaña más importante de Aníbal fue la penetración en la Meseta castellana hasta la altura de Salmantica (Salamanca)³³ (Pol. 3, 13, 5; Polien. 7, 48; Plut.,

³⁰ J. M. Blázquez, *Historia de España Antigua*, I, pág. 405; E. Acquaro, *op. cit.*, págs. 54 y ss., F. W. Walbank, *op. cit.*, I, 347.

³¹ J. M. Blázquez, *Historia de España Antigua I*, pág. 407; E. Acquaro, *op. cit.*, 56 y ss., F. W. Walbank, *op. cit.*, I, 349 y ss.

³² H. H. Scullard, *The Elephant in the Greek and Roman World*, Londres, pág. 347; F. W. Walbank, *op. cit.*, I, págs. 347, 349 y ss.

³³ R. Bejarano, «Fuentes antiguas para la Historia de Salamanca», *Zephyrus*,

Virt. Mul. 248 c.; Liv. 21, 5, 2). En esta expedición utilizaron también 40 de estos animales. Probablemente Aníbal para esta fecha tenía planteada la invasión de Italia y necesitaba dejar bien pacificados los pueblos belicosos del interior y destruida la aliada de Roma, Sagunto. Cornelio Nepote (*Amilc.* 4) y Orosio (4, 5, 4) afirman que este plan remontaba ya al programa de su padre. No se conocen huellas de destrucción en los poblados de la Meseta, que se puedan fechar en los años de Aníbal. El plan de la conquista, o mejor de la penetración en el interior de Hispania, tiene precedentes en la política cartaginense y griega seguida en Sicilia, que motivó las guerras greco-púnicas, de controlar toda la isla. Idéntico plan tuvieron los púnicos en Sicilia, desde la derrota de Himera, 480 a.C. Los griegos con Dionisio, tirano de Siracusa, intentaron conquistar las ciudades púnicas-sicilianas. Pirro pretendió arrojar a los cartagineses de Sicilia (278-276 a.C.) Si los Bárquidas pensaron pronto invadir Italia, era necesario tener la Península Ibérica bien pacificada. Era la base de sustentar la guerra.

El cerco de Sagunto es importante porque por vez primera se utilizan en Hispania máquinas de asalto (Liv. 21, 7-8, 12; Zon. 8, 21). Concretamente se mencionan *turres*, *agger* y *vineae*. Estas máquinas de asedio habían sido ya utilizadas por los cartagineses en las guerras greco-púnicas de Sicilia, como en el año 409 en el asalto de Selinunte; en Himera (409-408) se emplearon torres y minas³⁴. Aníbal, que tan buena experiencia tenía del asalto a una ciudad, no se atrevió a atacar Roma, seguramente por no contar con número suficiente de soldados. Los del ejército cartaginés en Sagunto los calculó Livio (21, 8, 4) en 150.000 hombres. El ejército de Aníbal, que marchaba sobre Italia, sumaba, según Polibio (3, 35, 1), 90.000 infantes y 12.000 jinetes.

La necrópolis del Cabecico del Tesoro (Murcia) se destruyó

6, 1955, págs. 89 y ss.; H. M. Hine, «Hannibal' Battle on the Tagus (Polybius 3. 14 and Livy 21.5)», *Latomus*, 38 (1979), págs. 89 y ss.; G. Picard, «Le problème du portrait d'Hannibal», *Karthago*, 12, 1965, págs. 31 y ss.; G. Hafner, «Des Bildnis Hannibals», *MM*, 14, 1973, págs. 143 y ss.

³⁴ A. García y Bellido, *Historias de España. España Protobistórica*, páginas 654 y ss.

según su excavador alrededor de 238, a comienzo de la conquista bárquida³⁵.

La razón de la destrucción de Sagunto fue económica: escapaba al control económico de Cartago, pues (Liv. 21, 7): *civitas ea longe opulentissima... Ceterum in tantas brevi creverant opes seu maritimis seu terrestribus fructibus, seu multitudinis incremento, seu disciplinae sanctitate*, lo que fue su ruina.

En estos años se mencionan las torres de Aníbal (Plin. 2, 181), que vuelven a ser citadas durante la guerra civil entre César y Pompeyo en las montañas de Córdoba (BH 8) y en la costa oriental ibera (Liv. 22, 19). Aparecen por primera vez con los sucesos del año 217. Livio (29, 23, 1), escribe *carthaginenses quoque cum speculis per omnia promunturia positis per cunctantes paventesque ad singulos nuntios sollicitam hienem egissent*.

Muchas, aunque de origen cartaginés, eran anteriores³⁶ y defendían los distritos mineros de Sierra Morena seguramente de los asaltos de los celtíberos.

Las campañas hispanas efectuadas por Aníbal le curtieron y le hicieron como uno de los mejores generales del mundo antiguo. Hispania fue la maestra de Aníbal.

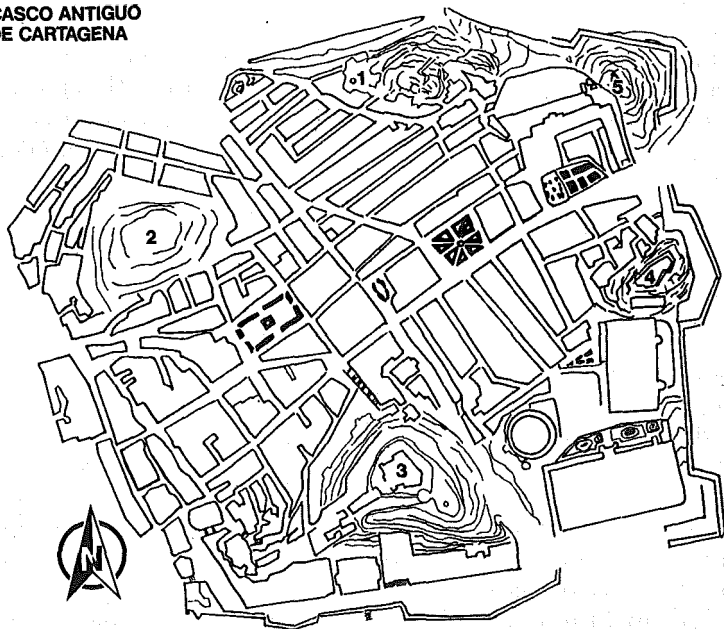
Asdrúbal fundó dos ciudades, Cartago Nova y una segunda (Diod. 25, 12), lo que le igualaba a los monarcas helenísticos Filipo, Alejandro Magno, los Seléucidas, los Antigónidas y los Ptolomeos, que fueron constructores de ciudades. Es muy probable, como indica A. García y Bellido³⁷, que «a la nueva fundación contribuyese, además de las magníficas condiciones del lugar, el agudo sentido diplomático de Asdrúbal, que deseoso de alejar toda sospecha de los romanos y ante la embajada que ya por estos motivos había recibido su antecesor, Amílcar, acordase, con buen criterio, trasladar la base de sus ejércitos y la capital de los nuevos territorios dentro del límite impuesto por los tratados». De la primera ciudad escribe Polibio (2, 13, 1) «que no contribuyó poco a la prosperidad de los asuntos de los cartagineses, principalmente por su situación favorable tanto para los

³⁵ G. García Gallo, «La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)», *BSAA*, 10 (1949), 173.

³⁶ J. Fortea - J. Bernier, *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca, 1970.

³⁷ *Historia de España. España Protobistórica*, 375 y ss. 36.

**CASCO ANTIGUO
DE CARTAGENA**



□ C/Caridad esquina a Cristóbal la Corta

1 MONTE SACRO
Colina de kronos

2 MOLINETE
Colina de Asdrúbal

3 ASKLEPIOS
Colina de Esculapio

4 DESPENAPERROS
Colina de Ephaistos. Templo de Vulcano

5 CERRO DE SAN JOSE
Colina de Aletes

Casco antiguo de Cartagena.

intereses de Iberia como para los de Africa». Estaba situada, según se indicó, junto a las mejores minas de plata del mundo antiguo y de sal tan necesaria para los salazones de las proximidades de la costa. Además tenía campos de esparto³⁸, necesario para las velas y las cuerdas de los barcos (Str. 3, 4, 9) «Fundación de Asdrúbal, sucesor de Barca, padre de Aníbal», como es-

³⁸ J. R. García del Toro, «Carthago Spartaria, estudio histórico arqueológico de industria espartera en la Edad Antigua en Cartagena», *Rev. Murgetana*, 1980; A. Beltrán, «Topografía de Carthago Nova», *AEA*, 21, 1948, págs. 191 y ss.; *Íd.*, «El plano arqueológico de Cartagena», *AEA*, 25, 1952, págs. 47 y

cribe Estrabón (3, 4, 6), es la más importante de todas las ciudades de esta zona. Tiene una situación fuerte, unas murallas bien construidas y está enriquecida por puertos, una laguna y unas minas de plata, de las que ya hemos hablado. En ella y en sus cercanías abundan los talleres de salazón; es el principal mercado para las mercancías que, llegando del interior, han de ser cambiadas por las que vienen de fuera, y éstas, por las que proceden de tierra adentro. Polibio (10, 10, 1-5) ha dejado en su Historia una buena descripción de la ciudad cartagenera. Debía ser una ciudad de trazado helenístico, o sea, hipodámico, pero el carácter profundo cartaginés estaba bien representado por las colinas consagradas a diferentes deidades del panteón púnico: a Eschmun, a un Baal de carácter metalúrgico, y a Moloch. En el culto a Aletes está presente el elemento indígena, tan necesario en el programa político de los Bárquidas.

El perímetro de la ciudad era de 3.630 metros. Ocupaba una extensión entre 35 y 40 hectáreas. El número de sus habitantes oscilaba entre 30.000 y 40.000. La ciudad tenía en origen una población artesanal numerosa cuando cayó en poder de P. Escipión. Polibio menciona 2.000 obreros especializados, menestrales, artesanos y gentes del mar, procedentes de toda la Península Ibérica³⁹. Nos inclinamos por el emplazamiento de Akra Leuke y Helike, ciudades mencionadas por Diodoro (25, 10), la primera con ocasión de las campañas de Amílcar, citada también como *Castrum Album* (Liv. 24, 41), lugar donde murió Amílcar, en la región de Cástulo⁴⁰, siguiendo a

ss.; J. M. Blázquez, «Städtebau und Religion in New Karthago (Hispanien). Topographie: Tempel aus der Zeit der römischen Republik», *Römische Geschichte. Altertumskunde und Epigraphik*, Viena, 1985, págs. 75 y ss.; A. García y Bellido, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, págs. 439 y ss.

³⁹ J. R. García del Toro, *Cartagena, Guía Arqueológica*, Cartagena, 1982; J. M. Blázquez, *Historia de España Antigua*, págs. 449 y ss.; R. González - M. Hernández Hidalgo, *Cartagena púnica*, Cartagena, 1987.

⁴⁰ A. Arribas - F. Molina, «La necrópolis ibérica del Molino de Caldonia (Finca Torrubia)», *Oretania*, 28-33, 1968-69, págs. 160 y ss.; A. Blanco, «El ajuar de una tumba de Cástulo», *Oretania*, 19, 1965, págs. 7 y ss.; J. M. Blázquez, «Cástulo en las fuentes histórico-literarias anteriores al Imperio», *Oretania*, 21, 1965, págs. 123 y ss.; *Id.*, «Cástulo I», *Acta Arqueológica Hispánica*, 8, 1975. *Id.*, «Cástulo II», *EAE*, 105, 1979; J. M. Blázquez - J. Valiente, «Cástulo III», *EAE*, 117, 1981; J. M. Blázquez - R. Contreras - J. J. Urruela, *Cástulo IV*, *EAE*, 131, 1984; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert, *Cástulo V*, *EAE*,

G. V. Summer⁴¹ y a J. Uroz⁴², pues no somos de la opinión de que Amílcar llegó al levante ibérico, sino que conquistó el valle del Guadalquivir y las fabulosas minas de Sierra Morena. El lugar de la muerte de Amílcar será el Guadalquivir o el Guadalimar, afluente del anterior.

Aníbal hizo traslados no sólo de tropas, sino de colonos africanos a la costa del mediodía: los llamados libiofenicios o blastofenicios citados a comienzos de la Guerra Lusitana, que fueron atacados por el caudillo lusitano Púnico (App., *Iber.* 56), por ser amigos de Roma. Según Apiano, «este pueblo pasa por haber sido trasladado de Libia por el cartaginés Aníbal, y de ello tomó su nombre». El geógrafo griego Ptolomeo (2, 4, 6) los llama *Bastuli Poeni* y Agripa sólo *poeni* (Plin. 3, 8). La *Ora Maritima* de Avieno (421) recuerda igualmente los *libyphoenices*, que no deben ser los habitantes de las colonias fenicias de Sexi, Malaca y las descubiertas ahora de Toscanos⁴³, sino grandes masas de

140, 1985; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert - F. López Pardo, «Evolución del patrón de asentamiento en Cástulo. Fases iniciales», *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos* 4, Teruel, 1984, págs. 241 y ss.; J. M. Blázquez - J. Remesal, «Hallazgos en la necrópolis oretana de Cástulo (Linares, Jaén)», *CAN*, 13, 1975, págs. 639 y ss.; J. M. Blázquez - J. Remesal - J. L. Ramírez - J. Valiente, «La necrópolis oretana de Cástulo. Campaña 1976», *VIII Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, 1979; J. M. Blázquez - J. Valiente, «Prospección de un poblado del Bronce Final en Cástulo», *CAN*, 15, 1979, págs. 309 y ss.; *Id.*, «Cerámicas grafitadas del poblado de La Muela de Cástulo (Linares, Jaén)», *Trabajos de Prehistoria*, 37, 1980, págs. 355 y ss.; *Id.*, «El poblado de La Muela y la fase orientalizante de Cástulo (Jaén)», *Phönizier im Westen*, Maguncia, 1982, págs. 407 y ss.; *Id.*, «Materiales procedentes de un poblado del Bronce final en Cástulo», *Zephyrus*, 32-33, 1981, págs. 195 y ss.; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert, «Cástulo, ciudad oretano-romana», *Rev. de Arqueología*, 31, 1983, págs. 16 y ss.; *Id.*, «Estudio de un fragmento escultórico hallado en la necrópolis de El Estacar de Robarinas, Linares, Jaén», *AEA*, 57, 1984, págs. 17 y ss.; *Id.*, «Pavimentos de cantos rodados en Cástulo», *Revista de Arqueología*, 51, 1985, págs. 13 y ss.; J. M. Blázquez, *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas: La ciudad de Cástulo*, Zaragoza, 1985, págs. 119 y ss.; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert, «Cástulo (Jaén). Ensayo de análisis ambiental», *Estudios en homenaje al doctor A. Beltrán Martínez*, Zaragoza, 1986, págs. 657 y ss.; *Id.*, «La necrópolis del Estacar de Robarinas, Cástulo: tipología de los enterramientos», *Homenaje a D. Domingo Fletcher*, *APL*, 17, 1987, págs. 177 y ss.

⁴¹ «Roman Policy in Spain before the Hannibalic War», *Harvard Studies Classical Philology*, 1967, págs. 209 y ss.

⁴² *Op. cit.*, págs. 248 y ss.

⁴³ N. G. Niemeyer - H. Schubart, *Toscanos* 1984, Berlín, 1969; G. Mass-

gentes del norte de Africa trasladadas al sur de la Península Ibérica. Es interesante la afirmación de M. Agripa que, por haber reorganizado la Península Ibérica, estaba bien informado de sus cosas, de que «toda la costa en general fue en su origen de los púnicos». Es importante también la noticia conservada por Estrabón (2, 2, 13) de que «su sujeción a los fenicios fue tan completa, que hoy día la mayoría de las ciudades de Turdetania y de las regiones próximas están habitadas por ellos», lo que explicaría satisfactoriamente los cultos fenicios documentados en las monedas de las ciudades béticas en época helenística⁴⁴ y la necrópolis de Carmona, tan parecida a las del norte de África⁴⁵.

La sublevación del año 197 a.C. de los reyezuelos turdetanos, Culcas y Luxinio, el primero gobernaba sobre 17 ciudades y el segundo en Carmo y Bardo, y de las colonias fenicias Malaca y Sexi y de la Baeturia, debió ser promovida por los púnicos del sur, o sea los libiofenicios, como sugiere M. Bendala (Liv. 33, 21, 6). Carmo debía ser una ciudad muy cartaginesa, que se amuralló en época bárquida, como la indica un lienzo de muralla de esta época⁴⁶.

EL IMPACTO DE LA ETAPA BÁRQUIDA EN HISPANIA

A los Bárquidas se debe, según se indicó ya, muy probablemente, la introducción de los sistemas de explotación y administración de las minas de Sierra Morena y el descubrimiento y trabajo en las de Cartago Nova, así como en las pesquerías, aunque éstas funcionaban mucho antes, siguiendo las normas del Egipto ptolemaico. Las minas y pesquerías eran monopolio de los Bárquidas, también la puesta en regadío y el transporte en amplias áreas de la Turdetania, mediante los célebres canales tarté-

Lindemann, *Toscanos* 1971, *Die westphönikische Niederlassung an der Mündung des Rio Vélez*, Berlín, 1982.

⁴⁴ J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, págs. 140 y ss.

⁴⁵ M. Bendala, *La necrópolis romana de Carmona (Sevilla)*, Sevilla, 1976. Sobre los libiofenicios, véase Mh. Fantar, *L'Afrique du Nord dans l'Antiquité. Des origines au V. siècle*, París, 1981, págs. 60 y ss.

⁴⁶ M. Bendala, *Historia general de España y América*, págs. 141 y ss.

sicos, de los que habla Estrabón (3, 2, 5) son obra suya. No tenían finalidad antes y sí ahora, teniendo presente que la agricultura púnica estaba muy perfeccionada. Los cartagineses introdujeron una máquina en la agricultura hispana, que ha llegado hasta nuestros días; el llamado *plostellum punicum*, que era una máquina con ruedas para cortar los cereales, citada por Varrón (*Re Rust.* 1, 52, 1), cuyo testimonio es de gran valor por haber vivido muchos años en la Península Ibérica durante las guerras sertorianas (Sall., *Hist.* 2, 69) y durante la guerra civil entre César y Pompeyo (*BC*, 1, 38, 1; 2, 17, 1).

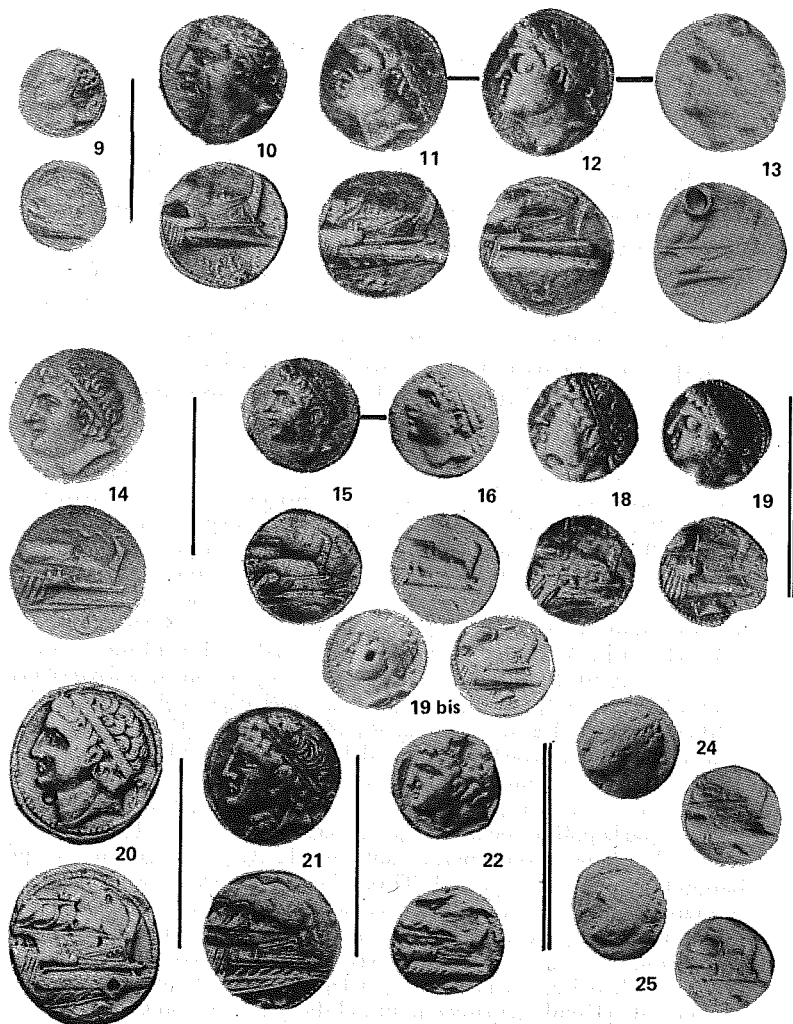
LA MONEDA BÁRQUIDA

Los Bárquidas propagaron el uso de la moneda, con lo que se generalizó la economía monetar, en vez del intercambio de productos en extensas áreas de la Península Ibérica. Acuñaron gran cantidad de moneda para pagar las tropas y su prestigio.

La moneda bárquida⁴⁷ ha sido bien estudiada por L. Villaronga⁴⁸. Es un documento de primer orden no sólo económico,

⁴⁷ G. de Frutos, «La crisis del sudoeste durante la época de los Bárquidas (237-206 a.C.): La causa del paso de Gadir a la órbita romana»; *Boletín del Museo de Cádiz*, 3, 1981-1982, pág. 47 y ss.

⁴⁸ L. Villaronga, *Las monedas hispanas-cartaginesas*, Barcelona 1973.; *Íd.*, *Numismática antigua de Hispania*, págs. 102 y ss.; A. M. de Guadán, *Numismática ibérica e ibero-romana*, Madrid, 1969, págs. 163 y ss.; *Íd.*, *La moneda ibérica. Catálogo de Numismática ibera e ibero-romana*, Madrid, 1980, págs. 20 y ss.; J. M. Blázquez, *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid, 1977, págs. 32 y ss.; *Íd.*, «Consideraciones históricas en torno a los supuestos retratos bárquidas en las monedas cartaginesas», *Numisma*, 138-143, 1976, págs. 3 y ss.; E. S. G. Robinson, *Essay in Roman Coinage presented to H. Mattingly*, Oxford, 1956, págs. 34 y ss.; G. Picard, «Hannibal hegemon hellenistique», *RSA*, 13-14, págs. 74 y ss. Estamos totalmente de acuerdo con G. Picard, con este trabajo, que dans chaucune de ces occasions, le barcide (Aníbal) dirige seul la négociation, certes avec la collaboration de son état-major, dans le quel figurent, *ex officio*, «un certain nombre de sénateurs de Carthage... les Barcides possédaient celui (droit) de battre monnaie», como los monarcas helenísticos y ello puede explicar que pongan sus retratos divinizados en las monedas, que los grabadores de las monedas bárquidas eran griegos, y que el reino bárcida era un estado helenístico; E. Acquaro, «Sui "ritratti barcidi" delle monete puniche», *RSA*, 13-14, págs. 83 y ss. Acertadamente indica E. Acquaro, que la aparición de



Monedas bárguidas con retratos, según L. Villaronga.

sino político, religioso y artístico. Permite vislumbrar el sistema político seguido por los cartagineses y la evolución en el desarrollo y organización del Imperio bárquida en Hispania. Los primeros tipos púnicos, ya citados, son las acuñaciones de plata de Rhode y de Ampurias fechadas entre 300 y 250, que obedecen a relaciones comerciales. Piensa L. Villáronga que pudieron servir para pagar las soldadas de los mercenarios iberos del ejército cartaginés que luchó en Sicilia. El tipo II de esta primera clase se diferencia por el patrón metroológico, que es el fenicio. Su finalidad era comercial. Con la llegada de los Bárquidas se inicia una acuñación de origen estilístico y tipológico sículo-heleno, que demuestra el fuerte influjo helénico en los Bárquidas, con metrología fenicia. Son las piezas de más calidad artís-

estas monedas significa una gran novedad dentro de las acuñaciones púnicas de la metrópoli, y que esta novedad indica un programa monárquico de base ibera. A los Bárquidas no les quedaba otro remedio que proclamarse reyes en la Península Ibérica, añadimos nosotros, porque la monarquía era aquí la forma política de gobierno de los pueblos del Sur y del Levante. Además se emparentaron dos Bárquidas con los iberos por matrimonios. Muy acertadamente Von Premerstein (*Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, Munich, 1937, págs. 32, 54, 170) y A. D'Ors («Sobre los orígenes del culto al Emperador en España», *Emerita*, 10, 1942, págs. 197 y ss., 345 y ss.) vieron en la *devotio* ibérica y en los *fides* ibérica (J. M. Blázquez, *Imagen y mito*, págs. 384 y ss.; F. Rodríguez Adrados, «La "fides" ibérica», *Emerita*, 14, 1956, págs. 183 y ss.) un componente importantísimo de los orígenes del culto al emperador. La *devotio* y la *fides* ibérica debieron ser un ingrediente importante en las ideas y monarquías y divinizaciones de los Bárquidas. También estamos de acuerdo con el profesor italiano que la política de los Bárquidas significaba volver al programa de los Magónidas. Muy acertadamente puntualiza E. Acquaro, igualmente, que los Bárquidas volvían a la época de Tiro. Ni en las monedas hispanas de Gades, coetáneas o ligeramente anteriores a la llegada de los Bárquidas en 237, ni en los posteriores, de finales del siglo III a.C. y de época augustea, de Málaga, anteriores a 214 a.C.; de Adra, ni en las de escritura libio fenicia de Lascuta, de Vesci, o de Bailo; ni en las griegas helenísticas de Alejandro Magno con los atributos de Hércules, aparece nunca el dios de Tiro con corona vegetal (L. Villáronga, *Numismática antigua de Hispania*, núms. 150, núms. 187-190, 409-419, 491; 426-427; 440; 453-455; 457, 461-462). Sobre retratos de Alejandro y demás reyes helenísticos, véase G. M. A. Richter, *The Portraits of the Greeks*, Londres, 1965, *passim*. La autora considera las cabezas de los tres Bárquidas en las monedas retratos, 281, núms. 2015-2017; F. K. Jenkins, *Ancient Greek Coins*, Londres, 1972, págs. 259, y P. Marchetti, *Histoire économique et monétaire de la deuxième guerre punique*, Bruselas, 1978, págs. 369 y ss., niegan que se trata de retratos, al igual que J. de Navascués, «Ni Bárquidas, ni Escipión», *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, 1961, págs. 667 y ss.

tica acuñadas en la Península Ibérica. Cree L. Villaronga que se deben a artistas sicilianos, que llegarían con el ejército cartaginés, y que crearon las series de la proa, del elefante, del tipo apolíneo y del ureus. De las características de estas acuñaciones cabría deducir que se apartan del sistema cartaginés africano indicando la independencia de los Bárquidas a la que aluden los textos ya citados. Las monedas con proa debieron acuñarse después del desembarco posiblemente en Gades. Las acuñaciones del elefante lo serían en el sureste, después de la conquista de esta región por los Bárquidas, pudiendo ser acuñadas o por Amílcar o por Asdrúbal después de la fundación de Cartago Nova. Las monedas con el tipo apolíneo y con ureus debieron ser acuñadas también en el sureste y después de la clase anterior. Todas estas acuñaciones son anteriores a la penetración en la Meseta y a la expansión hacia el Ebro, durante los diez primeros años. Son los años en los que los Bárquidas echaron las bases para futuras operaciones, en las que se explotaron directamente las minas, que daban un cimiento sólido a la economía bárquida en función de la guerra contra Roma.

A estas monedas, de gran calidad artística, de estilo y tipo sículo-heleno, siguen otras de más baja calidad artística. Imitan otros modelos principalmente cartagineses del norte de África. Podían indicar un cambio de orientación política de los Bárquidas, y una unión más estrecha con la metrópoli, como indica Livio (21, 2-3). El citado autor es de la opinión de que este cambio de política no tuvo consecuencias en las variaciones de la tipología y calidad artística de las acuñaciones, sino que fueron debidas a motivos de carácter técnico. Las monedas que ofrece un caballo saltando, acuñadas en oro, tienen marcas que diferencian las emisiones, típicas hispanas, que se emplean en otras emisiones posteriores. Las emisiones de plata con caballo saltando con estrella, en las piezas grandes, y caballo parado con estrella para el divisor son de tipología suritálica, pero con estilo propio, calificado de hispánico, distinto del sículo y del africano. Estas emisiones son contemporáneas a la penetración de los cartagineses en la Meseta, entre los años 227 y 221 a.C. Estas acuñaciones indican cierta independencia de la metrópoli.

Las acuñaciones del grupo siguiente conservan la metrología fenicia con características hispanas. La tipología es cartagi-

nesa-africana. Se inicia la acuñación de moneda de cobre, que servía para las necesidades de la vida cotidiana. Prueban la estabilidad de la conquista bárquida, y el desarrollo normal en la vida de las ciudades. La finalidad de las anteriores monedas de oro y plata era militar. Las monedas de cobre son de buen o malo estilo, según los recursos de las regiones, o de la calidad de los artistas, pero no indican una evolución decadente. Son contemporáneas de Aníbal y del expansionismo cartaginés, poco después de 221.

Las siguientes acuñaciones de cobre y plata corresponden a la etapa de estabilización. Aumenta el peso de las monedas de cobre. Varía la técnica de acuñación. Se vuelve a la posición de cuño fijo y vertical. Coinciden estas monedas con la toma de Sagunto.

Las series del caballo parado son las más numerosas. Después las acuñaciones retroceden, con la ocupación romana. Tienen estilo propio. Estas acuñaciones son del 218 al 206. Desciende ahora el peso del shekel, que llega a equipararse al peso del quadrigatus romano. Su número elevado responde a las necesidades de la guerra. Algunas monedas de baja calidad, debida a ser acuñaciones con escasos recursos, proceden del ejército en campañas. A la época posbárquida o a final del dominio cartaginés en la Península Ibérica se deben las emisiones de las monedas de bronce, de gran peso.

Somos de la opinión, como ya se indicó, de que en las monedas bárquidas hay retratos, como lo indica bien claramente su estilo y el hecho de que en una pieza la cabeza lleve diadema y otras coronas de laurel. Fue costumbre de Alejandro Magno y de sus sucesores acuñar monedas con la cabeza de los monarcas con los atributos de diferentes dioses. Baste recordar: moneda de Anfipolis acuñada por Lisimaco a comienzos del siglo III, con un retrato idealizado de Alejandro, diadema y los cuernos de Zeus Ammón, al igual que una segunda de Magnesia; de Faselis con el retrato del Gran Macedón y la piel de león de Nemea sobre la cabeza; tetradracma de Ptolomeo I con Alejandro con el gorro de elefante de Dioniso; tetradracma de plata de Seleuco I, acuñada por Antioco I, con cuernos de toro, que le identifican con Dioniso; de Antioco III, como Apolo con la corona de laurel, etc. La corona de hojas era también símbolo de la realeza. Aparece en las monedas de Filetairo, acuñadas por

Atalo I, por Eumenes I y II de Pérgamo. La cabeza de Mitrídates VI tiene la piel del león de Nemea, etc. Siglos después, Marco Antonio acuña una moneda en Asia Menor con su cabeza coronada por una corona de hojas de hiedra, que le equipara con Dioniso. En el gran Camafeo de Francia los miembros de la familia imperial adornan sus cabezas con coronas de laurel. Ello responde a la helenización de los Bárquidas⁴⁹. No es obstáculo a ello la falta de letreros, pues las monedas de los monarcas helenísticos no los llevan alrededor en la cabeza. La divinización de los Bárquidas encaja perfectamente en las ideas helenísticas, cartaginesas o ibéricas, que divinizaban y heroizaban a los reyes y a los personajes importantes e incluso los divinizaban en vida, como sucedió a Q. Cecilio Metelo en vida en la Bética⁵⁰. Se repetiría en su caso el mismo que en la citada moneda de Alejandro Magno con los atributos de Heracles. Demostrarían estas últimas monedas la vinculación de los Bárquidas a Melkart, bien patente en la visita de Aníbal al Heracleion gaditano, (Liv. 21, 2, 99; Sil., It. 3, 1 ss.). La proa aludiría a la flota cartaginesa, donde servían marineros turdetanos, y que se cita frecuentemente en las fuentes, como en el año 217 a.C., en que se entabló un combate naval en la desembocadura del Ebro (Pol. 3, 95-96; Liv. 22, 19); se habla de 40 naves cartaginesas. A

⁴⁹ G. C. Picard, «Themes Hellénistiques sur les stèles de Carthago», *Antiquités Africaines*, 1, 1967, pág. 9 y ss.; C. G. Wagner, «Critical Remarks Concerning a supposed Hellenization of Cathage», *Reppal*, 2, 1986, págs. 357 y ss. Este autor defiende una escasa helenización. G. Brizzi, «Ancora su Annibale e l'Ellenismo: la fondazione di Artaxata e l'iscrizione di Era Lacinia», *ACIP*, págs. 243 y ss.; I. Hahn, «Die Hellenisierung Karthagos und die punisch-griechischen Beziehungen im IV Jh. v.C.», *Hellenische Poleis*, 2, Berlin, 1974, págs. 840 y ss.; C. Picard, *Les sources de l'iconographie hellénistique à Carthage*, *ACIP*, III págs. 725 y ss. La helenización de Cartago es anterior a la Segunda Guerra Púnica. El levante ibérico estaba helenizado en el arte, véase A. Blanco, *Historia del Arte Hispánico, I. La Antigüedad*, Madrid, 1978, págs. 40 y ss., incluso en la religión (R. Pallares y otros, «Presencia de culto griego en la desembocadura del Ebro. Representaciones de Démeter en el Museo Municipal de Reus», *Saguntum*, 20, 1986, págs. 123 y ss.), a pesar del fuerte impacto fenicio y cartaginés; J. M. Blázquez, «El influjo de la cultura semita (fenicios y cartagineses) en la formación de la cultura ibérica», *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell, 1986, págs. 163 y ss.

⁵⁰ A. Canto, «Notas sobre los pontífices coloniales y el origen del culto imperial en la Bética», *La religión romana en Hispania*, Madrid, 1981, página 151.

la importancia de los elefantes como nueva arma de guerra ya nos hemos referido. En Cástulo se acuñó monedas durante la época bárquida probablemente en función de las minas. Una emisión lleva busto de Tanit⁵¹.

EL PANTEÓN BÁRQUIDA

Se dispone de dos grupos de documentos para conocer el panteón bárquida en la Península Ibérica: las imágenes en las monedas y el panteón en Cartago Nova.

En las monedas bárquidas se representan a Melkart, a Tanit, a una Astarté guerrera⁵², que podía ser la anterior diosa, a una Tanit con alas, que sería la pintada en Illici muchas veces, y en el pendiente de Santiago de la Espada y a Eschmun⁵³. En Cartago Nova se veneraba a Eschmun, a un Baal metalúrgico, que debía ser el mismo de las monedas de Málaga, de los siglos II-I a.C.⁵⁴, típicas de zonas mineras, y a Baal Hammón. El panteón de los Bárquidas es parecido al de Cartago. En Cádiz las tres divinidades principales eran Tanit, Melkart y Baal Hammón⁵⁵.

⁵¹ M. P. García y Bellido, *Las monedas de Cástulo con escritura indígena*, Barcelona, 1982, págs. 141 y ss.

⁵² M. H. Fantan, «A propos d'Ashtart en Méditerranée Occidentale», *RSF*, 1, 1973, págs. 22 y ss.

⁵³ J. M. Blázquez, *Religiones primitivas ibéricas*, págs. 181 y ss. No se puede dudar de que Tanit fuera la diosa principal de Illici, ya que en la ciudad existía un templo dedicado a Iuno, versión latina de la Tanit cartaginesa citado en las monedas (L. Villaronga, *Numismática antigua de Hispania*, págs. 265 y ss. 998). Es la misma diosa alada de las terracotas de Es Cuyam: (M. E. Aubet, «El santuario de Es Cuieram», *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 8, Ibiza, 1982; de Sainte-Monique y del sarcófago de Cartago con la «sacerdotisa»: M. E. Aubet, «Algunos aspectos sobre iconografía púnica: las representaciones aladas de Tanit», *Homenaje a García y Bellido*, Madrid, 1976, I, páginas 61 y ss.

⁵⁴ L. Villaronga, *Numismática antigua de Hispania*, pág. 161, núms. 421-425; Lorenzana-Ulia, «Monedas púnicas», *Revista de Arqueología*, 12, 1991, págs. 28 y ss.; E. M. García Alfonso, «Fenicios en la costa de Málaga», *Revista de Arqueología*, 10, 1989, págs. 32 y ss.

⁵⁵ J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, *passim*; A. García y Bellido, *Historia de España. España Protohistórica*, págs. 391 y ss.

Varios de estos dioses se citan en el juramento de Aníbal de 215⁵⁶.

IMPACTO BÁRQUIDA EN EL MUNDO IBERO

El influjo del gobierno bárquida en lo político y social es difícil de precisar, y no debió ser profundo, centrándose entre los años 237 y 207 a.C. Los indígenas conocieron ahora, por vez primera en la historia, lo que era un poder fuerte y centralizado. Estrabón (3, 4, 5) escribe de los iberos que llevaban una vida de continuas alarmas y asaltos, arriesgándose en golpes de mano, pero no en grandes empresas, y ello «por carecer de impulso para aumentar sus fuerzas uniéndose en una confederación potente». Por vez primera Cartago unió a muchos pueblos iberos en una empresa común: la lucha contra Roma.

⁵⁶ F. W. Walbank, *op. cit.*, II, pág. 46 y ss.; M. L. Barré, *The Gool-List in the Treaty between Hannibal and Philip V of Macedonia: A Study in Light of the Ancient Near Eastern Treaty Tradition*, Baltimore, 1983.

Las explotaciones mineras de la Península Ibérica en época bárquida

Los Bárquidas¹ compensaron la pérdida de Sicilia, en la Primera Guerra Púnica, con la conquista de la Península Ibérica, que aventajaba a esta isla por la riqueza fabulosa de sus minerales, en cantidad insuperable, como escribe Estrabón (3, 2, 8); de sus pesquerías, por la facilidad para alistar tropas mercenarias —lusitanos y celtíberos eran la columna vertical del ejército cartagines que invadió Italia, a ellos se dirige Aníbal al llegar al valle del Po (Liv. 21, 43, 8)—, y por el espíritu de caudillaje, propio de la clientela ibérica². La Península Ibérica proporcio-

¹ Sobre los Bárquidas, véase: M. Bendala, *Historia General de España y América. De la Protohistoria a la conquista romana*, 1-2, Madrid, 1987, págs. 115 y ss.; A. Montenegro, *Historia de España*, 2, *Colonizaciones y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a.C.)*, Madrid, 1989, págs. 134 y ss.; J. M. Blázquez, «Los Bárquidas en la Península Ibérica», *Historia de España. Protohistoria*, Madrid, 1980, págs. 439 y ss.; *Íd.*, «Las relaciones entre Hispania y el Norte de África durante el gobierno bárquida y la conquista romana (237-19 a.C.)», *Saitabi*, 11, 1961, págs. 21 y ss.; A. García y Bellido, *Historia de España. España Protob histórica*, Madrid, 1975, págs. 365 y ss. M. Bendala, *Historia General de España y América* I, 2, Madrid, 1987, págs. 141 y ss.; G. Charles Picard, *Hannibal*, París, 1967, págs. 63 y ss. Sobre Cartago Nova, la gran creación de los Bárquidas véase: A. Beltrán, «Topografía de Carthago Nova», *AEspA* 21, 1948, págs. 181 y ss.; J. M. Blázquez, «Städtebau und Religion in Neu Karthago (Hispanien). Topographie: Tempel aus der Zeit der römischen Republik», *Römische Geschichte, Altertumskunde und Epigraphik. Festschrift für Artur Betz zur Vollendung seines 80. Lebensjahres*, Viena, 1985, 75 y ss. Con toda la bibliografía menuda. J. R. García del Toro, *Cartagena. Guía Arqueológica*, Cartagena, 1982.

² J. M. Blázquez, *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid, 1977, págs. 385 y ss.

nó las tropas mercenarias a los Bárquidas y el dinero para pagarlos.

Las cifras de soldados en el ejército cartaginés durante el gobierno de los Bárquidas en la Península Ibérica son elevadas. Asdrúbal contaba con un ejército de 50.000 soldados, 6.000 jinetes y 200 elefantes (Diod. 25, 12). En este mismo párrafo puntualiza Diodoro que «el ejército era de 60.000 infantes, 8.000 jinetes y 200 elefantes». El ejército que atravesó el Ebro camino de Italia a las órdenes de Aníbal estaba formado por 90.000 infantes y 12.000 jinetes (Pol. 3, 35, 1). Todos estos soldados eran mercenarios pagados por los ingresos de las minas hispanas, pues Cartago se desentendió, en gran parte, tanto de la conquista de la Península Ibérica por los Bárquidas (Pol. 3, 8), como de la Segunda Guerra Púnica (Liv. 28, 1). Además, había que pagar el sostenimiento de la flota. Aníbal dejó a su hermano Asdrúbal, al partir para Italia, 50 penteras, 2 tetreras y 5 trieras (Pol. 3, 33).

En el ejército cartaginés que dejó Aníbal en la Península Ibérica a las órdenes de su hermano Asdrúbal figuran, según Livio (3, 33), 11.850 infantes africanos, 300 ligures, 500 baleares, 450 jinetes libiofenicios, 1.800 númidas y marsilios, una pequeña tropa de ilergetas, 300 jinetes, y la flota.

En el año 206 a.C. el ejército de Asdrúbal estaba integrado (Pol. 11, 20) por 70.000 infantes, 4.000 jinetes y 32 elefantes. Cartago ya conocía bien la valía de las tropas iberas, pues las había empleado en las guerras greco-púnicas³. Los 3.000 talentos eubóricos, de los que 1.000 había que entregar en el acto y el resto en diez plazos anuales, se pagaron muy probablemente con la producción en las minas hispanas. Dión Casio (*frag.* 48) escribe que «para informarse enviaron los romanos una embajada, aunque nunca se habían interesado en nada por las cosas de Iberia. Amílcar les acogió amistosamente y con amables palabras, diciéndoles entre otras cosas que se había visto obligado a llevar la guerra a Iberia para poder acabar de pagar las deudas que los cartagineses tenían con los romanos, ya que por ningún otro procedimiento podía librarse de ellas».

Sin los mercenarios iberos no hubiera tenido lugar la Segunda Guerra Púnica.

³ A. García y Bellido, *op. cit.*, págs. 647 y ss.

Los Bárquidas explotaron las minas hispanas a gran ritmo, como lo prueban el texto de Diodoro Sículo mencionado más adelante y la afirmación de Plinio (33, 96-97): «Es cosa de admirar que los pozos abiertos por Aníbal se hallen aún en explotación y conserven los nombres de los descubridores de tales yacimientos. Uno de ellos, llamado actualmente Baebelo, suministraba a Aníbal 300 libras diarias»⁴. Esta mina debe ser la mencionada por Estrabón (3, 2, 10) cuando escribe: «Cerca de Cástulo hay un monte que por sus minas de plata se llama Monte de la plata.»

Las fuentes literarias sobre las minas hispanas de este periodo son: Polibio, que asistió a la caída de Numancia, en 133 a.C., que hizo una descripción de las minas de Cartago Nova, estrac-tada por Estrabón (3, 2, 10); Posidonio de Apamea, que visitó la Península Ibérica durante la Guerra Sertoria y dejó una descripción de las minas hispanas, reunidas por Estrabón (3, 2, 9); y Diodoro Sículo (5, 35, 38), historiador contemporáneo de Augusto, que usó a Polibio y otros autores, anteriores a él, que se habían ocupado de las minas hispanas. Los tres dan datos muy completos sobre las explotaciones mineras de la Península Ibérica.

La tesis de esta comunicación es que los sistema de explotaciones de las minas hispanas son típicamente helenísticas, y que tuvieron que ser necesariamente introducidos por los Bárquidas en los años que gobernaron (237-206 a.C.) la Península Ibérica. Las minas hispanas⁵ fueron explotadas inmediatamente

⁴ R. Contreras, «El verdadero sentido de los textos clásicos relativos al Monte de la Plata», *Oretania*, 22, 1966, págs. 195 y ss.

⁵ Sobre las minas hispanas, véase: J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao, 1978, págs. 182 y ss.; *Id.*, *Historia económica de Hispania*, Madrid, 1978, págs. 21 y ss. *Id.*, *Historia de España. España Romana*, Madrid, 1982, págs. 299 y ss.; *Id.*, *La Romanización*, Madrid, 1975, págs. 150 y ss.; *Id.*, «Fuentes literarias griegas y romanas referentes a las explotaciones mineras de la Hispania Romana», *La minería hispana e iberoamericana I*, León, 1970, págs. 117 y ss.; *Id.*, «Poblado de esclavos mineros en Fuenteovejuna», *Revista de Arqueología* 2, 1981, págs. 7 y ss.; *Id.*, «Noticias sobre las excavaciones arqueológicas en la mina republicana de La Loba (Fuenteovejuna, Córdoba)», *Corduba Archaeologica*, 1982-1983, págs. 29 y ss.; J. S. Richardson, «The Spanish Mines and the Development of Provincial Taxation in the Second Century B.C.», *JRS* 66, 1976, págs. 139 y ss.; E. Badian, *Publicans and Sinners*, Oxford, 1972, págs. 31 y ss.; G. Calboli, *Catonis Oratio Pro Rhodiensibus*, Bolonia, 1978, págs. 156 y ss. En

por los romanos, después de 206 a.C. fecha de la total expulsión de los cartagineses de la Península Ibérica, como lo indica la contribución que sobre las minas de oro y plata puso el cónsul Catón en el año 195 a.C. (Aul. Gel *NA* 2, 22, 28). Las cifras recogidas por Livio sobre los ingresos de las minas hispanas en el erario romano se han calculado en 38 millones de denarios entre los años 206 y 169 a.C.⁶ Los sistemas de explotación y de administración por Roma eran los helenísticos introducidos por los Bárquidas. Roma no había tenido contacto con zonas mineras importantes cuando echó a los cartagineses de la Península Ibérica hasta que el Flaminio libertó a Grecia de los macedonios en 196 a.C. Ahora conoció las minas de Laurión, que para esa fecha habían perdido su importancia, y se encontraban exhaustas a raíz de la presencia de Catón en Hispania. Las minas de Laurión ya no producían los 100 talentos de 483-482 a.C., que permitieron preparar la flota que venció en Salamina a los persas. Con su explotación se hizo inmensamente rico Nicías (Xen., *Men.* 2, 5, 2; *Plut. Nic.*, 4) en el siglo v a.C. Macedonia, rica en minas, no cayó en poder de Roma hasta después de la batalla de Pidna, 168 a.C. Las minas de Chipre y de Nubia pasaron a manos de los romanos mucho después aún. Egipto entró en la órbita romana después de la batalla de Actium, en el año 31 a.C.

Las tres fuentes citadas descubren las minas hispanas en los siguientes términos.

Diodoro (5, 35-38):

Mucho más tarde, los iberos comprendieron las ventajas de la plata y pusieron en explotación minas de importancia. Por lo cual obtuvieron plata estupenda y, por decirlo así, abundantísima, que les produjo ganancias espléndidas. La forma en que los iberos explotan las minas y trabajan de pla-

General: O. Davies, *Roman Mines in Europe*, Oxford, 1935; J. F. Healy, *Mining and Metallurgy in the Greek and Roman World*, Londres, 1978, págs. 68 y ss.; J. M. Luzón, «Instrumentos mineros de la España Antigua», págs. 221 y ss.; A. Blanco - J. M. Luzón, «Mineros antiguos españoles», *AEspA* 39, 1966, páginas 72 y ss.; C. Domergue, *Les mines de la Péninsule Iberique dans l'Antiquité Romaine*, Roma, 1990; *Íd.*, *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*, Madrid, 1987.

⁶ J. M. Blázquez, *Historia de España. España Romana*, pág. 343.

ta es así, poco más o menos: siendo como son, admirables sus minas en reservas de cobre, oro y plata, los que trabajan las de cobre extraen, excavando la tierra, una cuarta parte de este metal sin ganga; de los que trabajan las de plata los hay que, sin ser profesionales, extraen en tres días un talento de Eubea. Toda la región está llena de polvo de plata condensado que emite destellos. Por ello es de admirar la naturaleza de la región y la laboriosidad de los hombres que allí trabajan. Al principio, cualquier particular, aunque no fuese un experto, se entregaba a la explotación de las minas y obtenía cuantiosas riquezas, debido a la excelente predisposición y abundancia de la tierra argentífera. Luego ya, cuando los romanos se adueñaron de Iberia, itálicos en gran número llenaron las minas y obtenían inmensas riquezas por su afán de lucro. Comprando gran cantidad de esclavos los ponen en manos de los capataces de los trabajos en la mina. Éstos, abriendo bocas en muchos puntos y excavando la tierra en profundidad, estadios y estadios, y trabajando en galerías trazadas al sesgo y formando recodos en forma muy variada, desde las entrañas de la tierra hacen aflorar a la superficie la mena, que les proporciona ganancia.

Gran diferencia ofrecen estas mismas comparadas con las del Ática. Los que trabajan las de allá invierten considerables dispendios en su explotación y de vez en cuando no obtuvieron lo que esperaban y lo que tenían lo perdieron, de modo que parece que son desafortunados como por enigma. Mientras que los que explotan las de España logran de sus trabajos montones de riquezas a la medida de sus esperanzas. Porque las primeras labores resultan productivas por la excelencia de la tierra para este tipo de explotación, y, luego, se van encontrando venas cada vez más brillantes, henchidas de plata y oro; y es que toda la tierra de los alrededores es un trenzado de venas dispuestas en circunvoluciones de diferentes formas. Algunas veces los mineros se topan en lo profundo con ríos que corren bajo tierra, cuyo ímpetu dominan rompiendo las embestidas de sus corrientes, para lo que se valen de las galerías transversales. Aguijoneados por sus bien fundadas esperanzas de lucro, llevan a fin sus empresas particulares, y —lo más chocante de todo— hacen los drenajes valiéndose de los llamados «caracoles egipcios», que inventó Arquímedes de Siracusa cuando pasó por Egipto. A través de éstos hacen pasar el agua, de uno en uno sucesivamente, hasta la boca de la mina, y así desecan el emplazamiento de ésta y lo acondicionan debidamente para el desempeño de

las actividades de explotación. Como este artefacto es enormemente ingenioso, mediante un trabajo normal se hace brotar fuera de la mina gran cantidad de agua, cosa que llama mucho la atención, y toda la corriente del río subterráneo aflora a la superficie con facilidad. Con razón sería de admirar el ingenio del inventor, no sólo en este punto concreto, sino también por otros muchos y más importantes inventos, que de boca en boca han corrido por el mundo entero, de los cuales hablaremos por partes y con precisión cuando lleguemos a la época de Arquímedes.

Los que pasan su vida dedicados a los trabajos de minas hacen a sus dueños tremendamente ricos, porque la cantidad de aportaciones gananciosas rebasan el límite de lo creíble; pero ellos, bajo tierra, en las galerías día y noche, van dejando la piel, y muchos mueren por la excesiva dureza de tal labor. Pues no tienen casi ni respiro en sus trabajos, sino que los capataces, a fuerza de golpes, les obligan a aguantar el rigor de sus males, y así echan a barato su vida en condiciones tan miserable; pero los que hay que por vigor corporal y fortaleza de ánimo soportan sus predecimientos largo tiempo. Aunque hay más de un asunto sorprendente en torno al trabajo de minas que acabamos de descubrir, uno no podría pasar por alto sin gran admiración el hecho de que ninguna de las minas es de explotación reciente; por el contrario, todas fueron abiertas por la codicia de los cartagineses en la época en que eran dueños de Iberia. A base de ellas fueron incrementando su poder, asalariando a los mercenarios de mayor fortaleza, y gracias a éstos llevaron a cabo muchas guerras importantes. Y es que, en general, siempre que los cartagineses llevaban a cabo sus guerras no ponían su confianza en sus propios ciudadanos, ni en el grupo de las partidas de tropas reclutadas de entre sus aliados, sino que romanos, siciiotas y habitantes de Libia los pusieron en los mayores aprietos batiéndolos del dinero, merced a la riqueza de recursos que las minas les brindaban.

- De esta descripción de las minas hispanas se deduce que:
- Las minas hispanas se explotaban mediante gran número de esclavos.
 - Los capataces dirigían los trabajos.
 - Se abrían muchos pozos para llegar a los filones ricos en oro y en plata, que forman un trenzado de venas de diferentes formas.

- Los trabajos se hacían en profundidad y en extensión, durante muchos estadios, excavando los filones.
- Las minas hispanas eran más productivas que las del Ática.
- Los mineros se encuentran debajo de la tierra con ríos subterráneos, que domina mediante galerías transversales.
- Se utilizan los tornillos de Arquímedes para drenar el agua mediante sucesivos estanques.
- Se obtienen fabulosas ganancias de las explotaciones mineras hispanas.
- Los mineros trabajan todo el día, y muchos mueren.
- Los capataces golpean ferozmente a los mineros.
- Con las ganancias obtenidas se pagaban las tropas mercenarias del ejército púnico.
- Todas las minas fueron explotadas por los cartagineses en época bárquida, pues antes no hubo una conquista del territorio hispano por Cartago, a pesar de que un texto de Polibio (2, 1, 5) hable de que Amílcar «restableció en la Península Ibérica las posesiones de los cartagineses». Antes, en los siglos V-III a.C., se había formado un auténtico *limes*⁷ semejante al del norte de África, que defendían los cotos mineros de Sierra Morena, en las actuales provincias de Jaén, Córdoba y de Sevilla a base de torres, que después se llamaran «torres de Aníbal» (Plin. 2, 181; Liv. 22, 19; 29, 23, 1)⁸, pero estaban en manos de los reyezuelos indígenas, que vendían el metal a Cartago a través de Cádiz y de las restantes colonias fenicias, como Malaka, Sexi y Abdera. En este sentido es muy significativo un texto de Timeo (h. 325-256 a.C.) (Ps. Arist. *De mirab. ausc.* 136), que necesariamente se refiere a los comienzos del Helenismo, y que indica bien cómo funcionaba la exportación en este caso de la conserva de atunes, que los gaditanos «los ponen en

⁷ J. M. Blázquez, «Los Bárquidas en la Península Ibérica»; J. Fortea - J. Bernier, *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca, 1970.

⁸ El catálogo de estas torres en J. M. Blázquez, «Romanización o asimilación?», *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*, Vitoria, 1985, páginas 578 y ss.

conserva y juntándolos en unos depósitos los llevan a Cartago, de donde no sólo los exportan, sino que por su excelente calidad lo toman ellos mismos como alimento». Con los minerales pasaba lo mismo, con la diferencia de que las minas hispanas antes de los Bárquidas se encontraban en manos de los reyezuelos iberos, y el *garum* lo explotaban y exportaban los gaditanos⁹.

El resumen de Polibio hecho por Estrabón sobre las minas de Cartago Nova es el siguiente:

Ocupan un área de 400 estadios, unos 75 kilómetros, que en ellas trabajan 40.000 obreros, y que en su tiempo (de Polibio) rentaban al pueblo romano 25.000 dracmas diarias. Y omito todo lo que cuenta (Polibio) del proceso de laboreo, porque es largo de contar, pero no lo que se refiere a la ganga argentífera arrastrada por una corriente de la que se dice, se machaca y por medio de tamices se la separa del agua; los sedimentos son triturados de nuevo y nuevamente filtrados, y separadas así las aguas, machacados aún otra vez. Entonces, este quinto sedimento se funde, y separado del plomo, queda la plata pura.

El procedimiento de laboreo consistía en machacar la ganga argentífera, en tamizarla, en triturarla nuevamente y en filtrarla para separar el gua. El quinto sedimento se fundía, y quedaba la plata pura.

El resumen de Posidonio de las minas de Turdetania, debido a Estrabón dice así:

A tanta riqueza como tiene esta comarca se añade la abundancia de minerales. Ello constituye un motivo de admiración; pues si bien toda la tierra de los iberos está llena de ellos, no todas las regiones son a la vez tan fértiles y ricas, y con más razón las que tienen abundancia de minerales, ya que es raro que se den ambas cosas a un tiempo, y raro es

⁹ Por el tratado con Roma del año 348 a.C. (Pol. 3, 24), todo el sur de la Península Ibérica, desde la zona minera de Cartago Nova, cayó bajo el control de Cartago (E. Acquaro, *Cartagine: un impero sul Mediterraneo*, Roma, 1978, páginas 54-55); de lo que hay confirmación arqueológica.

también que en una pequeña región se halle toda clase de metales. Pero la Turdetania y las regiones comarcas abundan de ambas cosas y no hay palabra digna para alabar justamente esta virtud. Hasta ahora, ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativos se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes. El oro no se extrae únicamente de las minas, sino también por lavado. Los ríos y torrentes arrastran arenas auríferas. Otros muchos lugares desprovistos de agua las contienen también; el oro, empero, no se advierte en ellos, pero sí en los lugares regados, donde el placer de oro se ve relucir; cuando el lugar es seco, basta irrigarlo para que el placer reluzca; abriendo pozos, o por otros medios, se lava la arena y se obtiene el oro; actualmente son más numerosos los lavaderos de oro que las minas. Según los galáta, sus minas del monte Kémmenon y las que tienen al pie del Pyrène son más importantes; sin embargo, son más preciados los metales de allí. Dícese que a veces se encuentran entre los placeres del oro lo que llaman «palas», pepitas de un «hemíliton», que se purifican con poco trabajo. Se dice también que al hendir las rocas suelen hallarse pepitas menores semejantes a ubres. Sometido el oro a una cocción y purificado por medio de cierta tierra aluminosa, se obtiene un residuo que es el «élektron». Este, cuando va mezclando de plata y oro, se cuece de nuevo; la plata entonces se quema y queda el oro, pues siendo de naturaleza grasa, se puede licuar sin trabajo. En efecto, el oro se funde con facilidad mayor por medio de la paja, ya que se llama es más floja y se adapta mejor a su fin, fundiendo el metal fácilmente; por el contrario, el carbón, con la vehemencia de su fuego, liquida el metal demasiado pronto, consumiéndolo. En los ríos, el oro se extrae y se lava allí cerca, en pilas o en pozos abiertos al efecto y a los que se lleva la arena para su lavado. Los hornos de la plata se hacen altos, con el fin de que los vapores pesados que desprende la masa mineral se volatilicen, ya que son gases densos y deletéreos. A algunas de las minas de cobre se las suele llamar áureas, pues se supone que de ellas se obtenía antes oro.

Poseidonios, alabando la cantidad y excelencia de los metales, no prescinde de su habitual retórica, sino que, poseído de un entusiasmo poético, se entrega a exageraciones. Así, no da como falsa la leyenda de que habiéndose incendiado una vez los bosques, estando la tierra compuesta de plata y oro, subió fundida a la superficie; pues que todo el monte y colina es como dinero acumulado allí por una pró-

diga fortuna. Y, en general, dice, cualquiera que haya visto estos lugares podría decir que son los eternos almacenes de la Naturaleza o los tesoros inagotables de un imperio. Porque el país es, según dice, no sólo rico en lo que muestra, sino también en lo que oculta; y en verdad, para sus habitantes, el subsuelo se halla regido, no por Hades, sino por Plutón. Esto es lo que en forma florida dijo [Poseidonios] acerca de este asunto, sacando él mismo, como de una mina, buena parte de su lenguaje. Hablando de la industria de los mineros, cita a Phalereus, quien, refiriéndose a los de las minas de plata de Ática, dijo que los hombres trabajan con tanto ahínco como si esperasen dominar al mismo Plutón. Y supone que la industria y la energía de éstos [los turdetanos] es semejante, por cuanto abren sinuosas y profundas galerías, reduciendo a menudo las corrientes que en ellas encuentran por medio de los tornillos egipcios. Sin embargo, no todo es igual entre estos mineros y los áticos, ya que para los últimos la minería es como un enigma, pues lo que recogen, dice, no lo toman, y lo que tenían lo pierden; por el contrario, para aquéllos la minería es sumamente provechosa, ya que una cuarta parte del mineral recogido por los trabajadores del cobre es cobre puro, y los propietarios de minas argéneas obtienen en tres días un «tálanton» eubónico.

Posidonio también compara las minas del sur de Hispania con las áticas. Concretamente afirma que el método de explotación era el mismo, que consistía en abrir numerosas y profundas galerías, extrayendo el agua por los tornillos de Arquímedes, en lo que coincide Posidonio con lo escrito por la fuente, que utilizó Diodoro. También están de acuerdo ambos autores en señalar la alta producción de las minas hispanas.

Diodoro Sículo (3, 12, 1-6; 13, 1-3; 14, 1-4) ha resumido la descripción de las minas egipcias, debido al geógrafo e historiador de la corte de los Ptolomeos, Agatárquides de Cnido (200-120 a.C.). Descripción que ofrece muchos puntos de contacto con los sistemas de explotación que se hacían en Hispania. Escribiremos así Diodoro:

Es en esta tierra (en los confines de Egipto, en los límites de Arabia, Etiopía) donde los encargos de los trabajos de las minas hacen recoger el oro a una gran cantidad de trabajadores. Éstos son, por lo general, criminales condenados, pri-

sioneros de guerra, hombres que, perseguidos a menudo por falsas acusaciones, fueron arrojados a prisión por un acceso de cólera; diversos tipo de infortunados a los que los reyes de Egipto acostumbran a enviar a las minas de oro, bien solos, bien acompañados por toda su familia, tanto para obtener una justa venganza por los crímenes cometidos, cuanto para conseguir abundantes beneficios del fruto de su trabajo. Los desgraciados que han sido así condenados a los trabajos de las minas, cuyo número es muy considerable, están encadenados, obligados a trabajar día y noche sin descanso y vigilados tan estrictamente que cualquier intento de fuga es inútil. Como sus guardianes son soldados extranjeros y hablan lenguas distintas a las del país, los trabajadores no pueden ni por medio de su conversación, ni de ninguna otra manera despertar la piedad de quienes los vigilan, o corromperlos..

He aquí cuáles son los procedimientos empleados para tratar las minas: Se expone al fuego intenso la parte más dura de la tierra que contiene el oro, hasta lograr que estalle, y a continuación se trabaja con las manos. La roca se ablanda de la misma manera y cuando está dispuesta ante un esfuerzo moderado miles de estos miserables de los que hemos hablado, la destrozan con los mismos utensilios de hierro que se emplean habitualmente para tallar la piedra. Tras haber hecho la prueba de la roca, el jefe de todo el taller dirige a los trabajadores, les da instrucciones. Entre los desgraciados condenados a esta triste vida los más robustos se encargan de partir con mazas de hierro el mármol que se encuentra en la mina y no emplean para este tipo de trabajo más que la fuerza de sus cuerpos, sin ninguna ayuda técnica. Las galerías que abren no siguen, pues, una línea recta, sino la dirección que toman naturalmente las venas de esta piedra brillante; y como los trabajadores se encuentran a oscuras en medio de los rodeos que dan estas galerías, llevan linternas iluminadas, atadas a la frente. Por otra parte, se ven obligados a cambiar la posición de sus cuerpos, siguiendo la calidad de la roca que encuentran, para arrojar al suelo de la galería los bloques que desprenden. Éste es el pesado trabajo que han de realizar sin descanso, bajo las órdenes de un concienzudo vigilante que los doblega a fuerza de golpes.

Los niños que aún no han despertado a la pubertad, se introducen por las galerías en los huecos de la roca, recogen con gran dificultad los trozos de piedra desprendidos y los sacan al aire libre, a un lugar frente a la entrada. Otros trabajadores, con más de treinta años, cogen de allí los trozos de

un tamaño determinado y los machacan en morteros de piedra con mazas de hierro, hasta que quedan reducidos al tamaño de una lenteja. Tras ellos, las mujeres y los ancianos reciben estas piedrecillas, las echan en molinos alineados y dos o tres de ellos, colocándose en el brazo del molino, lo hacen girar hasta que logran convertir el tamaño de las piedras que les han sido entregadas, en un polvo tan fino como la harina. Como estos trabajadores no pueden dedicar ningún cuidado a sus cuerpos y no tienen siquiera un vestido con el que ocultar sus partes naturales, no hay nadie que viendo a estos infortunados no se sienta golpeado por la compasión debido al exceso de males que soportan; pues no se hace excepción, ni son más suaves con los débiles, los tullidos, ni con las mujeres teniendo en cuenta la menor fortaleza de su sexo. Todos indistintamente son obligados a trabajar a golpe de látigo, hasta que absolutamente agotados por el cansancio, perecen bajo el peso de su fortuna. Los desgraciados hasta este punto ven el futuro aún más espantoso que el presente y esperan con impaciente la muerte, pues les parece preferible a la vida, hasta tal extremo es horroroso el suplicio al que han sido condenados.

Finalmente, hombres instruidos en el arte de tratar los metales toman las piedras reducidas al tamaño que hemos indicado y concluyen la última parte del proceso. Comienzan por extender sobre una ancha plataforma, algo inclinada, este mármol pulverizado. Lo remueven mientras vierten agua por encima. La parte terrosa arrastrada por el agua fluye por la plancha inclinada, mientras que el oro más pesado, permanece en su lugar. Repiten varias veces esta operación, primero frotando ligeramente la tierra con las manos, después, presionándola suavemente con finas esponjas, van quitando poco a poco la tierra inútil, hasta que sólo queda la pepita de oro puro. Otros reciben una cierta cantidad de estas pepitas que les son entregadas al peso y las colocan en vasos de cerámica, donde las mezclan con un lingote de plomo, de un peso proporcional a la cantidad de pepitas que contengan el vaso, algunos granos de sal, un poco de estaño y salvado de harina de cebada. Después cierran los vasos con una tapa perfectamente ajustada uniéndola con arcilla diluida y los colocan en un horno en el que cuecen durante cinco días y cinco noches sucesivos. A continuación lo retiran del fuego, los dejan enfriar y al abrirlos no encuentran más que oro muy puro que ha perdido muy poco peso, las otras materias han desaparecido. Así es cómo se trabaja en las mismas si-

tuadas en el extremo de Egipto; y se ve qué penosos esfuerzos cuesta obtener este metal.

De esta descripción se deduce:

- El gran número de mineros, esclavos o criminales, que trabajaban los cotos mineros, exactamente igual que en las minas de Cartago Nova que visitó Polibio. Es de suponer que lo mismo sucedería en época bárquida.
- Trabajaban los mineros día y noche, como en las minas hispanas, y eran tratados brutalmente por los capataces.
- Se excavaban las galerías siguiendo las vetas del metal, al igual que se hacía en las minas hispanas.
- Llevaban linternas atadas a la frente, como los mineros hispanos, según el testimonio de Plinio.
- Se trituraba la roca para obtener el mineral y se pulverizaba, como en las minas de Cartago Nova y en las restantes hispanas, a juzgar por los datos suministrados por la arqueología.
- Una vez pulverizada la roca, se la echaba agua varias veces para separar la tierra, como lo hacían los mineros de Cartago Nova.
- El último procedimiento en las minas de Cartago Nova y de Nubia consistía en dejar el oro o plata totalmente pura mediante un horno.
- A este procedimiento alude Estrabón (3, 2, 8) cuando escribe de minas hispanas: «Sometido el oro a una cocción y purificado por medio de cierta tierra aluminosa, se obtiene un residuo, que es el electro. Este, cuando está mezclado con plata y oro, se cuece de nuevo. La plata entonces se quema, y queda el oro, pues, siendo de naturaleza pesada, se puede licuar sin trabajo. El oro se funde con mayor facilidad por medio de la paja, ya que su llama es más floja, y se adapta mejor a su fin, fundiendo el metal fácilmente.» Un método parecido está descrito en las minas de oro de Egipto en Diodoro: «La tierra es negra por naturaleza y contiene filones y venas de cuarzo, está ordinariamente blanco, que supera en brillo a todos los otros minerales que brillan por su naturaleza.»

Los capataces encargados del trabajo de la mina obtienen el oro con la ayuda de multitud de trabajadores... La tierra, que contienen el oro, que es muy duro, primero lo queman con un fuego muy intenso y cuando se ha desmenuzado, siguen trabajándola con las manos». (3, 12, 1-13, 1). «La roca blanda, que puede trabajarse fácilmente la rompen con un martillo miles de infortunados pobres diablos.

»Todas las operaciones están encomendadas a un especializado trabajador, que sabe distinguir la roca y la señala a los trabajadores. Los que están asignados a este trabajo penoso, que son los más fuertes, golpean la roca de cuarzo con martillos de hierro; no emplean ninguna técnica para este trabajo, sino sólo la fuerza, y abren túneles penetrando en la roca, pero no en una línea recta, sino sobre donde aparece el brillo del metal» (3, 12, 4-5).

Más adelante menciona el geógrafo de Amaseia los hornos de plata, que «se hacen altos, con el fin de que los vapores pesados, que desprenden la masa minera se volatilicen, ya que son gases densos y deletéreos».

Los sistemas de explotación de las minas hispanas, de las del Laurión y de Vispasca se parecen mucho. En el Laurión se extraía el mineral mediante galerías y pozos verticales unidos por pasadizos. Las galerías eran bajas y obligaban al minero a trabajar inclinado o de rodillas. Las condiciones de la ventilación eran pésimas. La excavación seguía el filón, al igual que en las minas hispanas. Se utilizaban para ascender escalas o troncos de árbol, con cortes, como en las minas de Cartago Nova. A través de los pozos se subía el mineral, exactamente como en Hispania. El instrumental minero utilizado era el mismo: pico, punteros, martillos y azadones, así como el uso de la lámpara. El mineral se trabajaba fuera de la mina con el mismo procedimiento. Se trituraba hasta convertirlo en arena. Se lavaba después en pilones, inclinados ligeramente. Se echaba agua para separar la parte más pesada de la más ligera. Esta labor se repetía hasta cinco veces. El plomo argentífero se obtenía mediante el tueste y la fusión. El tueste transformaba la galena en litargirio, y en sultafo de plomo. Con la fusión se desulfurizaba el plomo. Las minas de Laurión se trabajaban con esclavos, también había mineros libres. Se ha calculado que en el año 340 a.C. había en

ellas 36.000 esclavos mineros, cifra que se acerca a los 40.000 que da Polibio en las minas de Cartago Nova.

Las vetas más ricas en mineral en Laurión y en las minas de la Península Ibérica estaban profundas. Tanto en Laurión como en Egipto y después en las minas hispanas, explotadas por los Bárquidas, el Estado era el dueño, al igual que en los restantes estados helenísticos.

En Atenas (Arist., *Resp. Athen* 47, 2), las minas fueron arrendadas en contrata, lo que también sucedió en Hispania en el siglo II a.C., lo que explicaría la gran llegada de gentes itálicas de las que habla Diodoro, y que han sido estudiadas por Dörmögge, que hicieron grandes fortunas con las explotaciones mineras.

Queda claro que los sistemas de explotación de las minas hispanas eran los mismos del Oriente helenístico. Lo confirma M. Rostovtzeff¹⁰, que señala que la comparación de la descripción de las minas de Nubia, con lo que se conoce de las minas de Laurión, indica la semejanza de varias operaciones en las dos regiones. Piensa este autor que los sistemas de explotación de las minas y los instrumentos mineros eran ya usados en el siglo IV a.C. en Laurión, y que sólo hubo parciales mejoras. Concretamente indica M. Rostovtzeff:

Even more interesting is a comparison of the technical methods followed at Laurium and in the Roman mines. The most important features in the two places, as they have been minutely described by many scholars, the last being O. Davies, are nearly the same, with some differences attributable to local conditions (for instance the more extensive use of water in the Roman invention. For example, the essential mining-tools and implements, such as iron picks, gads, and hammers, crowbars, spades, and hoes, commonly found in and around the ancient mines, show approximately the same forms, and were used for the same purposes at Laurium, in Egypt in Hellenistic times, and in the western provinces of the Roman Empire.

¹⁰ *The Social and Economic History of the Hellenistic World II*, Oxford, 1953, págs. 1213 y ss.

... were all, as far as my information goes, know in the Greek world and were carried out by the same means both in Greece (in the Classical and the Hellenistic periods) and in Rome. There was the same similarity in the processes of crushing the ore in handmills of various forms, washing it in an elaborate system of basins and canals well known in the Laurium mines, roasting, smelting, and cuppelling the ore in furnaces of various types, of which the most perfected—the shaft furnace—was in common use at Laurium and earlier in other Greek mines. In the process of smelting and cupellating, blow-pipes and bellows of the same design were commonly used throughout the ancient world from a very early period. The best known type of bellows was a skin with a hole closed by the heel of the operator and a cord to inflate it.

La importancia de la mayoría de los datos que sobre explotaciones mineras recoge Plinio en sus libros 33-34 estriba en que, como señala M. Rostovtzeff, muy probablemente el tratado *Sobre los metales* de Teofrasto, que debía coincidir con el tratado *Sobre las piedras*, son las fuentes utilizadas por Plinio, a los que añadió datos obtenidos de los conductores y de los archivos oficiales, cuando fue procurador en Hispania en la Tarraconense, en época flavia. Después de los escritos de Teofrasto, el estudio científico de los metales hicieron pocos progresos. De todo ello se desprende que la mayoría de los datos que sobre explotaciones mineras recoge Plinio en estos dos libros, deben remontar a los comienzos de la época helenística.

En 1983 J. Sánchez Palencia¹¹ ha presentado una tesis de

¹¹ Sobre Vipasca, véase A. D'Ors, *Epigrafía jurídica de la España Romana*, Madrid, 1953, págs. 71 y ss. C. Domergue, «La mine antique d'Aljustrel (Portugal) et les tables de bronze de Vipasca», *Contimbriga*, 22, 193, págs. 7 y ss.; C. Domergue, R. Freire D'Andrade, *Sondages 1967 et 1969 à Aljustrel (Portugal)*, *Note préliminaire*, Coimbra, 1971; J. P. Morel, «La Céramique à vernis noir de Carthage», *Carthage VIII, Cahiers des Etudes Anciennes* XVIII, 1986, págs. 25 y ss. Sobre cerámicas procedente de Cartago en la costa hispana, C. Magueijo, «A Lez Metallis Dicta (117-138 d.C.)», *AP*, 3, 4, 1970, págs. 125 y ss.; D. Flach, «Die Bergwerksordnungen von Vipasca», *Chiron*, 9, 1979, págs. 399 y ss.

Sobre las minas del noroeste hispano, véase: F. J. Sánchez-Palencia, *La explotación del oro de Asturias y Gallaecia en la Antigüedad*, Madrid, 1983, obra totalmente fundamental, con la numerosa bibliografía sobre el tema. Particularmente son importantes: C. Domergue, «Introduction à l'études des mines

gran novedad, que los procedimientos de trabajar las minas hispanas eran los mismos que los empleados en los estados helénísticos, incluso en las explotaciones de oro del noroeste hispánico, lo que deduce este autor al comparar los datos de Plinio con los de Posidonio, extractados por Estrabón. Después de un minucioso análisis de todas las fuentes y del número material arqueológico, deduce J. Sánchez Palencia:

Por el contrario, los métodos aplicados en las minas de oro o de plata de Egipto y del mundo grecohelenístico, que permanecieron en uso sin interrupción hasta la consolidación del dominio de Roma en el Mediterráneo, son los verdaderos precedentes de las técnicas desarrolladas en el noroeste. Obviamente, no puede esperarse que existan unos paralelos tipológicos exactos, como si se tratase de utensilios o motivos decorativos, puesto que la aplicación de una técnica minera siempre requiere un mínimo de adaptación al terreno para ser eficaz en cada caso concreto. Creo que la explotación aurífera llevaba a cabo dentro de la propia Península Ibérica con anterioridad a la conquista del noroeste es una prueba suficiente para documentar esa conexión con la tecnología de las culturas más avanzadas del Próximo Oriente y del mundo grecohelenístico...

Frente a esta sobrevaloración del vocabulario de Plinio, resaltando sus «indigenismos», se ha tenido muy poco en cuenta otras fuentes literarias clásicas, en especial al pasaje que Estrabón extrajo de Posidonio sobre las minas de la *Turdetania*, es decir, de la *Hispania Ulterior*, que demuestran la aplicación en dicha región de las mismas técnicas empleadas posteriormente en el noroeste, hecho corroborado por los diversos restos de labores auríferas detectados en el sur y en la cuenca del río Tago.

Insiste J. Sánchez Palencia en que «los paralelos que existen en otras zonas del mundo antiguo mediterráneo, tanto en las técnicas de extracción del mineral en sí, como en los procesos de enriquecimiento y lavado, a que era sometido posteriormen-

d'or du nord-ouest de l'Espagne dans l'Antiquité» *Legio VII Gemina*, León, 1976, págs. 253 y ss.; *Id.*, «A propos de Plinié», *Naturalis Historia* 33, 66-78 et par illustrer sa description des mines d'or romaines d'Espagne», *AEspA* 44-47, 1972-1974, págs. 499 y ss. *Id.*, «Les exploitations aurifères du domination romaine» *La minería Hispana e Iberoamericana*, págs. 151 y ss.

te, demuestran que su origen ha de buscarse en la avanzada tecnología minera desarrollada por el mundo grecohelenístico. Particular interés tienen los paralelos existentes con Tracia-Macedonia, donde los yacimientos auríferos se explotaron con gran intensidad ya en época del Imperio Macedónico». Señala este autor: «también se ha demostrado los estrechos lazos de unión con técnicas utilizadas en las minas de plata de Laurión. Como es el caso concreto de los canales de lavado de madera *agogas*, y de cazoletas de piedra».

En cuanto al modelo de organización de las minas hispanas, Misponlet piensa en un posible modelo cartaginés. A. D'Ors puntualiza que «las prescripciones del régimen minero revelan claramente la influencia helenística»¹²; y más adelante¹³: «El régimen de monopolio que se nos documenta en Vipasca presenta gran semejanza con el de la organización financiera en el Egipto ptolemaico, continuado después bajo la dominación romana». Concretamente el régimen de economía de la madera es parecido al de Egipto.

Las explotaciones mineras hispanas se explotaron a un ritmo grande por los Bárquidas, que basaban su prosperidad en la riqueza de las minas. Para elevar la producción introdujeron los sistemas de explotación del Oriente helenístico, con los que Cartago estuvo bien relacionado en el siglo III, principalmente con los Ptolomeos.

Cartago mantuvo unas relaciones intensas con los Ptolomeos, a comienzos del siglo III, e incluso antes con Egipto en poder de los persas, a raíz del tratado con Roma del año 348 a.C. Como resultado de estas relaciones comerciales conocieron los cartagineses los sistemas de explotación de los Ptolomeos, que aplicaron a los Bárquidas en la Península Ibérica. Los Bárquidas necesitaron elevar la producción de metales, y esto no se lograba sino introduciendo nuevas técnicas. Muy acertadamente señala R. Etienne¹⁴, al referirse al *garum sociorum*, que se explo-

¹² *Op. cit.*, 73. Sobre relaciones de Cartago con los Ptolomeos, véase: E. Will, *Histoire politique du Monde Hellénistique. (323-30 a.v. J.C.)*, Nancy, 1966, págs. 173 y ss.

¹³ A. D'Ors, *op. cit.*, 82.

¹⁴ R. Etienne, «A propos de *garum sociorum*», *Latomus*, 29, 1970, páginas 297 y ss. Defiende este autor que cuando Roma conquistó Cartagena, trans-

taba por Roma en régimen de monopolio, copiado del Egipto de los Ptolomeos. C. Domergue¹⁵, autoridad máxima en el estudio de las minas de Sierra Morena y de Cartago Nova, no detecta ningún periodo en las explotaciones de las minas que se pueda atribuir con seguridad a los Bárquidas. Ello se debe seguramente a que gobernaron sólo treinta años la Península Ibérica, ya que los sistemas introducidos por ellos en las explotaciones de las minas no cambiaron en época romana.

No se puede pensar que los romanos introdujeron en las minas hispanas las técnicas de explotación y de administración, pues carecían de experiencia en la explotación de minas, como se indicó ya. Los romanos lo único que hicieron es continuar con la endémica división y luchas intestinas continuas de unas tribus hispanas con otras, de las que habla Estrabón (3, 4, 5).

Con los Bárquidas conocieron los pueblos hispanos el funcionamiento de un estado de tipo helenístico, centralizado y apoyado en un ejército de mercenarios, que explotaba las minas en régimen de monopolio, al igual que las pesquerías, siguiendo el modelo de los reyes helenísticos. Los Bárquidas estaban profundamente helenizados, como lo indican sus monedas¹⁶. Sus

formó en dominio público las posesiones de los Bárquidas y especialmente las salinas y las minas. El *garum* era un subproducto de la explotación de la sal. Esta tesis es muy aceptable.

¹⁵ C. Domergue - G. Tamain, «Note sur le district minier de Linares-La Carolina (Jaén, Espagne) dans l'antiquité», *Melanges de préhistoire, archéologie-civilisation et ethnologie offerts à Varacnac*, París, 1971, págs. 199 y ss. *Id.*, «El Cerro del Plomo, mina El Centenillo (Jaén)», *NAH* 16, 1971, págs. 265 y ss.; G. Gossé. «Las minas y el arte minero de España en la Antigüedad», *Ampurias* 6, 1942, págs. 43 y ss.; A. Beltrán, «Las minas romanas de la región de Cartagena según los datos de la colección de su Museo», *MMAF* 5, 1945, págs. 201 y ss.; M. P. García-Bellido (*Las monedas de Cástulo con escritura indígena*, Barcelona, 1982, 158) acepta que es muy probable que los Bárquidas hayan establecido aquí el tipo de concepción helenística en las explotaciones mineras, y que las primeras monedas de Cástulo son de época bárquida y están en función de las minas.

¹⁶ J. M. Blázquez, «Consideraciones históricas en torno a los supuestos retratos bárquidas, en las monedas cartaginesas», *Numisma* 26, 1976, págs. 31 y ss. *Id.*, *Imagen y mito*, págs. 32 y ss.; A. Beltrán «Iconografía numismática, retratos de los bárquidas en las monedas cartaginesas de plata de Cartagena», *BA* 49, 1949, 119 y ss.; J. M. Navascués, «Ni Bárquidas ni Escipión», *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, 1961-62, págs. 664 y ss.; E. G. Robinson, «Punic Coins of Spain and their Bearing on the Roman Republican Series»,

modelos eran Alejandro Magno y los monarcas helenísticos. Polibio (3, 8, 1) afirma de Asdrúbal que «emprendió la subversión de las leyes de su patria y la conversión de Cartago en monarquía». Aceptaron incluso la monarquía como forma política de gobierno. Esto les acercaba a los pueblos iberos gobernados por reyes¹⁷.

Amílcar durante los nueve años de su gobierno conquistó Turdetania, y las riquísimas minas de Sierra Morena. Fundó una gran ciudad en las proximidades de Cástulo, según interpretación moderna, capital del riquísimo distrito minero de Oretania (Diod. 25, 10). Diodoro (25, 19) exagera cuando escribe que «Amílcar conquistó Iberia entera». Estrabón (3, 2, 14) puntualiza que «los cartagineses a las órdenes de Amílcar Barca, por lo que dicen los historiadores, sometieron a los turdetanos, que usaban pesebres y toneles de plata».

Asdrúbal conquistó ya la costa ibérica, y fundó la importante ciudad de Cartago Nova (Diod. 25, 12; Pol. 2, 3, 1) en un excelente puerto, el mejor de toda la costa levantina, junto a excelentes minas, pesquería (Plin. 31, 94) y campos de esparto (Str. 3, 4, 9) tan necesario para equiparar la flota¹⁸.

Como escribe Estrabón (3, 4, 6): «Tiene una situación fuerte, unas murallas bien construidas, y está enriquecida por puertos, una laguna y por las minas de plata. En ella y en sus cercanías abundan los talleres de salazón.» La convirtió en capital de su reino. Hasta el Ebro era zona de control cartaginés, como lo indica el tratado con Roma de 226 a.C. (Pol. 2, 13, 17; 21, 2, 7; App., *Uber* 6). Asdrúbal era ya un auténtico rey ibero, como lo fue Aníbal, pues ambos estaban casados con hijas de reyes iberos. Amílcar fue proclamado general con plenos poderes (Diod. 25, 12) por todos los iberos. Gobernó con absoluta independencia de Cartago, según Polibio (3, 8). Aníbal pasó el Tajo llegando hasta Helmántica (Pol. 3, 13). Como puntualiza Polibio, «después de esta derrota, ningún pueblo de esta parte del

Essays in roman Coinage presented to Harold/Mattingey, Oxford, 1956, págs. 34 y ss. Hoy se sabe que las monedas no se acuñaban en Cartago Nova.

¹⁷ J. Caro Baroja, «La "realeza" y los reyes en la España», *Estudios sobre la España Antigua*, Madrid, 1971, págs. 51 y ss.

¹⁸ J. R. García del Toro, *Carthago Spartaria, Estudio histórico arqueológico de la industria espartera en la Edad Antigua en Cartagena*, Murgetana, 1980.

Ebro se atrevió ya a hacer frente a los cartagineses, a excepción de Sagunto».

El influjo de los Bárquidas fue profundo en la Península Ibérica, aunque gobernaron pocos años, como lo indican dos textos; uno de Estrabón (3, 2, 13) que dice: «Su sujeción a los fenicios fue tan completa que hoy día la mayoría de las ciudades de Turdetania y de las regiones vecinas están habitadas por ellos.» El segundo es de Plinio (3, 8): «M. Agripa juzgó que toda la costa en general fue en su origen de los púnicos», o sea de los cartagineses de la época bárquida. Apiano (*Iber.* 56), con motivo de describir los sucesos que dieron lugar a las guerras lusitanas, año 155-153 a.C., hace mención a «los blastofenicios, súbditos de Roma. Este pueblo pasa por haber sido trasladado de Libia por el cartaginés Aníbal, y de este hecho había tomado su nombre». Ptolomeo (2, 4, 6) los llama *bastuli poeni*. Se llaman también libiofenicios. El influjo en la religión cartaginesa fue grande en los pueblos de la Hispania Ulterior a juzgar por las monedas¹⁹.

¹⁹ M. P. García-Bellido, «Altare y oráculos semitas en Occidente: Melkart y Tanit», *RSF* 15, 2, 1987, 135 y ss.; *Id.*, «Leyendas e imágenes púnicas en las montañas libiofenicias», *Actas del cuarto coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*, *Veleia* 2-3, 1987, págs. 499 y ss.; F. Chaves - M. C. Marín, «El elemento religioso en la amonedación hispánica antigua», *IX Congr. Intern. de Numismática*, Berna 1979, Lovaina, 1982, págs. 657 y ss.

Procedencia de los artículos

«Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1983.

«Panorama general del desarrollo histórico de la cultura tartésica desde finales de la Edad del Bronce, siglo VIII a.C., hasta los orígenes de las culturas turdetana e ibérica. Los influjos fenicios», *RSF* XIX, 1, 1991.

«El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo (Jaén)», *Phönizier im Westen*, Maguncia, 1982. En colaboración con el doctor J. Valiente.

«El influjo Egeo en el alto Guadalquivir», *Orientalisch-Ägäische Einflüsse in der Europäischen Bronzezeit*, Bonn, 1990. En colaboración con la doctora M. P. García Gelabert.

«Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce y su origen fenicio», *AEArq*, 56, 1983.

«La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz), y el origen fenicio de los escudos y de los carros representados en las losas de finales de la Edad del Bronce en la Península Ibérica», *AEspA*, 59, 1986.

«Los escudos con escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica», *Veleia*, 2-3, 1985.

«La colonización fenicia en la alta Andalucía (Oretania), siglos XIII-VI a.C.», *RSF*, 14, 1986.

«Las cerámicas del Cabezo de San Pedro», *HA*, 1, 1989. En colaboración con J. M. Luzón, F. Gómez y K. Clauss.

«La factoría púnica de Aljaraque en la provincia de Huelva», *NAH* XIII-XIV, 1969-1970. En colaboración con J. M. Luzón y D. Ruiz Mata.

- «Espada siria en un guerrero de Obulco (Jaén, España)», *RSF* XIX, 2, 1991. En colaboración con la doctora M. P. García Gelabert.
- «Bronces de la Mérida prerromana de influjo fenicio», *Augusta Emerita, Actas del Bimilenario*, Madrid, 1978.
- «Marfiles fenicios de Cancho Roano (Badajoz) con el árbol de la vida y sus prototipos», *BSEO*, 20, 1984.
- «Los griegos en la Península Ibérica, siglos VII-V a.C. Analogías con la colonización griega en el mar Negro. Cólquida», *Gerión. Anejos* 1, 1988.
- «Gerión y otros mitos griegos en Occidente», *Gerión*, 1, 1983.
- «Las raíces clásicas de la cultura ibérica. Estado de la cuestión. Últimas aportaciones», *AEArg*, 52, 1979.
- «Arte griego en España. Las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén)», *Goya* 265-206, 1988, *AJA*; 84, 1985. En colaboración con el doctor J. González.
- «Influjo griego en Cástulo (Linares, Jaén). La necrópolis de El Estacar de Robarinas», *II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, Málaga, 1984-1987. En colaboración con la doctora M. P. García Gelabert.
- «Consideraciones en torno a los mosaicos de cantos rodados de Cástulo (Jaén)», *Mosaicos romanos. In memoriam Manuel Fernández-Galiano*, Madrid, 1989.
- «La presencia de artesanos etruscos en Tartessos», *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, 1991.
- «Arte ibérico con influencia griega. El monumento funerario de Jumilla (Murcia)», *AJA*, 29, 1988.
- «El influjo de la cultura semita (fenicios y cartagineses) en la formación de la cultura ibérica», *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell, 1986.
- «Las Bárquidas en la Península Ibérica», *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1989.
- «Las explotaciones mineras en la Península Ibérica en época bárquida», *Punic Wars. Studia Phoenica*, 1989.